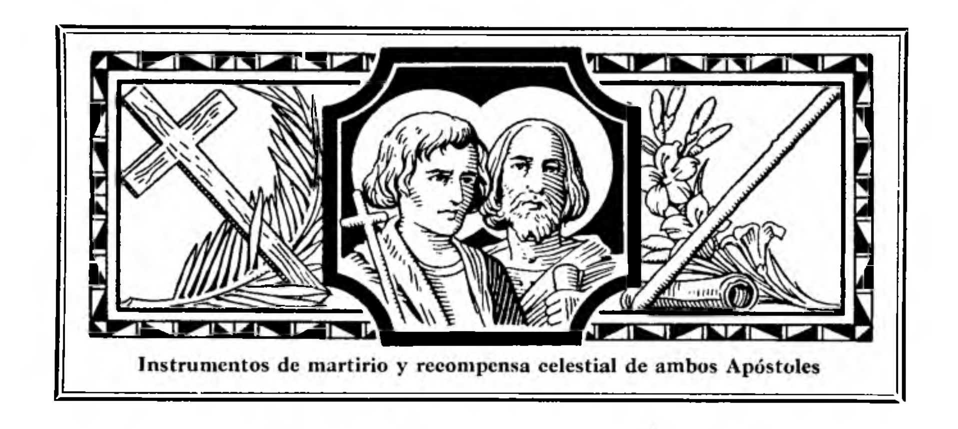

Instrumentos de martirio y recompensa celestial de ambos Apóstoles

DÍA 1.º DE MAYO

SANTOS FELIPE Y SANTIAGO

APÓSTOLES († hacia 54 y 63)

SAN FELIPE, DISCÍPULO Y APÓSTOL

BETSAIDA, de paisaje bello y sonriente, de casas blancas que se miran en las aguas azules y ligeramente onduladas del mar de Tiberíades, y que mereció la increpación de Jesús porque sus habitantes esperaban un Mesías que les alentara en sus ansias de independencia de Roma y de constitución de un poderoso reino judío, fué la cuna del glorioso apóstol San Felipe, como lo fué también de los Santos Pedro y Andrés, su hermano.

Pertenece esta ciudad a la fértil comarca de Galilea, que fué el escenario de la mayor parte de la vida pública del Salvador y testigo de multitud de sus milagros.

Felipe fué llamado por Jesucristo en los primeros días de su vida pública. «Sígueme» —le dijo—, y Felipe, conocedor de las Sagradas Letras desde su juventud, lo abandonó todo y siguió a Jesús, a quien reconoció como a Mesías.

Satisfecho de este encuentro, corrió Felipe a comunicarlo a su amigo Natanael, a quien dijo: —«Hemos hallado a Aquel de quien se habla en la Ley de Moisés y en los escritos de los Profetas, a Jesús de Nazaret, hijo

Simeón Metafrastes que, en dicha ciudad, el pueblo adoraba y ofrecía sacrificios a una serpiente grandísima y muy extraña que residía en uno de los templos. Y a la verdad, pocas eran las ciudades o naciones paganas donde el demonio, que tomó figura de serpiente en el paraíso terrenal para perder a los hombres, no se hiciera dar culto bajo la forma de este reptil.

Enternecido el Apóstol al ver la ceguedad de aquel pueblo que rendía al demonio el culto que a sólo Dios se debe, redobló sus plegarias al Señor pidiéndole que abriese los ojos de aquella pobre gente y la librase de la tiranía de Satanás.

Oyó el Señor las oraciones de su siervo; la serpiente quedó allí muerta, y el pueblo, libre de los daños que de ella le venían. A vista del cadáver de aquel ídolo vano, los de Hierápolis se maravillaron en extremo y se mostraron dispuestos a recibir con la luz del Evangelio la doctrina que el santo Apóstol les predicaba. Pero los sacerdotes y magistrados paganos estaban demasiado endurecidos en el error, para poder creer en un Dios vivo y verdadero, y doblegar su cerviz al yugo santo de la moral evangélica.

MARTIRIO DE SAN FELIPE

POR instigación diabólica, aquellos paganos endurecidos se apoderaron del apóstol Felipe y le encerraron en la cárcel, aunque por poco tiempo, pues no tardaron en sacarle de allí para atormentarle cruelísimamente. Mandaron azotarle con varas y plomadas; después le crucificaron y apedrearon hasta dejarle muerto. ¡Cuántas gracias no daría San Felipe al Señor porque le hacía participar de su cruz santa!

Aun estaban los sayones y ministros burlándose del esforzado mártir, cuando envió Dios un espantoso y extraordinario temblor de tierra que derribó casi todos los grandes edificios, asoló algunas casas, hundió a los que las habitaban, y, en castigo de su maldad, tragó vivos a los que habían crucificado a San Felipe.

Los paganos huyeron despavoridos a la vista de aquel desastre; los cristianos, empero, alabando al Señor por las maravillas que obraba en favor de su siervo, llegáronse hasta la cruz para descolgar al santo Apóstol, pero San Felipe les suplicó que no le privasen del honor de acabar su vida en la cruz como el divino Maestro. Hizo oración por sí y por todos los circunstantes y fué oído de Dios, pues antes que le bajasen de la cruz, dió en ella su bendita alma al Criador. Hacía más de veinte años que trabajaba sin descanso en la salvación de los paganos.

Después de muerto San Felipe, los cristianos tomaron su sagrado cuerpo y lo sepultaron con la reverencia y honor que convenía a tan insigne Após-

tol. Andando el tiempo, algunas de sus reliquias fueron trasladadas a Constantinopla y otras a Roma, donde están con el cuerpo de Santiago el Menor, en el templo de los Doce Apóstoles, edificado por los papas Pelagio I y Juan III, su sucesor. Algunas ciudades como París, Tours y Florencia se precian de guardar alguna reliquia de San Felipe. Parte del cráneo de este santo Apóstol fué llevado a Troyes, después que los Cruzados se apoderaron de Constantinopla.

La Iglesia celebra el día de su martirio el primero de mayo.

SANTIAGO EL MENOR
APÓSTOL, OBISPO DE JERUSALÉN Y MÁRTIR

SANTIAGO el Menor, llamado así para distinguirlo del otro Santiago, hermano de San Juan, nació unos doce años antes que Jesucristo en Caná de Galilea. Su padre se llamó Cleofás Alfeo, y su madre, María, la cual era prima de la Virgen nuestra Señora o, como quisieron otros, su cuñada, por suponer a San José hermano de Cleofás.

Perteneció, pues, a la tribu de Judá y fué primo hermano de Jesucristo, a quien se pareció tanto en las facciones del rostro, que después de la subida de Cristo nuestro Redentor al cielo, muchos cristianos venían a Jerusalén por ver a Santiago, pareciéndoles que en él veían al mismo Salvador, por la grande semejanza que con él tenía. San Ignacio mártir, en una epístola que escribió a San Juan Evangelista, le decía que pensaba ir a Jerusalén a visitar a Santiago, porque, viéndole, le parecía ver a Jesucristo.

Santiago, según la costumbre de los hebreos, era llamado «hermano de Cristo», por los fieles de Palestina. De tres hermanos que tuvo, Judas Tadeo fué contado en el número de los Apóstoles, y los otros dos, José y Simón, fueron discípulos del Señor. De ellos se dice que tardaron mucho tiempo en aceptar la divinidad de Cristo, pues se imaginaban que el verdadero Mesías vendría rodeado de pompas y grandezas humanas, y abundaría en toda clase de bienes y riquezas. Mas, poco o poco fueron cambiando de parecer al ser testigos de las maravillas de orden sobrenatural que Jesús obraba.

Refiere una antigua tradición que, al llegar la hora de la Pasión del Salvador, Santiago juró que no comería hasta tanto que Jesús hubiese resucitado. El mismo día de su resurrección, Jesús se le apareció y, habiéndole pedido pan, lo bendijo, lo partió y se lo ofreció, diciendo: «No temas el comerlo, hermano mío, porque ya el Hijo del hombre ha resucitado».

SANTIAGO, OBISPO DE JERUSALÉN

DESPUÉS de Pentecostés, al repartirse los Apóstoles el mundo para evangelizarlo, San Pedro designó a Santiago obispo de Jerusalén; por eso le miraban todos como padre de los judíos convertidos. Fué tan grande la autoridad de este Apóstol, que cuando San Pedro, por mandato del ángel, salió de la cárcel en que le había puesto Herodes, envió un aviso a Santiago y a los demás hermanos, anunciándoles que ya estaba libre. Se nombra sólo a Santiago, como a hermano mayor y el principal de todos ellos.

En el primer Concilio de Jerusalén, que se celebró para determinar si los gentiles que se convertían a la fe habían de circuncidarse, Santiago, como obispo de aquella ciudad, dijo su parecer tan altamente y con tanta resolución, que todos los demás Apóstoles le siguieron, y conforme a su criterio se redactó el decreto que se escribió a los gentiles enseñándoles lo que debían hacer.

San Pablo menciona a Santiago al decir que, habiendo venido a Jerusalén para ver a San Pedro, no vió a ningún otro Apóstol sino a Santiago, del cual afirma que, con Pedro y Juan, constituían las columnas de la Iglesia y que le habían ayudado poderosamente en la tarea de predicar el Evangelio.

Santiago ejercía el oficio de apóstol y pastor del rebaño de Cristo, al cual condujo innumerables almas, convertidas a la luz del Evangelio con su predicación y fervorosísimas plegarias.

Este Apóstol es llamado *el Justo*, por razón de la pureza y santidad de sus costumbres. Según San Epifanio, permaneció virgen toda su vida, y San Jerónimo lo propone como ejemplo y dechado de piedad, inocencia, penitencia y caridad. Sus ojos eran sumamente honestos; sus oídos, sólo atentos a las cosas divinas; sus manos, prontas para el ejercicio de la virtud, y su cuerpo, muy mortificado con continuos ayunos. Nunca comió carne, ni bebió vino ni licor que pudiera embriagar.

Era muy celoso de Dios y de su Templo; en éste moraba día y noche entregado a la oración. De tanto postrarse en tierra para orar tenía las rodillas endurecidas y callosas. San Juan Crisóstomo añade que se le habían formado callos en la frente a causa de tanto tenerla pegada al suelo cuando oraba. Tenía el privilegio de entrar solo en el *Sancta Sanctorum* del Templo. Andaba descalzo y llevaba vestidos de lino. Su fama de santidad era tan grande que muchos judíos se aproximaban a él para tocar y besar sus vestidos.

En señal de suprema dignidad, solía llevar en la cabeza una lámina de oro, lo mismo que la que llevaba el Sumo Sacerdote judío.

El historiador Josefo escribe que la ruina y destrucción de Jerusalén realizada por Vespasiano y Tito, su hijo, fué castigo que Dios envió a aquella ciudad por haber dado muerte a Santiago, varón justísimo y piísimo, y conocido por tal; tanta era la fama y opinión que de él tenían.

LA EPÍSTOLA DE SANTIAGO

EL más valioso legado que nos queda de Santiago el Menor, es su magnífica epístola, la primera de las siete llamadas católicas, designadas así porque no fueron dirigidas a ninguna de las Iglesias en particular, sino a la universalidad de los fieles. Aunque fué escrita para los judíos convertidos, dispersos por el mundo, conviene a todos los estados y condiciones de los cristianos, por su admirable y celestial doctrina. Enseña que no basta tener fe muerta y estéril, sino que es menester mostrar la fe con obras buenas y, en especial, con las llamadas obras de misericordia; habla de los vicios de la lengua desenfrenada y de la diferencia entre la ciencia terrena y la celestial; de las discordias y de otros males que causan las pasiones no mortificadas.

Instruye asimismo a los fieles sobre el gran bien que se encierra en las adversidades y tribulaciones cuando se soportan con paciencia, y les exhorta a gozarse en gran manera cuando son tentados y probados con muchas y varias aflicciones. Trata del severo castigo que recibirán los ricos y opresores de los pobres, y termina con unos versículos sobre la Extremaunción, la Confesión, la eficacia de la oración del justo y el gran premio que recibirán los que consigan la conversión de algún pecador.

Escribió también de «liturgia», acerca de la forma de celebrar la santa Misa; escrito que se ha tenido siempre en gran veneración, y que San Proclo, patriarca de Constantinopla, alegó contra el hereje Nestorio en el Concilio de Éfeso.

MARTIRIO

HEMOS mencionado ya el opimo fruto conseguido con la predicación de Santiago. Dado el prestigio de que este Apóstol gozaba ante el pueblo, quisieron algunos judíos atraérselo a su lado y partido para que cesara de hacer prosélitos para Cristo. Anano, sumo sacerdote y hombre fiero y cruel, hijo de Anás, aquel a cuyo tribunal fué presentado Jesús, le hizo comparecer ante el Sanhedrín, a fin de rogarle que desengañase al pueblo para que no siguiera a un crucificado, pues el pueblo creería

cualquier cosa que él les predicara. Convinieron en que Santiago hablaría públicamente el día de Pascua, a causa de ser mayor entonces el concurso de gentes, y que les diría lo que él sentía de Cristo y de la Ley de Moisés. El Santo prometió hacerlo así. Llegó el día señalado y, estando presente un sinnúmero de judíos y gentiles, subieron a Santiago a un lugar alto del Templo, y, después de haberles declarado los príncipes de los sacerdotes grandes alabanzas del Santo para ganarle más la voluntad, le dijeron: «¡Oh *Justo!* En ti confiamos; ya ves que están engañando al pueblo en nombre de un impostor crucificado; habla, pues, y dinos la verdad acerca de Jesús». Entonces aquel santo y venerable anciano, mirando compasivo a la inmensa muchedumbre que le rodeaba, exclamó: «¿Qué me preguntáis del Hijo del hombre? Sabed que está sentado a la diestra de Dios Padre, y ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos».

Levantóse luego un murmullo entre los fieles al oír estas palabras, y, alabando a Dios por ellas, gritaron: «¡Hosanna al Hijo de David!» Entretanto, los sacerdotes, escribas y fariseos, bramando de rabia, tomaron piedras contra él y, dando voces, decían: «¿No veis cómo ha errado el *Justo?*» Y, echando mano sobre él, le arrojaron de allí abajo.

Quedó muy malherido con la caída; pero, olvidándose de aquella injuria y acordándose de la caridad de su Señor, que en la cruz había rogado al Padre eterno por sus enemigos, levantó las manos y el corazón a Dios, y, puesto de rodillas, comenzó a decir: «Suplícote, Señor, que les perdones, porque no saben lo que hacen». No se aplacaron aquellos hombres malvados con tan dulces palabras, antes, perseverando en su maldad, gritaron: Apedreemos a Santiago *el Justo*». Empezaban ya a apedrearle, cuando un sacerdote del linaje de los Rechabitas se interpuso diciendo: «Deteneos; ¿qué hacéis? ¿No estáis oyendo que *el Justo* reza por vosotros?» Pero mientras eso decía, un batanero dió al Santo un garrotazo en la cabeza con una pértiga y lo dejó muerto. Fué su martirio el primer día de mayo del año 63, y en este día celebra la Iglesia su fiesta.

Con este martirio entregó su alma a Dios este santo Apóstol, que, según San Jerónimo, había gobernado durante treinta años la iglesia de Jerusalén. Su cuerpo fué enterrado en el mismo lugar de su martirio, cerca del Templo, en un sepulcro abierto en la peña viva. Sucesor suyo en el episcopado fué San Simón o Simeón. Anano, sobre quien cayó la ira del Señor, murió estrangulado por una facción de sus compatriotas.

La mayor parte de las reliquias del Santo se hallan en Roma, junto a las de San Felipe, en la iglesia de los Santos Apóstoles. También se guardan algunos fragmentos en Santiago de Compostela, Tolosa y Amberes.



No nos es necesario lo temporal, sino servir al Señor

DÍA 2 DE MAYO

SAN ATANASIO

PATRIARCA DE ALEJANDRÍA Y DOCTOR DE LA IGLESIA (295 - 373)

CUANDO en una misa solemne entona el coro el *Credo* de Nicea, magnífica profesión de nuestra fe en Jesucristo, «Hijo unigénito de Dios, verdadero Dios de Dios verdadero, engendrado, no hecho, y consustancial al Padre», acordémonos que fué San Atanasio el inspirado autor de esta luminosa fórmula de nuestra fe, opuesta a los errores de Arrio en torno a la Persona de Jesucristo.

Pocos hombres han sido tan odiados y, a la vez, tan amados durante su vida por la defensa que hicieron de su fe, como nuestro Santo. Fueron tan implacables con él los arrianos, sus enemigos jurados, como abnegados y fieles sus amigos; de modo que la historia de su vida tan agitada, tan combatida y, a la vez, tan fecunda, viene a ser la historia misma de nuestro *Credo* católico.

San Atanasio fué oriundo, a lo que parece, de Alejandría, en el Bajo Egipto, y vió la luz primera el año 295. Sus progenitores fueron cristianos y de origen griego. Con sólo mencionar la famosa biblioteca de Alejandría, su escuela filosófica y su museo, podemos hacernos cargo de la celebridad de esta capital culta; la primera del mundo, a la sazón, después de Roma, pues Atenas se hallaba ya en decadencia.

Griego por educación —como lo evidenciaba la flexibilidad de su dialéctica—, Atanasio era también, por la tenacidad de su fe y su independencia frente al poder civil, hijo de esos egipcios cruelmente perseguidos por el emperador Domiciano, quienes tenían a gala ostentar en sus cuerpos las cicatrices de los latigazos recibidos por la defensa de sus creencias.

Durante su juventud gozábase participando de las austeridades y asperezas practicadas de modo tan sublime por los solitarios de Egipto; pues parece ser que hacia los veinte años tuvo relaciones muy cordiales con el más eminente de entre ellos, San Antonio, según se desprende de sus mismos escritos. No tendrá en su destierro amigos más fieles que los monjes, y en la soledad de las abrasadas arenas y de las rocas desnudas de sus cenobios irá a ocultarse. Para reunirse con ellos, remontará el Nilo en barca pasando delante de las Pirámides tres veces milenarias.

ARRIO, EL HERESIARCA

POR aquellos días, San Aquilas, patriarca de Alejandría, acababa de ordenar de presbítero a un hombre ambicioso e inquieto, dotado de excepcionales cualidades. En la discusión no tenía igual. Llamábase Arrio y su vasta cultura sirvióle no poco después de su ordenación, obtenida por astucia, para conseguir la regencia de una parroquia importante de la ciudad de Alejandría —la de Baucalis—. Además tuvo a su cargo la explicación de las Sagradas Escrituras. En estos ministerios se ocupaba desde hacía ocho años, cuando el piadoso patriarca de Alejandría supo con tristeza que el párroco de Baucalis profesaba doctrinas extrañas respecto a la adorable Persona del Hijo de Dios. Sostenía, por ejemplo, que la segunda Persona de la Santísima Trinidad no había existido desde toda la eternidad, y que el Hijo de Dios no era otra cosa que el primogénito de los hombres creados. Semejante aserción era un desatino de graves consecuencias. ¡El adorable misterio de un Dios hecho hombre y muriendo por nosotros no era, según eso, más que un sueño! ¡La economía de la Redención quedaba desbaratada; el abismo insondable abríase nuevamente tan aterrador entre la desventurada humanidad y la inaccesible divinidad como en los tiempos primitivos, y el mundo no había progresado más después de la predicación del Evangelio que antes de la venida del Salvador!

San Alejandro, sucesor de San Aquilas, se vió precisado a excomulgar a Arrio; pero esa providencia era tardía y el mal muy considerable ya, pues la nueva doctrina seducía a los cristianos poco firmes en sus creencias. El amenguar la majestad de Jesucristo, y, por ende, el rigor de la justicia divina, era, para las almas sensuales y frívolas, ocasión para lanzarse libremente

por la pendiente de sus vicios. En Cesarea, donde se refugió, Arrio tenía numerosos partidarios, aun entre los obispos. Uno de ellos, Eusebio de Nicomedia, le animaba a proseguir su apostolado. En Alejandría, parte del pueblo simpatizaba con él, pues poseía un don especial para ganarse las voluntades sobre todo del devoto sexo femenino. Difundíanse entre el pueblo canciones populares para uso de los viajeros, marineros y artesanos, con objeto de ganar para su causa a los ignorantes. Arrio lo dirigía todo; él había compuesto la letra y la melodía. Celebraban concilios, unas veces los partidarios del hereje, quienes confirmaban sus doctrinas, y otras los católicos, en los que era excomulgado. En fin, todo el Oriente ardía por esta época (324-325) en llamas encendidas por la herejía, y la Iglesia veíase amenazada por el peligro más grave que jamás corriera.

SAN ATANASIO, DIÁCONO. — CONCILIO DE NICEA

POR el mismo tiempo, prendado el patriarca de la santidad y ciencia de Atanasio, le nombró secretario suyo y le ordenó de diácono. De baja estatura y complexión enclenque, ¿qué podía hacer este «hombrecillo», como despectiva y rabiosamente le llamara un día Juliano el Apóstata? Pero Atanasio, que por natural propendía a ser grande en todo, se había ya dado a conocer, apenas cumplidos los veinticuatro años, con la publicación de una obra de vigor y claridad poco comunes, intitulada *Discursos contra los gentiles,* en los que la idolatría era ridiculizada y aplastada.

Sin embargo, el emperador Constantino, cuyos sentimientos eran profundamente cristianos, inquieto por esas disputas y controversias, decidió poner término a tales escándalos y convocó, al efecto, a todos los obispos de la «tierra habitable», para oponer al enemigo de la Iglesia «los batallones de la falange divina». El lugar elegido para la asamblea fué Nicea de Bitinia.

Gracias al admirable sistema de comunicaciones con que el imperio romano había sabido asociar a su centro los países conquistados por las armas, los obispos dispusieron, de etapa en etapa, de convenientes medios de transporte, como coches, animales de silla, casas de refugio, en las que los empleados de la posta imperial les prestaban toda clase de servicios; y hacia mediados de mayo de 325 —verosímilmente el 20— se hallaron congregados en Nicea más de trescientos obispos.

El emperador en persona inauguró el Concilio, como presidente honorario en cierto modo. Allí estaba el heresiarca, presuntuoso y arrogante, contando deslumbrar con su ciencia a todos aquellos varones que él juzgaba de espíritu sencillo y más acostumbrados a catequizar al pueblo que a discutir por los métodos de los filósofos Aristóteles y Platón. No contaba, sin duda, con

la perspicacia y dialéctica del joven diácono Atanasio, que desde el primer momento se dió a conocer como el adversario más temible de los arrianos. Nadie como él sabía asimilarse la parte esencial de una dificultad, ni exponer más luminosamente el punto en torno del cual todo giraba. Ya podía Arrio desviarse, en exposición nebulosa, de la transcendencia divina; Atanasio le volvía invariablemente al verdadero punto de la discusión: el misterio de la Redención humana. A excepción de cinco obispos, todos los Padres suscribieron el *Símbolo de Nicea*, cuya redacción había sido confiada contradictoriamente a los dos adversarios: al heresiarca Arrio y al campeón de la ortodoxia, Atanasio.

COMIENZA SU EPISCOPADO. — PRIMER DESTIERRO

CINCO meses después del Concilio, San Alejandro entregaba su alma a Dios, designando antes por sucesor suyo al diácono Atanasio. Los fieles aplaudieron esta elección, y la consagración se efectuó el 7 de junio de 328. El nuevo obispo tenía a la sazón treinta y dos años. Las ovaciones populares indicaban a las claras el entusiasmo con que la multitud le acogía: «¡Viva Atanasio! ¡Viva! —clamaban—. Es un asceta, es un obispo cabal.» Semejante entusiasmo no era del agrado de los arrianos, como puede suponerse.

Por iniciativa sumamente interesada de los adversarios de Atanasio, había resuelto Constantino solemnizar el trigésimo año de su reinado, mediante una nueva asamblea conciliar que se celebró en Tiro el año 335. En la mente del emperador, esta reunión había de ser, a no dudarlo, obra de pacificación definitiva; pero la carta imperial de convocación era harto significativa, pues agregaba que si alguno dejaba de concurrir, se le obligaría por la fuerza pública. De hecho, este pretendido Concilio no fué más que un indigno conciliábulo. Los enemigos de Atanasio se habían dado cita en aquel lugar, y he aquí la novela que inventaron para perder al santo patriarca.

Acusáronle de haber mandado a uno de los suyos que asesinara a Arsenio, obispo de Hipselis. Y el brazo seccionado de la víctima fué paseado por la ciudad como prueba fehaciente de su crimen. Abrióse una información, y Atanasio descubrió muy pronto su astuta patraña y se ingenió para dar con el paradero del pretendido muerto, el cual se había ocultado en un monasterio. El desventurado cómplice solicita humildemente el perdón y, por orden del santo patriarca, se mezcla ocultamente entre la asamblea conciliar. Llega el momento en que los acusadores, en tono melodramático, piden venganza y, abriendo una caja misteriosa, sacan de ella un brazo seco. Entonces Ata-

nasio se levanta y dice: «Ruego a los que conocían personalmente a Arsenio que se sirvan levantarse.»

Luego, mostrándoles su pretendida víctima, les dice: «¿Es éste Arsenio, a quien he matado y al cual he hecho cortar el brazo?» Arsenio mostró a todos ambos brazos y el patriarca prosiguió: «A mis acusadores les corresponde ahora averiguar el lugar donde podía llevar oculto el tercero.»

Pues bien, aunque nada podía servir tanto a la causa del santo obispo como una victoria tan mortificante para sus enemigos, con todo, éstos no desmayaron, sino que imaginaron una nueva acusación, la más conducente a impresionar el amor propio de Constantino. En efecto, se le acusó de haber monopolizado el trigo para distribuir grandes limosnas a los pobres de Alejandría, ocasionando de ese modo el hambre en Constantinopla, la gran ciudad, tan gloriosamente fundada por el emperador, su capital y objeto de legítimo orgullo.

Esta vez la acusación tocaba a Constantino en lo más sensible; era como echar aceite al fuego. El emperador no esperó que el acusado presentase su defensa, sino que, para poner fin a toda discusión, dió orden de conducir a Atanasio a Tréveris de las Galias. Ejecutóse la orden en 335, y el patriarca fué alejado de su patria hasta la muerte de Constantino (337).

REGRESO DE SAN ATANASIO. — NUEVOS DISTURBIOS Y NUEVOS DESTIERROS

EL recibimiento triunfal y la alegría del pueblo al ver de nuevo a su amado prelado, después de veintiocho meses de destierro, no son para descritos. Por desgracia la paz fué de corta duración, pues los arrianos no cejaron hasta conseguir sus malvados intentos. Apoyándose en el emperador Constancio —uno de los hijos de Constantino, a quien le había correspondido en herencia gran parte del Oriente con el Egipto, y que estaba ya tocado de la herejía de Arrio—, reunieron un conciliábulo en Antioquía, depusieron a Atanasio por segunda vez, y eligieron en su lugar a un sacerdote egipcio por nombre Pistos; durante más de un año, el legítimo patiarca hubo de vivir en su metrópoli frente a su rival. Los dos partidos recurrieron al Papa, que era entonces San Julio I.

Atanasio fué a entrevistarse personalmente con el Padre Santo para defender su causa (340). Julio I confirmó a Atanasio en la posesión de su obispado y condenó a los herejes con nuevo anatema; pero esta sentencia no pudo restablecer al santo patriarca en su sede, a pesar de que los concilios de Roma (341) y de Sárdica (344) hubiesen votado a su favor, pues los orientales proseguían la lucha sin descanso.

Cuando desde el principio de su estancia en Roma se le vió, acompañado de dos monjes que llevó consigo del desierto, observando vida de verdadero asceta, una simpatía general rodeó su persona. Fué el oráculo de lo más escogido de la sociedad romana y de las familias senatoriales, tales como la de la virgen Marcela. Dió a conocer la maravillosa vida de los monjes de Egipto, en particular la de su íntimo amigo San Antonio, cuya compendiada vida escribió más tarde. San Agustín habla repetidas veces de la impresión profunda que hicieron sobre las almas de Occidente estos relatos extraordinarios, y el entusiasmo con que rompían su espada los oficiales del ejército romano para imitar las austeridades y espantosas mortificaciones de los solitarios y cenobitas. De esta nueva milicia brotó con el tiempo un nuevo clero; hecho este de gran transcendencia, puesto que las Órdenes religiosas fueron, en la Edad Media y en todo tiempo, valiosísimos auxiliares de la Iglesia.

Llegó por fin el día en que, Atanasio, perseguido siempre y siempre vencedor, fué restablecido en su sede por Constancio, que gobernaba a Italia, Grecia y el África romana. El 21 de octubre de 346, el santo patriarca entró triunfalmente en Alejandría en medio de un entusiasmo indescriptible. El pueblo y los magistrados habían salido muy lejos a recibirle, y el mismo San Antonio, viendo acudir a las multitudes al encuentro del prelado, y no pudiendo acompañarlas a causa de su avanzada edad, entonó su *Nunc dimittis,* feliz de poder contemplar el triunfo de la causa por la que tantas mortificaciones y oraciones había ofrecido al Señor (346).

Después de la trágica muerte de Constante (350), la tiranía sectaria de Constancio se encontró sin cortapisas; y casi al mismo tiempo murió el santo papa Julio I, el más sólido apoyo de Atanasio. Celebróse Concilio en Arlés (353), y más tarde en Milán (355); pero tanto en el uno como en el otro, Constancio hizo alarde de un despotismo sin igual: «Mi voluntad —dijo— es la norma que únicamente debe seguirse». Con tales disposiciones bien se echa de ver que la fuerza y la resistencia acabarían por rendir a la mayoría de los obispos. El nuevo Papa, Liberio, fué arrestado y conducido con buena escolta a la corte imperial y luego desterrado a Tracia.

Quedaba Atanasio. Reducirle por amenazas era imposible; apoderarse de él a mano armada era muy arriesgado, pues su popularidad era grande.

A principios del año 356, fraguóse una sublevación popular en Alejandría. Celebrábase en su iglesia la vigilia de una fiesta; matones reclutados entre la hez del pueblo hacen repentina irrupción en el templo. Atanasio, sentado en su silla patriarcal, se resiste a abandonar el puesto, pero los foragidos le apremian más y más; sus amigos consiguen librarle no sin gran trabajo, le sacan de la ciudad y le ocultan. Esto bastó para que el emperador pudiera decir: «Atanasio ha huído». En consecuencia alzaron en su lugar a un tal Jorge de Capadocia, hombre grosero y brutal. Durante dieciocho meses reinó el terror en Alejandría y la sangre de los mártires corrió a raudales.

VIDA ACCIDENTADA Y REGRESO A ALEJANDRÍA

ENTRETANTO, el legítimo patriarca dirigió sus pasos hacia los desiertos del Alto Egipto. Los monjes acogiéronle como a un padre, recordando que era el mismo a quien San Antonio había legado su túnica al morir. Pero. hostigado sin cesar, Atanasio tuvo que andar errante de desierto en desierto todo el tiempo que duró el reinado de Constancio, o sea durante seis años, no siendo jamás denunciado por nadie, antes, al contrario, resguardado siempre por la fidelidad de sus huéspedes, muchos de los cuales se dejaron torturar antes que traicionarle. Su abnegación y la singular protección de la Providencia, le apartaron de todos los peligros. Permanecía con frecuencia oculto en una cisterna, privado de la vista y trato de sus amigos y algunas veces hasta de la luz del sol; el único comercio con los hombres era la visita de un siervo leal que le procuraba lo necesario para la vida o le llevaba las cartas que le escribían.

Sin embargo, una tarde en que, saliendo de su escondrijo ordinario, se remontaba Atanasio por el Nilo en barca, oyó tras sí ruido de remos. Era, en efecto, la galera imperial que le daba alcance. «¿Habéis visto a Atanasio? —le preguntaron. —Sí, por cierto —respondió éste desnaturalizando su voz—; delante de vosotros va; remad de firme y daréis con él». La galera le dejó pronto atrás, y. cambiando de rumbo, el proscrito se volvió a su retiro.

A la muerte de Constancio, Juliano el Apóstata, alardeando tolerancia, levantóle el destierro (360) Nada hay tan maravilloso como las recepciones que los fieles de Alejandría le hacían cada vez que regresaba del destierro. Esta vez fué más solemne que si entrara el mismo emperador. Todo el pueblo, en orden de edades, estados y oficios, salió a recibirle. Vino el Santo montado sobre un jumento, representando la entrada triunfal de Nuestro Señor en Jerusalén, y todos daban voces de júbilo.

Atanasio tomó posesión nuevamente de la silla patriarcal, y emprendió con denuedo la restauración de la pureza de la fe reuniendo al efecto nuevo Concilio; mas apenas terminó los preparativos, Juliano el Apóstata, arrojando la máscara de hipocresía con que se encubría, envió a Alejandría un edicto por el cual ordenaba a Atanasio que abandonara su sede inmediatamente. El amor de los alejandrinos a su patriarca, no consintió dejárselo arrebatar sin recias protestas. Escribieron, pues, a Juliano para moverle a compasión. Pero por toda respuesta, el Apóstata envió tropas a Alejandría con orden de apoderarse de Atanasio. El santo Patriarca huye una vez más (362), y con ello surgen nuevas alarmas. Mas, ¡oh, justicia divina!, nueve meses después de este suceso Juliano cae herido por una flecha en una expedición contra los persas.

ÚLTIMOS AÑOS Y MUERTE DE SAN ATANASIO

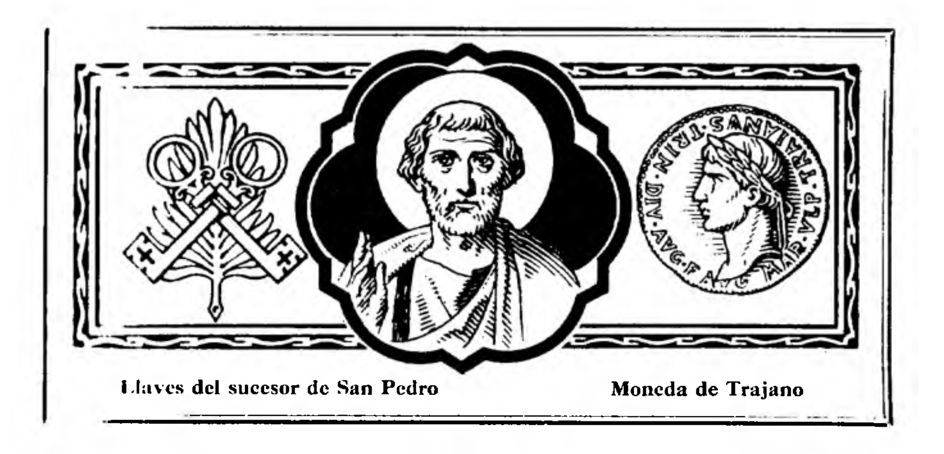
EN el reinado de Joviano, inmediato sucesor de Juliano, la Iglesia pudo disfrutar de unos días de paz. Valente, que sucedió a Joviano, ocho meses después dió un edicto desterrando a todos los obispos llamados por sus predecesores. Era la última prueba para el intrépido y sublime errabundo. A principios del año 366 consiguió entrar en Alejandría, y acabó en paz su penosíma carrera, invicto siempre, pues nunca abandonó la empresa sino para proseguirla luego con más ardor; siempre valiente, siempre tenaz, siempre inquebrantable en su amor a la verdad católica.

Los siete últimos años de su vida sólo pueden considerarse como de descanso si se comparan con los anteriores; pero para otro que no fuera él, bien pudieran pasar por años de cumplida actividad; pues, cada día más, Alejandría viene a ser como el centro del Oriente Católico, y Atanasio el consejero de los verdaderos ortodoxos. De todos los ámbitos del universo se le consulta; escribe, da alientos, refuta, fortalece, ilustra. Sus últimos escritos son, sin duda, tranquilos y reposados, como sus *Comentarios sobre la Biblia,* en los que ya no campea el ímpetu que anima su *Historia de los Arrianos,* o la *Apología al emperador Constancio,* tan digna, y en la que el santo obispo, con entereza y valentía se justifica de las calumnias de que es objeto; se ve en ellos a un padre que conversa con sus hijos, a un buen pastor preocupado únicamente del progreso espiritual de sus ovejas. Con todo, permanece siendo lo que ha sido toda su vida; el intrépido guardián de la integridad de la doctrina católica, el defensor encarnizado de la consustancialidad del Verbo. Tal nos le presentan su *Exposición de la fe,* el *Discurso contra los Arrianos* y su *Carta a los obispos ortodoxos.*

Había gobernado la Iglesia de Alejandría por espacio de cuarenta y seis años, ya de cerca, ya de lejos, y ni un solo minuto abandonó sus sagrados deberes ni modificó su manera de proceder. El Señor juzgó que este valiente adalid y siervo suyo, que tanto había trabajado por su causa, era digno de descansar ya, y le llamó en la noche del dos al tres de mayo de 373.

Inmediatamente después de su muerte comenzaron a honrarle, y es tal vez uno de los primeros obispos no mártires que haya recibido culto público. La fiesta de San Atanasio se fijó en el 2 de mayo, y el papa San Pío V, en el siglo XVI, la elevó a rito doble.

En la vida de este gloriosísimo doctor podemos considerar cómo resplandece el poder de Dios, que de tal manera arma y esfuerza a un hombre flaco, que toda la potencia de los reyes y príncipes, de los ejércitos y de todo el mundo y hasta el infierno, no puede prevalecer contra él. Aprendamos, también, con qué constancia y firmeza debemos mantener la pureza de nuestra fe.



Llaves del sucesor de San Pedro — Moneda de Trajano

DÍA 3 DE MAYO

STOS. ALEJANDRO, EVENCIO Y TEODULO

COMPAÑEROS MÁRTIRES († 115)

SAN Alejandro nació en Roma, en las cercanías de la actual iglesia de Santa Bibiana. Su padre, ciudadano romano, se llamaba también Alejandro. Sucedió en la silla pontifical a San Evaristo cuando sólo tenía treinta años, y gobernó la Iglesia desde 107 a 115. Fué el sexto Papa después de San Pedro.

Con su doctrina y milagros obró en Roma un sinnúmero de conversiones, especialmente entre la aristocracia, y conquistó para Jesucristo parte del senado romano. El mismo Hermes, prefecto de Roma, se convirtió al ver que un hijo suyo, que acababa de expirar, era resucitado por Alejandro; el día de Pascua fueron bautizados él, su mujer, su hermana, sus hijos y mil doscientos cincuenta esclavos suyos, a los que concedió la libertad y distribuyó gran parte de sus bienes. El resto lo repartió entre los pobres.

EL TRIBUNO QUIRINO

AL enterarse de estas conversiones Aureliano, generalísimo de las tropas, ordenó la detención del Papa y del prefecto de Roma, que fueron aherrojados. A su paso hacia el calabozo, el populacho, amotinado por los pontífices idólatras, rugía cual fieras sedientas de sangre. «¡Que los quemen vivos! —vociferaban—; ¡por ellos quedan desiertos nuestros templos y miles de hombres abandonan a nuestros dioses!»

La custodia del prefecto Hermes fué confiada a Quirino, tribuno militar. «¿Cómo —díjole éste con sincera simpatía— tú, patricio, lugarteniente del emperador, pudiste renunciar a tan alta posición y trocarla por estos hierros, reservados únicamente para los más viles criminales?» Respondióle Hermes: «No he perdido en modo alguno mi prefectura, no he hecho más que cambiarla por otra mejor. Las honras y dignidades terrestres están a merced de la fortuna, caprichosa de suyo; las dignidades celestiales son eternas como Dios.» «¿Es posible —exclamó el tribuno— que con toda tu ciencia te hayas dejado seducir por tan insensata doctrina? ¿Crees que después de esta vida queda algo de nuestro ser, una vez reducido el cuerpo a cenizas que el más leve viento dispersará?— También yo —replicó Hermes— me burlaba, no ha mucho, de semejante esperanza y apreciaba únicamente esta vida mortal. — Pero, ¿quién ha podido —alegó Quirino— trastornar así tu cerebro? ¿En qué pruebas se basa tu creencia? Instrúyeme en ellas, quizá yo también con el tiempo llegue a creer.» Respondió Hermes: «Bajo tu custodia está el prisionero que me ha convertido: Alejandro.»

A tales palabras, desatóse Quirino en maldiciones contra el obispo de Roma y exclamó: «¿Es posible que os haya seducido ese maestro del crimen que ni siquiera a un plebeyo hubiera logrado engañar? De charlatán semejante pronto dará cuenta la hoguera. Si tan poderoso es, ¿por qué no se salva de la cárcel y te salva a ti también? —Estas mismas palabras dijeron los judíos a Jesucristo mi maestro, pendiente de la Cruz —respondió Hermes—: «¡Que baje de la Cruz, y creeremos en él!» Efectivamente, si a Jesucristo, que veía clarísimamente la mala fe de los judíos, no le hubiese horrorizado su perfidia, descendiera de la cruz en su presencia y se les manifestara rodeado de grandeza y majestad. — Perfectamente —dijo Quirino—; si así es, iré yo mismo a estar con Alejandro y le diré: ¿Quieres que crea en tu Dios? Pues bien; reforzaré tu prisión con triple cadena y, si al llevar yo la cena al calabozo de Hermes, te veo en su compañía, creeré en Él.»

Dirigióse el tribuno a la cárcel de Alejandro, le hizo esta proposición y, después de haber reforzado la guardia, se retiró. Principió a orar Alejandro exclamando: «¡Oh Señor y Dios mío! Vos que me habéis sentado en la silla

de Pedro, vuestro apóstol, sois testigo de que en modo alguno pretendo librarme de la pasión y muerte que me aguardan. Concededme únicamente la de ser trasladado esta misma tarde al calabozo de vuestro siervo Hermes, y que mañana temprano esté de vuelta en el mío.»

SAN ALEJANDRO, LIBERTADO POR UN ÁNGEL

AL invadir las sombras de la noche los diferentes recintos de la cárcel, un hermoso niño de cinco o seis años, con una antorcha en la mano, presentóse al prisionero y le dijo: «¡Sígueme!» Abrió luego la puerta sellada y, tomando de la mano al Pontífice, lo condujo a la celda de Hermes y desapareció. Ambos mártires milagrosamente reunidos empezaron a rezar, y en esta actitud los halló Quirino al entrar con la cena. El estupor y espanto anudaron la voz en su garganta; parecía herido por un rayo. «Pedías un milagro para creer —le dijeron—; pues bien, helo aquí. Cree ahora en Jesucristo, Hijo de Dios, que escucha a sus siervos y ha prometido otorgarles todo cuanto le pidan.» Quirino se había ya serenado. «¿No será éste —replicó— un hechizo de vuestra magia? —¡Ah! —exclamó Hermes—, ¿hubiéramos podido con nuestras solas fuerzas abrir las puertas del calabozo sin dejar rastro? Triplicaste las guardias y, no obstante, aquí nos tienes juntos. La única magia que hay es el poder de Cristo; no lo dudes. Éste es el mismo Dios que daba vista a los ciegos, curaba a los leprosos y resucitaba a los muertos.» Luego refirió al tribuno la historia de su conversión. Explicóle la dolorosísima pérdida de su hijo, a pesar de los sacrificios ofrecidos a Júpiter Capitolino por su vida, y cómo Alejandro, en nombre de Jesucristo, le resucitó y devolvió la vista a su antigua nodriza.

El relato hecho a Quirino de estas maravillas, conmovió su corazón de padre. También él tenía una hija, Balbina, cuyo casamiento había tenido que retardar por haberle nacido un tumor en el cuello, contrariando así sus proyectos. «Curadla, por favor —suplicó Quirino—, y creeré en Jesucristo. —Quita esta cadena que oprime mi cuello, toca con ella a tu hija y sanará.» Quirino vacilaba... No se resolvía a dejar juntos a ambos prisioneros. «No te preocupes —le dice el Pontífice—; cierra, como sueles, la puerta del calabozo, pues yo antes del alba estaré en mi prisión.»

Amaneció el día siguiente y, al abrir el tribuno la puerta del calabozo de Alejandro, halló efectivamente en él al Pontífice. Iba acompañado Quirino de su hija Balbina, ya milagrosamente curada. Postróse a los pies del santo prisionero y, deshecho en lágrimas, prorrumpió en estos términos: «Señor, por favor, os suplico, interceded por mí ante ese Dios de quien sois obispo; rogadle que perdone mi pasada incredulidad. Esta es mi hija y sierva vuestra, curada desde el instante en que cumplí lo que me ordenasteis».

UN BAUTIZO EN LA CÁRCEL

QUIRINO estaba, pues, convertido. Preguntóle Alejandro: «¿Cuántos cautivos gimen en estas mazmorras? —Unos veinte —respondió el tribuno. — Entérate si entre ellos hay alguno encarcelado por confesar a Cristo.» Salió Quirino y volvió a poco diciendo: «Hay dos sacerdotes: uno anciano, llamado Evencio, y otro venido de Oriente, conocido por el nombre de Teódulo. —¡Traédmelos al instante!» —interrumpió Alejandro.

Poco después el tribuno llegó acompañado no sólo de ambos sacerdotes sino de todos los demás presos. Puestos ante el pontífice los cautivos, expresóse el tribuno en estos términos: «Estos que aquí veis son ladrones, adúlteros, asesinos cargados de maldad. —Precisamente —repuso Alejandro— por ellos bajó Jesucristo del cielo y a todos nos llama a penitencia para perdonarnos.» Y sin pérdida de tiempo principió a instruirlos, hablándoles con tal inspiración y eficacia que los presos, conmovidos, pidieron el Bautismo. Púsoles Alejandro bajo la dirección de Evencio y Teódulo, a quienes recomendó encarecidamente los considerasen como catecúmenos y los instruyesen en la Religión Cristiana. A los pocos días Quirino, su hija Balbina, los demás miembros de su familia y todos los prisioneros fueron bautizados; la cárcel parecía transformada de lugar de sufrimiento en templo cristiano, mansión de purísimos goces.

EL CRISTIANO LO SACRIFICA TODO A SU FE

EL fiscal denunció a Aureliano lo sucedido. El jefe de los milicianos llamó inmediatamente a Quirino y le recriminó en estos términos: —«Tenía yo en ti depositados toda mi confianza y aprecio, y tú me has engañado miserablemente convirtiéndote en juguete de ese infame Alejandro. —¡Soy cristiano! —fué la única respuesta de Quirino—. Puedes azotarme, echarme a la hoguera, decapitarme, jamás renunciaré a mi nuevo timbre de gloria. Todos los presos que a mi custodia confiaste también son cristianos. Yo mismo abrí las puertas del calabozo al pontífice Alejandro y al patricio Hermes, suplicándoles que huyeran; pero no han secundado mis deseos; ansían la muerte como el hambriento ansía un banquete; ahora dispón a tu gusto de mi persona. —¡Insolente! —rugió el magistrado—, mañana estarás sin lengua en el potro». Efectivamente, Quirino sufrió la amputación de la lengua y fué sometido al tormento; le cortaron además las manos y los pies y, finalmente, Aureliano ordenó decapitarlo y arrojar a los perros sus mutilados restos.

Pero fueron recogidos de noche por los cristianos y enterrados en el cementerio de Pretextato, junto a la vía Apia. Se celebra su martirio el día 30 de marzo.

Balbina, hija de San Quirino, consagró su virginidad al Señor. Cierto día, como Alejandro la viese besar respetuosamente sus cadenas le dijo: «Busca, hija mía, las que llevó el bienaventurado Pedro, que son mucho más dignas de veneración». Balbina tuvo la dicha de hallarlas. Ofreció a Teodora, hermana de Hermes, estos sagrados despojos que siguen todavía venerándose en Roma.

No fué Hermes menos fiel a Jesucristo que su amigo. También fué degollado, ganando así la palma de mártir. El 28 de agosto celebra la Iglesia su martirio. Recogidas por su hermana Teodora tan venerandas reliquias, fueron enterradas en las Catacumbas de la antigua vía Salaria, cerca de Roma, lugar que recibiría el propio cadáver de la santa virgen, al que el mismo Aureliano había de enviar a su eterno descanso, como lo hiciera más tarde con todos los presos, que abandonados en alta mar, a merced de las olas, hallaron en sus profundos senos la corona de la gloria.

MARTIRIO DE SAN ALEJANDRO

EL santo papa Alejandro agradeció efusivamente a Dios el triunfo de los que sacrificaron sus vidas en aras de la Religión Cristiana; y él mismo se pertrechó para los futuros y decisivos combates. Se expresó ante el tribunal de Aureliano con una autoridad y majestad dignas de la divina autoridad de que estaba investido. «Tened entendido —le interrumpió, sorprendido, el funcionario— que no estáis delante de un juez ordinario: soy el delegado del emperador, del dueño del Mundo. —Esa omnipotencia de que os vanagloriáis —repuso Alejandro—, pronto quedará reducida a la nada».

Extendido Alejandro en el potro, empezaron los lictores a desgarrarle los costados con garfios de hierro, y a aplicarle teas encendidas a sus sangrientas llagas. Durante este interminable suplicio el mártir, perfectamente tranquilo, no cesaba de orar. Exaltado por la cólera, exclamó el juez: «¿Nada tienes que decir? —Mientras ora —exclamó Alejandro—, el cristiano sólo habla con Dios. —¡Insensato! —gritó fuera de sí Aureliano—, no tienes aún cuarenta años, ¿por qué renuncias tan pronto a los goces de la vida? —No permita Dios que pierdas tu alma inmortal» —terminó el Papa.

Mientras este diálogo se desenvolvía, la mujer de Aureliano le envió un mensaje concebido en estos términos: «Pon a Alejandro en libertad, es un santo. Si persistes en atormentarlo, los rayos de la divina justicia caerán

sobre ti y yo tendré la desgracia de perderte. —Alejandro es joven —respondió Aureliano al mensajero—; y pregunta a mi esposa si no es más que un movimiento de ternura el que la impulsa a obrar así». En realidad la mujer de Aureliano era cristiana y su marido temía que lo fuese.

El Pontífice, extenuado por la pérdida de sangre, fué quitado del potro, y en él colocaron a los dos sacerdotes Teódulo y Evencio. Aureliano, volviéndose entonces hacia Alejandro, le preguntó: «Dime, ¿quiénes son éstos? Son dos santos, dos sacerdotes —respondió Alejandro—. ¿Cómo os llamáis? —preguntó el magistrado al más anciano. —El nombre con que los hombres me conocen es Evencio— respondió éste—; pero soy cristiano y este nombre es el que más aprecio. —¿Desde cuándo sois cristiano? —repuso el juez. —Desde hace setenta años: fuí bautizado a los once, a los veinte me ordenaron de presbítero. Ya he cumplido ochenta y uno. Este último año de mi vida ha sido el más feliz, pues lo he pasado en un calabozo, por el nombre de Cristo. —Tened piedad de vuestra vejez —dijo Aureliano—; abjurad de Cristo, yo honraré vuestras canas, seréis especial amigo del emperador y os colmaré de riquezas». El venerable sacerdote respondió: «Yo os creía algo más prudente, pero se me desgarra el corazón al ver el vuestro que, empedernido, huye de la divina luz. Sin embargo, aun os queda tiempo, abrazad la verdadera fe; creed en Jesucristo, Hijo de Dios vivo, y os perdonará. El magistrado, con un movimiento de hombros, hizo alejar a Evencio sin contestarle.

Ordenó a Teódulo acercarse al tribunal. «¿Tú también —le dijo— despreciarás las órdenes emanadas del emperador? —Ni tú ni tus órdenes me asustan —exclamó Teódulo—. ¿Por quién te tienes tú, que atormentas a los santos de Dios? ¿Qué ha hecho el santo pontífice Alejandro, para merecer los suplicios con que le has martirizado? —¿Esperas tú, quizá, escapar de esos mismos suplicios? —interrumpió Aureliano. —No lo permita Dios —exclamó Teódulo—, el Señor no me negará la gracia de ser asociado a su martirio».

REPETICIÓN DEL MILAGRO DE LOS TRES HEBREOS

LAS últimas palabras de Teódulo sugirieron a Aureliano un pensamiento que él creyó maravilloso. Mandó atar a Alejandro y Evencio de espaldas y arrojarlos a un horno ardiendo, y colocó a Teódulo a la boca del mismo para que presenciase el tormento.

Pero se repitió el milagro de los compañeros de Daniel. Oyóse la voz de Alejandro entre el chisporroteo de los leños y el zumbido de las llamas: «¡Teódulo, hermano mío, ven a nuestro lado. El ángel que se apareció a los

tres jóvenes hebreos está con nosotros y te reserva un lugar». Al oír estas palabras desprendióse Teódulo de los soldados y se arrojó al horno. Los tres mártires, libres en medio de las llamas, entonaban un salmo: «¡Señor, nos probaste con el fuego y éste no halló en nosotros iniquidad!»

Furioso Aureliano, ordenó sacarlos del fuego. Evencio y Teódulo fueron decapitados. Alejandro sufrió un suplicio más terrible: fué atravesado su cuerpo lentamente con aceradas puntas, hasta que entregó su alma en manos del Criador. La muerte de estos tres mártires acaeció el 3 de mayo del año 115.

CASTIGO DE AURELIANO

MIENTRAS Aureliano insultaba a los cadáveres de los santos mártires, oyó una voz del cielo que le decía: «Estos Santos que tú ultrajas, disfrutan ya de eternas delicias, y en cambio tú vas a ser precipitado en lo más profundo del infierno». Presa de pavoroso temblor el magistrado entró en su palacio. Llamó a su esposa Severina y le dijo: «He visto a un joven de rostro centelleante que arrojó a mis pies una barra de hierro y me dijo: «¡Aureliano, ahora recibirás tu galardón!» Me sobrecogió un temblor convulsivo y esta terrible fiebre que me devora. Ruega a tu Dios por mí. Severina, suplícale que me perdone». Respondióle Severina: «Yo misma daré sepultura a los santos mártires para que intercedan por nosotros».

Dirigióse, al efecto, Severina a una de las fincas que poseía en la séptima piedra miliaria de Roma, al borde de la vía Nomentana, y allí colocó con sus propias manos los cuerpos de los Santos Evencio y Alejandro en un mismo sepulcro. El cuerpo de San Teódulo fué enterrado en sepulcro aparte. Los sacerdotes de Roma y numerosos cristianos acompañaron a los cuerpos de los mártires y permanecieron reunidos hasta que Severina volvió apresuradamente al lado de su esposo Aureliano, el cual en aquellos momentos era víctima del más espantoso delirio. Abrasadora fiebre le consumía; palabras incoherentes brotaban de sus labios, a intervalos se le escapaban imprecaciones contra sí mismo, reprochándose su maldad. «¡Desdichado! —exclamó Severina—, has despreciado mis consejos. La mano de Dios pesa sobre ti». Pronto el desgraciado Aureliano expiró en medio de atroces convulsiones. Severina se vistió de cilicio y fué a postrarse ante el sepulcro de los mártires, sin abandonar este lugar. Más tarde, cuando el pontífice Sixto I, elegido para suceder a San Alejandro, llegó de Oriente, consiguió que un obispo celebrase a diario, en aquel sitio, el Santo Sacrificio. Esta es la Santa Severina, matrona romana, cuya fiesta celebra la Iglesia de Roma en este día.

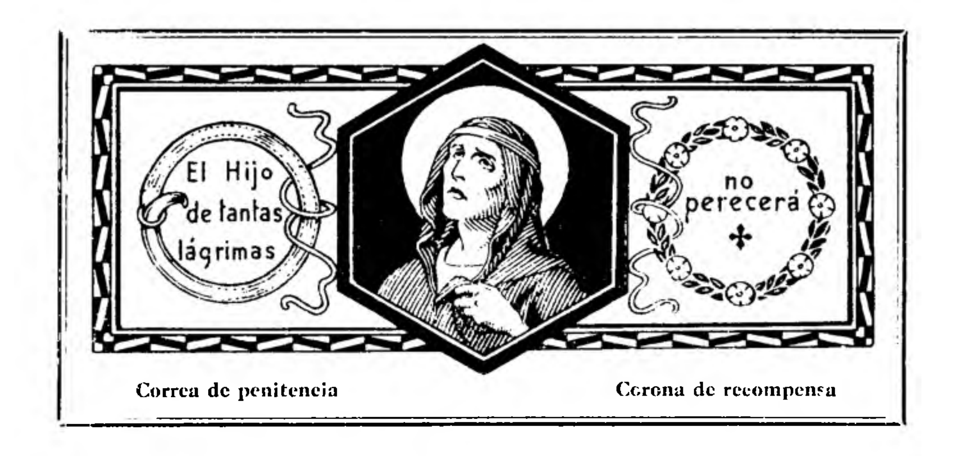
PRESCRIPCIONES LITÚRGICAS DE SAN ALEJANDRO I

DEL pontificado de San Alejandro I datan importantes disposiciones litúrgicas, tales como: el rito del agua bendita con mezcla de sal, las fórmulas rituales compuestas por él mismo que aun hoy se rezan para esta bendición, la adición a las oraciones del Canon de la Misa de la fórmula *Qui prídie quam pateretur...*, que precede inmediatamente a las palabras de la Consagración. Él fué también quien ordenó la mezcla de las gotas de agua con el vino del Sacrificio en memoria de la sangre y agua que salieron del Corazón de nuestro Redentor atravesado por la lanza; y para significar la unión de Cristo con su Iglesia. Asimismo, la prescripción del pan ácimo en vez del fermentado, como materia más pura y más conforme con la empleada por Nuestro Señor Jesucristo en la última Cena. No quiere decir esto que este santo Papa instituyese estas sagradas ceremonias, ya que eran apostólicas, enseñadas por el mismo Jesucristo, sino que las confirmó e insertó en los sagrados cánones. Mandó también que ningún clérigo pudiese decir más de una misa cada día.

La Iglesia ha inscrito en el Canon de la Misa el nombre de este héroe de las terribles luchas contra el paganismo.

En el pontificado de Pascual I, las reliquias de los Santos Alejandro, Evencio y Teódulo fueron trasladadas a Roma y depositadas en el monasterio de Santa Práxedes, como lo atestigua una inscripción que allí se conserva. Más tarde se repartieron entre diversas iglesias trozos importantes de estas reliquias, lo cual originó el error, bastante extendido, de atribuir a distintos santuarios la posesión de tan sagrados restos.

Hacía siglos que las catacumbas de San Alejandro yacían en completo olvido cuando, a fines de 1855, fueron identificadas. Pío IX las visitó el 12 de abril de 1855. Los descubrimientos verificados en dichas catacumbas confirman a satisfacción el relato de las Actas del Martirologio acerca de diversos e importantes puntos referentes a San Alejandro. Por otra parte, sábese que Nomentum, hoy Mentana, tenía en 415 un obispo llamado Ursus, en cuyo territorio se encontraba la catacumba. Se puede ver en él al sucesor de aquel obispo a quien el papa San Sixto confió la custodia del sepulcro de San Alejandro, sobre el cual debía celebrar todos los días el Santo Sacrificio. Este sepulcro había sido construído probablemente en los albores del siglo V, época en que los recuerdos de los mártires no se habían borrado todavía.



Correa de penitencia　　Corona de recompensa

DÍA 4 DE MAYO

SANTA MONICA

VIUDA, MADRE DE SAN AGUSTÍN (332 - 387)

MÓNICA nació en 332 en la ciudad de Tagaste, perteneciente a la antigua Numidia, que corresponde casi en su totalidad a la actual Argelia. En dicha ciudad habitaban cristianos y paganos, católicos y maniqueos.

Gracias a su madre Facunda, Mónica pudo crecer en el santo temor de Dios, pues el ambiente de su hogar era tradicionalmente cristiano y virtuoso. Se encargó de su educación familiar a una sirvienta de arraigadas creencias católicas y de costumbres muy sanas y puras, la cual le exigía, sin transigencias ni cobardías, el exacto cumplimiento de la Ley de Dios. Debido a ello Mónica pudo conservar intacta la bella flor de la pureza.

Ya desde niña le gustaba visitar a menudo a Jesús Sacramentado en la iglesia, donde permanecía largos ratos entregada a la oración. Con frecuencia interrumpía sus juegos para dedicar unos momentos a la plegaria; sus compañeras la vieron reiteradamente detrás de algún árbol en actitud orante. Siguiendo los ejemplos de su virtuosa madre solía interrumpir el sueño y levantarse a media noche para celebrar íntimos coloquios con Dios.

El rigorismo y la exigencia de su sirvienta e instructora lograron de Mónica un intenso espíritu de penitencia. Por él se privaba aún de tomar

un sorbo de agua entre comidas. Sin embargo, la pobre niña cayó una vez en una tentacioncita de gula. Fué encargado de ir a buscar el vino que debía servirse en la comida; pero, por travesura de niña o por jugar una mala partida a la sirvienta, mojó sus labios en el precioso líquido, el cual le gustó. Poco a poco fuése aficionando al vino hasta que acabó por beber una taza entera. La sirvienta, que la había visto en esta acción, la reprendió ásperamente y la tildó de borracha. Mónica se sonrojó al oír tal dicterio y determinó enmendarse. De allí en adelante la niña se mostró más humilde y mortificada.

Desde muy temprana edad sintió vivo amor hacia los pobres, a quienes socorría en cuantas ocasiones podía. Les distribuía el pan que sobraba de las comidas, y gustaba de lavarles los pies, según costumbre de la época.

Mónica, aunque joven, se mostraba siempre digna y noble en su porte, dulce y amable en su rostro. En su estado de matrimonio supo conservar estas virtudes, a las que juntó una inalterable paciencia.

LA PRUEBA: SU CASAMIENTO

LLEGADA a la edad núbil, Mónica casó con Patricio, varón distinguido y honrado de la misma ciudad de Tagaste, a cuyo Consejo municipal pertenecía. Hombre de carácter irascible y pagano, no parecía el más indicado para unirse en matrimonio con Mónica, mujer sencilla, buena y piadosa y, sobre todo, arraigadamente cristiana.

Pero el enlace se efectuó, y sirvió, sin duda, para hacer ganar nuevos e innumerables méritos a la caritativa mujer, a la que no faltaron pruebas a causa de los frecuentes arrebatos de cólera del marido que tuvo que soportar, y también por los malos tratos de su suegra, pagana y de tan mal carácter como su marido. Por añadidura, sus propias sirvientas le hicieron blanco de unas viles calumnias, de cuya falsedad todos se convencieron pronto. Mónica toleraba pacientemente los arrebatos de aquél y las injurias de éstas; esperaba ansiosa el día en que Dios iluminara la mente y el corazón de su esposo, a quien procuraba no agriar con réplicas ni contradicciones. Siguió una táctica conciliadora, y con ella logró desarmar la cólera de Patricio, cuyo corazón fué ganando paso a paso, hasta que logró su completa conversión. A estas virtudes unió Mónica una continua oración para obtener de Dios la gracia que tanto anhelaba. Sus plegarias fueron favorablemente acogidas.

Pero no fué esto sólo, sino que, además, logró amansar a su suegra y rendirla a la evidencia de su virtud; las mismas sirvientas se dejaron conquistar el corazón por la bondad de la Santa.

AGUSTÍN

En medio de este piélago de tristezas y sinsabores, Dios suavizó un tanto la vida de Mónica con el gozo de la maternidad. Su primer fruto fué Agustín, quien vino al mundo arrastrando en pos de sí un mar de lágrimas para su madre, la cual por dos veces, por así decir, le dio a luz: una para el mundo, anegado en pecados y herejías; y otra para Dios y su Iglesia. Tuvo después otros dos hijos, Navigio y Perpetua, cuya santidad debía quedar eclipsada por la de su hermano mayor. Como madre verdaderamente cristiana infundió en todos ellos, con su leche, el nombre y el amor de Jesucristo, y de ellos obtuvo tres hijos santos. ¡Tan grande es la influencia de una madre! Precisamente a las oraciones y lágrimas de esta debemos la existencia de uno de los santos más excelsos que han brillado en la Iglesia, y uno de los genios más esclarecidos de la humanidad.

Día a día se esforzaba la piadosa madre en formar rectamente la conciencia de Agustín según las enseñanzas de Jesucristo, y levantar su alma hacia Dios por medio de la sublimidad de las verdades cristianas. Esta educación dejó huellas indelebles en el corazón del hijo, el cual, más tarde, en medio de los extravíos, esperimentaba un gran vacío cuando, entregado a la lectura, no veía nada de Jesucristo en los libros.

Mas, ¡ay!, que en las nacientes y ardorosas pasiones del niño ejercerán mayor influencia los perniciosos ejemplos de su padre que los santos esfuerzos de su madre y las correcciones de sus primeros maestros.

Dios había dotado a Agustín de un corazón apasionado y de una inteligencia extraordinaria. Patricio cifraba en él las más halagüeñas esperanzas, y soñaba únicamente en la gloria que el talento y el saber de su hijo le proporcionarían ante los hombres. Determinó, pues, que su hijo saliese de los estrechos horizontes de Tagaste y se trasladase a Madaura, ciudad romana, también de África, donde hallaría más hábiles maestros. No es para comprender la pena que sentiría el corazón de Mónica en esta primera salida, ni las preocupaciones y temores que amontonaría en su mente.

Los nuevos maestros de Agustín eran paganos. La asidua lectura de los autores gentiles con todas sus fábulas y escandalosas leyendas fueron el ordinario alimento de su juvenil ardor para formarse en la elocuencia y elegancia de estilo. Esta enseñanza carecía de freno para detener los avances impetuosos de las pasiones juveniles de aquel corazón apasionado y solo ante los problemas de la vida. Triste educación que levantará las más vivas protestas en el alma de Agustín, pero después de haber producido en ella los más perniciosos efectos. Cada vez que Agustín regresaba al hogar paterno, su conducta clavaba un puñal en el alma de su madre, despedazada al darse cuenta de los progresos del mal en el alma de su querido hijo.

CRISTIANA MUERTE DE PATRICIO

AGUSTÍN va a Cartago a continuar sus estudios; su inteligencia es un foco de luz, pero su corazón un hervidero de pasiones. Esta salida costó muchas lágrimas a su madre, pues temía, con razón, por la vida espiritual de su hijo a causa del corrompido ambiente que se respiraba en dicha ciudad. Agustín no contaba más que diecisiete años, edad la más propicia para el naufragio espiritual, al admitir fácilmente el oropel brillante de nuevas ideas y teorías. que más sirven para corromper el corazón que para alumbrar la mente. No es, pues, extraño que este hijo fogoso y lleno de ímpetu perdiera la fe y la pureza en su continuo trato con los herejes maniqueos. Entonces sintió Mónica todo el dolor que siente una madre al ver perdido a su hijo y en trance de condenación eterna. Patricio, su esposo, compartió con ella las sentidas lágrimas, lo cual fué un lenitivo a su dolor.

Por entonces el padre de Agustín había abrazado ya la fe cristiana, y enmendaba cada día su vida para hacerse más agradable al Señor a quien servía. Cayó enfermo y pidió el Bautismo, que recibió con fervor, y se durmió cristianamente en brazos de su esposa, por medio de la cual Dios le había concedido la gracia insigne de la sincera conversión.

Libre ya Mónica de los lazos matrimoniales, pudo vacar más fácilmente a la oración y a toda clase de obras buenas, y evitar, en lo posible, el trato con el mundo. Aumentó sus austeridades, multiplicó las mortificaciones y desahogó su amor para con los pobres, en cuyo servicio pasaba la mayor parte del día. Se convirtió en madre de huérfanas, y consoladora de viudas y de casadas desengañadas de sus sueños de felicidad.

UN HIJO DE LÁGRIMAS

CON la muerte de Patricio, quedó Mónica sumergida en un mar de inquietudes acerca de la suerte de su hijo, pues ella se sentía impotente para apartarle de la fatídica senda que había emprendido. No obstante, confiaba plenamente en Dios, a quien había encomendado tan importante asunto.

Entretanto Agustín crecía en sabiduría y brillaba en sus estudios, gracias a la generosidad de un amigo de su padre. Pero, triunfantes sus pasiones, su fe languideció hasta el punto de que apostató públicamente de ella y se convirtió en sectario y maestro del maniqueísmo. Es imposible explicar el dolor de Mónica entonces. De sus ojos salían ríos de lágrimas; el dolor



SUEÑA *Santa Mónica que, estando de pie sobre una tabla, se le acerca un ángel radiante de luz, y, al verla triste, le dice:* —«*¿Por qué lloras?*» —«*Lloro la perdición de mi hijo*» — *responde Mónica.* —«*¡Oh! —replica el ángel—, no te inquietes, el hijo está a tu lado y en el mismo sitio que tú*».

de una madre que ha perdido a su hijo único; los gemidos de Raquel, la madre que no admite consuelo, son débiles imágenes de sus tormentos —dice San Agustín en sus *Confesiones*.

Mónica, que había derramado tantas lágrimas al saber las liviandades de su hijo, ¿qué no haría ante la infidelidad de Agustín a su fe? Cuando en vacaciones volvió a la casa paterna, a la primera palabra que profiere en alabanza del maniqueísmo, esta fervorosísima cristiana se yergue enérgica e imponente, y, deshecha en un mar de lágrimas, exclama: «No; jamás seré la madre de un maniqueo». Y despidió a su hijo de casa. Ante la majestuosa indignación de la madre, Agustín bajó la cabeza y salió silenciosamente —pues aun en sus mismos extravíos, jamás dejó de amar a su madre, y nunca tuvo para con ella la menor insolencia—. Fuése a pedir hospitalidad a su protector Romaniano, sin perder la confianza de que su madre le recibiría nuevamente.

Mónica, deshecha en lágrimas y casi sin sentido, quedó sumida en un mar de penas; pero Dios vino a consolarla con un sueño que presagiaba la ansiada conversión de su hijo. Una noche en que estaba llorando a lágrima viva, vióse de pie en el canto de una tabla que se cernía sobre el abismo; un ángel, resplandeciente de luz, se acercó a ella y le preguntó la causa de su llanto.

—Lloro —respondió— la pérdida de mi hijo.

—No llores ya —repuso el ángel—, tranquilízate; tu hijo está contigo y en seguridad.

Entonces, volviéndose vió, en efecto, a su hijo de pie sobre la misma tabla. Con esto, el Señor le dió a entender que su hijo vendría a creer lo que ella creía y a recibir la fe que ella profesaba. Consolada por esta visión. Mónica comunicó el suceso a su hijo, que aun estaba lejos de convertirse:

—¡Ánimo, madre mía! —le dijo—, ya ves cómo hasta el cielo se pone de mi lado cuando te promete que algún día no lejano participarás de mi doctrina.

—De ningún modo, hijo mío —le respondió con entereza—; no se me ha dicho: «*Estás donde está*», sino: «*Está donde estás*».

Esta luminosa respuesta impresionó al joven más profundamente que el relato de la visión. Desde este momento, Mónica se dirigió a los hombres más eminentes en doctrina y les instó encarecidamente a que entrasen en relaciones con su hijo para volverle a la fe católica. Pero estaba todavía demasiado imbuído de los nuevos errores, para escucharlos sin prevención. Como su madre rogase a un santo obispo que trabajase en convencer a su hijo, recibió esta respuesta: «Vete en paz; es imposible que perezca el hijo que tantas lágrimas te ha costado».

HUÍDA DE AGUSTÍN

SE acercaba el día en que se cumplirían estas proféticas palabras. Mónica, por su parte, no se cansará de poner en práctica cuanto favorezca su rápido cumplimiento. Proyecta Agustín salir de Cartago, donde explica Retórica, y dirigirse a Roma para dar a conocer su extraordinario talento y tener discípulos más dóciles. ¿Cómo hacer conocer este proyecto a su madre, que no le pierde de vista? Y, ¿cómo ausentarse sin que ella lo note?... Finge Agustín un paseo por la costa y se embarca secretamente.

Al darse cuenta Mónica del engaño, la embarcación desaparecía en el horizonte... Agustín enfermó gravemente en Roma; pero sanó gracias a las oraciones que dirigía por él al cielo aquella santa madre, abandonada y sola en tierra africana. En la primera ocasión que tuvo Mónica, embarcóse, atraída por aquel poderoso imán que era su hijo. Furiosa tempestad se desencadena; diríase que las potestades infernales luchan en defensa de Agustín, secundando la borrasca. Los marinos palidecen de terror en medio de las enfurecidas olas; Mónica los alienta y toma el remo de uno de ellos. No puede perecer la embarcación; en ello radica la salvación de su hijo. Y, ¿habrá quien cerrando los ojos ante este heroico proceder, ensalce como un acto de intrépida valentía el de César ayudando y animando al marino? ¡Qué lejos está de igualar aquel gesto, hijo de la ambición y del orgullo, al de una pobre mujer remando para ir en socorro del alma de su hijo que se halla en gravísimo peligro!

CONVERSIÓN DE AGUSTÍN

MÓNICA llegó por fin a Roma, pero su hijo acababa de salir para Milán. Partió inmediatamente la Santa en su seguimiento y logró alcanzarle. Accedió Dios, por fin, a tan prolongadas y meritorias súplicas. Diríase que si el Señor ha diferido por tan largo tiempo la concesión de la gracia, ha sido para otorgar muchísimo más de lo pedido. Amanecerán para ella días más dichosos, pues serán días de resurrección y de gloria.

Agustín sentía amansarse sus luchas internas en el íntimo trato con San Ambrosio, obispo de Milán. Las palabras del santo Doctor desvanecían todas sus dudas. Lentamente iban abriéndose sus ojos a la fe, hasta que, con claridad meridiana, manifestóle el cielo su voluntad por una voz misteriosa que sin cesar le repetía: «*Tolle, lege!* ¡Toma y lee!» Abrió las epís-

tolas de San Pablo, leyó, y cayó, como el Apóstol, vencido por el amor de Jesucristo. Poco tiempo después, recibió el Bautismo de manos del obispo de Milán.

Salió de las aguas bautismales completamente transfigurado y dispuesto a ser santo. La vocación religiosa fué la gracia principal de su Bautismo.

Inicióle en el nuevo género de vida Simpliciano, santo y sabio religioso de Milán. Ni un solo instante desmereció Agustín las enseñanzas de su maestro, las cuales puso inmediatamente en práctica. Resolvióse volver al África para vender su patrimonio; dió una parte a los indigentes y reservó otra para la fundación de un monasterio, semillero fecundo del monacato africano.

A este fin, se encaminó a Ostia, donde pensaba embarcarse, en compañía de su madre y de algunos amigos. Pero, Mónica había ya terminado su obra: Su hijo estaba convertido. Podía repetir a Dios con el Salmista: «Conforme a la multitud de los dolores de mi corazón, tus consuelos alegraron mi alma» (Sal. XCIII, 19).

MUERTE DE SANTA MÓNICA

UN bellísimo cuadro, tierno como un idilio, inmortalizado por el arte, nos muestra a la Santa sentada con su hijo a la orilla del mar. Fijos los ojos y el corazón en la inmensidad de los cielos, Mónica penetra con su vista toda la creación; la tierra, el mar, los astros; pero todo le parece pasajero; bucea más alto, y llega a la región del amor eterno. Aquí, en la posesión de Dios, encuentra la dicha, cuya posesión es capaz de arrebatarla en éxtasis. Y suspirando, abate su vuelo hacia este melancólico valle de lágrimas. Después de este rapto amoroso, queda como anonadada al verse tan lejos de sus esperanzas y anhelos, y, con los ojos preñados de lágrimas, dice a Agustín:

—¿Por qué, hijo mío, estoy aún aquí en este destierro, ahora que mis esperanzas están ya realizadas? Sólo por una cosa deseaba vivir: por verte cristiano y católico. Y no sólo se me ha concedido esto, sino que te veo despreciar la felicidad terrena para consagrarte del todo a Dios. ¿Qué hago, pues, ya en este mundo?

En efecto, no le faltaba a Mónica más que emprender el vuelo hacia las eternas mansiones.

En otra ocasión, aprovechando la ausencia de Agustín, habló con gran ardor del desprecio de la vida presente y de la dicha de morir para unirse con Dios. Y como Alipio, Navigio y otros amigos de Agustín le preguntasen si no tendría cierta aprensión en morir lejos de la patria, les respondió:

Nunca se está lejos de Dios; y no hay que temer que el día del juicio tenga dificultad en reunir mis cenizas y resucitarme de entre los muertos».

Era ésta una altísima gracia del cielo, pues hasta entonces había deseado ardientemente, como asegura Agustín, ser enterrada en su país natal al lado de Patricio, en el sepulcro que ella misma se había construído.

Cinco días después, presa de violentísima fiebre, presintió su próximo fin y, con el nombre de Dios en los labios, entregó su alma al Creador el día 4 de mayo del año 387 Mónica había vivido cincuenta y cinco años. Agustín contaba a la sazón treinta y tres.

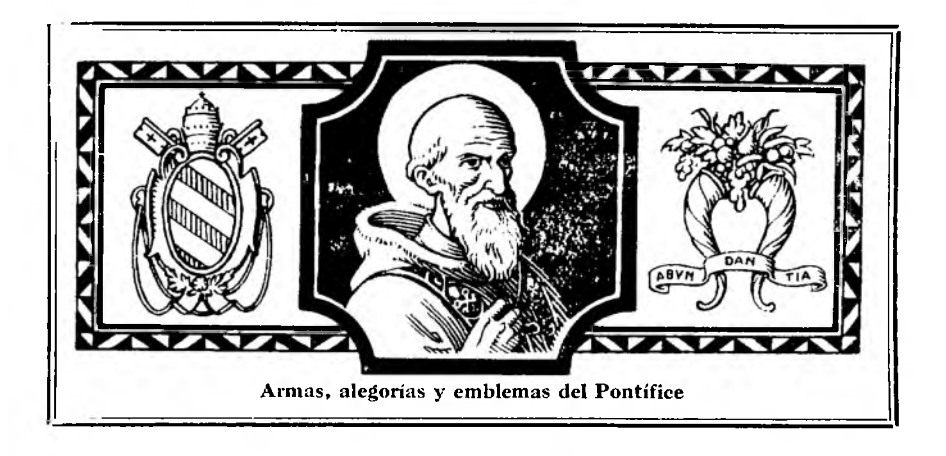
Después de los funerales, Agustín se retiró al desierto, y en presencia de Dios, dió rienda suelta a sus lágrimas, llorando «a esta madre, muerta a sus ojos, para el tiempo; a esta madre que le había llorado tantos años para resucitarle a los ojos de Dios».

Diez siglos debían pasar antes que esta madre admirable disfrutase de culto público y universal. No se puede alegar que fuese desconocida, porque se halla su acabado retrato en las *Confesiones* de su hijo. Sus restos descansaban en Ostia, en un sarcófago de mármol, debido a la piedad de Agustín, sin ser, no obstante, objeto de culto especial; aunque ya en diversos lugares se la honraba como santa desde el siglo XII.

Intervino por fin el Sumo Pontificado, en la persona de Martín V. En virtud de su bula del 27 de abril de 1430, los restos de Santa Mónica fueron trasladados de Ostia a Roma. Durante la procesión, una madre obtuvo, al acercarse las santas reliquias, la curación de su hijo enfermo. Actualmente descansan en Roma, en la iglesia de San Agustín, bajo la custodia de los Ermitaños de San Agustín, y son venerados por los peregrinos del mundo entero.

SANTORAL

Santos *Ciriaco y Silvano, obispos y mártires; Florián y su esposa Egelinda, mártires;* Godeardo o Gotardo, obispo y propulsor de la cultura en Baviera, en el siglo XI; Curcódomo, diácono; Paulino, diácono y mártir; Antonio, abad de Tours *Venerio, obispo de Milán;* Sacerdote, obispo de Limoges; Porfirio, presbítero y mártir en Umbría (Italia); Martín de Hinojosa, obispo de Sigüenza Malulfo, Cándido, Godoberto y Agliberto, obispos Alejandro, príncipe escocés y cisterciense. En Turín, la fiesta del Santo Sudario. Santas **Mónica, madre de San Agustín;** Antonia, que permaneció colgada de un brazo durante tres días y después de dos años de cárcel, fué quemada viva en Nicomedia Pelagia o Pelaya, que fué metida en un toro de bronce hecho ascua y con ello alcanzó la palma del martirio Catalina, virgen judía convertida, que ingresó y vivió santamente en un monasterio de Francia.



Armas, alegorías y emblemas del Pontífice

DÍA 5 DE MAYO

SAN PIO V

DOMINICO, PAPA (1504 - 1575)

EL papa San Pío V es un ejemplo sorprendente de este pasaje de los Salmos: *De stércore érigens páuperem,* o de estas palabras del cántico de la Santísima Virgen: *Exaltavit húmiles,* y prueba que, cuando Dios quiere, se sirve de los más pobres, de los más humildes, por el nacimiento y por el sentir, para hacerles cumplir sobre la tierra una misión de primer orden.

Dos religiosos dominicos caminaban un día por tierras del Piamonte, distribuyendo por los pueblos por donde pasaban el pan de la divina palabra. Habiéndose detenido en una aldea llamada Bosco, no lejos de Alejandría, encontraron a un pastorcito cuya fisonomía resuelta e inteligente llamó su atención: llamábase Miguel Ghisleri, había nacido en Bosco el 15 de enero de 1504, y descendía de una antigua familia a quien las guerras del siglo XV habían reducido a la pobreza.

Miguel se acercó a los misioneros, que, sorprendidos de su actitud edificante y de la precoz madurez de su juicio, creyeron haber encontrado una «vocación» y le propusieron irse con ellos. La oferta no podía ser más agradable para el corazón del niño, el cual corre gozoso a comunicarlo a sus padres y obtiene al momento el consentimiento deseado y su bendición. Sin más preparativos, asido al hábito de uno de los religiosos, emprende el viaje.

PRIMEROS AÑOS DE VIDA RELIGIOSA

A los catorce años ya se distinguía entre todos sus compañeros por la inteligencia, la piedad y la tierna devoción a la Madre de Dios. Muy pronto se captó las simpatías de los religiosos que en Voghera le habían acogido; su fervor en el cumplimiento de las observancias de la vida monástica y la docilidad con que recibía las enseñanzas de sus maestros, le merecieron el afecto de toda la comunidad. Diéronle el hábito con el nombre de fray Miguel Alejandrino; aun siendo Cardenal, será conocido durante mucho tiempo con el nombre de Alejandrino, en recuerdo de la ciudad de Alejandría. Del noviciado, pasó a Vigevano, célebre escolasticado, donde emitió los votos solemnes en 1519. Finalmente fué enviado a Bolonia, donde se hallaba el Seminario más floreciente de la Orden. Sus progresos fueron tan rápidos, que en breve tiempo estuvo en condición de enseñar a los demás.

Pero los estudios, por santos que sean, pronto secan el espíritu del que no busca sino una satisfacción más o menos mundana. El joven profesor lo sabía; por esto repetía a menudo a sus alumnos que, si querían aprovechar útilmente de su ciencia, debían sazonarla con la sal de la piedad. Él les daba ejemplo, no dispensándose nunca de la asistencia al coro y de los otros ejercicios de comunidad.

Al cumplir los veinticuatro años, sus superiores le propusieron para el sacerdocio. Fray Miguel Alejandrino hizo cuanto pudo para apartar una carga que se juzgaba indigno de llevar, pero hubo de ceder a la voz de la obediencia.

Celebró la primera misa en Bosco, su pueblo natal, en ocasión en que los ejércitos de Francisco I se dirigían a Pavía, dejando tras sí profunda desolación. El joven religioso consoló a sus compatriotas y reanimó su valor.

DIVERSOS CARGOS EN SU ORDEN. — INQUISIDOR DE LOMBARDÍA

VOLVIÓ a ocupar la cátedra de Teología, y la desempeñó con el mismo acierto hasta el día en que fué llamado a ejercer el cargo de Prior, en Vigevano, Soncino y Alba sucesivamente. Difícilmente se encontrará superior que haya mostrado tanto afecto a sus inferiores y haya sabido exigir al mismo tiempo obediencia más completa. Severo para sí, sabía condescender con todas las necesidades de los demás: pero nunca toleró el menor abuso.

Por aquellos días la Lombardía, desolada por los ejércitos franceses, estaba además expuesta a un peligro mucho más serio. Los protestantes de Suiza no perdían ocasión de introducir libros heréticos, y las poblaciones poco ilustradas se dejaban seducir fácilmente por estas novedades impías.

Los cardenales del Santo Oficio, tras maduras deliberaciones, determinaron que el Padre Miguel Ghisleri era más indicado que cualquier otro para oponer un dique al desbordamiento de la herejía, y, al efecto, fué nombrado inquisidor y enviado a Como.

Cuanto su humildad se había opuesto a aceptar el cargo de superior, tanto fué su celo para cumplir una misión que tan bien respondía al ardor en que su alma se abrasaba en defensa de la verdad. Su primer cuidado en Como fué recorrer todos los lugares de su jurisdicción, lo cual verificó a pie, sin más equipaje que su breviario, santificando el camino con la meditación y el rezo de oraciones vocales y poniendo tanto cuidado en buscar las incomodidades y privaciones, como lo hubiera hecho otro en procurarse toda clase de satisfacciones.

Un librero de Como relacionado con los protestantes de Ginebra, tenía el proyecto de hacer un gran negocio con la compra de libros calvinistas. La sede episcopal estaba a la sazón vacante, y el desgraciado llevó a tal punto su audacia que no vaciló en introducir su infame mercancía en el mismo palacio episcopal, mediante la connivencia de algunos canónigos contaminados de la herejía. Súpolo el santo inquisidor y no titubeó en declarar excomulgados a los heréticos capitulares; mas éstos se irritaron vivamente y amotinaron al pueblo contra él.

El sacerdote más comprometido en este asunto presentó queja contra Ghisleri al gobernador de Milán, acusándole de haber sido el causante de los desórdenes por su extremada intransigencia, y afirmando que el remedio a tanto mal no era otro sino el quitarle de un cargo que desempeñaba con tan poca prudencia. El gobernador mandó comparecer a nuestro Santo, y lo recibió de manera harto desconsiderada.

Si Ghisleri en esta circunstancia no daba importancia a su reputación, tampoco podía consentir que la autoridad de la Iglesia fuera despreciada de un modo semejante; por lo que salió de la cámara del gobernador y se encaminó a Roma para dar cuenta de su conducta y de todo lo ocurrido. Llegó a la Ciudad Eterna el 24 de diciembre de 1550.

La recepción que se le dispensó fué singularísima. Habiendo pedido hospitalidad en Santa Sabina, convento de su Orden, el prior, que no le conocía, reparó en lo raído de su hábito y en el polvo y lodo que le cubría, y, tomándole por uno de aquellos frailes vagabundos e intrigantes que, para no someterse a la Regla de la Orden, van de una parte para otra a vivir a sus anchas, le dijo en tono humorístico: «¿Qué venís a buscar aquí, Padre? ¿Queréis ver, por ventura, si el Colegio de Cardenales os elige Papa?

—Vengo a Roma —repuso Ghisleri—, porque aquí me llaman los intereses de la Iglesia, y así que cumpla el fin que a esta ciudad me trae, la abandonaré inmediatamente. Lo único que ahora deseo es que me concedáis hospitalidad por esta noche, y un poco de paja para la mula que me ha traído».

Menos de quince años después, aquel viajero de mezquino aspecto, subió a la silla de San Pedro.

La conducta del inquisidor fué aprobada totalmente en Roma, y las reclamaciones de los canónigos de Como sirvieron para su propia y mayor confusión.

OBISPO Y CARDENAL

LA corta permanencia de Ghisleri en Roma fué suficiente para que trabara amistad con el Cardenal Caraffa, prefecto de la Congregación del Santo Oficio. Éste, con más clarividencia que el prior de Santa Sabina, comprendió que un alma de sentimientos tan elevados y generosos era llamada por Dios a una misión de ardorosa lucha contra la herejía, cuyos progresos eran cada día más alarmantes. Le hizo nombrar, en 1551, Comisario general del Santo Oficio, y así que subió al solio pontificio en 1555, con el nombre de Paulo IV, llamó a su lado a nuestro Santo y quiso hacerle obispo de Nepi y de Sutri, a lo que se resistió fray Miguel arrojándose a los pies del Pontífice y pidiéndole con lágrimas en los ojos que no cargase sus hombros con el peso de tan elevada dignidad, y que le dejara morir con el hábito monástico; mas hubo de someterse a la voz de la obediencia.

Desde el primer momento viéronse brillar en el nuevo obispo todas las virtudes que integran el apóstol; su vida era una incesante entrega de sí mismo en favor de su rebaño. Repetidas veces intentó alcanzar de Paulo IV autorización para retirarse a su convento. Lejos de esto, el Papa le respondió: «Yo os ataré al pie una cadena tan fuerte, que ni siquiera después de mi muerte os permita pensar en volveros al claustro».

Aquella cadena no era otra que el capelo cardenalicio, que le fué concedido el 15 de marzo de 1557; tal emoción le produjo aquella impensada dignidad, que ni una sola palabra pudo salir de sus labios cuando tuvo que pronunciar el discurso de gracias ante el Colegio de Cardenales.

Algunos días después de su promoción, el nuevo Cardenal fué nombrado Inquisidor general de toda la cristiandad e investido de esta dignidad en pleno Consistorio, siendo el último de los Cardenales que llevó título tan glorioso.

Aunque el decoro de su dignidad y cargo exigía vivir con cierta ostentación, supo este hijo de Santo Domingo armonizarla con su espíritu de mortificación, convirtiendo su palacio en un monasterio y no admitiendo a su ser-

vicio sino a quien de antemano se comprometía a sujetarse a la regla, casi monacal, que había establecido para todos sus domésticos; pero ello no obstante, los trataba con una delicadeza y miramientos no corrientes en aquella época. Nunca interrumpía su comida o su sueño con llamadas innecesarias; presidía sus oraciones de la mañana y de la noche, y si alguno caía enfermo, no sólo le alojaba en una de las más hermosas salas del palacio, sino que personalmente le visitaba repetidas veces durante el día.

OBISPO DE MONDOVÍ. — PAPA CON EL NOMBRE DE PÍO V

EL papa Pío IV no tenía el mismo criterio de gobierno que su predecesor Paulo IV; alejó de Roma al cardenal gran Inquisidor, nombrándolo obispo de Mondoví; pero pronto comprendió, debido quizá a los consejos de su sobrino el santo cardenal Carlos Borromeo, que las funciones de Inquisidor exigían la presencia del titular en Roma; por otra parte, los errores protestantes y el galicanismo, que se manifestaban en esta época, exigían la vuelta rápida del prelado al centro de la cristiandad. Para defender la fe católica y los intereses de la Iglesia contra todos, y a las veces hasta contra la cámara y la familia del Papa, el cardenal Alejandrino sabía hablar con libertad enteramente apostólica. Esta franqueza no gustaba a todos; por ello recibió la orden de abandonar de nuevo la ciudad Eterna y volver a Mondoví. El Inquisidor obedeció al instante; su equipaje, enviado por adelantado, fué presa de los corsarios; él mismo cayó gravemente enfermo, y en el momento de recobrar la salud, Pío IV bajaba a la tumba (9 de diciembre de 1565)

A la muerte de Pío IV se reunieron en Conclave los Cardenales, eligiendo Papa a nuestro Santo, cuya sorpresa fué tal, que por todo discurso prorrumpió en grandes exclamaciones para ponderar su indignidad. Repuesto de aquella primera impresión, se negó rotundamente a regir la nave de la Iglesia; fué preciso que los Cardenales le sacaran a la fuerza de su celda y le llevaran a la capilla, donde se celebró la ceremonia de la «adoración».

Conociendo al fin que la voluntad de Dios le llamaba al cargo de Vicario de Jesucristo en la tierra, se dejó coronar mientras vertía torrentes de lágrimas, y tomó el nombre de Pío V

Los que habían vivido en intimidad con el nuevo Papa, conocían su bondad y las cualidades de su corazón generoso; pero el pueblo, que no le había conocido más que por los actos de autoridad en su cargo de Inquisidor, temió su severidad. Como alguien le manifestara los temores que sentían los romanos hacia su persona: «Hagamos de manera —respondió— que los que tal dicen sientan más mi muerte que mi elevación al Pontificado».

El nuevo Papa, celoso cumplidor de los deberes de su cargo, empleó tal energía para corregir abusos en Roma y en sus Estados, y particularmente la borrachera e inmoralidad, que su justa severidad le valió, al menos durante su vida, el ser más temido que amado.

Sin embargo, no descuidaba los intereses materiales de sus súbditos; abasteció a Roma de agua potable, favoreció la industria y hasta mantuvo las carreras de caballos; en fin, hizo salir del Vaticano preciosas obras de arte para ofrecerlas al pueblo romano, y con ellas formó el museo del Capitolio. Diariamente escuchaba las quejas de los pobres de Roma.

Por su parte, continuó, en medio de los honores de su cargo, la misma vida de desinterés y penitencia que había llevado desde su entrada en religión.

SOLICITUD POR LOS INTERESES DE LA IGLESIA

APRESURÓSE desde el principio a poner en práctica las saludables reformas decretadas por el Concilio de Trento. Los protestantes habían acusado a la Iglesia de haber dejado perder la savia divina que en los primeros siglos había producido tan magníficos retoños; el pontificado de San Pío V iba a dar clarísimo mentís a las invectivas de los impíos sectarios.

El nombre de San Pío V va unido a la reforma del Breviario, pedida por el Concilio de Trento. Una Bula del 9 de julio de 1568 daba carácter obligatorio al nuevo Breviario romano en todas las Iglesias del mundo católico.

Al principio de su pontificado dió órdenes severas para abolir el lujo de los sepulcros en las iglesias, donde estos monumentos funerarios hacían olvidar al Dios vivo, y por su fausto relegaban el altar a segundo término. Favoreció la piadosa costumbre de llevar medallas y concedió indulgencias a los que la practicaban. El 29 de marzo de 1567 publicó una Bula muy importante, refrendada por treinta y nueve Cardenales, en la que prohibía enajenar, bajo cualquier pretexto, posesiones del patrimonio de San Pedro; todos los nuevos miembros del Sacro Colegio debían comprometerse por juramento a observar esta Bula; y así se cumplió, al menos hasta fines del siglo XIX. El Papa luchaba contra el error bajo todas sus formas; el 6 de junio de 1566 envió a María Estuardo 20.000 escudos de oro para ayudarle en la lucha contra la reina Isabel; se oponía enérgicamente a los luteranos por medio de la Inquisición. Asimismo hubo de combatir los errores de Miguel Bayo, profesor de Lovaina, condenando el primero de octubre de 1567 setenta y nueve proposiciones falsas del que fué el precursor de Jansenio. Pío V otorgó a Santo Tomás de Aquino, el 11 de abril de 1567, el título de Doctor de la Iglesia. En fin, instituyó en 1571 la Sagrada Congregación del Indice.

CRUZADA CONTRA LOS TURCOS Y VICTORIA DE LEPANTO

EN el siglo XVI, las esperanzas de los sultanes de Constantinopla parecían despertarse al calor de las disensiones que desolaban a la Iglesia, y sus ejércitos se aprestaron a combatir a a cristiandad. En el año 1566 apareció Solimán con numerosa flota ante la isla de Malta, refugio de los antiguos caballeros de Jerusalén, pero hubo de batirse en retirada. Este fracaso era demasiado sensible para que los turcos no soñaran vengarse. Selim II había sucedido a Solimán; so pretexto de una tregua firmada por el emperador y aprovechando las disensiones reinantes en los Estados cristianos, envió al renegado Mohamed a la conquista de Chipre (1570). Los isleños, atacados inesperadamente, se defendieron con valor; pero fueron vencidos y espantosamente maltratados.

Estas noticias llenaron de congoja el corazón de Pío V, que invitó a los príncipes cristianos a formar una alianza contra el enemigo general de la cristiandad, pero sólo los españoles y venecianos respondieron a su llamiento. Don Juan de Austria fué nombrado generalísimo de las tropas, y Marco Antonio Colonna jefe de las galeras pontificias. El Papa predijo la victoria, pero recomendó que se preparasen a ella cristianamente. Durante este tiempo, él mismo multiplicaba las oraciones y mortificaciones, a pesar de las dolorosas enfermedades que le aquejaban.

El 16 de septiembre de 1571, el ejército cristiano, que contaba 65.000 hombres, se hizo a la mar en Mesina; y el sábado 7 de octubre, a la una y media de la tarde, encontrábase en el golfo de Lepanto, entre Grecia occidental y la península de Morea, a vista de los turcos, quienes con sus 85.000 hombres esperaban humillar a los estandartes de la Cruz.

Iba a librarse una gran batalla. Don Juan de Austria, echando mano de todo cuanto pudiera influir favorablemente en el resultado final, dió libertad a millares de galeotes y puso en sus manos las armas de combate.

Este rasgo de generosidad tuvo felices consecuencias. Algunas horas más tarde hacían los turcos lo mismo; pero, afortunadamente, sus 15.000 esclavos cristianos aumentaron las filas de nuestros soldados. La batalla fué por demás sangrienta por ambas partes; pero la Cruz triunfó brillantemente sobre la Media Luna, y entonces comprendió Europa que el turco no era invencible.

El mismo día, en Roma, es decir, a doscientas leguas, hacia las cinco de la tarde, el Papa presidía una reunión de Cardenales para tratar asuntos relativos a la Iglesia, cuando de repente se levanta, abre una ventana y, mirando al cielo, exclama: «Demos por hoy de mano a los asuntos que estábamos tratando, y corramos a dar gracias a Dios por el triunfo que acaba de conceder a nuestras armas».

Era, en efecto, el momento preciso en que la Cruz triunfaba en el golfo de Lepanto. Quince días se necesitaron para la confirmación de una noticia anunciada de modo tan sorprendente. En acción de gracias por tan insigne beneficio, el Papa añadió a las letanías lauretanas la invocación: «*Auxilium christianorum, ora pro nobis:* Auxilio de los cristianos, ruega por nosotros», e instituyó la fiesta de Nuestra Señora de las Victorias, que después, en el pontificado de Gregorio XIII, se llamó fiesta del Santísimo Rosario. Pío X fijó su celebración en el 7 de octubre.

A principios del año 1572, el Papa fué torturado por la enfermedad de la piedra, de la que anteriormente tanto había padecido. Soportó el mal con paciencia y resignación, y el primero de mayo de 1572 acababa una vida tan santamente empleada, habiendo reinado seis años y cuatro meses.

Pío V fué beatificado por Clemente X en el centenario de su muerte, el primero de mayo de 1672; en su proceso constan 69 milagros; su cuerpo fue puesto en una urna de mármol verde y bronce durante el pontificado de Inocencio XII, el 16 de septiembre de 1698. Fué canonizado por Clemente XI el 22 de mayo de 1712.

SANTORAL

Santos **Pío V, papa;** *Máximo, obispo de Jerusalén; Eulogio, obispo de Edesa,* y *Protógenes, de Carras;* Hilario, Teodoro, Nicecio, Sacerdote y Geroncio, obispos; Joviniano, mártir; *Angel* o *Angelo, carmelita y mártir;* Ireneo, Pelegrino e Irene, mártires en Salónica; Eutimio, diácono y mártir Florencio II y Nectario, obispos de Viena, en Francia; Avertino, canónigo regular La conversión de San Agustín. Santas Aurea, virgen inglesa, mártir en Colonia; Crescenciana, mártir, en Roma; Ida de Nivelles, madre de Santa Gertrudis (véase tomo primero, página 523) Waldrada, abadesa de Metz.

SAN MÁXIMO, obispo de Jerusalén. — Sucedió a San Macario en la sede de la Ciudad Santa, el año 331. Antes de ser designado obispo, había perdido ya el ojo derecho y le habían quemado una pierna en la persecución de Galerio Maximiano además había sido condenado a las minas. Asistió a todos los Concilios orientales que durante su pontificado se celebraron, particularmente al célebre de Nicea, convocado en 325 por Constantino, en contra de los arrianos. Acudió también al Concilio de Tiro, en el que dominaban los herejes, pero San Pafnucio se lo llevó consigo fuera de la asamblea, por no permanecer entre una turba de malvados y de obradores de iniquidad. Murió en medio de su rebaño, el 5 de mayo de 351, después de gobernar a la Iglesia de Jerusalén por espacio de cuatro lustros. Fué siempre sostén de la doctrina de los Apóstoles y supo captarse las simpatías del pueblo fiel.



Rosa de amor divino y azucena de virginidad antes que blasones de nobleza

DÍA 6 DE MAYO

BEATA ISABEL DE TOESS

PRINCESA DE HUNGRÍA, DOMINICA (1297 - 1338)

CON perdón y venia de los lectores, nos permitimos advertir a los menos versados en hagiografía que no debe confundirse esta hija de Santo Domingo con su tía y homónima Santa Isabel de Hungría, duquesa de Turingia y terciaria de San Francisco. Encontramos su vida en la obra *Helvetia Sancta* que escribió Enrique Murer de Lucerna, religioso cartujo del convento de Ittengen, y cuyo texto no es más que la traducción alemana de la biografía que en dialecto local escribiera una religiosa, y que forma parte de las crónicas del monasterio de Toess, cerca de Winterthur, en Suiza; las *Acta Sanctorum*, a su vez, han publicado una traducción latina.

La Beata Isabel nació en Buda el año 1297; fueron sus padres Andrés III, rey de Hungría, llamado el Veneciano, y Tenna, hija de Manfredo, rey de Sicilia. Grandes manifestaciones de alegría acompañaron el nacimiento de la princesita. Todas las campanas de la capital se echaron a vuelo; en todas las plazas de la ciudad se abrieron fuentes que dejaban correr en abundancia no ya agua clara, sino vino generoso; todos los grandes del reino acudieron a la Corte para presentar a los soberanos sus votos de felicidad.

Murió a poco la reina Tenna, y Andrés se desposó en segundas nupcias con la princesa Inés, hija de Alberto de Austria, rey de los Romanos. Pasado algún tiempo en la corte de Hungría, obtuvo la reina licencia de su marido para acompañar a su hija política a Viena, con la intención de hacerla educar en compañía de los hijos de su hermano. Pero, habiendo muerto Andrés en 1301, a los diez años de reinado, su viuda persuadió a los grandes del reino para que desposasen a la infantita Isabel con su pariente el príncipe Enrique, duque de Austria.

Empero, el primero de mayo de 1308 era asesinado por su propio sobrino el rey Alberto, padre de Inés; y la reina de Hungría, deseosa de vengar el asesinato, volvió con Isabel a Buda y persiguió a los culpables, incendió sus castillos y devastó los campos.

Isabelita quedó profundamente conmovida a la vista de tantos males y de tanta sangre derramada; la misma reina se conmovió también, y, a modo de expiación se unieron las dos para restaurar en Argovia un monasterio de la Orden de Santa Clara (1310) Confiaba Inés que su hija política se decidiría a abrazar con ella el estado religioso, pero el convento designado no era del agrado de la joven. Más tarde, autorizada para elegir en Suiza un monasterio donde sirviera a Dios toda su vida, escogió el de las Dominicas de Toess.

DOMINICA. — LUCHAS INTERIORES

ADELANTÓSE en ella la devoción a los años y la prudencia a la edad y, acompañadas estas singulares gracias de una índole apacible, modestia singular, docilidad incomparable y propensión como natural a todo lo bueno, se conoció, desde luego, que no necesitaba la ilustre niña de muchas instrucciones para caminar por las sendas de la virtud. En efecto, desde sus más tiernos años distribuyó el tiempo, y aun las horas, en oración, lectura espiritual y obras de piedad, lo que observó con tal exactitud, que ni aun las muchas enfermedades que padeció la dispensaron de estos santos ejercicios.

Cumplido que hubo los trece años, la inocente virgen recibió el hábito de la Orden de Santo Domingo ante el altar mayor de la nueva iglesia de Toess. Andando el tiempo, este altar debía ser dedicado al misterio de la Anunciación y a Santa Isabel, duquesa de Turingia. Cuando la joven hubo pasado quince semanas con el hábito dominicano, en perfecta observancia, sometida a la obediencia y a la humildad, tal como lo exige la Regla de la Orden, Inés, que manifestaba hacia ella atenciones muy interesadas, ordenó a las hermanas que la admitieran a la profesión. No pudiendo el monasterio

oponerse a sus incesantes instancias. La madre Priora dió su consentimiento e Isabel emitió gustosísima los votos de religión.

Pero la nueva dominica era aún muy joven, y la reina le dió como preceptora una religiosa de Friburgo, del monasterio de Santa Catalina de Wura, que pertenecía, como ella, a la familia de los Habsburgos; era de carácter severo, y trataba tan duramente a la joven, que las demás Hermanas sentían como propias sus penas.

Poco tiempo después de la profesión de Isabel, el duque Enrique de Austria fué a aquel país para tomar por esposa a la que con antelación había escogido. Pero, viendo a Isabel con el velo y sabedor de que se había consagrado al Señor sin su consentimiento, tuvo tal acceso de cólera que arrancó el velo de su prima y lo pisoteó; ya serenado acudió a la lisonja, procurando persuadirla de que renunciase a pronunciar los votos solemnes y volviese a Austria, donde sería tan dichosa desposándose con él. Como persona prudente, solicitó Isabel un plazo antes de dar respuesta; fué a la iglesia y, postrada ante el sagrario, pidió a Dios que le diera a conocer claramente su voluntad.

El conflicto era, a la verdad, doloroso para su alma, considerando, por una parte, ser ella la única heredera de su padre, y por otra, que su matrimonio podía parecer excusable, atendidas las posibles consecuencias, es decir: sellar la paz entre los dos países, y alejar los peligros de guerra.

Pero la gracia de Dios hablaba con más elocuencia y, con resplandores divinos, iluminaba la conciencia de Isabel: comprendió clarísimamente que su deber era perseverar en la vida religiosa. Sin embargo, la naturaleza no obedecía a la parte superior y un verdadero desfallecimiento físico acompañaba a esta lucha. Habiéndose repuesto, declaró al duque con toda firmeza, en la conversación que poco después tuvo con él, que, siendo ya esposa de Cristo, no podía violar, por amor a un hombre mortal, las promesas que le había hecho de consagrar su vida a la observancia de la más extricta obediencia, de voluntaria pobreza y de perfecta castidad. Al oír determinación tan resuelta, el duque se retiró sumamente indignidado; Isabel, por su parte, tras victoria tan brillante, volvió a Jesús con purísimo fervor y le consagró de nuevo, por voto, la flor de su juventud.

VIRTUDES RELIGIOSAS DE LA BEATA ISABEL

PARA mantenerse en un estado de pureza perfecta, la joven religiosa recurría a la confesión con mayor frecuencia de la prescrita por la Regla y hacía, además, cada año una confesión general.

Observaba con esmero y perfección la Regla y las Constituciones de la Orden de Santo Domingo, y daba a las superioras pruebas de la más rendida su-

misión. Esta hija de reyes era modelo de humildad y de caridad, ningún trabajo le parecía abyecto o vil y se llenaba de confusión al verse tratar con alguna deferencia. Manifestaba, sobre todo, un gran sentimiento de caridad con las Hermanas enfermas o afligidas, y consideraba los padecimientos de éstas como propios.

Ponía en la pobreza religiosa el fundamento de las demás virtudes; no tenía nada como propio y vivía desprendida de todo. De cuando en cuando, su madre política, la reina Inés, la visitaba y la encontraba con una túnica usada y remendada. Al observarlo la reina le decía con ternura: «¿No te da vergüenza, hija mía, de llevar ese hábito siendo como eres hija del rey de Hungría?» Pero estas palabras no le hicieron cambiar en lo más mínimo su amor a la pobreza. Isabel llegó a saber con alegría que las rentas anuales del monasterio eran escasísimas; era verdad, pero si el monasterio era pobre, las virtudes religiosas reinaban en él, e Isabel daba el ejemplo.

Su fervor en la oración eran tan grande que de todas sus acciones parecía hacer una oración continua; manifiesta era su prontitud en la asistencia al coro para el canto de las Horas canónicas: nunca se permitió abstenerse de este oficio ni aun en caso de enfermedad, a menos que una extrema necesidad se lo impidiera. A menudo la encontraban en la iglesia arrobada en éxtasis, elevada sobre el suelo a un codo de altura; y otras, en tal estado de debilidad física, que sus compañeras tenían que llevarla a la celda.

Sentíase cada día más aficionada a la meditación de la Pasión. El Viernes Santo, deseosa de honrar al Divino Maestro y movida por un sentimiento de humildad, hacía cuatrocientas genuflexiones, y en cada una rezaba una oración; en este día no tomaba ni vino ni agua. También tenía la costumbre de repartir en el tiempo de Adviento el rezo de siete mil *Avemarías*, acompañadas de otras tantas inclinaciones, para honrar el fruto bendito del seno de la Virgen Madre. La vigilia de Navidad recogíase desde Maitines, para rezar mil *Avemarías* en honor del Salvador que acababa de nacer.

Isabel buscaba la soledad para entregarse a la contemplación. Repetidas veces las Hermanas más jóvenes acudían a ella para acompañarla en sus ejercicios espirituales y tener parte en sus dolores y angustias; ella las despedía con bondad, diciendo: «Trabajo para mí, hijas mías, porque tengo presente la eternidad: ¡ojalá que a mi llegada a la patria celestial pueda encontrar un puestecillo!». Y con estas palabras se volvía a la oración.

Un día, una de las religiosas más ancianas la buscaba con intención de consultarla y, no encontrándola en el monasterio, se dirigió al coro, en donde vió que una Hermana, a quien no reconoció de pronto, yacía en tierra al pie de una imagen de la Santísima Virgen. Al contemplarla más de cerca, la vió de improviso levantarse misteriosamente del suelo. Más tarde comprendió que había estado en presencia de Isabel.

Tratábase, no obstante, como si hubiera sido la mujer más profana y



ALGUNA *vez la reina de Hungría, madrastra de la Beata Isabel de Toess, va al convento y, medio malhumorada, le dice: —«Por Dios, hija, ¿no te da vergüenza que vean con este hábito viejo y remendado a la hija de un rey?» Empero, no por eso cambiaba ella de hábito, ni disminuía su amor a la pobreza.*

pecadora del mundo, y en ninguna cosa perdonaba a su cuerpo. Decía que daba Dios gran gloria en el otro mundo por la penitencia que aquí se hace, y que habíamos de tener muy presente a Jesucristo, el cual no quiso gozar ni una hora de descanso en este mundo.

Este rigor que con ella misma usaba, tenía como fundamento el conocimiento de sus culpas y su profundísima humildad; porque estaba tan sumida en el abismo de su nada, sentía de sí tan gran menosprecio que, por mucho que la pudiesen humillar, ella creía que era mucho peor de lo que pudieran decir y aun imaginar. Las honras le eran un dolor y carga intolerable.

Teníase por la menor de todos, servía aún a las legas, y hacía los oficios humildes que ellas habían de realizar, para aliviarlas del trabajo a costa de su propia fatiga. Trataba de mejor gana con las más sencillas, pedía consejo a las que sabían menos que ella, imitaba lo bueno que veía en las demás, y todas tenían mucho que imitar de ella.

SUS MILAGROS

MURIERON dos personas que en vida habían injuriado a la sierva de Dios. Al poco tiempo se aparecieron a tres monjas y les suplicaron que se postrasen, en su nombre, a los pies de su santa compañera para pedirle perdón de las injurias que le habían inferido, rogándola, al mismo tiempo, que intercediera por ellas ante Dios para que pudieran disfrutar pronto de las eternas alegrías. Además, una de estas almas se apareció a una de esas monjas, advirtiéndola que no podría alcanzar el descanso eterno sin pedir perdón a la santa princesa por su mediación. La monja respondió que no podía cumplir este encargo en seguida por estar Isabel enferma de gravedad, y el alma replicó que, mientras tanto, no entraría en el cielo. Isabel manifestó más tarde a la monja que también aquella alma se le había aparecido a ella, mientras hacía oración en el coro, suplicándole que acudiera a su ayuda.

Una pobre mujer que habitaba no lejos de Toess, se encontraba hacía ya cuarenta años paralizada de brazo y mano, cosa que le imposibilitaba para todo trabajo. Una voz le dijo claramente: «Ve a ver a la reina de Hungría, suplícala que toque tu mano y recobrarás la salud». Creyó que era sueño y no le dió importancia. La noche siguiente se dejó oír la misma voz. La enferma decía para sus adentros: «¿Cómo podré ir yo a Hungría?»; pero entonces el consejo fué más claro: «Ve a la reina de Hungría que está en el convento de Toess». Obedeció la mujer y llevó ante Isabel su propia embajada; pero la princesa religiosa, sabedora de lo que pretendía, tuvo miedo, y se declaró indigna del poder que se le atribuía. Sin embargo, cediendo

a las reiteradas instancias de las Hermanas, entrevistóse de nuevo con la visitante, estrechóla entre sus brazos y se puso en oración, pidiendo a Dios recompensara su fe. Al instante el brazo y la mano recobraron su primitivo vigor.

Otro día entró Isabel en la huerta del monasterio con una compañera para recrearse un poco; las religiosas se paseaban en el jardín. Había allí un local destinado a la destilación de agua de rosas y de otros medicamentos de la enfermería. Isabel y su compañera se percataron de que el fuego había hecho presa en aquel local, construído todo él de madera, y amenazaba consumirlo en breve tiempo. Disponían de agua, por tenerla muy cerca, pero carecían de vasija para arrojarla a las llamas; la otra religiosa propuso ir a pedir auxilio, pero el voraz elemento apremiaba. Entonces, Isabel, tomando una criba medio quemada, buena a lo más para llevar carbón, la sumergió en el agua y, llena milagrosamente de ella, arrojó su contenido sobre las llamas, que se extinguieron al momento.

PACIENCIA EN LAS PRUEBAS. — SU MUERTE

ENTRE las pruebas que soportó Isabel, merece particular mención la suma pobreza en que vivió durante los veinticuatro años que pasó en aquel parvo cenobio, donde las privaciones eran extremas. No cabe duda que sus amigos y parientes hubieran podido remediarla, pero su madre política mostraba verdadera avaricia para con ella. Esta reina que injustamente retenía toda la herencia de Andrés III, sólo permitía que su hija política pudiera disponer de una parte insignificante.

Poco tiempo después de su profesión, Isabel cayó gravemente enferma y, habiéndosele prescrito aguas medicinales, fué enviada a Bada, en Argovia, acompañada de otras monjas. De allí se trasladó a Kœnigsfelden, donde residía su madre política. La reina le mostró todos los tesoros que el padre de nuestra Beata había dejado; pero no le dió nada, y la dejó salir para Bada con las manos casi vacías. La pobrecita monja prefirió dirigir los pensamientos al cielo, y se fué a visitar el célebre monasterio de Nuestra Señora de las Ermitas, o de Einsiedeln. Así olvidó la aflicción con que la dureza de su madrastra había amargado su alma.

A los pocos años de profesar, Isabel vió su salud nuevamente comprometida, sin que los médicos descubrieran la naturaleza del mal, que iba agravándose día a día; fué preciso velar a la enferma, que acabó por perder todas sus fuerzas físicas e intelectuales.

La enfermedad se prolongó desde Pentecostés hasta principios de noviembre. Entonces se le apareció su tía Santa Isabel de Hungría, y le pro-

metió que a los catorce días, o sea, en su fiesta, 19 de noviembre, recobraría la salud.

Efectivamente, el día señalado, obligada a dejar la cama por la violencia de los dolores, se dirigió precipitadamente a la iglesia; tan pronto como estuvo en el coro sufrió un desvanecimiento ante el altar; y mientras las monjas cantaban las Vísperas, la enferma se incorporó, abrió los ojos como si saliera de un profundo sueño y se encontró completamente curada. Una leve debilidad fué cuanto le quedó de su extinguida dolencia.

Cuatro años antes de su muerte, Isabel se vió acometida de las fiebres intermitentes llamadas «tercianas», que, al repetirse cada tres días, dejan al paciente sin fuerzas ni energías; hubiérase dicho que intentaba Nuestro Señor compartir con su esposa los sufrimientos y penas de su Pasión, tal como ella misma lo había deseado frecuente y ardientemente. Y en tal medida Dios nuestro Señor le concedió la gracia de soportarlo todo por su amor, que nunca manifestó, ni con palabras ni con gestos, la menor tristeza o asomo de desagrado. Por el contrario, en los dos últimos años que pasó en este valle de lágrimas, resplandeció de modo admirable su paciencia, precisamente al sufrir los más agudos dolores, a los que se juntó la parálisis, privándola de todo movimiento en inutilizándola hasta para comer y beber sin ayuda ajena. La parálisis fué seguida de la gangrena, hasta el punto de cubrirse todo su cuerpo de llagas ulcerosas. Así, visitada por la prueba, agradecía al Señor desde el fondo del alma tamaño don.

Un año entero pasó Isabel en un estado que, al parecer, no podía prolongarse sin sobrenatural intervención. Y, sin embargo, iba a transcurrir el segundo de igual modo, entre padecimientos de un cuerpo paralizado y purulento y acerbos dolores soportados con una paciencia y humildad a toda prueba.

Una noche en que la vigilante se había dormido, apagóse la lámpara; la Hermana Isabel suspiraba por el nuevo día, pero no quiso despertar a la monja, que se hallaba vencida por el cansancio. Púsose la Beata en oración, la lámpara volvió a encenderse milagrosamente, y esparció por la habitación maravillosa claridad.

Otra noche, mientras dormía la monja que la velaba, sintióse Isabel tan fortalecida, que se levantó de la cama, se vistió y se fué al coro, donde oró algunos instantes ante el Santísimo Sacramento. Satisfecha su devoción, volvióse en silencio a su cuarto y se acostó; no se conoció el caso sino por sus confidencias, pero no quiso manifestar lo que le fué declarado en este coloquio con Jesús Hostia, y se llevó el secreto a la tumba. Desde entonces, ya no volvió a pisar la iglesia del monasterio.

El tiempo de la libertad se aproximaba; conservando aún el uso de los sentidos, pidió los últimos Sacramentos, que recibió con gran fervor y, tras las ceremonias acostumbradas en tales casos, suplicó que abriesen la ven-

cama para poder contemplar el cielo. Luego, dirigiendo sus miradas a la bóveda azulada, desahogó su corazón con esta plegaria:

«¡Oh Dios mío, Criador y Redentor de mi alma, que un día seréis mi eterno galardón!, dirigid sobre mí una mirada de misericordia, recibidme en la patria celestial, lejos de este mundo lleno de dolores, por los méritos de vuestra Pasión y muerte».

Dirigiéndose luego a la madre Priora y a sus Hermanas, les agradeció el honor que le habían hecho por haberla admitido, por las bondades y cuidados que le habían prodigado y, particularmente, por la paciencia con que habían soportado sus enfermedades. Luego, volviendo a la oración, invocaba silenciosamente la ayuda de Dios, percibiéndose tan sólo el movimiento de sus labios.

En tiernos coloquios con Dios, expiró el 6 de mayo de 1338, a la edad de cuarenta y un años. Al día siguiente, después de los funerales, en medio de las lágrimas de los asistentes, el cuerpo de Isabel fué inhumado en la iglesia.

En todo tiempo complácese Dios en ofrecer al mundo entero, en sus elegidos y predilectos, ejemplos admirables de virtudes heroicas, que ponen de manifiesto la divinidad de nuesta sacrosanta Religión y la fecundidad de sus incomparables máximas.

SANTORAL

Juan ante Portam Latinam; Evodio, obispo de Antioquía; Edberto, obispo; Teodoto, obispo de Cirinia, en Chipre, y confesor, murió en 315, dos años después del horrible martirio que le hizo sufrir el emperador Lucinio; Petronax, abad de Monte Casino; Justo, obispo y mártir en el Delfinado; Valerio, Valeriano y Lucio, obispos Heliodoro, Venusto y otros setenta y cinco, mártires en África Juan, obispo, en Gerona Muchos mártires en Milán, en el reinado de Maximiano Hércules. Santa *Benita o Benedicta, virgen benedictina.* Beatas **Isabel de Toess, dominica;** Prudencia, virgen agustina del monasterio de San Marcos, de Como, que después de su muerte se levantó del ataúd para adorar por última vez al Santísimo Sacramento; Isabel Torres, del convento de Santa Clara, de Burgos, cuyas religiosas le profesan especial devoción por los varios milagros que de ella se recuerdan, premio de su ardiente caridad para con Dios.


Insignias del obispo y atributos del mártir

DÍA 7 DE MAYO

S. ESTANISLAO DE CRACOVIA

OBISPO Y MÁRTIR (1030 - 1079)

HACIA fines del siglo X vivía en Sezepanow, cerca de Cracovia, en el reino de Polonia, una familia virtuosa y santa: los esposos Wielislao y Bogna, descendientes de noble estirpe y poseedores de inmensas riquezas y extensos dominios. Wielislao, tan valeroso guerrero como fervoroso cristiano, se había distinguido en varias campañas en la guerra de los polacos contra los rusos. Sin embargo, más que luchar contra los hombres, procuraba mantener viva la guerra contra Satán, el gran enemigo del género humano, pues decía, y con razón: «Que aunque esta lucha es más larga, el triunfo es también más brillante y duradero». Consecuentes con sus ideas Wielislao y su esposa practicaban con ardimiento los consejos evangélicos. Ambos esposos trocaron los bienes de la tierra en moneda celestial, pues con ellos compraron los eternos tesoros del cielo; su casa era refugio seguro en donde las viudas, los pobres y los huérfanos. hallaban en todo tiempo alivio y consuelo.

Tan grandes eran sus ansias de piedad y anhelos de virtud, que, en su propio palacio, hicieron construir una capilla donde se celebraban los divinos oficios, a los que asistían siempre con devoción ardentísima. Gran parte del día lo pasaban en comunicación directa con Dios, porque la oración era

su ejercicio predilecto. Los habitantes de la región decían que eran verdaderos frailes, tan mortificada era la vida que llevaban. Por lo cual decían a cuantos viajeros pasaban cerca del castillo de su residencia: «Allí viven como solitarios el señor Wielislao y su esposa Bogna».

Acontecía, empero, que eran ya de avanzada edad y no tenían hijos. Durante más de treinta años suplicaron al cielo que atendiera a sus deseos, mas parecía sordo a su clamor. ¿Morirán sin sucesión? No, porque Dios se dignó bendecir este matrimonio, estéril durante tanto tiempo, y les concedió un hijo. Estanislao nació el 26 de julio del año del Señor 1030, en circunstancias milagrosas.

La misión a que Dios destinaba al joven Estanislao requería el desprecio y apartamiento absoluto de las cosas de la tierra. Para ello se preparó desde la primera edad, pues desde entonces su única preocupación fué agradar a Dios. Practicaba de continuo la caridad, el ayuno y la mortificación. Gustaba de dormir en el suelo y sufrir los fríos más rigurosos. El dinero que sus padres le enviaban para legítimos gustos y placeres, lo empleaba en limosnas que repartía a los pobres. Así prepara Dios para el combate a los escogidos.

SACERDOTE Y CANÓNIGO

CUANDO Estanislao cumplió la edad requerida, sus padres le hicieron estudiar las artes liberales y la Filosofía y, para perfeccionarse en en los estudios filosóficos, le enviaron a la ciudad de Gniezno, donde radicaba, a la sazón, la escuela más floreciente de Polonia.

De Gniezno, pasó probablemente a un monasterio de Lorena para estudiar Teología. Allí permaneció siete años, durante los cuales se granjeó el cariño y la amistad de todos sus condiscípulos, y perfumó el ambiente de la escuela con el buen olor de sus virtudes.

Durante su permanencia en Lorena, se apartó aun más del mundo y de sus vanidades. No pensaba sino en el claustro, para poder servir mejor a Dios, lejos del mundanal ruido y del humano tumulto. «Pero —dice San Francisco de Sales—. Dios odia la paz de los que han sido hechos para la guerra», y esperaba el momento determinado por su gracia para adueñarse de Estanislao. Al volver a Polonia, habiendo muerto ya sus padres y hallándose dueño de una fortuna considerable, la repartió toda a los pobres. Desde entonces, sólo aguardaba ocasión propicia para realizar sus piadosos deseos, cuando Lamberto, obispo de Cracovia, le llamó, ordenóle sacerdote y le nombró canónigo de su catedral en 1062.

Los habitantes de Cracovia aplaudieron la elección y designación de Es-

tanislao para la canonjía. Éste temblaba al considerar el peso abrumador que tan pronto se le había echado sobre los hombros, por lo cual se desprendió de cuanto podía estorbarle para el perfecto cumplimiento de cargo tan importante. Asiduo al coro y a la oración, empleaba gran parte del día en el estudio de la Sagrada Escritura, de los Santos Padres y de la Teología. Gracias a este trabajo continuo y a su inteligencia poco común, en corto tiempo adquirió tanta ciencia, que de todas partes acudían a solicitar sus consejos y a tomarle como árbitro en los litigios.

Atendía con mansedumbre y amabilidad a las exigencias de todos en forma tal, que muchos salían maravillados de su casa, diciendo: «Este hombre es admirable, es un verdadero santo».

OBISPO DE CRACOVIA

A la muerte de Lamberto, acaecida en 1072, Estanislao fué elegido por el clero y pueblo para sucederle. Esta vez, el piadoso canónigo se resistió, y no quiso ceder hasta recibir del papa Alejandro II la orden expresa, que acató como si emanase del mismo Dios.

Creíase tan indigno del nuevo cargo que le habían conferido, que redobló la austeridad y el fervor de sus virtudes, para merecer del cielo la fuerza necesaria para desempeñarlo. Vistió un cilicio que llevó hasta la muerte. Su caridad inagotable aumentaba día a día. Los pobres eran numerosos en Cracovia; el santo obispo mandó que hiciesen un recuento exacto de todos, y ordenó a un familiar suyo que no negase nada a nadie. Por lo demás, él mismo presidía, a menudo, la distribución de las limosnas, dando, al propio tiempo que el pan material que alimenta el cuerpo, el pan espiritual que sustenta al alma. En tales circunstancias aparecía tan humilde y tan manso, que todos aquellos desgraciados lloraban de alegría por haber encontrado semejante padre.

A pesar de tanta bondad, Estanislao fué varias veces víctima de las injurias más escandalosas; pero su virtud era superior a todas las pruebas.

Invitóle un noble cierto día a consagrar una iglesia en una de sus propiedades. Consintió en ello el obispo con alegría. Llegado el día prefijado, el obispo con su séquito se encamina a la finca de dicho señor y llega a las puertas del castillo. Preséntase el noble y, sin saber por qué, le trata con increíble insolencia y le arroja de su casa llenándole de injurias. Es más, algunos criados se lanzan sobre los clérigos que rodean al pontífice y los muelen a golpes. Estanislao no opone la menor resistencia, y se retira con su séquito a un prado inmediato. Por toda venganza dirige a Dios la siguiente plegaria: «Señor, ya que me impiden bendecir el lugar que debía

consagrar, dad vuestra bendición al sitio en que me hallo». Y pasa la noche sufriendo el hambre y el frío en aquel prado, que se llamó más tarde «prado bendito», nombre que aun conserva en la actualidad.

Algunos días después, avergonzado el noble, pidió perdón al obispo y le prometió reparar su falta, llevando en adelante una vida más cristiana; como prenda de su sinceridad, donó el referido prado a la Iglesia de Cracovia.

SAN ESTANISLAO ANTE EL IMPÍO BOLESLAO

POLONIA estaba gobernada a la sazón por el impío Boleslao II, rey desde 1077. Este príncipe, que se había mostrado valeroso en la guerra contra los rusos y lleno de liberalidad con sus súbditos, empañó la gloria pasada con acciones vergonzosas e inicuas. Los escándalos de su vida, secretos en un principio, no tardaron en salir a la luz, y llenaron de indignación a todos sus vasallos. Sin embargo, nadie se atrevía a reconvenirle. Sólo Estanislao, con el valor que dan la oración y la gracia divina, se atrevió a presentarse ante el monarca culpable y, con un lenguaje inspirado por la caridad y la firmeza apostólicas, condenó sus desórdenes y le exhortó a hacer penitencia. Trató de hacerle ver que los pecados de los reyes son mucho más feos que los de los particulares, tanto por la mayor obligación que tienen con Dios, como por el mayor daño que se sigue para toda la nación.

El tirano, lleno de furor contra el siervo de Dios, le colmó de injurias.

—¿Acaso —le dijo— tengo yo que recibir consejos de un hombre vil como vos, indigno del episcopado y que mereceríais ser arrojado como pasto a los puercos?

—Príncipe —respondió noble y tranquilo el obispo—, conozco el respeto que debo a vuestra autoridad, y creo no haber faltado en este punto a mi deber; pero tampoco olvido que la dignidad apostólica de que estoy investido es muy superior a la de los reyes. Es de institución divina, y el rey y los demás príncipes deben someterse a la jurisdicción espiritual del obispo, aunque éste proceda de linaje menos noble que el suyo. Por tanto, si cuidáis de la salvación de vuestra alma, debéis escuchar mis consejos y advertencias. Sólo así podréis vivir en paz con Dios y reinar con gloria sobre vuestros vasallos.

Estas palabras, lejos de enmendar al rey, enfureciéronle más aún contra el que se presentaba como el médico más bondadoso de su alma y como el mejor de sus amigos, y determinó perseguirle, hacerle callar mal de su grado y echarle de su iglesia.



SAN *Estanislao, con el testigo recién resucitado, se presenta ante el rey y los grandes y jueces de la Corte, y les dice: —«He aquí a Pedro, el que me vendió la heredad. Preguntadle si es verdad que yo le pagué enteramente lo que para la Iglesia me vendió».*

VENGANZA DE BOLESLAO

ESTANISLAO había comprado a un hombre rico, llamado Pedro, un campo, en Piotrawin, para ampliar su iglesia, y había pagado escrupulosamente el precio convenido. Sin embargo, fuese por descuido, o por exceso de confianza, no había exigido la firma al vendedor, pues el trato se hizo ante varios testigos. Boleslao llamó a éstos, les intimó con promesas y amenazas a que dijeran lo que a él le convenía y, por desgracia, las cosas le salieron a pedir de boca. Pedro había muerto hacía tres años y, según las instrucciones del rey, sus sobrinos declararon que la propiedad de Piotrawin había sido usurpada por el obispo.

Al saberlo el Santo, declaró que estaba seguro de confundir a sus calumniadores por la declaración de los testigos. Pero, desgraciadamente, éstos le traicionaron hablando contra su conciencia, y el obispo perdió la causa sin remedio. No pudiendo soportar semejante injusticia y lleno de santa indignación, pidió un plazo de tres días.

—Transcurrido este tiempo —dijo—, os presentaré como testigo de la verdad al mismo Pedro, aunque hace tres años que está enterrado.

Una carcajada burlona acogió estas palabras. Boleslao concedió el plazo solicitado, creyendo encontrar en esto una nueva ocasión para humillar al siervo de Dios.

DECLARACIÓN DE UN RESUCITADO

EL prelado, con algunos clérigos y seglares fervorosos, se retiró a la iglesia edificada en Piotrawin; ayunó, veló y oró con lágrimas a Nuestro Señor, suplicándole que, ya que era causa suya, Él la defendiese. Impuso también a los suyos un ayuno riguroso. Llegado el tercer día, y celebrado el Santo Sacrificio, el obispo se reviste con los ornamentos episcopales, y avanza procesionalmente hacia la tumba de Pedro. Una vez allí, manda quitar la losa del sepulcro, cavar la tierra y poner a la vista el cuerpo, que estaba casi enteramente reducido a polvo. Estanislao se pone de rodillas y renueva sus instancias ante el Señor en prolongada oración. Acabada ésta, toca el cadáver con la mano y dice:

—Pedro: en nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, te ordeno que salgas de la tumba para dar testimonio de la verdad, que ha sido negada por los hijos de los hombres.

Inmediatamente, ¡oh prodigio!, Pedro se levanta lleno de vida; el obispo le tomó por la mano y los asistentes quedaron sobrecogidos de espanto.

Algunos emisarios corren a anunciar el milagro a Boleslao, que se halla en pleno tribunal. Éste no quiere creerlo, pero pronto llega Estanislao acompañado del resucitado, a quien lleva de la mano y, presentándole al rey:

—Príncipe —le dice—, aquí está el testigo más irrecusable de la verdad ultrajada por Vuestra Majestad y por vuestros cómplices.

El tirano enmudece lleno de espanto. Pedro entonces, elevando la voz, exclama:

—Habéis de saber que Dios omnipotente, movido por las súplicas de su siervo Estanislao, me envía a la tierra para dar testimonio de la verdad ante este tribunal. En presencia de todos, declaro que yo vendí el terreno al obispo y a su Iglesia y recibí el precio convenido. Declaro además que mis sobrinos no tienen ningún derecho sobre él; sólo la calumnia ha podido determinarlos a hacer esta falsa reivindicación.

Vuélvese luego hacia ellos y les dice:

—¿Qué locura ha podido induciros a cometer semejante crimen? ¿Ha sido malicia?, ¿ha sido timidez? Si no hacéis pronto penitencia, Dios descargará sobre vosotros su brazo vengador en esta vida y en la otra.

Forzado por tan irrecusable como extraño argumento, el déspota libertino declara que el derecho está de parte del santo obispo. Pero su furor, lejos de disminuir, se encendió y acrecentó todavía más.

Al salir del tribunal, la multitud se apiñó alrededor del resucitado para hacerle variadas y encontradas preguntas, a las cuales respondió lo menos que pudo:

—Pues —decía— estoy aquí para hablar solamente de lo que me mande Estanislao.

Éste le condujo de nuevo a su sepulcro, y allí, en presencia del pueblo y del clero, le hizo esta pregunta:

—Pedro, ¿quieres que, en acción de gracias al Señor por el beneficio que acaba de concedernos, le pida que te deje aún algunos años más con nosotros?

—Santo Padre —respondió—, ¿qué haría yo en esta vida miserable de la tierra, que antes debe llamarse muerte que vida? Os suplico que no me impidáis gozar de la vida verdaderamente feliz, donde se ve a Dios cara a cara. Hasta el presente he estado en las llamas del purgatorio, de donde espero salir muy pronto. Dignaos, pues, rogar al Señor por mí para que esta esperanza se realice lo más pronto posible o, si se opone a ello la justicia divina, para que mis penas disminuyan y se acorten.

El prelado no insistió y prometió orar mucho por él; Pedro bajó de nuevo a la tumba y, saliendo su alma del cuerpo, volvió a la eternidad. El clero y el pueblo rezaron las oraciones por los difuntos, cubrióse de nuevo la fosa, y todos se retiraron maravillados, al par que resueltos a llevar vida

ejemplar en los años que les quedaban de vida, para alcanzar la felicidad de que les había hablado el testigo resucitado.

¿A quién no convirtiera un milagro tan ilustre y evidente como éste? ¿Qué pecho tan duro y empedernido puede haber que no se ablande y enmiende al ver a un hombre resucitado, que quiera antes tornar a morir que vivir en esta frágil y miserable vida? Mas el corazón del rey estaba tan abrazado con sus vicios y tan encarnizado en sus deshonestidades y crueldades, que todo esto no bastó para reducirle y rendirle a Dios; antes, como era una fiera, se relamía en la sangre inocente de sus súbditos, y como animal inmundo se revolcaba en el cieno de sus torpezas, con notable escándalo de su reino.

EL ALTAR ENSANGRENTADO

PARA curar esta llaga tan encancerada del rey, Estanislao usó al principio de medios suaves y blandos; pero, viendo que todo era en vano, le apartó de la comunión de los fieles mediante la excomunión, con lo cual se endureció más, y, cansado de tantos avisos, dijo:

—Basta ya; hay que hacer desaparecer a este importuno.

La muerte del Santo fué discutida y decretada en consejo secreto. A pesar de las prevenciones tomadas para mantener oculta esta sentencia, fué conocida del pueblo. Estanislao se alegró inmensamente cuando supo la noticia, pues hacía tiempo que deseaba la palma del martirio.

Sin embargo, el 11 de abril de 1079, día señalado para el crimen, quiso el obispo celebrar la misa en lugar seguro y se retiró a la iglesia de San Miguel, muy venerada por los polacos.

El rey le siguió de cerca con sus sicarios. Cuando llegaron, el obispo había comenzado ya la misa. El tirano aguardó unos instantes a la puerta hasta que terminase, pero Estanislao celebraba más despacio que de costumbre. Los asesinos se impacientaban y Boleslao envió algunos soldados para que le matasen en el mismo altar. Entraron decididos; pero, apenas llegaron al pie del altar, una fuerza divina los derribó en tierra. No les era posible dar un paso; sólo lograron salir de la iglesia medio arrastrándose con trabajo por el suelo. El rey se resiste a creer lo sucedido. Dos veces más los asesinos intentan cometer el crimen, y otras tantas son derribados.

Por último, el mismo Boleslao se resuelve a cometer al asesinato. Se encamina hacia el altar y mata de una estocada al santo obispo. Ármase luego de un cuchillo y, cogiendo por la cabeza el cuerpo que aun palpita, le corta las orejas, la nariz y las mejillas. Bárbaro hasta lo increíble, lo entrega a la brutalidad de los soldados. Éstos, obedeciendo al monstruo coronado, descuartizan el cuerpo del mártir y tiran los pedazos por el campo.

SEPULTURA MILAGROSA

CUATRO días después, el rey y sus consejeros fueron a visitar el lugar donde habían sido esparcidos los miembros del obispo mártir, creyendo que habrían sido devorados por los perros o las aves de rapiña. Vieron entonces con asombro que cuatro potentes águilas revoloteaban en torno de aquellas reliquias, para defenderlas contra cualquiera que intentase robarlas.

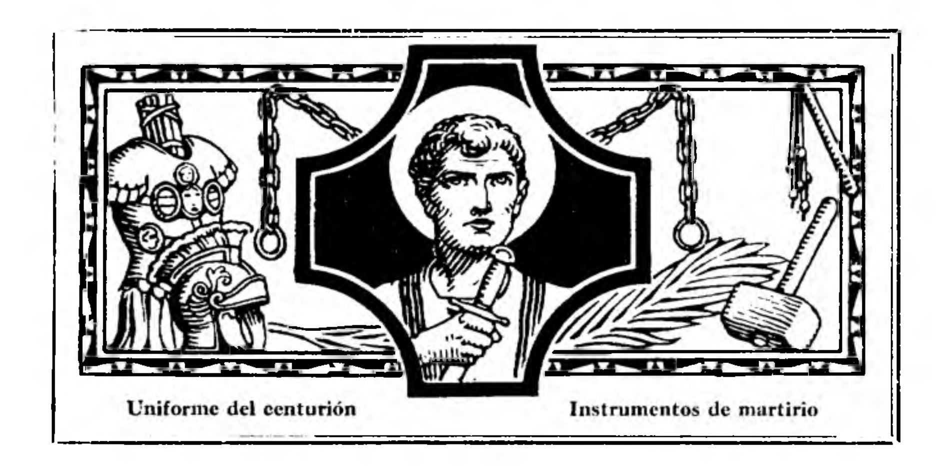
La noche siguiente, algunos cristianos virtuosos vieron sobre cada parte del cuerpo una luz viva y brillante que desde muy lejos se veía. Animados por estos prodigios e indignados por la cobardía de los parientes del Santo, que no se atrevían a infringir la prohibición de Boleslao, los canónigos de Cracovia, acompañados de algunos seglares, recogieron durante la noche las reliquias veneradas. Por un nuevo prodigio, que una vez más proclamaba la santidad del obispo, apenas juntaron aquellos preciosos restos, recobró el cuerpo su forma ordinaria, sin que quedase la menor cicatriz, tal como si el prelado hubiese muerto de muerte natural.

Fué enterrado en la iglesia de San Miguel. El rey no se atrevió a turbar los funerales con un nuevo crimen. Por lo demás, la hora de la divina venganza había sonado ya. En 1081, mientras todos los polacos bendecían la memoria de San Estanislao, Boleslao, excomulgado y depuesto del trono por el papa Gregorio VII, aborrecido de todos y atormentado por el verdugo cruel de su conciencia, tuvo que huir a Hungría, donde murió en el monasterio de Ossiac, en 1083, después de severa penitencia, que terminó con una muerte dichosa, alcanzada —según dicen— por intercesión de su víctima.

San Gregorio VII mandó a los obispos polacos, que sin su licencia no ungiesen ni coronasen a nadie por rey.

Honró Dios al santo obispo con varios milagros muy notables, y fué canonizado por Inocencio IV, el 17 de septiembre del año 1253, y en 1595, en el pontificado de Clemente VIII, fué inscrito en el martirologio romano, el 7 de mayo. Este mismo Papa mandó que se celebrase con rito doble en toda la Iglesia católica.

Las reliquias del Santo fueron trasladadas desde el Skalkat —nombre de la colina coronada por la iglesia de San Miguel, cerca de la cual fué asesinado Estanislao— a la catedral de Cracovia, donde se conservan en una magnífica urna de plata colocada en un altar en el centro del crucero. La cabeza se guarda en un precioso relicario de oro.


Uniforme del centurión — Instrumentos de martirio

DÍA 8 DE MAYO

SAN ACACIO DE BIZANCIO

SOLDADO Y MÁRTIR (✝ 303 ó 306)

DE los ocho santos que llevan el nombre de Acacio, y que menciona el Martirologio en fechas diversas, ocupa lugar preeminente un soldado de Capadocia, martirizado en la ciudad de Constantinopla, a principios del siglo IV. Éste y el presbítero San Mucio, decapitado en 311 en la misma ciudad, son los únicos mártires de Bizancio que sufrieron por las persecuciones romanas.

Acacio, cuyo nombre griego *(Akakios)* significa exento de malicia, pertenecía a una familia cristiana de origen griego. Nació, probablemente hacia el 270, en Capadocia, que era provincia romana desde el emperador Tiberio. Situada en el interior del Asia Menor, entre el Ponto, Armenia y Cilicia, fué evangelizada desde los primeros tiempos del cristianismo. En sus principales ciudades: Cesarea, Nisa, Tiana, vivían muchos cristianos fervorosos que, durante las persecuciones de Maximiano Galerio y de Juliano el Apóstata, permanecieron fieles a la fe de Cristo.

Como varios de sus correligionarios de aquella época, Acacio se alistó joven en el ejército imperial, y obtuvo el grado de centurión, según reza un pasaje de sus Actas. Cuando aparecieron los edictos de persecución de Dio-

cleciano y principalmente de Galerio, el soldado no titubeó ni un momento en su fe; permaneció fiel a las promesas del Bautismo y renunció al servicio del César, prefiriendo servir a Dios antes que a los hombres.

Desde los primeros años del siglo IV, se pusieron en práctica ciertas medidas administrativas inicuas e injustas, encaminadas únicamente a apartar del ejército imperial los elementos cristianos que tenía. Por este motivo, gran número de soldados tuvieron que abandonar la profesión de las armas. Después de la abdicación de Diocleciano, en 305, Maximino Daza, hombre bárbaro, tosco y grosero, fué propuesto para el gobierno de Siria y de Egipto, mientras Galerio se adjudicó, con la Iliria, las diócesis de Tracia, del Asia Menor y del Ponto.

Galerio era devoto de las falsas deidades y Maximino era cruel y fanático. En los Estados de ambos gobernadores la persecución contra la religión cristiana fué general y violenta. Se promulgaron edictos imperiales para obligar a todos los cristianos, de grado o por fuerza, a sacrificar a los ídolos, aplicándoles las más crueles torturas en caso de resistencia. Ésta era, a veces, tan tenaz e intrépida, que los magistrados, para obtener la apostasía, tuvieron que recurrir a tormentos de satánica crueldad; así lo hicieron algunos magistrados de Asia y de Egipto.

SAN ACACIO PROCLAMA ANIMOSO SU FE EN CRISTO

ACACIO, como los demás soldados de su compañía, fué citado ante el gobernador de Capadocia, Flavio Firmo —o quizá tan sólo ante un tribuno de este mismo nombre, que sería su jefe jerárquico—. Interrogado acerca de su religión, e intimado a obedecer los edictos imperiales y sacrificar a los ídolos del imperio, Acacio respondió:

—Soy cristiano, nací cristiano, y seré siempre cristiano, con la gracia de Dios, como lo fueron mis padres.

Insensible a las amenazas del magistrado, el valiente soldado afirmó por tres veces su fe en Cristo y proclamó que era su voluntad permanecer fiel. ¡Admirable ejemplo de valor, de fe y de constancia, que debieran tener presente los cristianos de fe lánguida y moribunda de nuestros tiempos!

Apenas oyó esta respuesta, Flavio Firmo hizo detener y cargar de cadenas al centurión Acacio, por el solo crimen de seguir la religión cristiana proscrita por los edictos de los emperadores. El valeroso soldado, custodiado con mucha guardia, fué conducido a Heraclea de Tracia, que es la actual ciudad de Selibia o Silivri, situada a orillas del mar de Mármara, no lejos de Constantinopla, para que compareciera ante un oficial superior, llamado Bibiano. Las Actas del mártir no nos dan la razón de esta comparecencia del prisionero cristiano ante este tribunal militar.

SAN ACACIO, CRUELMENTE ATORMENTADO CON NERVIOS DE BUEY

Al saber Bibiano el motivo por el cual le traían al soldado Acacio, quiso interrogarle por sí mismo:

—¿Por qué, pues —le dijo—, ya que te nombran Acacio, es decir, desprovisto de malicia, te has vuelto tan malo que has llegado al extremo de desobedecer las órdenes de los divinos emperadores?

—Tanto más merezco ser llamado Acacio —respondió el prisionero—, cuanto más enérgicamente rehuso todo trato con los ídolos, que son demonios ávidos de sangre, y con los que les rinden culto.

Ciertamente, tan firme respuesta nada tenía de adulación, hay que confesarlo, para los «divinos emperadores» de aquel tiempo, ni para sus partidarios. Bibiano se llenó de indignación al ver tanta audacia en un prisionero, y al fin llegó a las amenazas.

—Bien sabes —le dijo— que los edictos ordenan a los cristianos, bajo penas muy severas, que sacrifiquen a los dioses del imperio y que los honren. Si quieres evitar crueles tormentos, no te queda más recurso que obedecer y ofrecer sacrificios.

Respondióle Acacio sin titubeos:

—No creas que me asustas anunciándome los mayores suplicios. Mi cuerpo está dispuesto a todo; haz con él lo que quieras. Siendo, como soy, soldado de Cristo, no quiero ofrecer sacrificios a los demonios. Mi resolución es inquebrantable: ni los tormentos serán capaces de torcer mi voluntad.

Por tan resueltas y decididas palabras entendió Bibiano que ni con discursos, ni con amenazas podía lograr la apostasía del soldado capadociano. Determinó por fin aplicarle los suplicios.

—Has de saber —dijo a Acacio— que desde el primer instante hubiera podido aplicarte el tormento; no lo he hecho, en atención a tu juventud y por respeto a tu grado militar. Pero mi paciencia se ha acabado ya; no puedo consentir por más tiempo que, obstinado, desobedezcas las leyes del imperio y rehuses con locura ofrecer sacrificios a nuestros dioses.

Mandó plantar en el suelo cuatro estacas, que sujetasen a ellas fuertemente al prisionero y le flagelasen la espalda y el vientre con nervios de buey. Despojado brutalmente de sus vestidos, fué Acacio tendido en el suelo y amarrados fuertementes pies y manos a las estacas. Seis hombres forzudos apalearon tan violenta y bárbaramente al indefenso cristiano, que, de su delicado cuerpo, hecho jirones, brotaron ríos de sangre, que la tierra, ávida y sedienta de justicia, recogía piadosamente, indignada de espectáculo tan cruel.. Cuando ya su cuerpo estaba repleto de golpes y más muerto que

tan cruel.. Cuando ya su cuerpo estaba repleto de golpes y más muerto que

vivo, le volvieron del otro lado para que no quedase en él parte alguna sin tormento. Mientras duraba el martirio, Acacio no dejó escapar de sus labios ni una sola palabra de queja. Más se cansaban los verdugos de golpear que el mártir de sufrir. Mientras su cuerpo era cruelmente desgarrado, su alma estaba íntimamente unida a Dios, a quien suplicaba que no abandonase a su humilde siervo y le prestara auxilio.

Acabado el suplicio, el cruel e inhumano Bibiano interpeló al joven Acacio:

—¿Sacrificarás ahora, desgraciado? ¿Preferirás este suplicio a la amistad del César?

—Yo no sacrificaré nunca —respondió el confesor de la fe, lleno de un valor admirable—. Cristo me ha sostenido en el combate y yo me hallo tan resuelto y decidido como antes.

Desesperado el juez por la admirable y heroica constancia del soldado de Cristo, mandó romperle las mandíbulas y que con fuertes golpes de mazas de plomo le descoyuntaran todos los miembros. Finalmente, ordenó el tirano que el «impío Acacio, antes centurión», fuera encerrado en un calabozo infecto, y que no le atendieran en modo alguno y le dieran de comer lo menos posible.

CAMINO DE CONSTANTINOPLA. — ASOMBRO Y CÓLERA DEL JUEZ

ENCERRADO Acacio en la cárcel de Heraclea, permaneció más de una semana sufriendo terribles dolores por las numerosas heridas que tenía, soportándolo todo con gozo por haber sido considerado digno de confesar con su sangre la fe cristiana. En este intervalo, Bibiano recibió la orden de trasladarse a Constantinopla. Antes de partir, decidió que fuesen también a dicha ciudad el soldado capadociano y otros prisioneros. Pero los tormentos sufridos y los malos tratos de los carceleros, habían debilitado en gran manera las fuerzas del mártir. Durante su cautividad, sus llagas se recrudecieron grandemente. Cargado de cadenas y con escasa alimentación, no podía en modo alguno emprender tan largo viaje. En las condiciones en que éste había de verificarse era un verdadero suplicio. Pero no hubo más remedio que obedecer. Pocas horas después de emprender el viaje, Acacio sintió que le fallaban totalmente las fuerzas. Suplicó a los soldados de la escolta que le permitiesen detenerse un poco para poder encomendarse a Dios. Tan extenuado se hallaba, que no pudieron negarle tal petición. Inmediatamente, y en voz alta, suplicó al Señor que le enviase su ángel para que le socorriera, a fin de poder llegar a Constantinopla y morir allí dando testimonio de la verdadera fe. Apenas Acacio hubo terminado su plegaria,



CAMINO *de Constantinopla, en donde había de ser degollado, San Acacio suplica al Señor que le envíe su ángel y le dé fuerzas para poder llegar a la capital, en donde públicamente dé con su vida testimonio de la fe ante el tribunal pagano.*

se oyó una voz que, saliendo de las nubes, pues el cielo estaba encapotado, decía:

—Acacio, sé fuerte y valeroso.

Tanto los soldados de la escolta como los demás prisioneros, quedaron atónitos y estupefactos ante el espectáculo que presenciaban, oyendo las anteriores palabras sin ver ningún ser humano que las pronunciase. Llenos de asombro se preguntaban unos a otros: «¿Es que las nubes hablan?» Conmovidos algunos paganos por este hecho tan extraordinario, suplicaron a Acacio que se lo explicase. Éste aprovechó la ocasión para instruirles en la religión cristiana durante las largas horas del viaje.

A poco de llegar el cortejo de los prisioneros a Bizancio, de nuevo hizo Bibiano que Acacio viniera a su presencia. Causóle mucha extrañeza encontrarle tan bueno y fuerte como un atleta, cuando él le creía completamente agotado y casi aniquilado por las torturas sufridas, por las privaciones de la cárcel y las fatigas del viaje. Culpó de ello al carcelero y al jefe de la escolta. Ambos se excusaron, protestando que habían cumplido fielmente las órdenes recibidas. Ellos mismos estaban asombrados y no sabían cómo explicar que después de tantas torturas y malos tratos se hallase el paciente tan aguerrido y fuerte. Aun no estaba satisfecha la furia de Bibiano; quiso todavía amenazarle con nuevos tormentos, para ver si lograba que renegase de su fe.

—Si tus amenazas me inspirasen algún temor —respondió Acacio— haría todo cuanto deseas. Pero yo desprecio tus amenazas. Puedes seguir con tu oficio de verdugo haciendo sufrir a los hombres que nada malo han cometido y que ni una palabra injuriosa han pronunciado contra ti.

Lleno de cólera, Bibiano ordenó que castigaran al soldado con cruel y sangrienta flagelación.

SAN ACACIO, CONDENADO A MUERTE Y DECAPITADO

ACACIO fué muy pronto enviado ante el tribunal de Flaccino, procónsul de la provincia de Europa o de Tracia. La esposa de este alto funcionario era favorable a los cristianos, porque tal vez ella misma era cristiana. Hasta entonces había obtenido de su marido que no condenase a ninguno de cuantos cristianos comparecían ante él para recibir sentencia de muerte. Enterado de los suplicios a que habían sometido al soldado capadocio y de su proceso, sin resultado alguno, el magistrado apostrofó al oficial Bibiano por no haber dado muerte al prisionero desde el momento en que rehusó obedecer los edictos de los emperadores y sacrificar a los dioses. Mandó comparecer inmediatamente a Acacio y, sin interrogatorio

leguno, y aun sin consultarle de nuevo si quería o no adorar a los dioses del imperio, le condenó a muerte.

El soldado cristiano, culpable sólo de haber permanecido fiel a Cristo, debía ser decapitado fuera del recinto de la ciudad, delante de una de las puertas principales de sus murallas. Jubiloso acogió el mártir esta sentencia, cuya próxima ejecución iba a poner en sus sienes la corona del martirio y en sus manos la palma de la victoria que le había de franquear la entrada de la gloria. Agradeció a Nuestro Señor haberle concedido, a él que se consideraba pecador, una corona tan bella en el cielo.

Lleváronle sin tardanza extramuros de la ciudad, al lugar escogido para la ejecución. Una vez allí, y habiendo obtenido que se le concedieran algunos instantes, los aprovechó para preparar su alma a comparecer delante de Dios. Terminada su oración, la espada de un soldado separó la cabeza del tronco.

Esto sucedió, probablemente, el 8 de mayo del año 306. Galerio gobernaba como augusto las provincias de Tracia, de Asia y del Ponto. La persecución seguía violenta: en todas estas regiones de Oriente, tanto Galerio como Maximino querían exterminar la religión cristiana. Sin embargo, los Bolandistas colocan el martirio de San Acacio antes de la abdicación de de Diocleciano, en el año 303. El martirologio jeronimiano pone a San Acacio junto con diecisiete compañeros de martirio, entre los cuales cita a un sacerdote llamado Máximo, y a un diácono por nombre Anto.

LA TUMBA DEL MÁRTIR

ALGUNOS fieles de Constantinopla recogieron con respeto el cuerpo de San Acacio y lo sepultaron piadosamente en un lugar llamado *Stavrión*. El lugar de la sepultura era, si no precisamente el mismo sitio en que fué decapitado, muy próximo a él; pues los documentos más más antiguos que hablan de la tumba del mártir no hacen ninguna diferencia entre el lugar de la ejecución y el de la sepultura. El Stavrión pertenecía al barrio llamado *Zeugma,* el cual, situado en la ribera meridional del Cuerno de Oro, no estaba aún incluído en el recinto de Constantinopla a principios del siglo IV. Comprendía la dilatada extensión limitada por los dos puentes actuales del Cuerno de Oro, la puerta Un Kapan Kapussi y la mezquita Yeni Djami: es ésta la parte del Cuerno de Oro más angosta y más fácil de unir con la ciudad opuesta de Gálata. Uno de los puentes de este barrio de Zeugma, situado en el arrabal bizantino, era designado con el nombre de Stavrión: éste es el lugar donde fué martirizado y sepultado San Acacio. El moderno Ayasma Kapussi será quizás una reminiscencia de dicho histórico lugar.

IGLESIAS DE CONSTANTINOPLA DEDICADAS A SAN ACACIO

EN la misma ciudad de Constantinopla creció rápidamente el culto y la devoción a San Acacio. Poco tiempo después de su muerte, en el mismo sitio donde se hallaban los despojos mortales del mártir, se edificó un santuario en su honor. Tuvo lugar probablemente cuando Constantino el Grande, en 330, ensanchó el perímetro de su nueva capital. Con esta reforma, el Zeugma quedó incluído en el recinto de la ciudad y se levantó una pequeña iglesia, la primera edificada en honor del mártir capadocio, en el lugar de su tumba. El historiador griego del siglo V, Sócrates, atestigua la existencia de este santuario en el reinado de Arcadio (395-408), suministrándonos interesantes informes sobre este asunto. «Hay en Constantinopla —dice— un gran edificio llamado Karya. En el patio de este edificio hay, en efecto, un nogal *(Dendroukaroia)*, del cual, según dicen, fué suspendido el mártir Acacio para ser ejecutado. Por este motivo, junto a este árbol, se ha erigido un oratorio».

En las Actas de San Acacio no consta que fuese suspendido de un árbol al ser consumado su martirio; la tradición popular, trasladada por Sócrates, habrá confundido a San Acacio de Capadocia con su homónimo de Mileto, mártir en tiempo de Licinio (308-311) y cuya fiesta se celebra el 28 de julio. Los documentos acreditan verdaderamente que este último estuvo colgado de un árbol para sufrir su martirio.

El emperador Arcadio acudía con frecuencia al santuario de Karya para cumplir en él sus devociones. Un día, en los primeros años del siglo V, apenas había salido el soberano de las inmediaciones de la iglesia, cuando, en presencia de la inmensa muchedumbre que había acudido al santuario, ávida de ver al rey y su cortejo, se derrumbó el gran edificio que rodeaba al oratorio, causando muy probablemente la ruina de este último, pero sin que ocurriera, afortunadamente, ninguna desgracia personal. Como movidos por un resorte, todos los pechos de aquellos centenares de espectadores vibraron al unísono y lanzaron un grito de admiración atribuyendo a la oración del emperador la proteción del cielo sobre aquella muchedumbre. El santuario de Karya fué restaurado con magnificencia casi dos siglos después, en tiempo de los emperadores Justino II (565-578) y Tiberio (578-582).

Otra iglesia había en Constantinopla dedicada al mártir San Acacio, de mayores dimensiones y de mayor celebridad en los anales de la historia que la de Stavrión. Su emplazamiento estaba junto al mar de Mármara, probablemente en el barrio que en la actualidad se llama de Kum Kapu, en la vieja Estambul. Según varios historiadores bizantinos la mandaría construir el emperador Constantino el Grande. Con este motivo trasladaron las re-

liquias de San Acacio del oratorio de Karya al nuevo templo, conocido con el nombre de San Acacio de *Heptascalón*. En tiempo del emperador Basilio el Macedónico (siglo IX) fué restaurado este magnífico edificio.

CULTO Y RELIQUIAS DE SAN ACACIO

EL culto de San Acacio ha sido siempre muy popular en Oriente. Este mártir capadocio es mencionado el 7 ó el 8 de mayo, no solamente por los menologios griegos, sino también por los calendarios siríacos y armenios. Fueron sin duda los cruzados los que dieron a conocer este culto en la Europa occidental. San Acacio es contado, con San Gregorio y San Blas, en el número de los Catorce Santos *Auxiliadores*.

Verdad es que en las listas de estos Santos de muy eficaz valimiento contra determinados males se confunde a veces a San Acacio de Bizancio con alguno de los numerosos santos del mismo nombre, todos ellos muy venerados también; es, sin embargo, muy cierto que se trata del soldado de Capadocia martirizado en Bizancio, a principios del siglo IV En los países en que se conserva su culto, San Acacio es especialmente invocado por los agonizantes.

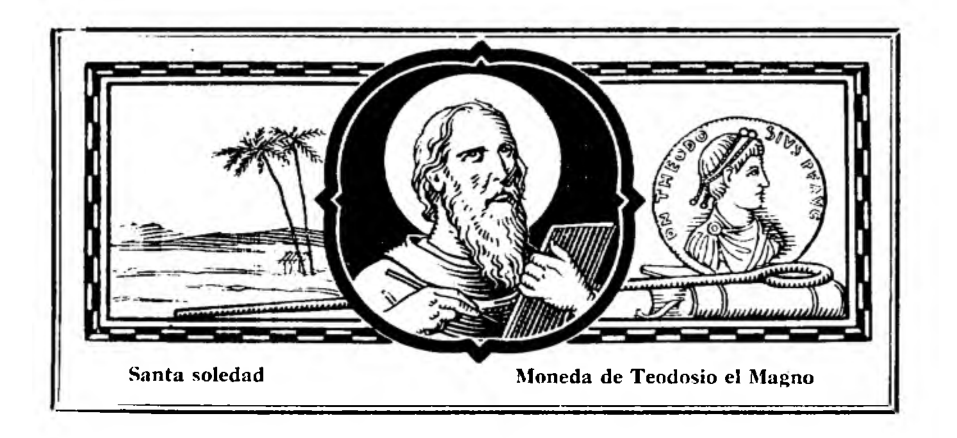
La ciudad de Esquilache, en Calabria, tiene por patrón a San Acacio de Bizancio y guarda con amor, desde hace varios siglos, reliquias insignes y el mismo cuerpo del mártir.

También en España se tributa culto a este santo mártir, y poseen reliquias suyas las iglesias de Ávila y Cuenca.

El martirologio romano, con fecha 8 de mayo, menciona el martirio del soldado de Capadocia; en este mismo día o en el precedente, las Iglesias de Occidente y de Oriente celebran la fiesta de San Acacio de Bizancio.

SANTORAL

San Acacio, soldado y mártir. *La Aparición de San Miguel Arcángel en el monte Gárgano.* Nuestra Señora de la Antigua y de los Desamparados. Santos *Bonifacio IV, papa, Víctor, mártir;* Desiderato, Virón, Dionisio, Pedro y Eladio, obispos; Aureliano, obispo de Limoges Godón, obispo de Metz; Aurelio, obispo de Armenia Gibriano, presbítero; Muchos mártires en Constantinopla. Santa Aglae, penitente, esposa de San Bonifacio, mártir (véase 14 mayo, pág. 150).



Santa soledad — Moneda de Teodosio el Magno

DÍA 9 DE MAYO

SAN GREGORIO NACIANCENO

OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA (328? - 389)

A principios de siglo IV vivía en Arianzo, población próxima a Nacianzo, en la región de Capadocia, una santa mujer, llamada Nona o Nonna, cuyos días transcurrían envueltos en la negra sombra del desconsuelo por carecer de sucesión. Su mayor anhelo era tener un hijo para ofrecérselo al Señor, a quien no cesaba de rogar a esta intención. Al fin Dios escuchó sus plegarias: Una noche, después de sus acostumbradas faenas y súplicas, Nona se entregó al sueño; mas no tardó en despertarla la presencia de un hermosísimo niño, y al mismo tiempo oyó estas palabras: «Éste es el hijo que el cielo te concede; llámale Gregorio, porque así lo quiere Dios». Sucedió esto el año 328 ó 329.

Nona se vió inundada de dicha al poder dar cumplimiento a sus deseos: ya tenía un hijo para ofrecerlo a Dios.

Posteriormente, Nona fué madre de San Cesáreo y de Santa Gorgonia. Con sus fervorosas plegarias consiguió la conversión de su esposo, llamado también Gregorio, quien abjuró los errores del paganismo y fué dechado de virtudes cristianas. Ejerció el cargo de primer magistrado de Nacianzo, cargo que abandonó al ser elevado por sus conciudadanos a la dignidad episcopal.

La fiesta de Santa Nona se celebra el 5 de agosto.

que abandonó al ser elevado por sus conciudadanos a la dignidad episcopal.
La fiesta de Santa Nona se celebra el 5 de agosto.

EDUCACIÓN DOMÉSTICA. — TEMPESTAD CALMADA

PARA Nona no había tesoro más precioso que la inocencia de sus hijos. cuya educación no quiso confiar a nadie. Ella misma les enseñó a leer en las páginas admirables de la Biblia, cuyas sabias lecciones les hizo conocer y amar.

Al modo como la buena semilla depositada en buena tierra produce ciento por uno, así los dones divinos fructificaron felizmente en el alma virtuosa de Gregorio, hábilmente preparada por su madre Santa Nona.

Ya desde niño manifestó Gregorio sumo horror a todo lo que fuera pecaminoso. El temor de Dios inspiraba sus actos y los novísimos, particularmente el juicio, fueron tema ordinario de sus meditaciones.

Como el cordero huye del lobo, su mayor enemigo, huía Gregorio de espectáculos. festines y compañías peligrosas. Por otra parte, se entregó a la oración con tal fervor y constancia, que el cielo le deparó señalados favores.

Un día —refiere él mismo— advertí cerca de mí dos vírgenes de extraordinaria hermosura y sobrehumana majestad. Podía tomárselas por hermanas. La sencillez y modestia de sus vestidos, más blancos que la nieve, eran su más preciado adorno. A su vista sentí un estremecimiento celestial. Mas, ¿cómo manifestar lo que pasó en mi interior cuando ambas cubrieron mi rostro de besos? «Somos —me dijeron— la Sabiduría y la Castidad; nos sentamos cabe Cristo Rey. Síguenos; acepta nuestra ley, y un día te llevaremos a contemplar los esplendores de la inmortal Trinidad».

Con alma y vida se entregó Gregorio a la sabiduría y a la castidad, y merced a ellas pudo progresar en los estudios y acrecentar así su ciencia y su piedad. Muy pronto aconteció que nada tuvieron que enseñarle los maestros más aventajados de Nacianzo, de Cesarea de Capadocia, de Cesarea de Palestina y de Alejandría; empero, como nuestro bienaventurado buscaba ansioso la sabiduría, no por vanidad humana, sino por deseo de acercarse más a Dios, embarcóse con rumbo a la ciudad de Atenas, a la sazón emporio de las letras y las artes.

Mas el enemigo de las almas, que no podía ver sin espanto tanta perfección en una criatura humana, buscó el medio de perder el cuerpo del Santo, ya que nada podía contra su alma, cuya virtud se hallaba a prueba de toda tentación. Presentía el demonio que Gregorio iba a arrebatarle innumerables almas que consideraba suyas y quiso impedirlo a todo trance. Para que no llegase al término de su viaje, suscitó una furiosa tempestad que llenó de consternación a los tripulantes y pasajeros y puso a la nave en grave peligro de naufragar.

Gregorio no sentía la inminente pérdida de su cuerpo, sino la desdicha que la muerte llevaba a su alma, aun no regenerada por las aguas salvadoras del Bantismo, para cuya recepción la Iglesia exigía larga preparación. Morir en semejante estado era idea que le aterraba y hacía prorrumpir en desgarradores lamentos y en sentidos ofrecimientos de consagrar a Dios el resto de sus días si le otorgaba el don de recibir el sacramento regenerador.

Mientras esto ocurría en los mares por donde navegaba nuestro Santo, su madre Santa Nona tenía en sueños revelación del riesgo que corría su hijo, y, arrojándose del lecho en que descansaba, puesta de rodillas, imploraba de Dios la salvación de aquel amado fruto de sus entrañas. El Señor oyó sus angustiosas súplicas, pues cuando más violenta se desataba la borrasca, uno de los criados que acompañaban a Gregorio exclamó lleno de alegría:

—Estamos salvados. Veo a mi señora caminar sobre las aguas, guiando el barco a puerto de salvación. —E inmediatamente cesó la tempestad, y la nave llegó sin contratiempo alguno al término de su viaje. Fué tal la impresión que este milagro produjo entre los paganos que en el barco iban, que todos se convirtieron a la religión verdadera.

EL AMIGO SINCERO Y EL FALSO

SERÍA el año 360 cuando Gregorio llegó a Atenas. Su primer cuidado fué recibir los sacramentos del Bautismo, la Penitencia y la Eucaristía, pues en ellos encontraría la fuerza necesaria para resistir al embate de las olas licenciosas de aquella corrompida sociedad.

De eficaz ayuda para Gregorio fué la sincera amistad que trabó con San Basilio, unido a él con los lazos irrompibles de un intenso amor a la virtud y de una perfecta concordancia de creencias religiosas. Esta amistad contribuyó poderosamente a un constante progreso en la perfección de ambos. El propio San Gregorio nos describe este santo compañerismo en los siguientes términos:

—Teníamos ambos —dice— el mismo propósito: los dos queríamos que nuestra amistad fuera eterna, y nos preparase a la bienaventuranza inmortal. Recíprocamente nos servíamos de maestros y de guardianes; nos exhortábamos a la piedad, y no tratábamos con los compañeros de vida desarreglada. No conocíamos en la ciudad más que dos caminos: el de la iglesia y el de las escuelas; aquellos por donde se iba a las fiestas mundanas y a los espectáculos nos eran completamente desconocidos.

Al mismo tiempo que crecían en virtud, progresaban en ciencia, y eran citados por sus maestros como modelos de aplicación y sabiduría; esto les hacía ser muy apreciados por sus condiscípulos, entre los que se contaba

el que más tarde subió al solio imperial y es conocido en la Historia con el execrable nombre de Juliano el Apóstata.

Este futuro perseguidor de los cristianos trató de intimar con nuestros dos bienaventurados; pero Dios los preservó de tan peligrosa compañía inspirándoles una santa repugnancia hacia aquel falso amigo, de quien San Gregorio hizo este pronóstico, que los hechos se encargaron de declarar como profético: «¡Qué monstruo está alimentando en su seno el imperio romano!»

Terminados los estudios, ambos amigos tenían que abandonar a Atenas, y, por tanto, la separación era inevitable. Mas antes de llevarla a cabo, se retiraron a las orillas del Iris, donde permanecieron un tiempo saboreando las dulzuras de la vida monástica. No obstante las vivas instancias de sus compañeros y profesores, Basilio se alejó de la ciudad, aunque con gran pena, mientras que Gregorio aceptó una cátedra de elocuencia, en la que brilló como eminentísimo profesor. En 361 abandonó secretamente la cátedra y regresó a Nacianzo, al lado de su familia.

EN NACIANZO. — VUELVE A LA SOLEDAD

EL amor filial le dictó esta resolución. Su padre, extenuado por la vejez e imposibilitado para gobernar solo a su Iglesia, reclamó el socorro y apoyo de Gregorio. Éste se veía entonces combatido por los apetitos de la carne y, para vencerlos, se entregó a ejercicios austerísimos de penitencia: maceraba su cuerpo, ayunaba con el mayor rigor y servíale de lecho la dura tierra; alternaba estas mortificaciones con la oración y meditación, y así logró poner en fuga a la sensualidad, que trataba de enseñorearse de su cuerpo y de su alma.

Desde las soledades del Ponto, adonde se había retirado al terminar sus estudios en Atenas, San Basilio ponderaba a Gregorio las excelencias de la vida eremítica a que vivía entregado, lejos del bullicio y del trato con el mundo; y como nuestro Santo sentía el mismo amor que su amigo a la vida contemplativa, no necesitó éste hacer muchos esfuerzos para atraerle; aprovechando la primera ocasión que se le ofreció para poner por obra sus propósitos, partió para el Ponto, donde, reunido otra vez con San Basilio, emprendieron ambos el género de vida que San Gregorio describe en estos términos:

—¡Oh, quién pudiera devolverme las salmodias y vigilias de aquellos tiempos! ¡Quién me diera repetir aquellas ascensiones hacia el cielo por la contemplación; aquella vida desligada de las miserias del cuerpo; aquella ardiente virtud; aquel estudio de la divina palabra y la luz que de ella surgía en nuestros entendimientos, bajo la inspiración del Espíritu Santo!...



DICEN *las doncellas al Santo: —«No te sorprenda, ¡oh Gregorio!, que nos lleguemos a ti y te demostremos cariño, porque has de saber que somos la Sabiduría y la Castidad. Dios nos ha enviado para que tengamos contigo buena amistad y te acompañemos durante toda tu vida. Síguenos».*

Así caminaban ambos bienaventurados por las vías de la perfección espiritual, cuando Juliano el Apóstata —que había subido al solio imperial— tuvo la osadía de escribir a Basilio, invitándole a trasladarse a su Corte para ayudar con sus consejos al que había sido «su compañero de estudios». Dicho Santo, como es de suponer, se negó a tal petición, sin que nada le importara arrostrar por ello las iras del emperador renegado. Gregorio hizo más, escribió, a su hermano Cesáreo, médico de cámara del tirano, una hermosa carta en la que se leen estas palabras:

«Al permanecer en la Corte, o seguirás siendo cristiano de corazón y la voz pública te colocará en el número de los cobardes que viven con deshonor y afrenta, o te olvidarás de tus creencias, buscando únicamente las dignidades humanas a toda costa, y abandonando el cuidado de lo que más importa, que es la salvación de tu alma. En este caso, si logras escapar de las llamas del infierno, sentirás, al menos, el humo pestilente.»

Esta carta produjo en Cesáreo saludable impresión, y, comprendiendo el peligro que corría quedándose al lado del emperador, corrió a refugiarse cabe San Gregorio y San Basilio, con los que compartió su vida de oración y penitencia.

RECIBE LAS ÓRDENES SAGRADAS

ASÍ vivían santamente los tres admirables varones, cuando el anciano obispo, padre de nuestro Santo, viendo que día a día le faltaban las fuerzas, mandó otra vez a Gregorio que fuese a auxiliarle en sus arduas tareas episcopales, y, para más sujetarle a ellas, le ordenó de presbítero, adscribiéndole a su sede. Pero la vida del desierto le atraía con tal fuerza, que en la primera ocasión que se le ofreció se volvió a su amada soledad, de la que hubieron de sacarle casi a viva fuerza los fieles de Nacianzo, obligándole a regresar a dicha ciudad para que predicase la doctrina de Cristo.

Una de las disposiciones más inicuas de Juliano el Apóstata para desarraigar el catolicismo en su Imperio, fué la de prohibir a los cristianos que se dedicasen a la enseñanza, y la de impedir a los alumnos de las escuelas el uso de libros de carácter religioso. Gregorio vió el peligro que tales providencias entrañaban para la causa de la religión, y, a fin de evitarlo, escribió gran número de composiciones poéticas sobre temas de teología, moral, pasajes de la Sagrada Escritura y otros motivos tomados de los himnos, idilios, elegías, odas y tragedias, con los que contrarrestó el pernicioso influjo de los libros paganos que el apóstata emperador había declarado de texto en las escuelas.

La muerte del tirano (363) puso término a tan inicua persecución y dió motivo a nuestro bienaventurado para pronunciar uno de sus más hermosos sermones. No fueron menos notables las oraciones fúnebres que pronunció en honor de su hermana Santa Gorgonia, de su madre Santa Nona y de su hermano San Cesáreo, muertos sucesivamente en poco espacio de tiempo. En medio de sus penas recibió la visita de su amigo San Basilio, que deseaba dividir la vasta diócesis de Cesarea y repartirla entre varios sufragáneos; Basilio logró, no sin trabajo, que Gregorio aceptase el obispado de Sásima, en Capadocia, y él mismo le impuso las manos, hacia el 371 ó 372. Las responsabilidades del cargo episcopal, y los quehaceres y preocupaciones de colector de diezmos, que le pedía San Basilio, le pesaban sobremanera, por lo que se lo advirtió a su amigo y se volvió a la soledad, de donde le sacó el cuidado y respeto que debía a su padre, ya extenuado y acabado. El anciano le confió la Iglesia de Nacianzo y bajó a la tumba en 374. Dos años rigió Gregorio con singular acierto la sede nacianceна, y al cabo la dejó definitivamente para encerrarse en un monasterio.

ARZOBISPO DE CONSTANTINOPLA

DIOS, en sus adorables designios, había dispuesto, sin embargo, que aquella lumbrera de la Iglesia no permaneciera oculta bajo el celemín, sino que brillase sobre el candelero; por eso, cuando San Gregorio Nacianceno se hallaba más entregado a la vida contemplativa, una embajada de fieles de Constantinopla fué a buscarle a su retiro para exponerle los males que hacía a la causa católica el obispo arriano Demófilo, el cual se había apoderado de la sede de Constantinopla, convirtiéndola en centro de toda clase de errores y herejías.

—¡Verbo divino! —exclamó el humilde Gregorio—: por Ti vivía aquí y por ti abandonaré este lugar. Envíame a uno de tus ángeles, para que me guíe en el camino que voy a emprender por tu amor.

Con lágrimas en los ojos se despidió de la humilde celda en que tan apacible y santamente se deslizaban sus tranquilos días, y partió para Constantinopla, en donde la situación de los verdaderos cristianos no podía ser más aflictiva. Sin recursos, sin influencia, perseguidos en todas partes, sólo podían dar a nuestro Santo el testimonio de su adhesión; ni siquiera pudieron ofrecerle un albergue decoroso, donde pudiera vivir con la dignidad que requería su elevado cargo. Tuvo, pues, que buscar alojamiento en casa de uno de sus deudos. Los primeros pasos para atraer a la verdad a aquel pueblo extraviado fueron en extremo difíciles. Él mismo da cuenta de ellos, con santo gracejo, en los siguientes términos:

—Si conmigo hubiera entrado —dice— la peste en la ciudad, no hubiera sido más odiado. Se me acusaba de idólatra, porque predicaba el misterio de la Santísima Trinidad. Sobre mi casa caía diariamente una granizada de piedras, sobre todo a la hora de la comida, como si creyeran que estaba hambriento de alimento tan indigesto.

A fuerza de paciencia y mansedumbre, consiguió hacerse oír de sus enemigos, cuyo cariño supo conquistar. Obtenido éste, su triunfo fué fácil, pues a sus sermones acudía en masa la población, que quedó tan convencida de la verdad de la doctrina católica, como prendada de la elocuencia del santo predicador que la exponía. Entonces ganó Gregorio el sobrenombre de *Teólogo,* con el que en lo sucesivo fué designado, y que sólo había obtenido, antes que él, el glorioso San Juan Evangelista.

El crédito que adquirió San Gregorio, no sólo entre los fieles, sino aun entre muchos arrianos, concitó contra él el odio de los jefes de dicha secta, que, recurriendo a la violencia, penetraron un día en la iglesia en que aquél predicaba, profanaron los altares, rompieron la silla episcopal y mataron a varios sacerdotes. Los fieles, indignados, querían ir inmediatamente a pedir venganza al emperador Teodosio; pero a ello se opuso el santo prelado, pronunciando estas hermosas palabras:

—La paciencia vale más que el castigo, pues si el castigo ahuyenta el mal, la paciencia conduce al bien.

Y así sucedió, efectivamente; porque los enemigos más encarnizados de San Gregorio se convirtieron, admirados de tanta mansedumbre, y, sin ninguna oposición del pueblo, pudo Teodosio desterrar de la sede de nuestro Santo a todos lo sacerdotes arrianos, que durante largo tiempo la habían perturbado.

No quiere esto decir que cesaran para el santo prelado las luchas con los herejes; bastantes hubo que prosiguieron haciéndole cruda guerra, hasta el extremo de pagar a un joven para que le asesinara; pero en el momento de ir a cometer éste tan odioso crimen, el arrepentimiento penetró en su alma y, arrojándose a los pies de San Gregorio, le confesó el delito que había pensado ejecutar. «Hijo mío —le dijo por toda respuesta nuestro bienaventurado—, vete en paz; que Dios te proteja como acaba de protegerme. Procura, en adelante, hacerte digno de Dios y de mí.»

Mas no siempre conseguía esta bondad efectos tan saludables. En cierta ocasión, un diácono sacrílego, disimulando su mala conducta y aspirando secretamente a la dignidad de Gregorio, sorprendió la buena fe de éste, hasta el punto de que, desde la cátedra sagrada, hizo un elogio de aquél, al que llamó su «noble y valeroso amigo», con gran escándalo de los fieles, que conocían los desórdenes del diácono. Éste, al mismo tiempo que así engañaba a nuestro Santo, se hacía consagrar clandestinamente Patriarca de

Constantinopla; empero tan inicua conducta hizo nacer en el santo prelado, no la indignación que en otro pecho menos generoso que el suyo hubiera estallado, sino un mayor deseo de retirarse a la soledad para tener tan sólo trato con Dios.

Dió prueba evidente de estos santos anhelos en el concilio celebrado en Constantinopla en 381, el cual, además de condenar el arrianismo y anatematizar a los falsos diáconos, confirmó a San Gregorio en el gobierno de la sede que con tanta fortuna regía. Algunos opusieron reparos a esta confirmación, sosteniendo que había abandonado sin la competente autorización su primer obispado; Gregorio, lejos de refutar aquella infundada acusación, exclamó con acento conmovedor:

—Hombres de Dios: vosotros estáis aquí reunidos para establecer la concordia y la unidad, y no he de ser yo quien ponga obstáculos a tan grande empresa. Se discute mi poder, y yo renuncio a él. Puedo, como Jonás, aunque no he sido causa de la tempestad, salvar la nave arrojándome al mar. Desde ahora ruego al cielo para que mi sucesor se muestre defensor heroico de la fe. Dios os guarde a todos, y sólo os pido que conservéis siquiera un poco de buen recuerdo mío.

Se despidió de su pueblo y encaminóse a Nacianzo, con ánimo de terminar allí sus días. Continuó, sin embargo, administrando la diócesis por espacio de dos años, hasta que en 383 se nombró para sucederle a su primo Eulalio, que fué, asimismo, muy santo prelado. Gregorio se retiró, no lejos de la ciudad episcopal, y reanudó la vida de oración y de penitencia, que constituían su mayor anhelo.

A pesar de esto, el enemigo de las almas intentó aún encender en él los ardores de la concupiscencia. «¿Cómo escapar del vicio? —se preguntaba Gregorio—. ¡Sálvame en tus brazos, oh Jesús, mi Rey y mi Redentor!» decía.

Sus súplicas fueron escuchadas, pues el Señor le llamó a su amoroso seno cuando contaba más de sesenta años de edad, el 9 de mayo de 389, después de una vida consagrada enteramente a Dios, según el voto de su piadosa y bienaventurada madre.

Sus admirables escritos dogmáticos le valieron el título de Doctor de la Iglesia. Gracias a sus obras, aunque muerto de cuerpo, siguió vivo y muy vivo de espíritu. Por ellas, San Basilio Magno le llama «pozo profundo y boca de Cristo».

Su santo cuerpo, enterrado primeramente en Nacianzo, fué trasladado a Constantinopla el año 950 y colocado en la iglesia de los Doce Apóstoles, donde permaneció hasta que, a la caída del Imperio griego, en 1204, fué transportado a Roma, en cuya basílica Vaticana se venera hoy día.



Apostólico escritor ascético — Consumado director de conciencias

DÍA 10 DE MAYO

BEATO JUAN DE AVILA

APÓSTOL DE ANDALUCÍA (1500 - 1569)

INICIÁBASE el año 1500. Almodóvar del Campo, modesta villa de la hoy provincia de Ciudad Real, contaba entre sus moradores a Alfonso de Ávila y Catalina Chicona, virtuosos consortes y padres de este niño, que nació en el mes de enero y se llamó Juan. Sus padres notaron pronto en él los más sorprendentes rasgos de virtud. De pequeño diríase un ángel de piedad. Tenía sólo cinco años y al declinar de la tarde se le veía entrar en la iglesia, donde rezaba largamente de rodillas sin temor al frío y la soledad. A veces le vencía el sueño y dormíase al pie de los altares, donde le encontraban luego tendidito y yerto.

Cuando tardaba en volver de la escuela su madre no se inquietaba en demasía, segura de que algún rincón de la parroquia ocultaba su personilla; desde allí adoraba a solas al Dios del tabernáculo.

La humildad crecía en él al par que su piedad. Un día su madre le puso un trajecito nuevo y elegante, con aplicaciones de terciopelo; otro cualquiera habría sacado vanidad de ello. A Juan, en cambio, le pareció ese vestido demasiado ostentoso para él. Por lo cual, apenas dió con un muchacho pobre y harapiento, llevándole a un sitio retirado le propuso un cambio de ropas, cosa que el otro aceptó complacidísimo; luego, Juan, ingenuo y satisfecho, vino a contar la aventura a su madre.

ESTUDIANTE DE DERECHO. — TRES AÑOS DE SOLEDAD

LOS padres de Juan, contando con sacar de su hijo un legisperito, le enviaron a los 14 años a la célebre Universidad de Salamanca. Dios, empero, abrigaba designios más altos respecto del adolescente castellano. Juan de Ávila debía brillar como un ilustre Maestro en los púlpitos más afamados de España.

A ello se debe, sin duda, el menosprecio que sintió luego por las cosas de este mundo; modificó sus pretensiones, condescendiendo primero con los propósitos de sus padres y dándose finalmente por entero al solo servicio del Señor. Por obedecer estudiaba las «negras leyes», como él decía; pero una vez que su padre se hubo penetrado de los íntimos anhelos del hijo, temiendo contrariar su vocación, le separó de la Universidad.

Entonces Juan escogió para sí lo más recoleto de la casa paterna y allí vivió como un recluso durante tres años, entregándose a la oración y penitencia continuas. Dormía sobre un haz de sarmientos, vestía áspero cilicio y se castigaba a menudo con sangrientas disciplinas.

Su ideal fué desde entonces la santidad. Dios le comunicó, además, el deseo de saber. Un religioso franciscano, de paso por Almodóvar, quiso visitar a un joven cuya virtud tanto le ponderaban. Vióle y quedó gratamente impresionado; con discreta libertad le señaló, sin embargo, una deficiencia que creyó observar en su género de vida.

—No te es lícito —le dijo— enterrar, como lo haces, los talentos que Dios te ha confiado. Deber tuyo es hacerlos fructificar: estudia las ciencias que un día te permitirán servir a la Iglesia. En vez del Derecho, estudia las Ciencias Sagradas. Este estudio procurará a tu alma alimento más sustancial y delicioso, y, además, la necesaria aptitud para trabajar en la gloria de Dios y provecho del prójimo.

Juan meditó tan prudentes advertencias, y poco después, a los veinte años, comenzó en la Universidad de Alcalá la Filosofía y la Teología bajo la dirección del ilustre Domingo de Soto, de la Orden de Predicadores. El alumno fué pronto digno de su maestro y llegó a ser uno de los valores más celebrados de la España de entonces. Mas, ¡qué modelo de estudiante! Pasaba el tiempo en el estudio y la oración y no conocía más camino que el del colegio y el de la iglesia. Pronto hallóse en disposición de recibir las sagradas Órdenes y ofrecer el santo sacrificio de la Misa, lo que hizo por primera vez en su ciudad natal. Sucediéronse los años y siguió Juan de Ávila, ya ausente, siendo el dechado de los escolares de Alcalá, a propuesta de sus mismos Profesores.

AUGURIOS MARAVILLOSOS. — BELLAS ILUSIONES. LA VOLUNTAD DE UN ARZOBISPO

YA tenemos a Juan sacerdote. Al subir las gradas del altar experimentó un gran pesar, pero sólo uno: el de no contar ya con el cariño de sus excelentes padres, habitantes de la gloria desde algunos años. Solían, por entonces, los misacantanos solemnizar la primera misa con un ágape familiar. Juan, aquel día, el más feliz de su vida, convocó a doce pobres, amigos suyos predilectos, lavóles los pies, los obsequió con un traje y luego les sirvió con sus manos una abundante comida. Nunca se vieron en Almodóvar alegrías más puras ni más santa reunión.

Juan amaba mucho a Dios: ese amor le inspiró las santas osadías que en aquellos mismos tiempos soñaban Teresa y su hermano Rodrigo: salir de Europa, hacerse a la mar en busca de otras latitudes, evangelizar a los infieles y, por ese medio atrevido, lograr la palma del martirio. De algo más edad que Teresa y más avisado que ella, el novel sacerdote se decidió por América, como tierra virgen y escasa de fe católica. Así que, vendido todo su haber y dado a los menesterosos, se quedó únicamente con lo indispensable. Supo que el nuevo obispo de Tlaxcala partía para Méjico y se ofreció a acompañarle en su viaje.

Con este intento esperó en Sevilla la época más favorable para el embarque. Un venerable prebendado le conoció entonces y quedó cautivado de su piedad.

—¡Qué riqueza —se dijo— representa este hombre para España! ¡Qué tesoro para la diócesis hispalense!

Pero al saber su inmediata partida para las misiones de ultramar sintiólo grandemente y se propuso impedirlo: era, sin duda, un instrumento de la Providencia en los caminos de Juan. Éste alegó su promesa y puso tenaz resistencia.

Sin darse por vencido, el otro presentó a Juan ante don Alfonso Manrique, arzobispo de Sevilla, futuro cardenal de la santa Iglesia. Pronto se percató el prudente prelado de las cualidades extraordinarias de Juan y, terciando en la contienda, determinó guardarle en su vasta diócesis.

—No puedo —suplicó el Beato—, me he comprometido ya con el señor obispo de Tlaxcala.

—Puesto que no basta mi ruego —atajó el arzobispo—, usaré de mi autoridad. En virtud de obediencia, oídlo, quedaos. ¡Dios lo quiere!

—Si tal es la voluntad del Señor —concluyó Juan—, no haya más. Hágase en mí conforme vos decís.

Permaneció, pues, en Sevilla y el prelado tuvo en él al más celoso de sus auxiliares en la obra pastoral.

EL SECRETO DEL BUEN PREDICADOR. — UN NUEVO SAN PABLO

SU actividad apostólica se multiplicó hasta los límites del prodigio. Fué un predicador fecundo, al mismo tiempo sencillo y hábil, al que bastaban una cuantas notas muy breves para pronunciar un sermón elocuentísimo y lleno de doctrina. Sabía llegar derechamente al alma de la multitud por medio de un lenguaje llano y repleto de imágenes y comparaciones sacadas de la vida cotidiana.

Juan de Ávila, en los largos años de su apostolado, convierte incrédulos; fortalece espíritus vacilantes; aconseja sabiamente a mentalidades altísimas y espíritus de extraordinaria pureza; infunde alegría y confianza en los tristes y medrosos; escribe cartas luminosas a pequeños y a grandes, en las que siempre dice la palabra atinada, oportuna y consoladora; es, finalmente, el mentor generoso de todo un pueblo, el guía que todos atienden, el faro a quien todos acuden.

Preguntábale un día cierto sacerdote joven sobre los medios eficaces de que puede echar mano el predicador.

—No conozco más que uno —le contestó—: amar mucho a Jesús. Es el mejor. «Cada sermón de Juan de Ávila —escribe un contemporáneo suyo— era una red hábilmente lanzada en mares propicios».

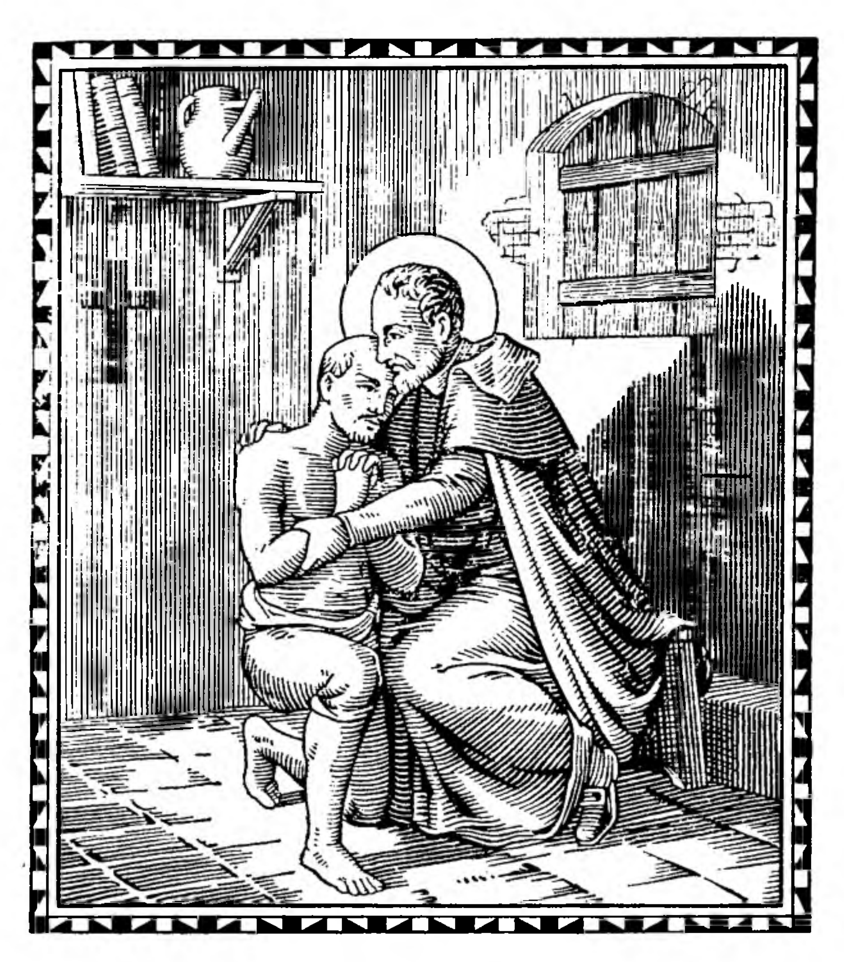
Su primera plática en Sevilla, el día de Santa María Magdalena de 1529, duró dos horas —cosa ésta muy meridional y muy sevillana— y conmovió a todo el auditorio. No bien hubo Juan abandonado el púlpito, precipitóse a sus pies la muchedumbre y luego asediaron su confesonario cual si hubieran escuchado una misión.

Tomó por modelo a San Pablo en sus predicaciones: leyó una y mil veces sus epístolas hasta sabérselas de memoria, de modo que sus sermones eran como glosas sencillas de aquella sublime doctrina. Escuchábale en cierta ocasión un teólogo dominico comentar uno de los pasajes más oscuros del Apóstol y resumió así sus impresiones:

—Esta mañana —dijo— he oído a San Pablo explicado por San Pablo.

LA MISIÓN DE CÓRDOBA

ANDALUCÍA fué el campo habitual del apostolado de Juan. Llamado a Córdoba, con repetidas instancias, por el obispo don Juan de Toledo, operó en pocos días una verdadera transformación. Córdoba tenía de ello gran necesidad. La corrupción abarcaba a todas las clases sociales: la juventud se daba a los placeres, la nobleza al lujo desenfrenado,



El Beato Maestro Juan de Ávila acoge a Juan de Dios, e iluminado con luces de lo alto ve las gracias extraordinarias con que el Señor le favorece. Aprueba su resolución de pasar por loco, para expiar la vida pasada, y promete ser su director espiritual para ayudarle a cumplir la voluntad del Cielo.

el pueblo a las insanas emociones del juego; el mismo clero llevaba vida menos edificante. Pero, llega el siervo de Dios, rehusa el magnífico alojamiento que le tenían preparado en el palacio episcopal, y prefiere ocupar una humilde habitación en el hospital de San Bartolomé: desde ella veía de continuo el tabernáculo de la iglesia vecina: allí trataba con Dios, presente en el altar, las graves cuestiones de su oficio.

Mediada apenas la misión el cambio fué notorio: cerráronse las casas de juego, cesaron los odios inveterados, los escándalos no se repitieron. Córdoba imitó a Nínive en la penitencia como la imitara en la disolución. Sin dar muestras de cansancio, aquel Jonás, más fiel que el enviado bíblico, distribuía sus días entre el confesonario y el púlpito. «Acostumbro —decía— a golpear el hierro cuando está caliente: por eso acabo siempre mis sermones exhortando vivamente a la purificación penitencial».

A veces no bastaban las horas del día para recoger y completar el fruto producido en un sermón: desde el tribunal de la penitencia logró, en efecto, mayor número de conversiones que desde la cátedra del Espíritu Santo. Y lo más notable del caso es que sus convertidos perseveraban en sus nuevos saludables propósitos.

En Córdoba consolidó su obra fundando una escuela gratuita que él mismo dotaba de maestros. En la fundación del seminario de la Asunción, le ayudó eficazmente con sus liberalidades don Pedro López, afamado médico del emperador Carlos V. Además, introdujo en aquella ciudad a los Padres de la Compañía de Jesús, recientemente organizada y a la que Juan de Ávila profesó durante toda su vida hondísima veneración.

Algún tiempo había acariciado la idea de crear una Orden semejante, pero, al saber que Ignacio de Loyola había realizado su pensamiento, exclamó sin deje alguno de amargura:

—Mis deseos se han cumplido. Ignacio ha llevado a término feliz el proyecto que yo había concebido. Y es que Ignacio es un gigante en la virtud y yo no soy más que un parvulillo. ¡Bendito sea Dios!

ALGUNOS DISCÍPULOS DEL BEATO JUAN DE ÁVILA

NUESTRO Beato tuvo entre sus virtudes la de formar hombres; más aún, formó santos, algunos de los cuales le han precedido en los altares y le sobrepasan en los honores litúrgicos. Dos de los de su época son hechura de Juan de Ávila: San Francisco de Borja y San Juan de Dios. En ambos la predicación del Apóstol de Andalucía ejerce decisiva influencia. Caen sus palabras como luz bendita sobre el primer estremecimiento profundo del alma caballeresca del primero. Ya llevaba éste en sí

la gran idea de no servir más a señor que se pudiese morir. Y en sazón tan oportuna oyó a Juan de Ávila, comunicó con él, le dijo sus angustias y turbaciones, y el pastor supo ver en el acto la calidad excelente de la oveja que se acogía a su amparo y cuidado.

También fué la palabra encendida de Juan de Ávila la que despertó las enormes energías espirituales que en su seno guardaba Juan de Dios. Y fué Santa Teresa la que recibió del Venerable Maestro una orientación segura, y fué el insigne Varón de Loyola quien en momentos atribulados vió llegar unas letras de Juan de Ávila que le animaban a seguir su labor. Y fué, finalmente, el insigne reformador extremeño, San Pedro de Alcántara, prodigio de penitencia y de doctrina.

Pocas cosas corroboran hoy la grandeza de Juan de Ávila y la estimación que supo granjearse como su correspondencia con las grandes figuras religiosas del momento.

Detengámonos brevemente en las tres siguientes: Es una aquel momento interesantísimo del magisterio de Juan de Ávila en que le pusieron por delante el libro de la *Vida de Santa Teresa de Jesús,* con objeto de que lo leyese, opinara sobre él y diese su consejo.

El Beato leyó atentamente el libro y remitió a la Fundadora un dictamen que la consoló profundamente. Lo revela ella misma en su estilo epistolar inconfundible a su amiga e intermediaria ante el Maestro, doña Luisa de la Cerda:

«Lo del libro trae vuestra señoría tan bien negociado que no puede ser mejor, y así olvido cuantos disgustos me ha proporcionado. El Maestro Ávila me escribe largo, y le contesta todo: sólo dice que es menester declarar unas cosas y mudar los vocablos de otras, que esto es fácil. Harto me he holgado de ver tan buen recaudo, porque importa mucho; bien parece quien aconsejó se enviase.»

Habla el Maestro en su dictamen, de «cosas» que han aprovechado el ánima de la Fundadora. «No veo por qué condenarlas, añade; inclínome más a tenerlas por buenas...»

En carta a Iñigo de Loyola no sólo llama a la Compañía «obra de Dios», sino que viene a condenar a los que daban en perseguirla y calumniarla, considerando esto como una muestra verdadera de favor divino, pues ya se ha visto que tales cosas suele deparar el Señor a quienes en su servicio se emplean.

JUAN DE ÁVILA Y JUAN DE DIOS

ESTO merece apartado especial. En 1537 se encuentran en Granada estos dos hombres: Ávila es un apóstol consumado, y Juan un verdadero aventurero. Predicaba un día el apóstol sobre la obligación de evitar el pecado y de morir antes que ofender al Señor. A los pies del púlpito atiende el aventurero. De pronto el singular oyente, no pudiendo resistir más la acción de la gracia en su alma, sálese gritando: «¡Misericordia, misericordia!» Y arrancábase la barba y los cabellos. Tómanla los chicos con él como es corriente en tales casos y le llaman «loco». Llegado a su tenderete coge sus mercancías, libros y estampas y las distribuye a la gente y da su dinero a los pobres. Llega hasta despojarse de sus vestidos sin dejar de repetir: «¡Misericordia, Señor, misericordia y piedad de este desgraciado pecador!»

Luego habla a solas con Juan de Ávila. Éste, ilustrado de lo alto, descubre las gracias extraordinarias que adornan al convertido, aprueba sus propósitos de expiación y le promete la ayuda de sus consejos y su dirección.

Desde aquel día, como nuevamente nacido a la vida de la gracia, llamóse el hombre Juan de Dios. Y en cumplimiento de sus propósitos hizo tan bien el loco, que hubo de ser internado en un manicomio, donde sobrellevó con inaudita paciencia el rudo tratamiento que entonces se usaba con esta clase de dolientes.

Así habría seguido hasta la muerte, si el santo Director, juzgando ya suficientes las humillaciones sufridas, no le hubiera ordenado frenar su fervor y aconsejado se entregase a cosas más útiles del servicio de Dios. Obedeció el humilde discípulo y acometió, bajo la dirección del Maestro, las levantadas obras de caridad cristiana que le han dado tanta nombradía ante Dios y ante los hombres, con la fundación de la gloriosa Orden de los Hermanos Hospitalarios.

ÚLTIMOS AÑOS. — PADECIMIENTOS Y MUERTE

FURIOSO el demonio ante las conversiones obradas por el siervo de Dios, utilizó contra él todas las armas de sus arsenales. Primero echó mano de la calumnia. Hacia 1533, Juan de Ávila fué acusado al Tribunal de la Inquisición: achacábanle demasiada severidad de doctrina. Mientras su causa se sustanciaba, fué encarcelado.

Empero, el acusado no perdió un punto su serenidad. «Dios —decía—, sabe mi inocencia y esto basta». Pasados varios meses, el Santo seguía preso.

Los jueces interpretaron torcidamente su silencio: tuviéronle por culpable, ya que nada deponía en propia defensa.

Descubierta al fin la espantosa trama urdida por los calumniadores, brilló inmaculada la reputación de nuestro bianaventurado y sus excelsas virtudes. En seguida reanudó sus predicaciones en la ciudad del Betis con mayor éxito que nunca.

Su fama traspuso fronteras y llegó a oídos de Paulo III; entre los familiares del Papa había un gentilhombre natural de Baeza, ciudad en que Juan desempeñó algún tiempo funciones sacerdotales. Este influyente caballero pretendía de antiguo dotar a su pueblo natal de escuelas, seminario, e incluso de una Universidad; tan sólo aguardaba el oportuno momento. Creyó verlo entonces y habló de sus pretensiones al Sumo Pontífice. El Papa expidió, en efecto, un Breve que confiaba a nuestro Beato la realización del proyecto: el Papa otorgaba a la nueva Universidad insignes privilegios, establecía en ella todas las facultades mayores y concedía al claustro la colación de grados.

Omitimos el relatar por menudo los desvelos de Juan para responder a los deseos del Papa, sus trabajos y fatigas, las energías desplegadas y los resultados que alcanzó. La muestra de confianza recibida con esto motivo manifiesta claramente el alto concepto de que gozaba en Roma.

Pasó el Beato los postreros años de su vida en medio de continuadas dolencias. Llevaba un cuarto de siglo entregado a un rudo apostolado que minó su naturaleza: dolores de estómago, frecuentes accesos de tos, inflamación de ojos, quemaduras, fiebres y otros males hicieron del anciano operario del Señor un varón de dolores.

Con frecuencia se le oía decir:

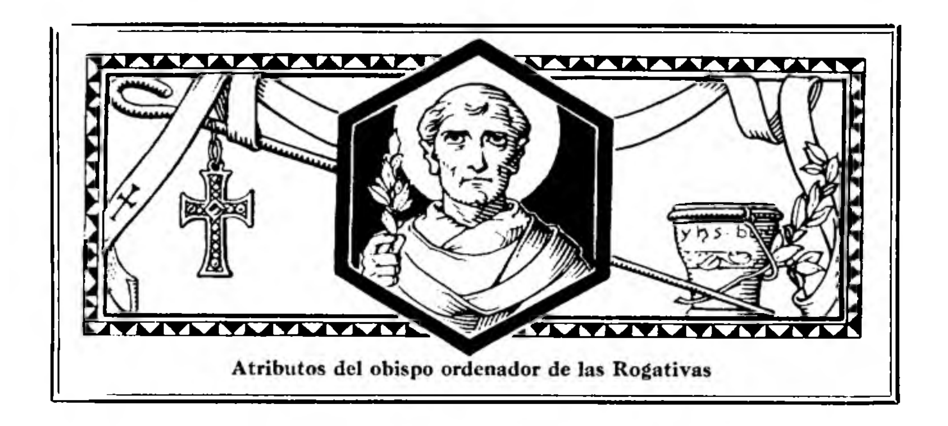
—Aumentad, Señor, mis sufrimientos; pero dadme a la vez la paciencia de sobrellevarlos.

Ocurrió su preciosa muerte el 10 de mayo de 1569.

Al expirar hizo público su deseo de ser inhumado en la iglesia de los Jesuítas, lo que se cumplió piadosamente. Aun se ve hoy en Montilla, en la antigua iglesia de los hijos de San Ignacio, la tumba del apóstol de Andalucía y el epitafio grabado en su memoria.

Su Santidad León XIII le elevó al honor de los altares, proclamándole Beato en 1894.

A instancias del Eminentísimo Cardenal Arzobispo de Granada, Dr. Agustín Parrado y García, Su Santidad Pío XII, por Breve Apostólico dado en Roma el 2 de julio de 1946, declaró al Beato Juan de Ávila, confesor, principal Patrono, ante Dios, del clero secular de España.



Atributos del obispo ordenador de las Rogativas

DÍA 11 DE MAYO

SAN MAMERTO

ARZOBISPO Y CONFESOR († 475)

SAN Mamerto fué lucero brillante y esplendoroso de la Iglesia de las Galias, durante el siglo V. Procedía probablemente de familia vienesa, y su educación fué confiada a San Aniano, obispo de Orleáns, quien tomó muy a pechos la primera formación de su discípulo. En la escuela de maestro tan ilustre por la santidad de su vida, la pureza de su fe y vastos conocimientos, hizo Mamerto rápidos progresos en virtud y letras.

Refiere Surio que yendo Aniano desde Orleáns a Arlés el año 451, se detuvo en Viena, su pueblo natal, y se hospedó en casa de Mamerto, hombre acaudalado que, a la sazón, se hallaba en el artículo de la muerte; pero San Aniano le curó con sólo hacer sobre él la señal de la cruz.

En 463, San Mamerto ocupaba dicha sede, y su sabiduría y santidad son elogiadas por San Avito —uno de sus más egregios sucesores— y San Sidonio Apolinario, obispo de Clermont; no siendo aventurado afirmar que vínculos de amistad, y quizás de parentesco, unían a San Mamerto con las nobles familias de las Avitos y Apolinarios.

Fuera de eso, tenía nuestro Santo un hermano de nombre preclaro en la Iglesia, el presbítero y poeta Claudiano Edicto, y, además, una hermana casada y un sobrino por nombre Petreyo; pues ha conservado la Historia cartas de San Sidonio Apolinario a Petreyo para consolarle del fallecimiento de su tío Claudiano.

DISCUSIONES ACERCA DE LA PRIMACÍA EPISCOPAL

GOZABA la sede de Arlés desde antaño de muchos y dilatados privilegios. La de Viena, por su parte, daba nombre a la provincia, y se remontaba hasta los tiempos de los Apóstoles, en la persona de sus primeros obispos. La creación de la metrópoli de Arlés privó a la de Viena de algunos sufragáneos, y ello fué causa de que ambas sedes metropolitanas se disputaran durante largos años el título de primada.

Ocurrió que poco después de su elevación al episcopado, asistió San Mamerto a los funerales de San Petronio, obispo de Díe. La asamblea de los fieles eligió para sustituir al difunto a un hermano suyo, el sacerdote Marcelo, cuyo nombre figura en el martiriologio a 9 de abril. El nuevo electo rehuyó el nombramiento y desapareció de la ciudad, ocultándose en una cueva; pero, descubierto poco después, condujéronle triunfalmente a San Mamerto para que le diera la unción episcopal.

En vista de los tenebrosos manejos del partido arriano, apoyado por los burgundios o borgoñones, y dadas las instancias apremiantes de todo un pueblo, temeroso de que su elegido se ocultara aún en alguna soledad, creyó el arzobispo Mamerto que era obligación suya adelantar los acontecimientos y consagrar al nuevo obispo antes de prevenir al arzobispo de Arlés, metropolitano de Díe.

Tal precipitación le acarreó serias dificultades. En efecto, Gondioc, rey de los burgundios, cuya política favorecía a los arrianos, protestó ruidosamente de tal desafuero, y el día mismo de su consagración fué apedreado el nuevo obispo y seguidamente desterrado; por su parte, San Mamerto fué denunciado al papa San Hilario como responsable de lo acaecido, pues había consagrado a un obispo fuera de su provincia eclesiástica.

Dispuso entonces el Sumo Pontífice —engañado por Gondioc— que Leoncio, arzobispo de Arlés, convocase un sínodo compuesto de veinte obispos, los cuales enviaron al sucesor de San Pedro a uno de sus colegas con una carta aclaratoria, firmada por los prelados. Contestóla el Vicario de Cristo en 464, prescribiendo que San Verano, obispo de Vence, amonestase a Mamerto y recabase del mismo, en nombre de la Santa Sede, la promesa de abstenerse en adelante de hacer ordenaciones ilegales, so pena de verse depuesto del cargo y privado de todo privilegio.

El propio Sumo Pontífice dirigió también, por aquel mismo tiempo, otra carta a los obispos de las provincias de Lyón, de Viena, de las dos Narbonesas y de los Alpes, lamentando lo acaecido a Mamerto, e invitándolos a abstenerse de toda usurpación unos con otros, y a someterse a la autoridad

del arzobispo de Arlés, a quien concedía el privilegio de convocar a concilio las cinco provincias eclesiásticas.

Recibió Mamerto esta amonestación con los mismos sentimientos con que, en otros tiempos, recibiera San Pedro la de San Pablo, y se sometió a las normas publicadas por los obispos en aquel sínodo.

Años después, la sede de Díe fué agregada a las sufragáneas de Viena; ello era una satisfacción que se hacía a la memoria de Mamerto. Por lo demás, el respetuoso silencio que el arzobispo guardó en tal circunstancia, pone bien de manifiesto su admirable humildad y su ejemplar sumisión a los mandatos del Papa.

LAS ROGATIVAS (468)

A otras pruebas sometió el Señor a su siervo. Viena no era ya aquella ciudad pía, regada y santificada con la sangre de tantos mártires. Los crímenes de los vieneses clamaban venganza al Cielo, y le merecieron, juntamente con el abandono de sus santos Patronos los rigores de la Justicia divina, como lo atestigua San Avito —discípulo de San Mamerto y más adelante sucesor suyo en el episcopado—.

«Por aquellos días —escribe— presenciáronse en la ciudad de Viena pavorosos prodigios: aterrada estaba la gente, pues los incendios se sucedían sin interrupción. Ruidos lúgubres turbaban el silencio de las noches, y los desórdenes de la naturaleza parecían presagiar los funerales del linaje humano. Hasta las fieras hicieron irrupción en la ciudad vagando por el espacioso foro. Cundía el pánico en los ciudadanos, algunos de los cuales sólo veían en tales sucesos, tristes efectos de la casualidad, en tanto que otros los tomaban como avisos del cielo, cifrando su salvación únicamente en la divina misericordia. Por grande que fuese la amargura de su alma, esperaban con impaciencia la proximidad de la fiesta de la Pascua, confiando que el Señor pondría en aquel día término a sus males y ansiedades.»

Empero, la vigilia misma de Pascua, y en ocasión de hallarse reunidos los cristianos en la iglesia, prodújose en la ciudad formidable incendio. Interrumpiéronse las ceremonias sagradas, quedando sólo el arzobispo en oración. Escuchó el Señor la férvida plegaria de su siervo en favor del pueblo y el temible azote se detuvo repentinamente, siguiendo afortunadamente a la aflicción la alegría pascual.

Durante aquellas memorables vigilias —prosigue San Avito— concibió el santo pontífice la idea de las Rogativas, y entre Dios y él fijaron las ceremonias y preces —que hoy repite el universo católico—. Tratóse luego en conferencias privadas de la manera y fecha de ponerlas por obra. Temíase

que el Senado de Viena se opusiese a ello; empero, la elocuencia y, sobre todo, las oraciones del digno Prelado ablandaron los corazones de tal forma que, lejos de resistir, sus ovejas, compungidas, se adelantaron en la celebración.

Los tres días que preceden a la Ascensión, se dedicaron a preparar esta solemnidad mediante el ayuno, el canto de las letanías y las procesiones. Con el fin de probar el fervor de su grey, indicó Mamerto como estación del primer día, las iglesias más cercanas a las murallas de la ciudad; para los días siguientes señaló un término más apartado y tal era la acendrada piedad de los fieles, que a nadie pareció demasiado larga la peregrinación.

Tal fué la institución de las Rogativas, por las cuales la ciudad se vió libre de las calamidades que la amenazaban. No queremos decir con esto que San Mamerto sea el autor de las procesiones anuales celebradas en muchas localidades para atraer las bendiciones del cielo sobre los frutos de la tierra; pues San Lázaro, arzobispo de Milán, que falleció en 449, ya las había instituído antes en la capital de su diócesis; pero a San Mamerto le cabe la gloria de haber restablecido esta devota costumbre, a la sazón en desuso, de haber agregado el ayuno y la oración y haber determinado los tres días que preceden a la Ascensión.

Valioso es a este respecto el testimonio de San Sidonio Apolinario.

«Existían indudablemente —escribe— preces públicas en tiempos anteriores a San Mamerto para impetrar del Señor la lluvia, el buen tiempo, etc.; pero eran poco precisas, faltábales de ordinario fervor cristiano, eran poco practicadas y en cierto modo rutinarias e interrumpidas por abusivas refecciones, por lo cual aflojaba la devoción de los fieles. Empero, en las instituídas por este santo prelado se ayuna, se ruega, se llora y se salmodia.»

Siguieron el ejemplo de los vieneses varias otras diócesis, y la práctica de las Rogativas, ganando terreno poco a poco, acabó por ser adoptada por todas las iglesias de la Galia en vida de San Mamerto, y el papa San León III las extendió a toda la catolicidad a principios del siglo IX.

Durante mucho tiempo los tres días de Rogativas fueron días de ayuno y abstinencia.

INVENCIÓN DE LAS RELIQUIAS DE LOS SANTOS FERREOL Y JULIÁN, MÁRTIRES

EN el intervalo que medió entre las primeras Rogativas y el concilio de los obispos de la archidiócesis de Viena, reunidos para autorizar la nueva institución, construyó nuestro Santo una iglesia en honra de San Ferreol, tribuno militar y mártir, cuya festividad se celebra el 19 de septiembre.

Imperando Constantino, cierto caballero catecúmeno, llamado Cástulo,



EN *los tres días que preceden a la Ascensión, San Mamerto celebra con el clero y el pueblo las Rogativas con ayunos, canto de las letanías y procesiones hasta puntos apartados del campo, para pedir al Señor que les libre de las tormentas, pestes y calamidades. Esta práctica se observa hoy día en la Iglesia universal.*

edificó una capilla a orillas del Ródano, en el propio lugar del martirio y sepulcro de San Ferreol. Con el andar del tiempo, socavaron las aguas del río los cimientos de aquella iglesia, y San Mamerto evitó su desaparición reconstruyéndola en paraje más elevado. La nueva iglesia era de hermosa estructura, y subsistió hasta el siglo VIII, en que los moros la destruyeron. San Gregorio turonense, que la conoció, afirma que se guardaron en la construcción de la misma, la simetría y proporciones de la iglesia primitiva.

«Estando yo de paso en Lyón, hospedado en casa del santo obispo Nizier —dice San Gregorio—, ocurrióseme ir a Viena para orar ante el sepulcro del glorioso mártir Ferreol. Parecíame que, dada su antigua amistad con San Julián, patrono de mi tierra, no era yo menos hijo de éste que de aquél. Recé, y, al terminar, alcé los ojos y vi encima del ambón dos versos latinos que decían: «Aquí yacen los restos de dos héroes del cristianismo: la cabeza de Julián y el cuerpo de Ferreol.»

Es San Julián, apellidado «de Brioude», por el lugar de su martirio, oriundo de Viena, y lo mismo que su amigo San Ferreol, tribuno militar, fué también condenado a muerte en tiempo de Diocleciano; su festividad se celebra el 28 de agosto.

Como San Gregorio pidiera algunas explicaciones al guardián de la iglesia, refirióle la traslación solemne de las reliquas de San Ferreol a la iglesia nueva en los días del arzobispo Mamerto, y del descubrimiento de la cabeza de San Julián.

«En el solemne acto de dicha traslación, congregáronse incontables fieles y muchos abades y monjes. Pasaron la noche cantando himnos sagrados y, de madrugada, comenzóse la excavación en el sitio donde se presumía se hallaban las reliquias. Al llegar a cierta profundidad, descubriéronse tres ataúdes. Grande fué la perplejidad y sentimiento de todos, no acertando a distinguir cuál de los tres era el del santo mártir. Mientras la incertidumbre sellaba los labios de los asistentes, surgió de entre ellos una voz que, inspirada de lo alto, dijo así: «De antiguo se venía diciendo y era tradición »muy popular, que la cabeza de Julián se hallaba encerrada en el ataúd »de Ferreol. Abramos los tres ataúdes, quizá descubramos con esta señal »el cuerpo del santo mártir».

»Invitó entonces San Mamerto a toda la asamblea a orar con él, e invocar al Padre de las luces. Ábrense dos ataúdes, pero nada indica el nombre de las reliquias depositadas en ellos; ábrese el tercero y hállanse los despojos mortales de un hombre, que tenía la cabeza cortada, y que sostenía entre sus brazos otra cabeza. Tanta serenidad y frescura conservaban los rasgos fisonómicos, que parecía estar en plácido sueño.

»Inundado de gozo, exclama el santo obispo ante la concurrencia: «Sin »duda, es éste el sepulcro de Ferreol; y ésta es la cabeza del mártir Julián»;

el pueblo responde a las palabras del pontífice con cánticos de júbilo. Seguidamente y cantando salmos, son trasladadas las santas reliquias a la iglesia preparada para recibirlas.»

MUERTE DE SAN MAMERTO. — TRASLACIÓN DE SU CUERPO A ORLEÁNS

MAMERTO consiguió reanimar el fuego sagrado de la devoción en su amada grey, la cual gozó después de un período de tranquila paz, y, tras dilatada vida de incesantes trabajos, llamó Dios a su siervo para darle la corona prometida a los elegidos. Falleció el 6 ó el 11 de mayo de 475. Sus restos descansan en la iglesia de los Santos Apóstoles, cabe el altar mayor. Grabáronse en su sepulcro dos versos que dicen sencillamente su nombre y su dignidad.

Sin mucho tardar ilustró Dios nuestro Señor los méritos de su Siervo con portentosos milagros, cuya fama se difundió de uno a otro confín de las Galias. Y pues alardeaba la ciudad de Orleáns de haberle dado la educación primera, de ello se valió para reclamar su cuerpo, apoyándose en la autoridad del rey Gontrán y del papa Juan III. Consiguió en parte lo que anhelaba, no sin la natural protesta de los vieneses, a quienes se sustraían las venerandas reliquias de su padre y protector.

Depositáronse en la iglesia de la Santa Cruz las preciosas reliquias de San Mamerto que los de Orleáns consiguieron llevarse, y se fundó una colegiata de clérigos denominados Mamertinos, los cuales cantaban el oficio divino ante las reliquias del Santo.

Celebrábase en Orleáns tres veces al año la conmemoración de San Mamerto, a saber: el 11 de mayo, día de su festividad; el 13 de octubre, aniversario de la traslación de su cuerpo; y el 14 de noviembre, aniversario de la de su cabeza. Las reliquias eran llevadas procesionalmente en dos urnas de plata.

En el siglo XVI, durante la guerra feroz de los hugonotes contra las reliquias y relicarios, estatuas e iglesias y todas las obras de arte reunidas en ellas al cabo de los Mamertinos. El sepulcro del Santo fué profanado y sus huesos reducidos a cenizas.

Los enemigos de la Religión tienen, en todas partes, de común, el odio a todo lo que se halla más cerca del trono de Dios, cuales son los Santos, y, por ende, sus sagradas Imágenes. En todas las revoluciones ateas ha habido furibundos iconoclastas, para quitarse de delante permanentes acusadores de sus vicios y crímenes.

EL SEPULCRO DE SAN MAMERTO EN VIENA

CONVIENE añadir que la traslación de las reliquias a Orleáns fué todo menos una solemne ceremonia y que ni aun fué celebrada de día. Es tradición muy antigua que los restos del santo prelado fueron sigilosamente sustraídos, y el dictamen de la arqueología concierta en en esto con la tradición popular.

Inhumado Mamerto en la iglesia de San Pedro —cuya fundación remonta al establecimiento del cristianismo en Viena—, pasó aquel templo por las mismas vicisitudes que la ciudad, asolada sucesivamente por los borgoñones, los francos y los sarracenos. Sólo quedaban algunos restos de la basílica primitiva a principios del siglo X, cuando el conde Hugo —que reinaba en Viena en nombre de su pariente Luis III el Ciego— emprendió la restauración de la iglesia y abadía de San Pedro.

No relegaron al olvido los arquitectos los sepulcros de los Santos, que eran incentivo de la piedad de los fieles; a aquella época debe atribuirse la restauración del sepulcro de San Mamerto, el cual fué colocado a la sazón en el presbiterio, al lado de la Epístola, bajo un arco embutido en la pared, y frente al sepulcro de San Leoniano, fundador de la abadía.

Despareció pronto tal armonía y disposición, pues, peligrando las reliquias fué tapiado dicho arco, y se ocultó el sarcófago tras tosca pared para evitar profanaciones. A pesar de ello, esas providencias para conservar el precioso depósito de nuevas depredaciones, fueron insuficientes.

Antiguos documentos dan fe de que, en 1026, todavía existían dichas sagradas reliquias. Empero, cuando en 1251, por orden del papa Inocencio IV, se procedió al levantamiento de los cuerpos santos de aquella iglesia, ya no se menciona el de San Mamerto; en aquel intervalo sobrevino el rapto de sus principales reliquias. Perdióse más adelante la memoria de su sepulcro, de modo que, en sucesivas restauraciones de la iglesia de San Pedro, a fines del siglo XVIII, no se hizo nada para evitar que desapareciera —bajo una capa de mortero y yeso— el epitafio que ya nada indicaba.

En 1860, practicáronse excavaciones en la pared del ábside de San Pedro, descubriéndose el epitafio de San Mamerto, y más abajo una tumba que, según los más competentes arqueólogos, tiene todos los visos de la época en que falleció el Santo.

Una abertura que había sido practicada en la pared anterior confirma la violación de las reliquias. Al levantar la tapa de la tumba, reconocióse fácilmente que sólo quedaban los pocos huesos del cuerpo allí depositado que no acanzó la mano del raptor, con lo cual quedaba confirmada la tradición.

En el mismo año de 1860, una comisión de eclesiásticos, médicos y arqueólogos inspeccionó atentamente estas sagradas reliquias, las cuales, por decisión de la autoridad episcopal, fueron reconocidas como auténticas de San Mamerto. Todo ello concordaba con la tradición de Orleáns. Los sagrados fragmentos, olvidados más que respetados por el tiempo y las revoluciones, consérvanse en varios relicarios en la iglesia San Mauricio de Viena, y se exponen a la veneración pública.

Atribúyense a San Mamerto varias obras hoy perdidas. Consérvanse dos homilías suyas insertas en la Patrología: una sobre las Rogativas y otra acerca de la penitencia de los ninivitas.

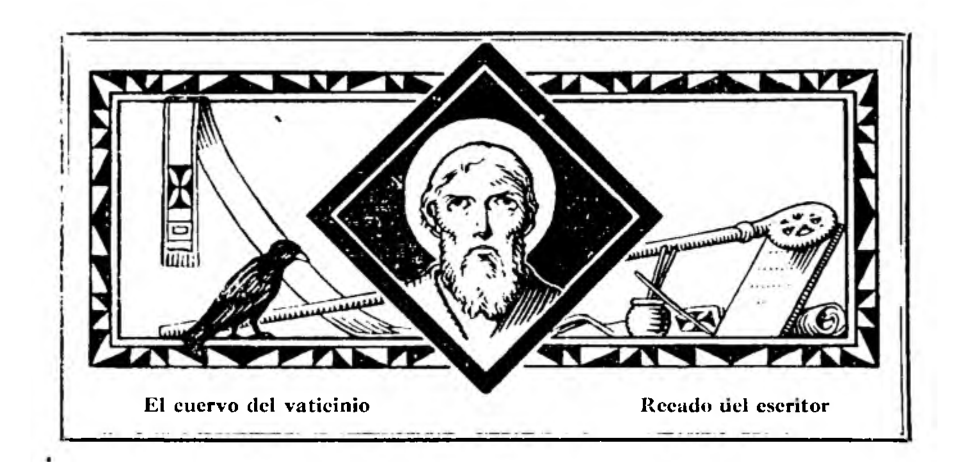
San Mamerto es tenido por el segundo patrono de la iglesia de la Santa Cruz de Orleáns; invócanle en el Orleanesado contra la rabia, y en el Delfinado contra las epidemias. En otras regiones le han tomado por patrono los bomberos.

Celébrase su festividad en varias diócesis de Francia.

SANTORAL

Santos **Mamerto, obispo de Viena de Francia, que estableció las Rogativas de la Ascensión:** *Anastasio y compañeros, mártires; Francisco de Jerónimo, jesuita, confesor;* Evelio, pariente de Nerón, mártir; Mayolo, abad; *Eudaldo, martirizado por los hunos;* Máximo, Antimo, Baso y Fabio, mártires en Roma, en tiempo de Diocleciano; Florencio, Sisinio y Dioclecio, mártires en la marca de Ancona; Iluminado, confesor; Eutropio, obispo; Rufo y Agatembro, obispos de Metz; Gualtero, canónigo regular y abad; Gongulfo, mártir; *Orencio, confesor, padre del mártir San Lorenzo* (véase página 20). Santas Lisiera, virgen y mártir; Bertilia, madre de las Santas Valdetrudis y Aldegunda.

SAN ANASTASIO, mártir. — Nació en Lérida, antigua y noble ciudad de Cataluña, que se mira en las ondas del Segre, célebre ya en la historia de las guerras de César. Dedicóse desde joven a la carrera de las armas, sirviendo a las banderas de Diocleciano, de quien abominaba, sin embargo, aun siendo pagano, por la conducta cruel del emperador contra los cristianos. Seis años después de su conversión fué detenido por orden de Daciano, gobernador de la Tarraconense, verdadera fiera revestida de carne humana. El oficial romano vióse encerrado en estrecho e inmundo calabozo por negarse a sacrificar a los ídolos. Pero, ni halagos ni amenazas fueron bastante para desviarle de su fe y del deseo de sufrir el martirio. Enviado a Barcelona, tuvo que soportar por el camino toda clase de ultrajes. Y allí, después de nuevos interrogatorios e intimaciones, que no hicieron vacilar lo más mínimo a nuestro héroe, le condujeron a Betulo, hoy Badalona, donde fué degollado, con setenta y tres compañeros, recibiendo así la corona de los mártires. Era el 11 de mayo del año 305.



El cuervo del vaticinio — Recado del escritor

DÍA 12 DE MAYO

SAN EPIFANIO

OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA (310 - 403)

MERECIÓ San Epifanio ser llamado el «Jerónimo de Oriente». De él hace mención el Martirologio romano de esta manera: «En Salamina de Chipre, San Epifanio, obispo; fué muy erudito y conocía admirablemente la Sagrada Escritura, y no menos ilustre por la santidad de su vida, su celo en sostener la fe católica, su liberalidad con los pobres y el don de milagros».

Nació San Epifanio por los años de 310 en Bezanduca —hoy día Bet Dehibrín—, en la provincia de Gaza de Palestina. Era por entonces una aldea situada no lejos de Eleuterópolis, sede episcopal sufragánea de Cesarea. Sus padres eran judíos muy pobres que se sustentaban del trabajo de sus manos; el padre ganaba el jornal labrando la tierra, y la madre hilando lino.

Siendo de diez años quedó huérfano, con una hermanita llamada Calitropes. Hubiera, sin duda, muerto de hambre y de necesidad, si Dios nuestro Señor, que le había escogido y le quería hacer lumbrera de su Iglesia, no hubiese movido a un judío, llamado Trifón, hombre rico y muy docto en su ley, para que, agradándose mucho de la buena inclinación y gracia de Epifanio, lo tomase para tenerle en su casa, criarle y adoptarle por hijo.

Nada descuidó Trifón para instruir a Epifanio en todo género de ciencias. Envióle a Alejandría, donde llevó vida santa y estudiosa a pesar de que

aquella ciudad era teatro de disolutas costımbres, y que los cristianos de ella profesaban la herejía de los gnósticos. Mostró San Epifanio particular talento para el estudio de las lenguas, por o que le llamaron «pentáglota» o «el que sabe cinco !enguas»; de esos cinco idiomas: griego, hebreo, siríaco, copto y latín, le fué menos familiar este últmo.

Esperaba Trifón poder hacerle heredero le toda su fortuna y darle por marido a una sola hija que tenía. Pero Trifón y su hija murieron y con ello quedó Epifanio dueño de grandes riquezas. Por entonces le atrajo el Señor, por medio de un santo monje llamado Luciano, al conocimiento de la verdadera fe. Él y su hermana Calitropes se convirtieron a nuestra santa religión y se bautizaron. Al tiempo que Epifanio llegaba a la pila para ser bautizado, se le cayó el calzado de sus pies y, movido de lo que consideró prodigio, nunca en su vida quiso tomar calzado, antes siempre anduvo descalzo.

SAN EPIFANIO, MONJE

LLEVADO del Espíritu Santo a vida de mayor perfección que la ordinaria y común, determinó entrar en un monasterio. Con tal objeto puso a su hermana con una tía llamada Verónica, mujer muy religiosa, y dióle parte de su hacienda para que se pudiese sustentar. La otra parte la vendió y repartió su producto entre los pobres; sólo guardó una pequeña cantidad para comprar libros. Hízose discípulo de San Hilarión, y muy en breve llegó a ser dechado de monjes perfectos.

Junto a un ardiente amor a la vida religosa, señalóse San Epifanio por el afán con que se dió al estudio de las Sagradas Letras; resplandecía entre todos los monjes por su caridad, espíritu de oración y vida áspera y penitente. Obró el Señor por él algunos milagros, por los cuales vino a ser muy estimado y reverenciado.

El siervo de Dios, para huir del aura popular y la honra vana, con la bendición de su abad y mucho sentimiento de los monjes, se partió del monasterio y se entró en un desierto fragoso y áspero de Libia; allí vivía entregado totalmente a las mayores austeridades en compañía de algunos siervos de Cristo, cuando cierto día fué descubierto por unos sarracenos que le llevaron cautivo. Mas no tardaron en darle libertad, viendo que el santo cautivo no cesaba de reprenderles por su vida torpe y deshonesta.

Volvió San Epifanio a su monasterio de Libia, donde vivió con gran recogimiento y santidad. Obró nuevos milagros; libró a algunos posesos, hizo brotar una fuente en un lugar muy árido, mandó a las bestias fieras que se apartasen de las habitaciones de los monjes y realizó muchos otros prodigios semejantes.

Pasados algunos años en el desierto de Libia, volvió a Palestina, resuelto a fundar allí monasterios como los que florecían en Egipto. Edificó en Eleuterópolis uno que llegó a ser muy famoso; en él se encerró y permaneció San Epifanio por espacio de treinta años, entregado al estudio, oración, mortificación y penitencia.

SAN EPIFANIO, OBISPO

EXTENDIÓSE la fama de su santidad por todas partes; los obispos de Palestina pensaron en él para la sede vacante de Salamina, por otro nombre Constanza. Pero, habiendo llegado esa noticia a oídos del Santo, por humildad pretendió esconderse y huyó a la isla de Chipre, donde tenía seguridad de hallar a su antiguo maestro San Hilarión.

Vivía este siervo de Dios en la parte occidental de la isla, no lejos de Pafos-Bafa, en un paraje muy agreste situado en el interior de un espeso bosque, preparándose a la muerte con la oración y la austeridad de vida.

Hilario y Epifanio vivieron juntos algunos meses consolándose mutuamente con las nobles expansiones de la santa amistad que los unía; poco después quiso Epifanio partirse otra vez al desierto de Libia, para morir allí solitario, apartado de las dignidades eclesiásticas, y olvidado de los hombres. Díjole entonces San Hilarión: «No, hijo mío; vete a Constanza; allí te quiere el Señor; no desoigas mis palabras, porque, si tal haces, tendrás la tempestad en contra tuya». Constanza era la capital de aquella isla, Estaba situada en la costa oriental. El emperador Constantino la mandó edificar cerca de las ruinas de la antigua Salamina, que había sido destruída totalmente por un terremoto. De la ciudad de Constanza no queda tampoco casi nada hoy día.

El discípulo no quiso seguir aquel consejo de Hilarión. Embarcóse para la ciudad de Ascalón, que estaba al sur de Palestina; pero el navío que le llevaba fué empujado por el viento a la costa oriental de la misma isla de Chipre, y precisamente al puerto de Constanza, en un momento en que los obispos se habían juntado para nombrar prelado de aquella ciudad, cuya sede estaba vacante.

Muchos votos recaían en un obispo ya anciano cuya diócesis se reducía a una pobrísima villa; pero él instaba para que no le eligiesen, y aun declaró a la asamblea que el cielo les enviaría presto el varón destinado por Dios para ocupar aquella sede. Oyendo esas palabras, salieron los obispos a la plaza de la ciudad y, habiendo hallado en ella a Epifanio que acababa de llegar, cercáronle y le llevaron a la iglesia, donde le consagraron obispo. La profecía y deseos de San Hilarión quedaban cumplidos.

ÚLTIMA ENTREVISTA CON SAN HILARIÓN

AUN siendo obispo guardó el hábito de monje, y en medio de las ocupaciones del episcopado se entregó a todas las austeridades de la vida monástica. Iba de cuando en cuando a visitar el monasterio de Eleuterópolis, del que seguía siendo abad. Vuelto a Chipre fué a ver a San Hilarión y tuvo con él la última entrevista, que fué conmovedora.

Estando ambos sentados para comer, sirviéronles unos cuantos pajarillos cazados aquella misma mañana. Epifanio los ofreció a San Hilarión:

—No, gracias —dijo el anciano—; desde que visto hábito de monje no he probado cosa que haya tenido vida.

—Yo no puedo decir otro tanto —repuso Epifanio—; pero desde que soy monje, no recuerdo haberme acostado teniendo que reprocharme el no haber pedido perdón a aquellos a quienes hubiese ofendido, o sin haber perdonado las ofensas muy de corazón.

Hilarión se echó a los pies del obispo y le dijo:

—Padre mío, la regla que vos observáis es más perfecta que la mía.

A los pocos días murió San Hilarión lleno de años y de buenas obras (371). Epifanio le enterró e hizo el panegírico de su santo maestro.

Por entonces acudió al insigne San Basilio para pedirle el secreto de la alianza entre la vida activa y la contemplativa, de que el metropolitano de Cesarea era perfecto dechado. Entablaron entre sí activa correspondencia, pero no llegaron a conocerse de vista.

EN ROMA Y JERUSALÉN

ENTRETANTO, a fines del año 377 ó principios de 378, el papa San Dámaso juntó concilio en Roma para volver a condenar a los arrianos, macedonianos y apolinaristas, y para tratar de algunos negocios graves o importantes de las Iglesias de Oriente. Hizo San Epifanio aquella jornada y llegó a Roma en compañía de San Jerónimo. El ilustre obispo de Constanza ayudó muchísimo al triunfo del dogma católico contra los apolinaristas, a quienes se obligó a firmar un formulario de fe ortodoxa.

San Epifanio permaneció poco tiempo en Roma; acabado el concilio, volvióse a su iglesia. Trabajó en ella con ardor en la propagación de la fe católica, trajo innumerables herejes a la verdad, y convirtió a muchísimos judíos. Pero no por ser San Epifanio varón tan eminente y famoso le faltaron adversarios y calumniadores que procurasen deslustrar su persona. Libertó con los dineros de la Iglesia, porque no tenía otra cosa, a un ca-



ESTANDO *San Epifanio en la soledad fué hecho prisionero por unos bandoleros sarracenos, que le llevaron adonde ellos vivían. Empero, no tardaron en soltarle, al ver que nada podían sacar de él y que de continuo les reprochaba su mala vida y les afeaba su proceder abominable.*

ballero romano que estaba preso por deudas. Súpolo un diácono suyo llamado Carino, hombre insolente y ambicioso, e incitó a los demás clérigos contra el Santo, llamándole disipador de los bienes de la Iglesia; hiciéronle muchas befas e injurias, las cuales llevó Epifanio con admirable paciencia y mansedumbre.

Convidó cierto día el obispo a todos los clérigos, y entre ellos a Carino, a quien ya había devuelto los dineros que había gastado en librar de la cárcel al caballero, para que los restituyese a la Iglesia. Estando todos comiendo, vino allí un cuervo tres veces distintas y dió tres graznidos. Carino, el diácono, dijo a Epifanio que si le sabía declarar lo que quería decir aquel cuervo, le haría señor de toda su hacienda. San Epifanio, inspirado del Señor y deseoso de dar un ejemplar escarmiento, le respondió: «Lo que quiere decir el cuervo es que tú no has de ser ya más diácono».

Oyendo esto Carino se pasmó, y no pudo pronunciar palabra. Llevárонle en brazos a su casa y a la mañana siguiente murió, y su hacienda pasó a la Iglesia. Los demás clérigos escarmentaron, y de allí adelante reverenciaron más a su santo pastor.

Las liberalidades de San Epifanio se extendían a todos los necesitados. Una vez, dos mendigos que le vieron venir, se concertaron entre sí; uno de ellos fingió estar muerto, y el otro, al pasar el Santo, se lamentó de su indigencia diciéndole que ni siquiera tenía con qué pagar los funerales de su amigo. Epifanio le consoló y le dió buena limosna. En cuanto hubo partido el santo obispo, el mendigo dijo a su compañero: «Oye, levántate; vámonos a celebrar el feliz resultado de la estratagema». Mas, como el otro no se movía, quedó sobrecogido de espanto y fué a toda prisa a contárselo al obispo, pidiéndole perdón y clemencia. El Señor, empero, queriendo inspirar a los fieles gran horror a la mentira, no se dignó devolver la vida al fingido muerto.

SAN EPIFANIO Y EL ORIGENISMO

De allí a poco, en el año de 394, fué a Jerusalén. Tuvo noticia de los grandes estragos causados en Palestina por los errores acreditados con el nombre de Orígenes. Sintió el Santo gran disgusto por ello, y determinó pelear enérgicamente contra los sectarios de las falsas doctrinas. Éstos tenían algunos defensores insignes, entre ellos Juan, obispo de Jerusalén; San Jerónimo, que vivía en su monasterio de Belén, y un tal Rufino, huésped y amigo de Epifanio.

En presencia del obispo Juan y de inmensa muchedumbre de fieles, predicó San Epifanio en la iglesia del Santo Sepulcro contra Orígenes y sus errores, y luego se separó de la comunión de Juan, por no querer éste condenar a Orígenes. Jerónimo, en cambio, se declaró partidario del «muy

venerable padre Epifanio el Pentáglota». San Epifanio ordenó luego de presbítero a Pauliniano, hermano de San Jerónimo.

El insigne obispo de Constanza daba muestra de incansable celo en defensa de la verdadera fe; pero este celo, no siempre discreto, fué explotado por Teófilo en provecho de sus intereses. Sucedió que este mismo Teófilo fué muy perseguido por los solitarios de Egipto; él los excomulgó y los echó de su diócesis, y aun escribió a todos los prelados de Oriente, incitándoles a que no los admitiesen a la Comunión, so pretexto de que eran herejes y discípulos de Orígenes. Los solitarios hallaron apoyo y defensa en San Juan Crisóstomo, obispo de Constantinopla, el cual probó varias veces de traer a Teófilo, patriarca de Alejandría, a que cediese y volviese a admitir a los solitarios en su diócesis. No quiso Teófilo doblegarse, por lo cual fué convocado sínodo en Constantinopla, para examinar el asunto de los monjes y juzgar la conducta del patriarca en este negocio.

Teófilo acudió a San Epifanio en busca de ayuda: «Venid —le escribía— y añadid a la gloria que ya corona vuestras canas la de dar el golpe mortal al más pernicioso error de nuestro siglo». Engañado con estas palabras, Epifanio se puso en camino a pesar de su avanzada edad, pues frisaba ya en los noventa años.

El patriarca de Alejandría cantaba ya victoria viendo que le salían bien sus amañadas trazas, y que tenía por defensor al más famoso obispo de Oriente, al que todos los de Asia proclamaban varón santísimo.

Ni asomo de sospecha tuvo San Epifanio del triste papel que, sin saberlo, le iban a hacer desempeñar. Lo único que a él le preocupaba era la cuestión dogmática del origenismo, que acababa de hacer condenar en el año de 402 por un sínodo de obispos de Chipre, y así, en cuanto llegó a Constantinopla, juntó a los obispos, y les comunicó, en conferencias particulares, los decretos ya promulgados por anteriores concilios contra los origenistas, suplicándoles al mismo tiempo que se dignasen firmarlos.

Los partidarios de Teófilo convinieron en que al siguiente día, que era domingo, y a la misma hora en que se celebraba misa en la basílica constantiniana de los Santos Apóstoles, Epifanio entraría en la iglesia y leería públicamente a los fieles allí presentes el edicto de condenación de los errores de Orígenes y de los monjes de Alejandría. Además tenía que avisar a los fieles, que su prelado, San Juan Crisóstomo, era sospechoso de favorecer la herejía. Pero los planes dè Teófilo quedaron frustrados.

Conforme a lo trazado la víspera, trasladóse Epifanio a la basílica; había ya traspasado el vestíbulo, cuando el arcediano Serapión le salió al paso, desenrolló un pergamino escrito por San Juan Crisóstomo y le leyó con voz fuerte y clara. El tono de aquel mensaje no era violento, pero la energía con que estaba escrito hizo entrar en sí a Epifanio, y al cabo de unos instantes salió del templo.

No podía el Señor permitir que un varón tan santo fuese más tiempo juguete de los artificios de Teófilo. Luego advirtió San Epifanio que en aquel celo afectado había mezcla de viles pasioncillas que podían poner en riesgo su propia persona y autoridad. Por otra parte, el admirable ejemplo de moderación y caridad que le daba San Juan Crisóstomo impresionó el corazón de Epifanio, capaz como ninguno de formar justo concepto de la excelsa y noble virtud del obispo de Constantinopla.

A los doce días de llegar a dicha ciudad, quiso ya salir de ella. Los partidarios de Teófilo extrañaron tan precipitada salida y le suplicaron la retardase unos días. «No —respondió el Santo—; ganas tengo ya de respirar aires más puros; os dejo el palacio, la ciudad y los teatros». Con esto se despidió de aquellos prelados cortesanos y se embarcó en un navío con rumbo a Chipre.

MUERTE DE SAN EPIFANIO

COMO si alguna visión celestial le hubiese avisado de la muerte que le esperaba, San Epifanio contó a los sacerdotes que le acompañaban todas las peripecias de su vida, los peligros en que se había visto, los viajes que había emprendido, las peleas que tuvo que sostener toda su vida contra los herejes.

El relato duró hasta el atardecer. En aquel instante se oscureció el cielo, levantóse fuerte viento y las olas embravecidas azotaban la nave con violencia. Miró el santo obispo al cielo, encapotado con negros nubarrones, y predijo a los pasajeros que la tormenta duraría dos días y dos noches: «Pero tranquilizaos —añadió—, porque el navío llegará felizmente al puerto».

En diciendo estas palabras sobrevínole gran desfallecimiento, preludio de su próxima muerte. Acostáronle en una cama. Al volver en sí, mandó que colocasen sobre su pecho el libro de los Evangelios, cruzó los brazos y permaneció como desmayado hasta el amanecer del tercer día. Conforme a lo que había profetizado, cesó la tormenta y apareció un sol resplandeciente. Despertóse Epifanio como de profundo sueño, pidió un poco de incienso, mandó a los sacerdotes que lo quemasen, y añadió: «Oremos, hijos míos».

Arrodillados junto a su cama, los presbíteros lloraban y rezaban. San Epifanio les hizo señas que se acercasen, y mientras los abrazaba les dijo: «Adiós, amados hijos; vivid felices en este mundo, donde ya no veréis más a Epifanio». Habiendo dicho estas palabras durmióse en el Señor. El navío abordó a Constancia. Sacaron el sagrado cadáver y todos los habitantes de la isla vinieron muy afligidos a venerarlo.

OBRAS DE SAN EPIFANIO. — SU CULTO

CONSÉRVANSE de este santo obispo algunas cartas y varios trabajos de valor sobre arqueología bíblica. A ruegos de algunas personas de Syedra de Panfilia, deseosas de conocer la verdad ortodoxa respecto a la Santísima Trinidad, y en particular al Espíritu Santo, escribió en el año de 374 el *Ancoratus,* el Áncora. Este tratado estaba destinado a ser para los fieles como un áncora segura en medio de las controversias arrianas y semiarrianas.

Por los años de 374 a 377, escribió otro tratado para refutar nada menos que ochenta herejías, y que llamó *Panarión,* que significa «Botiquín o Triaca contra ochenta herejías».

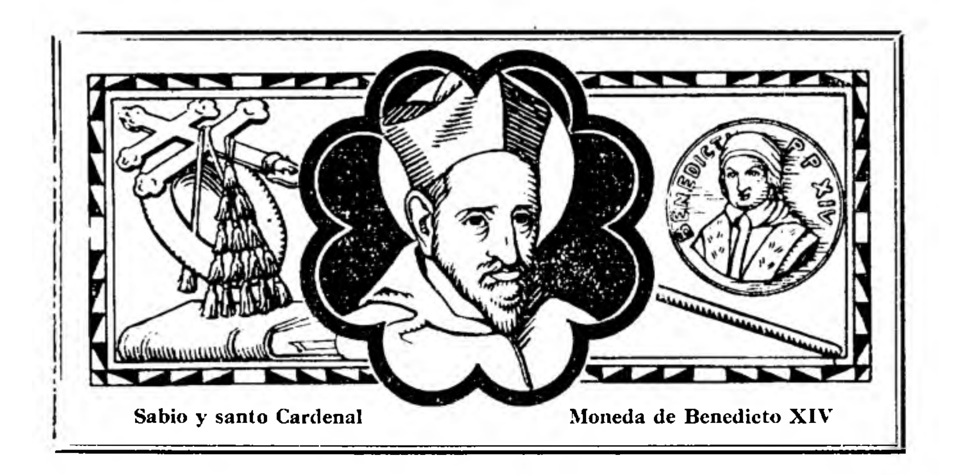
La energía que desplegó este eminente prelado en defensa de la verdad doctrinal contra los herejes, y su ciencia y santidad, fueron parte para contarle en el número de los Doctores de la Iglesia.

San Epifanio gozó en vida de gran fama de santidad, siendo por ello muy venerado de cuantos le conocieron; después de muerto creció sobremanera la veneración de los fieles a tan ilustre prelado. En la isla de Chipre se edificó una iglesia en su honor, en la que había una estatua del Santo. Innumerables fueron sus devotos en la Iglesia de Constantinopla y en todo el Oriente, donde tiene oficio propio.

Perdiéronse algunas de sus sagradas reliquias y las demás fueron trasladadas a Famagusta, ciudad poco distante de Constanza. Refiere la tradición que había en dicho lugar una cueva adonde solía retirarse San Epifanio para darse a la penitencia. En esa cueva sucedía cada año una cosa maravillosa: La víspera de la fiesta del Santo empezaba a gotear una agua límpida y agradable, y no cesaba de caer hasta el atardecer del día de San Epifanio. Muchos la daban a beber a los enfermos.

SANTORAL

Santos **Epifanio, obispo de Salamina:** *Domingo de la Calzada, confesor;* Nereo y Aquileo, mártires (de quienes hablamos en la vida de Santa Domitila, día 7 de este mismo mes) *Pancracio, mártir; Germán, patriarca de Constantinopla;* Dionisio, tío de San Pancracio; Atenodoro, obispo en Egipto Felipe de Argirio, patrón de Sicilia Modoaldo, obispo de Tréveris, Higinio, confesor; Vauberto, obispo de Meaux; Germán, abad; Danio, solitario, a quien se invoca contra la epilepsia y las hernias. Santas Antonina, honrada en Colonia Rictrudis, viuda y abadesa y *Flavia Domitila, virgen y mártir* (véase el día 7, página 80).



Sabio y santo Cardenal — Moneda de Benedicto XIV

DÍA 13 DE MAYO

SAN ROBERTO BELARMINO

JESUÍTA, ARZOBISPO Y CARDENAL (1542 - 1621)

SAN Roberto Belarmino fué natural de Montepulciano de Toscana, donde nació el 4 de octubre del año 1542. Bautizáronle el mismo día, y le llamaron Roberto Francisco Rómulo, por su padrino Roberto Pucci, obispo de Pistoya y Cardenal, por San Francisco de Asís, cuya fiesta era ese día, y por un tío suyo llamado Rómulo.

Escuela de virtudes fué para el Santo su propia familia. Su padre Vicente era honesto y moderado gentilhombre y cristiano ferventísimo, entregado totalmente a sus deberes de ciudadano y de padre. La madre de Roberto se llamaba Cintia Cervini; era hermana del cardenal Marcelo Cervini, el «cardenal de Santa Cruz», que después fué el papa Marcelo II. Tuvo Cintia doce hijos, que crió en la virtud y temor de Dios. Roberto nació el tercero. Mucho temieron por su vida durante la niñez, pues era de complexión débil y enfermiza.

Merced a las lecciones y ejemplos de piedad que le daban sus progenitores, creció muy luego en el corazón de Roberto el gusto por las cosas espirituales. Ya sus primeras inclinaciones y aficiones daban a entender lo que sería andando los años. Gustábale referir la historia de la Pasión del Señor delante de su madre y hermanos, y aun los labriegos de los alrede-

dores acudían muchas veces a oírle, atraídos por la elocuencia de aquel inocente predicador de solos seis años de edad. El Espíritu Santo reinaba en su alma y le inspiraba fuerte inclinación a la piedad, trabajo y penitencia.

«Roberto me encargó que pusiera cada noche junto a su camita cuanto necesitaba para encender él mismo la lamparilla» —refiere su hermana Camila. El Oficio parvo de la Virgen María y la meditación, cuando supo hacerla, eran los primeros ejercicios de Roberto cada mañana.

Visitaba a menudo al Santísimo, dando ya en su temprana edad señales de una devoción que guardó toda la vida. También observaba los ayunos de Cuaresma, Adviento y vigilias, aunque no estaba obligado a ello y aun con peligro de su delicada salud, mostrando así desde su niñez grande amor a la Iglesia y respeto sumo a las leyes eclesiásticas.

EL COLEGIO. — LA VOCACIÓN

A los catorce años de edad entró Roberto en el colegio de los Jesuítas de Montepulciano, el año de 1555, dos años después de muerto su tío el papa Marcelo II, cuyo pontificado sólo duró veintidós días. Por malquerencia y envidia trataban por entonces algunos enemigos del colegio de desacreditar la enseñanza de los Padres. El niño Roberto, cuyo agudo ingenio y afición a la poesía eran notorios, se entendió con algunos de sus condiscípulos y ofrecióse para tener examen público y lucha escolar en toda regla con los alumnos sobresalientes de las demás escuelas de Montepulciano, como así se hizo, logrando los alumnos de los Jesuítas señalado triunfo en presencia de sinnúmero de espectadores.

La fama e influencia del santo joven crecieron sobremanera desde aquel día. Varias veces tuvo que hablar en la junta de los señores principales de la ciudad. «Vamos —decían—, vamos a oír predicar a un ángel».

Él, de por sí, solía echar mano de todas las ocasiones de ser apóstol. Representóse un drama en el colegio cierto día de carnaval, y a Roberto le tocó personificar a la Iglesia. Habló con tanta energía y tan encendida elocuencia contra las peligrosas diversiones de aquellos días, que muchos decían que aquel año «el carnaval se convirtió».

Acabados sus estudios en el colegio de Montepulciano, pensaba Roberto seguir los cursos de la Universidad de Padua, pero el Señor le llamó a la Compañía de Jesús. Esta vocación imprevista desbarataba de tal manera los designios de don Vicente, que al principio negó a su hijo la licencia necesaria; sólo al cabo de un año de respetuosas instancias pudo Roberto obedecer al divino llamamiento. El año de 1560 ingresó en el Colegio Romano, fundado en Roma hacía nueve años por San Ignacio de Loyola, con la ayuda pecuniaria del duque de Gandía, que fué luego San Francisco de Borja.

VIDA RELIGIOSA. — ESTUDIANTE Y PROFESOR

FRUTO de las últimas luchas que tuvo que sostener el valeroso mancebo, fué el desasirse más y más del siglo y purificar como en crisol los afectos de su corazón. Por eso juzgaron los Superiores poder abreviar para Roberto el tiempo de probación. Dedicáronle luego a los estudios; dióse a ellos el joven religioso con toda su alma, no obstante las graves enfermedades que padeció por entonces, siendo para él esta época de su vida continuo martirio. Felizmente, compensaba su extraordinario ingenio la falta de salud, y logró aventajar a los demás en los estudios.

El año de 1563, enviáronle a enseñar Retórica en el colegio de Florencia. Pesadísima carga era ésta para el enfermizo religioso; a vista de su flaqueza fué a postrarse a los pies de Jesús sacramentado: «Señor —le dijo—, no quisiera morir todavía, por cuanto aun deseo trabajar en servicio vuestro». Al punto oyó Nuestro Señor la súplica de su siervo. Levantóse Roberto como trocado en otro hombre, lleno de vigor y fortaleza. Viéndose ya con salud suficiente para darse al trabajo conforme a los anhelos de su ardiente celo y, dando gracias al Señor por aquel beneficio, entregóse totalmente al servicio de sus alumnos, y fué por espacio de cuatro años, primero en Florencia y luego en Mondoví, desde noviembre del año 1564, dechado perfecto de profesores cabales.

EN LOVAINA. — TRIUNFOS DEL PREDICADOR

EN más dilatado campo de apostolado iba a trabajar en breve el sabio y santo jesuíta. Dos años estuvo estudiando en Padua; pero aun antes de que acabase la Teología, fué elegido por San Francisco de Borja, General de la Compañía de Jesús, para ir a predicar a la ciudad de Lovaina, muy amenazada entonces de caer en la herejía protestante.

Tres mil estudiantes frecuentaban la aulas de la famosa Universidad brabanzona, adonde llegó Roberto por el mes de mayo de 1569. Cerrar el paso a la herejía y reparar los estragos ya causados por ella, tal era la misión de Belarmino; misión dificilísima por ser canciller de la Universidad Miguel Bayo, el cual, si bien no era hereje declarado, enseñaba doctrinas semejantes en muchos puntos a las de Lutero y Calvino.

Insospechado fruto logró el Santo con su predicación y enseñanza. Pueblo y estudiantes acudían en tropel a la iglesia de San Miguel para oír sus sermones, contándose por miles sus oyentes. Pronto fueron también de las ciudades vecinas, y aun de Holanda e Inglaterra. Muchísimos herejes se

convirtieron; no pocos estudiantes se convencieron de la vanidad y peligros del siglo, al cual abandonaron para abrazar la vida religiosa.

El señor obispo de Lieja ordenó al padre Belarmino de menores y subdiácono; el de Gante le confirió el diaconado, y el Sábado Santo del año 1570, el presbíterado. El mismo año profesó en la Compañía con los tres votos religiosos, y pasados dos años, le admitieron a los cuatro votos.

Era el padre Belarmino tan pequeño, que para predicar mandaba poner una tarima en el púlpito, pero aun de ello sacaba la ventaja, para él preciosa, de pasar inadvertido entre el público, y aun a la vista de sus ordinarios oyentes.

EN ROMA. — LAS «CONTROVERSIAS»

DÍA tras día iba extendiéndose la fama del sabio y santo jesuíta. San Carlos Borromeo lo pedía para la ciudad de Milán; el célebre Colegio Clermonte de París, lo deseaba también para profesor; pero los Superiores juzgaron que sería de más provecho en Lovaina. Por espacio de seis años (1570-1576) comentó a Santo Tomás de Aquino. Pidió luego ir a Roma, donde le dieron la cátedra de controversias, recién fundada por Gregorio XIII, en el Colegio Romano. Desempeñó este nuevo cargo con tan extraordinaria maestría y provecho, que los Superiores le mandaron publicar sus lecciones. Toda la obra era una defensa a toda luz de la Iglesia Católica, de su constitución, jefe y doctrina, y a la vez impugnación y refutación de la herejía protestante. Tuvo salida extraordinaria. En treinta años se agotaron veinte ediciones. Católicos y protestantes hablaban del padre Belarmino: aquéllos, con admiración y gratitud; éstos, con despecho y espanto.

«Belarmino mereció llamarse *Martillo de los herejes,* por haber reducido a polvo el error con sus escritos» —dijo el papa Benedicto XIV. Y San Francisco de Sales, a quien Roberto conoció y hubiera nombrado Cardenal si él fuera Papa, decía: «Cinco años prediqué en Chablais, sin más libros que la Biblia y Belarmino». Los cardenales Perrón, César Baronio, y Ubaldini, legado del Papa en Francia, y el padre Cornelio Van den Steen (Cornelio a Lápide), se hacían lenguas hablando de Roberto Belarmino. Por lo que a los protestantes se refiere, sus palabras y obras pregonaban en cuánto tenían las *Controversias* del Santo. «Éste es el libro que nos ha herido de muerte» —declaraba Teodoro de Beza refiriéndose a la obra publicada por el padre Belarmino.

La reina Isabel de Inglaterra fundó una cátedra para impugnar la doctrina del ilustre jesuíta, pero fué en balde. Entonces prohibió con pena de muerte las *Controversias* a quienes no eran Maestros en Teología.



SAN *Roberto Belarmino, inspirado autor de las* Controversias *y verdadero «martillo de los herejes», confunde a uno de los principales corifeos de la herejía protestante, el cual, ante los argumentos y las razones del Santo, confiesa que nada tiene que responder, pero que le es imposible abandonarla.*

Esta severidad no impidió que el libro se vendiera; un librero protestante de Londres solía decir: «Este jesuíta solo, me hace ganar más dinero que todos nuestros doctores juntos». Finalmente, el padre Cotón asegura que así en Francia como en Inglaterra, los herejes solían llamar a los católicos indistintamente papistas o belarministas.

El año de 1587, nombraron a Roberto Belarmino consultor de la Sagrada Congregación para la revisión de la Vulgata.

VIAJE A FRANCIA

EL Sumo Pontífice fundador de la cátedra de *Controversias,* atento siempre a procurar el bien general de la Iglesia, interesábase por entonces en la contienda movida entre la Liga y Enrique de Borbón, después del asesinato de Enrique III. El año de 1590, el papa Sixto V, partidario al principio de la Liga, envió como legado suyo al cardenal Gaetani, para que examinase el estado religioso de aquella nación. Al mismo tiempo nombró para acompañarle en calidad de Teólogo al padre Belarmino, con el cual había colaborado para editar las obras de San Carlos Borromeo.

Nuestro Santo trabajó para apartar el peligro del cisma y, examinadas todas las circunstancias, se declaró en favor del rey protestante Enrique de Navarra. Padeció mucho en Francia, y más durante el sitio de París por los bearneses; pero de todo ello se consolaba al ver la religiosidad de los franceses, cuya piedad y devoción solía encomiar y ponderar.

CARDENALATO. — ARZOBISPO DE CAPUA

PELEANDO contra el protestantismo gastó San Roberto Belarmino sus mejores años; pero todavía no había llegado para el ilustre apóstol la hora del descanso. Al volver a Roma nombráronle confesor del Colegio Romano; allí dirigió y confesó a San Luis Gonzaga, le ayudó a morir santamente y trabajó luego con denuedo en su beatificación.

Fué rector de dicho Colegio desde el mes de diciembre de 1592, y después provincial de Nápoles desde 1594. A todos, superiores e inferiores, edificaba constantemente con su afabilidad, sencillez, discreción e incansable caridad. El papa Clemente VIII le volvió a llamar a Roma, donde nuevamente desempeñó el cargo de rector del Colegio Romano. Nombróle teólogo pontificio, y en 1599 le elevó al cardenalato. En esta ocasión hizo el Papa el elogio del ilustre jesuíta con estas palabras: «Lo hemos elegido, porque en la Iglesia de Dios y tocante a ciencia no hay quien le iguale».

Más adelante, el nuevo príncipe de la Iglesia fué miembro de las Congregaciones del Santo Oficio, Ritos e Indice, y de otras dos Congregaciones romanas fundadas para la revisión del Breviario romano y el examen del matrimonio de Enrique IV; digna de mención es la memoria que envió a Clemente VIII, acerca de los abusos que había que cortar en la Iglesia.

El mismo Sumo Pontífice le nombró arzobispo de Capua, y le consagró el 21 de abril del año 1602. Sólo tres años ocupó aquella silla, o sea hasta la muerte de Clemente VIII, 3 de marzo de 1605.

En el desempeño de aquellos altos cargos, ya en Roma, ya en la diócesis de la que momentáneamente fué pastor, Roberto Belarmino supo hermanar las conveniencias de su estado con las exigencias de su profesión religiosa. Como era de conciencia delicadísima, sabía prevenir las vanas complacencias del amor propio dándose a mayores privaciones y austeridades.

No quiso nunca ceder a las importunas solicitaciones de sus deudos, los cuales pretendían tener derecho a que les ayudase mostrándose liberal con ellos. «Los bienes de la Iglesia son de la Iglesia y de los pobres —solía contestarles—; yo soy únicamente administrador de los mismos».

DOS CONCLAVES. — POSTREROS AÑOS Y MUERTE

COMO miembro del Sacro Colegio, asistió San Roberto Belarmino a los dos Conclaves del año 1605 para la elección de los papas León XI (Octaviano de Médicis) y Paulo V (Camilo Borghese); el mismo Santo tuvo no pocos votos favorables. Paulo V le retuvo en Roma y le nombró miembro de una Congregación recién fundada, y encargada de estudiar la cuestión de la predestinación, muy controvertida por entonces. En aquel tiempo intervino también el cardenal Belarmino con sus escritos en defensa de los derechos de la Santa Sede en materia temporal, contra la república de Venecia y contra Inglaterra; sobre este asunto publicó en Roma un tratado, que fué prohibido el año 1610 por el Parlamento de París. Otro tratado publicó a ruegos del Papa con la firma de un teólogo de Colonia, pero lo quemaron sus enemigos el año 1613.

Los postreros años de su vida gozó de mayor tranquilidad y sosiego. Aprovechólos para dar a la publicidad algunas obras ascéticas; tomó parte en el proceso de Galileo; estudió la doctrina de la inmaculada Concepción de María, doctrina a la que llamó «piadosa y santa».

Mucho deseaban los herejes que desapareciese aquel temible adversario, en quien veían, junto con la austeridad e inocencia de vida, incesante actividad que gastaba en los grandes negocios de la Iglesia. Pero con más vivas ansias anhelaba el Santo dejar este mundo «para vivir con Cristo».

Movido de su ardiente devoción al insigne patriarca San Benito, emprendió la peregrinación al monasterio de Subiaco. Tuvo que ir a caballo parte del camino, y antes de llegar se cayó de la caballería y recibió graves heridas, de las que sanó al poco tiempo. Logró de Gregorio XV licencia para retirarse a la casa de San Andrés, que era el noviciado de los Padres Jesuítas de Roma. A los tres días de llegar tuvo que acostarse por enfermo.

Entendió con esto que se acercaba su muerte. Pidió el Viático, y, a pesar de hallarse sumamente debilitado, quiso recibirlo de rodillas. A los pocos días, el 17 de septiembre de 1621, festividad de las Llagas de San Francisco, entregó su espíritu al Señor, mientras repetía el dulcísimo nombre de Jesús.

Gozaba de tan universal fama de santidad, que su entierro antes fué una manifestación de culto popular que un funeral; los soldados mandados para mantener el orden no pudieron contener a la muchedumbre e impedir piadosos hurtos.

Fué enterrado su sagrado cuerpo en el *Gesù* —iglesia de la Compañía dedicada al Santísimo nombre de Jesús—, primero en el sepulcro de los sacerdotes de la Orden, y luego en la cripta donde descansaba el cuerpo de San Ignacio.

SU CAUSA DE BEATIFICACIÓN

LOS informes preparatorios para la introducción de la causa empezaron a juntarse en Roma inmediatamente, en Montepulciano desde el año 1622, en Capua y en Nápoles al año siguiente. El papa Urbano VIII señaló el día 12 de diciembre de 1626 para la introducción de la causa de beatificación. Pero detuvo el proceso el famoso decreto del mismo Papa, que exigía un plazo de cincuenta años después del fallecimiento de quien moría en olor de santidad, para introducir la causa.

Llevóse adelante el proceso el año 1675, pero a poco lo estorbó otra vez la muerte de Clemente X. También detuvo su curso el papa Inocencio X, por haberse declarado contra la heroicidad de sus virtudes diez cardenales de los treinta y ocho que estudiaban la causa.

A principios del siglo XVIII, siendo promotor de la fe Próspero Lambertini, que después fué papa con el nombre de Benedicto XIV, la causa de beatificación de Roberto Belarmino volvió a estudiarse en Roma. El día 5 de mayo de 1753, a los trece años de pontificado de Benedicto XIV, con su asentimiento celebróse la sesión definitiva de la Sagrada Congregación de Ritos sobre la heroicidad de virtudes: de los veintisiete votantes, veinticuatro dieron voto favorable. Fué un triunfo magnífico; pero con el fin de evitar la indignación de los Parlamentos europeos por entonces jansenistas o regalistas, Benedicto XIV aplazó la publicación del decreto «a

causa de las tristes circunstancias de la época». Nuevos obstáculos impidieron durante el siglo XIX llevar adelante esta causa.

La guerra europea de los años 1914 a 1918, que derribó tronos, sistemas filosóficos y muchos idealismos humanos, no estorbó para nada el paso progresivo de la Iglesia de Cristo. Benedicto XV mandó proseguir la causa del magno y santo apologista, y a 22 de diciembre del año 1920 proclamó la heroicidad de virtudes de Roberto Belarmino. El Papa, en su discurso, propuso al siervo de Dios como dechado de cardenales, obispos, profesores, religiosos y seglares que se dedican a la Acción Católica.

La ceremonia de beatificación se celebró siendo Sumo Pontífice Pío XI, a 13 de mayo de 1923, y por esto se celebra su fiesta en este día. A su beatificación asistieron los miembros del Sacro Colegio, aunque de ordinario sólo asisten a ceremonias de esa clase los miembros de la Sagrada Congregación de Ritos.

A 21 de junio del siguiente año, festividad de San Luis Gonzaga, por deseo expreso del Pontífice se trasladó solemnemente el cuerpo del Beato Roberto Belarmino a la iglesia de San Ignacio. Este traslado fué un triunfo. A él asistieron dieciséis cardenales y muchísimos obispos y prelados.

El año santo de 1925 y a 25 de noviembre, el mismo Sumo Pontífice firmó el decreto para llevar adelante la causa del Beato. Finalmente fué canonizado a 29 de junio de 1930, junto con otros ocho Jesuítas —San Juan de Brebeuf y sus siete compañeros— y un Franciscano, San Teófilo de Corte.

SANTORAL

Santos **Roberto Belarmino, confesor y doctor;** Pedro Regalado, reformador franciscano; *Juan el Silenciario, obispo y confesor; Andrés Huberto Fournet, fundador de las Hijas de la Cruz,* Vulfura, mártir; Servacio, obispo de Tongres; Leodicio y Mucio, mártires; Flavio y Onésimo, obispos; Abucio, presbítero y mártir en Constantinopla; Onésimo, obispo de Soisons; Alejandro, soldado romano, mártir; Beatos Alberto, labrador italiano y terciario dominico; Luis de Hungría, enfermero y terciario franciscano. Santas Argentea, natural de Bobastro y martirizada en Córdoba por los musulmanes en 931, con San Vulfura; Gliceria, mártir; Inés, abadesa; Rolanda y Disciola, religiosas; Dominga, virgen de Como. Beatas *Imelda Lambertini, virgen;* Gema, virgen reclusa de Sulmona, muerta en 1429, *Paciencia, esposa de San Orencio y madre del glorioso mártir San Lorenzo.* (Véase el día 1.º de mayo, página 20).



DÍA 14 DE MAYO

SAN PACOMIO

ABAD Y CONFESOR (276? - 348)

NACIÓ San Pacomio de padres gentiles, en la Tebaida; pero a pesar de vivir en el paganismo, tuvo desde niño instintivo horror a la idolatría; y así, cierto día que su padre le llevó a un sacrificio de sus falsos dioses, a orillas del río Nilo, no pudieron responder los demonios a las preguntas de los sacerdotes. Enojáronse éstos en gran manera contra los padres de Pacomio y les dijeron: «¿Por qué habéis traído aquí a un enemigo de nuestros dioses? Echadle luego y que no vuelva más». Ellos, espantados, tomaron de la mano al niño y huyeron despavoridos, porque temían las iras de la muchedumbre.

Este incidente impresionó mucho al joven Pacomio, y su recuerdo atormentaba no poco a aquella alma nacida para conocer y amar la verdad.

Siendo soldado, tuvo ocasión de tratar con algunos santos y caritativos monjes y, después de conversar con ellos, viniéronle deseos de conocer una religión que producía tales ejemplos de virtud.

Acabada su milicia, se fué a una aldea de la Alta Tebaida, donde moraban algunos siervos de Dios, de los cuales fué enseñado y bautizado. La misma noche de su Bautismo tuvo un sueño; vió que del cielo caía sobre su mano derecha un rocío que se convertía en miel, y al mismo tiempo oyó

una voz que le decía: «Pacomio, este rocío es señal de la gracia que Cristo te da». Con esta visión se encendió más Pacomio en el amor divino; determinó luego renunciar al mundo y consagrarse a la vida monástica. Fuése, pues, a las montañas de la Tebaida y se echó a los pies del santo ermitaño Palemón, suplicándole que le admitiese en su compañía. «Sólo me sustento de pan y sal —le contestó el santo anciano—; y mis noches se emplean en cantar salmos y en meditar las Sagradas Escrituras.» Pacomio, admirado de vida tan áspera y dificultosa, le respondió, sin embargo: «Espero que merced a vuestras oraciones, el Señor me dará gracia para perseverar hasta la muerte en este género de vida.» Maravillado Palemón de oír estas palabras le abrió la puerta de su celda y le recibió.

Pacomio cumplió lo prometido. De allí en adelante llevó totalmente vida de oración, ayunos, austeridades y vigilias. Después de rezar se ocupaban ambos en hacer sacos de pelos de camello y cestos de juncos y mimbres, y lo que sacaban de venderlos dábanlo de limosna a los pobres.

Pasaban la noche en oración, dedicando sólo dos o tres horas al descanso y, si Palemón veía tentado del sueño a Pacomio, para despertarle y vencer aquella tentación, le mandaba pasar de una parte a otra con espuertas unos montones de tierra. «Tienes que estar alerta, Pacomio —le decía—, no sea que el demonio te seduzca y vengan a parar en nada nuestros esfuerzos.» A pesar de su ancianidad, Palemón ponía el primero la mano al trabajo para darle ejemplo.

También le ejercitaba mucho en la obediencia. Llegó la fiesta de Pascua y Palemón dijo a Pacomio: «Hermano, hoy es fiesta para los cristianos; anda, pues, y prepara la comida.» Fuése Pacomio y, teniendo cuenta con la solemnidad de aquel día, echó unas gotas de aceite a las hierbas silvestres de que se sustentaban los dos anacoretas. Palemón bendijo las hierbas y se sentó para comerlas; pero, al ver el aceite, dióse una palmada en la frente y exclamó sollozando: «A mi Salvador le dieron a beber hiel y vinagre, y ¿yo regalaría mi paladar con aceite?» No quiso probar bocado.

EN EL DESIERTO

LA montaña en donde vivían estos dos siervos del Señor, se hallaba cubierta de extensos bosques, pasados los cuales, se llegaba a un dilatado desierto. Salió cierto día Pacomio a buscar leña y, cuando quiso volver, no halló el camino de la ermita. Con esto fué andando hasta que llegó a la aldea de Tabena, sita a orillas del río Nilo. Estaba allí en oración pidiendo al Señor que le mostrase el camino para volver a su ermita, cuando oyó una voz que le dijo: «Paçomio, estate aquí y haz un monasterio, porque

muchos vendrán a ti con deseo de salvarse, y tú los encaminarás conforme a la instrucción que yo te daré». Aparecióssele entonces un ángel, el cual le dió una tabla en la que estaba escrita la Regla que habían de guardar él y sus monjes.

Fué Pacomio a juntarse otra vez con Palemón y le comunicó la visión que había tenido. Pidióle que viniese con él al desierto, y Palemón, entendiendo que aquella visión y Regla era cosa del cielo, le animó a poner por obra lo que Dios le había mandado; el santo anciano dejó también su celdilla de la montaña y fué al desierto con su discípulo. Ocurrió esto por los años de 325 y unos veinte después que San Antonio fundó el primer monasterio. A poco, Palemón acabó santamente su vida, consumido por los años y las penitencias.

GRANDES PRUEBAS Y VICTORIAS

EL primer discípulo de San Pacomio fué su hermano mayor, que se llamaba Juan, el cual se abajó a ser inferior e hijo suyo en la vida religiosa y monástica. Muchas veces ocurre caso semejante en el claustro. Pero el demonio, nuestro común enemigo, viendo la vida perfectísima que llevaba Pacomio, le hacía cruel guerra para desmayarle, asombrarle y hacerle volver atrás, porque sabía de antemano que aquel esforzado monje llegaría a ser bellísimo ornamento de la Iglesia y del desierto. Aparecíansele aquellos monstruos infernales para espantarle; traían a su memoria el recuerdo de las vanidades del siglo, de los regalos y delicias de que podría gozar en el mundo. Pacomio vencía estas tentaciones internándose más y más en la soledad y redoblando las oraciones y austeridades. Al volver por la tarde al monasterio, salíanle al paso multitud de diablillos que corrían tras él ladrando como suelen los perros cuando no alcanzan la presa. Otras veces iban delante de él como soldados en formación y, haciendo como que aplaudían cuando pasaba, decíanse unos a otros: «Paso, paso; dad lugar al hombre de Dios.»

Viendo los diablejos que aquello no les valía, tentáronle de risa, haciendo delante de él cosas que le pudiesen provocar. Así, mientras oraba, un diablillo en figura de un enorme gallo se ponía delante de él y cantaba a más no poder para distraerle de la oración, y, viendo que el Santo permanecía grave y recogido, se le saltaba a la cabeza y empezaba a picotearle recio y arañarle con las uñas de las garras. Pacomio no le hacía caso y con solo la señal de la cruz ahuyentaba al diabólico gallo.

Otro día, al salir a rezar, vió el Santo alrededor de una palmera una caterva de diablejos muy menudos, los cuales pretendían hacerle reír y dis-

traerle; porque, agarrándose todos ellos al tronco de la palmera, la sacudían con furia para que cayesen las hojas; recogían luego en un santiamén todas las caídas, las juntaban en fajos y empezaban a arrastrarlos con grande esfuerzo, como si de trasladar montes se tratara. Pacomio se contentaba con hacer la señal de la cruz, y al punto se desvanecían aquellos diabólicos trampantojos.

Mas no por esto dejaron de molestarle y perseguirle. Probaron de acometerle con tentaciones deshonestas, trayendo a su mente visiones de escenas abominales. Otras veces, al ir Pacomio a tomar su frugal sustento, los demonios, en forma de mujeres hermosas y lascivas, se querían sentar a la mesa a comer con él. Salió victorioso el Santo de esta nueva prueba y de todas las demás, llegando con esto a un alto grado de caridad. Para poder estar siempre alerta contra los embates del enemigo, el valeroso y esforzado Pacomio pidió a Jesús, vencedor de Satanás en el desierto, que le concediese la gracia de no estar sujeto al sueño.

UN PUEBLO EN EL DESIERTO

LLEGABA el día en que muchísimas almas iban a santificarse y ganar el cielo viviendo y luchando en aquella soledad de Tabena. Una noche, mientras oraba Pacomio, se le apareció de nuevo el ángel y le dijo: «Pacomio, el Señor quiere que seas ministro suyo para reconciliar a su pueblo.»

De allí a pocos días comenzaron a venir de diversas partes muchos desengañados del siglo, deseosos de salvarse. Más de cien monjes se juntaron en breve tiempo. «Los montes de la Tebaida —decía más tarde San Atanasio— están poblados de cristianos que pasan el día y la noche cantando salmos, estudiando, ayunando, orando y trabajando para dar limosna; conservan entre sí el espíritu de paz, de unión y caridad. A la vista de tan devotos solitarios podemos otra vez exclamar: ¡Cuán hermosos son los tabernáculos de Jacob y cuán bellas las tiendas de Israel! Como frondosos valles cubiertos de fresca sombra, como islas deliciosas en medio de anchuroso río, como pabellones que el Señor ha levantado para sí.»

San Pacomio gobernaba a sus monjes conforme a la Regla que el ángel le trajo del cielo y, aunque a todos recibía amorosamente, no daba a ninguno el hábito de monje hasta examinarle y probarle con una larga probación por espacio de tres años. Presentábase, pues, magnífica eflorescencia monástica. Grande, inmensa hubiera llegado a ser la fuerza espiritual de esas tribus penitentes y contemplativas, si hubiesen guardado, junto con el fervor de la vida religiosa, íntegra y pura la doctrina católica. Por desgra-



SAN *Pacomio ha de pasar el Nilo para visitar los numerosos monasterios de la otra parte que están bajo su jurisdicción. Como no hay puente, el Señor, bondadoso, dispone que un cocodrilo se ponga a disposición del Santo y dócilmente le lleva a la otra orilla.*

cia, de estas colonias del desierto salieron, andando los años, muy ardientes y temibles secuaces de las herejías; San Pacomio lo predijo con dolor a sus discípulos después de una visión en que Dios le mostró los sucesos por venir.

Sin embargo de todo eso, hizo el Santo cuanto pudo para elejar de sus hijos tan fatales daños. Prohibióles tener trato con los herejes, particularmente con los arrianos, los melecianos y los dirigentes; estos últimos, más que nadie, le causaban instintivo horror: si es verdad que Orígenes no escribió ningún error —sobre lo cual hay diversidad de pareceres—, no deja de ser cierto que los herejes, escudándose en la fama del sabio autor, introdujeron muchas falsedades en sus escritos.

Pero por entonces, en aquella soledad de la Tebaida, donde los hombres no veían sino la inmensidad del desierto, crecía, poco a poco y sin ruido, un pueblo en medio del cual hallaría el Señor intrépidos defensores de la verdadera fe.

JONÁS EL VIEJO. — LA HIGUERA SECA

ADEMÁS de los hechos referidos que se relacionan con la historia del mismo San Pacomio, el monasterio de Tabena fué testigo de escenas muy edificantes ocurridas en la vida de otros solitarios. Había en Tabena —dice el hagiógrafo— un santo anciano llamado Jonás, cuya vida fué maravillosa por extremo. Llevaba en el monasterio ochenta y cinco años, y por espacio de todo ese tiempo sólo él ejerció el oficio de hortelano; cultivaba las flores y árboles frutales, sin probar nunca fruta alguna; sustentábase únicamente de raíces de hierbas silvestres a las que echaba un poco de vinagre. Era su vestido una sencilla túnica de piel de oveja, que él mismo se había fabricado. Los monjes añadían que Jonás nunca estuvo enfermo, y que nunca había dormido a gusto; puesto el sol, se recogía en su celdilla y allí entretejía cestos, hasta que la campana le llamaba a la oración de la noche.

Cuando, siendo ya de cien años, le llegó la hora de la muerte, se durmió apaciblemente en el Señor, estando sentado en su silla de trabajo y teniendo en las manos una cesta de junco que no tuvo tiempo de acabar. Todos los monjes, al saber que había muerto, vinieron a enterrarle; pero les fué imposible doblar los miembros del santo anciano, por haberse quedado entumecidos con los muchos años y estar rígidos como palos. Maravillados con este prodigio, ahondaron y ensancharon algo más la sepultura y enterraron el cuerpo del solitario en la misma postura en que murió.

Fué tal la veneración y respeto que todos le tenían por sus grandes virtudes, que aun el mismo San Pacomio no se atrevía a mandarle. «Cierto

día —prosigue el hagiógrafo—, volviendo el bienaventurado Padre de visitar uno de los muchos monasterios edificados junto al de Tabena, cruzó por la huerta de Jonás, y vino a pasar por debajo de una frondosa higuera, cuyos sabrosos frutos eran muy amenudo causa de tentación para los novicios. Por cierto que ese día, Pacomio sorprendió a algunos de sus jóvenes discípulos que habían tenido la debilidad de caer en la tentación y estaban saboreando aquellos higos tan ricos. Acercóse al árbol para reprenderlos y advirtió en la cima a un diablillo sentado en un trono cuyas gradas eran frutas de distintos colores y clases. Era el demonio de la gula que suele tentarnos a todos y más a los niños. Pacomio llamó a Jonás y le dijo: «Mira, corta luego esta higuera, porque es la vergüenza del monasterio.»

El santo viejo había siempre obedecido puntual y prontamente los mandatos del superior; con todo, esta vez no se sintió con ánimo para echar abajo un árbol que él mismo había plantado y regado tantas veces con el sudor de su rostro, y así, respondió a San Pacomio: «No hagáis eso, Padre mío; esta higuera sola rinde lo bastante para sustentar a todos los monjes.» Por no hacer pasar un mal rato al viejecito, no insistió más el Santo; pero al siguiente día Jonás vió que la higuera se había secado hasta las raíces.

SAN PACOMIO Y SUS DISCÍPULOS

EL más famoso y amado discípulo de San Pacomio fué el abad Teodoro, llamado el *Santificado,* el cual, siendo de edad de quince años, abandonó riquezas y familia, sin que fueran parte para hacerle malograr tan santo propósito las caricias y lágrimas de su madre. En aquella temprana edad daba ya muestras de consumada prudencia y sabiduría, por lo que San Pacomio le apreciaba en extremo y le tenía como su vicario cerca de los demás monjes y de los muchos extranjeros que acudían a Tabena, atraídos por la fama de santidad del preclaro fundador.

Cada tarde se juntaban los monjes para oír las exhortaciones del santo abad Pacomio. «Velemos y oremos —les dijo un día—, porque el maligno espíritu, como león rugiente, da vueltas alrededor de cada uno de nosotros, en busca de alguna presa que pueda devorar. Guárdenos siempre el nombre de Jesús, y sea él solo nuestro escudo; con eso serán desbaratados y dispersos nuestros enemigos como polvo que zarandea y esparce el viento.» Inspirado en aquella hora por el Espíritu Santo, llamó a Teodoro y le dijo: «Vete a la celda que está enfrente de la tuya, por si en ella encuentras todavía a un monje que está a punto de perder su alma, pues en lugar de armarse con la oración, mientras el enemigo ronda a su lado, descuida su defensa.» Obedeció al punto Teodoro, pero ya era tarde, porque aquel monje había sucumbido a la tentación y abandonado el monasterio.

Los monjes encargados de la panadería estaban un día charlando en tiempo de silencio. Súpolo el santo abad por divina revelación, y al punto envió a Teodoro a que los amonestase por aquella falta. «No vayan a creer los monjes —añadió— que sea cosa de poco peligro el faltar a la Regla en puntos que al parecer carecen de importancia.»

También es para maravillar cuán humildemente y de buen grado recibía las amonestaciones de sus mismos novicios. Cierto día que Pacomio hacía esteras, vino a verle un monje novicio y, advirtiendo que su santo maestro no trenzaba las hojas como solían los demás monjes, díjole muy ingenuamente: «Padre, no las hacéis bien; el abad Teodoro no las quiere así. —Bueno, hijo —le respondió Pacomio con mansedumbre—, enséñame tú mismo a hacerlas.» El novicio se lo enseñó, y el Santo, de allí en adelante, las hizo de aquella manera.

Otra vez, un monje hizo dos esteras en un día, no teniendo obligación de hacer más que una, y las sacó fuera de su celda para que Pacomio las pudiese ver. Vino a pasar por allí el Santo al atardecer, como solía, y vió las dos esteras; pero entendiendo que el monje había hecho aquello por vanidad, dijo Pacomio a los que le acompañaban: «¿No veis que este pobre hombre ha estado trabajando todo el día para el demonio?» Llamóle, reprendióle gravemente en presencia de todos, y le mandó que les pidiese perdón, de rodillas y teniendo en cada mano una de las dos esteras. Además le encerró cinco meses en una celda, y le obligó a hacer dos esteras cada día, no dándole de comer en todo aquel tiempo sino pan y sal.

En otra ocasión, volvía a Tabena después de prolongada ausencia. Salieron a recibirle todos los monjes, y un novicio más atrevido, dijo al Santo: «A la verdad, Padre, desde que salisteis de aquí no hemos probado verduras cocidas. —No te quejes, hijo —repuso Pacomio con mansedumbre—; ya lo arreglaremos».

Llegado al monasterio, fuése a la cocina y halló al cocinero haciendo cestos y esteras. «Oiga, hermano —le dijo el Santo—, ¿desde cuándo no da a los novicios verduras cocidas?

—Desde hace cerca de dos meses —respondió el cocinero—. Juzgué que no convenía gastar inútilmente las hortalizas de la huerta, al ver que, fuera de los novicios, nadie las probaba. Por eso no encendí fuego en la cocina; para no estar ocioso, hago cestos y esteras como los demás». Sintió mucho San Pacomio la desobediencia del cocinero. Mandóle que trajese todos los cestos y esteras que había hecho, y los echó al fuego, diciendo: «Pues habéis menospreciado la obediencia para ahorrar un poco de aceite, vuestro trabajo merece trato semejante».

No consentía que ningún súbdito suyo examinase curiosamente lo que mandaba, porque no era aquel su oficio, sino obedecer pronta y perfectamente, esto es, con entera sumisión de la voluntad.

OTRAS MARAVILLAS. — EL PREMIO

LA vida de San Pacomio fué una cadena de milagros. Aquí traeremos algunos.

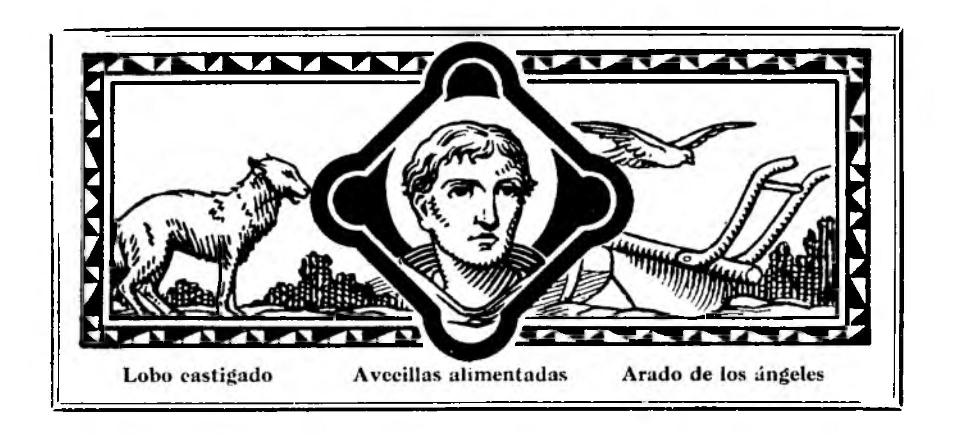
Vino un hombre a rogarle que sanase a una hija suya. «Apiadaos de mí —le dijo; —sólo tengo una hija y los demonios la atormentan cruelmente.» Excusóse el Santo, diciéndole que no solía hablar con mujeres; pero díjole que le presentase un vestido de su hija. Hízolo así el atribulado padre y, en viéndolo, dijo Pacomio: «Este vestido no es de vuestra hija.» Afirmó el padre que sí era y el Santo le dijo: «Bien sé que ella lo lleva, pero no le pertenece. Porque ese vestido es el que usan las vírgenes y vuestra hija no guarda la castidad.» Prometió enmienda la mujer, y Pacomio le envió un poco de aceite bendito con el que sanó.

Dióle el obispo Serapión un lugar cómodo donde edificase una iglesia para los pastores de los alrededores de Tabena. Algunos herejes vinieron de noche y derribaron lo que se había ya edificado. Tuvo paciencia Pacomio y exhortó a sus monjes que la tuviesen; pero el Señor envió fuego del cielo y quemó a los herejes.

Vino de Roma cierto monje que deseaba sobremanera manifestar su conciencia a San Pacomio y confesarse con él. Pero el Santo no sabía sino el idioma de su tierra, que era el egipcio. Habló con Dios y le dijo: «Señor, si yo por falta de saber lenguas no puedo ayudar a los que vienen de lejanas tierras, ¿para qué me los enviáis? Si queréis que les sirva, dadme lo que he menester para cumplir vuestra voluntad.» Al poco rato vió caer del cielo a su mano un papel escrito a manera de carta. Leyólo Pacomio, y luego comenzó a hablar en griego y latín con tanta elegancia y copia de palabras, que parecía que hacía ventaja a todos los letrados del mundo.

Dice el hagiógrafo que el Señor dió al santo Fundador dominio sobre los animales fieros y serpientes venenosas. Cuando quería pasar el río Nilo para visitar los monasterios, los mismos cocodrilos le servían y le traspasaban a la otra parte.

Llegó, finalmente, para San Pacomio la hora de recibir el galardón de sus muchos trabajos y virtudes. El año de 348, la peste hizo estragos en el monasterio. Murieron más de un centenar de monjes y el mismo Santo cayó enfermo. Juntó a los religiosos y les dijo: «Amados hijos, voy a entrar ya en la mansión de los bienaventurados, pues veo cerca de mí a mi santo Ángel que me llama. Guardad mis preceptos y exhortaciones, y aborreced a los herejes cualesquiera que sean. Petronio, vuestro hermano, es varón muy prudente, virtuoso y santo; sea él mi sucesor y Padre vuestro desde este instante». Hizo la señal de la cruz y, a los catorce días de mayo, expiró en brazos de sus discípulos, que eran mil cuatrocientos en aquel monasterio.



Lobo castigado — Avecillas alimentadas — Arado de los ángeles

DÍA 15 DE MAYO

SAN ISIDRO LABRADOR

PATRÓN DE MADRID (1095? 1100 - 1170)

EL glorioso San Isidro, patrono de los labradores, tan popular en nuestra España donde tantos y tan portentosos milagros ha obrado en favor de sus devotos, nació en Madrid, a fines del siglo XI, de padres muy pobres en bienes de fortuna, pero temerosos del Señor. Sus enseñanzas y ejemplos movieron desde muy temprana edad al hijo que el Señor les había dado a grande horror al mal y encendido amor a Dios. No pudo darse al estudio por ser de familia pobre; pero el mismo Espíritu Santo quiso alumbrar con su divina luz el alma de aquel santo mancebo que buscaba a Dios con corazón puro y sencillo. Cuando pudo entregarse a la ruda labor del campo, pusiéronle a servir a un caballero de Madrid, llamado Iván de Vargas, para cultivar sus tierras de Carabanchel.

Determinó casarse, y lo hizo con María Torribia, que era también de muy humilde condición, y servía en casa de una honrada familia de Madrid. Era una virtuosísima doncella, muy digna de tan santo esposo, pues llevó vida santa y hoy es venerada, como su esposo, en los altares, con el nombre de Santa María de la Cabeza; la Iglesia española celebra su fiesta el 8 de septiembre. Vivieron sucesivamente en Torrelaguna y en Madrid, señalándose siempre por su perfecta concordia, gran caridad y singular devoción.

SAN ISIDRO, DEVOTO CRISTIANO Y BUEN TRABAJADOR

HALLABA Isidro tiempo para todo y pasaba muchas horas en oración, sin por eso perjudicar a las demás obligaciones de su estado, antes cumpliéndolas con suma exactitud. Para ello echaba mano de dos medios eficaces. Era el primero levantarse muy de madrugada; así justificaba el proverbio: «Al que madruga, Dios le ayuda». El segundo medio era no perder ni un minuto del día y aplicarse con ardor a todas sus tareas.

Nunca ni por nada dejó las prácticas piadosas que se había impuesto. Los domingos y días festivos los consagraba al Señor, asistiendo muy devotamente a los divinos oficios y oyendo el sermón con avidez y mucho fruto para su alma; no obstante ser aldeano y sin letras, dedicaba esos días largas horas a la meditación de los divinos misterios. «Los demás días de la semana, ya desde el amanecer solía visitar las principales iglesias de Madrid: ningún día iba al campo sin haber oído misa y orado con gran fervor al Señor y la Virgen María», dice el diácono Juan, su historiador.

Para recuperar el tiempo gastado en ejercicios piadosos, trabajaba luego con más ardor, de suerte que al final de la jornada llevaba buena ventaja en la labor a los demás peones, los cuales, por la envidia que le tenían, quisieron ponerle mal con su amo y fueron a decirle: «Dignísimo señor, el peón Isidro, que cobra jornal por labrar los campos de vuestra merced, en lugar de ir al trabajo cuando debe, se levanta antes de amanecer y, so pretexto de peregrinaciones y rezos que dice que tiene que hacer, se va a visitar todas las iglesias de Madrid. Ya está muy entrado el día cuando viene a trabajar, y así no hace ni la mitad de la labor. Mire su merced: si se lo decimos, no es porque malqueremos a Isidro; es para provecho de la hacienda y porque miramos por ella.»

Al oír eso, Iván de Vargas se puso furioso, fué a ver a Isidro y le reprendió severamente. «Dignísimo dueño y señor mío —repuso Isidro con mansedumbre—, sirvo a su merced fielmente y me considero muy honrado al tenerle por amo y señor; pero ni puedo, ni quiero descuidar de ningún modo mis obligaciones con Dios y los Santos. Si teme su merced que por acudir yo tarde al trabajo disminuya su hacienda, le indemnizaré con mi salario de todo el daño que al parecer de los demás peones haya ocasionado en las cosechas. Le ruego, pues, porque ya sé que es un hombre honrado, que no se enfade conmigo, porque lo que doy a Dios, no traerá perjuicio a su merced.»

Con este discurso se calmó por entonces el amo; volvió a casa, pero resuelto a seguir más de cerca a su criado para ver por sí mismo lo que pasaba. Por lo que toca a Isidro, tenía muy arraigada la devoción para desazo-

narse por lo sucedido. Su ánimo permaneció sereno y sosegado; no interrumpió sus visitas a las iglesias, y siguió rezando como solía, pensando en las palabras de Nuestro Señor: «Buscad ante todo el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura».

MARAVILLAS Y MILAGROS

SALIÓ Iván de Vargas un día muy de mañana y fué a esconderse en una choza, desde donde podía acechar al Santo, sin ser de él visto, y vigilar el trabajo que hacía. Pasó largo rato y no llegaba Isidro; hacía ya tiempo que había salido el sol, cuando al fin apareció el Santo. Igual fue verle que salir furioso del escondrijo y correr hacia Isidro para reñirle.

«Pero, ¿quién conoce los designios del Señor —exclama el profeta— y quién es su consejero?» Acercábase ya a la heredad, fuera de sí de rabia, cuando vió en el campo dos nuevos arados tirados cada uno por una pareja de bueyes albinos; cada yunta estaba guiada por un mancebo que llevaba largos vestidos blancos, y cuyo rostro era por demás hermoso y sereno. Entre los dos araba Isidro. Los tres arados cruzaban el campo rápidamente, dejando tras de sí muy hondos surcos.

Atónito y maravillado con aquel espectáculo nunca visto, detúvose Iván de Vargas para contemplarlo. Eran dos ángeles que ayudaban a un hombre. Sigue andando, vuelve a mirar; pero ya no ve sino a Isidro, que está labrando solo, como de costumbre. Acércase a él, le saluda y le pregunta:

—Oye, amigo, por el Dios a quien sirves tan fielmente, dime, ¿quiénes eran aquellos que poco ha estaban arando, ayudándote? He visto que dos mozos araban contigo; pero luego, en un abrir y cerrar de ojos, han desaparecido.

Isidro le contestó sencillamente:

—En presencia del Señor a quien sirvo con todas mis fuerzas, no creo merecer reproche alguno de su merced por lo que toca al cumplimiento de mis obligaciones. Lo que le aseguro es que a nadie he llamado ni a nadie he visto aquí conmigo en el campo sino a Dios, a quien invoco y que siempre me ayuda.

Hondamente conmovido quedó el caballero al oír esta respuesta. Arrepintióse de haber dado oídos tan fácilmente a las calumnias, y antes de partirse, dijo al Santo:

—Mira, Isidro, de aquí en adelante no haré caso de lo que murmuren contra ti; toda mi hacienda y heredades te las encomiendo; tú mismo decidirás lo que haya que hacer en ellas como si fueran tuyas.

Volvióse Iván a su casa y refirió a todos lo que había visto. Al fin cayó en la cuenta de que era muy verdadero lo que le decía Isidro, que el tiempo que se emplea en servir a Dios no es nunca tiempo perdido.

Otro prodigio obró el Santo en medio dl verano, cuando todo estaba agostado por un sol abrasador. Fué su amoa dar una vuelta por las heredades, y, como le viniese grande sed, pidióal santo varón que le mostrase alguna fuente. Isidro le señaló un lugar dond la hallaría. Fuése allí Vargas, pero vió que estaba agotada por el calor. Inomodóse un tanto con aquella decepción. «Me engañaste, embustero» —dijomalhumorado a Isidro al volver. «Vamos los dos allá» —repuso humildemnte el Santo. Fueron al monte vecino, pero allí no había rastro de agua; tdo estaba árido y seco. Isidro entonces hirió el suelo con su ahijada, diciено: «Aquí, cuando Dios quería, agua había», y al punto brotó en aquel lugaruna fuente de clarísimas aguas. Esta maravillosa fuente nunca se ha secado on estar en parte alta y árida; ni aun los mayores calores han podido agotrla. Muchísimos enfermos van a beber de sus aguas, atraídos por los innumerables milagros que Dios ha obrado con ellas por intercesión de su siervo

Murióseie a Iván de Vargas su hija única tras gravísima enfermedad. Isidro —según refiere su historiador fray Jaime Bleda— hizo oración a Dios y la resucitó cuando ya estaban preparando l entierro de la muchacha.

Un día de fiesta, por la tarde, estaba ezando en la iglesia de Santa María Magdalena, que se hallaba cerca de Carabanchel Bajo. De pronto llegaron unos mozuelos corriendo con gran alboroto, dando voces y diciendo: «Dése prisa, señor Isidro, que un lobo ha acometido a su burra, y si no acude su merced pronto, la va a matar. —Idos en paz, hijos —repuso el Santo, muy sereno—; hágase en todo la voluntad de Dios.» Quedóse en su oración y, cuando la acabó, salió a ver lo que pasaba: halló al lobo muerto, y su burra sana y buena, sin herida alguna. El Señor había acudido en auxilio de su siervo, mientras éste pensaba en las cosas celestiales.

CARIDAD DE SAN ISIDRO CON SUS PRÓJIMOS

PERO si amaba a Dios, mejor dicho, porque amaba mucho a Dios, tenía también grande caridad con los prójimos y más con los pobres. Aunque pobre, se privaba de lo necesario para poder socorrer a otros más necesitados. Tan grata era a Dios su caridad, que antes obraba milagros que consentir en que su siervo no pudiese dar limosna.

Un sábado vino un pobre a pedirle limosna después que el Santo había ya dado a otros menesterosos todo lo que tenía de comer. ¡Qué aflicción para el caritativo Isidro! ¿Despediría a aquel en ayunas? Eso no. «Ruégote por Dios, hermana —dijo a su mujer—, que si sobró algo de la olla, des de comer a este pobre.» Ella, con estar cierta de que no había sobrado nada, fué a la cocina y trajo la olla para mostrarla vacía a su marido. Pero —¡oh maravilla!— donde nada había antes, halló tal provisión de comida que no



UN sábado, San Isidro ha dado ya a los pobres todo lo que en la olla ha preparado para ellos. Preséntase uno a última hora y, cuando su mujer va a buscar la olla para que vean que está vacía, la encuentra con viandas bastantes para dar de comer a aquel pobre y a otros que vienen luego.

sólo pudo saciar el hambre del pobre que había recurrido a última hora a nuestro bienaventurado, sino la de otros muchos indigentes, atraídos por tan extraordinario milagro. De esta manera favorecía el Señor a su siervo, que algunas veces se quedaba sin comer por darlo todo a los pobres.

Otro relato descubrirá el bondadoso corazón de San Isidro. Un día muy riguroso de invierno iba a moler trigo al molino; vió desde el sendero en unos árboles gran multitud de palomas torcaces, las cuales parecían muy inquietas por no hallar comida, pues el campo estaba cubierto de nieve, de suerte que aquellas avecillas se morían de hambre. Movido a compasión, limpió con los pies y las manos la tierra apartando la nieve, y del trigo que llevaba derramó gran cantidad, para que fuesen allí a comer. Un hombre que le acompañaba hizo mucha burla de Isidro y le reprendió por malgastar tanto trigo. Pero el Señor juzgó aquella misericordia de muy otra manera; al llegar al molino vieron que no se hallaban faltos los costales del caritativo labrador, sino enteros y llenos.

Pero el milagro que dió más que hablar fué el que ahora referiremos. El Santo era miembro de una cofradía y, como tal, fué convidado por los cofrades a comer cierto día que tenían costumbre de hacerlo juntos. Isidro, en vez de ir inmediatamente a comer, se detuvo en las iglesias, como solía, para cumplir sus devociones, y allí permaneció largas horas. Entretanto comieron los otros, guardando a Isidro su parte. Vino después el Santo y, hallando a la puerta unos pobres que esperaban limosna, los metió consigo. Cuando entraban, habían comido ya los cofrades.

«¿Pero, hombre —le dijeron—, ¿a quién se le ocurre llegar aquí a estas horas con tantos pobres, si no queda más comida que la que hemos guardado para ti? —No hagáis caso —repuso Isidro—; lo que Dios nos diere y eso que me habéis guardado, lo partiremos entre nosotros».

Fué la servidumbre a toda prisa por lo que habían dejado en la cocina para el Santo, y quedaron pasmados al hallar no ya la parte de uno, sino las ollas llenas de carne, y comida bastante para todos aquellos pobres y otros tantos que luego llegaron. Acabada la comida, despidióse de todos el Santo y corrió a la iglesia de Santa María Magdalena a dar gracias al Señor por haberle asistido tan misericordiosa y oportunamente.

RESUCITA A SU PROPIO HIJO

TENÍA el Santo tan bondadoso corazón, y una fe tan viva e ingenua, que cada vez que deseaba conseguir algo del Señor, no dudaba de alcanzarlo. Por grandes y muchos trabajos que tuviese entre manos, nunca quiso dispensarse del ayuno eclesiástico. Guardaba fielmente la

castidad conyugal; vivía muy santamente con su virtuosísima esposa y ambos se edificaban mutuamente con los buenos ejemplos que se daban. El Señor les concedió un hijo, al que criaban en la piedad y virtudes cristianas.

Cuéntase que cierto día, mientras el padre trabajaba en el campo, aquel pobre y santo hogar fué afligido con un gravísimo accidente: el muchacho se cayó a un pozo muy hondo, donde se ahogó. Llegó Isidro del trabajo y, viendo a su esposa muy llorosa, supo por ella lo que pasaba. También en ese trance triunfó la fe del Santo. Arrodilláronse los dos esposos junto al brocal del pozo y oraron fervorosamente. Por cierto que debió ser su plegaria muy acepta al Señor, porque al poco tiempo creció el agua del pozo hasta el brocal, viniendo el hijo salvo sobre las aguas. Entonces Isidro, tomándole por la mano, le sacó sano y bueno.

SU SANTA MUERTE. — MÁS PRODIGIOS

FINALMENTE, llegó el tiempo en que quiso el Señor premiar la caridad y virtudes de su siervo, el cual cayó malo de gravísima enfermedad. Como conociese que se le acercaba el último día de su vida, confesó humildemente todas las culpas que creía haber cometido, recibió el santo Viático con extraordinaria devoción, exhortó a su esposa y a su hijo a la perseverancia en la piedad y caridad con los prójimos, y ordenó sus cosas que eran pocas y pobres. Hirió muchas veces sus pechos con gran dolor y ternura, juntó las manos, compuso todo su cuerpo y, cerrados los ojos, entregó su espíritu al Criador, siendo ya muy lleno de años y de virtudes. Ocurrió su muerte a 10 de mayo de 1170.

Fué sepultado su sagrado cadáver en el cementerio de la iglesia de San Andrés de Madrid, que era la postrera que solía visitar cada día antes del trabajo. Allí permaneció por espacio de cuarenta años con tanto olvido, que en tiempo de lluvias pasaba como un arroyo de agua sobre su sepultura, llevándose la tierra de ella, de manera que la henchía toda el agua, que casi llegó a descubrir el cuerpo.

Plugo luego al Señor honrar a su siervo y publicar milagrosamente su santidad en el mundo; porque, pasados los cuarenta años de su muerte, se apareció el siervo de Dios a un pariente suyo, sacristán de aquella iglesia; le señaló el lugar preciso donde descansaban sus restos, y le mandó que hiciese desenterrar el cuerpo y trasladarlo a la iglesia de San Andrés. Pero aquel hombre se acordó que Isidro no había sido sino un pobre labrador, y así no dió crédito a sus palabras, y rehusó publicar esta revelación temiendo no ser a su vez creído. Su descuido y falta de fe fueron

castigados: sobrevínole una grave enfermedad de la que no sanó hasta el día de la traslación de las reliquias del Santo.

Entretanto, el Santo se apareció a una santa y noble matrona de Madrid, y le dió el mismo encargo. Ella, más obediente, comunicó muy presto al clero y a los fieles lo que el Santo le había revelado. Todos se acordaron entonces de San Isidro; unos de haberle visto, otros de haber oído contar la vida santa y portentosa del siervo de Dios. Fueron todos con gran devoción al cementerio, cavaron y descubrieron la sepultura del Santo, y hallaron el sagrado cuerpo íntegro, sin la menor señal de corrupción: la mortaja estaba también como nueva. Aquellas preciosas reliquias exhalaban suavísima fragancia.

Fué grande la devoción y alborozo que causó a todos aquel prodigio. No pudieron contener en sus pechos la admiración y prorrumpieron en alabanzas al Señor. Trasladaron el sagrado cuerpo a la iglesia de San Andrés y lo depositaron junto al altar del santo Apóstol, en un magnífico sepulcro digno del precioso depósito que en él encerraban. Al tiempo que le trasladaban, tocaron las campanas de la iglesia de San Andrés por sí mismas, sin manos de hombres ni otro artificio humano.

Noticiosos de estos prodigios, algunos pobres tullidos y ciegos que solían estar en la calle pidiendo limosna a los transeúntes, se fueron allí como mejor pudieron, acudiendo a la sepultura vacía donde estuvieron las reliquias del Santo y, tomando tierra de ella, tocaron con viva fe sus miembros doloridos y enfermos, con lo cual sanaron milagrosamente.

Con estas maravillas tuvieron todos al siervo de Dios por santo, mucho tiempo antes de que fuese canonizado, y empezaron a decir misa de él, y a dedicarle templo con aprobación de los prelados.

LABRADOR GLORIFICADO POR LOS REYES Y POR LA IGLESIA

MÁS de tres siglos después de estos sucesos, en el año de 1504, al abrir el sepulcro de San Isidro, ante los legados pontificios, se halló nuevamente su cuerpo entero e incorrupto; también esta vez se exhaló de las sagradas reliquias suavísima fragancia que se esparció por el ambiente.

La iglesia que guarda el precioso tesoro del Santo vino a ser muy concurrido lugar de peregrinación; innumerables milagros ha obrado el Señor en todas las épocas por intercesión de San Isidro, ya en su sepulcro, ya por el agua milagrosa de que antes hablamos.

Muchas veces alcanzaron los madrileños la cesación de pertinaz sequía por mediación de su santo Patrono. En tales trances, sacaban el sagrado cuerpo, y al son de salmos y otros devotos cánticos lo exponían a la pública veneración delante del presbiterio; luego lo llevaban procesionalmente por las calles, en medio de grandísimo concurso de fieles que acudían a implorar la divina misericordia por los merecimientos de San Isidro, y muy presto solía enviarles el Señor copiosísima lluvia. Los años de 1275 a 1426, se libró Madrid de una espantosa hambre merced a estas devotas procesiones.

Los historiadores del Santo traen el relato de innumerables curaciones y favores de todo género, sacados de los archivos de la iglesia de San Andrés. Los encargados del servicio de dicha iglesia, oyeron muchas veces armonías celestiales sobre su sepulcro.

Pronto fué unánime el deseo de ver al santo labrador glorificado por la Iglesia y puesto sobre los altares. Ya el año de 1545, con aprobación del papa Paulo III, fué encerrado el sagrado cuerpo en un sepulcro nuevo. Otros reconocimientos de las reliquias de San Isidro se llevaron a efecto los años de 1567 y 1595. En el intervalo, el año de 1593, a raíz de una carta personal que el rey don Felipe II envió a su embajador en Roma, el arzobispo de Toledo nombró un apoderado que recogiese informes para el proceso de beatificación de Isidro.

El papa Paulo V, por Breve de 14 de junio de 1619, otorgó el título de Beato a este humilde peón labrador. De allí en adelante, su fiesta, que se celebraba el domingo de Cuasimodo, en recuerdo de la primera traslación de sus reliquias, se celebró el día 15 de mayo.

El mes de noviembre del mismo año 1619, el rey don Felipe III, de regreso de un viaje a Lisboa, cayó gravísimamente enfermo en Casarrubios del Monte. Llevaron de Madrid el sagrado cuerpo de San Isidro con gran honor y acompañamiento, y lo depositaron en el aposento real. El rey sanó milagrosamente, y pasados algunos días acompañó él mismo las santas reliquias hasta Madrid.

El rey don Felipe III, muy agradecido al Santo por el insigne favor recibido, hizo las últimas instancias para la canonización del bienaventurado Isidro, el cual lo fué finalmente por el papa Gregorio XV, a 12 de marzo del año 1622, juntamente con San Felipe Neri y tres compatriotas de Isidro e insignes glorias de España, San Ignacio de Loyola, San Francisco Javier y Santa Teresa de Jesús.

Es San Isidro patrón adecuado para los labradores, de quienes es dechado incomparable.



Tormento del fuego — Puente sobre el Moldava

DÍA 16 DE MAYO

SAN JUAN NEPOMUCENO

PRESBÍTERO Y MÁRTIR (1330-1383)

EL nombre de Juan Nepomuceno es evocador de un hecho histórico íntimamente relacionado con un punto tan transcendental para la confesión, cual es la obligación estricta que tiene el sacerdote de guardar fielmente el secreto de cuanto hubiere oído en ella. Es el sigilo sacramental. Y, aunque su silencio hubiera de costarle la vida, el confesor no puede descubrir, a quien quiera que sea, lo que ha oído en la confesión, como ocurrió con nuestro Santo, que prefirió ser horriblemente martirizado antes de traicionar su sagrado ministerio.

Para el pueblo checoslovaco, Juan Nepomuceno es el santo nacional, tan venerado y popular como lo es Santiago en España.

Nació Juan en Nepomuk, de donde se origina su nombre, modesta población del distrito de Pilsen, entre Praga y la frontera bávara.

A principios del año 1330, subía del pueblo de Nepomuk dirigiéndose al convento del Cister, situado en las cercanías de dicha ciudad, un matrimonio entrado en años, artesanos de profesión y apellidados Wolfflein. Venerábase en la iglesia del monasterio una milagrosa imagen de Nuestra Señora, y a sus plantas fueron a postrarse entrambos peregrinos, suplicando a María Santísima se dignase otorgarles descendencia. No quedaron frus-

tradas sus esperanzas, pues la Virgen les concedió en su día un hijo a quien, en las aguas bautismales, impusieron el nombre de Juan.

Acaeció que, algunos meses después, comenzó el tierno infante a debilitarse de tal modo, que enfermó de gravedad, infundiendo a sus padres serios temores de que su existencia pudiera extinguirse de un momento a otro. Emprendieron aquellos piadosos consortes el camino del santuario de la Madre de Piedad, y allí oraron fervorosamente, prometiendo a la Virgen Nuestra Señora que, si curaba a su hijito, lo consagrarían muy de grado al servicio del Señor y a la propagación de su culto. De regreso al hogar, el niño, rebosando ya de vida, tendió las manecitas hacia su madre, como queriendo acariciarla. Estaba completamente curado.

Cumpliendo agradecidos los piadosos esposos la promesa hecha a la Virgen María, nada descuidaron, a costa de los mayores sacrificios, para educar a su hijo lo más cristianamente posible, y encaminarle al estado santo que pensaban darle, si tal fuese la voluntad de Dios. Enviáronle desde muy temprana edad a la escuela, en donde aprendió Juan ante todo el catecismo y el modo de ayudar a misa. Tan pronto como estuvo impuesto en ambas cosas no dejó ninguna mañana de acudir al convento del Císter, donde por pura devoción ejerció el oficio de acólito, causando su fervor la admiración de cuantos le veían.

CURSA LA CARRERA ECLESIÁSTICA

EN Juan corrían parejas la más acendrada piedad y la más despierta inteligencia, por lo que, con muy buen acuerdo, le enviaron sus padres a estudiar a Staab y más tarde a la universidad de Praga. Graduóse allí de doctor en Sagrada Teología y Derecho Canónico. ra-

Cumpliendo los fines de su vocación, ordenóse de sacerdote y se dispuso para tan elevada dignidad con un mes entero de fervorosos ejercicios espirituales, aunando en su retiro la oración con las más ásperas mortificaciones, a fin de que el Señor le hiciera más y más digno del santísimo estado a que se había dignado llamarle.

Poseía extraordinarias dotes de elocuencia sagrada, por lo cual el prelado diocesano le confirió el cargo de predicador en la iglesia de Nuestra Señora de Tyn, en Praga. Acudía a oír sus apostólicos sermones incontable muchedumbre, estudiantes en su mayoría. Eran por desgracia muchos de ellos objeto de triste espectáculo para la población por su escandalosa conducta. Juan fué atrayéndolos poco a poco con su arrebatadora elocuencia, saliendo de sus sermones, aun los más desenfrenados, conmovidos y resueltos a mudar de vida.

tos a mudar de vida.

Resultados tan admirables, debidos a la santidad del predicador, fueron apreciados en su justo valor por el arzobispo y su Cabildo, los cuales, bien para premiar sus relevantes servicios, bien para asegurarse el concurso de hombre tan distinguido, nombráronle canónigo de la catedral. Juan mostróse en todo momento dechado perfecto de puntualidad y asistencia al coro, y todo el tiempo que esta ocupación le dejaba libre empleábalo en laborar con inflamado celo por la salvación de las almas.

CAPELLÁN Y LIMOSNERO DE LA CORTE

ENTRE el auditorio que, pendiente de los labios del elocuente canónigo, le rodeaba, no era el menos asiduo el propio Venceslao, hijo y sucesor del emperador Carlos IV de Bohemia, el cual aun no se había mostrado el tirano y perseguidor que aparecerá más adelante, aunque bien se vislumbraban ya en él ciertos desórdenes que le habían de valer, andando el tiempo, los sobrenombres de *Beodo* y *Holgazán*. Tenía por compañera a una esposa humilde y santa, la emperatriz Juana de Holanda, hija de Alberto de Baviera, duque de Holanda, y nieta del emperador Luis de Baviera. Excesivamente caprichoso y tornadizo, tan pronto se ve a Venceslao amar a su esposa con delirio como manifestarle celos y agobiarla de injurias.

Hombres de esta índole son a veces capaces de arranques que irresistiblemente los impulsaba hacia lo bueno. Supo Venceslao, por la fama, los brillantes triunfos del elocuente predicador, y quiso cerciorarse por sí mismo de la verdad de lo que se decía. Era el domingo de Ramos. El canónigo Wolfflein, deseoso, sin duda, de evitar males mayores que hubieran provocado, a no dudarlo, un motín, tal vez inminente, de los súbditos de la monarquía contra un soberano tan deplorable, predicó acerca del respeto debido a la autoridad legítima. El tema, naturalmente, fué muy del agrado de Venceslao, y en el acto determinó nombrarle obispo para la sede vacante de Litomerice. No tuvo, sin embargo, resultado su buen intento, pues Juan se resistió declarándose indigno de ocupar tan elevado cargo.

En esto, aprovechando las buenas disposiciones de su marido, la emperatriz, que apreciaba cada día más las eminentes cualidades morales de tan distinguido eclesiástico, tan modesto como elocuente, le hizo nombrar capellán y limosnero de la Corte. Aceptó en su humildad el Siervo de Dios tal ministerio, pensando en el mucho bien que podría realizar entre los príncipes y magnates, con quienes conviviría, y en que quizás pudiera traer al buen sendero al descaminado emperador, y, además, porque le sería dado socorrer a los pobres, de quienes era tan amante.

Por de pronto, justificó Juan su título de *limosnero,* y su aposento vióse trocado en lugar de cita de los pobres y menesterosos. Su ingeniosa caridad descubría las miserias más ocultas, conciliaba los altercados que surgían ya en la Corte, ya en la ciudad, apaciguaba las querellas e intervenía favorablemente en los pleitos. Justificó también el de capellán o predicador de palacio, pues sus primeros sermones tuvieron la virtud de impresionar fuertemente el alma del emperador, cuyos desórdenes logró atajar por algún tiempo. Complacíase Venceslao en escuchar los prudentes consejos de aquel varón de Dios, a quien creyó complacería ofreciéndole el prebostazgo de Wisegrad, primera dignidad en Bohemia, después del obispado; pero nuestro Santo, que despreciaba las grandezas terrenas y pompas mundanales, declinó la real merced y ciñóse a su ministerio de capellán y limosnero.

CONFESOR DE LA EMPERATRIZ

SEÑORA de mucha cordura e inocencia era la emperatriz, y digna de esta elevada dignidad, más que por su egregia estirpe, por la nobleza de sus virtudes. No desdeñaba servir ella misma a los indigentes, mortificábase con ayunos y asperezas y pasaba notable parte de la noche en oración. Eligió por director de su conciencia a Juan Nepomuceno, con cuya dirección fué adelantando en los caminos del Señor. Lloraba como propios los desórdenes de su esposo y procuraba expiarlos con austeridades, pidiendo al Cielo por su consorte que, arrastrado por las pasiones y seducido por cortesanos impíos, habíase entregado al más desenfrenado libertinaje.

La acendrada virtud de la emperatriz hubiera debido edificar y conmover el corazón de Venceslao; pero, lejos de eso, iba endureciéndose cada vez más, llegando hasta el extremo de serle insoportable la preclara piedad de su augusta esposa y a dar lugar en su alma a la duda ofensiva y denigrante, de todo punto infundada. Cegado por la pasión de los celos, acerca de la fidelidad de su consorte, no la consideró ya sino como esposa infiel, porque Andrónico, uno de los favoritos del emperador, había maquinado una denuncia anónima contra la vida privada de la emperatriz. Acercóse ésta al día siguiente a la Sagrada Mesa, y como supiera su tiránico marido que poco antes se había confesado, quiso a todo trance salir de la duda que le atormentaba respecto de su esposa, pretendiendo saber la verdad de los propios labios del confesor, Juan Nepomuceno. Manda llamarle y, aludiendo al tribunal de la penitencia, al cual había acudido por la mañana la emperatriz, exígele le manifieste, al instante, cuanto supiese tocante al asunto que a él le tenía obsesionado. Contestóle Juan por dos veces: «Nada puedo revelar de lo que he sabido en confesión».



TERMINADA *la comida, vuelve el emperador, con más fuerza que la vez primera, a intimar a San Juan Nepomuceno para que le manifieste los secretos de la confesión de la emperatriz. Resiste firme y constante a tan sacrílegas demandas, y el fiero Venceslao le entrega al verdugo.*

Viendo Venceslao que ni por promesas ni pr amenazas se doblegaba el confesor de la reina, encolerizóse como una fiera y, echando mano a la espada, iba a atravesarle, cuando Andrónico —que se hallaba presente— se interpuso, invitando a su señor a la serenidad y a que diera tiempo al ministro de Dios para reflexionar. Condescendió el emperador, pero fué para que encerrasen en un calabozo al capellán. Solo, ante Dios y su conciencia, escribió el Santo al emperador una carta digna de la noble causa que defendía. Leyóla aquél, y ya sea por humana prudencia, ya por mudanza de opinión, ordenó que soltasen al prisionero. Mas no era para mucho tiempo.

NUEVO ENCARCELAMIENTO Y TORTURAS

ESTA vez el incidente fué debido a nuevo acceso de cólera y de crueldad del tirano. Presentaron en la mesa imperial un ave no bien asada; enfurecióse Venceslao de tal manera, que al punto mandó arrojar en un horno encendido a su cocinero Aterrados quedaron los sirvientes y se resistían a ejecutar tan inicua orden; pero por otra parte temían, no sin fundamento, que si no obedecían fuesen ellos condenados al mismo suplicio.

Esta inaudita crueldad llegó a oídos de nuestro Santo, quien, con celo verdaderamente apostólico, reprendió a Venceslao en términos enérgicos, conminándole a revocar la bárbara sentencia, y, suavizando luego el tono, procuró apaciguarle. Mas si el desventurado cocinero logró escapar como por milagro de tan horrible suplicio, toda la ira del emperador recayó sobre el santo presbítero, que fué nuevamente sepultado en un hediondo calabozo, sobrellevando con gozo aquellos malos tratamientos.

No tardó Venceslao en dejar traslucir sus verdaderas preocupaciones, enviando luego un mensajero al preso con el dilema siguiente: «O revelarle la confesión de la emperatriz o renunciar a su libertad». El Santo permaneció inconmovible como una roca.

En vista de ello, el emperador varió de táctica; soltó al encarcelado y le envió nuevo mensajero suplicándole tuvera a bien olvidar lo pasado, y, como prenda de reconciliación, se sirviese aceptar el comer al día siguiente en palacio con él. Obedeció Juan y se presentó a la hora indicada, siendo recibido con toda suerte de agasajos. Transcurrió el banquete en medio de la más perfecta armonía hasta el fin. Entonces ordenó Venceslao se retirasen todos los convidados y le dejasen a solas con el sacerdote Juan. Le habló primero sobre asuntos indiferentes; pero no tardó en traer a colación el que tanto le intrigaba, y le intimó, como otras veces, a que le manifestase los secretos que le había revelado la emperatriz en confesión.

Contestóle el Santo con noble libertad: «Nunca jamás consentiré en la infamia sacrílega que me proponéis. Y por lo que toca a Vuestra Majestad, tened entendido que atropelláis los derechos de Dios, único a quien compete el discernimiento de las conciencias. En cualquier otra cosa podéis mandar y os obedeceré; pero en esto debo responder aquello de San Pedro a los príncipes de los sacerdotes: «Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres».

Exacerbado el emperador, llama al verdugo —a quien denominaba «su compadre»— y mándale conducir al ministro de Dios al lugar de las torturas, donde le tienden en el potro y el verdugo y sus satélites le punzan los costados con lanzas de hierro candentes. Crujen sus huesos, dislócanse sus miembros por la violencia del tormento; desgárranse sus carnes y las quemaduras le tornan enteramente desconocido. En medio de los tormentos no cesa el mártir de invocar los nombres de Jesús y de María.

Entretanto llegó a oídos de la emperatriz la refinada crueldad con que era tratado su confesor y, llena de aflicción y horrorizada ante el peligro que corría el alma de su feroz marido con el sacrilegio que estaba cometiendo, corrió a echarse a los pies del tirano y, a fuerza de súplicas, obtuvo la libertad de Juan Nepomuceno.

PREDICE EL SANTO SU MUERTE Y LAS CALAMIDADES DE BOHEMIA

EL Santo, tranquilo y sereno, salió de la prisión y, así que se cerraron las profundas heridas que había sufrido en su martirio, prosiguió su vida apostólica con más celo que nunca y multiplicó sus buenas obras, a fin de presentarse ante el tribunal de Dios purificado de las imperfecciones inherentes a la naturaleza humana.

Con estas disposiciones subió cierto día al púlpito de la catedral de Praga, para despedirse de aquel pueblo que él había evangelizado durante tantos años y, tomando como tema de su sermón el último discurso del Salvador del mundo en la memorable noche de la santa Cena:

—Me veréis un poco de tiempo —dijo—, y por esta razón serán pocas las palabras que he de dirigiros; mi fin se aproxima y pronto moriré por guardar los mandamientos de Jesucristo y de su Iglesia.

«La herejía —continuó— que el infierno suscitará dentro de poco, desolará el reino de Jesucristo, y en este mismo reino de Bohemia, donde la religión florece hoy tanto, serán profanados los altares, el santuario destruído, el uso de los Sacramentos abolido, los consejos evangélicos despreciados, y todas las leyes humanas y divinas pisoteadas. Los templos y monasterios del Señor serán reducidos a cenizas; gran número de religiosos

perecerán al filo de la espada, o por hambre, sed y otros bárbaros suplicios. Los lobos entrarán al asalto en el aprisco, devorarán el rebaño y se apoderarán del patrimonio de Cristo. Todo será derrumbado y escarnecido; las potestades infernales se desencadenarán y, ¡ay de aquellos que caigan en las manos de los falsos profetas!»

Estas terribles predicciones, que arrancaron lágrimas al auditorio, no tardaron en cumplirse, pues treinta años más tarde, Juan Hus, Jerónimo de Praga y otros herejes sembraron en todas partes sus detestables errores, llevando el luto y la desolación a toda Bohemia: quemaban las iglesias, derribaban los monasterios y cometían vilezas, desmanes e iniquidades hasta entonces desconocidos. Y, para colmo de males, algún tiempo después, la mayoría de los habitantes del país fueron arrastrados a la herejía de Lutero.

Al terminar su sermón se despidió de todos los fieles de Praga y pidió perdón de los malos ejemplos que pudiera haberles dado; el pueblo, sobrecogido de temor y de dolor, respondió de nuevo con llantos y gemidos.

EL MÁRTIR

COMO sabía que su martirio se acercaba, pocos días después fué nuestro Santo a postrarse a los pies de Nuestra Señora de Bunzel, cuya imagen habían llevado en otro tiempo a Bohemia San Cirilo y San Metodio con la luz de la fe cristiana.

Tras larga y fervorosa oración, y ya a la caída de la tarde, se dirigió a su alojamiento; al pasar junto al palacio imperial, fué visto desde una ventana por el cruel Venceslao, cuya cólera se excitó al extremo de que, haciéndole llevar a su presencia, le dijo estas brutales palabras: «Oye, tú, cura; no se trata ya de guardar silencio. O hablas inmediatamente, o mueres sin remedio; pues, si no me dices ahora mismo lo que sabes de la emperatriz, vas a beber toda el agua del río Moldava».

Juan miró atentamente al tirano, sin dignarse responder a sus groseras palabras, y esperó, con la tranquilidad de quien se pone por completo en manos de Dios, el momento de recibir la corona del martirio, que le había sido anunciada. Esta actitud acabó de enfurecer a Venceslao que, fuera de sí, exclamó, dirigiéndose a sus servidores: «Llevaos de aquí a este hombre y, así que las sombras de la noche sean bastante espesas para ocultar al pueblo la ejecución de la sentencia, arrojadlo al río y que en él perezca».

Los satélites del tirano cumplieron la bárbara orden y, atado de pies y manos, fué arrojado al río Moldava el día 29 de abril del año 1383, víspera de la festividad de la Ascensión del Señor.

Ejecutó el inicuo emperador tan horrendo crimen al amparo de las tinieblas de la noche, imaginándose que había de permanecer ignorado; pero

no bien el cuerpo quedó sumergido en las aguas, cuando un resplandor maravilloso se cernió sobre las ondas; inmoble al principio, más tarde siguió lentamente la corriente.

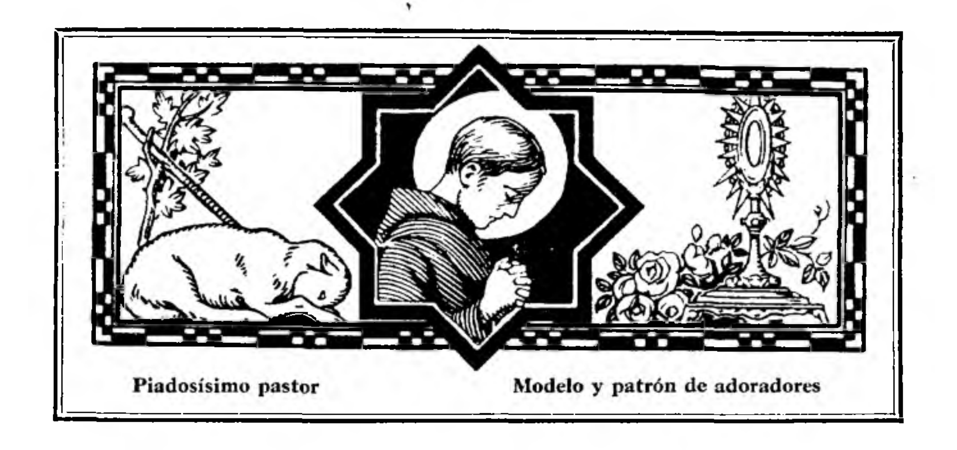
Tan señalado prodigio atrajo a las orillas del río a todos los habitantes de la ciudad, ignorantes todavía de la causa que la había producido. La misma emperatriz, a cuyos oídos llegó lo maravilloso del caso, fué a buscar a su feroz marido para hacerle partícipe de las nuevas de tan extraordinaria maravilla. Imposible es pintar el espanto que se retrató en el rostro del tirano cuando supo que el horrendo crimen que había querido ocultar en las sombras de la noche, quedaba al descubierto por los adorables designios de la Providencia. Lleno de horror se encerró en sus habitaciones, en las cuales estuvo tres días sin recibir a nadie, viendo constantemente con los ojos de la imaginación el cuerpo de su víctima, iluminado de celestiales resplandores.

No tardó en quedar aclarado el misterio: los verdugos traicionaron el secreto del príncipe y, en virtud de las leyes naturales, el cuerpo salió a la superficie. El cadáver del mártir fué recogido y depositado en la iglesia de Santa Cruz de los Penitentes, desde donde fué trasladado con gran pompa por el cabildo, clero e inmensa muchedumbre de fieles, a la catedral.

Pronto descargó la cólera divina su furor sobre el infame Venceslao; a los pocos años, maldecido de su pueblo y destronado por su propio hermano, murió sin reconciliarse con Dios mediante el Sacramento de la Penitencia. En cambio, el sepulcro del mártir fué glorioso con multitud de milagros. San Juan Nepomuceno fué beatificado por el papa Inocencio III, en 1721, y canonizado por Benedicto XIII, el 19 de mayo de 1729.

SANTORAL

Santos **Juan Nepomuceno, presbítero y mártir;** *Ubaldo, Honorato,* Carentoc, sobrino de San Patricio, Geremaro, Dómnolo, Regnoberto y Rosio, obispos· Peregrino, obispo y mártir; Aquilino, Victoriano, Félix, Vicente de Cortona, Victorino y Genadio, mártires; Audas o Abdas, obispo siete sacerdotes, nueve diáconos y siete vírgenes, mártires, en Persia; Francoveo, solitario; Brandano, abad en Irlanda y Fidolo, en Francia; *Simón Stock, cuya devoción a la Virgen fué recompensada al darle el Escapulario del Carmen;* Andrés Bobola, martirizado por los cosacos (su fiesta se celebra el 23 de este mismo mes, véase allí su vida in extenso pág. 231); Gencio, terciario franciscano; Vitesindo, mártir en Córdoba. Santas Junia, mártir; Máxima, virgen; Clara, virgen y mártir, compañera de Santa Úrsula. Beata Manuela de Jesús, agustina.



Piadosísimo pastor — Modelo y patrón de adoradores

DÍA 17 DE MAYO

SAN PASCUAL BAILON

RELIGIOSO LEGO DE LOS FRAILES MENORES (1540 - 1592)

NACIÓ Pascual Bailón el 16 de mayo de 1540, día de Pentecostés, en Torre Hermosa, villa de la provincia de Castellón, pero que pertenecía entonces al reino de Aragón. Sus piadosos padres, Martín Bailón e Isabel Jubera, eran humildes labradores. Pusieron éstos especialísimo cuidado en educar santamente a un hijo que, prevenido desde la cuna con todos los dones de la gracia, se anticipó a la solicitud de los autores de sus días dando muestras de acendrada piedad desde sus más tiernos años, pues, apenas comenzó a andar, era su mayor satisfacción encaminarse a la iglesia, donde pasaba largas horas extasiado en mística contemplación ante el tabernáculo en que se halla encerrado el augusto Sacramento de nuestros altares, siendo necesario muchas veces que su piadosa madre fuese a buscarle para que volviese a casa a tomar el alimento corporal preciso, que el santo niño olvidaba, nutrido su espíritu por aquel otro en que tan celestial deleite hallaba.

Este fué el blanco, el ideal, el «summum» de todos los afectos y ternuras de este Santo durante toda su vida.

EL PASTORCILLO

APENAS frisaba en los siete años, cuando la pobreza de sus padres le obligó a ganarse el sustento dedicándose a la guarda de un rebaño, oficio humilde que el niño Pascua glorificó con sus virtudes. Bien poco atendida quedaba su instrucción, puesto que no sabía leer; mas como era de entendimiento claro y ánimo resuelto, proveyóse de algunos libros y, poco a poco, auxiliado por la gracia divina —hay quien afirma que los ángeles bajaron a enseñarle—, aprendió las primeras letras, y desde entonces todo su anhelo se cifró en procurarse libros piadosos, cuya lectura le ocupaba todo el tiempo que no empleaba en la oración.

Como todos los predestinados a la bienaventuranza eterna, se distinguía por su ardiente devoción a la Virgen María y al Santísimo Sacramento; esculpió en su cayado la imagen bendita de la divina Madre coronada con una Hostia esplendorosa, para tener presentes de continuo entrambas prendas de su devoción, fineza a la que la excelsa Señora correspondió favoreciendo a nuestro Santo con regaladas apariciones.

Desde aquel momento, Pascual entregóse por completo a la oración y al silencio, y apartó de sus labios con sumo cuidado toda palabra ociosa y vana. El maravilloso espectáculo de la naturaleza le preocupaba menos que el pensamiento de la Eucaristía. Vivamente penetrado del amor divino había de exteriorizarlo, y así constituíase en predicador familiar exhortando a sus amiguitos a amar a Nuestro Señor Jesucristo y a su Santísima Madre por sus palabras y por sus ejemplos. Con la edad crecían también en él la sencillez, rectitud y santo temor de Dios Era humilde, inocente, modesto, benigno, manso cariñoso, hasta cuando se veía precisado a reprender a sus amigos si cometían alguna falta. Por lo cual su trato gustaba mucho a todos.

El amo de Pascual, llamado Martín García, hombre virtuoso y dotado de abundantes bienes de fortuna, no tenía hijos y, satisfecho del comportamiento y cualidades de Pascual, quiso instituirle su heredero; pero nuestro bienaventurado declaróle que le bastaba ser hijo de Dios y heredero de su gloria.

Cuidaba con escrupuloso esmero el rebaño que su amo le confiara y no maltrataba nunca las ovejas, las cuales procuraba con todo empeño no causaran daño en las dehesas o campos de otros dueños; y, si alguna vez ocurría, a pesar de su cuidado, resarcía el perjuicio con su propio salario.

Admiraban los demás pastores su caridad obsequiosa y la sinceridad de sus palabras. Era para los otros atento y complaciente, y solamente para consigo riguroso, pues, a pesar de sus cortos años, éranle ya familiares los ayunos, cilicios y disciplinas hasta el derramamiento de sangre.

VOCACIÓN RELIGIOSA

MAS dispuso el Señor alzarle a mayor perfección y, al efecto, infundióle vivo deseo de abrazar el estado religioso para entregarse sin trabas de ningún género al servicio de Dios en la soledad del claustro. Así se lo manifestó a otro pastor amigo suyo, llamado Juan Aparicio, que trató de disuadirle poniendo en duda la sinceridad de su vocación, a lo que respondió Pascual dando tres golpes con su cayado en la tierra, de la que surgieron tres manantiales de agua tan pura como la intención de nuestro bienaventurado que, no pudiendo resistir al llamamiento de Dios, se despidió de sus padres y, obtenida su bendición, se trasladó a Monfort, en el reino de Valencia, donde se hallaba establecido uno de los conventos fundados por San Pedro de Alcántara. Contaba a la sazón dieciocho años.

Pero, los superiores, recelosos, sin duda, ante la juventud, el semblante místico, que tal vez tomaron por afectado, y el vestido un tanto rústico y desmazalado del santo pretendiente, negáronse a recibirle, no obstante sus fervorosas instancias. Mucho sintió Pascual la negativa, mas no por eso perdió la esperanza; entretanto, se alquiló como pastor de cierto hacendado de aquellas cercanías, y fué admiración de cuantos pudieron observar la vida penitente y de oración casi continua que llevaba.

Los días festivos eran para nuestro Santo los más felices de su existencia, pues, como en ellos no sacaba a pastar el rebaño, los pasaba en la iglesia del convento asistiendo al Santo Sacrificio de la Misa, en la que recibía la Sagrada Comunión, y permanecía después largas horas en arrobadores éxtasis, de los que le sacaba la necesidad de abandonar el templo a la puesta del sol. Los días de trabajo no podía asistir corporalmente al Santo Sacrificio, pero asistía en espíritu comulgando de igual forma, con tan gran devoción que mereció de la Bondad divina verse favorecido con la aparición de la Sagrada Hostia, encerrada en riquísima custodia, sostenida por dos ángeles. Con esto concibió un amor tan profundo a la divina Eucaristía, que a partir de aquel instante su principal devoción fué el Santísimo Sacramento del Altar.

Así vivió durante algún tiempo; ya sólo se le conocía en la comarca por el nombre del *pastor santo*, mas él, temeroso de que la vanidad no ensombreciera su alma y queriendo vivir para su mayor seguridad desconocido de los hombres, en el año 1564 pidió el hábito de San Francisco a los santos moradores del convento de Monfort, que, como ya conocían lo extraordinario de sus virtudes, le recibieron con grandes y sinceras demostraciones de júbilo.

Desde luego quisieron admitirle entre los religiosos de coro, pero Pas-

cual, cuya humildad era tan extraordinaria como sus demás virtudes, no quiso pasar de la modesta condición de hermano converso, y, como tal, hizo sus votos terminado el año de noviciado.

Los oficios que desempeñó en el convento de Monfort fueron los que le correspondían como Hermano converso; portero unas veces, refitolero otras, a veces limosnero, cocinero u hortelano; en todos ellos se portó a satisfacción de sus superiores en las distintas casas de la Orden a que le llevó la santa obediencia. El convento de Villarreal, que le albergó durante los últimos años de su vida, ha alcanzado gran celebridad por los muchos prodigios que incesantemente Dios ha obrado cabe su glorioso sepulcro.

HUMILDAD. — OBEDIENCIA HEROICA

HEMOS aludido a la humildad de Pascual Bailón al mencionar la resistencia que opuso a ser admitido en el convento de Monfort como religioso de coro; y ahora hemos de añadir que en tan excelente virtud llegó a sobresalir de tal modo que bastaba darle la menor alabanza para sumirle en hondísima aflicción, de la que salía cuando sus superiores le reprendían, no porque hubiera cometido alguna falta, sino porque sabían que aquélla era la única manera le consolarle del dolor que le causaba cualquier elogio dirigido a su persona o a sus obras.

Por esta causa, aunque jamás descuidaba voluntariamente los deberes de su oficio, hallaba cierta satisfacción cuando por inadvertencia incurría en algún ligero descuido, pues la seguridad de ser reprendido compensaba en su ánimo, con creces, la pena que le causaba su involuntaria falta.

Cierto día, fregando un plato, se le cayó de las manos y se rompió en pedazos. Recogiólos fray Pascual, y —como es corriente en algunos conventos— colgándolos de una cuerda que se puso al cuello, presentóse ante la comunidad, confesando su culpa. El superior, atento siempre a ejercitar la virtudes de nuestro Santo, le reprendió con tal aspereza que algunos religiosos se apresuraron a consolar al santo lego. «Callaos —les contestó— y tened en cuenta que el Espíritu Santo habla siempre por la boca de nuestro superior».

Pues si en grado tan sublime practicaba la humildad nuestro Santo, puede afirmarse que en la virtud de la obediencia descolló sobremanera imitando a quien por nosotros se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Animado del mayor respeto a su santa Regla, practicóla perfectamente hasta en las menores prescripciones, siendo el premio de su observancia las luces sobrenaturales con que el Señor le favorecía, de tal suerte que más de una vez sus superiores acudían a él para consultarle en las dudas.



PONE *el hereje la lanza en el pecho de San Pascual Bailón, y le dice: —«¿Dónde está Dios?» —«En el cielo», contesta el Santo, y el hereje se retira. Piensa luego que si dice: «...y en el Santísimo Sacramento», el hugonote le hubiera matado, y siente haber perdido la ocasión de ser mártir*

Como veía en ellos a los representantes de Dios, Pascual, venciendo su natural repugnancia, obedecíales ciegamente a la menor indicación, teniendo presente que el Espíritu Santo habla por boca de ellos; y así, en casos semejantes, acostumbraba responder: «Procederé conforme ordenare la obediencia».

El superior de los religiosos observantes descalzos de Valencia tuvo necesidad de escribir al general de la Orden, que por aquel entonces residía en París, y, como la nación vecina se hallaba en un estado de agitación extraordinaria a causa de los desórdenes y tropelías cometidos por los calvinistas, era punto menos que imposible el hacer llegar la misiva a su destino sin correr gravísimos peligros, incluso el de perder la vida el portador de ella. En esta situación se propuso se encargara del susodicho mensaje a Pascual Bailón, que accedió gustoso, pues su más ardiente deseo era dar la vida por Jesucristo.

Inmediatamente emprendió el camino, sin cuidarse siquiera de proveerse de lo más indispensable para tan largo viaje, y a pie y descalzo atravesó los Pirineos, llegando hasta Tolosa de Francia, donde había un convento de su Orden, al que se acogió para tomar algún descanso y los informes necesarios para el mejor cumplimiento de su arriesgada misión.

Reunidos en Capítulo los religiosos del mencionado convento, discutieron largamente acerca de si podían, en conciencia, consentir que prosiguera su viaje el santo mensajero, pues había muchas probabilidades de que cayera en manos de las hordas de hugonotes que infestaban todos los caminos de Francia; pero nuestro Santo respondió a todos los reparos que se le propusieron para disuadirle de llevar a término el encargo que se le había encomendado, que por encima de todos los peligros que correr pudiera, estaba la obligación que tenía de obedecer a su superior, y que antes perdería mil vidas que dejar de cumplir lo que le había mandado quien tenía potestad para ello.

Oídas tales palabras y vista la firme resolución del santo mensajero de ponerlas por obra, los religiosos de Tolosa le dejaron marchar, aconsejándole que se vistiera de seglar para pasar inavertido. No se avino a ello el siervo de Dios y prosiguió el camino hacia París, preservándole la Divina Providencia de los grandes peligros que le amenazaron, pues más de una vez fué perseguido a palos y a pedradas por las turbas calvinistas, y aun en cierta ocasión recibió grave herida, de la que se resintió hasta su muerte. También fué preso dos veces y acusado de espionaje, librándose de la muerte por visible protección del cielo.

Los trabajos y fatigas que sufrió en aquel viaje fueron innumerables. Un día se vió tan apretado por el hambre que, para no morir de inanición, llamó a la puerta de un castillo pidiendo por amor de Dios un pedazo de pan. El dueño del castillo era hugonote y, al anunciarle que un fraile

desarrapado y de mala catadura pedía limosna, mandó que le llevasen a su presencia. Examinóle de pies a cabeza y, al ver su cara tan morena, y sospechando no fuese algún espía español, disponíase a darle muerte, cuando su mujer, movida a piedad, púsole secretamente en salvo, sin pensar siquiera en darle un bocado de pan; pero lo obtuvo de caridad en una casa de campo vecina.

Pero todavía le quedaban por sufrir otros riesgos a nuestro Santo, pues, apenas escapó de los inminentes peligros del castillo hugonote, se vió asaltado por una turba de campesinos, a quienes llamó la atención su hábito, los cuales, tras colmarle de insultos y de golpes, le encerraron en una cuadra, en donde permaneció toda la noche entregado a la oración, hasta que al amanecer del nuevo día uno de los que le habían encerrado, arrepentido de su cruel acción, le puso en libertad y le socorrió con una limosna.

Sin otros incidentes dignos de ser especialmente mencionados, llegó a París el santo Hermano converso, y, después de haber cumplido la misión que le llevó a la capital de Francia, emprendió su retorno a España. Lo más notable que le aconteció fué el encuentro que tuvo con un caballero que, yéndose sobre nuestro bienaventurado lanza en ristre, se la puso al pecho diciendo:

—¿Dónde está Dios?

—En el cielo — respondió Pascual, sin turbarse.

Oída esta respuesta, el caballero retiró la lanza y se marchó sin pronunciar palabra. El Santo prosiguió también su camino, y, reflexionando sobre lo que acababa de ocurrir, cayó en la cuenta de que había omitido decir que también se hallaba en el Santísimo Sacramento del Altar. «¡Ay de mí! —exclamó, convencido de que aquel caballero era un hereje que tal vez buscaba aquella declaración de fe católica para darle muerte—. He perdido la ocasión de morir mártir; mi indignidad me ha privado de gracia tan inefable».

SU CARIDAD CON LOS POBRES

VUELTO al convento, reanudó nuestro bienaventurado su vida de humildad y penitencia, dando además pruebas de ardiente caridad para con los pobres, con quienes se hallaba en contacto diario por ser portero del convento. Jamás negó una limosna a los muchos indigentes que llegaban a la portería; y un día en que, por la penuria que se padecía en la comarca, le reprendió el superior su largueza, que podía ser causa de que la comunidad llegase a carecer de sustento, le respondió el Hermano Pascual:

—Si se presentasen doce pobres pidiendo limosna y solamente se la diera a diez, ¿qué sucedería si uno de los indigentes a quienes se la negara fuese Nuestro Señor Jesucristo?

Ante esta respuesta calló el superior, dejando al Santo en libertad de dar rienda suelta a su ardiente caridad, que llegó al extremo de privarse de su propio alimento para socorrer a los necesitados.

Juntamente con su inagotable caridad, poseía un espíritu eminentemente pacificador, con el que consiguió reconciliar a implacables enemigos. De ello pueden presentarse innumerables ejemplos, pero sólo citaremos el caso de un joven poseído de tan insaciable sed de venganza contra el asesino de su padre, que nadie podía disuadirle de quitar la vida a su enemigo. Súpolo el santo portero e inmediatamente tomó a su cargo la empresa de reconciliar a aquellos dos hombres, yendo para ello a visitar al joven vengativo. Sus esfuerzos resultaron en un principio inútiles; pero luego se arrojó a sus pies, diciéndole: «Hermano mío, perdónale por amor de Dios». Estas palabras conmovieron hondamente al joven, que por amor de Dios perdonó al matador de su padre.

AUSTERIDADES. — CIENCIA EMINENTE

LA austeridad de San Pascual Bailón espantaba a los religiosos más mortificados; ayunaba diariamente y con frecuencia a pan y agua, y aun entonces sólo tomaba lo estrictamente necesario para no desfallecer. Siempre escogía para sí los alimentos más ordinarios del convento y muchas veces se contentaba con las sobras de sus Hermanos, siendo necesario que sus superiores le mandasen en nombre de santa obediencia que tomase otros manjares menos despreciables.

Breves horas permitía descansar a su cuerpo sobre el duro suelo y en una postura molesta, aumentando su incomodidad cargándole de cadenas y ciñéndole con ásperos cilicios. No satisfecho con esto, se disciplinaba con frecuencia hasta hacer correr la sangre de su inocente cuerpo, al cual, para mortificarlo más aún, del exiguo descanso que le concedía, sustraíale con frecuencia buena parte, que dedicaba a prolongadas oraciones.

Este cúmulo de austeridades, al paso que debilitaba su cuerpo, elevaba su espíritu al conocimiento perfecto de las verdades sobrenaturales. Favorecido con éxtasis divinos, el Señor se le mostraba en todo el esplendor de su gloria, y aquel humilde religioso adelantaba en la ciencia divina mucho más de lo que hubiera podido hacerlo estudiando los tratados de los más eminentes teólogos.

Muchos de éstos, aun de entre los más eximios de su tiempo, iban a consultarle los puntos más intrincados de las verdades de la fe, quedando

pasmados de sus respuestas, reflejo fiel de la sabiduría divina. Nuestro Santo rehuía por humildad aquellas consultas; pero cuando la obediencia le obligaba a resolverlas, o el misericordioso deseo de enseñar a los ignorantes abría sus labios, la elocuencia que por ellos se desbordaba y la caridad con que exponía la doctrina católica, dejaba extáticos a cuantos tenían la dicha de oírle. Esto le valió la persecución de los herejes, a quienes confundía con sus argumentos, y en más de una ocasión fué el blanco de las iras de aquellos enemigos de la fe, que le maltrataron cruelmente, siendo necesaria la protección especial de la divina Providencia para que saliera con vida de sus manos.

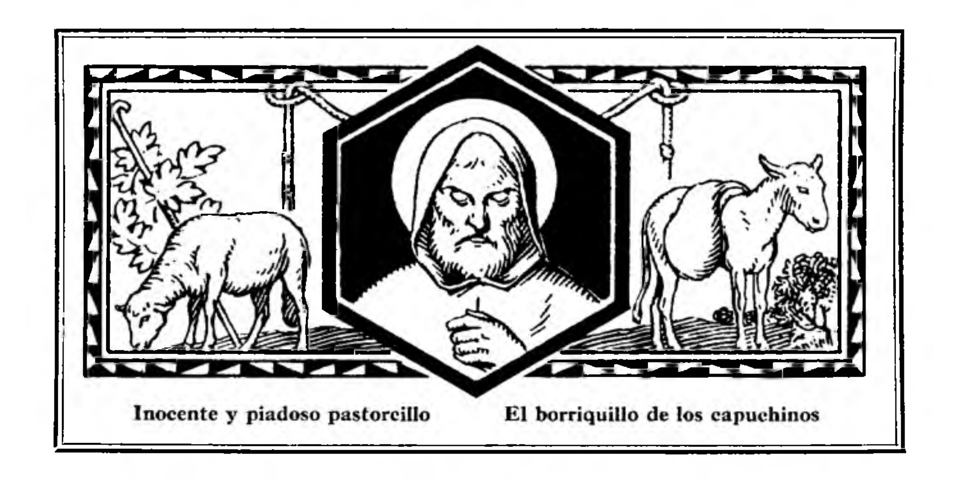
El Hermano Pascual amaba tiernamente a la Santísima Virgen y a ella acudía con filial confianza; pero su devoción principal era —como hemos dicho— la Sagrada Eucaristía.

SU MUERTE Y RELIQUIAS

COLMADO de méritos y a la hora que él mismo predijo, durmióse San Pascual tranquilamente en el Señor, el domingo de Pentecostés —17 de mayo de 1592—, durante la elevación de la Sagrada Hostia. Tan luego como cundió la noticia de su muerte, los fieles acudieron a contemplarle, siendo tal la afluencia de ellos que sólo al tercer día pudo celebrarse su entierro. Las honras fueron solemnísimas como se ven pocas veces. Durante la misa, el difunto, que tenía los ojos cerrados, los abrió por dos veces: la primera al alzar la Hostia y la segundo al alzar el Cáliz, con gran admiración de los concurrentes.

Dios nuestro Señor preservó el cuerpo de su siervo de la corrupción del sepulcro; en el siglo XVII conservaba aún toda su frescura. Los muchos milagros que hizo en vida y los que Dios obró por su intercesión junto a su sepulcro, movieron al rey de España y a otros soberanos, a príncipes, nobles y personas de toda clase, a pedir su beatificación, que decretó el año 1618 el pontífice Paulo V; el 16 de octubre de 1690 fué solemnemente canonizado por Alejandro VIII; finalmente, el 28 de noviembre de 1897, León XIII le proclamó Patrono de los Congresos y Obras Eucarísticas.

Uno de los más señalados milagros que se cuentan de este Santo son los golpes con que suele anunciarse a sus devotos en circunstancias extraordinarias. Cuando son fuertes estos golpes, indican una calamidad futura y aun la proximidad de la muerte; si son suaves quiere decir, por el contrario, que los ruegos dirigidos a San Pascual Bailón han sido favorablemente escuchados.


Inocente y piadoso pastorcillo — El borriquillo de los capuchinos

DÍA 18 DE MAYO

SAN FELIX DE CANTALICIO

CONVERSO CAPUCHINO (1515 - 1587)

SAN Félix de Cantalicio fué el primero y uno de los más hermosos frutos de santidad que a la Orden seráfica dió la rama capuchina; rama nueva del tronco franciscano, que alcanzó su independencia en el año 1525, siguiendo las huellas del bienaventurado Mateo de Bascio, y cuyas Constituciones fueron aprobadas por Clemente VII en 1528 y más tarde por Urbano VIII en 1638.

Nació Félix el año 1515 en Cantalicio, pueblo de los antiguos Estados Pontificios, situado al pie del Apenino, en los límites de la Sabina y de la Umbría. Llamóse su padre Santos y Santa su madre, nombres de tal modo predestinados, que justificaban la dignidad de su vida. No obstante, Félix, su tercer hijo, fué «santo» con mayor propiedad, puesto que manifestó desde su tierna infancia tales muestras de predestinación, que sus compañeros llamábanle corrientemente el «santo».

Sus padres, que eran pobres y labradores de profesión, empleáronle desde muy temprano en guardar los rebaños. Esta vida rimaba muy bien con la disposición meditabunda del niño; poco inclinado a las conversaciones ociosas y con el corazón siempre inclinado hacia el cielo, tomó la costumbre de conversar con Dios por medio de la oración.

Buscaba preferentemente los lugares solitarios y allí con frecuencia repetía el Padrenuestro, el Avemaría y otras sencillas oraciones que le habían enseñado; y, cuando los demás pastores se entregaban al sueño, arrodillado él ante un árbol, en cuya corteza había grabado una cruz, meditaba la Pasión de Cristo. Pronto sintió el anhelo de juntar a esta fervorosa meditación el ayuno y la disciplina, ejercicio este último que repetía cada tarde antes de entregarse al descanso. Sus compañeros se le burlaban y le decían:

—¿Piensas demostrarnos que eres mejor que nosotros? Duerme, necio; descansa de noche. Aunque hicieses milagros, no creeríamos en tu santidad.

Soportó valientemente el pastorcillo todas estas burlas, y su tranquila indiferencia desconcertó a sus adversarios. Al que le ofendía, le respondía: «¡Vamos; ojalá llegue a ser santo!» Sin embargo, algunos de sus compañeros, admirados de su conducta, se volvieron formales, y créese que uno de ellos ganó por sus consejos la gracia de la vocación sacerdotal.

Llegado a la edad de doce años le enviaron a Ciudad Ducal para servir a Marco Tulio Picarelli, noble y honrado ciudadano, el cual le destinó a guardar ganado; y poco después, cuando más crecido, a la labranza de su hacienda. Alegróse Félix con su nuevo empleo porque le permitía asistir diariamente a misa antes de ir al campo. Cuéntase que un día en que un trabajo urgente le había privado de este consuelo, acudió un ángel a reemplazarle en el arado mientras él iba a desahogar su corazón en la iglesia, cerca de Jesús Sacramentado.

Este humilde jornalero, sin instrucción, ya que nunca había podido asistir a la escuela, había aprendido mucho del Espíritu Santo. Como cándidamente lo confesó él mismo más tarde, nunca supo ni quiso saber más de seis letras: cinco encarnadas y una blanca. Las cinco encarnadas eran las cinco llagas del Salvador, y la letra blanca, la Santísima Virgen.

LA VOCACIÓN RELIGIOSA

DIOS mismo acabó de iluminarle inspirándole un género de vida más perfecto. El alma santa siempre está dispuesta a escuchar la voz del Señor que interiormente le habla. Atraído Félix por la extraordinaria vida de los ermitaños de Egipto, que oyó leer en casa de su amo, amo, pensó hacerse anacoreta; pero tiene la vida solitaria sus inconvenientes; la vida de comunidad ofrece sus ayudas y garantías. Reflexionando sobre ello, el joven volvió sus ojos hacia el convento de los Padres Capuchinos, fundado poco antes en Ciudad Ducal. Procuró un primo suyo desviarle de tal propósito, exponiendo a su consideración las austeridades que le aguardaban;

pero Félix se contentó con responderle «que él quería ser religioso, costase lo que costase, o que de lo contrario no valía la pena abrazar dicho estado».

Aunque tenía tan bien arraigada en su alma la semilla de la vocación celestial, dudando si acaso era Dios quien la había sembrado, puso alguna dilación en cumplirla; un accidente le sacó de toda duda. Un día que domaba unos novillos, enseñándoles a llevar el yugo, se embravecieron las bestias, le echaron al suelo y pasaron el arado y la reja sobre el pecho y el rostro del Santo. A no ser por un milagro hubiera perecido en el percance. Al levantarse reparó que sus vestidos estaban completamente rotos, sin que su cuerpo tuviera el menor rasguño; vió en lo sucedido una atención especial de la Providencia y resolvió abandonar el mundo sin demora y hacerse capuchino.

Ordenó rápidamente sus negocios; distribuyó a los pobres el poco dinero que poseía, y pidió perdón a todos de los disgustos que hubiera podido causar. Habíase tomado en dos o tres ocasiones licencia para ofrecer a escondidas de su amo un poco de vino a un amigo suyo; suplicó a Marco Tulio que descontase del salario el valor de aquel vino y que distribuyese lo restante a los pobres. Luego abrazó a los suyos y partió.

El Padre guardián examinó su vocación, y le representó la austeridad de la religión y la continua mortificación de los sentidos y de la propia voluntad a que debía sujetarse hasta la muerte; para mejor probarle, añadió con cierta aspereza, al verle tan mal vestido: «Tú vienes aquí, sin duda, para hacerte con un vestido nuevo. Querrías vivir en religión sin hacer nada; o piensas, tal vez, que podrás mandar a los religiosos como mandabas a tus bueyes. Has de saber que aquí el trabajo es incesante y la obediencia absoluta. Renuncia, pues, a tu propósito, y no vuelvas a pensar en el convento».

No se amedrentó ante acogida tan inesperada el nuevo postulante: «Padre mío —dijo—, tomo a Dios por testigo de que no vengo aquí guiado por otro motivo que por el de entregarme a su servicio. Él sólo me inspira, me fuerza y ordena presentarme a vos. ¿Queréis que resista a sus inspiraciones y que rehuse el honor que me dispensa?

La sinceridad que denotaban las palabras del santo labriego hizo comprender al Padre guardián que se trataba de una vocación verdadera, y sin más dilación le entregó letras comendaticias para el convento de Roma.

Encaminóse allá el postulante, teniendo a Dios como norte y guía de su viaje. Desde Roma fué enviado a Áscoli para vestir el santo hábito y empezar su noviciado en calidad de hermano lego. Esto ocurrió en 1545: tenía entonces treinta años.

EL VIRTUOSO LIMOSNERO

A poco de profesar y tras breve permanencia en el convento de Tívoli, fué Félix destinado definitivamente al de Roma, con el oficio de limosnero. Cuarenta años permaneció en tan humilde empleo, para edificación de los romanos y conversión de gran número de almas.

Cada día, con la alforja al hombro, iba a mendigar el alimento para sus Hermanos, con los pies descalzos, los ojos bajos y rezando el rosario, diciendo a veces al Hermano que le acompañaba: «¡Caminemos, Hermano, con el rosario en la mano, los ojos en el suelo y en el cielo la mente!» Era tan fiel a su consejo, que le aconteció acompañar a algún fraile que era sacerdote, ayudarle a misa y no poder decir a la vuelta quién había sido su compañero. No obstante, si a la vuelta de una calle había alguna imagen de Nuestra Señora, instintivamente le dirigía amorosa mirada y exclamaba cada vez:

¡Oh Madre de Dios!, deseo amaros como un buen hijo, y Vos, cual tierna Madre, no apartéis de mí vuestra mano protectora, porque soy como esos parvulitos que, por sí mismos, no pueden dar un solo paso y caen si el apoyo o amparo de su madre llega a faltarles. ¡Bendecidme, Reina Augusta! Virgen bendita, ¡adiós!

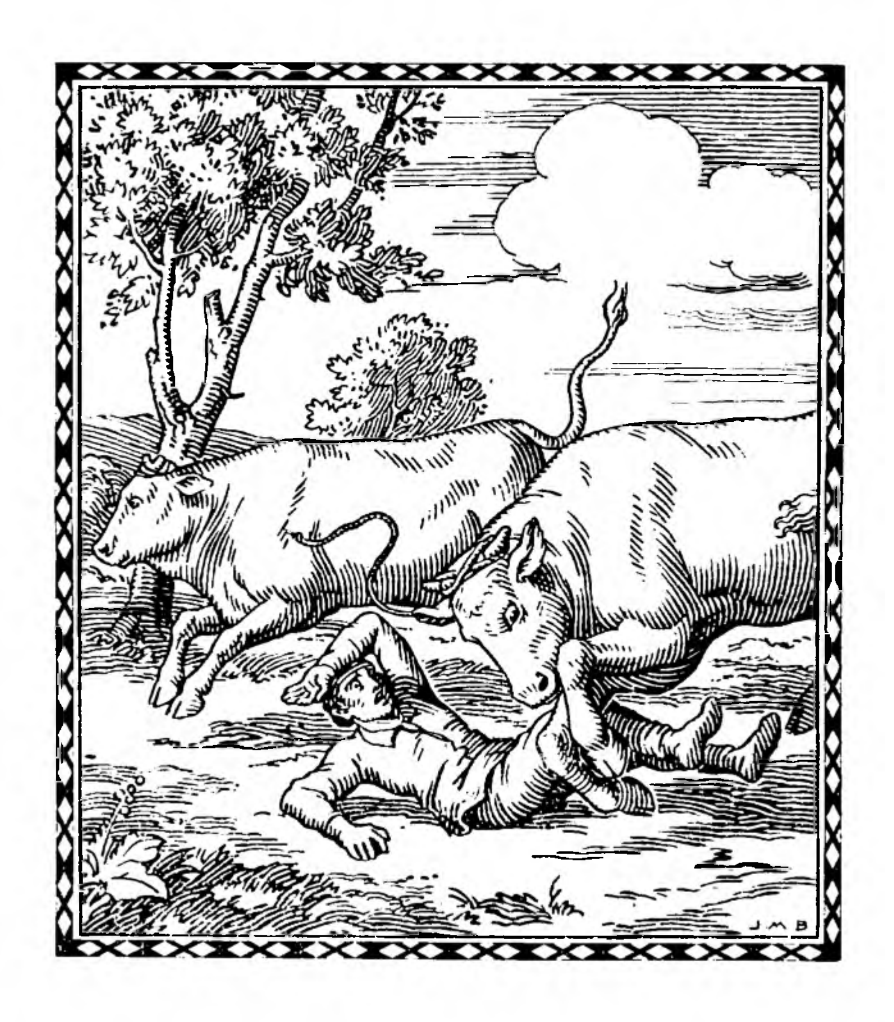
Su cándida devoción al Niño Jesús llevábale a pronunciar en cualquier circunstancia el santo nombre del Salvador y hacerlo repetir a cuantos niños encontraba: —Decid «Jesús», amiguitos; decid todos «Jesús». O bien: —Hijos míos, decid como yo: «Jesús, Jesús, Jesús; tomad mi corazón sin que jamás vuelva a mi posesión».

Otras veces, particularmente hacia el fin de su vida, exhortábalos a exclamar: *Deo gratias!* ¡Demos gracias a Dios!

Ni que decir tiene que los pequeños, arrebatados por la sencillez del fraile, correspondían gozosos a su anhelo. Consideraban como una fortuna para ellos encontrarse con él, y en cuanto le veían, por lejos que estuviese, exclamaban a porfía: *Deo gratias!*, Hermano Félix, *Deo gratias!*». Y él, derramando lágrimas de alegría, contestaba: «Sí, *Deo gratias!* Dios os bendiga, hijos míos, *Deo gratias!*

Los alumnos del Colegio Germánico le saludaban con esas dos únicas palabras, lo cual le regocijaba mucho.

En cierta ocasión, estas mismas palabras *Deo gratias!* sirviéronle como de fórmula mágica para hacer caer la espada de manos de dos duelistas a punto de entrar en liza. Corrió el santo religioso a arrojarse entre ellos gritando: «Decid *Deo gratias!* hermanos; decid los dos: *Deo gratias!*». Por extraña que fuese, la exhortación tuvo su efecto inmediato y los dos rivales



LOS *brutos se embravecen, atacan con gran furia a San Félix de Cantalicio y le rompen los vestidos. El Señor dispone, sin embargo, que no le hagan el menor daño. Agradecido el Santo, dice: «Conozco, Dios mío, lo que queréis de mí, aquí estoy pronto a obedeceros. .» Y se va al convento.*

prefirieron «dar gracias a Dios» antes que herir sus cuerpos ofendiéndole.

Toda la vida de Félix de Cantalicio muestra la humildad más profunda y verdadera que podemos imaginar. Aunque estimado y considerado como santo, así por la gente sencilla como por los grandes personajes, no podía soportar alabanzas ni muestras de veneración. No sufría que le besasen la mano. «Besádsela —decía— al compañero, que es sacerdote, y no a mí, que soy indigno pecador».

Tocante a los sacerdotes, guardábales tales deferencias que les besaba las manos puesto de hinojos; se consideraba indigno de conversar con ellos y no les hablaba más que para responder cuando algo le preguntaban.

Deseoso de humillarse ante los demás, gustaba de llamarse el *burro del convento*. «¡Paso al burro del convento de los Capuchinos» —exclamaba un día ante la muchedumbre, que deseosa de contemplarle no le dejaba puesto a la salida de una iglesia.

Todos buscaban ansiosos al animal.

—Pero ¿dónde está su burro, Hermano Félix? —le preguntaron.

—El burro soy yo, soy yo —respondió el buen religioso, prosiguiendo su camino, con los ojos bajos, encorvado bajo el peso de las alforjas llenas que llevaba al convento.

De las limosnas solía hacer dos partes: una para sus Hermanos los religiosos y otra para sus hermanos los necesitados. Los superiores le autorizaban esta largueza una vez cubiertas las estrictas necesidades de la comunidad.

Caminaba en otra circunstancia el Hermano Félix por una calle muy estrecha con las alforjas a cuestas. Completamente absorto en su meditación, no reparó en un jinete altanero que hacia él iba y sin avisar se abrió paso derribándole en tierra. Algunos testigos de la escena se indignaron, y el arrogante caballero creyó deber suyo detenerse para responder a tan injustificadas quejas. El Hermano Félix, en cambio, aunque pateado y maltrecho por el animal, se levantó y, adelantándose modesto y pacífico, dijo al que tan brutalmente le había tratado: «Dispense, señor, que por mi torpeza y distracción así le haya quitado el paso».

Un despectivo encogimiento de hombros fué la respuesta del caballero. Al día siguiente nuestro jinete vino a postrarse a los pies del humilde capuchino e imploraba su perdón, prometiendo usar en el porvenir de más suavidad y vivir como buen cristiano, para lo cual pidió la ayuda de las oraciones y consejos del buen Hermano. Félix, complacido, accedió a ello de buen gusto.

Tanto a las humillaciones como a las penas corporales, llamábalas Félix favores celestiales, rosas del paraíso, y por nada en el mundo hubiera consentido verse privado de ellas.

Prometíale en cierta ocasión el cardenal de Santorio, arzobispo de Santa Severina y protector de la Orden, a cuyos oídos había llegado la fama de

santidad de nuestro biografiado, que en sus últimos años le haría descargar de sus penosas funciones:

—Por favor, Eminencia— respondió el religioso—, permítame que siga con mi oficio de limosnero: un soldado debe morir con la espada en la mano; un burro, bajo la carga; y el Hermano Félix, encorvado bajo la alforja.

LAS DIVERSIONES DE DOS SANTOS

VIVÍA por este tiempo en Roma otro campeón de la causa de Cristo, de virtud no menos admirable que la de Félix: era San Felipe Neri, apóstol de la juventud y fundador del Oratorio. En las alturas de la santidad intimaron grandemente estos dos aristócratas de la virtud. Ocurríales encontrarse en la calle y estrecharse íntimamente en fraternal abrazo sin decirse una palabra: ¡tan bien se comprendían!

Otras veces, saludábanse de una manera extraña. Decía el uno:

—¡Quién me diera verte achicharrado!

—¡Y a mí verte tendido en la rueda! —respondía el otro.

—¡Permita Dios que te corten las manos! —replicaba el primero.

—¡Y a ti la cabeza! —añadía su interlocutor.

—¡Bendito el día en que te veas azotado y a pedradas despachurrado! —decía a veces Felipe.

—¡Y tú maniatado y en el Tíber anegado! —respondía Félix.

Los deseos que mutuamente expresaban eran propiamente deseos de martirio, favor que hubiesen preferido a cualquier otro. Las dos anécdotas que vamos a referir no dejarán de sorprender a los hombres de nuestro siglo, singularmente a los moradores de otras latitudes; a nuestro parecer, los dos Santos son tal vez más dignos de admiración que de imitación.

Encontrando un día al Hermano Félix en la calle, postulando, cubrióle San Felipe con su bonete, y le dijo: «Sigue pidiendo la limosna en esta forma y veremos si eres tan mortificado como pareces». Como buen capuchino, fray Félix iba siempre con la cabeza descubierta; era pues casi un escándalo verle de este modo y, sobre todo, con bonete semejante. Sonrióse y prosiguió su camino, cubierto y coronado con el cuadrado bonete de San Felipe. Los pasajeros le propinaban amables burlas como éstas: «Fray Félix vuelve a la infancia» —decían unos—. «Hace penitencias tan asombrosas, que pierde la cabeza» —exclamaban otros.

No obstante, los más adivinaban el secreto y estaban por ello profundamente edificados. A la vuelta de una calle, cercana a la plaza de San Lorenzo *in Dámaso,* encuéntranse de nuevo frente a frente los dos siervos de Dios. Adelántase Felipe, quita el bonete al lego bruscamente y exclama con

fingida indignación: «¡Vaya espectáculo que estás dando, Hermano Félix! ¡Qué vergüenza para tu Orden! Voy a contárselo a tus superiores y suplicarles que castiguen con severidad tus chifladuras». Tranquilo, el humilde capuchino respondió beatíficamente: «En verdad, merezco que me castiguen por mis pecados; todo lo aceptaré por amor de Dios».

En otra ocasión, acercándose los dos amigos al puente Santángelo en medio de una gran concurrencia, probaron de atraer hacia ellos las burlas y desprecios. Felipe presentó a Félix una enome botella de vino, el «fiasco» tradicional; llevóla a sus labios el capuchino y púsose a beber en medio de la calle. Pero esta vez ambos amigos quedaron burlados, pues la gente dijo admirada: «Ved a un santo que da de beber a otro santo».

EL PESO DE UNA MONEDA

ENTRE los preceptos que el seráfico Patriarca dejó a sus hijos figura esta importante recomendación: «Hernanos, si encontráis dinero en vuestro camino no hagáis más caso que del barro que huellan vuestros pies». ¿No había él mismo predicado con el ejemplo, haciendo arrojar oro oro al estercolero para inculcar más profundamente en los suyos el menosprecio de los bienes perecederos?

Ninguno era más exacto que Félix en el cumplimiento de este artículo de Regla. La más pequeña moneda parecía quemarle las manos. Lo que oído por un burlón, púsole un día maliciosamente una moneda de plata en las alforjas, sin advertirlo el siervo de Dios; pero luego exclamó: «¡Jesús, Jesús, Jesús! ¡La serpiente está en la alforja. ¡Oh, qué peso!» Y llegándose a un soportal cercano descargó toda la alforja, y vista la moneda la echó al lodo. «¡Ah!, ¡eres tú, vil metal —exclamó con aire satisfecho—; eres tú el que tanto pesabas! Recójate el que quiera, que yo no quiero mancharme contigo». Y volviendo a cargarse la alforja se fué.

ESPÍRITU DE POBREZA Y DE MORTIFICACIÓN DE SAN FÉLIX. — SU MUERTE

COMPRÉNDESE bien con casos como éste, el afecto que Félix de Cantalicio tenía a la santa pobreza. Su hábito era corto, estrecho y remendado; si por ventura se rompía o deshilachaba, él mismo lo remendaba; tanto en invierno como en verano absteníase de túnica y contentábase con el hábito de la Orden, o si se permitía un vestido interior

había de ser un áspero cilicio o una camisa de mallas que sobre sus carnes llevaba cuando hacía la romería de las siete basílicas.

Su mortificación era tan admirable como su espíritu de pobreza. Privábase incluso de las legítimas satisfacciones, tales como acercarse al fuego durante un frío riguroso: probaba de calentarse paseando por el jardín del convento, y al propio tiempo que caminaba, hablando alto consigo mismo, se iba diciendo: «Vamos, Hermano asno —así llamaba a su cuerpo—; estás transido de frío, preciso es que te calientes sin fuego, que no de otro modo se calientan las bestias de carga. ¡Lejos del fuego, hermano asno, lejos del fuego! Junto al fuego negó San Pedro a su Divino Maestro».

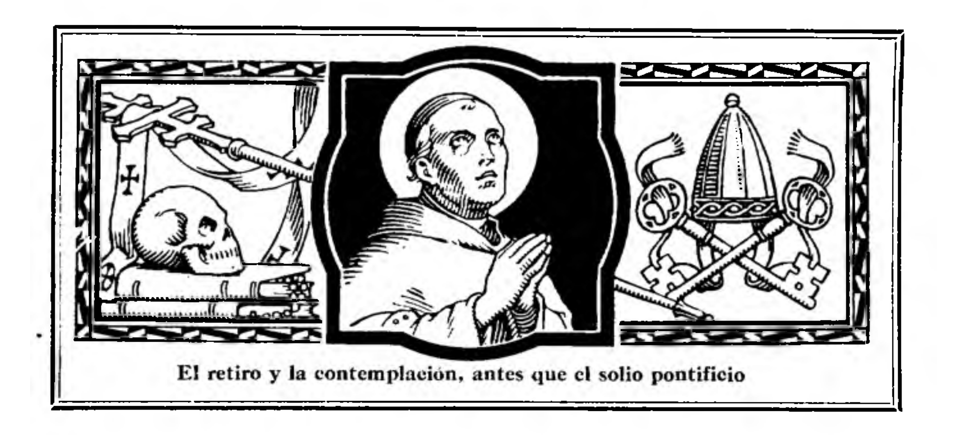
Siempre hallaba razones para ocultar sus austeridades. ¿Iba descalzo? Era para caminar más cómodamente. ¿Se disciplinaba hasta derramar sangre? Así se calentaba un poco. ¿Alejábase del fuego? Era para evitar la tentación de entretenerse con largas conversaciones. También hallaba motivos para no dormir más que dos horas cada noche y pasar lo restante del tiempo en oración.

Esta fué su norma de conducta durante los cuarenta y dos años de su vida religiosa, acumulando en lo íntimo de su corazón renunciamiento y sacrificios, y por ellos méritos y gloria eterna.

Purificado por dolorosos padecimientos crónicos, soportados sin queja alguna, llamóle Dios a disfrutar de las alegrías del paraíso el día 18 de mayo del año 1587. Murió Félix pronunciando los dulcísimos nombres de Jesús y María.

SANTORAL

Santos **Félix de Cantalicio, confesor;** *Venancio, mártir; Teodoto y las siete vírgenes de Ancira, mártires; Potamión, obispo, y Hortasio, mártires;* Erico o Enrique, rey de Suecia, mártir; Corcodemo, mártir, Quiniberto, eremita; Dióscoro, lector, a quien agujerearon las uñas, quemaron los costados y expiró entre planchas de hierro hechas ascuas; Félix, obispo y mártir; Merorilano, presbítero y mártir; Urbano, Teodoro, Menedemo y setenta y siete compañeros, mártires en Constantinopla Arsenio, confesor. Beatos Nicolás Dionisio, franciscano; y Juan Gilabert, mercedario valenciano del convento de Nuestra Señora del Puig. Santas Ciriaca de Nicomedia y Sira, vírgenes y mártires; Elgiva, esposa de San Edmundo, rey de Inglaterra.


El retiro y la contemplación, antes que el solio pontificio

DÍA 19 DE MAYO

SAN PEDRO CELESTINO

PAPA Y FUNDADOR (1215 - 1296)

EN la celda abandonada por el Fundador de la Orden de los «Celestinos», al bajar del Monte Murón para tomar la pesadísima carga del Sumo Pontificado, encontraron entre los papeles un cuaderno escrito de su propio puño y letra que contenía buena parte de su vida. Este documento es el que nos ha servido para el sencillo relato que nos ocupa. No se crea por ello, que la autobiografía fué inspirada a nuestro Santo por un sentimiento de vanagloria; muy al contrario, dejó aquellos apuntes para edificación de sus religiosos.

Pedro Angelario, llamado más tarde Pedro Murón, hoy conocido por el nombre de Celestino V, papa, y más generalmente por el de Pedro Celestino, nació probablemente en Isernia, ciudad de Campania (Italia), en 1215, de padres sencillos y temerosos de Dios. Tuvo once hermanos, clara muestra de la protección del cielo sobre su familia. Pedro fué el penúltimo. No cesaba la madre de suplicar al Señor, como prenda del amor que a los suyos profesara, se sirviese llamar a su santo servicio al menos a uno de sus doce hijos. Abundando en esas ideas, ella misma destinó al segundo para la carrera sacerdotal; pero el joven no satisfizo las esperanzas que en él depositara.

De cinco a seis años contaba entonces Pedro, y ya la divina gracia descendía a raudales sobre su alma cándida y sencilla; hablando con su madre le solía repetir: «Madre, yo quiero consagrarme a Dios». Loca de alegría al ver en su hijo tales disposiciones, la madre prometió dedicarle al estudio, no retrocediendo en su propósito a pesar de la oposición que encontró dentro y fuera de la familia. Con grandes sacrificios económicos, confió, pues, su educación a un profesor particular. Bendijo Dios tan admirable constancia, correspondida muy pronto por la sin igual aplicación del niño. Tal era su piedad que, ya en sus oraciones de estudiante, se veía regalado con frecuencia por la contemplación pacífica y cariñosa de los ángeles, de la Reina de los Cielos y de San Juan Evangelista.

Su madre, a quien el niño relataba sencilla y fielmente estas visiones, quiso experimentar si realmente venían de Dios, y pronto pudo convencerse de que así era en efecto. Sobrevino una espantosa carestía en toda la comarca, hasta el punto de faltar alimentos tan indispensables como el pan y el vino. Acudió la piadosa mujer primeramente a Dios; y luego, llamando a Pedro, le dijo: «Toma, hijo mío, una hoz y vete a buscarme trigo en los campos». Nótese que el tiempo de la cosecha estaba aún muy lejano y el trigo todavía en hierba. Obedeció, no obstante, el niño y no tardó en volver cargado de trigo maduro y hermoso.

ASPIRA PEDRO A LA SOLEDAD. — SE RETIRA AL MONTE MURÓN

DESDE jovencito suspiraba por la dicha de servir únicamente a Dios, y con preferencia en la soledad. «Pero yo no sabía —confiesa él mismo más tarde, con ingenuidad y franqueza— que se pudiese ser ermitaño viviendo en compañía». Pensaba que había de estar siempre solo; tenía yo mucho miedo para permanecer así, particularmente de noche...»

Con esta incertidumbre llegó nuestro Santo hasta los veinte años, edad en que, animado por la gracia, acude en busca de un amigo suyo y, comunicándole francamente su propósito, le dice: «Salgamos de nuestra patria y huyamos a la soledad para servir a Dios. Pero vayamos antes a Roma, y no emprendamos nada en asunto tan serio sin el consentimiento de la Iglesia». Hallaron eco, efectivamente, en el corazón de su compañero estas palabras, y pusiéronse muy pronto en camino; pero al fin del primer día de marcha, extenuado el compañero de Pedro, propúsole desandar lo andado. «Aunque tú me dejes —replicó el futuro ermitaño—, estoy seguro de que Dios no me abandonará».

Y prosiguió solo su camino por espacio de un día más; detenido por

una horrorosa tempestad, refugióse en una iglesia erigida en honra de San Nicolás, en cierto paraje que él mismo denomina Sangro. Allí, Dios le inspiró que renunciase a su viaje de Roma, y, sin esperar más, diese comienzo a la vida eremítica. Había una selva en las cercanías, donde pasó seis días en oración y ayuno continuos; subió luego a una asperísima montaña y se alojó en una caverna, que más parecía una tumba; tan pequeña era, que apenas podía el Santo acostarse en ella sin estar de pie. Tres años pasó en aquel cubil, viéndose inundada su alma durante este tiempo por las más abundantes gracias del cielo. Inquieto, mientras tanto, el demonio con tal prodigio de santidad, le asaltó con toda su saña, pero siempre coronaba el Santo la refriega con la más completa victoria.

Visitábanle a menudo en aquella soledad algunas personas virtuosas; sabedoras de las tentaciones a que estaba sometido, trataron de convencerle para que se ordenara de sacerdote. «Acercándote con frecuencia a la Sagrada Mesa —le decían—, recibirás en el Santísimo Sacramento nuevas fuerzas para la lucha». Convencido por semejante razonamiento y a pesar de su profunda humildad, púsose el joven ermitaño en marcha para Roma, donde le fueron conferidas las Sagradas Órdenes.

A su vuelta, tomó Pedro el hábito de San Benito en el monasterio de Faifola. Apesar de ello, consiguió de su abad licencia para retirarse, en 1239, a una gruta del monte Murón, cerca de Sulmona, para poderse entregar mejor a vida más austera.

Cinco años pasó en aquella soledad, iluminando la comarca toda con el resplandor de sus virtudes, y en medio de privaciones sin cuento, a las cuales añadía, además, tremendas maceraciones. Pero Dios estaba con él, y como no se deja vencer en generosidad, prodigábale en su retiro inefables consuelos. Diariamente subía al santo altar con un fervor angelical. Envidioso de tanta virtud, sugirióle el demonio astutamente que la celebración de los sagrados misterios atraía a la gruta demasiada gente, y que un vil pecador no era digno de ofrecer a Dios tan augusto Sacrificio.

Inoculadas así en su espíritu la perplejidad y la duda, iba el santo solitario a ponerse en camino para consultar al Papa, a pesar de la nieve y del invierno, cuando una visión le detuvo en sus propósitos. El piadoso abad de Faifola, muerto poco tiempo hacía, se le apareció en sueños al pie del altar y le dijo: «Ruega por mí, hijo mío, y permanece con Dios». Pedro replicó: «¿Qué debo, pues, hacer? —Celebra la Misa, hijo mío, celebra...», fuéle contestado. La visión desapareció. El mismo día visitó el solitario a su confesor, que le habló en el mismo sentido. Serenado el Santo, prosiguió su vida contemplativa.

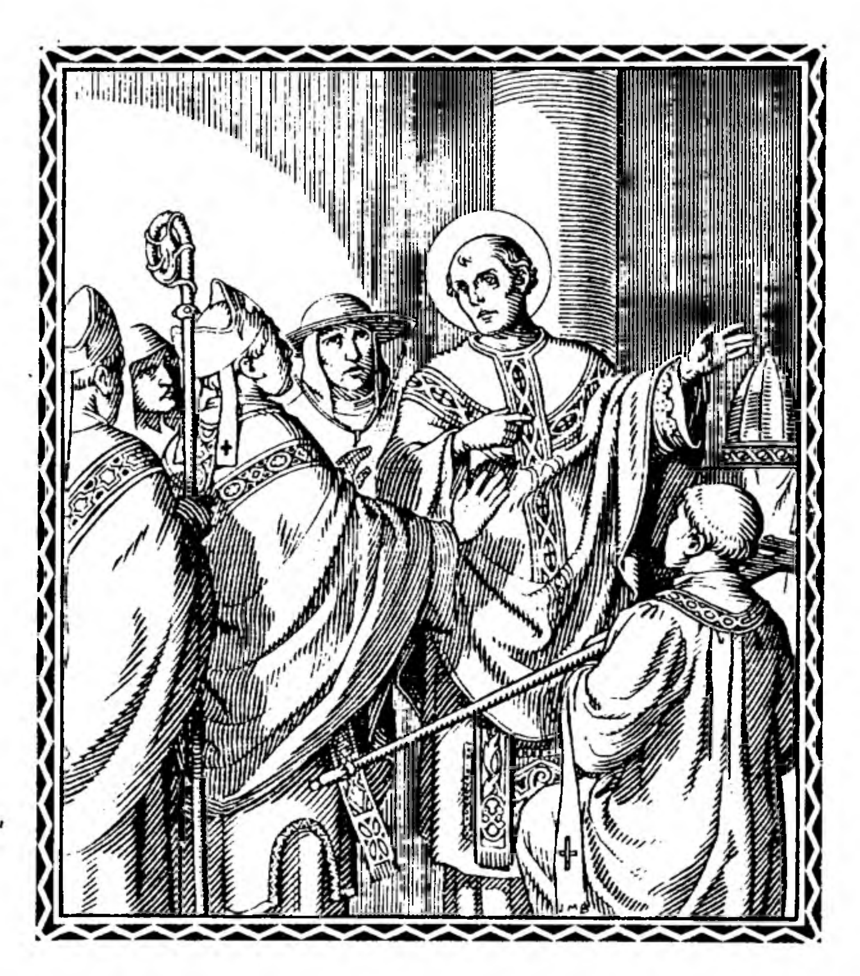
AL PIE DEL MONTE MAGELA

En 1244, Pedro, que buscaba de continuo la soledad, retiróse al monte Magela, en la diócesis de Chieti, donde se le juntaron algunos discípulos, atraídos por su santidad. Dos, nada más, tuvo en un principio: Este número aumentó rápidamente, a pesar de su resistencia, puesto que hubiese querido permanecer a solas con Dios. Tal fué el origen de la Orden de los *Celestinos*. Habitaban cabañas hechas con ramas y espinas en medio de una espantosa soledad.

Una blanquísima paloma vivió durante dos años en medio de ellos, tomando la comida en el mismo sitio que más tarde serviría para la erección del altar mayor de la iglesia del Espíritu Santo, acabada el año 1247. Con frecuencia, los religiosos y muchos peregrinos, que acudían a aquel refugio de la virtud, oían invisibles campanas que los llamaban al divino servicio. Era una como lejana armonía que poco a poco iba creciendo; solemne en las grandes festividades, suave en los días ordinarios. Recogía también el oído el eco de voces misteriosas que tomaban parte en el canto del Oficio Divino.

En aquel lugar bendito, sentíase, por doquier, la presencia de Dios. La vida de aquellos solitarios, nada tenía de terrenal. Y, no obstante, Pedro iba más lejos que todos los demás en la práctica de las austeridades: observaba al año cuatro cuaresmas, en las cuales sólo comía dos veces por semana. Lo restante del tiempo ayunaba diariamente, siendo su alimento ordinario pan seco y mohoso que —según la crónica— era preciso desmenuzar a martillazos. Llevaba un hábito de lana burda, con un escapulario por él mismo fabricado; y debajo, finamente disimulada, una cadena de hierro de la que jamás se desprendía. Dormía siempre encima de una tabla o una piedra.

El demonio, lejos de ceder terreno a sus contrarios, continuaba en sus persecuciones y luchas contra los monjes con más furor que nunca. Ora hacía prender fuego a las ramas que los resguardaban de las inclemencias del tiempo; ora se les aparecían animales de formas horrorosas; con frecuencia oíanse durante la noche espantosos aullidos. Pero toda esta fantasmagoría desaparecía ante el poder del Santo. Por esta época, Dios le concedió el don de milagros en grado extraordinario: En repetidas ocasiones, renovó el varón de Dios, en el monasterio, las provisiones agotadas. Otra vez resucitó a un muerto. Parecía vincular a cada limosna que hacía una gracia especial de conversión para quien la recibía. Penetraba los pensamientos más secretos de cuantos se le acercaban, y predijo también varios acontecimientos, que se cumplieron a la letra.



La víspera de Santa Lucía, el papa Celestino V da licencia a los Cardenales para que elijan un sucesor y, dejando las insignias pontificales con gran contento, baja de la silla apostólica de San Pedro para subir, a su entender con más seguridad, a la del cielo, y se va gozoso a la soledad.

APROBACIÓN DE LAS CONSTITUCIONES DE SU ORDEN

LA fama de santidad de Pedro acrecentaba poco a poco el número de sus religiosos. Fué preciso levantar varias casas que fueron liberalmente dotadas por amigos y bienhechores generosos. Urbano IV en 1262, a petición del Fundador, incorporó a la Orden de San Benito los *Hermanos del Espíritu Santo de Magela.*

Años más tarde corrieron rumores de que el Concilio de Lyón iba a suprimir todas las Órdenes de reciente fundación. Pedro resolvió ir personalmente a defender la suya; y, a pesar de su avanzada edad y de sus achaques, partió a pie para dicha ciudad. Llegado a Lyón, defendió su causa más con milagros que con palabras.

Su Santidad Gregorio X, que le apreciaba mucho, quiso honrarle asistiendo a su Misa. Obedeció Pedro, y el manteo de que se despojó para revestirse de los sagrados ornamentos, permaneció durante el Santo Sacrificio como suspendido de un rayo de luz que atravesaba una vidriera. Trajéronle los ricos ornamentos que de antemano le tenían preparados, pero embarazado el santo monje y como confundido por tanta distinción, empezó a echar de menos la pobreza y sencillez de los que usaba en su amada soledad. Y, ¡oh prodigio!, los ángeles del cielo trajéronselos repentinamente por los aires y con ellos celebró ante la maravillada concurrencia.

Al día siguiente, 22 de marzo de 1274, hizo Gregorio X expedir la Bula de confirmación de la Orden, donde se dice que ya en esta época poseía dieciséis monasterios. Conseguido su propósito, tomó Pedro nuevamente el camino de Magela, rebosante de alegría. Los que durante el Concilio se habían apoderado de sus bienes, se los restituyeron a su vuelta. Una excepción hubo, la del obispo de Chieti. Pero una terrible enfermedad, saludable aviso que el Señor le envió y que puso en inminente peligro su vida, abrió pronto sus ojos a la luz, y no tardó en reparar el mal que a los religiosos había ocasionado.

La Orden prosperaba continuamente. El monasterio de Faifola, donde en otro tiempo Pedro Murón renunciara al mundo vistiendo el santo hábito, le fué también ofrecido en 1276. Allá se encaminó el Santo con algunos monjes. Una vez consolidada la fundación, se volvió a Magela (1281). Pero fué tal la afluencia de peregrinos que acudieron a venerarle que obligó al siervo de Dios a buscar refugio seguro a su humildad en el monasterio de San Bartolomé de Loggio, donde cambió en vino el agua destinada al Santo Sacrificio de la Misa. Después de dos o tres años dejó también este lugar para retirarse a Orfento; allí permaneció hasta 1292, año en que volvió al monte Murón y vivió en la gruta que él dedicó a San Onofre, célebre anacoreta de Egipto en el siglo IV.

BREVE PONTIFICADO. — SU ABDICACIÓN

SE ignora la fecha exacta del fallecimiento del papa Nicolás IV Durante más de dos años, por las discusiones de los Cardenales, vacaba el solio pontificio. Pedro recibió de Dios mandato de escribirles y reprocharles tal proceder. Apenas leída la carta, una inspiración sobrenatural puso a todos de acuerdo, y les hizo ver en Pedro al Pontífice que el Señor deparaba a su Iglesia. Efectivamente, aunque no era Cardenal, ni siquiera obispo, fué elegido por unanimidad, el día 5 de julio de 1294. El arzobispo de Lyón fué delegado con otros prelados para notificarle la elección.

Cuando supo la decisión del Sacro Colegio, Pedro rompió a llorar. Pero tan vivas fueron las súplicas e instancias de los mensajeros, y tan claramente manifiesta la divina voluntad, que no le cupo otro remedio que aceptar. Por consejo del rey de Nápoles, Carlos II, el recién electo Pontífice decidió recibir la consagración suprema en Áquila y no en Perusa.

Pedro hizo su entrada en la ciudad humildemente montado en un pollino, que guiaban los reyes de Nápoles y de Hungría. Apenas apeado de su cabalgadura, un buen hombre, que, por lo visto, sabía de qué se trataba, colocó sobre los lomos del animal a su hijo, tullido de ambas piernas: el niño sanó inmediatamente.

La coronación del Pontífice efectuóse el 29 de agosto; Pedro tomó entonces el nombre de Celestino; de aquí la denominación de «Celestinos» dada a los miembros de su Orden.

Fijó su sede en Áquila primero, y más tarde en Nápoles, bajo la protección más o menos interesada del mencionado Carlos II. Falto, ciertamente, de experiencia en los asuntos inherentes a su nuevo cargo, retraído como había estado de los negocios de este mundo, y menos entendido que el preponderante Benito Gaetani —más tarde Bonifacio VIII—, vióse en la imposibilidad de gobernar a la Iglesia. Una fracción importante del Sacro Colegio, no tardó en proponer la transmisión de poderes a los Cardenales, y encomendar al Padre Santo la única misión de orar y presidir honoríficamente la Iglesia.

Vencido por el temor de ofender a Dios, y hallando su humildad en las razones antedichas un pretexto para rehusar su alta dignidad, determinó Celestino V presentar su dimisión. Mas cuando el rumor de su renuncia comenzó a extenderse, todo el pueblo napolitano invadió el palacio pontificio, suplicando al santo anciano renunciase a un proyecto tan perjudicial para los intereses de la Iglesia. Titubeó el Papa por unos instantes, y prometió rogar a Dios para conocer su voluntad. Tras maduro examen y después de algunos días de retiro, reunió en Consistorio secreto a los Cardenales.

el 13 de diciembre del año 1294. Había él, mientras tanto, redactado una constitución en que definía que un Papa puede abdicar para atender mejor a la salvación de su alma.

Apareció Celestino V majestuosa y solemnemente revestido con los ornamentos pontificales. Y después de haber prohibido a los Cardenales interrumpirle, leyó con sonora y potente voz el acta de su renuncia a la tiara:

«Yo, Celestino, movido por tan legítimas causas como son: la humildad, el deseo de vida más perfecta y el de no gravar mi conciencia, mi falta de ciencia y el anhelo de encontrar el descanso y consuelo de mi vida pasada, dejo voluntaria y libremente el papado, trasmitiendo desde este mismo instante al Sacro Colegio de Cardenales la facultad de elegir, pero única y exclusivamente por vía canónica, un pastor para la Iglesia universal.»

En seguida salió de la sala, y a los pocos momentos volvió a entrar revestido de su tosco sayal de ermitaño. Esta abdicación fué muy discutida. Dios mismo se encargó de justificar a su siervo. Al día siguiente, Pedro Celestino curó a un cojo al terminar la misa con solo echarle la bendición. Dios le concedió el don de milagros hasta su muerte.

Once días más tarde, y tras un solo día de Conclave, el 24 de diciembre de 1294, era elegido Papa en Castro Nuovo, cerca de Nápoles, Benito Gaetani, que tomó el nombre de Bonifacio VIII.

PRISIÓN Y MUERTE

PARECÍALE un siglo al piadoso anciano cada momento que se difería su vuelta a la soledad. Pidió al nuevo Papa este favor, pero el Pontífice no juzgó prudente otorgárselo; al contrario, le invitó a acompañarle a Roma. Temía Bonifacio que en caso tan singular y no estando ndo todos conformes con la abdicación, fuera Pedro Celestino instrumento de un cisma, cuyas consecuencias hubiesen sido funestísimas para la Iglesia. La agitación espiritual y moral de aquella época justificaban tal providencia.

Mas Pedro, huyó secretamente de noche. Cuando llegó al monte Murón, fué recibido con alegría extraordinaria. Pocos meses bastaron para que los emisarios del rey de Sicilia diesen con su paradero y le condujeran a presencia del Romano Pontífice, que, a la sazón, se hallaba en Anagni. Recibiólo éste con deferencia, pero tuvo el cuidado de poner a buen recaudo a su predecesor, rodeándole, no obstante, de los honores que le correspondían.

Asignóle Bonifacio VIII para su estancia el castillo de Fumona, cerca de Anagni (agosto, 1295). Mas la rigidez y severidad de la guardia cambió en prisión la nueva residencia. Relegóse al santo anciano a una celda muy estrecha, y únicamente le dejaron a dos de sus Hermanos para que le hiciesen compañía en el rezo del Oficio Divino. Transcurrido algún tiempo, apa-

recióse San Juan Bautista a Bonifacio VIII y reprochóle su proceder para con el santo cautivo. Asustado el Papa, envió a Fumona hombres de confianza, para cerciorarse del modo cómo era tratado el siervo de Dios.

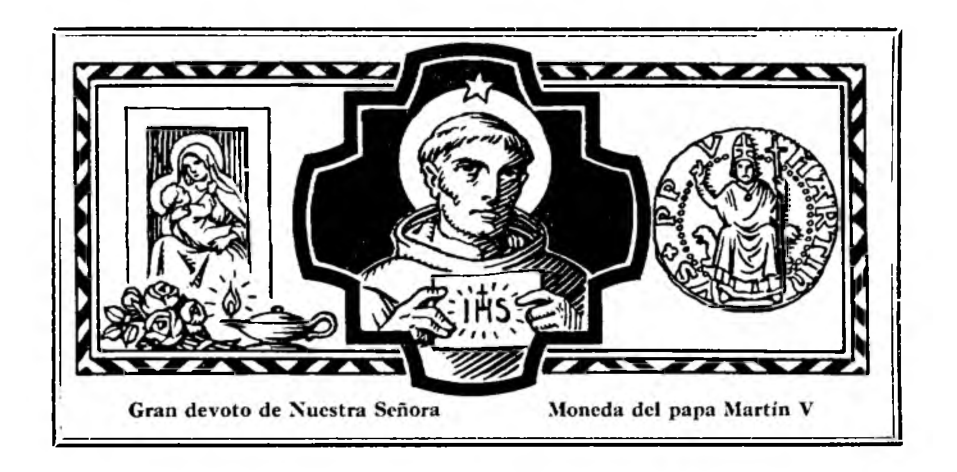
De madrugada llegaron allá los emisarios, y vieron al santo anciano en el altar, donde, a pesar de ser la festividad de San Juan Bautista, celebraba una misa de *Requiem*. En el solemne momento de la elevación, viéronle en éxtasis, levantado del suelo y con el rostro radiante. Supo Pedro por revelación todo lo que pasaba; y así, cuando la misa hubo terminado, transmitió a los mensajeros las palabras más consoladoras para el papa Bonifacio, por el que siempre conservó sentimientos de veneración.

Después les explicó el porqué de la celebración de una misa de *Requiem* en día de tanta solemnidad. «Esta misma noche —díjoles— ha muerto uno de mis mejores amigos. Y Dios me lo ha dado a conocer al tiempo mismo que me anunciaba vuestra llegada. He celebrado tan de madrugada, para que aquella alma no estuviese detenida en el purgatorio».

Nueve meses hacía que vivía en Fumona el santo prisionero, cuando el Señor le reveló que estaba próxima la hora de su muerte. Esto fué para él motivo de redoblar el rigor de sus austeridades. Un domingo, al salir de celebrar la Santa Misa, sintióse completamente agotado. Administráronle los Santos Sacramentos y, una vez recibidos, entró en agonía. Sus labios cárdenos murmuraron todavía las palabras de los salmos que con tanta frecuencia y fervor habían cantado al pie de los altares. Fueron sus últimas palabras estas que cierran los salmos de David: «*Omnis spiritus laudet Dóminum:* Todo espíritu alabe al Señor». Después entregó dulcemente su alma al Creador. Era el 6 de mayo de 1296. San Pedro Celestino fué canonizado por Clemente V el 5 de mayo de 1313.

SANTORAL

Santos **Pedro Celestino, papa y confesor;** *Dunstano, arzobispo y confesor; Teófilo de Corte, reformador franciscano;* Ivón, abogado de los pobres; Eutropio, obispo de Orange; Adulfo, obispo de Cambrai; Pudente, senador romano, padre de las Santas Pudenciana y Práxedes; Calócero y Partenio, mártires en Roma; Filótero, mártir en Nicomedia; Cirilo, obispo de Tréveris y confesor; Evonio y Teodoro, obispos. Beatos *Alcuino, maestro de Carlomagno, gran escritor e insigne pedagogo;* Juan de Cetina y Pedro de Dueñas, ilustres religiosos de la Orden de San Francisco, martirizados en Granada. Santas Pudenciana o Potenciana, bautizada por San Pedro; Ciriaca y otras seis vírgenes y mártires, en Nicomedia. Beatas Emiliana, terciaria franciscana, e Isabel, terciaria servita.



Gran devoto de Nuestra Señora — Moneda del papa Martín V

DÍA 20 DE MAYO

SAN BERNARDINO DE SENA

FRANCISCANO (1380 - 1444)

ESTE ilustre confesor, esclarecido devoto de la Santísima Virgen, vino al mundo en la ciudad toscana de Massa, el 7 de septiembre de 1380. Sus padres, Tulo y Nera, pertenecían a la nobleza de su país, pero se distinguieron más por su virtud que por su nobleza.

Tulo era magistrado de Sena, su ciudad natal; Nera, mujer eminentemente piadosa, tuvo la dicha de verse madre de un hijo en quien tenía puestas sus más caras ilusiones y las más halagüeñas esperanzas. Mas no le fué dado presenciar los sublimes ejemplos de virtud que más tarde diera su hijo, pues Dios le arrebató la vida cuando Bernardino frisaba en los tres años.

Mas, aunque huérfano, no se encontró el niño abandonado y falto de educación, pues Diana, tía suya, muy piadosa y adornada de las más bellas prendas fué para él una segunda madre, según el encargo que recibiera de su hermana Nera, antes de que ésta cerrara sus ojos a la luz de este mundo.

A los siete años, Bernardino perdió a su padre y quedó enteramente bajo la dirección y custodia de su tía, la cual, mirando aquél vástago como un depósito sagrado, continuó inspirándole las sabias máximas del Evangelio y educándole con el mismo esmero de sus padres.

Bernardino, atento y sumiso siempre a su tía y demás parientes, supo

corresponder a los desvelos que éstos se imponían para su educación, y, así, no es de extrañar que pronto afloraran los gérmenes de virtud que aquella alma privilegiada encerraba. Ya en tan tierna edad su corazón era un jardín en el que crecían las fragantes flores de la humildad, modestia, afabilidad, devoción, caridad y otras virtudes. Se complacía en rezar, visitar iglesias y oír sermones. Gustábale remedar a los predicadores, cuyos sermones repetía con mucha gracia y exactitud.

La caridad para con el prójimo fué en él una virtud característica. De entre los muchos ejemplos que podríamos aducir en confirmación de este aserto sólo citaremos el siguiente: Un día, después de distribuir las limosnas que fueron, sin duda, más numerosas que de ordinario, Diana despidió, sin socorrerle, a un pobre por temor de que escaseara el pan para los de casa, mas el acto fué visto por Bernardino, quien, aproximándose a su tía, le dijo: «Tía, por amor de Dios, demos algo a este pobre; prefiero quedarme yo sin bocado antes que dejar sin pan a este desgraciado». Diana, conmovida por la nobleza de sentimientos del niño, abrazóle y accedió a sus deseos.

Toda la vida de Bernardino, incluso la de su niñez, fué la de un santo; aun en los juegos más pueriles se le veía siempre aficionado a lo que podía excitar la devoción.

Cumplido que hubo los once años, fué a vivir con unos tíos paternos. Cristóbal y Ángel Albizzeschi, los cuales, viendo en Bernardino muy notables disposiciones para el estudio le confiaron a dos célebres maestros: Onofre el Gramático y Juan de Espoleto, en cuyas aulas se distinguió pronto, sobresaliendo entre todos sus condiscípulos, no sólo por la inteligencia y sabiduría sino también por su docilidad y virtud.

Sumamente atento a las inspiraciones del divino Espíritu, supo Bernardino mantenerse inmaculado en un ambiente de alumnos universitarios encenagados en la disolución y liviandad. Cuando oía alguna palabra malsonante o poco honesta, encendíase al momento su rostro con subidos colores que, bien a las claras, declaraban la amargura que su alma experimentaba.

Cierto día en que de los labios de un condiscípulo suyo salió una expresión deshonesta, Bernardino, siempre tan amable, se irguió repentinamente y, lanzando por los ojos llamas de santa indignación le dió un bofetón tan violento, que sonó en toda la plaza donde solían reunirse los escolares antes de entrar en las aulas. El procaz estudiante, objeto de mofa de sus demás compañeros, se retiró confuso y sin ganas de replicar. Pero esta elocuente lección le impresionó tan profundamente, que desde entonces resolvió corregirse. Fué fiel cumplidor de su promesa. Más tarde, cada vez que oía predicar a Bernardino, recordaba esta corrección y derramaba abundantes lágrimas.

Ante una virtud tan resuelta, el vicio no tenía más remedio que bajar la cabeza y ceder terreno; bastó aquel escarmiento para que ningún com-

pañero del Santo pronunciase palabras soeces en su presencia, y si alguno las pronunciaba en su ausencia, era suficiente que cualquiera exclamase: «¡Que viene Bernardino!», para que las lenguas más livianas enmudecieran.

¿Cuál era el secreto de una energía tan extraordinaria para defender los fueros de la pureza? La ardiente y filial devoción de Bernardino a la Virgen Santísima.

EL SIERVO DE MARÍA

ERA Bernardino tan sumamente devoto de María Santísima, que no pasaba día que no le ofreciese los debidos obsequios: oraciones, visitas, sacrificios. Todos los sábados ayunaba en su honor. Estas prácticas recibieron la debida recompensa, pues la Santísima Virgen concedió a su fiel siervo una fuerza extraordinaria para combatir las pasiones.

Con frecuencia era objeto de las burlas de sus compañeros por negarse al trato con los demás. Pero cierto día en que estas burlas se extremaron, Bernardino se enfrentó con sus compañeros, a quienes atajó, diciéndoles: «La señora de mis amores es la más hermosa del mundo». Y, habiendo ellos mostrado interés por verla, el Santo los condujo a una iglesia, donde les mostró la imagen de la Reina de los cielos.

Una de sus primas, llamada Tobía, terciaria franciscana, mujer devota y santa, viendo que nuestro bienaventurado era uno de los jóvenes más apuestos de la ciudad, quiso prevenirle contra las seducciones de la carne; pero apenas comenzó a exhortarle, le interrumpió Bernardino exclamando:

—Estoy ya preso en las del amor, hasta el punto de que moriría de pena el día en que no pudiera ver a la que tanto amo.

Otras veces, al ausentarse de casa, decía: «Voy a ver a mi amada, más noble y hermosa que todas las doncellas de Sena».

Estas palabras alarmaron a Tobía, quien, interpretando a su modo las frases de nuestro Santo, se imaginó que, efectivamente, su sobrino se hallaba preso en las redes de un amor sensual. Para cerciorarse de ello, determinó seguirle; mas fueron grandes su admiración y alegría cuando observó que Bernardino, deteniéndose ante una escultura de la Virgen colocada sobre una de las puertas de la ciudad, cayó de rodillas, y, después de haber orado largo tiempo ante la imagen, volvióse a su casa sin deternerse en parte alguna. Tobía había descubierto el secreto de su sobrino y podía estar tranquila de su porvenir. El pensamiento de la Reina de los cielos llenaba, en efecto, su espíritu y la pureza inmaculada de María cautivaba su corazón.

A la edad de trece años terminó sus estudios de Filosofía y se dedicó a los de Derecho civil y canónico y, por último, a los de Teología. La lec-

tura de la Sagrada Escritura era su mayor encanto; todas las demás ciencias perdieron atractivo para él; en las máximas del Evangelio halló el modelo a que se propuso ajustar todos los actos de su vida.

SIERVO DE LOS POBRES

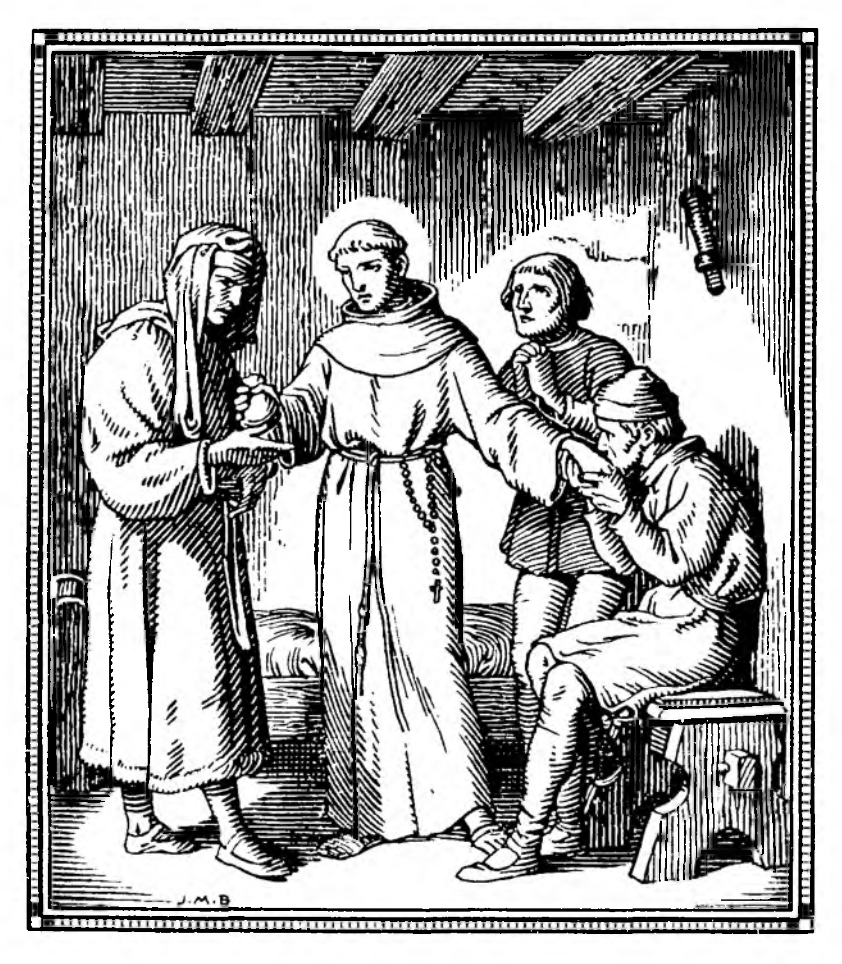
BERNARDINO, constante admirador de la caridad evangélica, quiso ejercitarse en ella; para ello, apenas acabó sus estudios, ingresó en la cofradía llamada de los «Disciplinados de la Virgen», consagrada al cuidado de los enfermos. Se entregó con un celo extraordinario al servicio de estos seres dolientes. Contaba a la sazón diecisiete años.

Espectáculo hermoso y conmovedor era ver a este joven de cuerpo esbelto y delicado, criado con todos los refinamientos propios de la abundancia de bienes de fortuna, trocar sus galas por un hábito grosero, y las comodidades de su casa por las repulsivas molestias inherentes al cuidado de los enfermos pobres en un hospital, sin que le desanimaran las heridas del amor propio, ni las repugnancias de la carne. Alternaba estos penosos ejercicios de caridad con largas meditaciones y asombrosas austeridades.

Hacia el año 1400, durante el pontificado de Bonifacio IX, los pueblos de aquella comarca viéronse atacados de una desoladora peste que arruinaba y dejaba sumidas en la orfandad a millares de familias. No se vió libre de esta epidemia la ciudad de Sena, cuyo hospital se hallaba atestado de enfermos y en él morían diariamente unas veinte personas.

El personal auxiliar iba exterminándose poco a poco, de tal manera que pronto los enfermos se vieron abandonados a sí mismos, pues no había quien quisiera reemplazar a los enfermeros fallecidos. Ello produjo el llanto y la consternación en toda la casa, en la que no se oían más que ayes y gemidos que desgarraban el corazón. En esta circunstancia, Bernardino dió admirables ejemplos de caridad, pues no solamente expuso su vida asistiendo a los pobres apestados, sino que, con sus exhortaciones y ejemplos consiguió que doce hombres se le juntaran en la meritoria labor; durante cuatro meses, vióse a estos mártires de la abnegación, entregados con heroico celo a la curación de los enfermos, sin que la pestilencia de sus llagas ni las continuas vigilias bastasen para hacerles vacilar en su noble empresa.

Poco tiempo después, Bernardino, agotado por tantas fatigas, cayó gravemente enfermo con una calentura que le retuvo en cama por espacio de cuatro meses. Los que le rodeaban compadecíanse de sus angustias; pero el Santo, con la frente serena y la sonrisa en los labios, daba continuas muestras de la tranquilidad de su alma y de la paciencia y resignación con que sufría aquellos dolores que Dios le enviaba.



EL duque Visconti manda una importante suma de dinero a San Bernardino de Sena, rogándole que lo acepte para atender a sus necesidades. Rehúsalo el Santo; mas, ante la insistencia del duque, lo acepta, vase a la prisión y, en presencia del emisario, lo distribuye entre los que sufren condena por deudas.

Logró al fin restablecerse y, después de haber cuidado y asistido por espacio de un año a una tía suya de noventa años, ciega, tullida, cubierta de llagas y muy necesitada, pensó en dar cumplimiento a sus deseos de perfección ingresando en una Orden religiosa.

EN LA ORDEN FRANCISCANA

RETIRÓSE nuestro Santo a casa de un amigo suyo que vivía en una barriada extrema de la ciudad. Allí vivió como solitario, entregado de lleno a la oración y a la penitencia, para atraer las luces del cielo sobre la senda que debía emprender.

Cierto día que desahogaba su corazón a los pies de un crucifijo, oyó distintamente una voz que le decía: «Bernardino, heme aquí despojado de todo y enclavado en una cruz por amor tuyo; si tú me amas y buscas, aquí me hallarás; pero procura estar desnudo y crucificado como lo estoy yo, porque de esta manera me hallarás más fácilmente». Para seguir estos consejos, Bernardino resolvió ingresar en la Orden de San Francisco, en la que vistió el hábito en el convento de Colombario, a pocos kilómetros de Sena, el 8 de septiembre de 1402, vigésimo segundo aniversario de su natalicio. Conviene observar cómo en dicha festividad, y en los tres años sucesivos, profesó, cantó misa y pronunció el primer sermón. Así quiso la Reina del cielo presidir su triple vocación de religioso, de sacerdote y de apóstol.

Ya desde los comienzos de su vida religiosa, no se contentó Bernardino con practicar la regla de San Francisco, de suyo tan austera, sino que se esforzó en destruir en sí mismo, mediante vigilias, ayunos y mortificaciones, todo apego desordenado al mundo. Corría ansioso tras el desprecio, las humillaciones y malos tratos, y jamás disfrutaba tanto como al verse injuriado por los chicos cuando pasaba por la calle, o cuando le tiraban piedras a causa de la pobreza de su hábito o la desnudez de sus pies: «Dejémosles que se diviertan —decía a su compañero—, así nos dan ocasión de ganar el cielo».

PREDICADOR

HECHA la profesión, dispusieron los superiores que hiciera valer su talento en la predicación. Grande fué la dificultad que se le presentó para ello, pues la debilidad de su voz, unida a una pertinaz ronquera, le hacían poco apto para las tareas del púlpito. Mas no se desanimó por eso, sino que acudió a la Santísima Virgen, quien inmediatamente

dió robustez y claridad a su voz y le adornó además con todas las cualidades de un buen predicador.

No se podía oír su palabra cálida e inflamada de caridad sin quedar hondamente emocionado. Los pecadores, poseídos súbitamente de arrepentimiento y amargura, confesábanse con él y volvían a sus casas enmendados. Los jugadores iban a entregarle los dados, naipes y todos los instrumentos de juegos ilícitos; y las mujeres sus atavíos, trenzas, afeites y otros objetos de vanidad, que realzan el cuerpo con detrimento del alma.

Ardía entonces en Italia la guerra entre güelfos y gibelinos; la discordia causaba los más terribles estragos entre los habitantes de un mismo pueblo y los miembros de una misma familia; pero el celo de nuestro Santo supo poner, en Sena, término a situación tan desastrosa, logrando apaciguar los ánimos a fuerza de exhortaciones, y reconciliando a los adversarios.

Al don de la elocuencia unía el de milagros, siendo muchos y muy señalados los que obró durante su vida. He aquí algunos:

Una niña, que padecía de dos úlceras terribles, una de las cuales radicaba en el pecho y por la que salía el aire de los pulmones, fué curada por el Santo con sólo darle su bendición.

Acercósele cierto día un pobre leproso a pedirle limosna y, no teniendo el Santo otra cosa que darle, le entregó sus zapatos; apenas se los calzó aquel desventurado, sanó completamente de su repugnante enfermedad.

En otra ocasión tuvo que trasladarse a Mantua para predicar; pero fué detenido por la caudalosa corriente del río, que no pudo vadear. Pidió a un batelero que le pasara a la otra orilla, pero se negó a ello porque Bernardino no tenía dinero con que pagarle; mas no por eso se apuró nuestro bienaventurado; antes al contrario, poniendo su confianza en Dios, tendió su manto sobre las aguas, y montado en él a modo de barco ganó sin dificultad la orilla opuesta. Dios se complacía muchas veces en obrar señalados prodigios para dar mayor fuerza a la predicación de nuestro Santo, y así sucedió, entre otras, en ocasión en que, haciendo el panegírico de la Santísima Virgen, citó estas palabras del Apocalipsis: «Una gran señal apareció en el cielo». En el mismo instante descendió sobre su cabeza una estrella de extraordinario resplandor que deslumbró a todos los oyentes.

Era tan prudente y discreto en sus invectivas, que sabía reprender los vicios sin señalar a los culpables, de modo que nadie podía ofenderse. Sin embargo, como la verdad suele ser amarga, el duque de Milán, Felipe María Visconti, amigo de la lisonja, se dió por aludido en un sermón de Bernardino contra este defecto. Resentido el duque amenazó al Santo en caso de continuar abusando —decía él— de su ministerio. Pero el apóstol, sin inmutarse, le contestó humildemente «que su misión era la de combatir el vicio do quiera se hallase; que no había indicado a persona alguna, y que extrañaba sobremanera que de su doctrina sacase resentimiento y no enmienda,

añadiéndole por último que estaba determinado a hacer oír a los fieles las verdades del Evangelio, y que tendría a gran dicha el ser perseguido por esta causa». Convencido Visconti de las razones que asistían a Bernardino, le envió, por conducto de un oficial de palacio, una bolsa con quinientos ducados; pero el Santo se resistió a aceptarla, y dijo al enviado:

—Decid a vuestro señor y dueño, que nuestro padre San Francisco atiende a todas las necesidades de sus hijos y no les deja otro cuidado que el de servir a Dios y ser útiles a sus prójimos.

Cuando el oficial transmitió tan hermosa respuesta al duque, admiróse éste en gran manera y volvió a enviar el dinero a nuestro bienaventurado, para que lo distribuyera entre los pobres.

—Si tal es el deseo de vuestro señor —contestó entonces San Bernardino—, venid conmigo a la cárcel y pronto podréis dar fe de que se han cumplido sus caritativos propósitos.

Avínose a ello el mensajero y, una vez llegados a la prisión, con aquellos ducados libró el Santo a gran número de personas que se hallaban encarceladas por deudas. Desde aquel momento la aversión injustificada del duque se convirtió en veneración hacia Bernardino, quien sin obstáculos de ningún género, siguió predicando contra los vicios de los grandes y logró una saludable mudanza en las costumbres de la nobleza milanesa.

Bernardino, apóstol inspirado y taumaturgo insigne, a ejemplo de Jesucristo, practicaba cuanto enseñaba a los demás. Jamás pudo nadie advertir la menor contradicción entre sus palabras y sus obras. Predicaba la humildad, y la practicaba hasta el anonadamiento; exhortaba a la caridad, y se privaba hasta de lo más necesario a su sustento para socorrer a los desgraciados, ensalzaba la virtud de la castidad, y su pureza era realmente angelical. «Haced penitencia», decía a los pecadores, y las mortificaciones corporales que se imponía infundían espanto en el ánimo de los religiosos más austeros.

EL SANTO NOMBRE DE JESÚS

PUEDE decirse que San Bernardino de Sena fué el iniciador del culto al dulcísimo Nombre de Jesús. Al final de sus sermones mostraba al pueblo una tabla en la que se hallaba grabado en letras de oro el monograma JHS e invitaba a los fieles a postrarse ante ella para venerar el nombre del Redentor del mundo.

Esta devoción, tildada en un principio de novedad peligrosa, le atrajo no pocas contradicciones. Las palabras con que llamaba al pueblo fueron interpretadas torcidamente, y a tal punto llegaron las calumnias contra el Santo, que el papa Martín V le llamó a su presencia y le prohibió propagar

el culto mencionado. Bernardino se sometió humildemente sin decir ni una palabra de justificación; pero Dios se encargó de salir en defensa de su siervo, y no tardó el Papa en descubrir la impostura de los que acusaban al Santo de propagar devociones supersticiosas.

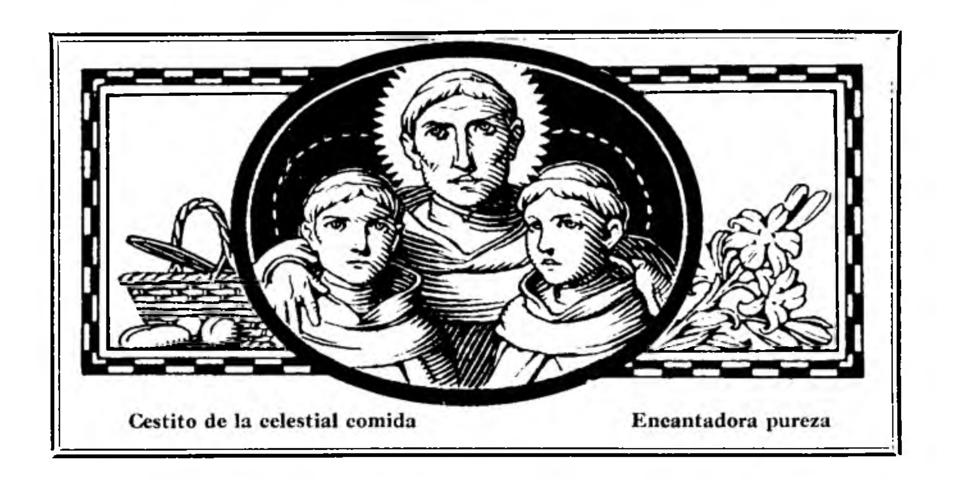
Llamó entonces nuevamente a nuestro bienaventurado, y no sólo alabó su celo por el culto divino, sino que le permitió seguir propagando el del dulce Nombre de Jesús y le rogó aceptase el obispado de Sena, dignidad que rehusó humilde pero firmemente, como asimismo los obispados de Carrara y Urbino, que le ofreció el papa Eugenio IV, sucesor de Martín V.

Fué elegido vicario general de su Orden, cargo que no pudo renunciar porque le fué impuesto en nombre de la santa obediencia; restableció la disciplina en algunos conventos en que se hallaba un tanto relajada y fundó otros nuevos bajo la advocación de *Santa María de Jesús,* advocación que comprendía las dos devociones tan gratas a su corazón. Como prueba de la prosperidad que, debido a su celo alcanzó la Orden seráfica en Italia, bastará decir que, no existiendo en aquellos reinos cuando él tomó el hábito más que veinte monasterios con doscientos religiosos, al morir el Santo se elevaba el número de los primeros a más de trescientos y el de los segundos a cinco mil.

A causa de los quebrantos sufridos en su salud por las terribles penitencias que se imponía, a los tres años de su elección hubo de descargar parte del peso de su espinoso cargo en San Juan de Capistrano, su discípulo, que le sucedió cuando su creciente debilidad le imposibilitó en absoluto para desempeñar la vicaría. Su último acto como vicario general fué restablecer la paz que se había turbado en Massa, lugar de su nacimiento.

Poco después cayó en cama para no levantarse más, acometido de una calentura violenta, en uno de cuyos accesos se le apareció San Pedro Celestino y le anunció que su fin estaba próximo. Inmediatamente pidió Bernardino que le fueran administrados los Santos Sacramentos, los cuales recibió con extraordinario fervor. A ejemplo de su padre San Francisco, rogó a sus Hermanos que le tendieran sobre el duro suelo para entregar su alma a Dios, la cual voló al cielo el 20 de mayo de 1444, víspera de la Ascensión, cuando sus Hermanos en religión entonaban la siguiente antífona: «Padre, he dado a conocer a los hombres tu Santo Nombre, y ahora voy a Ti». Había vivido en la tierra sesenta y cuatro años.

Los grandes prodigios obrados por él en vida, y los que continuaron después junto a su sepulcro, apresuraron el proceso de su canonización, comenzado en el pontificado de Eugenio IV y fallado favorablemente en el de Nicolás V el año 1449, o sea cinco años después de su dichoso tránsito.


Cestito de la celestial comida — Encantadora pureza

DÍA 21 DE MAYO

BTO. BERNARDO DE MORLAAS

DOMINICO, Y SUS DOS DISCÍPULOS DEL CONVENTO DE SANTAREM (siglo XIII)

OH, cuán hermosa es la generación de los castos y puros de corazón con el resplandor de las virtudes! Su memoria es inmortal delante de Dios y de los hombres. En la vida futura de la gloria triunfará con corona inmarcesible. Los Ángeles santos, dice San Isidoro, conversan de grado con las almas castas y candorosas, como lo muestra la vida de los Santos, lo cual prueba que reconocen en ellos a sus semejantes. Nuestro Señor los canonizó cuando dijo:

«Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios».

Esta promesa, o, por mejor decir, esta afirmación, se ve cumplida al pie de la letra en el relato que nos queda de la breve, pero brillante carrera del Beato Bernardo, y de la más breve aún de los dos frailecillos, o «fradinhos», como dicen en Portugal, del convento de Santarem.

La importante y fidedigna colección de documentos, llamada *Acta Sanctorum,* cuyo relato seguiremos fielmente, ha reservado un puesto a fray Bernardo y sus dos compañeros.

VOCACIÓN DEL BEATO BERNARDO DE MORLAÁS

SANTAREM, la antigua *Scalabis* o *Præsidium Julium*, es una ciudad de Portugal, situada a lo largo del Tajo, a 85 Km. de la desembocadura de este río en el Océano, y debe su nombre a la virgen del siglo VII, Santa Irene, la cual, ya consagrada a Dios, fué asesinada por orden de un gentilhombre con quien rehusara desposarse.

Transcurridos apenas cien años desde que Santarem fué rescatada de la dominación agarena, tomaba nuevamente su antiguo nombre cristiano (1184), y la fe y piedad religiosas brillaban allí en todo su esplendor; iglesias y monasterios abríanse en ella en número considerable. La Orden de Santo Domingo tenía también su convento, fundado no hacía mucho por el Beato Suero Gómez, uno de los primeros que recibieron el hábito de la Orden, en Prulla (Francia), de manos de Santo Domingo.

El Beato Gil de Santarem († 1275), superior de la Provincia dominicana española, gozaba gran fama de santidad. Su vida, tras una conversión ruidosa y edificante, aparece surcada de luces sobrenaturales, de profecías, de éxtasis y conversiones.

Un día, por los años de 1230 a 1240, tras larga ausencia, presentóse ante sus Hermanos acompañado de un postulante, de edad como de dieciséis años; habíale recogido en Francia, yendo a París para asistir al Capítulo General. Llamábase el joven Bernardo, y era oriundo de Morlaás, ciudad del Bearnés, situada a unas tres leguas de Pau. Era Morlaás a la sazón la capital del vizcondado de Bearnés; contaba con dos parroquias, un convento de Frailes Menores, otro de Dominicos, que existía aún en vísperas de la Revolución francesa, y un priorato, cuyo titular, aunque sacerdote secular, era nombrado por la abadía de Cluny.

Bernardo descendía de noble alcurnia. A pesar de sus pocos años, habíanle desposado sus padres con una joven de su condición. Pero él, animado desde muy niño del deseo de entregarse generosamente a Dios y queriendo poner a salvo su vocación religiosa, andaba discurriendo el modo de librarse de las trabas que le retenían en el mundo, cuando he aquí que trabó amistad con el padre Gil de Santarem.

«Le he ofrecido hospitalidad en nuestra Provincia de España —manifestó a sus religiosos el padre Gil— y la ha aceptado con alegría. Ningún convento de Francia le hubiera recibido porque su familia, que es de mucho empuje, hubiera sabido fácilmente dar con él, y llevárselo mal de su grado. En el convento de Zaragoza le impuse el hábito religioso. Pero no eran los Pirineos barrera suficientemente grande que le separase seguramente de su patria; y así que, para evitar aún la ocasión de tener noticias del Bearnés

y cortar de raíz todo deseo de volver a él, me ha rogado le lleve al extremo de la península.»

Tan notable fué el provecho que el excelente novicio sacó de las enseñanzas y ejemplos así de su Maestro como de sus nuevos Hermanos, que llegó en poco tiempo a un alto grado de perfección.

Hecha la profesión, cursó los estudios teológicos y, llegado a la edad requerida por los sagrados Cánones, fué elevado al sacerdocio.

El Beato Gil le apreciaba mucho, y así, le asoció a sus tareas apostólicas. Después de la muerte de su maestro, permaneció el discípulo en Santarem, donde por su piedad y abnegación mereció le confiaran el cargo de sacristán.

LOS DOS JÓVENES CLÉRIGOS

AL pie de una de las colinas sobre las cuales se escalona Santarem, a lo largo del río Tajo, descansa la pequeña población de Alfange. En el siglo XIII todavía existía allí un suntuoso palacio donde, a expensas del rey de Portugal, se albergaban los caballeros de una Orden militar que había contribuído a reconquistar la ciudad del poder de los moros. Llamábase esa Orden el *Ala de San Miguel,* y había sido fundada por Alfonso I (Enríquez), después de la milagrosa victoria de 1167 ó 1171, en la que la intervención del Santo Arcángel se manifestó en el cielo apareciéndose un ala de la que surgía una mano que indicaba los puntos adonde el reducido ejército de los cristianos debía dirigir sus esfuerzos. El rey quiso de ese modo honrar y premiar a sus veteranos.

Entre estos caballeros hallábase uno a quien la Providencia había otorgado dos angelitos de rubios cabellos, dos querubines de excelsa inocencia, tan piadosos y sencillos, que el padre resolvió consagrárselos al Señor, desde su infancia, para frailecitos.

Guiado de su propósito, llevóselos al Padre Bernardo de Morlaás, y tan notables fueron su piedad y edificación, que muy pronto a ambos niños se les consideró dignos de recibir, no sólo el hábito religioso sino también la tonsura monástica. Se convino que en lo sucesivo, los jóvenes oblatos pasarían la noche en la casa paterna y que, al despuntar el alba, subirían al convento de Santarem para ayudar a misa, estudiar durante el día bajo la dirección del Padre sacristán y hacer lo que se les mandara.

Para no ser gravosos al monasterio, cuyo tenor de vida era por otra parte un tanto austero para ellos, convínose también en que los niños llevasen cada mañana las provisiones necesarias para su cotidiano sustento. El padre Bernardo sentíase cada vez más satisfecho de los dos escolares, pues ambos eran sumamente dóciles y entusiastas de su santo estado.

MILAGROSO DESAYUNO

ENTRE las diversas prácticas piadosas que este amante hijo de Santo Domingo les inculcó, era la principal el santo Rosario, por lo cual veíaseles muchas veces postrados ante una imagen de Nuestra Señora con un hermoso Niño Jesús en los brazos, y rezando juntos las decenas unas tras otras.

Esta devoción colmaba de gozo el corazón de ambos discípulos, de manera que espontáneamente iban cada día varias veces a la capilla, dichosos de poder contemplar a sus anchas y de orar a su gusto, ante la Madre y el Hijo.

Cierta mañana, con sencillez y familiaridad verdaderamente infantiles, se sentaron al pie de la «Señora de piedra», y, habiendo sacado sus provisiones, se disponían con toda naturalidad a desayunar, cuando uno de ellos, volviendo la mirada hacia el Niño Jesús, que descansaba en los brazos de la divina Madre, le dijo: «Niño hermoso, si gustas tomar un bocadillo con nosotros, baja y siéntate en nuestra compañía». Al decir del piadoso hagiógrafo, el divino Niño soltóse inmediatamente del regazo materno y fué a tomar asiento entre quienes de tan buen grado le invitaban.

Éstos, en la sencillez de su corazón, no parecieron maravillarse grandemente y compartieron con Jesús su frugal convite, acabado el cual, el Niño Dios les dió las gracias con una sonrisa, se encaramó nuevamente al altar y se colocó en los brazos de María.

A la mañana siguiente y en días sucesivos, volvieron los dos monaguillos y renovaron la invitación, dignándose el divino Huésped aceptar cada vez de idéntica manera. Y pronto ya ni siquiera fué menester invitarle, pues apenas entraban los niños en la capilla y abrían el cesto de las provisiones, cuando Jesús estaba ya en medio de ellos. Tan familiar vino a hacérseles que no solamente comía, sino que inocentemente conversaba con ellos resolviéndoles las pequeñas dificultades que en sus estudios se les presentaban.

EXAMEN DEL PRODIGIO

LOS primeros sabedores del prodigio fueron los padres de ambos comensales del Niño Jesús. Al pronto rehusaron creerlos, y una de las abuelitas, un tanto severa, llegó hasta acusarlos de mentira y de gula: «¿Quién sabe —decía— si no será una peregrina astucia para obtener un suplemento de provisiones?». Y, en consecuencia, nada se añadió al acostumbrado condumio cotidiano; con todo, los niños no por eso dejaron de invitar a su amable compañero y agasajarle con su modesto convite.



CUENTA *el piadoso hagiógrafo, que el Niño Jesús bajaba del regazo materno y se sentaba en medio de los dos frailecitos que inocentemente le invitaban a almorzar con ellos. Terminada la comida, se despedía y tornaba a los brazos de la divina Madre.*

Una sola cosa extrañaban estos cándidos niños; y era que el Niño Jesús, con no tener aspecto de pobre, nunca correspondía con algún obsequio. «¿Acaso no hay cosas buenas en el Paraíso?», se decían.

Su sorpresa iba a degenerar en descontento y queja; resolvieron, pues, confiar al buen padre Bernardo el motivo de su secreto disgusto.

Emocionado el siervo de Dios ante reveaciones tan extraordinarias, contúvose y aparentó no dar importancia al asunto durante varios días. Luego interrogó discretamente a sus discípulos, ora juntos, ora separadamente, y sus manifestaciones concordaban en todo. Por otra parte, sabía que eran incapaces de mentir. Conmovido, pues, ante un prodigio semejante, rogaba al Señor le asistiera con sus divinas luces y le diera a conocer sus designios acerca de estos portentosos niños.

He aquí el plan que la Providencia le sugrió.

CELESTE INVITACIÓN

PREGUNTÓ un día a sus discípulos el padre Bernardo:

—Bien, amiguitos míos, decidme: ¿Baja cada día el Niño de la capilla del Rosario a comer con vosotros?

—Sí padre.

—¿Sigue sin traer ninguna provisión?

—Sí, Padre.

—¿Os gustaría que a su vez os invitara siquiera una vez en casa de su Padre?

—¡Oh, sí, nos gustaría mucho! ¡Pero de eso no nos ha hablado nunca!

—Es preciso que vosotros le insinuéis la idea, hijos míos. Si accede a vuestra petición, nada absolutamente habéis perdido, puesto que recibiréis en una sola invitación mil veces más de lo que le habéis dado.

Y, prosiguiendo el buen religioso su ingenua charla, les dió simbólica idea del Palacio del Padre celestial, de su suntuosidad y delicias sin fin. Y acabó diciéndoles:

—La primera vez que el Niño de la Capilla vuelva para comer con vosotros, no dejéis de rogarle que también os invite.

—Descuide, Padre; no dejaremos de hacerlo. Ya quisiéramos que llegase el día.

—Pero oíd, niños —agregó el padre Bernardo—, decid a vuestro compañerito que yo también quisiera acompañaros en el convite; que no consiento en dejaros ir solos a ese festín. Decidle que, si no os acompaño, rehusáis la invitación, pues deseo yo también participar del banquete.

Conformes en seguir estas instrucciones, aguardaban los niños con impaciencia la compañía del celestial convidado cuando he aquí que el lunes de Rogativas bajó. Acabado el desayuno y antes de que el divino Niño pusiera su bendito pie en la peana para subirse a los brazos de la Virgen, los dos angelitos le expusieron con timidez su deseo:

—¿No nos invitarás tú también? —le dijeron.

Jesús hizo un signo afirmativo.

—Y nuestro maestro también quisiera participar de la fiesta.

Jesús les contestó:

—De aquí a tres días es la Ascensión y en casa de mi Padre habrá gran regocijo. Decid al padre Bernardo que queda también invitado a mi mesa con vosotros y los ángeles y santos.

Saltando de alegría corrieron los dos frailecitos a informar a su maestro de tan feliz nueva, y asimismo contaron a sus padres lo ocurrido. Por lo que hace al padre Bernardo, lleno de fe en las promesas del Niño Dios, preparóse con todo fervor a tan dulce invitación.

Durante tres días, maestro y discípulos permanecieron en oración, frecuentemente arrodillados al pie del altar del Rosario. El padre explicaba a los niños el sentido de la invitación del buen Jesús, y éstos, abrasados de amor, no manifestaban otro deseo que el de dejar este valle de lágrimas, a trueque de la verdadera patria, adonde sin más tardanza anhelaban entrar.

Llegó por fin la mañana del día de la Ascensión. Celebradas ya todas las misas en la capilla del convento, mientras los monjes se dirigían al refectorio, el padre Bernardo se encamina, acompañado de sus dos acólitos, hacia el altar del Rosario y da principio al santo Sacrificio. El fervor con que dijo esta última misa no es para descrito. ¡Con cuánta devoción recibieron ambos discípulos por vez primera el Pan eucarístico!

Terminada la acción de gracias, arrodillados los tres en las gradas del altar, esperan confiados el momento de la partida a la celestial mansión.

Y cuando después de la comida llegó la Comunidad a la iglesia para dar gracias, hallaron al Padre revestido aun con los ornamentos sagrados y a su lado los dos monaguillos; inmóviles los tres, con las manos tendidas al cielo y los ojos fijos en el Niño Jesús; y —¡oh muerte preciosa y mil veces digna de envidia!— comprobaron cómo habían trocado por la felicidad eterna esta vida transitoria.

El padre Bernardo, antes de subir al altar, se confesó por última vez y expuso a su director de conciencia cuanto de los niños había sabido y lo que esperaba. También es de creer que los dos monaguillos contarían a sus padres y parientes cuanto pasaba, con la misma sencillez que se lo refirieron a su maestro.

CULTO DE LOS TRES BEATOS

LOS cuerpos de estos tres Bienaventurados fueron enterrados en una misma sepultura. Más tarde fueron exhumados y colocados en la capilla llamada de los Reyes, donde un precioso lienzo declaraba a las futuras generaciones la historia del maravilloso desayuno. Trescientos años después, en 1577, se celebró la solemne traslación de sus reliquias.

En efecto, habiendo sido preciso abrir un boquete para colocar una puerta, halláronse el 14 de enero las reliquias envueltas en un sudario, que conservaba todavía su nívea blancura; notóse al propio tiempo un suavísimo perfume que se esparció por toda la capilla.

Con motivo de tan fausto acontecimiento, practicóse una minuciosa información jurídica tocante a los tres siervos de Dios, con el doble fin de tomar nota de todos los pormenores relativos a su muerte y comprobar su carácter milagroso. El contacto de los sagrados huesos curó repentinamente a un monje del convento, que desde hacía tres meses padecía un mal incurable; otras personas recibieron también favores semejantes.

Desde este instante, creciendo más y más la noticia de los milagros realizados por las santas reliquias, fueron colmadas de honores, y el arzobispo de Lisboa, Jorge de Almeida, dedicó un altar a los tres Beatos, cuyos restos fueron encerrados en sendos bustos de madera que los representaban.

Numerosas peregrinaciones acudieron a postrarse ante el sepulcro de los Beatos, sobre todo en tiempo de Pascua. Una reina de Portugal, después de muchas instancias, consiguió la cabeza del Beato Bernardo y la colocó con toda reverencia entre las demás reliquias de la capilla del palacio real de Villaviciosa.

Santarem y Morlaás honraron en adelante con culto no interrumpido a Bernardo y a sus dos discípulos. La imagen milagrosa de Jesús Niño que con ellos había comido, tampoco fué echada en olvido; conservóse en una preciosa urna de donde se la sacaba únicamente el día de la Ascensión, para presentarla a la veneración de los fieles. En Santarem, Morlaás y Lisboa se establecieron cofradías del Niño Jesús.

A principios del siglo XIX, sobrevinieron días malos para Portugal. El ejército invasor de Napoleón se apoderó de Santarem en 1809 y causó horribles estragos. La imagen milagrosa y los tres bustos que encerraban las reliquias de nuestros tres Beatos, fueron pasto de las llamas. Hasta la misma cabeza del Beato Bernardo, venerada en Villaviciosa, fué profanada y arrojada al fuego.

La devoción de los fieles se acrecentó en proporción de los indignos sacrilegios mencionados; no sólo en Portugal, sino también en Francia, patria del padre Bernardo, tuvieron los tres Beatos sus altares y devotos.

Y así en la iglesia de Santa Fe de Morlaás, obra maestra de arquitectura románica, se ha dedicado al padre Bernardo la capilla del lado izquierdo del ábside desde 1877. Gracias a la liberalidad de un sacerdote de Carcasona y de un hermano suyo, cuatro bajorrelieves de madera, dorados y plateados, representando escenas de la historia que acaba de leerse, adornan la mencionada capilla, cuyo altar está rematado por una estatua del Niño Jesús que recorre procesionalmente las calles del pueblo el día de la Ascensión, llevada por cuatro jovencitos, hermanos lejanos de los dos monaguillos de Santarem.

Acá y acullá, cuadros encantadores que adornan las paredes, recuerdan la pintoresca escena de los milagrosos desayunos, y pregonan con elocuencia muda a los fieles la particular predilección que siempre mostró el divino Infante de Nazaret a las almas sencillas, de recto y puro corazón.

Un poeta francés del siglo XIX, que gozó de cierta fama en los círculos católicos, el padre Víctor Delaporte, ha contribuído no poco a la publicidad del padre Bernardo y de sus monaguillos con graciosas estrofas que figuran en sus *Relatos y leyendas.*

Cosa curiosa, por cierto; la tradición de Santarem ha emigrado a Mallorca, donde el milagro parece haberse repetido; siendo sustituídos en este caso los niños por un novicio; pero esto no es más que la deformación de tradiciones orales.

El proceso de canonización del padre Bernardo y de sus dos discípulos fué presentado a la aprobación eclesiástica en julio del año 1894. Los Dominicos de la Provincia de Tolosa, en cuya demarcación se halla Morlaás, y varios obispos, entre ellos el de Bayona y el patriarca de Lisboa, tuvieron la piadosa idea de implorar del Sumo Pontífice la confirmación del culto tributado desde tiempo inmemorial a estos tres Siervos de Dios.

SANTORAL

Santos *Segundo y compañeros, mártires; Hospicio* y Godrico, solitarios; Pedro de Parenzo, mártir; Secundino, mártir en Córdoba, en 306 Sinesio y Teopompo, mártires en Nicomedia; Timoteo, Polio y Eutiquio, diáconos y mártires; Nicóstrato, Antíoco, Polieucto, Victorio y Donato, mártires en Asia; Valente, obispo de Pamplona, y tres niños, mártires, Vales, presbítero y confesor; Silao, obispo irlandés; Teobaldo, obispo de Viena (Francia) Mancio, esclavo cristiano, traído de Roma y asesinado por los judíos en Évora. Beato **Bernardo de Morlaás, dominico.** Santas Estela, virgen y mártir; Humildad, abadesa; *Gisela o Isberga, hermana de Carlomagno, virgen y abadesa;* Martiria, Maurelia y Mircela, mártires. Beata Catalina de Cardona, confidente de la princesa de Éboli.


Corona de penitente — Milagros de rosales y de higueras

DÍA 22 DE MAYO

SANTA RITA DE CASIA

VIUDA Y RELIGIOSA AGUSTINA (1381 - 1457)

LLÁMASE a Santa Rita «patrona de las causas desesperadas» y no sin motivo ciertamente, pues desde su milagroso nacimiento hasta su santa muerte, fué toda su vida una serie de obras y acontecimientos en los que tuvo extraordinaria intervención la Providencia. La Santa desde el cielo se ha mostrado siempre propicia a los que la invocan en trances difíciles y casos desesperados.

La aldea de Roccaporena, cerca de la ciudad de Casia, en la Umbría, la poética patria de San Francisco de Asís y de Santa Clara, pertenece en lo eclesiástico a la diócesis actual de Norcia, incorporada hasta 1821 a la de Espoleto. Allí vivían, hacia mediados del siglo XIV de nuestra era, dos cristianísimos esposos que servían a Dios con sencillez de corazón y con admirable edificación en su vida conyugal, distinguiéndose, entre otras virtudes, por la gracia especial que tenían para componer discordias, por lo cual los llamaban «los pacificadores de Cristo».

Pero quiso Dios someter a sus siervos a una ruda y prolongada prueba, retardándoles la gracia de poder educar hijos para el cielo. Pasaban los años; hilos de plata nimbaban por completo la cabeza de la esposa venera-

ble, que iba perdiendo ya las esperanzas de ser madre: Dios quería hacerla digna, por medio de esa larga prueba, de recibir un don precioso. Oyó al fin el Señor sus ruegos y, repitiendo con ella los prodigios de fecundidad como antiguamente lo hiciera maravillosamente con Santa Ana y Santa Isabel, concibió en su ancianidad.

Admirada de la novedad, la consoló un ángel con la agradable noticia de que daría a luz una hija muy amada de Dios, y estimada de los hombres por sus admirables virtudes. Dispuso también el ángel que la llamaran Margarita, nombre jamás oído en el mundo, expresión significativa de su rectitud, como lo acreditó en su prodigiosa vida. El nombre de Rita, con el que consta en el Martirologio romano, no es más que la forma popular del nombre que fué impuesto por el ángel.

MATRIMONIO PROBADO Y TRÁGICAMENTE TRUNCADO

SENTÍA Rita particular atracción a la virtud, y anhelaba ardientemente inmolar su cuerpo y alma al Señor, consagrándole su virginidad. Pero Dios prefirió hacerla pasar por el crisol de un duro matrimonio para purificarla en las pruebas y salvar por medio de ella a muchas almas.

Los padres de Rita, viendo acercarse el fin de sus días y temiendo dejar a su hija sola y expuesta a los peligros del mundo corrompido, resolvieron preservarla por medio de un honesto matrimonio.

Permitió la divina Providencia que el esposo de Rita fuera un joven de familia noble y distinguida, pero de carácter violento e irascible, a quien la menor contradicción hacía caer en accesos de verdadero frenesí, que ella soportó por espacio de dieciocho años, con inalterable paciencia, sin darle nunca la menor ocasión de disgusto.

La conquista de esta alma querida, costóle muchas penas y trabajos. Para ablandar aquel corazón de piedra, ofrecía al Señor lágrimas y oraciones continuas, empleándose en rigurosos ayunos y obras de piedad. Oyó el cielo sus ardientes súplicas; los remedios sobrenaturales triunfaron del corazón del marido y le convirtieron; mas como sus pasados arrebatos de cólera le habían creado muchos enemigos entre sus conciudadanos, armáronle algunos de éstos una emboscada, en la que pereció asesinado.

La piadosa viuda soportó con heroísmo cristiano aquella dolorosa pérdida. Lloró amargamente a su marido, pero tuvo el valor de perdonar generosamente a los asesinos. Y, para evitar que sus dos hijos al pasar la adolescencia quisieran vengar la muerte de su padre, procuró infundirles el olvido del asesinato, haciéndoles prometer además que en ningún tiempo

tomarían represalias; mas sus consejos y súplicas eran vanos; cada día aumentaba en el corazón de su hijos el deseo de venganza.

Entonces dió Santa Rita muestra de un verdadero amor de madre; cayendo de rodillas, con los ojos bañados en lágrimas, pidió al Señor que, si no había medio de que sus hijos desistieran de tan vengativos propósitos, se sirviese llevárselos de este mundo antes de que cometieran el horrendo delito que proyectaban. El Señor escuchó las súplicas de su sierva, y no tardó en aumentarse su duelo con la muerte de sus dos hijos.

MILAGROSA ENTRADA DE RITA EN EL CONVENTO

DESLIGADA Rita de Casia de cuanto podía retenerla en el mundo, resolvió poner en ejecución sus primeros deseos de consagrarse al Señor, e inmediatamente solicitó ingresar en el convento de religiosas agustinas de dicha ciudad; pero esta gracia le fué rehusada, porque en aquella comunidad sólo eran admitidas las vírgenes.

Conformándose con la voluntad divina, se propuso formar en su habitación un retiro donde pudiera servir a Dios, como en el claustro la más perfecta religiosa; ocupóse en cuantos laudables ejercicios recomienda el Apóstol a las viudas cristianas, brillando en este estado con el mismo ejemplo maravilloso que en el de virgen y en el de casada.

Estando una noche en oración, retumbaron tres golpes violentos dados en la puerta, y oyó una voz que desde fuera le decía: «¡Rita! ¡Rita!» Abrió nuestra Santa y vió ante su presencia a sus tres santos patronos: San Juan Bautista, San Agustín y San Nicolás de Tolentino, que, cogiéndola casi en volandas, la llevaron al convento donde por tres veces le habían negado la entrada. Hiciéronla entrar los tres mensajeros, a pesar de estar cerradas todas las puertas y muy aseguradas con grandes cerrojos y barrotes de hierro, y, dejando a Rita de Casia en uno de los claustros, los tres santos desaparecieron de su vista.

Era la hora en que las religiosas volvían del coro después de cantar Maitines. Para ir a sus respectivas celdas debían pasar por el sitio donde la humilde viuda había quedado, muda de admiración ante esa serie de prodigios.

Llegaron primero las más jóvenes de la comunidad, las cuales, entreviendo a la pálida luz de una lámpara una forma humana de la que únicamente se distinguía parte del rostro, quedaron sobrecogidas de espanto. Paráronse inmediatamente; temblaban sus piernas y palidecía su rostro en presencia de lo que ellas creían un ladrón o un fantasma; por ventura, las otras religiosas de más edad cobraron ánimos, formaron un grupo capaz de resistir al miedo y se fueron acercando.

Rita estaba por su parte tan admirada de todo lo que había pasado, que perdió el uso de la palabra, y no sabía en qué términos tranquilizarlas.

Poco a poco, sin embargo, fué volviendo de su asombro y les explicó por qué milagro se encontraba en el claustro. La priora estaba tan sobrecogida que, viendo tan claramente manifestada la voluntad divina, no pensó en invocar la prohibición de las Constituciones, y la alegría de las religiosas fué tanto más viva cuanto mayor había sido el miedo. Reunióse luego la Comunidad en Capítulo y decidieron por unanimidad que la santa viuda fuese recibida. «Es justo —decían— que obedezcamos a la voluntad de Dios con tanta evidencia declarada, y que nuestras Constituciones cedan ante un caso en el que las puertas y cerrojos del convento no han podido resistir».

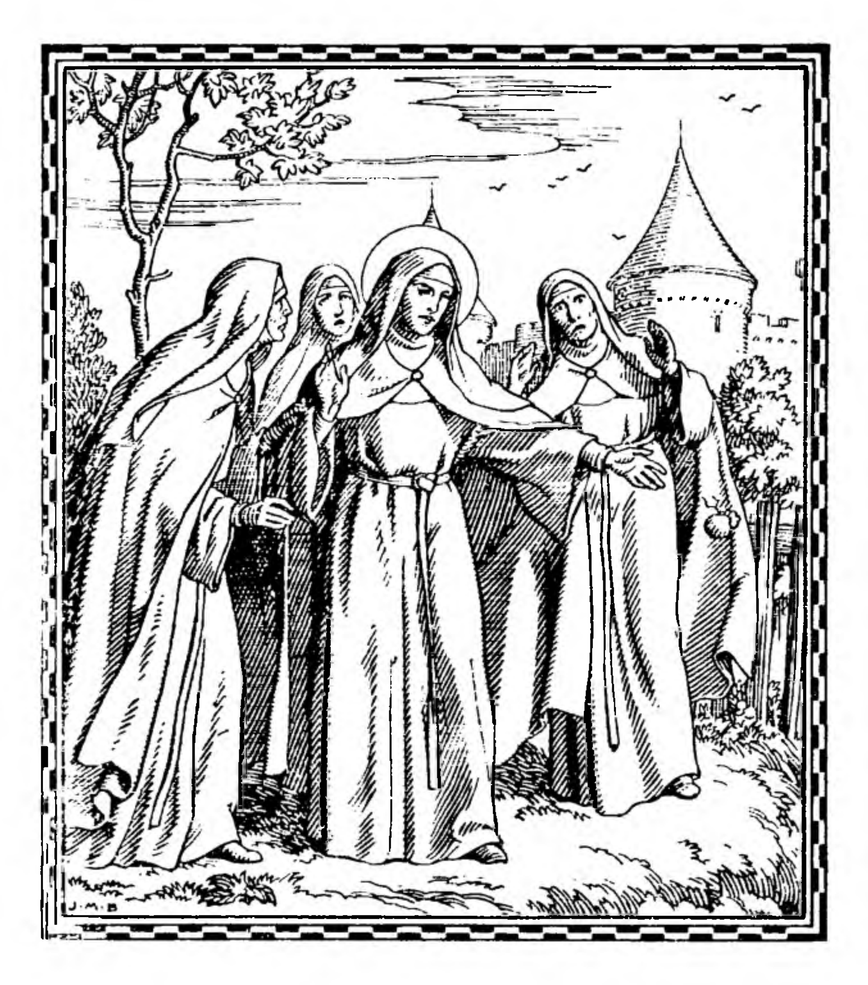
Apenas admitida la novicia, púsose a trabajar con denuedo para adquirir la perfección que se había propuesto; consagróse de lleno a la oración y a la penitencia; redujo su cuerpo a la esclavitud por frecuentes flagelaciones; usó siempre un áspero cilicio y en su ropa llevó cosidas espinas que de continuo la torturaban. Ayunaba todos los días a pan y agua, y pasaba la mayor parte de las noches en vigilia y oración.

Tenía por costumbre consagrar a la meditación de la Pasión del Salvador desde media noche hasta la salida del sol; los dolores del Divino Maestro la condolían de tal modo, que varias de sus compañeras, y en distintas ocasiones, la hallaron sin conocimiento, tendida sobre las frías losas del coro.

IMPRESIÓN MILAGROSA DE UNA LLAGA EN LA FRENTE DE RITA

ACONTECIÓ que, cierto día, después de haber oído un sermón sobre la Pasión, predicado por el célebre franciscano San Jacobo de la Marca, pidió con extraordinario fervor ante una imagen de Cristo crucificado que le hiciera padecer alguno de los dolores que Él sufrió por por salvarnos. Su oración fué escuchada, pues mientras saboreaba, en este coloquio sagrado, las delicias celestiales de que es capaz el alma humana, sintió de repente oprimida su cabeza por una corona de punzantes espinas; al mismo tiempo vió salir del crucifijo ante el cual oraba un rayo de luz y, envuelto en él, una de las espinas de la corona que tenía puesta la santa imagen, espina que fué a clavarse en la frente de Rita y le hizo una llaga que llevó toda su vida, y aun puede verse en su cabeza, conservada intacta como el resto del cuerpo.

Con ello quiso el Señor complacer uno de los más vehementes deseos que la Santa había manifestado desde su infancia, cual era el de abrazarse con la cruz de Jesucristo y vivir en ella.



AL *salir para Roma, Santa Rita de Casia arrojó al agua la bolsa de dinero que le habían dado para los gastos del viaje, porque, siguiendo el consejo del Salmista, había confiado a Dios el cuidado de su cotidiano sustento, y le parecía que fuera insultar a la Providencia preocuparse de los intereses temporales.*

Dicha herida, profunda y dolorosa, sometió a ruda prueba la humildad de la paciente, pues exhalaba un olor fétido y repugnante, y con frecuencia salían de ella gusanos, que Santa Rita llamaba con ingenuidad «sus angelitos». El deseo de no causar repugnancia a sus Hermanas por esta causa, le hizo renunciar a la vida común, lo que le procuró mayor libertad para entregarse por completo a la oración y a la penitencia. Así fué caminando durante toda su vida en pos de Jesús, con esa cruz a cuestas, sobrellevada con sostenida resignación y constancia, hasta que obtuvo el premio eterno.

MILAGROS QUE PERMITEN A RITA UN VIAJE A ROMA

POR aquel tiempo ocupaba el trono pontificio Nicolás V. La Iglesia Romana, que salía triunfante del gran cisma de Occidente, podía preguntarse si nuevos y más graves males no se cernían todavía sobre ella. Nunca la amenaza de los turcos había sido más temible. Un gran Jubileo, publicado en 1450, fué la primera arma opuesta al Islam.

Cristianos de todos los países del mundo acudieron a Roma con el fin de ganar aquella indulgencia extraordinaria. La priora de las agustinas de Casia resolvió no perder ocasión tan propicia, y manifestó que iría a visitar la tumba del príncipe de los Apóstoles, en compañía de algunas religiosas. Rita rogó insistentemente a la superiora que le concediera la merced de poder acompañarla; pero ésta se negó, manifestando a la Santa que la llaga que tenía abierta en la frente hacía repugnante su rostro y atraería sobre ella el menosprecio de las personas que ignoraban la causa de su herida.

No se desanimó por esto Rita de Casia; púsose en oración y suplicó con gran fervor a la Divina Bondad hiciera desaparecer ese obstáculo, volviendo su llaga invisible e inodora durante la peregrinación a Roma. Vióse su deseo inmediatamente cumplido; la llaga desapareció, pero subsistió el dolor y Rita pudo satisfacer su devoción y saborear en Roma las mayores delicias espirituales, sin perder el mérito de su participación misteriosa en los tormentos del Salvador.

Durante aquel viaje demostró la Santa su amor a la pobreza voluntaria, pues, habiendo provisto la abadesa a cada religiosa peregrina de la cantidad que juzgaba necesaria para los gastos de la peregrinación, Rita arrojó al primer río que encontró en su camino la parte de dinero que le había correspondido; y, como fuese reconvenida por ello, respondió que no había podido soportar por más tiempo aquella carga inútil, y que, siguiendo el consejo del Salvador, había confiado a Dios el cuidado de su cotidiano sustento, pues entendía que era hacer injuria a la Divina Providencia preocuparse de los intereses temporales.

Cumplida la piadosa peregrinación, tornóse a su convento, e inmediatamente reapareció en su frente la llaga cerrada durante su viaje a Roma; y, vuelta por esta causa a su anterior aislamiento, se entregó con más ardor que nunca a la oración y penitencia, macerando su cuerpo sin compasión, para mejor reprimir el orgullo de la carne.

Cuando el Divino Esposo estimó en sus inescrutables juicios llegada la hora de premiar con la corona de la vida eterna las inmarcesibles virtudes de su sierva, envióle, como mensajero divino, la enfermedad que había de librar a su alma de la envoltura corpórea que le sirvió de cárcel en su peregrinación por la tierra.

EL MILAGRO DE LAS ROSAS Y LOS HIGOS

ESTREMECIÓSE Rita de alegría al sólo pensar que en breve podría salir de la cárcel del cuerpo para gozar, por fin, de la libertad y de la vida eterna y amar por siempre a Dios. El Señor, sin embargo, quiso exigir a su sierva nueva prueba de resignación, alargando su dolencia contra todo lo que humanamente podía esperarse de la flaqueza de su desmedrado cuerpo.

Muchos y extraordinarios prodigios hicieron más patente la santidad de Rita. Cierto día fué a visitarla una parienta suya; Rita le agradeció la visita y al despedirse le pidió que le mandara algunas rosas del jardín que en otro tiempo le había pertenecido en Roccaporena. Como a la sazón corría el mes de enero, el más crudo del invierno, se tomó esta petición de nuestra Santa como efecto del delirio de la enfermedad, y la visitante no hizo el menor aprecio de tan extraña petición.

Sin embargo, como al volver a su casa hubo de pasar por delante de los jardines de Roccaporena, puso distraídamente los ojos en ellos, y grande fué su sorpresa al contemplar cuatro magníficas rosas que acababan de abrirse entre las ramas secas. Admirada del prodigio, entró en los jardines, cogió respetuosamente las flores y las llevó al convento de Casia. Rita las tomó agradecida, aspiró el suave perfume y luego las ofreció a sus Hermanas, que estaban llenas de admiración y estupor al ver cómo regala el Señor a sus elegidos.

No dándose aún por satisfecha, pidió Rita a su parienta que fuera a buscar algunas frutas en el mismo lugar donde Dios había hecho brotar flores. La visitante corrió al jardín y halló una higuera con frutos ya maduros, de los que cogió algunos para ofrecérselos a Rita, que los comió con visible satisfacción, dando gracias a Dios por sus bondades.

SU MUERTE. — MENSAJERA DE PAZ

ESTOS favores celestiales eran sólo preludio de otros mayores y más portentosos. Apareciósele un día Jesucristo radiante de hermosura y acompañado de su Madre, para anunciarle que muy pronto le trocaría la corona de espinas por otra de inmarcesible gloria. Tan grata nueva produjo en Rita una alegría extraordinaria; quiso purificarse de antemano para ser más digna del Cordero sin mancilla, y al efecto recibió los Sacramentos de la Iglesia con fervor admirable, y poco después voló su alma al cielo el día 22 de mayo del año 1457.

En el momento mismo en que Rita expiró, voltearon los ángeles las campanas del convento para anunciar al pueblo la entrada triunfal de la sierva de Dios en el cielo. Al mismo tiempo una luz extraordinaria invadió la celda de la Santa, donde yacía su cuerpo inanimado y transfigurado, que exhalaba ya olor celestial. La llaga de la frente, antes de aspecto repugnante, se trocó en un verdadero brillante de destellos deslumbradores.

Al día siguiente de la muerte se expuso el cuerpo de Rita en la iglesia del convento. Todos los habitantes de la ciudad y de los alrededores acudieron para venerar a la religiosa cuyas heroicas virtudes conocían.

Su cuerpo santo ha obrado numerosos milagros; uno de los más extraordinarios tuvo lugar poco tiempo después de la beatificación, que se verificó en el pontificado de Urbano VIII, el 16 de julio del año 1628.

El mismo día en que se celebraban en Casia las fiestas solemnes acostumbradas en tales circunstancias, las santas reliquias fueron expuestas a la veneración de una multitud inmensa que de todos los puntos de Italia se había congregado. Sucedió, pues, que, al formarse la procesión, se levantó viva discusión entre los clérigos seculares y los religiosos, sobre quién debía tener la precedencia; mas la Beata, por un prodigio singular, cuando más calientes estaban los ánimos, abrió los ojos y dió inequívocas señales de vida. Ante este suceso milagroso y al grito repetido de «¡Milagro! ¡Milagro!», se apaciguó instantáneamente la excitación de los contendientes.

El culto de la Beata Rita puso de manifiesto, a la vez, la devoción popular y la estima en que la Iglesia tenía sus virtudes. Aun antes de la canonización se permitió dedicarle una iglesia en Roma. Al fin de su proceso, el 27 de marzo de 1900, León XIII autorizó que en la misma sesión se procediese a dos formalidades muy importantes y de ordinario muy largas, a saber: la aprobación de los milagros y la decisión sobre el decreto «de tuto». Este favor inusitado fué —al decir de los entendidos— un nuevo milagro de la futura Santa, que fué canonizada el 24 de mayo de 1900, el día de la Ascensión, al mismo tiempo que San Juan Bautista de la Salle.

PRODIGIOS PERMANENTES

EL cuerpo de Santa Rita se ha conservado intacto hasta nuestros días; cinco siglos no han podido corromper aquella carne purificada por la penitencia y la santa vida. Todo el mundo puede contemplarle en la iglesia del convento de Casia en un hermoso relicario de cristal. Después de tantos años transcurridos, sus miembros conservan aún la flexibilidad y las facciones de la cara toda su expresión, de modo que la Santa parece dormida o sumida en éxtasis. Más de una vez, entre otras en 1926, el santo cuerpo ha cambiado por sí mismo de actitud; los pies y las manos se han elevado ligeramente y la cara, inclinada antes hacia los que le rezaban, se ha vuelto hacia el cielo; en 1927 la mano derecha se alzó por tres veces, juntando los dedos como en actitud de bendecir.

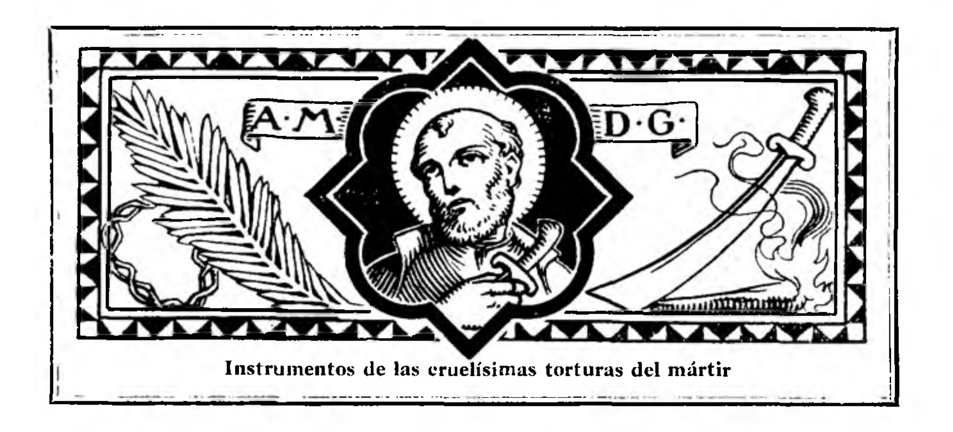
Este prodigio, que ya se había producido otras veces en tiempos pasados, ha sido siempre considerado como anuncio de grandes gracias.

En el jardín del claustro se ve aún el rosal milagroso; no florece todos los años, pero, si ostenta sus magníficas rosas, es siempre en invierno.

En el mismo huerto crece lozana una parra de la que todos los años mandan las monjas algunos racimos al Padre Santo. Su origen es también milagroso. Para probar la obediencia de Rita, su priora le mandó plantar y regar unos sarmientos que iban a quemarse porque estaban secos desde hacía mucho tiempo. Rita cumplió la orden recibida, y la leña seca revivió y se hizo fecunda. La parra milagrosa cuenta actualmente quinientos años y nunca ha sido podada.

SANTORAL

Santos *Casto y Emilio, mártires;* Basilisco, soldado y mártir; Bobón, militar que luchó contra los sarracenos en Provenza y murió en Lombardía; Casto y Casio, obispos y mártires; Atón, obispo de Pistoya, Marciano, obispo de Ravena; Lupo, obispo de Limoges; Petronio y Román, abades; Aigulfo, Donato, Eusebio y Fulgencio, obispos; Faustino, Timoteo, Venusto, Emelio, Albino, Rogaciano, Jenaro y nueve más, mártires en Roma; Fulco, confesor; Ausonio, mártir; Vital, presbítero, Volfelmo, confesor, honrado en Colonia; Gosvino, niño mártir en Roma. Beatos Pedro de la Asunción, franciscano, y Juan Bautista Machado, jesuíta, mártires en el Japón. Santas **Rita de Casia, viuda:** *Julia, virgen y mártir en Córcega;* Elena y Alimena, vírgenes en Auxerre; *Quiteria, virgen y mártir, a la que se invoca contra la rabia.* Beatas *Joaquina Vedruna de Mas, fundadora de las Hermanas Carmelitas de la Caridad;* Humiliana, terciaria de San Francisco.



Instrumentos de las cruelísimas torturas del mártir

DÍA 23 DE MAYO

SAN ANDRES BOBOLA

JESUÍTA Y MÁRTIR (1592 - 1657)

NACIÓ Andrés Bobola en el año 1592 en un castillo del Palatinado de Sandomir. Si bien Polonia no había todavía desaparecido como nación, llevaba ya en sus entrañas gérmenes de descomposición y muerte. El cisma y la herejía empezaban a resquebrajar la unión de aquel reino: todo era ya partidismos y sangrientas contiendas. Los más valientes soldados morían desdichadamente en las continuas luchas que entre sí tenían los nobles, llevados de la ambición y de su índole e inclinación guerrera. Añádase a esto las invasiones de los suecos y los incesantes saqueos y pillajes de los cosacos rusos, y podráse fácilmente formar concepto de las ruinas de orden físico y moral que fueron acumulándose año tras año. No faltaron, con todo, hombres magnánimos y valerosos, los cuales, con su abnegación y talento, fueron parte para que Polonia se detuviese algún tiempo en la pendiente mortal. Los padres Jesuítas en particular, tenían en aquella nación muchos colegios, en los que educaban cristiana y varonilmente a la flor de la nobleza polaca; sus misioneros ejercían notable influencia en la masa del pueblo. Estos remedios, empero, eran impotentes para atajar los progresos del mal.

NIÑEZ Y JUVENTUD

LA familia Bobola era de muy antiguo y noble linaje. Dió valientes capitanes al ejército, bienhechores insignes y santos religiosos a la Compañía de Jesús. El niño Andrés llevaba en su sangre gérmenes de patriotismo y santidad.

Enviáronle sus padres, siendo todavía jovencito, a estudiar y educarse con los padres Jesuítas de Sandomir. Muy presto se señaló entre todos los condiscípulos por su raro ingenio y más aún por su admirable devoción. A los diecinueve años de edad, el día 2 de julio de 1611, entró en el noviciado de los Padres, en Wilna.

Con la práctica de las virtudes religiosas logró dominar su genio vivo y ardiente. Acabados los estudios de Filosofía y Teología, enviáronle sus superiores de profesor al colegio de Brunsberg. Era maravilla ver cómo se ingeniaba para amoldarse a la capacidad intelectual de los niños, granjearse su estimación y ganar su confianza; enseñarles la doctrina era su mayor contento: a ello se obligó con especial empeño y nunca dejó incumplida aquella determinación. Ordenóse de sacerdote en Wilna en el mes de marzo del año 1622, el mismo mes en que fueron canonizados San Ignacio y San Francisco Javier.

SU ABNEGACIÓN

CUANDO Andrés hubo profesado con votos perpetuos fué nombrado superior del Colegio de Bobruisk. Este cargo le tenía muy sujeto y le impedía darse con celo y eficacia a otras apostólicas tareas; por eso pidió y logró licencia para dejarlo, y así pudo abrazar la vida de misionero, en la que perseveró por espacio de veintiún años.

El año de 1625 fué Polonia afligida con el azote de la peste que asoló pueblos enteros. La población huía consternada; los enfermos quedaban abandonados y los muertos insepultos. La descomposición de los cadáveres emponzoñaba el aire, y con eso aumentaba el peligro del contagio. Los campos y huertas se trocaron en estériles barbechos, de suerte que, antes de mucho tiempo, a los horrores de la peste se juntaron los del hambre.

En tan angustioso trance, el esforzado misionero sólo obedeció a los impulsos de su ardiente caridad. Viósele recorrer los más incómodos y fragosos caminos y llegarse a las aldeas más míseras y malsanas, sin que fueran parte para detenerle, ni el hambre, ni el frío, ni las lluvias. Enterraba a los muertos, asistía a los enfermos con paternal providencia, atendía al servi-

cio de los cuerpos y sanaba las almas. Con su ejemplo infundió aliento y valor a los supervivientes. Al fin, disminuyó la mortandad y cesó la peste sin haber contagiado a nuestro Santo. Pasados cinco años, en el de 1630 y luego otra vez en el de 1633, cundió de nuevo el azote por aquellas comarcas, y otra vez acudió Andrés en auxilio de los apestados con valor y abnegación sobrehumanos.

CONVIERTE A LOS CISMÁTICOS

COMO si no bastara la epidemia para afligir al reino de Polonia, cuadrillas de cosacos destrozaban aquella nación; todo lo llevaban a sangre y fuego, y no pocos misioneros murieron a mano de los invasores rusos. Andrés Bobola no se daba un instante de descanso; de continuo estaba socorriendo y consolando a los desgraciados, y enseñándoles a padecer con cristiana resignación.

Con estas muestras de caridad vino a ganar el corazón de los cismáticos. ¿Cuándo les habían dado sus sacerdotes semejantes ejemplos de abnegación? La masa del pueblo empezaba a convertirse; varias poblaciones con sus pastores volvieron a la unidad de la fe católica.

No estaba lejano el tiempo en que no quedaría un solo cismático en todo el reino de Polonia. Los sacerdotes disidentes, esparcidos como estaban por todo el territorio, no podían ayudarse unos a otros, y aisladamente no había quién resistiese al empuje de tan valeroso adversario. Finalmente, viéndose en situación insostenible, levantaron sus reales de toda Polonia y se concentraron todos ellos en Lituania para tener allí como un baluarte inexpugnable.

Pero el gobernador de aquella provincia, el príncipe Radziwill, era ferviente católico. Para hacer frente a la invasión de los cismáticos, no halló mejor providencia que llamar a los padres Jesuítas y darles residencia en la ciudad de Pinsk.

SAN ANDRÉS BOBOLA EN PINSK

PARTIÓ el padre Bobola para Pinsk, lugar estratégico y de mayor peligro, pues gustaba de hallarse en las avanzadas para observar más de cerca al enemigo. Lo mismo fué llegar el bienaventurado Andrés a la ciudad, que enfurecerse contra él los sacerdotes cismáticos, los cuales les echaron mano de todos los artificios para hacerle cruel guerra.

Sabían que era muy amigo de los niños; por eso mismo quisieron que

éstos fueran sus verdugos. Empujados por los cismáticos, aquellos muchachuelos solían ir a esperarle a la puerta del convento y, en cuanto salía, le soltaban mil injurias y baldones que ellos mismos no entendían. Muchas veces, después de las burlas venían las piedras y, ya cansados, le seguían en cuadrilla por todas partes. Si el Santo entraba en alguna casa para ejercitar la caridad, los chiquillos le aguardaban a la puerta, y a la salida, otra vez alborotaban el barrio con gritos injuriosos, silbidos y palabrotas.

El padre Bobola lo aguantaba todo con heroica paciencia, sin que de su boca saliese una sola palabra de queja; y no es que no padeciese con aquel tormento. En balde trabajó para ganar el afecto de aquellos niños mostrándose bueno y manso con ellos y hablándoles con caridad y afabilidad. Empezarles a hablar y escaparse todos tapándose los oídos era uno. «¡Brujo, brujo», gritábanle a una voz y con tanta fuerza que sus clamores cubrían la voz del Santo. Este tormento duró varios años.

EN PODER DE LOS COSACOS

LOS cristianos disidentes, por el odio que tenían a San Andrés, solían llamarle el «ladrón de almas», y en esto no se equivocaban, porque era patente que, desde su llegada a Pinsk, las conversiones se multiplicaban sin cuento y cada día aumentaba el descrédito de los sacerdotes cismáticos. En vez de escuchar, si no con docilidad, a lo menos con respeto y cortesía, la voz de la verdadera Iglesia de Cristo, quisieron acabar cuanto antes con el santo misionero; triunfar de él con sólo discursos érales imposible; prefirieron echar mano de la fuerza, llamando en su ayuda a los cosacos, inhumanos y crueles.

El día 16 de mayo de 1657, estaba predicando en la ciudad de Janow, cuando de repente se produjo gran tumulto en la iglesia. Avisaron al misionero que la caballería cosaca había invadido y tomado la ciudad, que el sacerdote católico estaba detenido y que a él le andaban buscando por todas partes.

¿Qué partido tomar? Hacía tiempo que Andrés deseaba el martirio. Ahora que la Providencia le ofrecía ocasión favorable, se guardó bien de menospreciarla. Entretanto, los católicos le rodean solícitos y le suplican que se ponga a salvo; traen un coche y el buen Padre no tiene más remedio que ceder a las instancias de la muchedumbre y montarse en el coche, que arranca a galope.

Pero apenas pasadas las últimas casas del pueblo, ven con asombro que los cosacos se les vienen encima. El cochero, asustado, huye al bosque a toda prisa. Los enemigos llegan, detienen al misionero y, en habiéndole co-



SAN *Andrés Bobola, que ama extraordinariamente a los niños, tiene que soportar con indecible dolor, durante varios años, cómo estas pobres criaturas, excitadas por los herejes, le apedrean, le insultan y le ultrajan de mil modos y con palabras que los infelices ni entienden siquiera.*

nocido, dan gritos de alborozo. Nuestro Santo se deja prender sin resistencia: «¡Hágase la voluntad del Señor!», se contenta con decir humildemente. Los bárbaros cosacos le arrastran al bosque, le despojan de parte de sus vestidos y le azotan cruelmente. Cortan luego algunas ramas, las mojan, y trenzan con ellas una corona que colocan sobre la cabeza de su víctima. Las ramas, al secarse, se estrechan y aprietan la cabeza del mártir como con un torno. Hecho esto, los soldados montan a caballo. Mandan al padre Bobola que se ponga entre dos caballerías, le atan las manos a los arreos y echan a correr camino de Janow. Un cosaco armado de un hacha iba detrás del santo preso, y con ella le daba recios golpes si intentaba pararse o ir más despacio.

MARTIRIO DEL SANTO

EL jefe de los cosacos aguardaba a sus soldados a las puertas de Janow. Cuando llegaron, le presentaron el santo misionero.

—¿Eres sacerdote romano? — le preguntó con dureza.

—Sí, soy sacerdote católico. En esta fe nací y en ella quiero morir. Mi fe es la verdadera, la buena, la que lleva al cielo... Soy religioso y no puedo abjurar de mi santa fe... Vosotros, convertíos y haced penitencia, porque si permanecéis en vuestros errores, no os salvaréis. Si por el contrario los menospreciáis y abrazáis la fe santa que yo profeso, entonces empezaréis a conocer de veras a Dios y salvaréis vuestras almas.

Enojóse aquel bárbaro oficial al oír estas palabras y levantó su espada para dar con ella en la cabeza del santo misionero. El mártir intentó parar el golpe con su mano, la cual quedó casi completamente cortada. Otro sablazo le cortó el tobillo y le derribó al suelo. Lleno entonces de fe y amor de Dios, el bienaventurado Andrés exclamó: «Creo y confieso que así como no existe sino un solo Dios, así no hay sino una sola y verdadera Iglesia, una sola y verdadera fe católica, que fué revelada por Jesucristo y predicada por los Apóstoles; a ejemplo de ellos y de los mártires, padezco y muero de muy buena gana».

Apoderóse ciego furor de aquellos crueles soldados al oír esta sublime profesión de fe. Penetraron desordenadamente en una carnicería que allí cerca estaba, despojaron a la víctima de los pocos vestidos que le quedaban, la colgaron del techo por los pies, y le abrasaron todo el cuerpo con teas encendidas. Ni una sola palabra de queja salió de boca del valeroso mártir mientras le atormentaban; rogaba por sus verdugos y pronunciaba a cada paso el santísimo nombre de Jesús. Luego continuaron torturándole con mayor crueldad que hasta entonces.

con mayor crueldad que hasta entonces.

Un panegirista lo cuenta de esta manera:

«Aquellos caníbales mezclaban su crueldad con bromas y chanzas impías: «Sacerdote romano —le dijeron—, llevas una tonsura pequeñísima; verás cómo te la hacemos mucho mayor»; en diciendo eso, le señalaron un gran círculo en la cabeza, desollándola con un cuchillo muy violentamente. «Ahora te enseñaremos lo que haces en la iglesia romana: con tus manos vuelves las hojas del misal; pues así volveremos nosotros la piel de todo tu cuerpo»; y cogiendo aquellas manos que no se levantaron nunca sino para bendecir, desolláronlas totalmente, cortaron los músculos y le quebraron las articulaciones. «Es sacerdote —añadieron—, démosle una casulla»; tendiéronle en una mesa, y a trozos le fueron quitando la piel de la espalda y cubrieron aquella inmensa llaga con paja desmenuzada. «Papista —le decían—, nunca celebraste con tan precioso ornamento». Córtanle la nariz y los labios; ya no tiene cara de hombre: el furor de los cosacos no está saciado todavía. «Es un monstruo —claman los verdugos—, pero le faltan las garras; pongámoselas»; sacan punta a unas astillas de madera de pino y se las clavan entre carne y uña en las manos y en los pies. Pero como al santo mártir le quedaba aún fuerza para pedir al cielo misericordia y suplicar a los cismáticos que se convirtiesen a la pureza de la fe católica y a la unidad de la Iglesia romana, aquellos bárbaros se precipitaron otra vez sobre su víctima. Abriéronle un gran orificio en la nuca y por él le arrancaron la lengua, para mayor ferocidad; después de mostrarla, cual trofeo de su triunfo, la tiraron muy lejos con grandísimo desprecio. Todavía respiraba Andrés. El jefe de los cosacos puso fin a sus tormentos de un sablazo brutal.»

Al instante brilló sobre Janow una luz resplandeciente; los cosacos, asustados, huyeron. Con eso se sosegó el ánimo de los católicos, los cuales llevaron el sagrado cadáver al colegio de Pinsk, donde fué sepultado.

MILAGROS ACAECIDOS DESPUÉS DE MUERTO

LOS cosacos continuaron saqueando la provincia de Lituania, y su presencia era una amenaza perpetua para los colegios de la Compañía. Cuarenta y cinco años después de estos sucesos, estando el superior de Pinsk, en oración, vió que venía a él un hombre vestido de Jesuíta, el cual le dijo: «Soy Andrés Bobola, tu hermano, martirizado por los cosacos. Busca mi cuerpo, sepáralo de los demás cadáveres, y será protector del Colegio».

El superior mandó hacer algunas excavaciones, pero en balde. Aparecióscle otra vez el santo mártir, y le dijo: «Mi cuerpo está enterrado a

izquierda. en el rincón; buscad allí y lo hallaréis». Hallóse, en efecto, el sepulcro en el lugar señalado; lo abrieron y encontraron un religioso vestido con casulla y estola. Los ornamentos sagrados estaban deshechos, pero el cuerpo no había perdido su natural lozanía. Por las llagas no cicatrizadas salía todavía sangre muy flúida y roja, y del sepulcro se exhalaba suavísima fragancia que llenó la capilla.

En breve cundió por la ciudad de Pinsk y por todo el reino de Polonia la noticia de tan maravilloso prodigio. De allí en adelante, Andrés Bobola fué honrado como Santo por los fieles, y el Señor manifestó el poder de su siervo con innumerables milagros. Por aquel entonces, estaba ya destruída la carnicería donde fué martirizado, y nadie sabía el lugar exacto en que el Santo había padecido tan crueles tormentos. El año de 1717, los fieles pusieron una gran cruz en el sitio en que se suponía haber ocurrido este sangriento martirio; «pero el día 1.° de noviembre de 1723 —refiere el padre Rzewgki— vióse bajar del cielo una cruz resplandeciente, la cual fué a posarse en un lugar poco distante de la cruz puesta seis años antes. Aquel prodigio quedó visible toda la noche y muchísimas personas pudieron contemplarlo admiradas. Al principio de la aparición, un hombre vestido de negro con rayas rojas, y muy parecido al padre Bobola, estaba extendido en la cruz. Su rostro era moreno; parecía lívido y acardenalado, pero no se veían heridas. La parte superior del cuerpo estaba mejor formada. Hubiérase dicho una imagen dibujada en papel blanco o en la nieve. Desapareció al cabo de poco tiempo. Al día siguiente, renovóse la misma aparición en medio de grandísima concurrencia de espectadores. Fué erigida una cruz en el lugar del prodigio, que vino a ser, andando el tiempo, centro de piadosa y tradicional romería».

VENERACIÓN DE LOS CATÓLICOS Y CISMÁTICOS AL SANTO. — LA CANONIZACIÓN

TANTOS y tan extraordinarios portentos, aumentaron la veneración de los polacos hacia San Andrés Bobola. En el año de 1808, los Jesuítas trasladaron el precioso cuerpo al colegio de Polotsk; cuatro años después, cuando las guerras de Napoleón, los soldados arrasaron el convento; pero dejaron intacta la cripta que guardaba los preciosos restos de San Andrés. Al ser expulsados de Rusia los Jesuítas, el año de 1820, por un «ucase» o decreto del zar, confiaron la guarda de las reliquias a los padres Dominicos que tenían a su cargo el servicio de la parroquia. Allí permanecieron por espacio de un siglo, hasta el año de 1919, veneradas no sólo por los católicos, sino por los mismos cismáticos, los cuales querían reparar de aquella suerte el crimen de sus antepasados.

En 1719 abrióse un proceso canónico en Janow y Wilna, donde declararon el sacerdote Szalka, arcipreste de Janow, y otros dos testigos oculares ya muy viejos, llamados Czertwertinski y Martín, los cuales habían presenciado el martirio. Por su parte, el rey de Polonia, Augusto II, el episcopado y los grandes dignatarios polacos y lituanos pidieron con instancia al Papa que se abriese el proceso de beatificación, lo que hizo Benedicto XIII el año de 1730.

Benedicto XIV, el año de 1755 le declaró Venerable después de reconocer que su muerte tuvo carácter de martirio. Pero los trastornos de la Iglesia y del reino de Polonia, que fué tres veces repartido, retardaron esta causa de beatificación. Finalmente, a los 30 de octubre de 1853, la Santidad del papa Pío IX beatificó al mártir de Janow.

Los años de 1808, 1857, 1896 y 1919, la autoridad eclesiástica procedió a la apertura del sepulcro del Santo, y el sagrado cuerpo se halló perfectamente conservado, con las señales de los tormentos padecidos dos y tres siglos antes. Por último, el 17 de abril de 1938, Su Santidad Pío XI le canonizó con gran solemnidad, juntamente con San Salvador de Horta y San Juan Leonardo.

PROFANACIONES BOLCHEVIQUES. — EL CUERPO DEL MÁRTIR EN ROMA

PRETENDIERON los bolcheviques hacer desaparecer el sagrado cuerpo del Santo en el mes de agosto de 1919; pero impidió esta profanación el arzobispo auxiliar de Mohilev, que se opuso a ello con apostólico valor. A poco, el tratado de Riga atribuyó a los comunistas la ciudad de Polotsk, y entonces llevaron a efecto el sacrílego designio, a pesar de las protestas de los católicos. El día 20 de junio de 1922, el cadáver del santo mártir fué llevado a Moscú, y depositado en el Museo de Medicina para prácticas de Anatomía.

Muy afligido con tan odiosa profanación, el papa Pío XI, tras largas diligencias del padre Walsh, de la Compañía de Jesús, director de una comisión pontificia de auxilio a las poblaciones hambrientas de Rusia, logró que el santo cuerpo fuese llevado a Roma. Llegó el día 1.º de noviembre de 1923 y fué depositado en el Vaticano, en la capilla de la condesa Matilde.

Finalmente, por mandato del Papa, el día 18 de mayo de 1924 fué trasladado a la iglesia de «Gesù» de los padres Jesuítas, donde se le dieron solemnísimos cultos por espacio de tres días. El misionero mártir polaco descansa en aquella celebérrima iglesia, en la que se guardaba ya el brazo de San Francisco Javier, modelo y patrono de los misioneros.



Instrumentos de martirio — Iglesia de los Santos en Nantes

DÍA 24 DE MAYO

SANTOS DONACIANO Y ROGACIANO

HERMANOS MÁRTIRES († 288 ó 289?)

LAS Actas del martirio de los dos hermanos Santos Donaciano y Rogaciano, llamados los «Niños de Nantes», del lugar de su nacimiento, que lo fué también de su gloriosa muerte, son de reconocida autenticidad en todos sus detalles, y de ellas se han hecho varias ediciones. Pero nada nos dicen sobre la fecha exacta en que estos valientes soldados de Cristo vertieron su sangre por la fe.

Sin embargo, como los habitantes de Nantes, que los han elegido por patronos y que parecen los más directamente interesados en esta cuestión, celebraron el XVI centenario de su martirio con solemnísimas fiestas desde el 19 al 21 de octubre de 1889, daremos como bueno el año 289 de la era cristiana.

Al subir Diocleciano al trono imperial se propuso dar al Imperio un esplendor extraordinario. Al efecto, en 285 compartió el poder con Maximiano Hércules, confiriéndole el título de Augusto y el gobierno de las provincias occidentales, con capital en Milán; mientras él gobernaba el Oriente desde Nicomedia. Diocleciano no tenía odio a los cristianos: los había en su mismo palacio. Los historiadores nos dicen que varios parientes suyos

eran cristianos, y que el papa San Cayo era su primo. Maximiano, en cambio, los odiaba sobremanera y no cesó de perseguirlos y maltratarlos en Occidente. Así fué que mientras la Iglesia de Oriente disfrutaba de paz y aun hacía conquistas, la de Occidente registraba todos los días nombres de nuevos confesores de la fe.

Desde los primeros años de su reinado, Maximiano envió a las Galias un ministro cruel con orden de degollar a cuantos se negasen a ofrecer incienso a Júpiter y Apolo. Muchas eran las víctimas preparadas para el sacrificio.

DESENGAÑADO DEL PAGANISMO. — SU CONVERSIÓN

AL anuncio de la llegada del cruel gobernador, muchos temblaban de espanto; sólo un joven cristiano de Nantes declaró su alegría por la ocasión que se le brindaba de derramar su sangre por Cristo. Era Donaciano, descendiente de una de las más ilustres familias de la ciudad. La muerte que se sufre por Dios es tan santa y tan gloriosa, que sus valientes servidores, lejos de temerla, la desean como una gracia extraordinaria.

Donaciano era de nobilísima familia, pero esta gloria la tenía en nada, por no haber recibido aún la gracia de la fe. En efecto, los padres de Donaciano eran idólatras, y él mismo había sido educado en los groseros errores del paganismo; era aficionado al circo y a los juegos, y su natural fogoso le llevó a tomar parte en los sangrientos combates del anfiteatro.

Pero Dios tenía puestos los ojos sobre este joven; la gracia divina iba penetrando poco a poco en su alma a medida que crecía en edad. Pronto empezó a comprender Donaciano lo inhumano de sus juegos favoritos, en los que corría a torrentes la sangre humana. Veía con dolor en el paganismo muchas traiciones y engaños, bajas adulaciones, tristezas que nadie podía consolar; por el contrario, veía a los cristianos llenos de inagotable caridad, intrépidos ante la muerte, alegres en las torturas, y veía a sus sacerdotes admirables para su alma, amiga de la virtud. Sus ojos entreabiertos a la luz de la fe, vislumbraban ya grandezas y hermosuras muy superiores a las bellezas y excelsitudes humanas.

Donaciano se iba aproximando a los cristianos, cada día más resuelto a alistarse en sus filas. Por de pronto, no iba ya a los sacrificios paganos, ni a los teatros y grandes festines; abandonó la compañía de los peligrosos aduladores que le asediaban por doquier. En fin, rotos los lazos que le unían al paganismo, abrazó, tras poco tiempo, la verdadera fe.

La mudanza tuvo gran resonancia. Los paganos no comprendían cómo, en la flor de la edad, el heredero de una gran fortuna despreciase honores, dignidades y riquezas, para exponerse a una muerte cierta, haciéndose adepto

de la religión de Cristo. Preguntábanse qué atractivos tan poderosos habría para que su corazón se hubiera entregado a los encantos de una religión aborrecida por los voluptuosos. Despreció Donaciano todas las frívolas consideraciones mundanas y no se dejó intimidar por los tormentos que tal vez tendría que sufrir. Deseoso de entregarse por entero a Jesús de Nazaret, fué a presentarse a los sacerdotes de los cristianos para alistarse como catecúmeno. Muy pronto se halló preparado para recibir las aguas regeneradoras del Bautismo, que habían de abrirle las puertas de la gloria y hacerle heredero del reino celestial.

Por fin, el sacerdote admite a Donaciano al Bautismo. El nuevo cristiano, que ha escogido al Señor por herencia, siente ya los efectos de la misericordia divina; su alma se ve inundada de sobrehumana alegría. Falta, sin embargo, algo para completar su dicha: Rogaciano no está a su lado; el demonio le tiene aún bajo su imperio.

A Dios gracias, también esta presa iba muy pronto a serle arrebatada, pues Rogaciano sentía ya hastío del paganismo; veía lo inútil y necio que era el culto a Júpiter y Apolo; su alma no hallaba reposo ni paz y, sin ver aún claramente la luz de la verdad, envidiaba la dicha de su hermano.

Dios recompensó esa envidia santa, y, por las oraciones de Donaciano, la gracia divina inundó el corazón del que deseaba llegar al conocimiento y amor de su Criador.

LAS PRIMICIAS DE UN APOSTOLADO

DONACIANO se ofreció a ser su catequista, resuelto además a no cejar en el empeño hasta atraerle a la religión cristiana.

Rogaciano, aunque era el primogénito, escuchaba con gran atención las lecciones de su hermano menor, que con celo y amor procuraba instruirle en las verdades de la religión del Crucificado. En breve tuvo el consuelo de ver que su discípulo abría los ojos a la verdad, y se lamentaba hondamente de haber conocido tan tarde la belleza siempre antigua y siempre nueva.

Por fin, un día le abrió el corazón y le dijo: «Donaciano, desde ahora soy tu hermano según la fe y la gracia, como lo soy según la naturaleza». Con qué alegría le hizo inscribir en la lista de los catecúmenos que se preparaban para recibir el Bautismo.

MENSAJEROS DE LA BUENA NUEVA

APENAS convertido, Rogaciano se hizo también apóstol. Recibía las instrucciones del sacerdote y con fervor las repetía a los otros para atraer a Jesucristo las almas de los que habían sido sus compañeros en el error. Ya se oían rumores de persecución contra los cristianos; pero sólo un temor le asaltaba: no haber recibido la gracia bautismal que regenera y fortalece.

Bajo esta aprensión se disimulaba una tentación del enemigo, que Rogaciano logró vencer en uno de sus santos y dulces coloquios con su hermano. Mutuamente sostenidos en la fe, ambos jóvenes cristianos comparecían, decididos, en público para anunciar a Jesucristo a cuantos quisieran escucharlos. Demostraban la vanidad e impotencia de los ídolos, que no podían tomar venganza, y la necedad de ofrecer sacrificios a unos dioses de piedra sin alma y sin vida e inferiores a los mismos vegetales y animales. Estos discursos llenos de fuego, arrebataban a la multitud y la llenaban de admiración, y muchos paganos se convertían ante las persuasivas razones de los dos jóvenes apóstoles.

Los dos hermanos trabajaban incesantemente, y además de predicar en público a la muchedumbre, lo hacían privadamente para obtener la conversión de sus amigos. El perfume de sus virtudes, su trato afable y su caridad sin límites, cautivaban todos los corazones, y lograban, con la gracia de Dios, conquistas consoladoras más por el efecto de sus oraciones que por su elocuencia.

DONACIANO Y ROGACIANO, SON DENUNCIADOS

EL comisario especial nombrado por el emperador iba camino de la ciudad, esparciendo por todas partes el terror. Créese que era Ricciovaro, famoso por sus crueldades con los cristianos de la Galia y Bélgica. Al saber su entrada en Nantes, salió el pueblo a su encuentro para honrar al enviado del emperador. Pidióle al mismo tiempo víctimas para sus juegos; víctimas que eran... los cristianos. «¡Mueran los cristianos...!», fué el grito del populacho, sediento de sangre y de venganza. En medio del tumulto un pagano se acercó a Ricciovaro para señalar las primeras víctimas.

«Justo juez —le dijo doblando la rodilla—; llegáis oportunamente para traer al culto de los dioses a los que de él se han apartado para entregarse al amor de un hombre a quien los judíos hicieron morir en ignominiosa cruz. Sabed, pues, que Donaciano es discípulo de esta secta, y que debéis



PERSEVERAN *ambos hermanos durante toda la noche en oración, preparándose para la lucha del día siguiente. En efecto, de madrugada los sacan cargados de cadenas como están, tras breve interrogatorio, los atraviesan con lanzas el cuello y, finalmente, les cortan la cabeza.*

proceder con él rigurosamente. No sólo ha abandonado el culto que debe a los dioses soberanos, mas, por la tenacidad de sus vanos discursos, ha seducido a su hermano; en forma que ambos desprecian con obstinación a los dioses inmortales, a quienes los emperadores invencibles adoran y desean ver venerados por todos sus súbditos. La propia confesión de los dos hermanos os convencerá, cuando os plazca interrogarlos, de que nuestra acusación no es falsa.»

El lugarteniente de Maximiano contaba poder saciar su cólera presenciando con sus ojos los sangrientos espectáculos. El pueblo le vitoreaba y pedía la muerte de los cristianos. Al momento envió sus satélites con orden de traer a Donaciano ante el tribunal. No se ocultó Donaciano, y el domicilio de su noble familia era bien conocido de todos. Los soldados volvieron muy pronto con la presa ante la multitud impaciente y ávida de sangre.

INTERROGATORIO DE SAN DONACIANO

COMPARECIÓ Donaciano solo ante el comisario especial, que había querido quitarle hasta el consuelo supremo de verse confortado por la presencia de un compañero de sufrimientos. Ricciovaro esperaba intimidar a esta gran alma con la contemplación de la muchedumbre que pedía su sangre. Los instrumentos del suplicio rodeaban el tribunal; todo respiraba muerte. Pero nada fué capaz de turbar la calma del mártir; confiaba en la gracia de Dios Todopoderoso, que vendría en su ayuda en el combate que libraba por su amor; y en el fondo de su corazón invocaba con gran fervor a su celestial Rey, dichoso de ofrecerle su vida cual soldado bueno y fiel.

—Donaciano —le dijo el juez—, no sólo rehusas con desobediencia criminal adorar a Júpiter y Apolo, de los que hemos recibido la vida y su conservación, sino que parece que llegas a deshonrarlos con discursos injuriosos y, con una pretensión extravagante, publicas que nadie puede salvarse si no cree en la muerte de un hombre que ha sido castigado con el suplicio de la cruz, a cuyo culto tratas de convertir a todos.

—A pesar tuyo, dices la verdad —respondió Donaciano—: todo mi deseo es llevar a Cristo, maestro universal, a este pueblo que vosotros conducís por los caminos del error.

Y, desafiando el furor del prefecto, se vuelve a la muchedumbre que se estrecha alrededor del tribunal, y predica con fuerza y claridad la doctrina cristiana. En vano el gobernador, irritado, le amenaza con muerte inminente si no cesa en semejantes discursos. Donaciano desprecia esas amenazas y

continúa demostrando al pueblo, que le escuchaba atento y admirado, la vanidad de sus ídolos y la grandeza del Dios de los cristianos.

Fué para la fe un triunfo tan grande, que el mismo juez, temiendo que sobrevinieran numerosas conversiones, dió orden de arrojar al Santo en un oscuro calabozo, cargado de pesadas cadenas. Luego hizo comparecer a su hermano Rogaciano.

ROGACIANO, ANTE EL TRIBUNAL

ROGACIANO no había recibido aún la gracia del Bautismo, pero había rogado con fervor, y su súplica, penetrando el Cielo, le había obtenido la fuerza del Todopoderoso. Su amor a Jesucristo era tan grande y sincero, que estaba decidido a sufrir mil muertes antes que abandonarle en el momento del combate y de la victoria. Los soldados le apresaron y condujeron a la plaza ante el juez ya irritado contra su hermano.

Disimulando su odio y su cólera, Ricciovaro le dispensó una paternal acogida, e intentó ganarle por la suavidad y las lisonjas:

—He sido informado —le dijo— de que quieres abandonar inconsideradamente el culto de nuestros dioses inmortales que te han dado la vida y adornado tu espíritu con la sabiduría y con grandes conocimientos; lástima me da ver que tantas prendas y dotes como tienes no te hayan impedido perder el juicio. Ten muy presente que, al no querer confesar más que a un solo Dios, te atraerás la cólera de los otros dioses. En fin, como aun no has sido infectado con no sé qué bautismo de los cristianos, te ruego, por tu bien, que no sigas obstinado en profesar esa proscrita religión. De este modo conservarás todo lo que la clemencia del emperador y la bondad de los dioses te han dado, salvarás tu vida, y verás aumentadas tus riquezas y dignidades.

Rogaciano, lleno del espíritu de Dios, cortó el vano discurso del prefecto diciéndole:

—No me admira que antepongas la clemencia del emperador a la bondad de los dioses. Todo está pervertido en tu espíritu, aunque en cierto modo tienes razón al dar la preferencia a seres vivos, que valen más que los dioses de piedra o bronce; pero al adorarlos os hacéis semejantes a vuestros ídolos, pues si vuestros dioses de piedra no tienen alma ni vida, los que los adoráis perderéis la inteligencia y el sentido común.

Rogaciano, pues, estaba tan inquebrantable en la fe, como su hermano. Jesucristo hablaba por su boca, y ponía en su alma una fuerza divina contra los tormentos, la adulación y todas las asechanzas del infierno.

Comprendió el juez que era inútil insistir más con palabras, e hizo arrojar al confesor de la fe en el calabozo donde estaba encadenado su hermano.

«Mañana —pensaba el tirano—, los tormentos doblegarán la firmeza de ambos o castigaré su desobediencia con una muerte fulminante». Y mientras llegaba la hora de poner en ejecución sus planes, fuése a presidir una fiesta, dejando que sus inocentes víctimas sufriesen las torturas de grillos y cadenas.

PRISIÓN. — MARTIRIO DE LOS DOS HERMANOS

EN tanto que el prefecto recibía con orgullo los aplausos de la muchedumbre aduladora, ¡cuán tierna y sublime era la entrevista de los dos hermanos en el calabozo! Se abrazaron con efusión después del primer combate del que ambos habían salido vencedores. Dieron rendidas gracias a Dios por haberles concedido el favor de reunirse, y poder así consolarse y fortalecerse mutuamente. Juzgábanse felices de haber sido dignos de sufrir por Jesucristo, y suplicaban a los santos ángeles que les ayudasen en las próximas luchas contra el poder de las tinieblas.

Sin embargo, una cosa afligía el corazón de Rogaciano: no haber recibido aún el Bautismo. Donaciano, que le consolaba y aseguraba que el martirio le abriría el cielo, hizo en alta voz esta oración: «Señor, Tú que ves en los deseos sinceros el mérito de la acción, cuando la impotencia absoluta impide los efectos de una voluntad que te está enteramente consagrada, haz que la fe pura de mi hermano Rogaciano le sirva de Bautismo, y, si mañana la espada del verdugo pone fin a nuestra vida, sírvale su sangre de Confirmación».

Luego los dos ofrecieron generosamente su vida al Señor; parecíales que la tierra ya no existía para ellos y que sólo un frágil velo que rasgarían con la muerte, los separaba del cielo. Así pasaron la noche en piadosos ejercicios y en santos coloquios.

Al día siguiente los soldados los condujeron ante el tirano. Los dos jóvenes cristianos caminaban gozosos y firmes en la fe, aunque a paso lento por causa de las pesadas cadenas que habían de arrastrar; sus rostros resplandecían como el sol, y dejaban entrever indecible alegría y tierna confianza. Atravesaron la plaza, llena de público, y llegaron ante el tribunal en que se sentaba Ricciovaro.

—He usado de moderación con vosotros hasta ahora, y os he dirigido blandas palabras —les dijo el magistrado pagano—, mas es tiempo de que caiga sobre vosotros todo el rigor de la ley, porque menospreciáis el culto de los dioses inmortales, por ignorancia, o, lo que es peor, aun, porque trabajáis por destruirlo creyéndoos más instruídos que nosotros.

Los mártires respondieron a una:

—Nos acusas de ignorancia; y ¿cuál es, pues, la ciencia de que hacéis

alarde adorando neciamente a dioses insensibles y sin vida como el metal de que están fabricados? Por lo que toca a nosotros, dispuestos estamos a sufrir por Jesucristo cuantos tormentos puedan inventar tu crueldad y tus verdugos. Nuestra vida nada pierde al ser entregada a su divino Autor, ya que la recobraremos mil veces más bella en los esplendores del cielo que nos espera.

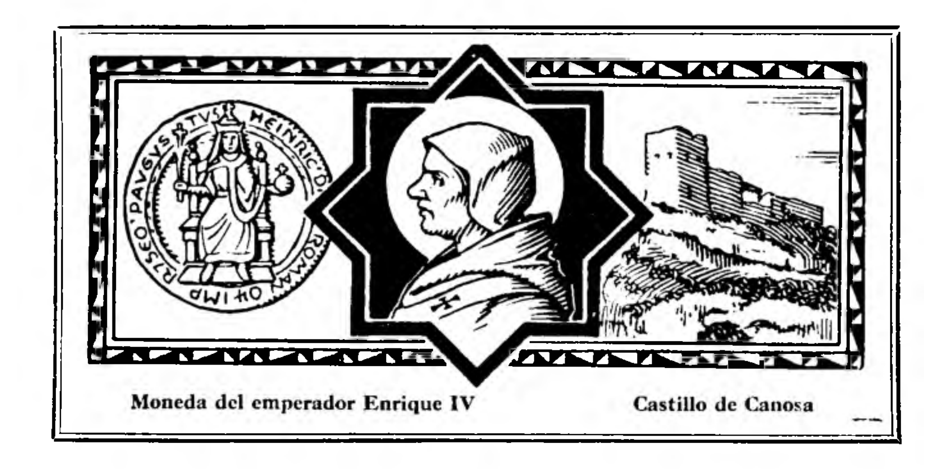
Lleno de cólera el juez, ordena a los verdugos que aten en el potro a las dos inocentes víctimas; sus miembros son desgarrados y rotos, con tormentos indecibles; mas la virtud de Dios los sostiene y conforta, y sus almas permanecen invencibles; lejos de apostatar no dejan escapar ni una sola queja, y Jesucristo queda victorioso en sus siervos.

Viendo el prefecto la constancia de los dos hermanos, pronuncia la sentencia de muerte contra ellos. Condúcenlos al lugar del suplicio, y el verdugo, fiel imitador de la crueldad de su amo, traspasa con una lanza la garganta de sus víctimas, sin que este tormento hubiera sido ordenado, y les corta luego la cabeza de un hachazo. Este martirio tuvo lugar el 24 de mayo.

Convertida al cristianismo la ciudad de Nantes, no se olvidó de sus mártires. Se construyó una iglesia en su honor y fueron designados patronos de la ciudad. San Gregorio de Tours nos dice que cuando Clodoveo era aún pagano, puso sitio a Nantes, estableciendo un cerco estrechísimo, pues estaba decidido a conquistarla. A los dos meses, todavía resistían sus habitantes a las poderosas armas del rey de los francos; iban por fin a sucumbir sin esperanza de socorro humano. En aquel trance, acudieron al Cielo por intercesión de sus santos Patronos. Toda la ciudad rezaba fervorosamente. Al día siguiente debía entregarse.

Sucedió, pues, que durante la noche las puertas de la basílica de los Santos Donaciano y Rogaciano se abrieron y unos personajes vestidos de blanco, cirio en mano, salieron del recinto sagrado.

El mismo suceso misterioso se repite poco después en la iglesia de San Similiano, saliendo análogo cortejo. Ambos grupos marchan en procesión; se juntan, se dan un saludo afectuoso y, cayendo de rodillas, se ponen a rezar; luego vuelven en el mismo orden, desapareciendo la visión a medida que entran en sus respectivas iglesias. Con esto, el enemigo huyó despavorido en el más completo desorden y con tal rapidez, que al amanecer todos los sitiadores habían desaparecido, con gran regocijo para la ciudad de Nantes.



Moneda del emperador Enrique IV — Castillo de Canosa

DÍA 25 DE MAYO

SAN GREGORIO VII

PAPA († 1085)

A los que en lo concerniente a nuestra sacrosanta religión, hombres de poca fe, se lamentan en demasía de la difícil situación creada a la Iglesia Católica en nuestros tiempos por los satélites de Satanás, como si ya las potestades infernales hubieran de quedar triunfantes de la Esposa de Jesucristo y avasallarla para siempre como a cosa de los hombres; no será fuera de lugar ni carente de provecho incitarles a la lectura de la vida de un gran hombre: San Gregorio VII, el genio del siglo XI y tal vez el más ilustre batallador por la fe que se ha sentado en la cátedra de San Pedro.

El siglo X fué para la Iglesia y Europa, época de decadencia lamentable en todos los aspectos: moral, disciplinario y religioso. La escandalosa querella de las Investiduras, cuya separación fué particularmente aguda en Alemania, ocupó muchos años de aquella centuria y la siguiente.

El sistema feudal, imperante en aquellos tiempos, había organizado la propiedad tomando como base las relaciones del vasallo para con su señor. Los territorios del vasallo eran feudo del señor más poderoso, y los obispos y abades debían rendir homenaje a los señores seglares, si dependían de ellos.

Este homenaje, legítimo en sí, tomó la forma de la *investidura* por el báculo y el anillo. El señor enviaba al prelado elegido estas dos insignias, no para simbolizar el poder espiritual sobre la diócesis, el cual únicamente recibía del Papa, sino para indicar con ello su dependencia frente a un superior temporal. Cuando los príncipes eran buenos, el mal era menor. Sucedía a veces que los obispos y abades, por la buena administración, se enriquecían, no conociéndose en sus vastos dominios ni la miseria ni el hambre. Pero constituía esto una tentación muy delicada para los príncipes, y a la vez que su munificencia interesada gustaba de engrandecer la situación material de la Iglesia, se esmeraban en asegurar por todos los medios la dependencia de la misma ante el Estado.

Mientras en Alemania hubo emperadores piadosos, como Otón II, Otón III, San Enrique, Enrique III, etc., la elección de los obispos fué irrreprochable.

Pero, desgraciadamente, la Iglesia, sociedad a la vez divina y humana, debía sufrir las consecuencias de extravíos y errores humanos lamentables. Los obispados y abadías, tales como los habían constituído los emperadores, los hacían soberanamente envidiables para los ambiciosos. Del deseo de las prelacías a su solicitación, de ésta a la oferta de dinero, luego a la costumbre de ofrecer presentes, después a la simonía, al tráfico sacrílego, no había más que una serie de pasos sobre resbaladiza pendiente, que fué rápidamente recorrida. No tardó en llegar el día en que los Emperadores se creyeron con derecho a nombrar los Papas. Para reintegrar a la Iglesia en su libertad plena, y a sus pastores en las virtudes sacerdotales, la Providencia suscitó un hombre extraordinario que debía ser ante todo un gran Papa y un gran Santo.

HILDEBRANDO. — SU EDUCACIÓN MONÁSTICA

HILDEBRANDO Aldobrandeschi, cuyo nombre significa «fuego de las batallas» y que sus enemigos interpretaban «fuego del infierno», el futuro Gregorio VII, nació en Italia entre los años 1013 y 1024. Su familia era de modesta condición y residía en un lugar de la diócesis de Saona, a pocas leguas de Siena. El padre, Bonizo, tenía un hermano, religioso benedictino, llamado Lorenzo, que por sus méritos había sido nombrado abad del monasterio de Santa María del Monte Aventino, en Roma. El joven Hildebrando, que demostraba rara inteligencia, fué enviado al lado de su tío; tuvo así la ventaja inapreciable, sobre todo en aquella época, de ser educado en un monasterio.

En 1045 el papa Gregorio VI, que, no obstante lo irregular de su elección, hizo buen papel en aquella época de depravación, le nombró su se-

cretario y capellán. Hildebrando, entonces subdiácono, fué de este modo iniciado providencialmente en los negocios de la Iglesia romana, a la que más tarde debía gobernar con gran sabiduría y fortaleza. En el ejercicio de sus funciones, entró en relación con uno de los más eminentes personajes de aquellos tiempos: San Pedro Damián.

Al año siguiente, Gregorio VI renunció a la dignidad pontificia para ir a terminar humildemente sus días en Alemania, a donde le había desterrado el emperador Enrique III; Hildebrando le siguió en el destierro. Después de la muerte de este Papa se dirigió a Francia, donde abrazó el estado monástico en la abadía benedictina de Cluny.

En 1049, San Bruno, obispo de Toul, nombrado Papa por el emperador Enrique III de Alemania, se dirigía a Roma. San Hugo de Cluny, acompañado de Hildebrando, fué a Besanzón para saludarle. Pero Hildebrando tuvo el valor de reprochar sinceramente al Pontífice la ilegitimadad de su elección. Bruno, lejos de incomodarse, le dió a conocer la rectitud de sus intenciones; díjole que había sido nombrado a pesar suyo por el emperador, y que no aceptaría el Sumo Pontificado hasta ser elegido por el clero y el pueblo de Roma, según la costumbre y las reglas entonces en uso. Hildebrando cedió ante estas razones, y Bruno, admirado del valor y sabiduría de su contradictor, le llevó consigo a Roma.

HILDEBRANDO, SABIO E INTRÉPIDO CONSEJERO DE CINCO PAPAS

BRUNO, llegado a Roma como simple peregrino y elegido con entusiasmo y según las leyes canónicas, el 2 de febrero de 1049, se sentó en la Cátedra apostólica con el nombre de León IX. Este virtuoso y santo Pontífice confió a Hildebrando, dándole el título de arcediano, la administración temporal de la Iglesia romana, luego, ayudado por su nuevo consejero, que muy pronto llegó a ser su brazo derecho, emprende con ánimo y energía apostólicas la reforma del clero y el restablecimiento de las leyes de la Iglesia. Un Concilio convocado en Roma el año 1049, condena severamente a los obispos y sacerdotes simoníacos (es decir, a los que habían comprado su dignidad con dinero), y a los eclesiásticos que rehusasen guardar el celibato.

Varios prelados indignos son depuestos y reemplazados por hombres virtuosos. Para poner en ejecución sus decretos, San León IX recorre Italia y Francia, y hace tres viajes a Alemania. El mismo Hildebrando, en calidad de legado apostólico, preside en Tours un Concilio que condena al filósofo herético Berenguer.

Cuando después de cinco años de heroicos y santos trabajos San León IX subió al cielo a recibir la recompensa (1054), era tal la estima que el clero y el pueblo de Roma tenían de la sabiduría y virtud de Hildebrando, que quisieron atenerse a su criterio para la elección del nuevo Papa. Hildebrando, a la sazón legado en Alemania, propuso que nombraran a Gebardo, obispo de Eichstätt. No gustó esta designación al emperador Enrique III, y por su parte el humilde obispo rehusó tan grande honor. Mas el arcediano triunfó, venciendo todos los obstáculos, y Gebardo, elegido Papa con el nombre de Víctor II (1054-1057), continuó con energía y decisión la obra de su antecesor San León IX.

El mismo año, Hildebrando, a quien el Pontífice nombró su legado en Francia, presidió un Concilio en Lyón para juzgar al arzobispo de esta diócesis, acusado muy justamente de simonía. Después de comprar con dinero el silencio de los testigos, el culpable se presentó con seguridad delante del Concilio. Nadie dijo una sola palabra de acusación contra él. En vista de esto, el Legado, dando un profundo suspiro, exclamó, dirigiéndose al arzobispo culpable:

—¿Crees que el Espíritu Santo, cuyos dones se te acusa de haber comprado, sea de la misma sustancia que el Padre y el Hijo?

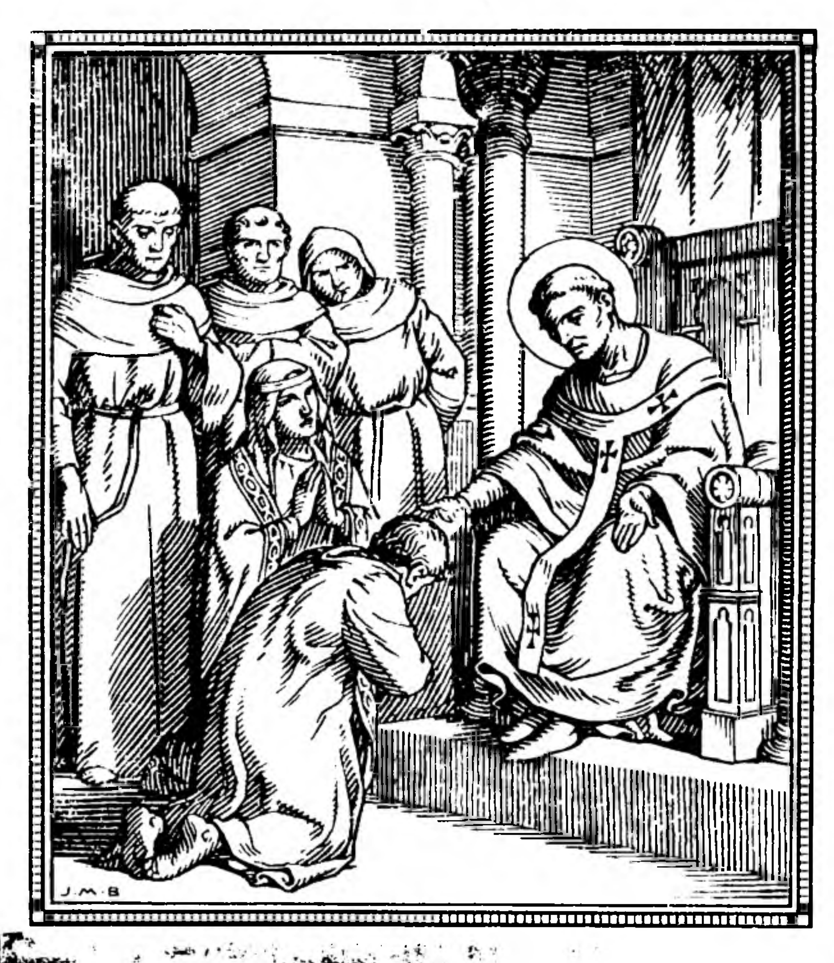
—Lo creo —respondió el obispo.

—Decid, pues —añadió el legado—: «*Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo*».

El culpable comenzó a repetir: «*Gloria al Padre, y al Hijo, y...*», y no pudo nombrar al Espíritu Santo, aunque lo intentó por tres veces. Lleno de terror se arrojó a los pies del Legado y confesó su culpa. Fué depuesto del episcopado y reemplazado por un prelado digno.

Esteban X (1057-1058), sucesor de Víctor II, viéndose a punto de morir, recomendó a los romanos no procedieran a la elección de nuevo Papa antes del regreso de Hildebrando, a la sazón en Alemania. Apresuróse el Legado a volver, y, a su llegada, encontró elegido a Benedicto X por un grupo de partidarios; en su lugar hizo elegir en 1059 a Nicolás II (1059-1061), bajo cuya presidencia hubo un Concilio en Roma que confirió a los Cardenales la parte principal en la elección de los Papas, a fin de prevenir diversos abusos. El alcance de esta providencia se dejó sentir vivamente en Alemania.

A la muerte de Nicolás II, el Papa legítimo, Alejandro II, tuvo que luchar, ayudado por Hildebrando y la suntuosa Casa de Toscana, contra el antipapa Honorio II. Alejandro II dió un golpe decisivo al partido del cisma en el Concilio de Mantua, gracias a los esfuerzos combinados de los dos Cardenales, Hildebrando y San Pedro Damián, y a los de San Hannón, arzobispo de Colonia; continuó sin debilidad la guerra de sus esforzados predecesores contra los hombres indignos que habían invadido las dignidades y los cargos eclesiásticos, y murió en 1073.



ATEMORIZADO *el emperador de Alemania, pasa los Alpes en lo más crudo del invierno y se presenta ante Gregorio VII —refugiado en el castillo de Canosa, bajo la protección de la condesa Matilde— y promete enmienda. Perdónale el Papa, pero el hipócrita vuelve después a sus maldades.*

HILDEBRANDO, PAPA

APENAS acabados los funerales, presididos por Hildebrando, fué elegido Papa el ilustre arcediano por voto unánime de los Cardenales y el clero, en medio de las entusiastas aclamaciones del pueblo, que repetía: «¡Hildebrando es el elegido de San Pedro!»

Hildebrando fué consagrado y tomó el nombre de Gregorio VII. Esto fué motivo de gran alegría para los verdaderos hijos de la Iglesia. Su santidad y su experiencia le habían designado desde hacía mucho tiempo para el Papado. ¡Nadie conocía mejor la sociedad eclesiástica!; ¡ninguno como él había puesto el dedo en la llaga!; mas el rasgo dominante era su fe ardiente.

Con frecuencia se le representa como devorado por una ambición desbordante, rígida, pero flexible a la vez y capaz de adaptarse a las circunstancias más difíciles. Ambicionó, ciertamente, pero no para sí, sino por la causa santa que defendía.

Humilde, huyó siempre de las dignidades; dulce por temperamento y tendencia natural, temía la lucha. Pero cuando su conciencia le inducía al rigor, luchaba por Dios con indecible energía.

Su elección para tan alta dignidad no fué motivo para abandonar sus antiguas austeridades; su mesa era suntuosa y espléndidamente servida, a causa de los ilustres huéspedes que debían participar en ella, pero el Sumo Pontífice no comía más que hierbas silvestres y algunas legumbres cocidas, sin condimentar.

Para obtener de Dios las gracias necesarias a la Iglesia en tiempos tan difíciles, organizó con el nombre de *Religio quadrata* una inmensa asociación de oraciones, una a modo de Tercera Orden, que agrupaba de un lado a los religiosos y seglares, y de otro, a las religiosas y mujeres del mundo.

SOLICITUD UNIVERSAL DE GREGORIO VII

DESDE los primeros días de su Pontificado, la infatigable actividad de Gregorio VII, sostenida por su incomparable amor a la Iglesia, se extiende a todo lo que interesa a la salvación de las almas, a los derechos de la Iglesia y al bien de los pueblos. Resiste mucho tiemo a Roberto Guiscardo, jefe de los normandos de Italia, que pretende quitar a la Santa Sede una parte de sus Estados; finalmente el Papa logra un triunfo tan completo que el héroe normando le hace ofrenda del reino de

las Dos Sicilias que acababa de conquistar, y que quiere conservar sólo a título de vasallo de la Santa Sede.

Gregorio VII se esfuerza por establecer en Francia la moral cristiana y amenaza con la excomunión a Felipe I, que escandalizaba a su pueblo con su mala conducta. Dirige al ilustre Lanfranco, arzobispo de Cantorbery, en la reorganización de la Iglesia en Inglaterra, país que acababa de dominar Guillermo el Conquistador. Anima a los cristianos de España en sus gloriosos combates contra los musulmanes para reconquistar la Patria y salvar la civilización y la fe, y bendice a los extranjeros que se alisten en esa cruzada.

Ejerce una acción constante sobre los países del Norte y da sabios consejos al rey de Noruega para civilizar, mediante la religión cristiana, a su reino semipagano.

Para lo mismo escribe al rey de Dinamarca y al de Hungría; otorga la dignidad real al duque de Dalmacia y al de los Eslavos (Serbios), que juran fidelidad inviolable al Papa. Acoge con bondad al hijo del duque de Rusia, venido en nombre de su padre Demetrio para poner sus Estados bajo la protección de San Pedro. Se esfuerza, aunque desgraciadamente sin feliz éxito, en volver a la unidad de la fe a los cismáticos griegos; multiplica sus amonestaciones a Boleslao, cruel rey de Polonia, tirano sanguinario y depravado, y acaba por declararle indigno del título de rey, y permite a los súbditos de este príncipe elegir otro soberano más honrado.

Pero su obra esencial y fundamental fué la de continuar los esfuerzos de sus predecesores para la reforma del Clero. Apenas elegido, impugna de frente el mal moral que desola a la Iglesia. Increpa duramente a los indignos sacerdotes que, a pesar de su indignidad, osan tomar en sus manos el Cuerpo de Cristo.

Por otra parte era menester acabar con la *intromisión* abusiva de los emperadores en la elección de los obispos, anular las elecciones eclesiásticas obtenidas a precio de dinero, y llegar hata la conquista plena de los derechos de la Iglesia.

Gregorio VII no titubea ni un solo instante en esta empresa. «La Iglesia católica —dirá un día— me colocó en otro tiempo, a pesar de mi indignidad y resistencia, sobre el trono apostólico. Pues bien, en todo mi reinado no he dejado de combatir para devolver a esta casta Esposa de Cristo, su libertad, su esplendor y la pureza de su antigua disciplina». En un Concilio habido en Roma al año siguiente (1075), prohibe bajo anatema, a toda persona seglar, cualquiera que sea su dignidad: emperador, rey, príncipe o marqués, el conferir la *investidura,* y a todo clérigo, sacerdote u obispo, recibirla para todos los beneficios, abadías y dignidades eclesiásticas.

En este concilio se fulminaron excomuniones contra los que no dieron pruebas sinceras de arrepentimiento, y se dió un gran paso para asegurar la completa independencia de la Iglesia.

LUCHAS CON ENRIQUE IV DE ALEMANIA

ESTA disposición del Pontífice fué la señal de largas y terribles luchas, sobre todo por parte de Enrique IV de Alemania, hombre impulsivo y violento, que oprimía a sus súbditos con impuestos, y los atemorizaba con crueldades. Vendía las dignidades eclesiásticas a personas ambiciosas cargadas de crímenes.

Los sajones, sublevados contra este tirano, apelaron al juicio del Papa. Pero Enrique, habiendo vencido a los sajones, dirigió sus esfuerzos contra Gregorio VII, cuyos recientes decretos le exasperaban. Por orden suya, un traidor llamado Cincio, de origen romano, penetró con un piquete de soldados en la basílica de Santa María la Mayor, durante los oficios de la noche de Navidad del año 1075. Los desdichados se abalanzaron sobre la persona sagrada del Papa, le echaron por tierra y, cogiéndole por los cabellos, en medio de los gritos de protesta y llanto de los fieles, le arrastraron hasta una fortaleza, donde quedó prisionero. El pueblo, indignado, acudió a las armas y libró al Papa, que prosiguió el curso de los oficios interrumpidos y perdonó al traidor Cincio, a quien la muchedumbre quería quitar la vida.

Frustrada esta maquinación, Enrique reunió en Worms, en enero de 1076, un Concilio de sus obispos indignos, y los forzó a excomulgar y deponer al Papa, al que llamaba «loco furioso y sanguinario», y nombró Sumo Pontífice a Guiberto de Ravena. Al conocer semejante atentado, Gregorio VII fulminó excomunión contra Enrique y la suspensión de su autoridad real en Alemania e Italia, desligando a sus súbditos del juramente de fidelidad.

Éstos, en efecto, en la Dieta de Fribur, declararon a Enrique que si antes de un año no había hecho las paces con el Pontífice, escogerían otro soberano. El rey, viéndose abandonado, tuvo miedo. Así pues, hacia mediados del invierno, franqueó los Alpes con su mujer e hijos y pocos acompañantes, y fué a encontrar a Gregorio VII, por entonces refugiado en la fortaleza de Canosa (Lombardía), en los Estados de la piadosa condesa Matilde, heroicamente fiel a la Santa Sede. Se impuso voluntariamente tres días de penitencia, estando desde la mañana a la noche en traje de penitente, dentro de los muros del castillo, y, habiendo sido recibido al cuarto día, se echó a los pies del Papa suplicándole le absolviera; el Pontífice, enternecido, le levantó y volvió a la comunión de la Iglesia.

Enrique prometió reparar el mal hecho. Pero sólo fueron buenas palabras, pura fórmula, una capa de dolor y arrepentimiento externos, bajo la cual se encubría la más refinada hipocresía. Una vez entre sus partidarios lombardos, traidor a sus promesas, reanudó sus luchas con furor y buscó modo de apoderarse del Papa, que a duras penas logró escapar. Viendo esto

los príncipes alemanes, desligados por el Pontífice de su juramento de fidelidad, decidieron reemplazar al emperador infiel a su palabra.

Eligieron por rey a Rodolfo, duque de Anabia. El Papa censuró esta elección como prematura; y, efectivamente, poco después estalló la guerra civil entre los dos príncipes; al fin, después de haber ensayado durante mucho tiempo, inútilmente, de doblegar a Enrique IV, Gregorio VII le excomulgó nuevamente en el Sínodo cuaresmal de 1080, proclamó su deposición y reconoció como rey a Rodolfo. Enrique respondió con el Sínodo de Brixeu, donde treinta obispos indignos declararon depuesto a Gregorio y le opusieron como antipapa al excomulgado Guiberto de Ravena; muerto Rodolfo, Enrique se presentó con armas en Italia para instalar en Roma a su antipapa, y durante tres años seguidos sitió la capital, heroicamente defendida por los católicos fieles. Pon fin, tras un cuarto asedio, en 1084, se adueñó de casi toda la ciudad y se hizo coronar emperador por el antipapa Clemente III.

MUERTE DE GREGORIO VII. — SU CULTO

SÓLO el castillo de Santángelo le quedaba como refugio al heroico Gregorio VII, cuando vino en su ayuda Roberto Guiscardo al frente de sus 30.000 hombres, con los cuales consiguió poner en libertad al Papa. Éste se refugió en Salerno, donde murió el día 25 de mayo de 1085, a los sesenta y cinco años de edad, pronunciando estas palabras: «He amado la justicia y odiado la iniquidad; por esto muero en el destierro». Expiró después de dar la absolución a todos los que él había excomulgado, a excepción del emperador Enrique IV y del antipapa Clemente III.

Podemos afirmar que, no obstante la hostilidad de algunos, Gregorio VII goza de un culto antiquísimo. El primer indicio de este culto lo hallamos en el retrato nimbado que veinte años después de su muerte mandó hacer el papa Anastasio IV en el célebre fresco de San Nicolás de Letrán. Gregorio VIII puso su nombre en el Martirologio romano, edición de 1584. Quinientos años después de su muerte ocurrió la «invención» de su cuerpo, que fué hallado casi entero y revestido de los ornamentos pontificales. El 28 de agosto de 1619, por la Constitución *Dómini nostri,* Paulo V concedió celebrar el oficio del Santo, al clero y al pueblo le Salerno; y más tarde, Clemente XI lo otorgó, el 19 de agosto de 1719, a toda la Orden benedictina. Finalmente Benedicto XIII, por decreto de 28 de septiembre de 1728, lo extendió a toda la Iglesia, fijando la fecha del 2 de mayo, con rito doble. Más tarde fué trasladada al 25 del mismo mes.



Corazón inflamado de amor divino — Medalla de Gregorio XV

DÍA 26 DE MAYO

SAN FELIPE NERI

FUNDADOR DEL ORATORIO DE ROMA (1515 - 1595)

LA gloria de San Felipe Neri es la de todos los grandes reformadores que, venidos al mundo providencialmente, se esforzaron en comprender bien su época para remediar sus males y desvaríos. La vida de este gran Santo abarca casi todo el siglo XVI, uno de los más brillantes y al mismo tiempo de los más turbulentos de la Edad Moderna. Es la época del Renacimiento y de la pretendida Reforma. Échase, pues, de ver la influencia que un apóstol como San Felipe Neri debió de ejercer en esos tiempos de arraigadas creencias y a la vez de fuertes pasiones.

Felipe nació en Florencia, la «ciudad de las flores», el día 21 de julio del año 1515. Su padre, Francisco Neri, fué abogado de mucho renombre, y su madre, Lucrecia Soldi, descendía de familia noble. Ambos eran de costumbres cristianísimas y de gran virtud. Recibió el Bautismo en la iglesia de San Juan, y hubo de pasar por las puertas de bronce del célebre Baptisterio, las cuales, según expresión de Miguel Ángel, son dignas del Paraíso.

El niño Felipe tenía un carácter amable en extremo, y lo conservó toda su vida, constituyendo esta amabilidad exquisita el secreto de sus conquistas en el apostolado. Muy pronto fué conocido en toda Florencia con el único

nombre de «Felipín el Bueno». Su devoción, que fué grande, no era afecta de melancolía, antes bien iba unida a una deliciosa vivacidad infantil, no desprovista de ingenio vivo y cierta travesura sin malignidad.

SU JUVENTUD. — EN ROMA

PERDIÓ pronto a su madre, pero la Providencia le deparó una madrastra que le amó como a hijo. A los dieciocho años, casi terminados sus estudios, le envió su padre, por razones de familia, a la ciudad de San Germano, situada al pie del monte Casino, para que viviese en compañía de un tío suyo llamado Rómulo, hombre opulento y sin sucesión, que le tenía destinado para heredero de su comercio y de todos sus bienes. Felipe, sin embargo, nada aficionado a las riquezas, no se dejó seducir por la perspectiva que le ofrecía su pariente, y, renunciando a aquellos bienes terrenos, a fines del año 1534 se trasladó a Roma, adonde le llamaba su piedad.

Fuése a hospedar en casa de un gentil hombre florentino llamado Galeotto Caccia, el cual le acogió con bondad, le cedió un pequeño cuarto en su misma casa, y, al fin, prendado de sus buenos modales y virtud, le confió la educación de sus dos hijos. Los tiempos libres que le dejaban sus obligaciones, dedicábalos al estudio de la Filosofía y de la Teología. Felipe estuvo dotado, ciertamente, de un espíritu muy ilustrado, pero tenía, ante todo, el sentido de lo divino. Los que le trataban quedaban admirados de su sabiduría y de la exposición profunda y exacta de las materias más difíciles; pero sobre todo poseía en alto grado la ciencia de los Santos, que no logró sin recios combates.

Resplandecía la virtud en toda su conducta, en el semblante y en todo su porte exterior. Su modestia y virginal pudor hacíanse respetar hasta de los más disolutos; con todo eso no faltaron algunos tan malignos y tan descarados que tendieron lazos a su inocencia, pero siempre fué con gran confusión de los mismos que le pretendían derribar. Por largo tiempo permitió Dios que el demonio le asaltase con violentísimas tentaciones de impureza, atormentando su imaginación con representaciones obscenas; pero Felipe salía siempre victorioso de estos ataques del enemigo y con más ardor y bríos para la lucha.

Entregábase de lleno a la meditación de las cosas divinas, llegando a quedarse hasta cuarenta horas seguidas en sublime contemplación. En aquellos momentos el amor divino inflamaba de tal modo su corazón, que se veía precisado a echarse por tierra, desabrochar sus vestidos y descubrir el pecho, para temperar los divinos ardores que le consumían. Dormía poco y se acostaba sobre el duro suelo; casi diariamente se disciplinaba con ca-

denas de hierro. Cada noche visitaba las siete principales iglesias de Roma, y luego se retiraba al cementerio de San Calixto, y dícese que por espacio de diez años no tuvo otro albergue. Cuando encontraba las iglesias cerradas, hacía la estación al Santísimo, arrodillado en los pórticos. En estas peregrinaciones nocturnas, se unía a Dios por la oración y el Señor inundaba el corazón del Santo de tantas delicias, que con frecuencia se le oía decir: «¡Basta, Señor, basta! ¡Detened. Señor, los torrentes de vuestra gracia!»

El día de Pentecostés del año 1545 suplicó al Espíritu Santo que le otorgase sus dones, y de tal modo se inflamó su corazón de amor divino, que tuvo necesidad de arrojarse en tierra. Al levantarse vió que su pecho se había ensanchado prodigiosamente. y al morir pudieron comprobar los médicos que tenía rotas las dos costillas falsas del lado del corazón; tal fué el desenvolvimiento que éste adquirió al recibir las gracias del Divino Espíritu. En cuanto a su corazón, sobrepasaba las dimensiones ordinarias, y la aorta era dos veces más gruesa que lo normal.

SAN FELIPE, APÓSTOL SEGLAR

DESPUÉS de esta dichosa y memorable fiesta de Pentecostés, Felipe se convirtió en verdadero apóstol de los pobres vergonzantes. Una noche, yendo según costumbre a llevarles algunos víveres, encontróse con un coche en el camino y. queriendo hacerle paso, cayó en una fosa bastante profunda. Mas un ángel veló por él, y le mantuvo milagrosamente en el aire. retirándole del peligro sin daño alguno.

La ardiente caridad para con el prójimo, indujo al siervo de Dios a fundar —con la cooperación de su confesor— un asilo para peregrinos convalecientes. El día de San Roque, 16 de agosto de 1548, Felipe reunió en la iglesia de San Salvador del Campo, a varios seglares abnegados dispuestos a secundar sus planes. Esta cofradía impulsada por Felipe Neri, ejerció con ocasión del Jubileo de 1550 la caridad cristiana de servir a los peregrinos pobres. La obra tomó rápido incremento, pues, habiendo nacido en una humilde casita, pronto fué necesario adquirir otra más capaz. No se contentaron con dar hospitalidad a los pobres extranjeros, sino que, además, acogieron a los convalecientes que, recién salidos del hospital, no tenían casa ni comida convenientes para restablecerse. Más tarde se construyó el magnífico hospital de la Santísima Trinidad, para los peregrinos y convalecientes. Durante el Jubileo del año 1600, se dió de comer en él por espacio de tres días. a más de cuatrocientos mil peregrinos.

SU APOSTOLADO ENTRE LA JUVENTUD

UNA de las formas más interesantes del apostolado de Felipe, fué el ministerio benévolo que durante toda su vida ejercitó entre los jóvenes. Tenía tan gran ascendiente moral sobre ellos, gracias a sus modales seductores, a su jovialidad y familiaridad, que era ordinario verle en las calles de Roma, rodeado de un cortejo de jóvenes, charlando amigablemente con ellos sobre cosas de su oficio, interesándose por su familia y sus estudios. En esto fué modelo de directores de patronatos. Los llevaba de paseo a las afueras de Roma, a una quinta o casa de campo, y en sitio adecuado los entretenía con juegos diversos de destreza y de carrera, demostrando tener un concepto moderno del deporte en su aspecto moral e higiénico. Procuraba que reinase gran animación y alegría. «Sed alegres —les decía—, y no tengáis en eso escrúpulo ninguno».

LA FUNDACIÓN DEL ORATORIO. — PRUEBAS

FELIPE, simple seglar, autor de tantas maravillas, hubo al fin de ceder a las instancias de sus amigos; abrazó el estado eclesiástico, y en el mes de junio del año 1551, por orden de su confesor, recibió el sacerdocio e ingresó en la comunidad de Presbíteros de San Jerónimo, que gozaba de merecida fama por las virtudes de sus individuos, y a la que pertenecía su director espiritual.

El joven sacerdote apreció justamente los estatutos de esta pequeña comunidad, que dejan gran libertad de acción a cada uno de sus miembros. Estos deben vivir en comunidad, tener mesa común, pero no se obligan con ningún voto. El Superior, sobre todos en honor, es en lo demás igual a sus Hermanos; debe cumplir todas las funciones de su ministerio como predicador, confesor, etc., siguiendo turno riguroso por orden de antigüedad; aunque tenga ochenta años, no está dispensado de servir a la mesa, pues en la comunidad no hay Hermanos legos, especialmente encargados del servicio, sino que todos los Padres pasan por turno.

Tal es la casa que tiene las preferencias del nuevo sacerdote. Esta será la cuna del *Oratorio,* así llamada por Felipe Neri, para indicar claramente que la santificación de cada uno de sus miembros, clérigos seculares, sin votos, debía basarse principalmente en la oración.

Felipe anheló durante mucho tiempo las misiones del Extremo Oriente; pero, habiendo consultado a un santo religioso llamado Agustín Ghattino,



UNA *noche, al llevar unos víveres que da por amor de Dios, por apartarse de un carro que viene con gran ímpetu, San Felipe Neri cae en un hoyo profundísimo. El Señor, que amorosamente vela por su siervo, le envía un ángel que le detiene en el aire y le saca afuera sin recibir daño.*

recibió de él esta respuesta: «Felipe no debe buscar las Indias, sino a Roma, adonde Dios le destina, así como a sus hijos, para salvar las almas».

Desde aquel momento Roma fué el teatro de su apostolado; los hospitales, las cárceles y las casas de misericordia eran el campo de su caridad y, como si no fuera bastante para su celo, no había día que no se le encontrase en las plazas, en los corrillos, en los sitios públicos, en los bancos, en las hosterías y tabernas para ganar a todos con sus conversaciones y ejemplos. Pronto se notó una gran reforma de las costumbres.

Hizo un bien inmenso en el tribunal de la Penitencia. Permanecía días enteros en el confesonario. «Aunque estuviera —decía— a las puertas del Paraíso, si supiera que un solo pecador tenía necesidad de mi ministerio, dejaría gustoso la corte celestial, y descendería a la tierra para oírle en confesión».

Benévolo con los incrédulos, muy indulgente con los herejes y disidentes de buena fe, atrajo un número considerable de almas a Dios, particularmente entre los judíos. El acento de su palabra era sincero, leal y profundamente religioso; todo adversario digno de ser oído encontraba audiencia en él; toda objeción de buena fe, era discutida. Introducía tan bien a las almas en el secreto divino, que su palabra era a la vez una defensa y un testimonio.

Para convertir a los pecadores estableció las «conferencias espirituales». Dió las primeras en su mismo cuarto, ante seis o siete personas; muy pronto creció el auditorio y se vió precisado a solicitar un local más capaz. Diéronle, cabe la iglesia de San Jerónimo, una vasta sala que fué transformada en «oratorio»; aquí había de tener su origen la Congregación de los Sacerdotes del Oratorio, aprobada por el papa Gregorio XIII, el 15 de julio de 1575. Paulo V aprobó las Constituciones el 24 de febrero de 1612.

Como iba en aumento el número de asistentes al oratorio, Felipe se asoció algunos de sus hijos espirituales para que le ayudasen en sus conferencias. Uno de los primeros cooperadores fué el gran analista religioso y luego cardenal César Baronio.

Sin embargo, tantos triunfos le suscitaron muchas dificultades. Unas veces, mientras se preparaba para decir misa, le robaban el misal o los ornamentos, o hallaba cerrada la puerta de la sacristía; otras, personajes ociosos y malvados, se ocupaban de llenarle de injurias y mofas groseras. La calumnia, el equívoco, los propósitos tendenciosos, no empañaron en lo más mínimo su acrisolada virtud. El mismo cardenal vicario, embaucado por gente envidiosa, hizo llamar a Felipe y, después de reprenderle acremente por sus peregrinaciones, le retiró las licencias de confesar durante quince días. «Por la gloria de Dios he dado comienzo a estos santos ejercicios —respondió humildemente el siervo de Dios—; y por la gloria de Dios cesaré de practicarlos».

Mas, esta prueba no debía ser de larga duración, pues, habiendo muerto

repentinamente el cardenal vicario, el papa Paulo IV, llamado a juzgar la causa, facultó al santo sacerdote para reanudar sus ejercicios, y solicitó el concurso de sus oraciones.

IGLESIA NUEVA. — BARONIO

PARA facilitar a mayor número de gente la práctica de los ejercicios, el fundador y sus compañeros creyeron conveniente tener casa propia para ejercer más libremente su ministerio. Por consejo del papa Gregorio XIII, se hicieron cargo de la iglesia de Santa María *in Vallicella.* Allí se estableció definitivamente en 1575 la Congregación de los Sacerdotes del Oratorio.

Felipe, hallando demasiado pequeña la iglesia para el bien que anhelaba, tuvo la audacia de hacerla derribar y emprender su reconstrucción a pesar de la carencia de recursos. La Providencia y la Santísima Virgen proveyeron lo necesario. San Carlos Borromeo fué uno de los primeros bienhechores del nuevo Santuario, vulgarmente llamado «Iglesia Nueva». Celebróse por primera vez el oficio divino el día 3 de febrero del año 1577. Tres meses más tarde, el 8 de mayo, Felipe Neri fué elegido superior del nuevo Instituto; sin embargo, debía esperar hasta fines de 1583 para habitar en Santa María *in Vallicella.*

El género de vida era exactamente el de los Presbíteros de San Jerónimo; reinaba el mismo espíritu de sencillez. Así se comprende que Baronio, cuyas obras conocía y estudiaba toda la Europa católica, hubiera tomado posesión de la cocina, y escrito en la chimenea con gruesos caracteres: *Baronio, cocinero perpetuo.* Cuando los sabios y grandes señores iban a consultarle alguna dificultad, con frecuencia le hallaban con su delantal de cocinero, y tenían que esperar, antes de obtener respuesta, a que su maestro hubiera fregado las ollas.

Dios reservaba al naciente Instituto para mayores luchas, y Baronio, el «cocinero perpetuo», iba a verse obligado, por orden de su Padre espiritual, a dejar sus hornillas y empezar la obra que ha inmortalizado su nombre. Por entonces la herejía de Lutero cubría de ruinas gran parte de Europa. Los doctores protestantes se dedicaban a desnaturalizar la tradición inmemorial de la Iglesia que los condenaba, y con tal designio habían comenzado a publicar una serie de obras verdaderamente disparatadas. Los principales jefes del luteranismo iniciaron en las *Centurias de Magdeburgo,* esta campaña contra el dogma católico, que los historiadores protestantes o revolucionarios han continuado hasta nuestros días, y cuya última palabra ha sido la negación histórica de Cristo.

Como en el Oratorio se daban conferencias diariamente, Felipe decidió que uno de los que se dedicaban a esta misión, expusiera toda la historia de la Iglesia, desde Jesucristo hasta sus tiempos, resumiendo las actas de los mártires, las vidas de los Santos, los escritos de los Santos Padres, la sucesión de los Pontífices, las disposiciones de los Concilios año por año, a fin de disipar las fábulas de Magdeburgo. Rogó y suplicó a Baronio que se encargara de aquel trabajo, pero el modesto oratoriano retrocedió ante la magnitud de la tarea, sin acabar de decidirse a emprenderla. «No faltan —decía— hombres más sabios y capaces que yo; fuera de eso, Onofre Panvinio se había anticipado, al comenzar a escribir una Historia de la Iglesia». Felipe fué inflexible: «Haced lo que se os manda —replicó— y no os importe lo demás. Que la obra es difícil, ¿quién lo duda? Confiad en Dios y Él hará lo demás».

Gracias a esto poseemos hoy los célebres *Anales eclesiásticos*.

MILAGROS Y ÉXTASIS. — ÚLTIMOS AÑOS Y MUERTE

LOS historiadores y las bulas de canonización cuentan varios hechos milagrosos de la vida de San Felipe Neri. Solamente citaremos la resurrección del joven príncipe Paulo Máximo, vuelto a la vida el tiempo justamente necesario para confesarse, el 16 de marzo del año 1583. El cuarto en que se realizó tan estupendo milagro ha sido transformado en suntuosa capilla. Numerosos testigos, entre ellos el cardenal Sfondrato, amigo del papa Paulo V, vieron varias veces al siervo de Dios en éxtasis, levantado del suelo.

En presencia de hechos de este género, es interesante recordar los consejos que el Fundador del Oratorio daba a los confesores, cuando les recomendaba que no creyesen con ligereza las revelaciones o éxtasis que les cuenten sus penitentes, sobre todo si son mujeres. Y, haciendo alusión a él mismo y a los éxtasis que él llamaba «sus locuras», señalando así su realidad y lo penoso que a veces fueron a la naturaleza: «*El que busca los éxtasis y visiones* —decía—, *no sabe lo que se hace.* Yo he tenido una penitente que fué favorecida con éxtasis durante mucho tiempo. ¿Cuándo creéis que me pareció más admirable? Cuando se reintegró a la vida común».

Felipe, después de las pruebas a que se vió sometido, llegó a ser objeto de veneración universal. Varias veces le ofrecieron dignidades eclesiásticas, pero fué en vano; ni los mismos papas Gregorio XIV y Clemente VIII pudieron hacerle aceptar el capelo cardenalicio.

Agobiado por las fatigas inherentes a su ministerio, y siendo ya de edad muy avanzada, Felipe supo por revelación que iba a morir. En 1593 presentó

la renuncia del cargo de prior e hizo elegir en su lugar al sabio Baronio. La hora de su muerte se acercaba. El día 25 de mayo, fiesta del Corpus Christi del año 1595, el siervo de Dios pasó toda la mañana confesando a los niños, dando a todos sabios y atinados consejos; recomendando a unos la frecuencia de los Sacramentos y la devoción a la Santísima Virgen como medios eficaces de salvación; a otros le lectura atenta de la vida de los Santos,... cuando, de repente, se vió acometido de un vómito de sangre, que le puso en el último trance. En vano se le prestaron toda clase de auxilios; todos los remedios fueron inútiles, y Felipe, viendo próxima su muerte, hizo llamar a los religiosos de su Orden.

Baronio, entonces Prior general del Oratorio, se acercó al lecho y le dijo: «Padre Felipe, nos dejáis sin decirnos una sola palabra; por lo menos dadnos vuestra bendición». A estas palabras, Felipe abrió los ojos, los clavó en el cielo, y sin ningún otro movimiento los dirigió luego hacia sus hijos arrodillados, y expiró en la noche del 25 al 26 de mayo. Los milagros continuaron después de su muerte.

Se comenzó la instrucción del proceso de canonización el 2 de agosto de 1597, o sea dos años después de su muerte. El 15 de mayo de 1615 Felipe Neri fué colocado por el papa Paulo V entre el número de los Beatos. En fin, el 12 de marzo de 1622, en tiempo de Gregorio XV, recibió los honores de la canonización, al mismo tiempo que otros cuatro Beatos, tres de los cuales vivieron, como Felipe, en el siglo XVI: San Ignacio de Loyola, San Francisco Javier y Santa Teresa de Jesús.

Su cuerpo descansa en la iglesia de Santa María ***in Vallicella.***

SANTORAL

Santos **Felipe Neri, fundador;** *Eleuterio, papa y mártir; Pedro Sanz, mártir* (llamado *Pedro Mártir);* Godo y Oduvaldo, abades; Cuadrato, obispo de Atenas; Simitrio, presbítero, y veintidós compañeros, mártires; Prisco y Coto, martirizados en Auxerre; Zacarías, segundo obispo de Viena y mártir en el Delfinado; Hildeberto, obispo de Meaux; Lamberto, obispo en Provenza; *Felicísimo, Heraclio y Paulino, mártires en Todi;* Alfeo, padre de los apóstoles Santiago el Menor y Judas Tadeo; Vinizó y Jenaro, monjes de Monte Casino. Beato Rolando, cisterciense. Santas Benita, virgen y mártir; Valeria y Menedina, mártires. *Beata Mariana de Jesús Paredes, virgen, llamada la* «Azucena de Quito».



DÍA 27 DE MAYO

SAN BEDA EL VENERABLE

MONJE BENEDICTINO, PADRE Y DOCTOR DE LA IGLESIA
(673 - 735)

TODAVÍA no había transcurrido un siglo desde que San Agustín de Cantorbery, el enviado del papa San Gregorio Magno, había llegado de Roma a la Gran Bretaña para echar la semilla de la palabra evangélica, y ya había madurado abundante cosecha de santos. En esa falange escogida, se destaca una figura que resume aquella época de florescencia cristiana: Beda el Venerable, el primero entre los descendientes de razas bárbaras que conquistara un puesto de honor al lado de los Doctores de la Iglesia.

Vió la luz primera en 673, en una humilde aldea de Jarrow, en el condado de Durham. Huérfano, el pobre niño fué presentado a los siete años por sus allegados al santo y sabio abad Benito Biscop, el cual acababa de fundar (674) la abadía benedictina de San Pedro, en Wearmouth. Beda fué admitido en la abadía, y formó parte del grupo de niños que la piedad de aquella época ofrecía a los monasterios para que aprendieran las primeras letras, con lo que quedaban preparados para seguir, en el siglo o en el claustro, su verdadera vocación.

EL ESTUDIANTE

BEDA, cuyo nombre anglosajón significa «oración», apenas hubo ingresado en el monasterio de Wearmouth, fué un dechado acabado para todos sus compañeros. En 682, la colmena monástica, excesivamente llena para permitir la admisión de nuevos aspirantes, envió al abad Ceolfrido con unos cuantos monjes para fundar la abadía de San Pablo, en Jarrow. Beda formaba parte de la colonia.

En la región pantanosa, que lograron transformar con su incesante labor, estos monjes corrieron la suerte de casi todos los primeros colonizadores. La peste acabó en pocos días con dieciocho de ellos: quedaron solos para el oficio canónico, el abad Ceolfrido y el joven Beda. Con el corazón partido de dolor, Ceolfrido continuó con él la salmodia sagrada, omitiendo tan sólo el canto de las antífonas. Y así fué por espacio de una semana.

Pasados los ocho días, Ceolfrido y el joven monje volvieron, no sin gran fatiga, a cantar el oficio completo y continuaron de este modo ayudados por los fieles de la vecindad, hasta que fueron otros monjes a repoblar el desierto claustro.

Las normas del canto gregoriano habían sido introducidas en Inglaterra por un discípulo de San Gregorio, Juan, chantre de San Pedro del Vaticano, legado apostólico. A ruegos de Benito Biscop, el legado fué a Jarrow y, en un curso público que dió, expuso el orden de la liturgia tal como se practicaba en Roma, los ritos prescritos para las ceremonias, las normas del canto y de la salmodia. Bajo la dirección de este ilustre maestro, el joven estudiante se apasionó por las melodías gregorianas y por la majestad y grandeza de la liturgia sagrada. Su ingenio claro y despierto era apto para toda clase de estudios. Aprendióse de memoria la Sagrada Escritura merced a las lecciones del monje Tumberto, y, en la *Historia de los Ingleses,* que escribió más tarde, recuerda este nombre con gratitud filial. El griego, la poesía, las ciencias exactas, fueron asimismo disciplinas que estudió con mucha aplicación y aprovechamiento. Pero el pensamiento de la gloria de Dios presidió todas las ocupaciones del piadoso estudiante.

A los diecinueve años, Beda había recorrido el ciclo completo de la ciencia sagrada y profana; la piedad habíase acrecentado en su alma a proporción de su ciencia. Por una honrosa excepción, fué ordenado de diácono en 691, por el obispo de Exham, San Juan de Beverley, varón doctísimo, maestro de nuestro Santo, y bajo cuya jurisdicción estaba la abadía de Jarrow. A los treinta años, en 702, recibió del mismo pontífice la ordenación sacerdotal y, a partir de aquel día hasta su muerte, todos los días sin excepción, cantó la misa conventual.

EL MAESTRO. — OBRAS LITERARIAS Y CIENTÍFICAS

EL discípulo pasó a ser maestro, y pronto los seiscientos discípulos de las comunidades de Jarrow y de Wearmouth, sin contar los que en masa acudían de diferentes lugares de Inglaterra, asistían diariamente a sus lecciones.

Para formarse idea de lo que fué su enseñanza, bastaría enumerar los tratados que compuso sobre toda clase de disciplinas, desde las reglas de ortografía, hasta los estudios más elevados de literatura y de ciencia. Hacíase todo para todos, distribuyendo la leche de la doctrina a los principiantes, y el pan substancial de la ciencia a las inteligencias más esclarecidas.

Beda fué el verdadero «pedagogo» no solamente de Inglaterra, que oyó su voz, sino de Alemania, adonde llegó el eco por medio de San Bonifacio, y de Francia, donde Alcuino (735-804) vulgarizó su enseñanza en la escuela palatina de Carlomagno.

Tres años antes de su muerte, Beda dió a conocer un índice de sus obras que son en número de cuarenta y cinco, entre las cuales pueden mencionarse dos colecciones de poesías, un libro de himnos y otros de epigramas. Entre las obras poéticas, figura un tratado, *De la naturaleza de las cosas,* que es un compendio de los conocimientos de la época, acerca de la Astronomía, Cosmografía y Geografía. Es muy de notar que Beda ya admite la redondez de la Tierra. Todas estas obras son como manuales para uso de los alumnos.

BEDA, DOCTOR

APENAS cumplió los treinta años, este doctor, «más fácil de admirar que de alabar dignamente» —como dice su historiador—, había dado cima a su enciclopedia literaria y científica, y emprendió acto seguido una gigantesca labor de exégesis patrística, donde resumió todo lo que los Padres más acreditados de Oriente y Occidente habían escrito sobre los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento.

Un perfume de poesía y sencillez exhalan todos sus escritos espirituales. Su doctrina es la de San Agustín, es decir, la de la Iglesia.

Sus homilías, de las cuales sólo quedan cuarenta y nueve, y que iban dirigidas a los religiosos de Jarrow, se extendieron a todos los demás monasterios benedictinos, y particularmente al de Monte Casino. La liturgia ha utilizado unos veinte extractos suyos para los oficios del Breviario romano.

Ocho siglos antes de la Reforma, respondiendo a los errores de su tiempo, ofrecía ya argumentos en contra de la misma. Se ve que juzgaba como la

Iglesia romana acerca de los puntos de controversia entre católicos y protestantes, tales como la oración por los difuntos, la invocación de los santos, la veneración de las reliquias y de las imágenes, etc., y aun atribuye milagros a esas piadosas prácticas. Demuestra que las imágenes no están proscritas por el Decálogo, y que Dios prohibió solamente los ídolos, puesto que mandó levantar la serpiente de bronce, etc.

BEDA, HISTORIADOR

EN en el año 731 dió remate a la obra magna que le hace acreedor, aun hoy día, a la admiración y al agradecimiento del mundo sabio y erudito, y que fué mina explotada por multitud de historiadores y hagiógrafos de la Edad Media. Nos referimos a su *Historia Eclesiástica de la Nación de los Ingleses.* Esta obra inmortal, por la que merece nuestro Santo el honroso título de «padre de la historia inglesa», coronó su prodigiosa carrera. Beda fué para la Gran Bretaña el cronista nacional.

Emprendió este gran trabajo a instancias del piadoso y culto rey de Northumberland, Ceolwulfo, a quien se había juntado Albino, primer abad anglosajón del monasterio de San Agustín de Cantorbery. El humilde autor ofrendó su obra al príncipe con esta dedicatoria: «Al gloriosísimo rey Ceolwulfo, Beda siervo y sacerdote de Cristo».

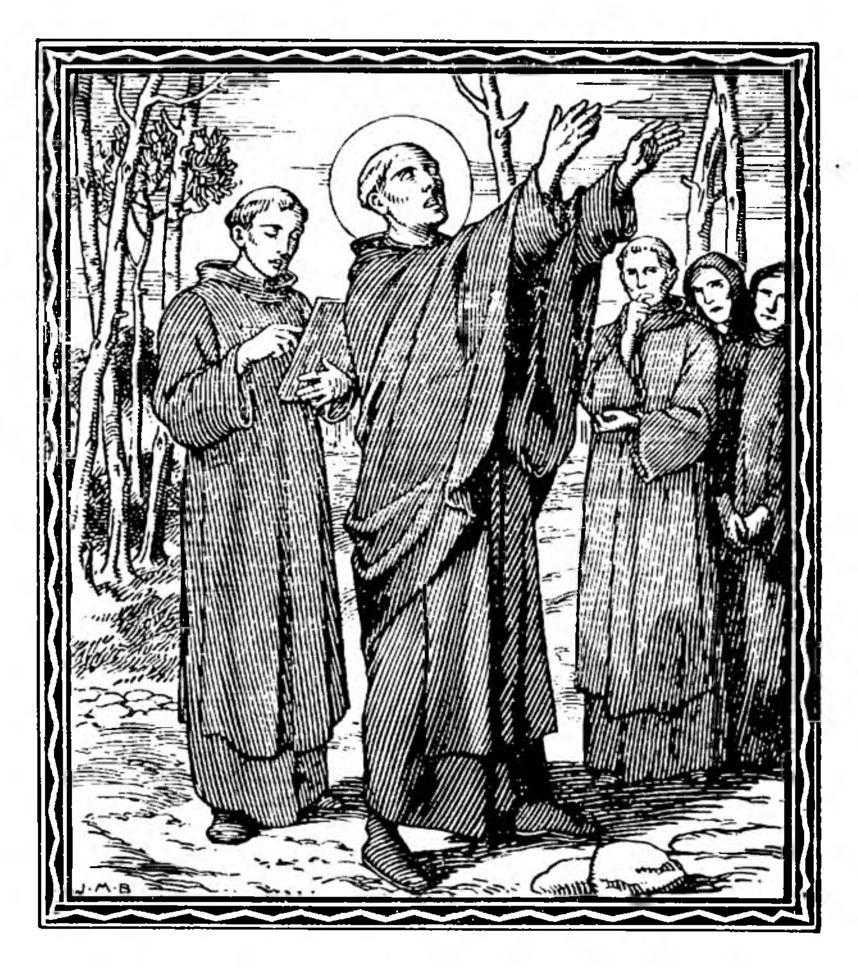
Poco después, en 738, el santo rey Ceolwulfo, renunció al trono y se retiró al monasterio de Lindisfarne, donde llevó vida ejemplarísima de monje, hasta que entregó su alma a Dios.

La mencionada *Historia Eclesiástica,* que comprende cinco tomos, empieza por la vida de San Cutberto, obispo de Lindisfarne, muerto en 687, en la cual abundan curiosos pormenores que dan a conocer las costumbres de la época. Luego, partiendo de las primeras relaciones entre bretones y romanos, prosigue el relato hasta el año 731, encuadrando los asuntos eclesiásticos y civiles, las tradiciones religiosas y los demás acontecimientos, en una sola narración. La biografía de los cinco primeros abades de Wearmouth y de Jarrow, a quienes Beda conoció, da fin a la obra.

Beda escribió también la *Vida de San Félix de Nola,* la *Vida y Pasión de San Anastasio,* hoy extraviada, y un célebre *Martirologio* que, juntamente con los nombres de los Santos, trae ciento catorce relatos históricos.

En su Martirologio, los compendios históricos y las biografías de los Santos completan la exposición teórica de las enseñanzas de la fe, y de la demostración del gobierno de Dios, por los hechos y por los hombres.

Prueba que la conversión de Inglaterra es obra exclusiva de los Papas, y que sólo la Iglesia posee el secreto de la verdadera civilización.



SAN *Beda el Venerable, ya ciego, sigue, sin embargo, enseñando y predicando a sus monjes. Fervoroso amigo del trabajo, no cesa de aconsejar y dictar a sus discípulos. Muchas veces les decía: «Daos prisa para aprender, porque no sé cuánto tiempo estaré entre vosotros, ni si mi Creador me llamará pronto».*

CORRESPONDENCIA DEL SANTO

LAS dieciséis cartas que nos quedan de la *Correspondencia* de Beda nos muestran claramente su corazón. El alma que se descubre a través de sus escritos, es un alma santa. Los sentimientos afectuosos y las ternuras de la intimidad, se asocian, como naturalmente, en él a la sed de ciencia, al amor al estudio, a la laboriosidad, a la práctica de las virtudes y a la noble inquietud por las cosas divinas y celestiales, por todo lo cual es modelo perfecto del religioso.

Cítase especialmente una carta que escribió en 734, poco tiempo antes de su muerte, a su discípulo Egberto, con motivo de su promoción al obispado de York. Es una especie de tratado acerca del gobierno espiritual del gran Doctor, y en ella da a conocer perfectamente el estado en que se hallaba la Iglesia anglosajona por aquel tiempo.

Beda empieza por exhortar a su discípulo a que medite y estudie la Sagrada Escritura, para encontrar en la misma los consuelos de que nos habla San Pablo. Luego le trae a la memoria los deberes de todo obispo: «Ten presente que lo más esencial de tu deber es poner en todas partes sacerdotes ilustrados y virtuosos; dedicarte tú mismo con celo infatigable a instruir a tu grey; hacer todo lo posible para que el vicio desaparezca; laborar sin descanso por la conversión de los pecadores; cuidar de que todos los diocesanos sepan la Oración Dominical y el Símbolo de los Apóstoles, y que estén perfectamente instruídos en los diferentes artículos de la religión». Habla seguidamente de la comunión frecuente de los fieles: «Se halla ya establecida —dice— en toda la Iglesia de Cristo, en Italia, en las Galias, en África, en Oriente. En nuestra tierra, este acto de religión, el más importante de todos, el más necesario a la santidad de las almas, es casi desconocido de los seglares. Muchos fieles se contentan con comulgar dos o tres veces al año, siendo así que, con un poco de preparación, podrían acercarse a los sagrados misterios a lo menos cada domingo, y las fiestas de los Apóstoles y de los mártires».

Entre las cartas hay una que es un verdadero opúsculo científico acerca de los equinoccios; otra, trata de la celebración de la Pascua; siete, van dirigidas a un amigo suyo, San Occa, y tratan cuestiones de exégesis; en otra, finalmente, da gracias al abad de Cantorbery, Albino, por su aportación a la redacción de la *Historia Eclesiástica*.

Esta vida diáfana y gloriosa tuvo, sin embargo, sus nubes y sus tristezas. Como sucede a todos los hombres de virtud, también San Beda mereció la hostilidad de algunos espíritus mezquinos. Llegaron hasta tratarle de hereje porque en su cronología había combatido la opinión, entonces muy

en boga, de que el mundo no debía durar más de seis mil años. Esta acusación de herejía tomó tales proporciones, que aun en las canciones grotescas de la gente del campo se aludía a ella. Lo cual afligió sobremanera a Beda y, para justificarse, compuso una verdadera apología, dirigida a un monje, en forma de carta en la que se alzaba contra la manía de fijar el fin del mundo. Este escrito, extendido con bastante rapidez por toda Inglaterra, puso fin a las calumnias.

Por otra parte, Beda no cesa de suplicar a sus numerosos amigos que le encomienden al Señor. Esta piadosa ansiedad de asegurar a su alma el auxilio de la oración después de su muerte, la hallamos a cada paso en sus cartas; y ella da particularísimo y ejemplar carácter de humildad y piedad a este gran sabio, cuya vida fué tan útilmente empleada en servicio de Dios y de la ciencia.

No faltan historiadores que afirman que Beda en sus últimos años se quedó ciego, lo cual no fué obstáculo para que continuara enseñando y predicando.

ÚLTIMOS AÑOS DEL MAESTRO

SUS últimos momentos fueron descritos, hasta en sus menores detalles, por un testigo ocular, Cutberto, fiel discípulo suyo, que fué más tarde abad de Jarrow y cuyas lágrimas, sin duda, regaron más de una vez el pergamino en que nos relata esta memorable escena.

«Me instáis —escribe— a que os diga cómo salió de este mundo Beda, nuestro Padre y Maestro, el hijo predilecto del Señor. Pues bien, sabed que es un consuelo a mi dolor, al mismo tiempo que una pena más, el tener que daros gusto...

Dos semanas, poco más o menos, antes de Pascua —17 de abril de 735—, sintió gran dificultad para respirar, sin por eso experimentar grandes dolores, y así fué viviendo hasta la fiesta de la Ascensión, siempre jovial y contento, dando gracias a Dios con mucha frecuencia.

Diariamente, según su costumbre, nos daba lección, y lo restante del día dedicábalo a cantar salmos; y las noches, después de un corto sueño, manteníase despierto hasta el amanecer sumido en acciones de gracias al Señor. A esa hora empezaba su oración con los brazos en cruz, y cantaba, unas veces, los textos de San Pablo y varios otros pasajes de la Escritura; otras, los versos que había compuesto en nuestra lengua y algunas antífonas...

Otras veces, leíamos; pero las lágrimas interrumpían la lectura, y nunca leíamos sin llorar. Los cuarenta días de Pascua a la Ascensión transcurrieron así. Repetía con San Pablo: «El Señor azota al hijo que va a recibir». También solía decir aquello de San Ambrosio: «No he vivido de modo que

me sonrojara de estar entre vosotros, y no temo morir, porque tenemos un Dios que es la bondad por esencia.»

Durante estos días, además de las lecciones que nos daba, emprendió dos nuevas obras: una traducción del Evangelio según San Juan, en nuestro idioma, y algunos extractos de San Isidoro de Sevilla. Pues, decía, «no quiero que mis discípulos lean falsedades, y que después de mi muerte se entreguen a una labor inútil».

El martes antes de la Ascensión, la respiración se le hizo más difícil y se notó un poco de hinchazón en los pies, lo cual no le impidió dictar con gran alegría, añadiendo a veces: «Apresuraos, pues no sé el tiempo que podré estar entre vosotros, ni si mi Creador me llamará muy pronto.»

Tomando la hinchazón de sus pies como aviso de próxima partida, quiso recibir la Extremaunción y seguidamente el santo Viático.

«Pasó la noche en acción de gracias. A la mañana siguiente, miércoles, vigilia de la Ascensión, ordenó transcribiéramos lo que estaba empezando, y trabajamos hasta la hora de Tercia. Celebróse luego la procesión acostumbrada en este día con las reliquias de los santos, y tomamos parte en la misma.

Con todo, uno de nosotros se quedó a la cabecera del enfermo y se aventuró a decirle:

—Amantísimo maestro, todavía falta un capítulo del libro que habéis dictado; ¿os causaría gran molestia el hablar un poco más?

—No —respondió—. Toma la pluma y escribe pronto.

A la hora de Nona, me encargó que fuera a llamar a todos los sacerdotes del monasterio; se despidió de sus hermanos y les suplicó rogasen por él, y en esas conversaciones se entretuvieron hasta la hora de Vísperas.

Y el discípulo de quien he hecho mención anteriormente, le dijo todavía:

—Muy querido maestro, queda un versículo por escribir.

—Escríbelo, pues —replicó Beda.

Y cuando el discípulo hubo terminado, exclamó:

—¡Ya está acabado!

—Verdad dices —respondió el maestro—, acabado está. Ahora gira mi cabeza, pues siento gran consuelo al dirigir las miradas hacia el Lugar Santo, donde tanto he rezado.

Y así, echado en el suelo de su celda, y vuelto de cara al Santuario, se puso a cantar por última vez: «Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo». Luego se durmió tranquilamente en la paz del Señor.

Íbase a terminar en la eternidad la doxología interrumpida en sus labios por el ángel de la muerte».

Contaba a la sazón setenta y dos años. Esto ocurría el miércoles por la tarde, 25 de mayo de 735. Como toda fiesta empieza con las primeras Vísperas, varios autores escribieron que San Beda murió el día de la Ascensión, lo cual ha dado pie para fijar la fecha de su muerte en 26 de mayo.

SU TÍTULO DE VENERABLE

AL igual que todos los santos de aquella época, Beda fué canonizado por la voz popular, tácitamente aprobada por la Iglesia, y la Orden benedictina ha celebrado siempre su memoria de Santo y de Doctor. Este último título lo solicitaron los obispos de Inglaterra desde el año 1855. 1855.
En 1890, bajo el pontificado de León XIII, renovóse la petición y, gracias al celo constante del futuro cardenal Vives y Tutó, encargado de esta causa, se consiguió lo que tanto se anhelaba, y por decreto del 13 de noviembre de 1899, San Beda fué declarado Doctor, fijándose su fiesta en 27 de mayo, extendida a la Iglesia universal.

El título de *Venerable,* con el cual se le designa, ya se lo daban durante su vida, a causa de sus virtudes, y como públicamente se leían en la Iglesia sus sermones y homilías, no se pronunciaba su nombre sin acompañarlo de dicho título. Esta costumbre persistió después de su muerte, y vino a ser consagrada, por decirlo así, por el Martirologio romano, que le respeta este título.

Su sagrado cuerpo fué sepultado al principio en la capilla del monasterio de Jarrow, donde numerosos peregrinos acudieron a visitar su tumba. Los diversos milagros que obró confirmaron la fama de santidad. Levantáronse luego varios altares en su honor y sus restos fueron durante largo tiempo objeto de culto por parte de los fieles.

SANTORAL

Santos **Beda el Venerable, confesor y doctor;** ***Juan I, papa y mártir;*** Gausberto y Bernardo, abades de Montsalvy, en Auvernia; Hildeberto, obispo de Meaux; ***Julio, mártir en Bulgaria;*** Eutropio, obispo de Orange, ilustre por sus virtudes y milagros; Eladio, obispo y mártir, Teraponto, honrado en Sardes; Fanuro, mártir en Creta; Liberio, venerado en Ancona; Rainulfo, mártir, padre de San Adulfo, obispo de Cambrai y de Arrás; Símaco, senador y cónsul en Ravena; Elías, Luciano y otros cuatro, mártires en el Ponto; Evangelio y otros cuatro, mártires en Alejandría. Beato Federico, conde y obispo de Namur, martirizado por los simoníacos, a quienes combatió. Santa *Restituta, virgen y mártir.* Beata Catalina de Jesús, terciaria franciscana, honrada en Alcalá.



Perro y convento del Gran San Bernardo — Vencedor del diablo

DÍA 28 DE MAYO

SAN BERNARDO DE MENTON

APÓSTOL DE LOS ALPES Y FUNDADOR DE HOSPEDERÍAS (923 - 1008)

ESTE heroico bienhechor de la humanidad, a quien los viajeros de los Alpes invocan con amor y gratitud desde hace cerca de mil años, nació en el mes de junio del año 923, en el castillo de Mentón, que se levantaba a orillas del lago de Annecy, en uno de los lugares más pintorescos de Saboya.

Fueron sus padres Ricardo, barón de Mentón, y Bernolina de Duingt, de la poderosa familia descendiente del valeroso Olivier, conde de Ginebra, amigo y compañero de armas de Carlomagno y uno de los doce pares legendarios.

El tierno infante fué presentado a las fuentes bautismales por Bernardo, barón de Beaufort, su tío paterno, y por la baronesa, su esposa. Este niño, bendecido por Dios, creció animado de una piedad angelical, guardiana de su inocencia, merced al sumo cuidado que sus padres pusieron en educarlo cristianamente.

ESTUDIA CARRERA EN PARÍS. — VOCACIÓN

CUENTAN que a los tres años ya sabía leer. «Era hermoso como un ángel, y risueño como el día», escribe Roland Viot. Al llegar a los siete años, sus padres le dieron por preceptor a un sacerdote muy culto y virtuoso, llamado Germán, que le inició en los estudios, le enseñó latín y los rudimentos de las bellas letras.

Un rasgo notable de su vida por esta época es la tierna devoción que tenía a San Nicolás, quien andando al tiempo le colmará de favores. A los catorce años envióle su padre a París para que terminara los estudios. Bernardo aceptó por obediencia esta dura separación y, con la bendición paterna, partió en compañía de su preceptor.

Este sacerdote fué en París como su ángel tutelar visible, y con su discreta dirección, el joven saboyano pudo entregarse durante tres años al estudio de la Filosofía y de las otras artes liberales, sin que los muchos peligros de aquella capital contaminaran en lo más mínimo la limpieza de su alma.

Infundió el Cielo en el alma de Bernardo tan ardiente deseo de los bienes celestiales, que no dudó cuál fuese el camino por donde Nuestro Señor deseaba le siguiese. Por lo cual declaró a su preceptor que estaba decidido a darse de lleno a Dios en el estado sacerdotal, y que tan ardientes eran sus deseos de comenzar sin tardanza el cumplimiento de su propósito, que estaba dispuesto a unirse estrechamente a Nuestro Señor por el voto de castidad perpetua desde aquel mismo instante. Había oído la voz interior de Dios, hablando a su corazón, y no quería ser infiel al divino llamamiento.

Sin embargo, el prudente preceptor juzgó que convenía esperar aún, y, en consecuencia, le prohibió emitir tal voto, si bien aprobó gustoso que cursara la Teología al mismo tiempo que el Derecho.

Por esta larga prueba no flaqueó Bernardo en su resolución, sino que, por el contrario, procuraba, mediante una vida cada vez más perfecta, obtener las gracias señaladas a que aspiraba y hacerse digno de ellas. Sus confesiones y comuniones se tornaron más frecuentes; consagraba más tiempo a la oración, a la meditación, a la lectura de las Sagradas Letras, multiplicaba las limosnas y no se quitaba nunca el cilicio. Finalmente, cuando el curso de Teología tocaba a su fin, Germán concedió a Bernardo la licencia tan deseada y, poco después, hacía el año 947 ó 948, regresaron a Saboya.

PREPARATIVOS DE CASAMIENTO. — EVASIÓN

INMENSA fué la alegría en el castillo de Mentón a la llegada del joven señor: alto, hermoso, varonil, distinguido en sus modales y discreto en sus palabras. Numerosos parientes o vecinos, entre otros el barón de Mioláns, fueron a cumplimentarle y a felicitar a sus venturosos padres.

Después de algunas semanas de descanso y de vida de familia, que sin gran trabajo hízole olvidar los muchos años de ausencia, el barón de Mentón tomó un día aparte a su hijo, y le dió a conocer el brillante matrimonio que se le presentaba, pues el barón de Mioláns se consideraba dichoso en poderle dar por esposa a su única hija Margarita; esta unión asociaría las dos baronías y colmaría los deseos de ambas familias. El joven dió a conocer respetuosamente a su padre, que no se sentía llamado por Dios al estado del matrimonio.

Grande fué la sorpresa de Ricardo de Mentón al oír a Bernardo. Presa de la mayor tristeza e indignación, apartóse de allí y comunicó a su esposa lo que ocurría. Ambos acusaron a Germán de haber infundido en su hijo semejantes disposiciones, que frustraban dolorosamente sus esperanzas; le abrumaron a insultos y le despidieron ignominiosamente del castillo.

Mas este alejamiento, del que tan buen resultado se prometían, no tuvo efecto alguno, pues la vocación de Bernardo era una vocación a prueba de toda resistencia humana. Ricardo de Mentón, no por eso desistía de sus proyectos de matrimonio.

De allí a poco, una espléndida comitiva se desplegaba a orillas del lago de Annecy; traían a presentar a Bernardo su futura esposa, cortejada por toda la nobleza de la comarca, en medio de las aclamaciones de los pueblos que acudían de todas partes. La recepción en el castillo de Mentón fué triunfal. Bernardo aparentó prestarse con agrado a aquella fiesta; todo se iba disponiendo para la celebración de la boda, que debía tener lugar al día siguiente en la capilla del castillo.

Pero el joven barón tenía muy presente el compromiso que le unía con Dios nuestro Señor. Aquella misma mañana, su antiguo preceptor le envió una esquela concebida en estos términos: «Bernardo, Bernardo, no eches en olvido la promesa que hiciste a Dios; piensa en la salvación de tu alma». Por la tarde, en cuanto pudo sustraerse a la ilustre compañía que le rodeaba, se retiró a su aposento y, postrada la faz contra el suelo, llorando, se desahogaba de este modo: «Salvador mío y Dios mío, tened compasión de vuestro siervo; daos prisa para socorrerme... Ante todo, no quiero seros infiel... Pero acudid a mi socorro en estas circunstancias tan difíciles». Oró largo rato, invocando unas veces a la Santísima Virgen y otras a su patro-

no San Nicolás. De repente, San Nicolás se le aparece en una visión sobrenatural y le dice: «Bernardo, siervo de Dios, el Señor te distingue con una vocación mucho más sublime y digna que los honores del siglo. Vete a encontrar al arcediano de la catedral de Aosta, y te dirá lo que debes hacer».

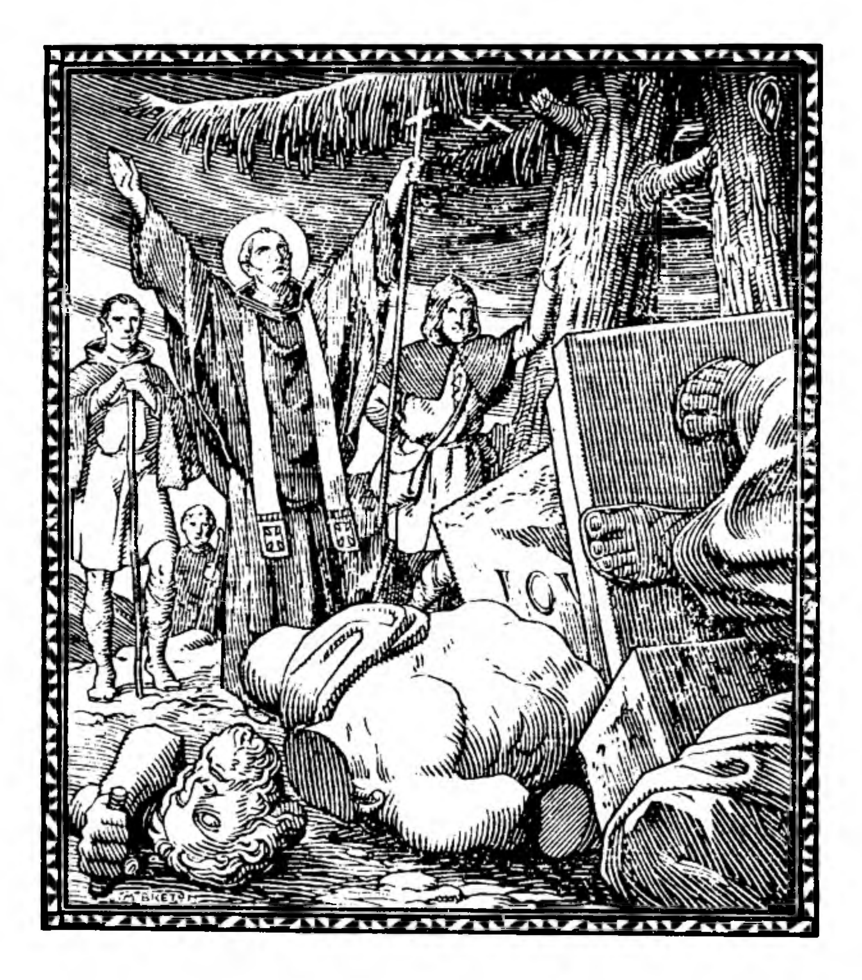
Levántase Bernardo maravillosamente consolado y fortalecido, y escribe al instante unas líneas, que decían: «Amadísimos padres, regocijaos conmigo. El Salvador me llama. No tratéis de indagar el lugar de mi retiro, pues no pienso casarme jamás; las grandezas y los honores de este mundo nada son para mí, que sólo aspiro a la dicha del paraíso».

Coloca este billete en sitio visible y, mientras todos duermen, abre sin ruido la ventana, doblega y rompe como por milagro uno de los enormes barrotes de ella, salta de una altura de dieciséis pies, en medio de la más completa obscuridad, y va a caer sobre una roca estrecha que domina un precipicio. Arrastrándose a lo largo de la escarpada roca, llega felizmente al campo, y, atravesando los Alpes, se encamina hacia la ciudad de Aosta.

A la mañana siguiente, no bien hubo despuntado el alba, todo el castillo de Mentón se pone en movimiento; el alegre sonido de la trompeta resuena ya, la ceremonia se prepara. Bernardo no aparece por ningún lado, no se puede dar con él. Bien se adivina la consternación de los padres, la desolación de la joven prometida que, ataviada como una reina, espera al pie del altar, y el enojo del barón de Mioláns, que se considera gravemente ofendido. Margarita de Mioláns consiguió calmar a su padre, y ella misma comenzó a sentir en su alma vivo deseo de imitar el sacrificio de Bernardo y de consagrarse también a Dios. Y, en efecto, algún tiempo después, se hizo monja en un convento cerca de Grenoble, donde pasó su vida con gran reputación de santidad.

CANÓNIGO DE AOSTA. — SACERDOCIO. — APOSTOLADO

DESPUÉS de varios días de fatigosa marcha, el fugitivo entraba en la ciudad de Aosta y se encontraba con el Venerable Pedro de la Val de Isera, arcediano de la catedral. Éste le recibió como a hijo, y fué para él lo que hasta entonces había sido el piadoso sacerdote Germán. Los canónigos de Aosta, gobernados por el arcediano Pedro, eran entonces Canónigos regulares de San Agustín, o sea, genuinos monjes que llevaban vida de comunidad bajo la Regla del gran obispo de Hipona. Bernardo fué recibido entre ellos y pronto llegó a ser modelo acabado de las virtudes religiosas. Entregado ya de lleno al servicio de Dios, reanudó con no menor ardor que acierto sus estudios teológicos, y fué ordenado sacerdote a la edad de treinta años. Sus virtudes y su celo apostólico, especialmente en la



SAN *Bernardo de Mentón va con algunos compañeros a destruir la madriguera misma del paganismo. El diablo, furioso, produce rugidos desde el interior de su morada, pero dice el Santo: «No temáis, amigos; el enemigo presiente su derrota». Y, haciendo Bernardo la señal de la cruz, cae en pedazos el ídolo de Júpiter.*

predicación, eran la admiración de todos, y cuando en 966 el arcediano Pedro murió, sus Hermanos le eligieron por unanimidad para sucederle, y el obispo le nombró arcediano suyo.

El arcediano iba a ser el ojo y el brazo derecho del obispo en la administración de la diócesis. Bernardo, a la sazón de cuarenta y tres años, estaba revestido de las cualidades requeridas para tan alto cargo, el cual era de más transcendencia a causa de la quebrantada salud del obispo. Desplegó actividad y celo incomparables bajo la tutela de los santos Patronos de la región, a cuyo amparo se encomendó en las diversas peregrinaciones que hizo a sus santuarios, al emprender ese fecundo apostolado que debía durar cuarenta años y merecerle el glorioso nombre de «Apóstol de los Alpes».

Difíciles eran los tiempos de ese siglo X, que justamente se llamó el «siglo de hierro». Los sarracenos, cuyas hordas, ávidas de pillaje, habían remontado a veces el Ródano y devastado la Saboya, el Piamonte y Suiza de 900 a 975), acababan de ser definitivamente rechazados, cuando Bernardo inauguró su nuevo ministerio. Pero, ¡cuántas ruinas morales y materiales había que levantar! ¡Cuántos desórdenes sociales se habían introducido en la fe y en las costumbres! El celoso arcediano ocupóse, en primer lugar, en la reforma del clero, al que procuraba, tanto por sus ejemplos como por sus palabras y vigilancia, hacer más digno de su sagrada y elevada misión.

La enseñanza se hallaba entonces bastante descuidada en los Alpes, y Bernardo se apresuró a formar maestros y fundar escuelas. Y no contento con visitar a menudo su diócesis, recorrió como misionero las de Novara, Milán, Sión, Tarentaise y Ginebra, renovando en todas partes con sus predicaciones la fe de las poblaciones y produciendo mucho fruto en las almas.

EL MONTE JOUX. — HOSPEDERÍAS DEL GRANDE Y PEQUEÑO SAN BERNARDO

Los viajeros, al partir de Aosta, encontraban dos caminos para franquear los Alpes: el uno iba a dar a la Alta Tarentaise, pasando por la *Columna Jovis* (Columna de Júpiter), y el otro atravesaba el temible y elevado paso del Monte Joux *(Mons Jovis,* monte de Júpiter), que daba salida al bajo Valais.

El paganismo, rechazado de casi toda Europa, encontró en estas alturas su último refugio. Los sarracenos, que con fines estratégicos habían ocupado durante algún tiempo el desfiladero del Monte Joux, hubieron de evacuarlo en 960. El ídolo de Júpiter quedaba en aquel lugar guardado por un famoso mago de grande estatura, llamado Procus. Los montañeses, en-

ganados, subían a consultar al ídolo y le pedían al mismo tiempo curaciones. El mismo Procus, oculto en la estatua, daba los oráculos con voz disimulada. Digno ministro del demonio que le ayudaba con su poder y su prestigio, el mago gigante ejercía toda clase de crueldades con los viajeros perdidos por aquellos parajes: les robaba y alguna vez los sacrificaba a su Júpiter. Conmovióse el Santo a la vista de los peligros que amenazaban a tantos peregrinos alemanes y franceses que, entusiastas de la religión, iban a Roma a visitar los sepulcros de los Santos Apóstoles. Nueve viajeros de nacionalidad francesa llegaron un día a Aosta, lamentándose de que Procus había retenido a uno de sus compañeros so pretexto de cobrar el diezmo.

Bernardo resolvió destruir esta última guarida del demonio, y en su lugar erigir un monasterio donde el verdadero Dios fuese en adelante glorificado por la práctica de la oración pública y de la caridad fraterna. Para conseguir su propósito propuso a los fieles, ayunos, oraciones y una procesión solemne; y animado por la aparición de San Nicolás, que le anunció el feliz acierto en su empresa, acompañado de los nueve peregrinos mencionados, subió al Monte de Júpiter.

Apenas llegados a la cúspide —cuenta uno de los antiguos historiadores del Santo—, densa nube oscurece el día, los demonios desencadenan una tormenta espantosa, los relámpagos surcan el espacio, el trueno hace retemblar las montañas, el rayo descarga por todas partes, pero sin herir a nadie, y nieve y granizo caen en abundancia. Los demonios lanzan alaridos tan espantosos, que se llega a creer que el arcediano y sus compañeros van a perecer. Pero Bernardo no teme, sino que infunde valor y confianza a sus compañeros.

—No temáis, amigos —les dice—; los alaridos de nuestros enemigos son precisamente el presentimiento de su derrota.

Lléganse hasta el ídolo y lo encuentran custodiado por un dragón rugiente y espantoso, dispuesto a devorarlos. Bernardo hace la señal de la cruz, y arroja al cuello del monstruo su estola, que se trueca en cadena de hierro, menos los dos extremos que empuña con su mano. Entretanto, sus compañeros atraviesan con las armas al monstruo, que desaparece como por encanto, y en su lugar ven tendido en el suelo el cadáver del mago, acribillado de heridas.

Derribado el ídolo del Monte Joux, propónese Bernardo aniquilar igualmente el culto de Júpiter en otros lugares de los Alpes, y echa por tierra la *Columna Jovis,* objeto de las supersticiones y adoraciones de los montañeses. Era hacia el año 970. Ayudado por las limosnas del clero de Aosta y del pueblo cristiano, Bernardo afianzó su conquista levantando una hospedería en la cumbre del Monte Joux, cuyo primitivo nombre los pueblos agradecidos cambiaron por el de «Gran San Bernardo»; también construyó otra en *Columna Jovis,* hoy «Pequeño San Bernardo.»

Pronto personas abnegadas y decididas se sumaron a Bernardo para ayudarle en su obra. Un noble y rico inglés, llamado Reuklin, atraído por la santidad y caridad de nuestro Santo, pidió ser admitido entre sus discípulos, y cedió a la comunidad naciente su castillo de Inglaterra. Así comenzó esta maravillosa obra de hospitalidad del «Gran San Bernardo», que subsiste todavía y que, a través de los siglos, ha servido de refugio a millones de viajeros y ha salvado la vida a muchos miles, que hubieran perecido de frío entre las nieves y los precipicios.

LOS BARONES DE MENTÓN Y DE BEAUFORT, EN EL MONTE JOUX

GRANDE era ya la fama de santidad del arcediano de Aosta en toda la región de los Alpes; los peregrinos y viajeros, tan amablemente recibidos en el Monte Joux, no cesaban de loar al fundador imponderable de tan caritativa institución. Si hemos de dar crédito a la leyenda, el barón y la baronesa de Mentón, que aun vivían y no podían olvidarse del hijo a quien daban por perdido, concibieron el proyecto de ir a ver a este hombre de Dios: tal vez sus oraciones les obtendrían la gracia de dar con Bernardo; como quiera que sea, los consuelos del santo sacerdote serían de gran alivio a su inmenso dolor.

Un día, los barones de Mentón y de Beaufort llaman a la puerta de la hospedería; el arcediano en persona sale a abrirles, pero los años, los trabajos, las austeridades de tal modo han alterado sus facciones que no le conocen. Bernardo sí, los conoce perfectamente y los acoge con su amabilidad acostumbrada. Escucha con paternal bondad el relato que el barón de Mentón y su esposa le hacen de sus infortunios. Vivamente emocionado, retírase y va a rezar con fervor a la capilla. Seguro ya, por inspiración divina, de que sus padres no han de suscitar dificultades a su vocación, vuelve a ellos y, echándose en sus brazos, exclama: «Yo soy vuestro hijo Bernardo». Los ancianos padres, inundados de gozo, pasaron algunos días en el Monte Joux, admirando los designios de Dios. Vueltos a Saboya, el barón de Mentón y el de Beaufort propusiéronse ceder sus bienes a la iglesia del Monte Joux.

Bernardo proseguía su obra en el Monte Joux y sus apostólicas predicaciones por los Alpes e Italia; pasaba diariamente largas horas en oración. Sus vestidos, de paño burdo, ocultaban un cilicio; dormía poco, y dos o tres tablas constituían su pobre cama. Frecuentes eran sus ayunos; su alimento se componía, por lo común, de pan de cebada y agua cenagosa, a la cual algunas veces añadía ajenjo o hiel, para mortificarse más.

SUS ÚLTIMOS AÑOS. — SU OBRA

A pesar de tantos trabajos y austeridades, San Bernardo de Mentón alcanzó gran ancianidad. Sin embargo, por los años de 1005 a 1007, repetidos achaques acabaron por minar su cuerpo, ya bastante gastado por la edad. Llevó a cabo por última vez su peregrinación a Roma, pero a la vuelta hubo de detenerse enfermo en Novara, y se hospedó en el convento de los Benedictinos. En dicha abadía expiró dulcemente en brazos de sus religiosos, que vinieron desde el Monte Joux en cuanto tuvieron noticias de su enfermedad; era el 28 de mayo de 1008, cuando el Santo tenía ochenta y cinco años.

Bernardo había deseado que su cuerpo fuese enterrado en la iglesia del Monte Joux, pero los Benedictinos no lo consintieron de ningún modo, y lo inhumaron en su iglesia de San Lorenzo. Un año más tarde, el 10 de abril, después de haber obrado numerosos milagros, fué colocado el cuerpo en un sepulcro de mármol, y, en 1123, Ricardo obispo de Novara, procedió a la canonización, según la costumbre de aquel tiempo, depositando el venerando cuerpo sobre un altar.

En 1552, al ser demolida la iglesia de San Lorenzo, el cuerpo de San Bernardo fué colocado en la catedral, donde aun hoy se venera. En 1681 fué inscrito su nombre por Inocencio XI en el Martirologio romano. Por cartas apostólicas del 20 de agosto de 1923, el papa Pío XI le nombró «Patrono celestial, no sólo de los montañeses y de los viajeros alpinos, sino de todos los que emprenden la ascensión de las montañas».

Diez siglos hace ya que los discípulos de San Bernardo continúan siendo la admiración de las gentes por su vida de oración, de inmolación y de caridad. Su morada hospitalaria se halla situada en un desfiladero, a 2.450 metros sobre el nivel del mar; es la habitación más elevada de Europa, y la montaña que domina la hospedería tiene 3.100 metros de altura. En este desfiladero reina un invierno casi perpetuo. Algunas hortalizas, cultivadas al abrigo de las rocas, más como solaz que como utilidad, es todo lo que allí produce la tierra; para aprovisionarse de vituallas tienen que bajar a los valles habitados, y la misma leña la acarrean a lomo de mulos, desde una distancia de dieciocho a veinte kilómetros. Los religiosos, sin embargo, permanecen allí todo el año, y, desafiando el frío, las tormentas de nieve y los temibles aludes, precedidos de sus enormes perros y acompañados de servidumbre abnegada, salen en busca de los viajeros, acógenlos bondadosos y les brindan la más generosa hospitalidad.

He ahí lo que hace el amor al prójimo cuando tiene por fundamento el amor a Dios; pero solamente la Iglesia católica puede producir semejantes ejemplos de caridad.

SANTORAL

Santos **Bernardo de Mentón, fundador;** *Agustín de Cantorbery obispo y confesor; Germán, obispo de París; Justo, obispo de Urgel;* Justo, de Vich, confesor; Carauno, diácono y mártir; Teódulo, estilita en Edesa; Manviano, obispo de Bayeux en el siglo v; Emilio, Félix, Príamo y Luciano, mártires en Cerdeña; Crescente, Dioscórides, Pablo y Eladio, mártires; Senador, obispo de Milán, y Podio, de Florencia. Beatos Lanfranco, arzobispo de Cantorbery; Juan de Jesús María, general de los Carmelitas Descalzos; Herculano, franciscano de la Observancia. Santas Helcónida o Helcónides, a quien cortaron los pechos, echaron a las fieras y al fuego y, finalmente, degollaron, en 244; Ubaldesca, virgen, en Pisa.

SAN AGUSTÍN DE CANTORBERY, obispo y confesor. — Era prior del monasterio de San Andrés, de la Orden benedictina, en Roma. San Gregorio Magno le envió a Inglaterra, con otros monjes, para restaurar la fe en aquellos pueblos idólatras, corrompidos por otros pueblos invasores: los anglos y sajones. Los misioneros llegaron a su destino en el año 596, siendo muy bien recibidos por su rey Etelberto o Edilberto, cuya esposa Berta era cristiana fervorosa. Estableciéronse en una iglesia situada cerca de Cantorbery, capital del reino de Kent. Dios concedió a Agustín el don de milagros, que tanto sirvieron para acreditar sus enseñanzas. Así que las conversiones fueron innumerables, contándose entre ellas la del mismo rey y muchos nobles de la Corte. Pronto cambió el aspecto de Inglaterra, pues sus habitantes, enamorados de la virtud y buenos ejemplos de Agustín y de sus compañeros, los iban imitando al propio tiempo que ayudaban a levantar iglesias y favorecían el culto, estimulados por los nobles del reino. Murió santamente el 26 de mayo de 607 Su fiesta se celebra el día 28.

SAN GERMÁN, obispo de París. — Fué protegido de Dios, aun antes de venir al mundo, pues le libró del furor de su madre que quería malograr su nacimiento; asimismo su abuela pretendió envenenarle unos años después. A los dieciocho años fué ordenado sacerdote, y más tarde hecho abad del monasterio de San Sinforiano de Autún. Llevó vida de vigilias, oración y ayuno; distinguióse en la caridad para con los pobres, y en toda ocasión daba ejemplo de virtud y santidad. Favoreciόle Dios con el don de milagros; sus mismos vestidos y aun sus escritos y su firma tenían la propiedad de devolver la salud. Entre las curaciones prodigiosas que realizó se cuentan las de los reyes Childeberto I y Clotario I. Su protección sobre París se ha dejado notar, asimismo, en repetidas ocasiones. Muchas veces intervino cerca del rey a favor de los presos, y en más de una circunstancia lograron milagrosamente su libertad por los ruegos de Germán. Su muerte ocurrió el 28 de mayo del año 576.

SAN JUSTO, obispo de Urgel. — Vió la luz primera en un pueblo de Cataluña, y fué educado en el santo temor de Dios, que conservó siempre como norma de su vida. Las ocupaciones predilectas eran el estudio y la oración; por eso descolló como hombre de profunda sabiduría y gran santidad. No es de extrañar, pues, que, al vacar la sede de Urgel, fuera unánimemente elegido para ocuparla. Asistió al Concilio de Toledo del año 527 y al de Lérida en 546. Publicó un hermoso comentario sobre el «Cantar de los Cantares» Murió en 546.



Virgen coronada por Jesús con tierno amor

DÍA 29 DE MAYO

S.TA MARIA MAGDALENA DE PAZZIS

VIRGEN CARMELITA (1566 - 1607)

FLORENCIA, como su nombre indica, es la «ciudad de las flores». La naturaleza ha prodigado en su suelo las esencias más variadas y más hermosas; los hombres la han coronado de villas y jardines espléndidos, y la Providencia parece haber ratificado este nombre haciendo nacer, tal vez más que en otras partes, las flores admirables de la más grande santidad. En el transcurso de seiscientos años, o sea, desde el siglo XI hasta fines del XVI, esta ciudad privilegiada ha visto nacer a quince santos o santas oficialmente canonizados, e inscritos todos en el calendario de la Iglesia universal. La más maravillosa flor de Florencia es, sin duda, Santa María Magdalena de Pazzis.

NACIMIENTO E INFANCIA

EN el siglo XV, los Pazzis eran una de las familias más poderosas de Florencia y se disputaban la primacía con los Médicis. Su palacio, situado al sur de la catedral, en el ángulo de la calle del Procónsul, subsiste todavía, y se ve aún, en el patio, el escudo de armas de la familia, esculpido por Donatello. Allí nació, el 2 de abril de 1556, esta niña incomparable que en la pila bautismal recibió el nombre de Catalina.

Desde sus primeros años dió claras muestras de los dones de la divina gracia que al nacer le fueron otorgados, y a la edad que los otros niños no piensan más que en juegos y diversiones, Catalina se complacía en la oración, en la práctica de la caridad y en los ejercicios de penitencia. La soledad le gustaba tanto, que sólo tomaba parte en las distracciones de sus compañeras cuando su madre se lo mandaba. Prefería retirarse a algún aislado rincón del palacio, para entregarse a la oración, no sólo durante el día, sino también en las horas de la noche: con frecuencia, su aya la sorprendió en elevada contemplación, en vez de entregarse al descanso. En vista de disposiciones tan extraordinarias su madre las descubrió a su propio confesor, y éste tuvo gran empeño en enseñar a la angelical niña la manera de meditar. Desde entonces, Catalina no dejó de hacerlo cotidianamente.

No descuidaba las obras de caridad, así espirituales como temporales. Por sus manos pasaban las acostumbradas limosnas de la familia, y partía con los pobres lo que su madre le daba para almorzar o merendar. Cada año, durante el verano, pasaba una temporada en el campo; reunía a los niños de la aldea y les enseñaba el Padrenuestro, el Avemaría y el Credo. Un año, emprendió la educación religiosa de la hija de un colono de su padre. Como aun no había terminado su labor cuando llegó el momento de volver a la ciudad, sintió Catalina tal pesar por esta separación prematura, que sus padres le autorizaron para llevar consigo a palacio a la aldeanita y poder acabar así su obra de apostolado.

Sus frecuentes meditaciones sobre la Pasión, inflamaron pronto su corazoncito de un amor ardiente por los sufrimientos y por la penitencia, y así se privaba de todo alimento delicado, comiendo sólo lo necesario para sostenerse, pasando noches completas en fervorosa plegaria y dándose rudas disciplinas o poniendo sobre su cabeza, antes de acostarse, una corona de espinas. Llegó tan lejos en sus penitencias, que su madre tuvo que moderarla, y para poder observarla mejor la hizo dormir en su propia habitación.

A la práctica de virtudes tan por encima de su edad, Catalina juntaba un amor muy grande a Jesús en la Eucaristía. Los días en que su madre había comulgado, le gustaba mucho estar a su lado: «Mamá —le decía—, siento en vos el dulce perfume de mi amado Jesús», y suspiraba pensando en el día en que le sería concedido tal gracia y favor. Y así, como una excepción a la disciplina entonces vigente, su confesor le permitió hacer la primera Comunión, cuando sólo contaba diez años. El 25 de marzo de 1576, Catalina se unió por primera vez al Amado de su alma. A partir de este momento su deseo de comulgar fué tal que el confesor se lo permitió todos los domingos. y en estos días, cuando salía de la iglesia, tenía los ojos bañados en lágrimas por no poder seguir tanto como ella hubiera querido su íntima comunicación con el amor de los amores. Cristo Jesús.

VOCACIÓN RELIGIOSA

CATALINA sólo tenía diez años cuando Nuestro Señor le dió a conocer el divino llamamiento. Tres semanas después de comulgar por primera vez, mientras daba gracias, se sintió inspirada por Dios a prometerle lo que creía serle más agradable, y, comprendiendo que el Señor nada ama tanto como la pureza perfecta y completa, hizo entonces mismo el voto de perpetua virginidad. No tardó mucho en recibir la recompensa de su generosidad, pues el mismo día pudo ver en uno de sus dedos un anillo misterioso, prenda de la alianza que contraía con el divino Esposo. Empero Camilo de Pazzis había sido nombrado gobernador de Cortona en 1580 y Catalina, que tenía a la sazón catorce años, fué colocada como pensionista con las religiosas de San Juan de los Caballeros de Malta, con el fin de completar su educación.

Algo muy significativo aconteció por entonces; y fué que el confesor del Pensionado hubo de imponer su criterio a la Superiora para que permitiera a Catalina frecuentar la Sagrada Mesa.

Como gozaba de bastante libertad, Catalina pudo seguir fiel a su modo de vivir y continuar sus rezos, ayunos y mortificaciones como antes. Las religiosas quedaron muy sorprendidas y propusieron a su virtuosa alumna que entrase en su Congregación. Pero Catalina prefirió una Orden que no tuviese necesidad de reforma.

A los quince meses, Camilo de Pazzis volvió a Florencia y reintegró a su hija al seno de la familia. La salud de Catalina dejaba tanto que desear que parecía un esqueleto, y sus fuerzas eran tan débiles que ni coser podía. Se sometió dócilmente a las prescripciones de los médicos; se mostró siempre alegre y jovial con sus hermanos, que buscaban su compañía, pero sin sacrificar en nada sus ejercicios espirituales, y pronto recobró por completo sus fuerzas.

Una vez cumplidos los dieciséis años, sus padres pensaron en darle estado, y buscaron entre sus conocidos un joven digno de poseer tal tesoro. Catalina se dió cuenta de sus proyectos y comprendió que debía, sin esperar más, descubrirles el voto de virginidad que tenía hecho. Habló primero a su padre y le manifestó claramente que era muy capaz de dejarse cortar la cabeza antes que faltar a su voto y renunciar al estado religioso. Camilo de Pazzis se rindió pronto a sus deseos; no fué tan fácil convencer a su madre, pues aunque verdaderamente cristiana, estaba cegada por un afecto demasiado natural; no quiso oír hablar de ello y tomó todos los medios para hacer perder a su hija sus anhelos de vida religiosa.

Catalina, en el colmo de su dolor, buscó consuelo en la oración, y cayó

en un estado de languidez inquietante. Su madre, viéndola con esa apatía e indolencia, consultó al padre Blanco, su confesor, el cual declaró que la vocación de su hija era verdaderamente formal y que sería grave falta contrariar los designios de la Providencia. La pobre madre se resignó al fin y dió su consentimiento.

Quedaba entonces por escoger el Instituto en el cual entraría Catalina. El padre Blanco le indicó las Dominicas, las Clarisas y, por último, las Carmelitas de Santa María de los Ángeles; la joven se decidió por estas últimas, porque, además de ser muy observantes, comulgaban todos los días.

EN LAS CARMELITAS. — CAMBIO DE NOMBRE

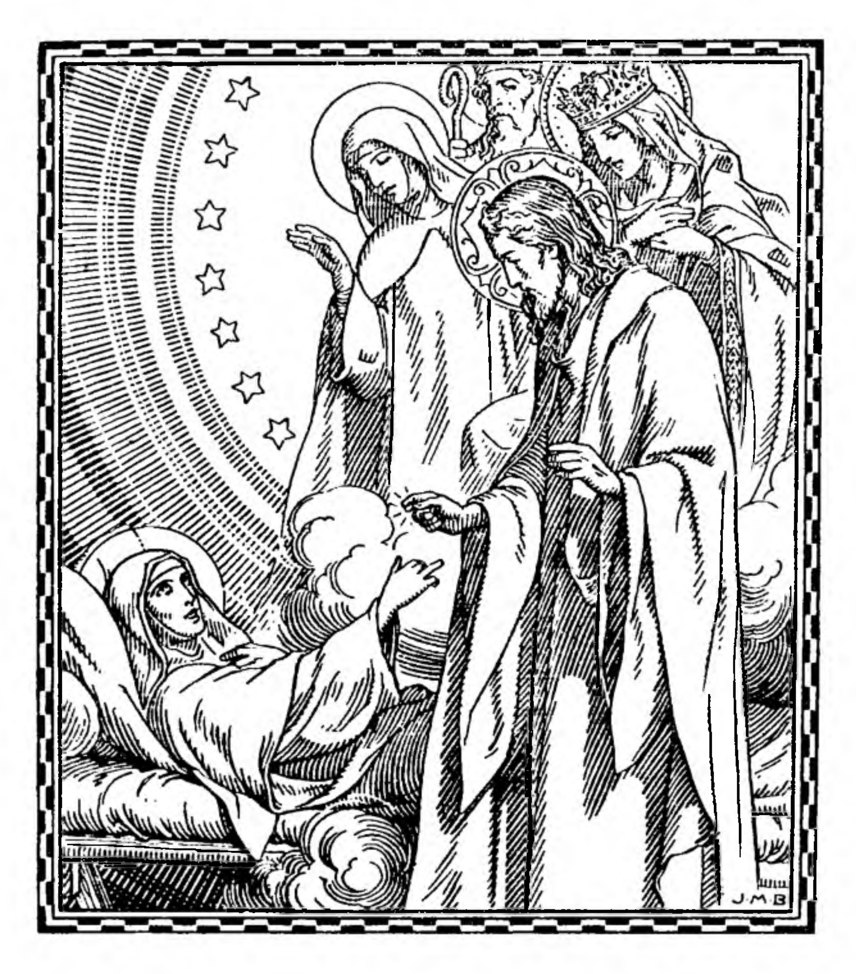
EL 14 de agosto de 1582, algunas semanas antes de la muerte de Santa Teresa, Catalina de Pazzis atravesó el umbral de su nueva mansión. Pasados quince días, volvió a su familia, según costumbre de la Orden, para estudiar por última vez su vocación, y el primero de diciembre del mismo año regresó al monasterio del que ya no salió más.

Dos meses después, el 30 de enero de 1583, se revestía del santo hábito del Carmelo, y tomaba el nombre de Hermana María Magdalena. Nada sería capaz de darnos a conocer la alegría de la joven novicia que acababa de entregarse por completo a Dios y con ánimos de no volver atrás por ningún motivo; su rostro parecía transfigurado.

Por la tarde misma se puso completamente en las manos de su superiora, prometiéndole obediencia absoluta y suplicándole que no le escatimase mortificaciones ni humillaciones.

Acabado el año de probación, solicitó el favor de profesar. La superiora le respondió que lo haría más tarde, al mismo tiempo que otras novicias llegadas poco tiempo después que ella. Pero Dios lo había decidido de otra manera. Al cabo de un mes cayó tan gravemente enferma, que no quisieron que la Hermana María Magdalena muriera sin haber tenido el consuelo de emitir los votos de religión. La trasladaron, pues, a la capilla y el 27 de mayo de 1584 se unió con Aquel que era su único amor, con los votos de religión.

Aunque la enfermedad persistía, las religiosas no perdieron todas las esperanzas de curación. Acudieron a la intercesión de una virgen florentina, la Beata María Bartolomé Bañesi, Terciaria de la Orden de Santo Domingo, fallecida en olor de santidad en 1577 y enterrada en el monasterio de las Carmelitas. Estas oraciones fueron favorablemente escuchadas y María Magdalena recobró muy pronto la salud.



APARÉCESE *Jesucristo a Santa María Magdalena de Pazzis, y le da a entender que quiere celebrar desposorios con ella. Encógese la Santa teniéndose por indigna; empero, el Señor le pone un anillo en el dedo y ella dice conmovida: «Despósame el Señor en la dulzura de su amor».*

ÉXTASIS Y PRUEBAS INTERIORES

LA joven religiosa pasó veinticinco años en el Carmelo de Santa María de los Ángeles. Desde un principio, Nuestro Señor se complacía en encaminarla por las más sublimes vías de la vida mística, y, durante dos años y medio, la vida de María Magdalena fué un éxtasis continuo.

Admirada la superiora, le ordenó, en virtud de santa obediencia, que descubriese cuanto experimentaba, y hubo ocasiones en que seis religiosas se ocupaban sucesivamente en recoger sus admirables revelaciones.

La primera de estas manifestaciones extraordinarias tuvo lugar al final del noviciado de María Magdalena. Una tarde, la joven novicia tuvo un desfallecimiento, y el divino Maestro le hizo comprender plenamente la malicia del pecado, la ingratitud de los pecadores y la necesidad de rogar para obtener su conversión. Algunos meses más tarde, en los cuarenta días que siguieron a su profesión, cada mañana tuvo un éxtasis después de la comunión, y durante uno de esos arrobamientos permaneció dieciséis horas absorta en la meditación de la Pasión; cuando volvió en sí, su cama estaba empapada de lágrimas.

En 1585, durante la Cuaresma y hasta la fiesta de la Ascensión, estos fenómenos extraordinarios se renovaron con mucha frecuencia e intensidad. El 25 de marzo María Magdalena ve cómo San Agustín graba sobre su pecho las palabras que nos recuerdan el misterio de la Encarnación: «*Et Verbum caro factum est:* Y el Verbo se hizo carne». El Lunes Santo recibe invisiblemente, es verdad, pero con plena realidad, los sagrados estigmas de la Pasión. El Jueves Santo tiene un éxtasis que dura veintiséis horas. Se la ve entonces recorrer los varios aposentos del monasterio; sus gestos y palabras indican claramente lo que en su interior experimenta, y la mueve a obrar: sigue a su divino Maestro en todas las fases de su dolorosa Pasión. Aquí, asiste a la última Cena: allí, a la agonía en el huerto de los Olivos y a la traición de Judas. Ya está en casa de Anás, Caifás, Pilatos; ahora contempla la flagelación, la coronación de espinas y siente en su cuerpo los dolores. En este momento acompaña al Salvador camino del Calvario y quiere sustituirle en su penosa subida. Toma una cruz sobre sus espaldas, anda, cae extenuada, se levanta y llega de este modo a la sala capitular.

Parece que ha llegado ya a la montaña santa; se echa al suelo, extiende los brazos en cruz, y se diría que presenta a los verdugos, para que los atraviesen, sus manos y pies. Se levanta, se pone contra la pared con los brazos en cruz, pronuncia las siete palabras de Cristo agonizante, y a la última, inclina la cabeza, como Jesús cuando dijo: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu». Algunos días después, Nuestro Señor coloca en

su dedo el anillo de los esponsales místicos y le presenta la corona de espinas. El 12 de mayo asiste en espíritu al descendimiento de Cristo al limbo, a su Resurrección gloriosa y, en fin, el 30 de mayo, día de la Ascensión, a su entrada triunfal en los cielos.

Sin embargo, a este período de celestiales favores va a suceder una larga serie de pruebas interiores, y esta alma, alumbrada hasta ahora con resplandores celestiales, va a verse envuelta en las tinieblas más espantosas. En la fiesta de la Santísima Trinidad del año 1585, María Magdalena cayó en ese penosísimo estado, que duró cinco años completos, exceptuando algunos días de descanso y de más o menos claridad. El Esposo celestial quiso avisar a su fiel sierva de la proximidad de esta prueba, y la Santa respondió con toda sencillez: «Señor, vuestra gracia me basta».

Cuando más regalada se hallaba con las visiones celestiales con que era premiado su fervor, la humilde religiosa se vió privada de tan dulces consuelos, y probada con las tentaciones más dolorosas para un corazón amante como el suyo. Ella, tan pura, sintió que su imaginación se poblaba de las más execrables visiones. Ella, tan piadosa, fué visitada por un tedio incomprensible en los ejercicios espirituales; ella, que tanto amaba a su estado y a Nuestro Señor, se vió asaltada por grandes dudas sobre la fe, por pensamientos de blasfemia, y por la desesperación. El demonio llegó hasta sugerirle la idea de abandonar la Sagrada Comunión, dejar el hábito religioso y poner fin a sus días. Vióse despreciada y tenida en poco por las religiosas, que antes la habían tomado por modelo y ahora la acusaban de faltas imaginarias. La pobre mártir triunfó de todo, y Satanás, vencido, no hallando nuevas maneras de atormentarla, la golpeó duramente en diferentes ocasiones.

Por fin, el día de Pentecostés del año 1590, María Magdalena quedó completamente aliviada y pidió a Dios que no le hiciese gustar ya más los consuelos sensibles.

SUS ÚLTIMOS AÑOS. — VIRTUDES Y MILAGROS

LOS diecisiete últimos años de su vida fueron de paz y tranquilidad; la Hermana María Magdalena ocupó sucesivamente los cargos de sacristana, profesora del juniorato y maestra de novicias. Perseveró en la práctica de las más heroicas virtudes y Dios continuó concediéndole el don de milagros.

Llena de profunda humildad, buscaba con cariño y amor las ocasiones de humillarse, complacíase en las ocupaciones más ordinarias y en los trabajos más desagradables. Su obediencia era perfecta. Respecto a esta vir-

tud, decía: «Un día pasado sin ocasión de ir contra su voluntad, es un día perdido».

¿Qué decir de su amor a Dios nuestro Señor? Era tal, que engendraba en su corazón grandísimo horror a todo pecado, y compasión inmensa por los desgraciados pecadores. Rezaba mucho y hacía penitencia por ellos: «¡Oh amor —exclamaba—, no sois amado ni conocido; os ofenden, no os conocen, y por eso no os aman como merecéis!»

Por fin, sus mortificaciones y su amor a los sufrimientos, no tienen ponderación. En diferentes ocasiones ayunó varias semanas a pan y agua, y andaba con los pies descalzos, como Nuestro Señor le había ordenado. Se acostaba muchas veces en el suelo, se daba ásperas disciplinas y llevaba un ceñidor cubierto de puntas de hierro. Su expresión corriente era: «¡Sufrir y no morir!».

Llevando vida tan santa, no debe admirarnos que Dios concediese a la Hermana María Magdalena el don de milagros. La heroica religiosa devolvió la salud a varios enfermos, libertó a una joven que estaba poseída del demonio y multiplicó en diferentes ocasiones las provisiones del convento. Leía en los corazones, sobre todo cuando fué maestra de novicias.

Tuvo frecuentes revelaciones. En la muerte de su hermano Alamano y de su madre, supo que los dos estaban en el purgatorio y que podría obtener su libertad; predijo al cardenal Octavio de Médicis, futuro León XI, su exaltación a la silla de San Pedro, así como la brevedad de su gobierno, anunció con anticipación la muerte de varias compañeras suyas; en el año de 1600 tuvo revelación de la gloria que Luis Gonzaga, muerto nueve años antes, gozaba en el cielo. Por fin, conoció el momento de su propia muerte, y suplicó a su confesor que fuera adonde le llamaban para dedicarse a asuntos de su ministerio, asegurándole que, a su vuelta, la encontraría aún con vida.

ENFERMEDAD Y MUERTE

EN el año 1602, María Magdalena sintió los primeros ataques de la dolencia que debía llevarla al sepulcro. Empezó por una tos muy violenta, sobrevinieron luego hemorragias, recio dolor de cabeza y calentura; muy a pesar suyo hubo de acostarse.

Con todo, en el año 1604 fué elegida subpriora por unanimidad; pero su vida no fué en adelante más que un largo sufrimiento. En su lecho de muerte hizo adoptar varias reformas para el bien espiritual de la comunidad.

Al fin, después de haber pedido perdón a sus Hermanas de las faltas que había cometido, y haberles expresado su agradecimiento por haberla soportado en la comunidad, quiso que en su presencia rezasen el símbolo

de Nicea y el de San Atanasio, así como el prefacio de la Santísima Trinidad, que el sacerdote repite casi cada domingo, y luego recibió la Extremaunción.

Trece días después, el 24 de mayo de 1607, fiesta de la Ascensión, pidió que le rezasen la recomendación del alma, y recibió el santo Viático: al día siguiente murió. Apenas hubo expirado, su rostro demacrado resplandeció maravillosamente. Toda la ciudad de Florencia acudió al monasterio y desfiló piadosamente ante los restos de la humilde religoisa, tenida por santa.

Urbano VIII ratificó este juicio popular y beatificó a María Magdalena, en Santa María la Mayor, el 23 de abril de 1627, veinte años después de su muerte; Clemente IX la canonizó el 28 de abril de 1669.

El cuerpo de la Santa, depositado en un principio detrás del altar mayor de la capilla del monasterio, fué exhumado en 1609. Estaba intacto, y de la rodilla manaba una especie de óleo perfumado.

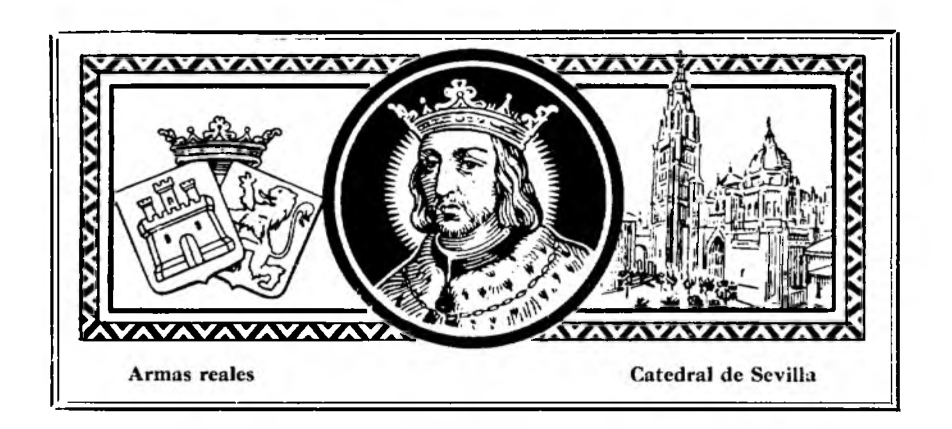
Más tarde, las Carmelitas de Nuestra Señora de los Ángeles dejaron su convento para trasladarse a la calle de la Colonna, y en 1685 las reliquias de Santa María Magdalena fueron colocadas en la capilla construída bajo su advocación.

Cuéntase que cuando María Francisca Teresa Martín, la futura Santa Teresa del Niño Jesús, fué a Roma en noviembre de 1887, visitó esta capilla, y sus manecitas, pasando más fácilmente que otras a través de la reja que protege la urna de la Santa, hicieron tocar a los venerados restos los objetos presentados por los peregrinos.

El convento de la calle de la Colonna fué también abandonado por las Carmelitas, que se hallan actualmente en el chaflán formado por la plaza Savonarola y la calle Leonardo de Vinci. El cuerpo de la Santa descansa bajo el altar mayor de la nueva residencia monjil.

SANTORAL

Santos *Voto y Félix, confesores; Conón y su hijo, mártires;* Maximino, obispo de Tréveris; *Cirilo, joven mártir, en Cesarea de Capadocia;* Sisinio, Martirio y Alejandro, muertos a golpes y al fin echados a la hoguera; Gerardo, obispo de Macon; Viator, ermitaño; Gencio, mártir; David I, rey de Escocia, hijo de Santa Margarita Restituto, mártir en Roma; Cirilo, Carelo, Prímolo, Venusto, Gisino, Alejandro y Jocondo, mártires en Cesarea de Capadocia, Ortario, abad de Landelle Eleuterio, confesor; Joaquín, abad, célebre por sus profecías. Beato Guillermo Arnaldo y compañeros, mártires, muertos por los albigenses. Santas **María Magdalena de Pazzis, virgen;** Bona, virgen de la Orden de los Canónigos Regulares, que predijo la fundación de la Orden de Santo Domingo; Teodosia y doce compañeras, mártires en Cesarea de Palestina, en tiempo de Diocleciano; Marmesia, su hija y veintidós criadas, mártires. Beata Mariana Armentera, agustina.



DÍA 30 DE MAYO

SAN FERNANDO

REY DE CASTILLA Y LEÓN (1199 - 1252)

SAN Fernando! ¡Nombre insigne de un defensor de la fe, apóstol de Cristo, rey de Castilla, gloria de España y honor de la Iglesia! Figura ilustre de nuestra historia patria es la de este esclarecido monarca que ciñó corona, esgrimió espada, conquistó reinos, levantó catedrales, ilustró pueblos y combatió el mal. Su nombre es digno de aplauso y admiración, como lo son los de Leandro, Ildefonso, Isidoro y otros mil esclarecidos varones hispanos, que con su sabiduría y santidad unos, y con su valor y heroísmo otros, dieron nombre brillante a España y días gloriosos a la Iglesia.

San Fernando, en el conjunto de su vida y en las consecuencias de su actuación, es fiel exponente del exacto cumplimiento de aquellas palabras del Salmista: «Reina por medio de la verdad y de la justicia, y tu diestra te conducirá a obras maravillosas» (Salmo XLIV, 5).

Porque este santo rey gobernó a su pueblo con justicia, enalteció el trono con la virtud, y propagó la fe con la espada. Si salió al campo de batalla fué en aras del sublime ideal de extender la religión de Cristo y combatir a los enemigos de su Dios, de quien él se consideraba vasallo humilde y defensor solícito. En consecuencia de este santo celo, Dios hizo que el oro

de su corona se trocara en santidad brillante, que desde el trono expandía sus fulgurantes rayos sobre el hispano suelo y bajo el cielo de Castilla.

Ni la adulación, ni la intriga, ni el engaño; ni el bastardo interés, ni el esplendor del solio, ni los placeres de la Corte, ni los triunfos de la guerra, fueron óbice a la constante elevación moral y al incesante progreso espiritual de este monarca, de cuya religiosidad dan fe las suntuosas catedrales de Burgos y Toledo con sus esbeltos cimborrios, altos capiteles, afiladas agujas y afiligranadas torres, que se elevan al cielo como aspiración sublime de aquel corazón de rey cristiano, y de aquel pueblo creyente, digno del monarca cuya vida vamos a reseñar.

FAMILIA DE SAN FERNANDO

FUÉ San Fernando una de las glorias del siglo XIII. Los primeros años de este famoso siglo presagiaban grandes calamidades para España: una formidable coalición de los mulsumanes de África y de la Península esperaba restaurar el imperio de la Media Luna hasta los Pirineos. Pero merced a la activa intervención del papa Inocencio III y de don Rodrigo Jiménez de Rada, arzobispo de Toledo, los reyes cristianos de Castilla, Navarra y Aragón aunaron sus fuerzas y derrotaron a la morisma en la memorable batalla de las Navas de Tolosa. Era el 16 de julio del año 1212.

Terminada la batalla, el bravo don Diego López de Haro repartió el botín. A los reyes de Navarra y Aragón dióles todas las riquezas de los vencidos, y al de Castilla le dijo: «En cuanto a vos, Señor, quedaos con la gloria y el honor del triunfo».

Ese rey de Castilla era Alfonso VIII. Dos de los hijos a quienes dejó en herencia esa gloria, fueron las princesas doña Berenguela y doña Blanca. Casó doña Berenguela con el rey Alfonso IX de León y fué madre de San Fernando; doña Blanca se casó con Luis VIII, rey de Francia y tuvo por hijo a San Luis IX. Con eso, Alfonso VIII de Castilla fué abuelo de dos reyes santos y muy amados de sus vasallos, si bien el Señor los condujo a la gloria y santidad por muy diversos caminos: a San Luis por el de las infelicidades en lo humano; a San Fernando por el de las dichas y triunfos.

La infanta doña Berenguela fué digna hermana de Blanca de Castilla por sus cristianas virtudes, y también digna madre y maestra de tan santo y excelente rey como nuestro San Fernando. Crióle en el temor de Dios y las buenas costumbres, hasta que tuvo que separarse de él por voluntad de Alfonso IX. Estando doña Berenguela en Castilla, murió su hermano el joven príncipe Enrique I, después de haber reinado dos años y nueve meses.

SAN FERNANDO, REY DE CASTILLA

EN cuanto la santa reina supo la muerte de Enrique, envió secretamente y a toda prisa mensajeros a Alfonso IX, pidiéndole que le enviase a su hijo don Fernando, para que la defendiese de la tiranía de los condes de Lara.

Tenía por entonces Fernando diecisiete años y era dechado de nobleza y virtud. Besó doña Berenguela aquella frente cándida y pura, y estrechó otra vez con amor al hijo que era toda su esperanza. Había sido educado por maestros excelentes que le enseñaron las letras y artes que convenían a un príncipe. Ya de niño mostraba tierno amor a la cruz; apretábala entre su manecitas, la besaba y corría a mostrarla a los ministros y gente noble que acudían a palacio. Cuando oía hablar de los moros que blasfemaban de Cristo y ultrajaban a España, lloraba y se llenaba de indignación. Aunque de natural resuelto y ardiente, tenía el corazón muy inclinado a la ternura y a la bondad con los pobres; solía asomarse a menudo al balcón de palacio para ver si pasaba algún mendigo, y, si veía alguno, corría gozoso a buscar una limosna.

Tan bellas prendas habían crecido con la edad. Por eso, cuando doña Berenguela, después de hacerse jurar reina de Castilla, renunció el reino en su hijo Fernando, el alborozo fué general. Fué proclamado y jurado rey de Castilla en las Cortes de Valladolid de 1217, reunidas en la iglesia de Santa María la Mayor.

Pero entretanto, en el horizonte asomaba muy recia y negra tormenta; los tres señores de Lara no acudieron a la asamblea. Descontento y rencoroso don Álvaro de Lara por no haber podido lograr ser tutor de don Fernando como antes lo era de don Enrique, se declaró en rebeldía contra el nuevo rey, y se puso de parte del de León, el cual había entrado ya en Castilla con grueso ejército, haciendo tantos estragos en las tierras de su hijo como si fueran las de su mayor enemigo. Afligióse sobremanera don Fernando de tener que hacer guerra al rey de León, su padre; trató antes de paces, y para ello envió a su padre como embajadores a los obispos de Burgos y Ávila.

«Señor y padre mío —decíale en una carta—: ¿Cómo es así que estáis tan enojado, que me hacéis guerra sin causa, a mí que soy vuestro hijo y por ningún motivo lo merezco? No parece sino que os da en rostro cuanto de bueno me sucede. Debierais alegraros de tener un hijo rey de Castilla, el cual honrará toda su vida vuestro linaje, porque no hay rey cristiano ni moro que por temor de mí se atreva a haceros guerra. ¿Por qué hostili-

záis con tanto enojo este reino? No habéis de temer daños ni guerras de Castilla mientras yo viviere.»

Pero Alfonso no le dió oídos; prosiguió sus hostilidades hasta Burgos y pretendió apoderarse de esta ciudad por la fuerza de las armas. Entonces don López de Haro, partidario de Fernando, juntó a toda prisa un ejército de castellanos y salió al encuentro del invasor, con lo que el rey de León se retiró.

El rebelde Álvaro de Lara fué luego vencido y vino a echarse a los pies de don Fernando pidiendo clemencia. El santo rey le perdonó la vida y le admitió en su gracia. Concedióle grandes mercedes y beneficios; pero no pudo el de Lara sobreponerse a la humillación de la derrota, y así levantó segunda vez bandera de rebelión. El Santo no le dió tiempo para juntar fuerzas; salió contra él y muy en breve hizo huir de Castilla a los Laras. Don Álvaro fué a morir en el reino de León, y uno de sus hermanos huyó a tierra de moros.

El santo rey de Castilla restableció el orden y la paz en sus Estados merced a su valor y liberalidad, y reinó paternalmente sobre sus vasallos.

El año de 1219 pidió Fernando, por consejo de su madre, la mano de doña Beatriz de Suabia, hija del emperador de Alemania don Felipe. Ajustáronse las bodas, y fué traída la infanta a Castilla, donde se desposó con el rey en la iglesia del famoso monasterio de las Huelgas, de la ciudad de Burgos, con gran alborozo y regocijo de toda Castilla.

REY CATÓLICO

TUVO toda su vida el santo rey don Fernando gran respeto y veneración a su prudentísima y piadosísima madre, y en esto se pareció mucho a su primo San Luis, rey de Francia.
También le gustaba pedir consejo y ayuda a los obispos; su primer consejero, mejor dicho, su primer ministro, fué el arzobispo de Toledo, don Rodrigo Jiménez de Rada, el cual era oriundo del reino de Navarra y había cursado los estudios teológicos en la Universidad de París; fué orador, teólogo, jurista, literato, hábil administrador, prudente consejero tanto en tiempo de paz como de guerra, y digno predecesor, en suma, del eminente Cardenal que había de ilustrar ese mismo apellido tres siglos más tarde.

La justicia es el fundamento de la sociedad. Después de visitar todas las provincias de su reino e informarse de las necesidades de sus vasallos y de cómo estaban las cosas, San Fernando mandó modificar y perfeccionar las leyes del reino. Nombró un tribunal supremo, que luego se llamó Consejo real de Castilla, compuesto por los jueces más competentes: venía a ser



SAN *Fernando Rey, en trance de muerte, dice a su hijo: «Sirve a Dios con temor y reverencia, señor te dejo de toda la tierra de mar acá que ganaron los moros desde el rey don Rodrigo. Toda queda bajo tu dominio, parte conquistada y parte tributaria. Si ganares más, serás mejor rey que yo».*

como un Tribunal de casación al que se podía apelar de todos los demás tribunales. El mismo soberano tenía señaladas las horas de audiencia; acogía a todos, aun a los más pobres, con paciencia y afabilidad que ganaban los corazones de sus vasallos. Las viudas, huérfanos y desgraciados confiaban en la justicia, protección y misericordia del santo rey.

Las muchas guerras que tuvo que hacer a los moros ocasionaban grandísimos gastos; pero Fernando no quería imponer nuevos tributos a sus vasallos. Solía decir a sus ministros, cuando le aconsejaban que impusiese nuevos tributos, con el buen pretexto de llevar la guerra a los moros: «Más temo las maldiciones de una viejecita pobre de mi reino, que a todos los moros de África».

Fué protector insigne de las Ciencias y las Artes, a las que él mismo era aficionadísimo; fundó la Universidad de Salamanca, que llegó a ser de las más famosas de Europa.

Estableció nuevos obispados, edificó iglesias y monasterios, y enriqueció a otros con ornamentos y vasos sagrados. Todo progreso religioso y social recibía estímulo y aliento del santo rey. En su reinado se edificaron las catedrales de Osma, Orense, Valladolid, Túy, Zamora, la gran colegiata de Talavera, el claustro de Astorga, el puente de Orense, las maravillosas catedrales góticas de Burgos, Sevilla y Toledo, y muchísimos otros edificios, dignos monumentos de aquel gran siglo.

Castilla dió por entonces a Europa y a la Iglesia uno de sus más ilustres hijos, el insigne Santo Domingo de Guzmán, fundador de la sagrada Orden de Predicadores.

Entretanto, San Fernando, incansable conquistador que salía cada primavera en cruzada contra los moros, pudo a ratos gozar tranquila y santamente de las alegrías y expansiones del hogar. Era hijo respetuoso de doña Berenguela, esposo adorado de doña Beatriz, padre queridísimo de siete príncipes y tres princesas; en medio de esta familia bendita del Señor, descansaba el santo rey de las fatigas de la guerra y de los cuidados del gobierno.

El año de 1230 murió su padre don Alfonso IX, y con esto pasó Fernando a ser rey de León a la vez que de Castilla, aumentándose así el poder de la España cristiana. Muerta doña Beatriz en 1235, Fernando se casó con doña Juana, princesa francesa en la que el rey vió resplandecer las virtudes de su llorada esposa.

Doña Berenguela, hija del santo rey, se hizo monja en el convento de las Huelgas de Burgos, y tomó el velo de manos del obispo de Osma. De los hijos de San Fernando, uno, el infante don Sancho, llegó a ser arzobispo de Toledo; otro, don Felipe, arzobispo electo de Sevilla, y don Fernando, arcediano de Salamanca.

CABALLERO DE LA FE Y DE LA PATRIA

SAN Fernando sólo quería ser rey para hacer reinar a Jesucristo, Rey de reyes, y hacer felices a sus vasallos. Era muy amigo de la paz; pero cuando se trataba de la gloria de Dios y del bien de la patria, no había ninguno más diestro que él en ordenar un ejército, ninguno más valiente en acometer, ni más constante en perseverar hasta conseguir la victoria. «Tú, Señor —decía—, sabes que no busco mi gloria sino la tuya, y que no deseo tanto el aumento de mis reinos, cuanto el aumento de la fe católica y la religión cristiana».

El año 1224 entró en Andalucía; el rey musulmán de Baeza vino a ofrecerle obediencia, diciéndole que estaba pronto para rendirle la ciudad y asistirle con dineros y vituallas contra los que le hiciesen resistencia.

En 1235, mientras asediaba y tomaba a Úbeda, su hijo don Alfonso, con solos mil quinientos hombres, venció en Jerez de la Frontera al formidable ejército de Aben-Hut, rey moro de Sevilla, compuesto de siete cuerpos de soldados, en cada uno de los cuales había más hombres que en todo el ejército cristiano. Fué un triunfo milagroso. Por aquella misma época, el rey de Aragón conquistó los reinos de Mallorca y Valencia.

Uno de los primeros días de febrero del año 1236, San Fernando se hallaba en Benavente, cerca de León, y, estando para sentarse a la mesa, llegó un caballero a galope, para declararle que unos cuantos caballeros cristianos acababan de apoderarse de uno de los arrabales de la ciudad de Córdoba, la antigua capital del imperio musulmán de España, con sus trescientos mil habitantes. Levantóse el santo rey sin tomar bocado y voló a socorrer a sus intrépidos soldados. Multitud innumerable de guerreros cristianos acudieron a pelear bajo el estandarte de la santa Cruz y cercaron a la ciudad de Córdoba. Apretaron cada vez más el cerco; la resistencia de los moros fué heroica, pero al fin tuvieron que rendirse. El día 29 de junio, festividad de los Santos Pedro y Pablo, el ejército cristiano entró victorioso en la antigua capital de los califas. Hacía quinientos veinticinco años que Córdoba había caído en poder de los infieles. Por mandato del santo rey el obispo de Osma purificó y consagró la mezquita mayor, dedicándola a María Santísima, y andando los años vino a ser la catedral de Córdoba. Dos siglos antes, Almanzor, conquistador de Galicia, había hecho llevar a hombros de cristianos las campanas de Santiago a Córdoba, y las había puesto en la mezquita por lámparas del falso profeta. San Fernando mandó que fuesen restituídas a la iglesia de Compostela a hombros de moros..

Tanto el Papa como toda la Europa cristiana, aplaudieron estos triunfos de los españoles.

ESFORZADO Y PIADOSÍSIMO GUERRERO

SAN Fernando era digno de semejantes victorias. Con sumo cuidado velaba para que en sus ejércitos reinase la piedad y el espíritu cristiano, y él era el primero en dar a todos sus vasallos ejemplo de virtud y santa vida. Llevaba siempre consigo en su Corte y en los ejércitos, doce varones sabios y un obispo que era ordinariamente el de Toledo, don Rodrigo Jiménez de Rada, el cual presidía las ceremonias religiosas y velaba por el bien espiritual de los soldados. Bajo su refulgente armamento llevaba San Fernando una coraza de muy diferente materia: un cilicio sembrado de menudas puntas de acero. Añadía frecuentes ayunos y sangrientas disciplinas, y, en ocasiones, en víspera de las grandes batallas, pasaba toda la noche en oración. Las victorias que conseguía por sí y por sus capitanes, solía atribuirlas a Dios. Tres imágenes llevaba consigo en las batallas: una la de Nuestra Señora de los Reyes; otra, de plata, y la tercera de marfil, que portaba en su caballo sobre el arzón de la silla cuando peleaba: era la de Nuestra Señora de las Victorias.

Recibía con los brazos abiertos a los soldados que se habían portado con valor en alguna acción, aunque fuesen de la ínfima categoría; dábales las gracias y les limpiaba por su mano el sudor y la sangre. Visitábalos en sus cuarteles, más como compañero que como rey, y en los hospitales, cuando estaban enfermos, con amor de cuidadoso padre. Dijéronle algunos caballeros que diese más tiempo al descanso, y él les respondió: «Ya sé que vosotros dormís más; pero si yo que soy rey, no estoy desvelado, ¿cómo podréis dormir vosotros seguros?»

En 1241, el valeroso príncipe don Alfonso se apoderó del reino de Murcia en nombre de su señor padre. Habiendo expirado la época de tregua pactada con los moros, San Fernando prosiguió la reconquista de Andalucía y sometió al reino de Jaén (1245). El rey moro de Granada, Ben-Alhamar, vencido en Arjona, vino a echarse a los pies del cristiano rey, quien le dejó el gobierno de aquella comarca con la condición de que fuese aliado y vasallo de Castilla.

Una ciudad importante les quedaba por conquistar a los españoles; era Sevilla, la perla de Andalucía, ciudad por entonces más próspera que la misma Córdoba. Fernando dió principio a su conquista el 20 de agosto de 1247. Tras un año de esfuerzos y encarnizada lucha, la ciudad no pudo resistir más tiempo y se rindió al santo rey, a quien hizo entrega de las llaves. Reconoció Fernando que debía esta victoria a la Reina de los Ángeles, y así quiso que ella triunfase. Se dispuso una solemne procesión en que iban delante los capitanes y gente lucida del ejército, marchando en for-

ma militar al son de cajas y clarines; a éstos seguían los maestres de las Ordenes Militares, ricos hombres de Castilla y León, y muchos nobles y caballeros de Aragón, algunos religiosos, el clero y los obispos, e inmediatamente la venerable efigie de Nuestra Señora de los Reyes en un carro triunfal de plata. Algo detrás, al lado derecho, el santo rey don Fernando con la espada desnuda, y al lado izquierdo el príncipe don Alfonso y los infantes, y luego seguía innumerable pueblo.

Los moros que lo desearon tuvieron libertad para partirse llevando todas sus riquezas. Más de trescientos mil pasaron al reino de Granada o al África; pero luego vino a Sevilla tanta gente de Vizcaya, Asturias, Castilla y León, que no se echó de menos la multitud de moros que la habían dejado.

San Luis, rey de Francia, dió cordial enhorabuena a su primo victorioso y le envió un fragmento de la sagrada corona de espinas y otras preciosísimas reliquias, que San Fernando mandó colocar en la catedral de Sevilla.

PRECIOSA MUERTE

HABIENDO echado el santo rey a los moros de casi toda España, trataba de pasar al África a continuar sus conquistas y plantar en ella la fe; pero había llegado para él la hora del sempiterno descanso. Sobrevínole devoradora hidropesía, y antes que lo mandasen los médicos hizo confesión general para morir y pidió la Sagrada Eucaristía. Al entrar el Santísimo Sacramento en la sala, se arrojó el santo rey de la cama y, postrado en tierra, se puso al cuello una soga, pidió perdón de sus culpas y, habiendo hecho protestación de la fe católica, recibió el Viático con grandísima devoción. Llamó luego a la reina doña Juana y a todos sus hijos; despidióse de ellos dándoles buenos consejos, y a su sucesor Alfonso le hizo un discretísimo razonamiento, recomendándole respetar las franquicias y libertades de sus vasallos, mostrarse padre de sus hermanos y honrar a la reina doña Juana como a su madre.

Cuando sintió que se acercaba su postrer instante, tomó en su mano un santo Cristo y le hizo esta oración: «Señor, tanto padeciste por mí, y yo, ¿qué he hecho por ti? Dísteme, Señor, el reino que no tenía, y más honra y poder que yo merecía; ofrezco ahora en tus manos mi alma y pido perdón de mis culpas a ti, Señor, y a todos los circunstantes». Mandó luego a la clerecía que cantase el *Te Deum laudamus,* y al segundo verso inclinó la cabeza y dió su espíritu al Señor, un jueves, 30 de mayo de 1252.

Su milagroso sepulcro es una de las glorias de la catedral de Sevilla que él hizo edificar. Este gloriosísimo y santísimo rey fué canonizado por el papa Clemente X el año de 1671.


Visión de Brudazzo   Cordón de terciaria y azucena de virginidad

DÍA 31 DE MAYO

SANTA ANGELA DE MERICI

FUNDADORA DE LAS URSULINAS (1474 - 1540)

EL nombre de Santa Ángela de Mérici es de los que mayor celebridad han alcanzado en la historia de la Iglesia. En pleno Renacimiento, cuando se está elaborando un mundo nuevo, en el momento en que la herejía de Lutero empieza sus estragos, esta humilde creyente sin letras comprende que la ignorancia es la gran plaga de la Iglesia, y organiza para la educación de las niñas lo que San Ignacio de Loyola en favor de los jóvenes. Por donde se ve cómo Dios sabe escoger a su debido tiempo instrumentos dóciles para realizar sus designios providenciales.

Funda la *Compañía de Santa Úrsula,* primera Congregación de mujeres dedicadas a la enseñanza. Para cumplir su misión, las primeras Ursulinas vivirán en medio del mundo; transformarán el ideal de la vida religiosa, que para las mujeres no pasaba del claustro y del hábito monacal.

Por otra parte, la fundadora determina que, dócil a la autoridad eclesiástica, el Instituto se adapte a los tiempos y lugares. «A estas dos Compañías de Ursulinas y Jesuítas, deben principalmente muchas naciones de Europa haber conservado la verdadera doctrina católica».

UNA FAMILIA PIADOSA. — INFANCIA DE UNA SANTA

ÁNGELA nació el 21 de marzo de 1474, en Desenzano, puerto de pesca a orillas del lago de Garda, a treinta kilómetros de Breseia. Su padre, Juan de Mérici, y su madre, Biancosi, vivían en la granja de los Grezze, subsistente en la actualidad, de la cual eran propietarios. Ángela era la última de cinco hijos: tres niños y dos niñas.

La casa paterna era un verdadero santuario; se vivía y trabajaba continuamente con el pensamiento de «Dios me ve»; se rezaba en común; por la tarde, la lectura de un libro de piedad o la *Vida de los Santos* daba fin a los trabajos del día.

Ángela seguía con extremado esmero e íntima satisfacción estas piadosas prácticas. Con tan santas ideas y elevados pensamientos, se trazó un género de vida que tenía mucho de retiro y soledad. Con la ayuda de su hermana, que tenía aspiraciones muy semejantes, transformó en oratorio una habitación reducida, donde se retiraban cada tarde a horas determinadas para orar y cantar las divinas alabanzas. A estos ejercicios juntaba Ángela los rigores de la penitencia. A los nueve años consagró a Dios su virginidad, haciendo voto de guardarla, y persuadió a su hermana para que hiciera lo mismo. Desde entonces renunció a todos los adornos mundanos, y su única preocupación era complacer en todo a Nuestro Señor Jesucristo.

Ángela estaba dotada de rara hermosura: poseía una abundante cabellera, cuyos bucles de oro flotaban a merced del viento. Un día, oyendo alabar su belleza se turbó y, no pudiendo cortar sus doradas trenzas sin singularizarse imprudentemente, optó por anular su brillo empleando una extraña loción, compuesta de agua, hollín y miel.

Tenía trece años cuando, a sus instancias, fué admitida a la primera Comunión. Hubiera querido comulgar todos los días, pero la lamentable costumbre de las comuniones tardías y raras, esclavizaba a las almas amantes de Jesús en la Eucaristía. Por lo cual, cuando Jesús venía a su alma estaba en el colmo de la felicidad: pasaba todo aquel día sin querer tomar ningún otro alimento, y tenía sabrosísimos coloquios con su dulce y amable Jesús.

NUEVA MORADA. — HUÍDA AL DESIERTO

HACIA el año 1487, Juan de Mériei, que contaba sólo unos cuarenta años, fué atacado por una fiebre maligna que en contados días le quitó la vida. Dos años más tarde su virtuosa mujer le seguía a la tumba. Con motivo de esta repetida desgracia, las dos huérfanas buscaron quien pudiese guiarlas y dirigirlas por el buen camino emprendido, y abandonaron la población de Desenzano.

Bartolomé Biancosi, hermano de su madre, las tomó a su cargo y las llevó consigo a Salo, población situada igualmente a orillas del lago de Garda, a unos 25 kilómetros al norte de Desenzano. Era un rico comerciante y, sobre todo, un cristiano ejemplar muy respetado por sus conciudadanos. En esta mansión hospitalaria, donde todo favorecía sus deseos de perfección, fué fácil a las dos jóvenes trazarse acertado reglamento de vida, distribuyendo el día entre el trabajo y la oración, sin dejar un solo instante a la ociosidad.

Si la desgracia había aumentado el cariño entre Ángela y su hermana, haciendo que cada día sirviesen con más amor a Dios, el bienestar de su nueva existencia contrariaba sus deseos de mortificación. Enardecidas con la lectura de los Padres del desierto, determinan un día buscar en la montaña alguna cueva donde poder llevar vida eremítica. Con mucho ardor y decisión parten después de oír misa, solas, sin provisiones y sin manifestar nada a nadie. Al anochecer escogen un abrigo entre los árboles y las rocas. Su buen tío, inquieto al ver que no volvían a casa al mediodía, búscalas por todas partes, y acaba por descubrir a las dos fugitivas en el retiro donde se creían completamente aisladas del mundo.

No les dice ninguna palabra de reproche: se contenta con manifestarles los peligros a que las exponía una piedad mal entendida. Pero, lejos de combatir el atractivo de sus sobrinas por la vida silenciosa y retirada, les prepara en su propia casa una celda. En ella pudieron practicar lo que en el desierto no les hubiera sido fácil poner por obra.

SANTA ÁNGELA TERCIARIA FRANCISCANA

HACÍA ya unos seis años que Ángela y su hermana vivían en casa de su tío, cuando esta hermana tan querida fué arrebatada a su cariño por una muerte repentina, sin que el sacerdote tuviese tiempo de administrarle los últimos Sacramentos. Ángela quedó muy apenada por esta nueva desgracia.

Una angustia dolorosa la apesadumbraba; temblaba por la suerte de esta alma, llamada de improviso al tribunal de Dios. Algún tiempo después, cuando llevaba la comida a los segadores, vió sobre su cabeza, en una revuelta del camino, una nube luminosa, y en ella a la Santísima Virgen, que le presentaba a su hermana llena de gloria y rodeada de un cortejo de ángeles. «¡Oh Ángela! —dijo la feliz predestinada—, persevera como has empezado, y gozarás conmigo de la misma alegría y felicidad».

Este acontecimiento tuvo grandísima influencia sobre nuestra Santa, y fué causa de que cada día se desprendiese más de las cosas de la tierra.

Por esta época determinó entrar en la Orden Tercera de San Francisco, cuyo espíritu y regla abrazó en toda su plenitud y eficacia. Desde aquel momento se llamó «Hermana Ángela». Revestida del hábito franciscano, que llevó hasta la muerte y con el cual quiso ser enterrada, nuestra Santa pudo, aun permaneciendo en el mundo, vivir como perfecta religiosa.

También por este tiempo, en 1495 ó 1496, la muerte le arrebató a su tío Bartolomé; Ángela volvió a habitar la casa paterna en Desenzano, en donde permaneció veinte años más.

Al principio de su regreso a Desenzano, Ángela administró el patrimonio que había heredado; pero, por amor a la pobreza, poco a poco fué despojándose del mismo y acabó por vivir de limosna. Sus penitencias fueron cada día más rigurosas: una tabla o una estera sobre el suelo formaban su cama, y unos sarmientos o una piedra le servían de almohada. Salía de casa raras veces; el cilicio, las flagelaciones y los ayunos continuos, mortificaban sin compasión su cuerpo. La Sagrada Eucaristía, que recibía todos los días con el asentimiento de su director, la alimentaba y sostenía milagrosamente.

Entre las almas que en esta época trabaron amistad con nuestra Santa, se contaba una joven cuyo nombre no nos es conocido, y que durante largo tiempo fué su compañera. Juntas rezaban, trabajaban y visitaban a los pobres. Este cariño entre ambas amigas, fué también roto por la muerte hacia el año 1506.

Un mes, poco más o menos, después de este acontecimiento, Ángela va al campo en compañía de algunas amigas. Mientras éstas meriendan, ella se retira para orar a la sombra de un emparrado, en un lugar llamado Brudazzo. De pronto, las nubes se separan, rodéala una luz resplandeciente y surge una escala semejante a la de Jacob, que llega hasta el cielo. Muchedumbre innumerable de vírgenes suben y bajan por ella, vestidas con túnicas resplandecientes y llevan diadema real. Van de dos en dos dándose la mano, y un cortejo celestial de ángeles músicos las acompañan con arrobadoras melodías. Separándose del grupo, una de las vírgenes —en la que Ángela reconoce a la amiga que acaba de perder —se acerca a nuestra Santa y le dice: «Ángela, has de saber que Dios te ha enviado esta visión para indicarte que, antes de morir, fundarás en Brescia una Sociedad de vírgenes muy semejantes a éstas».

Ángela comunicó a sus compañeras lo que acababa de suceder, y ellas se pusieron bajo su dirección para consagrarse a obras de celo, educar a los parvulitos, reunirlos para enseñarles las oraciones y el catecismo, visitar y socorrer a los pobres y enfermos, entrar en los talleres y lugares de trabajo para combatir la blasfemia. Era como un bosquejo de la obra anunciada por la visión. La acción de la naciente Sociedad se dejó pronto sentir; un renuevo de vida cristiana floreció en Desenzano y en toda la



SE *presenta ante Santa Ángela un estudiante de la Universidad de Padua, por curiosidad de ver si su virtud es tanta como dicen. —«¿De modo —le pregunta la Santa— que pretendes llegar a ordenarte? Mal lo veo, según lo orgulloso y vanidoso que eres, a juzgar por tu continente y tus vestidos».*

región. Ángela se trocó entonces en persona veneranda; venían a visitarla, a recibir sus consejos y encomendarse a sus oraciones.

Sin embargo, la visión había hablado de Brescia: en efecto, en dicha población había decidido la Providencia poner las bases de la futura Congregación.

Había por entonces en Brescia una familia rica, los Pentagola, grandes bienhechores de toda buena obra, de las iglesias y de los monasterios, que iban cada año a pasar los meses de verano en su casa de campo de Patengo, aldea próxima a Desenzano. Habiendo conocido las virtudes y los méritos de Ángela, pronto fueron amigos y protectores de su naciente Sociedad. Aconteció en 1516 que los Pentagola, recién llegados a Brescia, tras una estancia de cuatro meses en Patengo, perdieron por muertes súbitas y seguidas a sus dos hijos. Abrumados de pena acuden a la caridad de Ángela y la ruegan los vaya a consolar. Obedeciendo a sus superiores espirituales, que le mandan acceder a la súplica, Ángela toma las providencias que juzga necesarias para asegurar durante su ausencia el buen funcionamiento de su pequeña Sociedad de Desenzano, y sale para Brescia, en donde van a cumplirse las divinas promesas.

EN BRESCIA. — PEREGRINACIONES A JERUSALÉN Y ROMA

BRESCIA acababa de sufrir el triste azote de la guerra que durante veinte años desoló a Italia, y particularmente al Milanesado y al Véneto. En medio de tal desolación, Ángela aparece en verdad como el ángel de Dios. Predica a todos la conversión y reforma de vida. Su pobre celda, cerca de la iglesia de San Bernabé, puede apenas contener a los que desean verla; aquello parece una Universidad, pues entre otras gracias sobrenaturales, Ángela ha recibido el don de la ciencia infusa; habla latín sin haberlo estudiado nunca; explica los puntos más difíciles de las Sagradas Escrituras y trata los asuntos teológicos con tan grande precisión, que los más graves doctores acuden a sus consejos de vidente.

Un estudiante de la Universidad de Padua, fué a Brescia para cerciorarse de cuanto se decía de la sierva de Dios. Presentóse magníficamente vestido, con bonete encarnado de Doctor, y en él la pluma vistosa y larga que imponía la moda de aquella época.

—Estudio —le dijo— con gran deseo de llegar a ser sacerdote, y anhelo saber si es, efectivamente, ésta la voluntad de Dios.

—Tiene usted que mejorarse mucho —le respondió ella— antes de abra-

car un estado que pide sencillez y modestia, pues me parece que está muy inclinado a la vanidad.

El joven, confundido, confesó su equivocación y comenzó con denuedo la reforma de su vida.

Consiguió también Ángela reconciliar personajes de la aristocracia que hacía largo tiempo se profesaban un odio mortal; este hecho tuvo una resonancia considerable. El duque de Milán, Francisco Sforza, encantado de la sabiduría de sus consejos, la llamaba su «madre espiritual» y procuraba retenerla a su lado.

Aunque Ángela nada haya manifestado de sus tentaciones, no se puede dudar que el demonio, ante tanta santidad, redoblaría sus esfuerzos para inducirla a vanidad, valiéndose de las astucias propias del espíritu maligno. Se sabe de cierto, que un día el demonio se le presentó en forma de ángel de luz y le dirigió palabras de alabanza. Ángela advirtió el engaño; un ángel que adula, no puede ser más que un demonio. «Retírate —le dijo—, tú eres el espíritu de la mentira. No soy más que una pecadora indigna de ser visitada por los ángeles del cielo».

En el mes de mayo de 1524, Ángela emprendió con uno de sus primos, Biancosi, y un rico gentilhombre bresciano, la peregrinación a Tierra Santa, pero al desembarcar en Candía, perdió de repente la vista. No obstante, resolvió seguir el viaje. Al llegar a la santa colina del Calvario renovó sus votos, y en la iglesia del Santo Sepulcro recibió nuevas luces acerca de su misión.

A la vuelta, como el navío hiciera escala nuevamente en Candía, Ángela fué conducida a una iglesia donde se veneraba un Santo Cristo milagroso. Púsose en oración y al momento recobró la vista. Los peregrinos siguieron su travesía con gran alegría y satisfacción, y llegaron sanos y salvos a Venecia, después de haberse salvado milagrosamente de una terrible tempestad, y haberse podido librar de la persecución de los piratas berberiscos.

Apenas desembarcaron en Venecia, la sierva de Dios fué objeto de la admiración de todas las gentes; las autoridades civiles y religiosas le ofrecieron la dirección de los hospitales. Ella lo rehusó muy agradecida y, viendo lo que hacían para retenerla, huyó en secreto y se encaminó a Brescia.

Al año siguiente fué a Roma para ganar el jubileo. Al entrar en la basílica de San Pedro encontró a un camarero del Papa, que había sido compañero suyo de viaje al regresar de Tierra Santa, el cual la presentó al Sumo Pontífice. Sabedor de las maravillas debidas a la santidad de esta humilde mujer, Clemente VII hubiera querido que fijase su residencia en Roma, para ponerla al frente de las casas de caridad; pero Ángela le dió a conocer su visión de Brudazzo y la misión que de Dios había recibido. El Papa la escuchó y bendijo la fidelidad que ponía para seguir el divino llamamiento.

FUNDACIÓN DE LAS URSULINAS

CINCO años han de pasar antes de que la fundadora ponga las bases de su Instituto. La guerra ha vuelto a Italia, por la histórica rivalidad de Francisco I y Carlos V. En 1529 Brescia es de nuevo atacada; sus habitantes buscan refugio en Cremona y no vuelven hasta que se firma la paz, por Navidad del mismo año.

La Providencia interviene al fin, y Nuestro Señor en persona ordena a Ángela que ponga manos a la obra sin más pérdida de tiempo. Nuestra Santa escoge entonces doce jóvenes de Brescia, y les propone, de parte del divino Maestro, llevar una vida retirada en sus respectivas casas; luego, en sucesivas reuniones las instruye en el amor y práctica de la pureza, mortificación, obediencia, pobreza y en la perfecta caridad. Hacia el fin del año 1533 sus hijas espirituales son veintiocho, y las reúne todos los días. Les hace ver los males de la Iglesia: pues Inglaterra es arrastrada al cisma por su rey; Lombardía amenazada por el protestantismo que destroza a Alemania, y en todas partes la ignorancia religiosa trae males sin cuento; a la vez póneles de relieve el bien que puede producir en el mundo la fundación de un grupo de religiosas que sepan hermanar la vida activa con la contemplativa.

Las primeras religiosas de este Instituto emitieron los votos el 25 de noviembre de 1535 en Brescia, en la iglesia de Santa Afra: eran veintisiete; un mes después su número llegaba a sesenta; a los tres votos de religión añadían el de consagrarse a la enseñanza.

Ángela no quiso que se diera su nombre al nuevo Instituto: lo puso bajo la protección de Santa Úrsula, la virgen mártir de Colonia, que se le había aparecido tres veces para guiarla y animarla, y a quien las Universidades de la Edad Media habían escogido ya como patrona de la juventud y de los estudios.

—Formaremos —decía— la *Compañía de Santa Úrsula*... Ella será vuestra patrona y la mía. Trabajaremos bajo su estandarte por la propagación de la fe y la extinción del vicio y del error; instruiremos en la santa doctrina de Jesucristo a las personas de nuestro sexo.

Y, repartiéndose los barrios de la ciudad, comenzaron diligentes su labor bienhechora. La Regla recibió la primera aprobación del cardenal Cornaro, obispo de Brescia, el 8 de agosto de 1536. Las Constituciones recibieron la primera aprobación de Paulo III, en 1544. En ese mismo año la Compañía adoptó la Regla de San Agustín.

El movimiento se tomó con gran entusiasmo y se propagó rápidamente por Italia, Alemania y Francia. En pocos años la Orden contó muchas casas.

ÁNGELA, SUPERIORA GENERAL. — SU MUERTE

ALGUNOS meses más tarde, el 18 de marzo de 1537, se reunía el primer Capítulo general, y la Hermana Ángela, a pesar de todas sus instancias, fué elegida Superiora General de la Compañía. Continuó durante tres años instruyendo, guiando y, sobre todo, edificando a sus primeras hijas, cuyo número iba aumentando rápidamente.

Cayó enferma al principio de enero de 1540, y, habiendo reunido a sus hijas apenadas y entristecidas alrededor de su lecho, les dió sus últimas instrucciones. Luego recibió los Santos Sacramentos «con angélica devoción», cerró los ojos y entregó suavemente su alma a Dios, el 28 de enero de 1540, musitando sus labios el santo nombre de Jesús. Ángela iba a cumplir sesenta y siete años.

Su cuerpo fué llevado con gran pompa y solemnidad a la catedral de Santa Afra, donde estuvo expuesto durante un mes. Los prodigios se manifestaron muy pronto ante el sepulcro de la «virgen de Brescia», y la iglesia llegó a ser pronto un centro de peregrinaciones.

Clemente XIII aprobó, el 30 de abril de 1768, el culto que el pueblo daba espontáneamente a la sierva de Dios. En 1790, el papa Pío VI iba a proceder a su canonización, mas la Revolución francesa se lo impidió, y Pío VII la canonizó el 24 de mayo de 1807. El 11 de junio de 1861, Pío IX elevó la fiesta de Santa Ángela a rito doble.

DESARROLLO Y EXTENSIÓN DEL INSTITUTO

SANTA Ángela no había hecho más que poner los primeros fundamentos de la obra que Dios le había ordenado establecer, y que debía extenderse por el mundo entero con maravillosa rapidez.

Las hijas de Santa Ángela se dedicaron, sobre todo, a formar el corazón de la infancia en los principios de la vida cristiana, y a reformar de esta suerte la sociedad corrompida por la doctrina luterana. En pocos años tomaron tal desarrollo, aun en las comarcas más lejanas, que se vió verdaderamente que la obra correspondía a los designios de la Providencia, y que, si el hombre planta y riega, sólo Dios da el crecimiento. Por todas partes reclamaban a las hijas de Ángela, y todos deseaban procurar a la infancia maestras tan prácticas y experimentadas en el arte de la Pedagogía.

La Compañía de Santa Úrsula fué aprobada por la Santa Sede el 9 de junio de 1544. Las comunidades de Santa Úrsula eran independientes entre sí; pero un deseo general de unión se manifestó en el seno de la Orden a fines del siglo XIX. De aquí nació «La Unión romana de las Ursulinas», realizada por el papa Pío X, por un decreto del 14 de septiembre de 1903.



DIA 1.º DE JUNIO

BTO. FRANCISCO DE MORALES

DOMINICO, MÁRTIR DEL JAPÓN (1567 - 1622)

CUANDO el sol de nuestro gran Siglo de Oro iluminaba al mundo con los destellos de su Literatura y el imperio de sus armas, nuestra sacrosanta Religión iba ganando terreno en los remotos países del Oriente infiel, merced a la siembra fecunda de los misioneros que España enviaba al mundo entero, para alumbrarlo con la fe y los reverberos de la Cruz.

Cierto día llegó a Manila un navío japonés que llevaba a bordo un crecido número de cristianos, cuya primera diligencia, al desembarcar, fué irse a la iglesia de los Padres Dominicos, establecidos en el país desde principios del siglo XVII. A unas preguntas de los Padres, los visitantes contestaron que venían del reino de Sat-Suma, abundante en cristianos, pero carente de sacerdotes.

Ello excitó el celo de los misioneros, quienes procedieron con la prudencia que el caso requería. El superior entregó una carta al capitán del navío para que la hiciera llegar a manos del rey. En ella ofrecía al monarca los servicios espirituales de su comunidad.

Al año siguiente recibió contestación del príncipe, la cual, traducida a la letra, del japonés, dice así:

«Tintionguen, rey de Sat-Suma escribe con cuidado, diligencia y respeto a los Padres de Santo Domingo del reino de Luzón. El año pasado, un navío mercante de mi reino fué al precioso reino de Luzón. Los pasajeros suplicaron a los Padres que viniesen con ellos a mi reino, cosa que entonces no hicieron. Ahora bien, tengo entendido que tratáis con mucha honra a cuantos van allí de mis Estados. Eso se ha contado a mis súbditos que están aquí, y de ello están contentísimos; os recibiré, pues, muy complacido. Venid cuanto antes sin miedo de que os suceda nada malo. Os suplico que no deis al olvido esta mi carta.

Año sexto de Keycho, a 22 del noveno mes.»

Nuevo campo de apostolado preparaba la Providencia a los Padres Dominicos. No esperaron más; espontáneamente y de muy buen grado se ofrecieron algunos religiosos; el padre Francisco de Morales fué a la cabeza de esta pacífica expedición.

EN LA CORTE DEL REY DE SAT-SUMA

FRANCISCO de Morales, nacido en la capital de España, el año de 1567, ingresó, siendo jovencito, en el convento de los Dominicos de Valladolid. Pasados algunos años tuvo la oportunidad providencial de oír de labios del padre Miguel de Benavides, misionero de Filipinas y más tarde obispo de Nueva Segovia y arzobispo de Manila, el relato de los peligros que arrostraban los misioneros y de las conquistas y abundante fruto de la misión.

Estos relatos ganaron el corazón del padre Morales, quien se alistó como misionero y, en compañía de otros Padres dirigidos por el padre Benavides, se embarcó en Cádiz en 1598.

En Manila enseñó Teología con notable fruto. También se ocupó en el ministerio de la predicación. Los superiores, por la confianza que en él tenían, le nombraron prior del convento de Santo Domingo. El Capítulo provincial de 1602 le dió el cargo de definidor: entonces fué cuando la abandonada Iglesia del Japón volvió los ojos a los misioneros de Filipinas para pedir sacerdotes.

Llegó el padre Morales al islote de Kosigi, del reino de Sat-Suma, por el mes de junio, junto con los padres Tomás Fernández, Alfonso de Mena, Tomás del Espíritu Santo y el hermano Juan Abadía. Los isleños les dieron buena acogida y los alojaron en una pagoda; pensaban con eso honrarlos y darles gusto. El Señor permitió las cosas de manera que sus siervos convirtiesen aquel templo, hasta entonces consagrado a los ídolos, en santuario del Dios verdadero. Bendijeron aquel lugar, levantaron un altar en el que pusieron una imagen de Nuestra Señora y celebraron los divinos mis-

terios. Primicias de su misión fueron algunos pasajeros japoneses, compañeros de viaje, a quienes enseñaron lo doctrina de Cristo y bautizaron en la pagoda convertida en capilla.

Aquellas gentes, por naturaleza muy curiosas, observaban de cerca a los recién llegados. Cuanto en ellos veían les causaba admiración: su vida ejemplarísima, el canto de Maitines a media noche, su austeridad y pobreza, el incansable celo con que enseñaban la doctrina al pueblo por medio de intérpretes.

Luego, algunos embajadores del rey de Sat-Suma, con grande acompañamientos de soldados y señores del reino, fueron a visitar a los misioneros para ofrecerles, en nombre del soberano, magníficas cabalgaduras, en las que podrían viajar cómodamente hasta la Corte. Los Padres agradecieron tan gran favor y miramiento, pero cortésmente rehusaron el obsequio y prefirieron ir a pie. Tras cuatro jornadas de viaje llegaron a la capital de la isla. En todas partes eran recibidos con grandes honores y agasajos; necesitaron varios días para visitar a los principales personajes de la ciudad y sus alrededores. Todos se mostraban con ellos muy corteses y cariñosos, admirados de sus modales sencillos y afables, sin que les sorprendiera lo más mínimo lo peregrino del hábito religioso.

LABOR DE LOS MISIONEROS EN LA ISLA

SOLAMENTE los bonzos o sacerdotes de los ídolos se declararon, desde el primer día, enemigos encarnizados de los misioneros, y juraron hacerlos expulsar antes de mucho tiempo. No es que de buenas a primeras solicitasen del rey tan radical determinación; pero con sus calumnias y malévolos informes, vinieron a entibiarse las primeras disposiciones del monarca, tan favorables a los misioneros, y así aplazó el darles licencia para edificar iglesias y predicar en sus Estados.

No por eso se desalentaron Francisco de Morales y sus compañeros, antes se recogieron en una humilde choza, y en ella vivieron como en su convento, observando puntualmente la Regla. Sustentábanse de un poco de arroz que les enviaba el rey. Movidos por el ejemplo de tan santa vida, los hospederos pidieron el Bautismo y fueron bautizados pasadas unas semanas de catecumenado.

Entretanto, los piadosos misioneros no cesaban de invocar a la Reina de los Ángeles, quebrantadora de la cabeza de la infernal serpiente y vencedora de todas las herejías. María oyó sus fervientes súplicas. Aquellos recién convertidos empezaron a su vez a evangelizar la isla y propagaron por doquier la santidad y virtudes de los nobles extranjeros que sólo pretendían salvar las almas.

De todas partes acudían las gentes para ver a aquellos hombres de quienes tantas y tan buenas cosas se contaban. También la reina y las damas de su Corte fueron a saludar a los misioneros; quisieron ver la imagen de Nuestra Señora del Rosario y escucharon muy complacidas la explicación de los artículos de nuestra santa fe. El rey, por su parte, volvió atrás de sus malos propósitos y no hizo ya ningún caso de las calumnias de los bonzos. Precisamente en ese tiempo, uno de sus cortesanos, gravísimamente herido, cobró la salud en cuanto le bautizaron. Por eso, a pesar de sus temores y vacilaciones, el príncipe dejó al fin a los misioneros predicar libremente en toda la isla de Kosigi y edificar en ella una capilla.

¡Cuántas estrecheces y privaciones debieron sufrir en aquel pobre país, viviendo largo tiempo sólo de la caridad de los pescadores!

Finalmente, el rey de Sat-Suma, noticioso de los apuros y angustias de los Padres, les ofreció las rentas de una extensa y rica heredad; los religiosos, que preferían la pobreza de Cristo a la opulencia, se mostraron muy agradecidos, pero rehusaron la real donación. Este desinterés agradó sobremanera al rey pagano; pero quiso que a lo menos aceptasen la ayuda de doce hombres que, viviendo a cuenta de palacio, se encargarían de acompañarles a todos los lugares donde quisiesen predicar.

En breve lograron tener una casita en Quiodemari, ciudad populosa de la isla; desde allí salían por los alrededores, a visitar a los cristianos que los llamaban de otras poblaciones. Multiplicábanse para servirlos; confesaban sin tregua, administraban la Comunión, instruían a los catecúmenos, fortalecían la fe de los neófitos y consolaban a los moribundos. La princesa Isabel, estando a punto de morir, mandó llamar a los padres Francisco de Morales, Alfonso de Mena y Tomás del Espíritu Santo, y en su presencia hizo prometer al joven príncipe Jaime, su hijo, que permanecería fiel a la religión cristiana. Jaime cumplió su promesa; incluso al sobrevenir la persecución, ya que prefirió perder sus bienes antes que ser traidor a la fe bautismal.

MALQUERENCIA DEL REY. — EMIGRACIÓN

LLEVABA ya seis años el padre Morales limpiando de malezas el campo tan lleno de abrojos de Sat-Suma, cuando el demonio, por el odio que le tenía, interpuso graves obstáculos en la apostólica labor de los misioneros. El rey, abúlico e inconstante, se dejó al fin vencer de la influencia de los bonzos, quienes le repetían sin cesar que la protección que daba a los cristianos acabaría con el trono antes de mucho tiempo.

Este argumento impresionó vivamente al monarca, quien de allí en adelante anduvo buscando medio de apartarlos de su reino. Espiaba cautelosa-



AL fin expira el Beato Francisco de Morales, después de sufrir varias horas las torturas de un fuego lento que, con refinada crueldad, iban alargando los paganos. Durante todo ese tiempo, no sólo no desmayó el heroico dominico, sino que aun daba ánimo a sus compañeros.

mente todas las acciones de los Padres para ver de sorprenderlos en alguna cosa reprensible, y tener así ocasión de llevar a efecto su designio de manera solapada y menos odiosa. Primero les dió a entender que los llamó sin licencia del emperador del Japón, el cual un día u otro le pediría cuenta de esta temeraria empresa, porque el edicto imperial no toleraba el público ejercicio de la religión cristiana sino en tres o cuatro ciudades.

Para dar al traste con su fútil pretexto, el padre Morales fué a ver al emperador, de quien recibió buena acogida, sin oír la menor queja ni protesta respecto a la obra de apostolado emprendida en el reino de Sat-Suma. Esto equivalía a una aprobación tácita.

El rey de Sat-Suma, en previsión de tal aprobación, antes de que regresara el padre Morales, prohibió a sus súbditos, con amenaza de confiscación y destierro, que en adelante se hiciesen cristianos, y a los antiguos seguidores de la religión de Cristo, que continuasen practicando el culto.

Los Padres se dispersaron por la isla para preparar los neófitos a la persecución que se veía ya llegar. Iban de casa en casa alentando a los pusilánimes, adoctrinando a los ignorantes y exhortando a los fieles a permanecer firmes hasta el martirio. La malquerencia del príncipe se manifestó a las claras en otro edicto, por el cual condenaba a los misioneros a quedar encerrados en su casa, con prohibición de salir de ella y de que nadie les llevase alimento. El Señor proveyó al sustento de sus siervos por mediación de un pobre leproso que les facilitaba cada día comida suficiente.

El bienaventurado padre Morales juzgó que el mal no tenía remedio; vió además que de nada le servía la licencia dada por el emperador de permanecer en aquel reino; por todo lo cual, interpretando al pie de la letra lo del Evangelio que dice: «Si en una ciudad os persiguen, pasad a otra», se trasladó a Nagasaki junto con sus compañeros y sus amados neófitos.

Efectuóse la salida a fines de mayo del año 1609. Acompañaron al padre Morales casi todos los cristianos de la isla, los cuales, antes que quedarse sin sacerdotes, preferían dejar todos sus bienes y desterrarse voluntariamente, a pesar de ser el destierro más dolorosa pena que la misma muerte para el corazón de un japonés. También llevó consigo la iglesia que había edificado, pues estaba hecha de tablas y vigas fáciles de desmontar. Trasladó, asimismo, las preciosas reliquias del bienaventurado León, que fué el primer indígena que selló con su sangre la fe bautismal.

Los cristianos de Nagasaki acogieron a sus hermanos perseguidos con caridad digna de verdaderos discípulos de Cristo, y los padres Franciscanos recibieron a los misioneros como a sus propios hermanos. Movidos de los ejemplos de virtud que admiraban en los religiosos, los habitantes de Nagasaki les cedieron muy gustosos unos terrenos, donde edificaron una iglesia con la advocación de Nuestra Señora del Rosario y de Santo Domingo.

OBLIGADO EMBARQUE

El año de 1614, la persecución religiosa que hasta entonces se había declarado sólo en algunos lugares aislados y con intermitencias, vino a ser general. Por ser Nagasaki ciudad casi del todo cristiana y refugio de todos los desterrados, peligraba más que ninguna otra.

Con todo, para no estorbar el comercio con los portugueses católicos, las autoridades dejaron vivir en paz a los misioneros. Con cinco o seis meses de anticipación tuvieron ya noticia de que, a las buenas o a las malas, se obligaría todos los sacerdotes católicos a salir del imperio, que serían destruídas todas sus iglesias y atormentados cruelmente los cristianos que no renunciasen a la fe. Sin embargo, los religiosos permanecieron en sus conventos, cumpliendo con fidelidad su apostólico ministerio.

Estimulados por los misioneros, los cristianos de Nagasaki formaron una piadosa Asociación, que bien hubiera podido llamarse Cofradía de los Mártires: de antemano se obligaban a padecer todos los tormentos y aun la misma muerte antes que renunciar a Jesucristo. Llegaba entretanto para los confesores de la fe la hora del supremo combate. Un decreto imperial del 15 de agosto de 1614, mandaba a los sacerdotes católicos y a todos los religiosos, que determinaran el navío en que habían de marchar cuanto antes a los puertos de Manila o Macao. La orden volvió a promulgarse el día 13 de septiembre. Los misioneros de Nagasaki, vigilados con malquerencia, no tuvieron más remedio que embarcarse en las naves que los aguardaban. Hasta dos leguas dentro del mar fueron custodiados por los soldados para impedir que los cristianos los volviesen a traer a la ciudad.

Pero, ¿qué puede la humana prudencia contra la sabiduría de Dios? Apenas los soldados se hubieron vuelto a Nagasaki, acercáronse unas cuantas barcas al navío donde iban los religiosos, y muchos de ellos —la prudencia mandaba limitar su número— pasaron a las barquichuelas y cautelosamente desembarcaron en las costas japonesas. Entre ellos se hallaba, y ¿cómo no?, el padre Morales, a quien acompañaba el padre Tomás del Espíritu Santo. A haber tardado unos días más, no hubiesen podido entrar en el Japón, porque el tirano mandó apostar guardas en todos los puertos para impedir el desembarque de sacerdotes católicos.

¿Cómo referir la vida que llevaron de allí adelante aquellos valerosos atletas? Siempre alerta, expuestos al hambre, sed, frío, cansancio y mil privaciones, iban de choza en choza consolando a los cristianos, quienes sentían nuevos alientos al ver que no estaban del todo abandonados.

TRAICIÓN, ARRESTO Y CÁRCEL

POR entonces, un compañero del Beato, el padre Alfonso de Mena, fué traidoramente vendido por un desgraciado, y luego preso y entregado al tirano Xogún-Sama. Al padre Morales le cupo la misma suerte a los pocos días. El jefe de la cuadrilla encargada de apresarle le pidió mil perdones, excusándose de tener que cumplir tan dolorosa misión.

—Bienvenido seas, amigo —le contestó el Padre—. ¡Guárdeme Dios de malquererte por eso! Mi mayor gusto será verme encadenado por amor a Nuestro Señor Jesucristo.

—Padre mío —repuso el soldado—, tengo mandado llevarle maniatado y con la soga al cuello.

—Pues hazlo, amigo; es la mayor honra que puedo recibir; sólo te pido que me dejes entrar unos instantes en mi habitación.

Pocos minutos después salió revestido del hábito religioso que no llevaba hacía cinco años. Los testigos de esta escena, al verle tan sereno y resignado, se conmovieron hasta derramar lágrimas.

El padre Morales fué a juntarse en la cárcel con Alfonso de Mena y otros confesores. Mutuamente se edificaban con santas conversaciones y alentaban para el martirio. Mas, ¡ay!, este consuelo fué de corta duración para nuestro Beato: a poco le trasladaron con el padre Alfonso a una isla del reino de Firando, llamada Yuquinoshima.

Cuando se acercaban ya a la costa, acudieron a recibirles todos los cristianos de la isla, y tantas muestras de cariño y devoción les dieron a su llegada, que el padre Morales escribía luego a Manila: «No creo que pueda un mortal sentir nada semejante a lo que experimenté en el fondo de mi alma».

En Yuquinoshima, el Beato Morales fué encerrado en una cárcel estrechísima, oscura, fétida y malsana. Por todo sustento le daban un poco de arroz cocido en agua, sopa de habas o de nabos y, a modo de extraordinario, un arenque salado. Cada día celebraba Misa, y eso le daba alientos y fortaleza.

De la cárcel de Yuquinoshima fué trasladado a la de Omura, más estrecha y rigurosa, si cabe. Era más que cárcel una caja a modo de jaula expuesta a todos los vientos y a los abrasadores rayos del sol, a las tormentas y nevadas. Los presos allí amontonados eran tantos que ni podían acostarse para descansar y, como no mudaban de ropa, estaban llenos de miseria: «Estos bichos que me están comiendo toda la noche no saben lo que es dormir; son incontables, y pronto no dejarán rastro de nuestros vestidos», debía el Beato Spínola con palabras que eran eco de las del santo Job.

El padre Morales padeció por espacio de más de dos años en aquel infecto calabozo. Pero tan lejos estaba de quejarse de ello, que en una carta a los españoles de Nagasaki les dice: «... Pido al Señor que no me saque de esta cárcel, si no es para dar mi vida por su Santo Nombre; aunque mi mayor deseo es que se cumpla en todo su divina voluntad. Si quisiere dar oídos a mi personal inclinación, no cambiaría este lugar, que es para mí un paraíso, por los más deliciosos lugares del mundo. Desde que puse los pies en esta cárcel, me desposé con ella; la amo como a esposa... Cuando contemplo a Jesucristo clavado en la cruz con tales dolores y tormentos, la cárcel se me hace un paraíso de delicias.»

Aquel calabozo vino a ser algo así como un convento regular: en él rezaban Maitines a media noche, el Rosario y la Salve a hora determinada de la tarde; se ayunaba a pesar de las obligadas privaciones de cada día y hasta algunos se daban la disciplina. Era realmente casa de oración y escuela de virtud.

HORRIBLE MARTIRIO

EL siervo de Dios no salió de allí sino para ser trasladado a Nagasaki, donde fué quemado vivo el 10 de septiembre de 1622. Al llegar al poste en que iban a atarle, el padre Morales, a quien imitaron los veinticuatro compañeros de martirio, besó amorosamente el leño del sacrificio.

Encendieron los verdugos la hoguera a cierta distancia del poste al que el mártir estaba atado con tenues ligaduras: hacíanlo así de intento, para que el fuego le alcanzase y abrasase lentamente; si las llamas se acercaban mucho al mártir, estaba mandado a los verdugos apagarlas o contenerlas con largas horcas y encenderlas después. Por fin, el padre Morales cayó al suelo tras varias horas de atrocísimos tormentos, durante los cuales no cesó de rezar y exhortar a sus compañeros a permanecer firmes hasta el fin.

Su cuerpo y los de los otros mártires fueron custodiados por un pelotón de soldados y, pasados tres días, los quemaron todos. Cogieron luego las cenizas y la tierra empapada en la sangre de los mártires, y llenaron con ella unos sacos que echaron al mar. Los cristianos, a pesar de todos sus esfuerzos, no dieron con polvo ni rastro alguno de aquel grandioso holocausto. Pero el Señor, que vela por las cenizas de sus Santos, manifestó con prodigios la gloria de los mártires, pues varias veces vieron los paganos, con espanto, brillar una luz resplandeciente sobre el lugar del suplicio.

La memoria del Beato Francisco de Morales está unida a la del Beato Alfonso de Navarrete y a la de otros muchos mártires del Japón, en el culto que la Iglesia permite darles el día primero de junio de cada año.


Insignias del sacerdote y del exorcista Instrumentos de tortura y de martirio

DÍA 2 DE JUNIO

SANTOS MARCELINO Y PEDRO

MÁRTIRES († 303)

APENAS publicado por los emperadores Diocleciano y Galerio el edicto de persecución general (303), Maximiano Hércules, oficial asociado al imperio por Diocleciano en abril de 286, se dió prisa para cumplirlo en sus Estados de Occidente, sobre todo en Italia. Llegó a Roma en abril del 303, y convocó para el día 22 del mismo una asamblea del Senado en el Capitolio. En ella presentó el emperador a los senadores, para que lo ratificasen, el siguiente decreto: «El emperador permite al prefecto de la ciudad y a sus funcionarios detener a los cristianos doquiera sean hallados y obligarlos a sacrificar a los dioses inmortales.» Al retirarse de la asamblea los senadores exclamaban repetidamente: «¡Victoria a ti! ¡Augusto! ¡Augusto! ¡Plegue a los dioses que vivas con ellos!» La multitud agolpada afuera acogió con estrepitosos aplausos tales aclamaciones. Así quedó promulgado en Roma, por la autoridad del César de Occidente, el edicto que Galerio arrancara ya antes en Oriente de la debilidad de Diocleciano.

En esta persecución debían, entre millares, dar la vida por la fe los Santos Marcelino y Pedro, presbítero y exorcista, respectivamente.

PEDRO PROMETE CURAR A LA HIJA DE SU CARCELERO

COMO aun se conservan las Actas del martirio de estos dos Santos, las seguiremos fielmente en esta narración.

Ambos siervos de Dios fueron encarcelados por orden del juez Sereno, y cargados de cadenas tan pesadas que les impedían todo movimiento. Fué confiada la custodia de la cárcel a un tal Artemio, quien tenía una hija única llamada Paulina, doncella muy amada de su padre, y muy atormentada y afligida del demonio. Como Artemio se lamentase continuamente de semejante desgracia, el exorcista Pedro aprovechó para decirle con ánimo de lograr su conversión:

—Escucha, Artemio, mis consejos, y cree en Jesucristo, Hijo único del Dios vivo y libertador de todos los que creen en Él; si así lo haces sinceramente, pronto curará tu hija.

—De tus palabras deduzco que estás loco y desvarías —respondió Artemio—. Ese Cristo, que tú tienes por Dios, no te puede librar a ti de la cárcel y de mis manos, y ¿dices que, creyendo yo en Él, librará a mi hija del demonio que la atormenta y le dará salud?

—Poderoso es el Señor para librarme de estas cadenas y de toda clase de tormentos; pero no quiere privarme de la corona que me tiene reservada, permitiéndome amorosamente que termine mi carrera entre torturas temporales, acrecentando así mi gloria eterna.

—Si quieres —añadió Artemio en tono zumbón— que yo crea en tu Dios, redoblaré tus cadenas, te encerraré solo en lo más profundo de la cárcel y aumentaré la guardia; si con eso libra tu Dios a ti y a mi hija, creeré en Él.

—Tu falta de fe —contestó Pedro sonriendo— será curada si cumples lo que acabas de decir.

—Prometo creer en tu Dios si te libra de las cadenas — dijo Artemio, aparentando seriedad.

—Ve, pues —añadió Pedro—, a aparejarme lugar en tu casa, porque en nombre de mi Señor Jesucristo iré a encontrarte en ella sin que nadie me acompañe y guíe, a pesar de todos los cerrojos y cadenas... Si entonces creyeres, será salva tu hija. Mas no te imagines que mi Dios obrará este prodigio para satisfacer tu caprichosa curiosidad, sino sólo para atestiguar la divinidad de mi Señor Jesucristo.

Meneaba Artemio la cabeza diciendo para sus adentros:

—No cabe duda que los tormentos que ha sufrido este hombre le hacen hablar con desatino.

DIÁLOGO ENTRE EL CARCELERO Y SU ESPOSA. MILAGROSA APARICIÓN

APENAS llegado a casa, después de haber tomado las antedichas prevenciones, el carcelero refirió con donaire a su mujer, Cándida, cuanto había ocurrido en la prisión, y ella con más cordura le replicó:

—Me maravilla que llames insensato y desconfíes tan a la ligera de un hombre que, en tales condiciones, te promete la curación de nuestra hija. ¿Tardará mucho en cumplirlo?

—Ha dicho que vendrá hoy mismo.

—Pues, si lo hace como prometió, no cabrá después dudar de la divinidad del Cristo a quien adora.

—Pero ¿también tú estás loca? —dijo el carcelero—. Aun cuando los dioses bajasen del cielo serían incapaces de libertarle, y el mismo Júpiter en persona se sentiría impotente.

—Pues está claro que, si como tú dices, ni el mismo Júpiter puede librarle, tanto más habrá que glorificar al Dios de ese hombre, si realiza ese prodigio.

Había llegado ya el sol a su ocaso y empezaban a brillar las primeras estrellas vespertinas, cuando, hallándose todavía dialogando sobre este asunto ambos esposos delante de su hija, se les presentó repentinamente Pedro vestido de blanco y con una cruz en la mano. Suspensos, atónitos quedaron por un momento Artemio y su mujer, por tan maravillosa aparición.

La estupefacción de Artemio y Cándida llegó a su colmo cuando vieron a su hija con salud. Echáronse entonces a los pies de nuestro bienaventurado, exclamando:

—Verdaderamente no hay más que un solo Dios verdadero, y Jesucristo es el único Señor.

A vista de estos prodigios, todos los que estaban en casa de Artemio creyeron en Dios y fueron bautizados.

Al propio tiempo, su hija Paulina se postró ante el siervo de Dios confesando al Señor, libre ya del demonio, que la dejó apenas vió la cruz, y huyó por los aires a la vez que gritaba furioso:

—La virtud de Cristo, ¡oh Pedro!, que está en ti, me ha atado y echado del cuerpo virginal de Paulina.

MUCHEDUMBRE DE CONVERSIONES

DIVULGÓSE inmediatamente entre el vecindario la noticia de estos sucesos, y acudieron a casa de Artemio multitud de hombres y mujeres que clamaban a porfía:

—¡Sólo Cristo es el Dios omnipotente!

Sucedíanse entretanto curaciones de enfermos y liberaciones de endemoniados.

Como deseaban todos ser cristianos, fué Pedro a buscar al presbítero Marcelino y le acompañó a casa de Artemio; y allí mismo, después de haberlos instruído en las verdades más esenciales de la fe, les administró el Bautismo.

Corrió Artemio a la cárcel a decir a los demás presos que estaban bajo su custodia:

—Los que quieran creer en Jesucristo dejen aquí sus cadenas y vengan conmigo a mi casa para abrazar la fe cristiana.

Siguiéronle alborozados todos los presos. La circunstancia de haber caído enfermo el juez Sereno, favoreció esta evasión colectiva y dió tiempo a que fueran bautizados por Marcelino y acudieran durante más de cuarenta días a las instrucciones que ambos ministros sagrados les daban para asegurarlos en la fe.

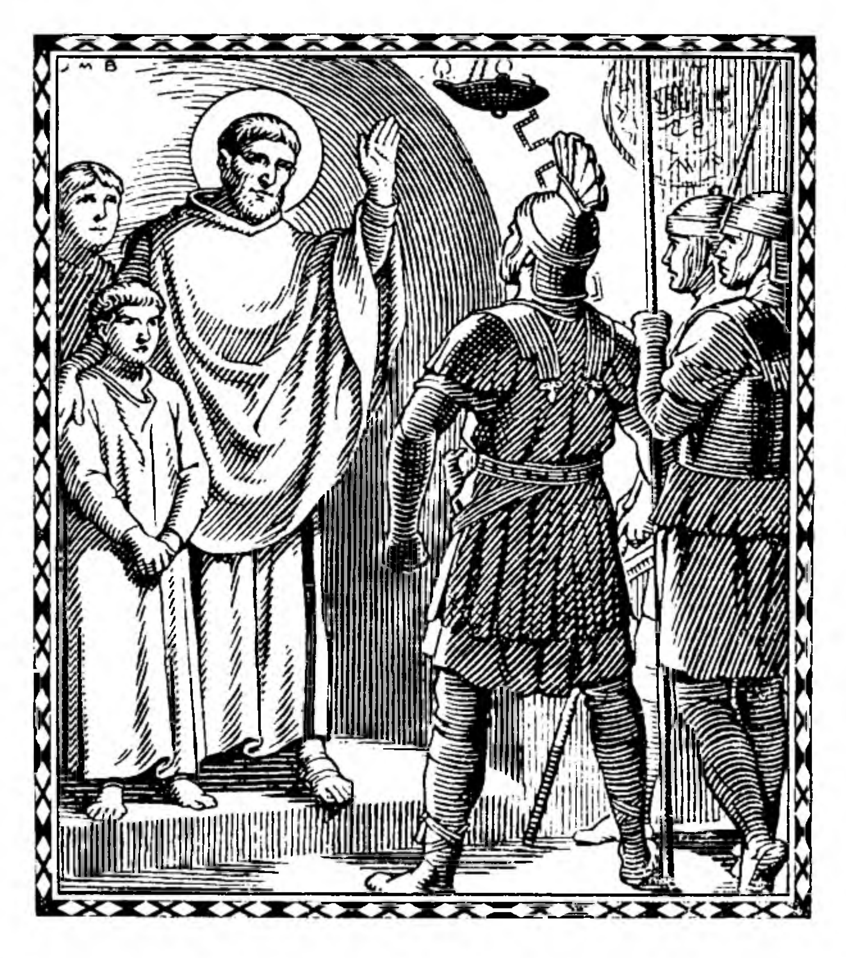
PEDRO Y MARCELINO, ANTE EL JUEZ

MAS así que el juez recobró la salud, su primer cuidado fué enterarse de la situación de los presos. A este fin, envió a Artemio, por conducto de su alguacil, la orden de aprestarse por la noche para comparecer ante él con los encartados. Recibido el mensaje dijo el carcelero a sus reclusos:

—Los que tengan deseo del martirio dispónganse animosamente a la pelea; los demás pueden retirarse a donde les plazca.

A la madrugada del día siguiente sentóse Sereno en su tribunal y ordenó que introdujesen a los citados. El primero en presentarse fué Artemio, que habló al juez de esta manera:

—Señor, las prisiones están vacías, porque Pedro, el exorcista de los cristianos, a quien hicisteis azotar y encarcelar medio muerto, invocó a su Dios, rompió las cadenas de todos los presos y les abrió las puertas de la cárcel, ante cuyo milagro todos abrazaron la fe cristiana y recibieron el bautismo. Sólo el presbítero Marcelino y su exorcista Pedro están a vuestra disposición.



DICE *San Marcelino a los satélites del tirano Sereno: —«Bien podéis ver que, si hubiéramos querido, os pudiéramos haber causado un gran mal y hubiéramos podido huir, porque parecía que el mismo Dios favorecía nuestra huida; y, sin embargo, nada hemos hecho».*

Arrebatado de ira al oír tales razones, Sereno ordenó le trajesen a los dos culpables y, cuando los tuvo en su presencia, les dijo:

—Si renunciaseis a vuestra religión os libraría de los cruelísimos tormentos que os preparan los verdugos; además he llegado a saber que habéis sacado de la cárcel a ladrones y criminales.

—Un criminal sigue siéndolo —respondió Marcelino— mientras no cree en Jesucristo; pero al admitir la fe y purificarse de sus culpas, se hace hijo del soberano Dios.

Seguía Marcelino en esos y parecidos discursos con la mayor serenidad y firmeza; por lo cual, viendo el juez que perdía el tiempo en tentarle con halagos y promesas, mandó que le hiriesen a puñadas el rostro y el pecho, lo que hicieron los verdugos hasta dejarle medio muerto; luego dispuso que le separasen de Pedro, le volviesen a la cárcel, le encerraran, cargado de cadenas, en una estancia tenebrosa y reducida, le tendiesen desnudo en el suelo cubierto de cascos de vidrio y no le diesen ningún alimento ni refrigerio. Y, volviéndose a Pedro, con rostro severo y turbado, le dijo:

—No pienses que he de volver a atormentarte en el potro y a quemarte los costados con hachas encendidas, sino que te mandaré atar mañana mismo a un palo para que seas despedazado y comido por las fieras.

A lo que Pedro replicó con cierta ironía:

—¡Qué mal te cuadra tu nombre de «Sereno», pues estás tan anublado y tan lleno de tinieblas! Si así no fuera, en vez de haber mandado herir y encarcelar a Marcelino, le habrías suplicado rogase a Dios por ti, para que te librase de las penas eternas que te están aparejadas.

Embraveciose más el juez con estas palabras de Pedro, y mandó cargarle de cadenas, volverle a la cárcel y meterle en apretado cepo.

LIBERACIÓN MILAGROSA. — MUERTE DEL CARCELERO, INSCRIPCIÓN DAMASIANA

PERO el Señor velaba sobre sus siervos, que sufrían por su nombre en cárceles separadas; les envió un ángel, que se apareció primero a Marcelino mientras estaba orando tendido sobre los cascos de vidrio, le vistió con sus vestiduras y le dijo:

—Sígueme.

Levantóse Marcelino y el ángel le condujo a donde estaba aherrojado Pedro, a quien libertó de igual modo. Acompañólos luego a la casa donde estaban reunidos en oración todos los que antes se habían bautizado. Díjoles el ángel que permaneciesen allí siete días con aquellos cristianos noveles, y los animasen a presentarse al juez Sereno.

Éste envió al día siguiente a sus satélites a la cárcel por Marcelino y Pedro, mas no los hallaron en ella. Exasperado Sereno, convirtió su rabia y furor contra Artemio y contra Cándida, su mujer, y Paulina, su hija, a quienes conminó que sacrificasen a los dioses. Mas ellos contestaron a una:

—Nosotros confesamos al Señor Jesucristo y por nada del mundo nos mancharemos con ritos sacrílegos.

Viéndose aún defraudado Sereno, dispuso que los llevasen inmediatamente a enterrar vivos bajo un montón de escombros que había en la vía Aureliana. Avisados de ello, Marcelino y Pedro salieron al paso a los condenados para animarlos por última vez, ponderándoles la recompensa que les aguardaba. Y, como muchos cristianos acudieron también al encuentro de nuestros dos Santos, los satélites huyeron llenos de miedo. Los cristianos más mozos corrieron a su alcance y amablemente los exhortaron a que abrazasen también la fe cristiana. Y, como se negaron a ello, el pueblo los retuvo hasta que el presbítero Marcelino hubo celebrado Misa en el sitio mismo en que habían de morir Artemio y los suyos. Acabado el Santo Sacrificio se retiró el pueblo.

Entonces dijo Marcelino a los satélites:

—Bien veis que estaba en nuestras manos jugaros una mala partida, libertar a Artemio y a su esposa e hija, y escaparnos luego, ya que Dios favorecía nuestra fuga, pero no hemos querido aprovechar tan oportuna ocasión. ¿Qué os parece?

Ofuscados los satélites por la irritación que les causaban aquellos contratiempos, arremetieron contra Artemio y le cortaron la cabeza, arrojaron a Cándida y Paulina en una sima y echaron sobre ellas piedras y escombros, dejando así sepultados sus sagrados cuerpos. El Martirologio registra estos tres Santos el día 6 de junio.

Luego los satélites se apoderaron de Marcelino y Pedro y, habiéndoles ligado las manos atrás, los ataron a un árbol, quedándose algunos para custodiarlos mientras los demás iban a dar parte a Sereno.

DEGOLLACIÓN DE PEDRO Y MARCELINO

ENTERADO de lo ocurrido, el magistrado mandó llevar a los dos mártires a un bosque llamado la *Selva Negra*, que desde entonces se llamó, en memoria de ellos, la *Selva Blanca*, para ser allí decapitados. Como el sitio designado estaba todo cubierto de zarzas, pusiéronse Pedro y Marcelino a arrancarlas con sus propias manos para que en él se hiciese el sacrificio. Allí los dos gloriosos mártires se abrazaron y dieron ósculo de paz, con singular devoción y ternura, y, puestos de rodillas en fervorosa oración, recibieron el golpe que les cortó la cabeza.

El verdugo confesó luego públicamente que había visto salir de sus cuerpos a las almas de estos dichosos mártires, como blancas vírgenes vestidas con túnicas deslumbradoras, adornadas de oro y piedras preciosas, y a unos ángeles que se las llevaban gozosas a los cielos. Esto ocurrió, según se cree, el 2 de junio del año 303.

El verdugo, compungido, se convirtió, hizo penitencia por su pecado y acabó santamente la vida.

En aquella época vivían dos matronas cristianas, Lucila y Fermina, parientas del mártir San Tiburcio, el mismo tal vez que se venera el 11 de agosto. Eran tan grandes el amor y veneración que le profesaban, que para no apartarse de su sepulcro habían hecho construir allí cerca un edificio para su vivienda. Un día se les apareció San Tiburcio acompañado de los Santos Marcelino y Pedro, y les indicó lo que habían de hacer para sacar de la «Selva Negra» los cuerpos de los dos mártires y ponerlos cabe el suyo en la parte inferior de la cripta; lo que hicieron puntualmente, ayudadas por dos acólitos de la Iglesia de Roma.

INSCRIPCIÓN DAMASIANA

EL santo papa Dámaso I, tuvo siempre empeño particular en honrar a todos los mártires con el culto más distinguido, y, como sentía especial devoción en ejercitar en estos casos las dotes poéticas con que le había distinguido el Señor, compuso en verso, con ocasión del martirio de los Santos Pedro y Marcelino, según afirma el verdugo Doroteo, una inscripción para su tumba relatando las circunstancias de sus últimos combates y glorioso triunfo. He aquí, traducido al romance, un extracto de ella:

«Escuchad, Pedro y Marcelino, el relato de vuestro triunfo. Cuando yo, Dámaso, era todavía niño, me contó el verdugo que el perseguidor, furioso, había ordenado fueseis decapitados entre las malezas para que no hubiera memoria de vuestra sepultura. Mas vosotros la preparasteis con vuestras propias manos. Después que hubisteis descansado por algún tiempo en una blanca tumba, manifestasteis a Lucila el deseo de que vuestros santos cuerpos fuesen enterrados aquí».

Tan conocidos llegaron a ser en Roma estos dos defensores de la fe, que sus nombres fueron inscritos entre los pocos mártires nombrados en el Canon de la Misa. Pruébase, además, la antigüedad de su culto por las oraciones propias que se leen en el Sacramentario del papa Gelasio.

LA CATACUMBA Y LAS DOS IGLESIAS DE LOS SANTOS MARCELINO Y PEDRO

LA cripta de los Santos Pedro y Marcelino, que forma parte de la Catacumba *ad duos lauros* —de los dos laureles—, a una legua de la ciudad y en la vía Labicana, en el lugar denominado *Tor Pignattora*, fué descubierta por Stevenson cuando de 1895 a 1897 se realizaron en ella trabajos de investigación. La amplitud del aposento, abierto en estuco, da cabida a numerosos visitantes. Cerca de la entrada se ve una inscripción en honor de los dos Santos, esculpida por un peregrino. Las dos tumbas que hay en dicho aposento guardaron los cuerpos de estos mártires hasta el siglo IX, pues nadie se atrevía, por respeto, a trasladarlas a sepultura más suntuosa. Contentábanse con adornar con pilastras y mármoles los modestos *lóculi*.

Santa Elena, que tenía cerca una quinta, hizo levantar una pequeña basílica sobre la Catacumba, en la que ella misma fué inhumada en un magnífico sarcófago de pórfido, que se halla actualmente en el museo del Vaticano. Como por las incursiones de los bárbaros cayó en ruinas aquel santuario, lo mandó restaurar en 1632 el papa Urbano VIII, y lo confió al Cabildo de San Juan de Letrán.

También en Roma mismo, en el valle que separa el monte Celio del Quirinal y cerca de San Juan de Letrán, se ve otro santuario dedicado a los Santos Pedro y Marcelino, que se supone levantado también en el siglo IV por el papa San Siricio, y en el que se celebraba y sigue celebrándose la «estación» el sábado de la segunda semana de Cuaresma. Pío X mandó hacer algunas mejoras más y lo erigió en iglesia parroquial, en 1911.

LAS RELIQUIAS DE LOS SANTOS MARCELINO Y PEDRO

EL secretario de Carlomagno, Eginardo, que fué después monje benedictino y presunto autor de un extenso poema latino sobre la pasión de los dos mártires, logró, en el año 828, del papa Gregorio IV los cuerpos de los Santos Marcelino y Pedro, y los trasladó a Estrasburgo, después a Michelenstad y por fin a Malinheim o Seligenstadt, en la diócesis de Maguncia, donde fundó en 829 en honor de los dos mártires una abadía de la que fué el primer abad.

Eginardo cedió algunas reliquias de estos Santos a la abadía de San Saulve, cerca de Valenciennes, a San Bavón de Gante y a San Servacio de Maestricht. También hay algunas en Cremona, cuya ciudad los tomó por patronos.



Cetro y rueca de la Reina — Basílica de Santa Clotilde, en París

DÍA 3 DE JUNIO

SANTA CLOTILDE

REINA DE FRANCIA (475 - 545)

A mediados del siglo V se establecieron los borgoñones en la Galia meridional, formando un reino comprendido entre el territorio de los romanos y el de los visigodos. El trato con éstos fué parte para que casi todos ellos pasasen del catolicismo al arrianismo. La unidad del reino de los borgoñones cesó con la muerte del rey Gondoveo, por habérselo repartido sus cuatro hijos. Gondebaldo se estableció en Viena; Godegisilo, en Ginebra; y Chilperico, en Lyón. El otro, llamado Gondemaro, sobrevivió poco tiempo a su padre.

Ninguno de ellos dejó huellas notables en la Historia; ni siquiera el padre de nuesta Santa, Chilperico, de quien se ignora si era católico o arriano. Lo cierto es que tomó por esposa a Caratena, católica piadosísima y dechado de cristianas virtudes, la cual crió con mucho esmero a sus hijos en el santo temor de Dios.

Clotilde nació por los años de 475 probablemente en la ciudad de Lyón. Tuvo una hermana menor, llamada Sedeleuba, que fué también espejo de doncellas cristianas en medio de la corte borgoñona. Y es que su madre ponía sumo cuidado en apartarlas del pernicioso ambiente que suele respirarse en los palacios y las criaba en la práctica de las virtudes. Enseñóles

sin duda a invocar con frecuencia a los santos patronos de la ciudad y particularmente a la doncella mártir Santa Blandina, cuyo martirio y santa vida tenían las dos princesitas hondamente grabados en la mente y en el corazón.

Con la muerte de Chilperico por los años de 490, mudó totalmente la situación de las princesas y de su madre; porque conforme a la costumbre de aquella época, fué dividido el reino entre los dos hermanos de Chilperico, por no haber dejado éste hijos varones. Gondebaldo residió en Lyón, y Caratena se retiró con sus dos hijas a Ginebra, donde reinaba Godegisilo, rey católico que pasó a ser tutor de Clotilde y de Sedeleuba.

Viéndose ya libre de los cuidados y obligaciones de palacio, la virtuosa viuda se entregó totalmente a la práctica de la religión y a la educación de sus dos hijas. Sedeleuba dejó el siglo y se retiró al claustro. Andando el tiempo, vino a ser fundadora de la iglesia de San Víctor, situada en uno de los arrabales de Ginebra. A Clotilde, empero, la destinaba el Señor a vida más brillante y heroica.

Clodoveo, rey de los francos, que a pesar de su juventud llenaba ya las Galias con la fama de sus proezas, buscaba a la sazón esposa digna de su persona. Pensó en Clotilde, que tendría por entonces unos diecisiete años y conservaba muy lozanas su hermosura y virtud; envióle un embajador para que hablase con ella y pidiese su mano.

LOS ESPONSALES

LA entrevista del embajador de Clodoveo con la joven princesa es relatada del siguiente modo por algunas leyendas populares aumentadas y adornadas por determinados autores de los siglos VII y VIII. Estando cierto día Santa Clotilde repartiendo pan a los pobres en la puerta de palacio, acercósele un mendigo que hacía rato esperaba turno, y le dijo:

—Tengo que revelarte un secreto.

—Habla —le respondió la caritativa doncella.

—Soy Aureliano, embajador del potentísimo rey de los francos, el cual me ha enviado para proponerte que aceptes su mano y compartas con él su trono. En prueba de ser cierto lo que te digo, mira este anillo que es el de Clodoveo.

Quitóse entonces Aureliano los vestidos andrajosos con que disimulaba ser mendigo y ofreció a la princesa el anillo de oro del rey de los francos.

Solía Clotilde mirar a los pobres como embajadores del Rey celestial; pero, al oír aquella propuesta tan inesperada, turbóse un tanto y preguntó:

—¿Cómo podrá ser eso? No es lícito a una doncella cristiana casarse con un pagano.

Hablóle entonces Aureliano de las favorables disposiciones de Clodoveo para con la Iglesia y el deseo que tenía de elegir reina católica.

—Si con esta unión puedo yo atraer a Clodoveo a mayor conocimiento del verdadero Dios, acepto su anillo y puedes llevarle el mío; pero dile que se dé prisa a pedir mi mano a mi tío Godegisilo, antes que esté de vuelta su consejero que es enemigo mío.

Tal vez no fué ello tan novelesco como lo relata la leyenda. El rey Clodoveo mantenía excelentes relaciones con los monarcas borgoñones y sus ministros visitaban con frecuencia las cortes de Lyón y Ginebra. Sin duda en estas visitas conocieron a Clotilde, de cuyas bellas prendas hablarían a Clodoveo. Pero además de las cualidades personales de Clotilde, consideraba Clodoveo cuán beneficioso sería para su reino casarse con ella, ya que de esta suerte los borgoñones pasarían a ser aliados suyos contra los visigodos, y, por otra parte, el ser Clotilde católica, estrecharía más los lazos de amistad de los francos con los pueblos de origen romano.

Con estas consideraciones, acabó dando oídos a las sugestiones de sus ministros, y pidió la mano de Clotilde a su tutor Godegisilo, el cual vino en ello de muy buena gana, porque juzgaba ser esta unión prenda de segura paz para su reino. Esta determinación no agradó a la princesa, por tratarse de un rey pagano. Pero sin duda, los prelados que frecuentaban la corte borgoñona, a quienes debió consultar la Santa, tranquilizaron su conciencia indicándole lo que convenía hacer en este caso.

Como nada se oponía ya a los deseos de Clodoveo, concertóse el matrimonio. Efectuáronse los desposorios por delegación en la ciudad de Chalons de Saona. Los embajadores de Clodoveo, conforme al rito nupcial de los francos, entregaron las arras que figuraban la compra de la esposa por su señor. Partió luego Clotilde en busca del esposo con quien había de vivir hasta la muerte.

MATRIMONIO E HIJOS DE SANTA CLOTILDE

CELEBRÓSE el matrimonio de Clodoveo con Santa Clotilde en la ciudad de Soissons, el año 493. En el palacio del rey franco se instaló un oratorio católico donde cada día se ofrecían los sagrados misterios, a los que asistía la Santa con singular devoción.

No hizo Santa Clotilde como, por desgracia, muchas jóvenes desposadas con maridos impíos, que no se atreven a adorar y honrar a Dios dentro del hogar; ella, en cambio, trabajó cuanto pudo por la conversión del rey. Empezó orando, ayunando y mostrándose liberal con los menesterosos; pero, además, aprovechó todas las ocasiones para enseñar a su marido la doctrina cristiana.

La caridad y entereza de la Santa impresionaron hondamente el corazón del monarca; empero, al altivo Clodoveo parecíale el Cristo de Clotilde algo así como un cobarde, que en vez de aplastar a sus enemigos, se había dejado vencer de ellos, y él no quería adorar sino a un Dios vencedor por la fuerza bruta como los héroes de su mitología. Sin embargo, pronto iba a triunfar de Clodoveo aquel vencido del Gólgota. El rey bárbaro presentía ya que el Dios de Clotilde ejercía un poder misterioso, muy superior al de sus dioses.

Ingomer fué el primero de sus hijos, el cual fué bautizado con licencia de Clodoveo. Clotilde no cabía en sí de gozo vislumbrando ya la gloriosa corona que ceñiría las sienes del primer rey cristiano; pero a los ocho días de nacido murió el niño y fué a coronarse en el cielo con corona más gloriosa que las de la tierra.

—Mis dioses enojados se han vengado en él —exclamó Clodoveo—; si no le hubieran bautizado, viviría aún.

Todos callaban atónitos; solamente Clotilde se atrevió a protestar contra las palabras del rey, y bendijo al Señor que había llevado a su reino el primer fruto de sus entrañas. Con esto logró tranquilizar a Clodoveo, de mejor manera que lo hubiera hecho con la pasividad condescendiente que parece echar a Dios la culpa de lo que sucede; y así, al nacer el segundo hijo, llamado Clodomiro, el rey dió licencia para que fuese bautizado como el primero.

Mas, ¡ay!, éste, como su hermano, cayó luego enfermo y estuvo a punto de morir. Clodoveo, enojado y fuera de sí prorrumpió en blasfemias. Afligida la Santa, más por ver ofendido el santo nombre de Dios que por la muerte que amenazaba a su hijo, cayó de rodillas deshaciéndose en súplicas y actos de amor que desagraviaron al Señor, quien, en vez de maldiciones, derramó sobre el moribundo infante copiosas bendiciones, sanando su dolencia y predestinándolo para ser padre de numerosa familia.

EL DIOS DE LOS EJÉRCITOS

EL más vehemente deseo de Clotilde era la conversión de Clodoveo y de su nación. Para que sus oraciones fuesen más poderosas, empezó a darse de lleno a las más rigurosas penitencias; llevaba debajo de sus vestidos una cadena de hierro con la cual se flagelaba hasta derramar sangre, ofreciéndose al Señor para la salvación del reino.

Clodoveo solía comunicar a su santa esposa sus planes de combate y sus ensueños de victoria.

—Mientras no adores y sirvas al verdadero Dios —decíale la Santa—, temeré que vuelvas de la batalla vencido y humillado. Hasta ahora no has



SANTA *Clotilde está aún convaleciente de recia enfermedad, y el rey Clodoveo, su marido, le da más que nunca seguras pruebas de afecto y ternura. La Santa le contesta que sólo le pide licencia para hablarle de la promesa que le había hecho de abandonar la idolatría.*

peleado con enemigos dignos de tu valor. Si por desgracia te ves algún día acosado y agobiado por un ejército más numeroso que el tuyo, en balde llamarás en tu ayuda a tus dioses impotentes.

El rey se contentaba con desviar la conversación, para no afligir a su esposa con nuevas blasfemias. Así transcurrieron dos años, en los cuales Santa Clotilde perseveró en el ejercicio de la oración y de las obras de misericordia con los prójimos. A ello la alentaba con sus consejos la insigne Santa Genoveva.

El año de 496, los alamanes invadieron las Galias. Juntó Clodoveo a sus huestes, y, ansioso de poner de manifiesto su aguerrido valor, las condujo a Tolbiac al encuentro de los enemigos. La batalla se presentaba imponente y horrorosa, pero Clodoveo no cabía en sí de gozo, porque estaba en la guerra como en su elemento. Pelearon los soldados francos con su proverbial arrojo; pero, ¿qué puede el más acendrado valor cuando el Señor deniega el triunfo? Esta vez lo apartaba para que. con la derrota, el rey franco abriese los ojos a la luz de la fe. Viendo que sus soldados flaqueaban, empezó Clodoveo a clamar a los dioses de la guerra pidiéndoles auxilio, pero fué en balde; la derrota era inminente. Entonces el rey bárbaro se acordó del Dios verdadero y, levantando las manos al cielo, exclamó:

—¡Dios de Clotilde! Dame el triunfo y te serviré.

En aquel instante los guerreros francos se sintieron movidos por nuevo valor; ordenaron otra vez las filas, cargaron contra los alamanes, e hicieron en ellos horrible matanza.

INSTRUCCIÓN Y BAUTISMO DEL REY

CLODOVEO, vencedor, no esperó a volver a Soissons para instruirse en la religión cristiana. Quiso que un santo ermitaño, llamado Vedasto, cabalgase a su lado y le enseñase la doctrina, mientras volvía con su ejército victorioso. Pero como aquel ambiente no era a propósito para entretenerse en sutiles razonamientos propios para convencer, el Señor acudió en auxilio del santo monje favoreciéndole con el don de milagros, argumento éste de mayor fuerza para traer el convencimiento al espíritu del rey bárbaro. Al pasar por la ciudad de Vouziers, vieron a un pobre ciego, el cual cobró la vista con sólo tocarle San Vedasto. Este prodigio acabó también con la ceguera espiritual de Clodoveo.

Entretanto, la reina Santa Clotilde, informada ya de la repentina conversión de su esposo, esperábale impaciente. El alma de la Santa se llenó de indecible gozo cuando el feroz guerrero le dijo:

—El Dios de Clotilde me ha dado la victoria; de hoy en adelante será mi único Dios.

Tres mil soldados pidieron que se les enseñase la doctrina cristiana y « les administrase el Bautismo.

El día de Navidad fué el señalado para el bautismo del monarca, y San Remigio, arzobispo de Reims, fué el encargado de derramar el agua regeneradora sobre la cabeza del jefe de la nueva nación cristiana.

Dícese que la víspera de aquel día de Navidad del año 496, el santo arzobispo consagró ya a la Virgen María la nación toda.

Aquel mismo día ocurrió un prodigio precursor del de la fiesta. Estando el santo arzobispo explicando la doctrina cristiana, le envolvió de repente una luz extraordinaria, y se oyó una voz que decía: «La paz sea con vosotros; no temáis; perseverad en mi amor». Llenóse luego el templo de celestial fragancia; Clodoveo y Clotilde se arrodillaron, y San Remigio, inspirado, les dijo: «Vuestros descendientes regirán sabiamente este reino, darán gloria a la Santa Iglesia y serán herederos del imperio romano. Mientras anden por los caminos de la verdad y de la virtud serán felices y prosperará su reino; pero con la relajación de las costumbres vendrá su desdicha y decadencia».

Un gentío innumerable se juntó el día de Navidad para presenciar el bautismo del primer rey cristiano y de sus guerreros. En el umbral del baptisterio pidió el rey a San Remigio que se dignase bautizarle. «Ea, pues, altivo sicambro —le contestó el prelado—, baja la cerviz; adora lo que has quemado y quema lo que has adorado». Con esto dióse principio a la ceremonia.

El rey respondió a las preguntas litúrgicas, hizo pública profesión de fe católica y en particular de todo lo referente al misterio de la Santísima Trinidad, y recibió la triple inmersión en las aguas bautismales. Finalmente, le administraron el sacramento de la Confirmación, según se acostumbraba en el bautismo de los adultos.

Refiere la leyenda que el clérigo que llevaba el santo crisma no pudo abrirse paso entre la muchedumbre. Interrumpióse con eso la ceremonia; pero en medio de la general perturbación, vió San Remigio bajar de la bóveda del templo una blanca paloma que le trajo una ampolla llena de santo crisma. Entendió el prelado ser aquello un don del cielo y ungió con el óleo milagroso al rey Clodoveo y a sus soldados.

En memoria de este feliz suceso guardó la catedral de Reims el privilegio de consagrar a los reyes de Francia.

EL ESCUDO DE LA TRINIDAD

ESTANDO Santa Clotilde entregada a la oración en el bosque de Poissy, vino a ella cierto día su consejero, un venerable ermitaño, el cual, según una leyenda, le hizo entrega de un escudo de la Trinidad: *tres lirios sobre campo azul,* que debía grabarse en las armas de Clodoveo.

Quiso por entonces el rey vengar al padre de Santa Clotilde invadiendo a Borgoña y echando de ese reino a Gondebaldo, tío de la Santa. La reina le suplicó que no cometiese tal venganza; Clodoveo no le hizo caso. Emprendió una política más propia de hombre bárbaro que de un cristiano; pero sobrevínole recia y gravísima enfermedad que en pocos días le dejó casi moribundo. En tan apurado trance quiso el Señor que Santa Clotilde ejerciese influencia saludable en el alma del monarca. Llamó a San Severino, abad del monasterio de Agauno, y este santo monje, con sólo tocar al rey con su manto le devolvió la salud, para que tuviese tiempo de prepararse la muerte. San Severino hizo en París muchos milagros y murió poco antes que Clodoveo, el cual entregó su espíritu al Señor, a 27 de noviembre de 511.

PRUEBAS Y SINSABORES DE LA SANTA

SANTA Clotilde entregó las riendas del gobierno a sus hijos Clodomiro, Childeberto y Clotario, y a su hermanastro Teodorico (Thierry), y ella se retiró a la ciudad de Tours, cabe el sepulcro de San Martín, para morir en la soledad. Allí hizo vida más de reclusa que de reina. Renunció al lujo y vanidades de la Corte; vistió tosco sayal, y el duro suelo fué su cama. Todos los pobres podían libremente sentarse a su mesa.

Mucho necesitaba Francia de las oraciones de una Santa. Los príncipes estaban dominados por la ambición y se hacían fratricida guerra. Clodomiro fué el primero que perdió la vida en Vezeronce, en el año 524. Clotilde se encargó de la educación de sus nietos, a los que amaba entrañablemente, pues quería que llegasen a ser dignos sucesores del desdichado Clodomiro. Pero cierto día, unos delegados de Childeberto y Clotario vinieron a decirle:

—Envíanos a nuestros sobrinos y los haremos reyes.

Clotilde creyó sin más a los enviados, llamó a los huerfanitos y los vistió con ricas galas. Abrazólos con ternura maternal y los dejó ir, diciéndoles:

—Adiós, queridos: id en hora buena, que si os llego a ver en el trono, ya no echaré de menos ni lloraré a mi hijo Clodomiro.

Estaban a punto de partir, cuando llegó un senador del reino de parte

de Childeberto y Clotario. Presentó a Clotilde unas tijeras y una espada y le dijo: «Serenísima reina, mis soberanos te ruegan que decidas de la suerte de los hijos de Clodomiro. ¿Qué preferís, que les cortemos el pelo con estas tijeras, o que los degollemos con esta espada?

Clotilde quedó unos instantes sobrecogida de espanto. Luego, consternada y como fuera de sí, sin caer en la cuenta de lo que decía exclamó: «Si no han de reinar nunca, prefiero verlos muertos que rapados».

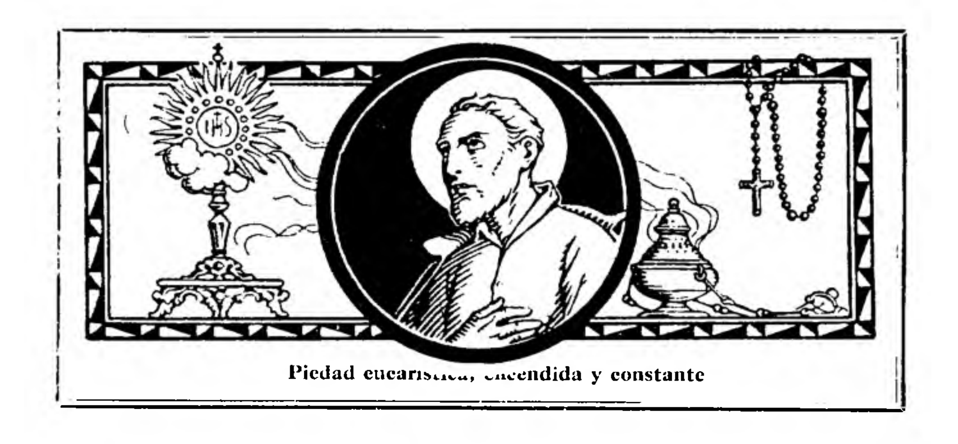
Tratábase en efecto, no de encerrarlos en un monasterio, sino de deshonrarlos públicamente, por ser en aquel reino señal de grandísima afrenta, y más en los príncipes, el llevar rapada la cabeza. Razón tuvo, pues, la Santa de protestar con fuerza contra el criminal intento, si bien luego se arrepentió de sus palabras y las lloró con muchas lágrimas, porque el pérfido senador dijo, mintiendo, a sus señores: «La reina prefiere que los niños mueran». Con eso degollaron a los queridos nietos de Clotilde, menos a uno de ellos, que logró evadirse y, encerrado en un monasterio, guardó fielmente las enseñanzas de su santa abuela y llegó a ser santo, con el nombre de San Clodoaldo.

La aflicción de la santa viuda llegó a su colmo, al recibir por aquellos mismos días un pañuelo teñido en sangre de su hija, que también se llamaba Clotilde. Habíala casado en 526 con Amalarico, rey de los visigodos, para ver de convertirle al cristianismo. Pero aquel pañuelo ensangrentado era clara señal del martirio que padecía la princesa para defender su fe (531).

No tardaron sus dos hijos, Childeberto y Clotario, en hacerse mutuamente cruel guerra. La Santa, no pudiendo impedirlo ni con sus amonestaciones, ni con sus consejos, acudió a la oración. Cierto día en que los dos hermanos estaban a punto de trabar recia pelea, cubrióse de repente el cielo con densos y negros nubarrones, y estalló violentísima tempestad. Vióse caer del cielo como una lluvia torrencial de fuego y azufre, y a la vez un horrible pedrisco desbarató los dos ejércitos, matando solamente a los soldados del agresor.

Santa Clotilde oraba sin cesar por la conversión de los francos, y para lograrla más fácilmente fundó monasterios e iglesias en París, Ruán, Tours y otras ciudades. Mientras se edificaba el monasterio de los Andelys, los albañiles padecían grandísima sed, y para remediarla hizo brotar la Santa una fuente milagrosa; también llegó a faltar el vino, y Santa Clotilde renovó en favor de los albañiles el milagro de las bodas de Caná.

Pasados treinta y cuatro años de viudez llena de prodigios, Santa Clotilde dió su espíritu al Criador a los 3 de junio del año 545. Su sagrado cuerpo fué trasladado a París y enterrado al lado del de su esposo. Sobre su sepulcro, profanado por la Revolución, pasa ahora la calle Clodoveo. Pero aun quedan en diversos lugares algunas reliquias de la santa reina.



Piedad eucarística, encendida y constante

DIA 4 DE JUNIO

SAN FRANCISCO CARACCIOLO

FUNDADOR DE LOS CLÉRIGOS REGULARES MÍNIMOS (1563 - 1608)

CLAMOROSA y eficaz respuesta a la rebelión luterana dieron las innumerables Órdenes religiosas que en el siglo XVI florecieron. A una de las principales, la de Clérigos Regulares Mínimos, cabe la gloria de contar entre sus ilustres fundadores a San Francisco Caracciolo. Vástago de ilustre familia de la más rancia nobleza napolitana, vió la luz en Villa Santa María —diócesis de Chieti—, el 13 de noviembre de 1563. Ascanio fué su nombre de pila.

Destellos luminosos de sus altos destinos fueron en su alma, cuando niño, la tiernísima devoción a María Santísima y su amor a las mortificaciones que, con frecuencia, se imponía. Retraído ordinariamente de los juegos y entretenimientos infantiles, era su mayor placer dedicarse a la oración, a solas, dirigiendo al cielo largas y fervorosas plegarias, entre las que ocupaban el lugar preferente el Rosario y el Oficio Parvo, que le derretían en santos coloquios con su celestial Madre. Otra de las virtudes en él más apreciables, fué su caridad con los indigentes y desvalidos. Pero la más esplendorosa de todas y la que con mayor esmero y recato guardaba, era su angelical pureza, que, con la frescura y lozanía de su inocencia bautismal, crecía cual azucena en el centro de su alma.

Con el fin de sujetar la carne al espíritu, se imponía infinidad de privaciones y duros ejercicios corporales; de este modo escudaba la virtud contra cualquier acometida imprevista del enemigo.

VOCACIÓN. — LLAMAMIENTO PRODIGIOSO

VEINTIDÓS años había cumplido Ascanio, cuando de repente vió por los suelos su belleza, juventud y fuerza, como despojos que horrible lepra acababa de arrebatarle. Éste fué el resquicio por donde penetró el rayo de luz divina que había de iluminar toda su vida. Alzó, pues, sus miradas a Dios, prometiéndole con voto consagrarse a su servicio si sanaba de aquella enfermedad. No bien hubo terminado su promesa, cuando por completo le abandonaron tan horribles y asquerosas llagas, sin dejar la menor huella de su paso.

Quiso, al verse así curado, corresponder sin pérdida de tiempo a la generosidad que Dios usaba con él. Distribuyó, pues, toda su fortuna a los pobres y salió para Nápoles para dar principio a los estudios de Sagrada Teología. A los dos años, hacia el 1587, y gracias a su portentosa inteligencia y extraordinario fervor, fué ordenado sacerdote. Desde entonces sólo pensó en consagrarse de lleno a las obras de misericordia.

Existía a la sazón en Nápoles una hermandad o cofradía llamada *Los penitentes blancos,* cuyos fines eran: Evangelización de los menesterosos, auxilio espiritual de los cautivos y galeotes, y asistencia final a los condenados a muerte. Hacia ella tendió sus miradas y aspiraciones Ascanio.

Mientras estaba sumido en fervorosa oración cierto día de 1588, se le presentó un propio que puso en sus manos unas letras de su tío don Fabricio Caracciolo, preboste de la Colegiata de Santa María la Mayor de Nápoles. En el sobre se leían estas palabras: «A don Ascanio Caracciolo». Por el contenido pudo ver que se trataba de una invitación para que se trasladase a casa de don Fabricio con el fin de ponerse al habla con otro noble genovés, Augusto Adorno, recientemente ordenado sacerdote, que llevaba entre manos la fundación de una Orden religiosa.

Su penetrante inteligencia abarcó con vista de águila la importancia de la misión que la Divina Providencia le confiaba; así es que, leída la carta, se trasladó, sin pérdida de tiempo, al lugar de la entrevista. Arrojóse a los pies de ambos, poniéndose incondicionalmente en sus manos, para cuanto, por su medio, Dios se sirviese mandarle. La sorpresa de nuestros nobles caballeros no tuvo límites al ver a sus plantas, de hinojos, a un sacerdote joven, de finísimos modales y cuya virtud se reflejaba en el semblante, pero a quien ellos no habían llamado. La carta no iba a él dirigida sino a otro

miembro de su familia llamado también Ascanio. Pronto quedó esclarecido el equívoco; pero sin que dejaran de ver en el mismo la expresa manifestación de la divina voluntad, diéronle las más efusivas gracias por haberles reunido por tan extraños modos.

Ascanio y Augusto se dirigían horas más tarde al convento de los Camaldulenses, cercano a Nápoles, para madurar su proyecto en la oración, el silencio y la más rigurosa penitencia. Su intento era fundar una *Sociedad de clérigos regulares,* en los que se hermanase la vida contemplativa con la activa.

Con el fin de atraer de continuo las bendiciones divinas sobre su incipiente obra, establecieron un turno de penitencias, de modo que, a diario, mientras el uno ayunase a pan y agua, debería el otro disciplinarse y, finalmente, un tercero llevar cilicio. Además sugirió Ascanio la idea de reemplazarse cada hora ante el Santísimo, de modo que hubiese adoración perpetua.

Tras este retiro de algunos días, volvieron los fundadores a Nápoles, donde pronto vieron acrecentarse su número con nuevas vocaciones, hasta llegar a doce. Entonces determinaron no admitir a nadie más, sin haber obtenido antes la aprobación de la Santa Sede. Augusto y Ascanio dirigiéronse a Roma para depositar a los pies de Su Santidad la naciente Congregación. Hicieron el viaje a pie, y pidiendo de puerta en puerta un mendrugo de pan y un albergue.

APROBACIÓN DE LA ORDEN

AL día siguiente de su llegada, recorrieron los siervos de Dios los santuarios venerados de la Ciudad Eterna, para encomendar su naciente obra a tantos santos y gloriosos mártires como en ella sellaron la fe con su sangre. Los demás días mendigaban por conventos y hospitales el mendrugo de pan para su diario sustento. En esta humildísima ocupación fueron al fin sorprendidos por sus parientes, los cuales, profundamente apenados, ofreciéronles hospedaje digno de su alcurnia, que ellos, amablemente, rehusaron; como único favor aceptaron el ser presentados al Papa.

Al recibirlos Sixto V, con aquella dulzura y amabilidad que le caracterizaba, fijó en ellos su bondadosa a la par que penetrante mirada, y en un instante midió la prodigiosa sabiduría, piedad y prudencia del más joven, Ascanio, a la sazón de veinticinco años, y quedó agradabilísimamente sorprendido. Encomendó el examen del proyecto de la nueva Orden religiosa a una comisión de tres cardenales, que él mismo nombró. Los tres rechazaron, por unanimidad, todo el articulado; pero no desanimó esta contrariedad a los humildes peregrinos. Con paciencia y oración esperaron, en silencio, a que Dios les manifestase nuevamente su voluntad. Dos meses habían transcurrido, cuando, contra toda esperanza, el primero de julio

de 1588, expidió Sixto V una bula creando una nueva Orden religiosa: la de *Clérigos Regulares Mínimos.* La comisión de los tres Cardenales había examinado de nuevo, con más detención, el proyecto desechado en un principio y, no hallando reparo que oponer, consiguieron de Su Santidad la citada bula.

Rebosando de alegría por tan feliz resultado, regresaron apresuradamente a Nápoles mendigando también como habían venido. Consagráronse por entero a Dios con los votos religiosos, el 9 de abril de 1589. Tomó entonces Ascanio el nombre de Francisco, en recuerdo del Serafín de Asís, de quien era muy devoto.

PRIMER VIAJE A ESPAÑA. — VUELTA A NÁPOLES

LA sed de almas que los consumía, impulsaba a Francisco y a Augusto a ensanchar su campo de acción; así, pues, ya consolidada la obra en Nápoles, pensaron venir a España, objeto de sus anhelos, cumpliendo, además, un deseo que Su Santidad les manifestara en la entrevista. Penalidades sin cuento hubieron de sufrir en tan largo viaje, realizado a pie, como de costumbre. Tal oposición hallaron en la Corte de Madrid, que, sin pérdida de tiempo, se encaminaron a Valencia para embarcarse con rumbo a Italia; pero antes permitió Dios que un ermitaño les revelase los grandes destinos de su Orden en esta católica nación.

Antes del embarque, reunió Francisco a toda la tripulación, y puestos a los pies de la Virgen venerada en una ermita a orillas del Mediterráneo, invocó a la «Estrella de los mares» y exhortó a los pasajeros a ponerse bajo su amparo, pues habían de correr graves peligros en la travesía. Al tercer día de navegación, desencadenóse horrorosa tempestad que amenazaba sepultar el navío. Oíase en medio de la borrasca un confuso y ensordecedor clamoreo, desgarradores ayes, potentes voces de mando, ahogadas con frecuencia por el estruendo de las velas, violentamente sacudidas por el aquilón, el crujir de los mástiles y el correr de las jarcias. En algunos intervalos de mortal silencio, oíanse fatigosas voces de oración y de aliento, luchando contra la general desesperación, pavor y angustia de los navegantes: eran las de Francisco y Augusto; oraban de continuo; sólo Dios podía librarles de la horrible tumba que el mar les preparaba en sus entrañas. Las encrespadas olas fueron arrastrando el barco hasta depositarlo en desconocidas playas sin la menor desgracia, a pesar de la furia del temporal.

Espontánea manifestación de regocijo y agradecimiento a nuestros Santos estalló en todos los pechos, pues no les cabía la menor duda que debían la vida a Francisco y Augusto; pero su humildad no podía sufrir tales muestras



LOS *delegados del Sumo Pontífice vienen a ofrecer la mitra y el pectoral al humildísimo San Francisco Caracciolo. Nuestro Santo está, cual otro San Alejo, en un rincón que él ha escogido para morada debajo de la escalera de la casa, tan estrecho y oscuro que parece un sepulcro.*

de veneración, por lo cual desembarcaron apresuradamente y fueron a esconderse en un espeso y dilatadísimo bosque del litoral. A poco, les rindió la fatiga y, no pudiendo ya con sus cuerpos, extenuados por la pasada brega, quedaron profundamente dormidos. Al despertar pensaron embarcarse de nuevo; mas desorientados como estaban, vagaron de acá para allá por la interminable selva, hasta quedar desfallecidos, por no haber encontrado en los cuatro días que anduvieron errantes el menor alimento. En tal extremo acudieron al Cielo, que no fué sordo a sus plegarias. Al terminar la oración divisaron una cabra junto a un árbol y a pocos pasos un pan moreno. Ordeñaron al animal y, restauradas sus fuerzas con tan sobrio alimento, prosiguieron su extraviado camino. Sin pensarlo vieron el mar a sus pies; estaban ya fuera del bosque.

Por unos pescadores se enteraron que se hallaban en territorio genovés, y que a poca distancia había un puerto, y un velero presto a zarpar. Subieron a bordo y, al entrar en Nápoles, advirtieron, sorprendidos, que merced a la tempestad habíaseles acortado mucho el viaje.

SAN FRANCISCO, GENERAL DE LA ORDEN

LA profunda humildad de Francisco hizo que considerara a don Augusto como superior suyo, poniéndose por completo en sus manos, a pesar de haber ejercido él mayor influencia sobre el naciente Instituto y gozar de mayor ascendiente entre los religiosos. Su padre y superior, nombre que daba a don Augusto Adorno, fué llamado por Dios, el 29 de septiempre de 1591, a recibir el galardón merecido. Quedaba, pues, Francisco al frente de una obra, que, según los designios divinos, debía él organizar y llevar a su apogeo. Elegido Superior General por unánime aclamación de sus religiosos, no tuvo más remedio que aceptar el alto cargo que tanto repugnaba a su humildad.

Aceptó, pues; pero a condición de que el plazo de generalato no excediese de tres años. Sus oraciones, trabajos y penitencias fueron en aumento: ayunaba a pan y agua tres veces por semana; llevaba clavado en sus carnes casi de continuo un cilicio; a diario tomaba la disciplina, y repartía las noches entre el estudio y los coloquios íntimos con el dulce Prisionero de su amor; apenas le quedaba tiempo para el sueño, y, cuando éste le vencía, frecuentemente dormía en las mismas gradas del altar, pudiendo repetir con la Esposa: «Yo duermo, pero mi corazón vela», y así su sueño era una continua vigilia en presencia del Amado. Tal era su amor a la pobreza, que nunca consiguieron que estrenase hábitos; los prefería usados, para lo cual cambiaba los nuevos por los que sus Hermanos hubiesen ya llevado.

SEGUNDO Y TERCER VIAJE A ESPAÑA

REVOLOTEABAN por su mente halagadores recuerdos de las proféticas palabras —que como tales las consideraba Francisco— del ermitaño valenciano, relativas al futuro florecimiento de su Orden en España. No menos le perseguían los ardientes deseos que el Sumo Pontífice le había manifestado. Convencido por tan poderosos motivos, resolvióse a probar fortuna por segunda vez con la casi seguridad de acierto. Salió, pues, de Napoles en compañía de otro religioso en 1594. Llegado que hubo a Madrid, púsose al servicio de los enfermos en el hospital italiano, que le sirvió de albergue. De allí mismo dirigió la súplica a Felipe II, quien le dió benévola acogida, y permitióle fundar un convento en Madrid, bajo la advocación de San José y al amparo del cardenal Quiroga, arzobispo de Toledo.

Compensó Dios la ruindad y estrechez de la casa con la abundancia de gracias que a torrentes derramaba sobre ella. En poco tiempo fué incalculable el bien realizado por estos humildes religiosos. Furioso el enemigo, suscitó contra el pobre convento a un poderoso señor de la Corte, el cual, con su influencia en el Consejo Real, procuró por todos los medios aniquilar tan santa obra. Ordenó el Consejo el cierre inmediato de la casa, concediendo a los religiosos un plazo de diez días para salir de España.

De súbito apareció el horizonte cargado de tormentosos nubarrones, por la categórica disposición de los poderes públicos. No le quedaba en lo humano resorte alguno por tocar. Francisco acudió, pues, a sus armas favoritas: la oración y la penitencia; con ellas sentíase con fuerzas para luchar contra las potestades infernales. Empezó por solicitar del rey una prórroga de quince días, que le fué otorgada; terminado este tiempo, solicitó otra, y también se le concedió. Impaciente, entretanto, el Consejo, se deshacía en amenazas contra los religiosos, a quienes, según decía, conduciría hasta la frontera y los expulsaría airadamente. No pudo nuestro Santo aguantar más; fué a palacio y echóse a los pies del monarca. Dios había oído sus ruegos. De tal modo trocó el corazón de Felipe II que, en oposición a su Real Consejo, admitió la fundación y permanencia de la Orden de Clérigos Regulares en sus reinos.

Francisco procuró dejar su Orden bien cimentada, conseguido lo cual regresó a Roma, donde fué cariñosamente recibido por el nuevo papa Clemente VIII, quien, sin poder disimular su alegría, escribió en persona al rey Felipe, interesándose mucho por la Orden. El mismo Papa fundó en Roma el hospicio de «San Leonardo» en junio de 1596.

La inquina, las pasiones humanas se habían desatado, en Madrid, contra la Orden de Clérigos Regulares, que fueron sometidos a malos tratos.

Tan grave situación exigía en Madrid la presencia de Francisco. que se presentó en ella, a los pocos días. Su primer pensamiento fué abogar por los enemigos de su Orden. Corrió a postrarse a los pies del Soberano implorando clemencia. Se trasladó en seguida a casa de su mayor enemigo, el cual, conmovido por tan heroico proceder y subyugado por el irresistible ascendiente que sobre él ejerció el Santo, le pidió perdón y se convirtió, desde entonces, en su mejor amigo y defensor. Fundó Francisco, además, un convento en Valladolid y otro en Alcalá de Henares. No fué, pues, infructuosa su tercera venida a nuestra patria. Innumerables milagros y prodigios señalaron su estancia en Madrid. Desde entonces fué conocido únicamente por el nombre de *Apóstol del amor divino.*

Un rasgo más, de su humildad, añadió a los innumerables de que había dado ejemplo: acostumbraba a saludar a María Santísima al pasar por delante de su imagen, con el *Avemaría.* En cierta ocasión lo hizo en alta voz, según costumbre. Era tiempo de silencio. Oyóle el superior y amonestóle en estos términos: «¿Ha olvidado usted que es tiempo de silencio?» Francisco postróse de hinojos para recibir la reprensión, y en tal actitud permaneció más de una hora, hasta que el superior le mandó levantarse.

Después de varios años de permanencia en España, donde la Orden se extendía de un modo sorprendente, volvió a Italia en 1604 y acabó de afianzar en su vocación, con el ejemplo de sus virtudes y la fuerza de sus milagros, a los Hermanos de su Orden. Curaba a los enfermos y arrojaba a los demonios del cuerpo de los posesos con sólo la señal de la cruz.

ÚLTIMOS SUCESOS DE SU VIDA

A Clemente VIII había sucedido en el solio pontificio Paulo V. Éste cedió al Instituto la iglesia de San Lorenzo «in Lucina» de Roma. Francisco edificó allí un convento, cuya inauguración se verificó en 1607. Desde entonces sólo pensó en prepararse a la muerte en el retiro, la oración y el silencio. A imitación de San Alejo, suplicó insistentemente a sus hijos, le dejasen por vivienda un rincón debajo de la escalera. En este mísero lugar le encontraron los delegados del Papa que fueron a ofrecerle la mitra y el pectoral. A las reiteradas instancias de los enviados respondía suplicante: «¿No veis que son muy breves mis días? ¿Por qué turbar mis últimos momentos? Con agigantados pasos veo acercarse la muerte; dejadme, por favor, prepararme a recibirla».

Con todo, una importante fundación reclamaba todavía su presencia: la de Agnona. Encaminóse allá en el mes de mayo de 1608. De paso por Loreto visitó la Santa Casa donde el Verbo se hizo carne, y permaneció en ella

toda la noche en oración para que la Santísima Virgen tomase bajo su amparo la Orden de Clérigos Regulares. Vióse, de repente, bañado en un foco de luz cuyo centro ocupaba su compañero don Augusto Adorno, quien le habló en estos términos: «Carísimo hermano, soy mensajero de María para decirte, de parte de tan bondadosa Madre, que gustosísima cubre con su manto a nuestra exigua familia, convirtiéndose desde ahora en su Protectora y Abogada. Otro encargo me ha dado y es: que dentro de pocos días serás llamado a la eterna felicidad». Y desapareció.

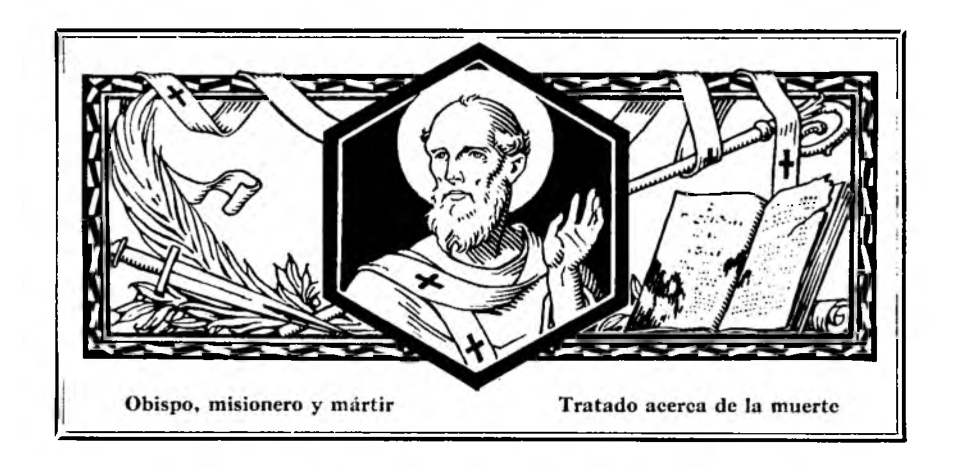
Continuó su camino Francisco hasta Agnona. Apenas llegado repetía con la más viva alegría: «Este es el lugar de mi descanso». Palabras incomprensibles para sus hijos, que le veían disfrutar de excelente salud.

El primero de junio enfermó de ligera calentura, que al poco tiempo fué en aumento y le obligó a acostarse. Vió que la hora señalada por María Santísima había llegado. Incorporábase en la cama como si intentara volar al cielo, no cesando de repetir: «¡Oh paraíso, oh paraíso!» La víspera del Corpus Christi, 4 de junio de 1608, recibió, con júbilo, el Viático, después tomó el Santo Cristo en la derecha y en la izquierda una imagen de María, y, contemplándolos, como fuera de sí, pasó los últimos momentos de su vida. Al atardecer, exclamó :«¡Vamos, alma mía, vamos!» —¿Adónde queréis ir, padre mío? —preguntóle un religioso. —Al cielo —contestó inundado de gozo, e inmediatamente entregó su alma en manos de la Divina Bondad. Tenía cuarenta y cuatro años. Fueron sus restos trasladados a Nápoles, donde se conservan y veneran.

Fué beatificado por Clemente XIV, el 16 de septiembre de 1769; y canonizado, el 24 de mayo de 1807, por Su Santidad Pío VII. Su fiesta se celebra con rito doble desde el 5 de agosto del mismo año.

SANTORAL

Santos **Francisco Caracciolo, fundador;** *Quirino, obispo y mártir; Optato, obispo de Milevo y confesor;* Clateo, obispo de Brescia y mártir; Arecio, Daciano y Picto, mártires en Roma, aunque nacidos en Mérida; Quirino, presbítero y mártir en Tívoli Rutilio y compañeros, mártires en Panonia; Pedro de Bono, en Cluny, gran propagador de la devoción al Espíritu Santo; Alono y Gualtero abades, Petroco, solitario en Bretaña. Santas Nenock, virgen y abadesa; Saturnina, virgen y mártir, en Arrás; Sofía y sus dos hijas, mártires en Egipto, Lucencia, virgen; Breaga, virgen, discípula de San Patricio Lucea y otras compañeras, mártires en Tesalónica. Beata Margarita, abadesa; Francisca, virgen.



DIA 5 DE JUNIO

SAN BONIFACIO

ARZOBISPO DE MAGUNCIA Y MÁRTIR (680 - 755)

CORRÍAN los días del año 718 cuando el papa San Gregorio II recibía en audiencia a un monje anglosajón que, postrado a sus pies, le entregaba una carta del obispo de Winchester, solicitándole atendiese benignamente la petición del peregrino. Aquel humilde monje que confiadamente se presentara entonces al Sumo Pontífice era Winfrido, el gran apóstol de Alemania que la historia conocería con el nombre de Bonifacio.

Créese que nació por los años de 680 en la ciudad de Kirton —hoy Crediton— en el Devonshire. Ya desde niño dió muestras de lo que había de ser andando el tiempo, pues a los cinco años, habiendo oído predicar una misión a ciertos monjes, determinó abrazar a su vez la vida monástica. Y aunque procuró su padre por todos los medios disuadirle de aquella idea e inclinarle a las cosas del mundo, ni valieron ruegos ni influyeron halagos y amenazas; tanto más se resistía cuanto mayor era el combate, y aun de la misma lucha fué aprendiendo para conseguir más ilustres victorias.

Atacado su padre por una grave dolencia que le puso casi repentinamente a las puertas de la muerte, conoció ser aquello castigo de Dios por la violencia hecha a su hijo, y, llorando su culpa, condescendió con él y le envió

al monasterio de monjes benedictinos de Exéter, cuando apenas contaba siete primaveras.

Allí estuvo algunos años el santo niño, dándose al ejercicio de la virtud y al estudio de las letras con notable aprovechamiento. Con la bendición de su abad, se mudó luego al monasterio de Nursling, en la diócesis de Winchester, donde hizo tales adelantos en las ciencias convenientes a su estado, que era la admiración de todos los monjes y mereció que sus superiores le juzgasen digno de desempeñar una cátedra de Teología. La fama de su santa vida, rara habilidad y excelente doctrina cundió muy presto por toda Inglaterra. De todas partes acudieron discípulos deseosos de oír a tan sabio maestro; los mismos reyes se consideraban honrados de tener por consejero y árbitro al monje Winfrido.

Otra vez parecía que el mundo quería tentar al joven monje que en edad tan temprana había dicho adiós a sus importunas solicitaciones. Pero Winfrido, firme e inquebrantable como al principio, no sólo no pensó en sacar provecho para su medro personal de la confianza que le mostraban los poderosos del mundo, sino que rehusó las dignidades eclesiásticas. Contentóse con ordenarse sacerdote siendo de edad como de treinta años, y de allí en adelante se dió con nuevo ardor a la oración, contemplación y austeridad de vida. Y es que se sentía movido a cosas mayores para honra y gloria de Dios; pensaba en los dilatados países de Alemania que eran todavía paganos, y este pensamiento encendía en su corazón grandísimas ansias de ir a predicar el Evangelio a los infieles y sellar su predicación con el martirio. Ésta era por entonces la única aspiración del famoso profesor de Nursling: la de llegar a ser apóstol de Alemania.

PRINCIPIA SU APOSTOLADO

NO tardaron en cumplirse aquellos nobles anhelos de su alma de apóstol. El año de 716 dejó Winfrido el monasterio de Nursling con licencia de su superior y pasó a la ciudad de Utrecht, en cuyo territorio esperaba poder dilatar más y más la obra de su compatriota San Wili- Wili-
brordo, primer apóstol de Frisia, y a la sazón obispo de Utrecht. Pero al poco tiempo, la persecución de Radbodo, rey de los frisones, cruel enemigo de los cristianos y destructor de iglesias, le obligó a dejar aquel país. Muy afligido aunque no desalentado con aquel primer fracaso, volvió el celoso misionero al monasterio de Nursling.

Poco tiempo permaneció el Santo en su convento. Estando en él, murió el abad Wiberto. Entonces los monjes rogaron a Winfrido que quisiese ser su superior, esperando que con esto lograrían que el Santo permaneciese en su com-

pañía; pero él se negó con toda humildad, manifestando de paso a los monjes el propósito que tenía de volver a evangelizar la Frisia. Ellos, entendiendo que era voluntad de Dios, se resignaron y le dejaron ir. Tomó, pues, otra vez el bordón de peregrino, se despidió de los monjes y dejó ya para siempre a Inglaterra.

Antes de emprender este segundo viaje, se fué al obispo de aquel lugar, y le declaró que era su intento dirigirse a Roma para visitar los cuerpos de los gloriosos príncipes de los Apóstoles San Pedro y San Pablo; suplicóle que le diese su bendición y cartas testimoniales de su vida para el Sumo Pontífice Gregorio II. El obispo lo hizo todo de muy buena gana, y Winfrido partió, acompañado de otros siervos de Dios que tenían el mismo espíritu y querían imitarle.

Llegó a Roma, cumplió con su devoción, besó el pie al Papa y le manifestó su deseo y la causa de su ida a Roma. El santo pontífice, vistas las cartas del obispo y entendiendo que aquél era negocio del Señor, le recibió con gran benevolencia y trató varias y graves cosas con él. Finalmente le hizo predicador apostólico, y con fecha 15 de mayo de 719 le dió un Breve muy favorable para que predicase el Evangelio a todos los infieles de cualquier parte del mundo, mandándole que siguiese en todo la liturgia romana y le avisase de lo que para la buena ejecución de tan alto oficio hubiese menester. Además le mudó el nombre de Winfrido por el de Bonifacio.

Recibida la bendición de Su Santidad salió de Roma para Alemania y, pasando por Lombardía, visitó a Luitprando, rey de los longobardos, del cual fué muy bien recibido. De allí, a través de los Alpes, entró en Baviera y Alemania hasta llegar a la provincia de Turingia. Obedeciendo al deseo del Sumo Pontífice, observaba con gran atención las comarcas por donde pasaba y, como dice su hagiógrafo, imitaba a la abeja que revolotea un rato sobre todas las flores del jardín antes de posarse sobre el cáliz de la flor preferida.

Estaba en Franconia cuando tuvo noticia de la muerte de Radbodo. Embarcóse entonces para Frisia y se llegó a la ciudad de Utrecht para proseguir con el obispo San Wilibrordo la labor interrumpida hacía tres años. Allí permaneció por espacio de otros tres, sirviendo al prelado con extremada humildad, obediencia y caridad, desarraigando las paganas supersticiones, instruyendo a los neófitos y edificando iglesias al verdadero Dios.

Quiso el santo obispo, que era ya muy anciano, retirarse a descansar, y rogó a San Bonifacio, a quien juzgaba muy digno de continuar aquella empresa, que aceptase el obispado y se encargase de aquella iglesia; pero no pudo lograrlo. San Bonifacio rehusó, alegando que no había cumplido los cincuenta años que entonces se requerían para ser consagrado obispo.

Dejó luego la Frisia con licencia de San Wilibrordo y partió para el centro de Alemania. En el viaje se detuvo en el monasterio de Pfazel, cerca de

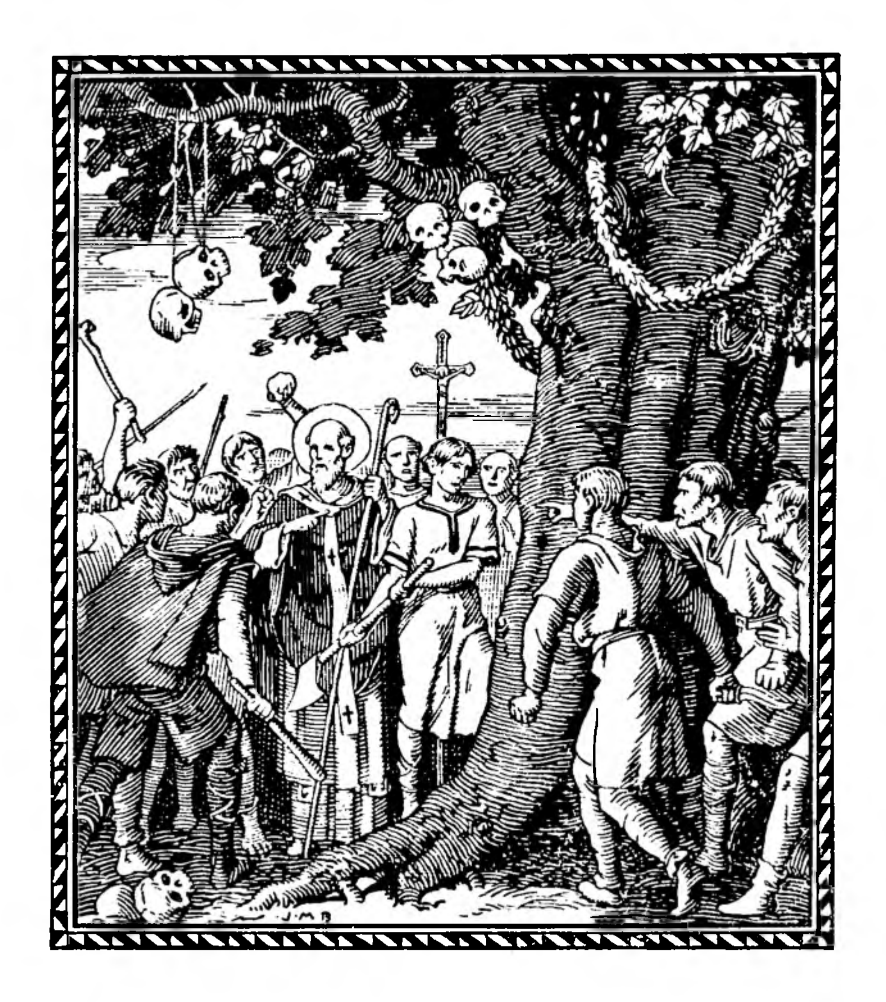
Tréveris. Era allí abadesa una hija del rey Dagoberto II, llamada Addula, la cual había entrado en religión después de la muerte de su marido. Comió el Santo con las religiosas, y después empezó a explicar a la comunidad lo que se había leído durante la comida. Estando en esto, un nieto de Addula, llamado Gregorio, de quince años de edad, como inspirado del Señor, declaró delante de todos que también él quería tener parte en los trabajos y sudores del celoso misionero; efectivamente, andando el tiempo se mostró digno discípulo de San Bonifacio.

Seguido de su nuevo discípulo, entró el Santo en Turingia. Las dificultades que allí se le ofrecían eran muchas y grandes. Las cristiandades tan florecientes fundadas por San Kiliano habían sido desbaratadas por los bárbaros, dueños y señores de aquella parte de Alemania. Privados como estaban de toda ayuda espiritual, los cristianos se olvidaban fácilmente de las promesas del Bautismo y aun muchos de ellos ofrecían sacrificios a los ídolos. A pesar de todas estas dificultades, el santo misionero mudó en pocos meses la faz de aquella provincia. Los paganos dejaban sus chozas de ramaje, y gustosos seguían al santo apóstol para oír la divina palabra; los ya bautizados se afirmaban en la fe y volvían a la práctica de la vida cristiana.

Estos magníficos resultados costaron al Santo grandes trabajos, fatigas y angustias. No le faltaron tampoco ratos de desaliento, en los cuales descubría su alma confidencialmente al obispo de Winchester, escribiéndole para pedirle consejo y dirección: «Suelen los hombres —le decía en una carta— buscar consuelo en sus ratos de tristeza y aflicción, cerca de los amigos que por su sabiduría y autoridad les infunden mayor confianza. Por eso quiero yo declarar a vuestra paternidad las angustias de mi alma afligida». El prelado aconsejó a su antiguo discípulo un método de evangelización señalado por el papa San Gregorio Magno, y que un año antes había dado excelente resultado a San Agustín en la conversión de Inglaterra. Decíale que no era menester combatir de frente los errores de los paganos ni altercar sobre la genealogía de sus dioses, sino proceder con discreción y hacerles explicar sus creencias, llevándolos primero al convencimiento de que esos dioses no son eternos en su origen.

OBISPO DE ALEMANIA

EL año 722, San Bonifacio, que deseaba sumamente ser guiado y aconsejado, envió a Roma uno de sus familiares llamado Binna, para que particularmente diese relación al Sumo Pontífice Gregorio II de lo que había hecho y del estado en que quedaba la Iglesia de Cristo en aquellos países, y pidiese a Su Santidad respuesta para las dudas que por carta le proponía.



SAN *Bonifacio hace dar con el hacha en el árbol de Júpiter dedicado a los demonios. El árbol, por virtud del Todopoderoso, cae hecho pedazos en cuatro partes. Viendo el milagro, los gentiles se convierten y nuestro Santo manda edificar en aquel sitio un oratorio en honor del apóstol San Pedro.*

El Papa recibió con mucho agrado al embajador de Bonifacio; pero no se contentó con aquel mensaje, y así, al despedir al delegado Binna, le dió orden por escrito para que Bonifacio en persona fuese a verle a Roma. El Santo, como hijo de obediencia, acudió luego y el Papa le recibió en la basílica Vaticana ante la Confesión de San Pedro. Finalmente, el día de San Andrés, 30 de noviembre de 722, le consagró obispo y le otorgó, además, jurisdicción ilimitada sobre todas las Iglesias de Alemania. Prometió ayudarle y favorecerle perpetuamente y le dió letras apostólicas para el duque Carlos Martel que a la sazón gobernaba el reino de los francos y para los otros príncipes eclesiásticos y seglares cristianos de Alemania, por las cuales les recomendaba a Bonifacio, y les rogaba que le amparasen y defendiesen.

Estaba un día el Santo predicando en Geismar, cuando vinieron a decirle que allí cerca había un árbol de extraordinaria corpulencia dedicado a Júpiter. Era el famoso «roble de Thor», al que los paganos daban culto secular. Confiando en el poder de Dios, determinó el Santo cortarlo y arrancarlo. Fuése, pues, al ídolo resuelto a hacerlo pedazos; pero los paganos, al saberlo, le siguieron en tropel para estorbárselo y para matarle como a enemigo de sus dioses. En breve toda la población en armas se agrupó alrededor del ídolo, dispuesta a vengarse de los audaces que se atreviesen a profanarlo.

Iba el Santo acompañado de los clérigos y de algunos fieles servidores, pero no pudo evitar que los paganos le cercasen. No se asustó Bonifacio, antes mandó dar con la segur en el árbol. Oyóse entonces un furioso clamoreo; la muchedumbre enardecida iba ya a extremar la violencia, pero de repente retrocedieron todos, sobrecogidos de pavor extraordinario. Aquel árbol gigantesco empezó a crujir y, derribado por una fuerza invisible, cayó a los pies del Santo hecho pedazos en cuatro partes. Viendo este milagro, los gentiles se convirtieron y respetaron a aquel hombre, cuyo poder era superior al de sus dioses. Todos ellos pidieron el Bautismo. Jesucristo había triunfado. Para celebrar esta victoria, San Bonifacio hizo edificar un oratorio al apóstol San Pedro con la madera de aquel mismo árbol.

Predicó San Bonifacio en Turingia por espacio de siete años con admirable fruto. No se contentó con instruir a los infieles, sino que también puso mucho cuidado en arrancar las espinas y malezas de los vicios que entre los fieles y cristianos habían crecido.

La manera de apostolado que más abundante fruto dió al insigne apóstol benedictino fué la de fundar monasterios en la provincia, los cuales llegaban a ser centros de misión, educación, ejemplo y oración; en suma, verdaderos focos de civilización. El más famoso fué el monasterio de Fulda, que vino a ser para Alemania lo que el de Monte Casino para Italia.

Hubo también valerosas mujeres que acudieron de Inglaterra para ayudar al celoso misionero y ocuparse de otros monasterios de vírgenes por él fundados. Las santas religiosas Cunigilda, Tecla, Valburga y Lioba fueron a

vivir en medio de aquellas gentes semisalvajes, y por su mansedumbre, oración y vida retirada y silenciosa, ejercieron gran influencia sobre aquellos pueblos.

Y por cierto que fué providencial la llegada a Alemania de estas santas mujeres precisamente cuando comenzaba la civilización germánica, pues como muy acertada y bellamente se dijo, «ha dispuesto la divina Providencia que junto a todas las cunas vele amoroso el corazón de la mujer».

ARZOBISPO DE MAGUNCIA

UNA de las primeras cosas que hizo el papa San Gregorio III, sucesor de San Gregorio II, fué enviar el palio a San Bonifacio (732), haciéndole con esto arzobispo. Lo que hasta entonces había sido diócesis de Alemania, pasó a ser provincia eclesiástica y quedó dividida en varias diócesis gobernadas por otros tantos obispos elegidos y ordenados por nuestro Santo. Él no tenía sede fija, a pesar de ser el metropolitano. Así podía darse más libremente al cuidado de los intereses generales. Pasados trece años determinó residir en Maguncia, cuya sede pasaba a ser, con aprobación del papa San Zacarías, la metrópoli religiosa de Alemania.

Por deseo del Vicario de Jesucristo, se dilató más aún el campo de las misiones de Alemania. La necesidad que sentía San Bonifacio de pensar y obrar en toda ocasión en conformidad con las ideas y deseos del Sumo Pontífice, le decidió a emprender por tercera vez el viaje a Roma, donde permaneció casi un año (738-739). Volvió acompañado de un pariente suyo, el monje Winebaldo, con encargo de dar cabo a la ordenación de la jerarquía eclesiástica en Baviera, Hesse y Turingia.

Lo primero que hizo en Baviera fué celebrar un concilio, nombrar obispos para las sillas de Salzburgo, Friesing y Ratisbona, y fundar la sede de Eichstaett. Con eso quedó establecida canónicamente una jurisdicción regular en Baviera. En la provincia de Hesse fundó la sede de Buraburgo, y en Turingia, las de Erfurt y Wurtzburgo.

INFLUENCIA DEL SANTO EN FRANCIA

SAN Bonifacio fundó la Iglesia de Alemania, pero también reformó la Iglesia de las Galias, y difícil es dilucidar cuál de estas dos magnas obras ha sido más fecunda en frutos de salvación». Así ha escrito Godofredo Kurt, sabio belga, cuyo juicio sobre el apostolado de nuestro Santo merece ser explicado.

La jerarquía metropolitana atravesaba días de flojedad en el reino franco, y fué restaurada por San Bonifacio, lealmente favorecido por Carlomán y Pipino el Breve, hijos de Carlos Martel. Procuró que se celebrase concilio cada año, cuando hacía ya casi un siglo que no se celebraban. Promulgó muchas y sabias prescripciones para reformar la manera de vida de los clérigos; les prohibió llevar armas, dedicarse a la guerra, a la caza y al cuidado de los halcones. Los cristianos, y más aún los campesinos, estaban totalmente contaminados por antiguas ideas mitológicas y honraban inconscientemente a la vez a Jesucristo y a Wodán.

La autoridad civil cooperó con la religiosa en la lucha contra las prácticas paganas. Finalmente, los príncipes francos prometieron devolver a la Iglesia los bienes de que la despojara Carlos Martel. Todas estas reformas fueron aprobadas por un Concilio general celebrado en el año 745, el mismo en que San Bonifacio ocupó la silla arzobispal de Maguncia.

Carlomán había vivido hasta entonces totalmente indiferente en materia de religión, por haberse criado entre guerreros. Por los consejos de San Bonifacio, mudó de vida y se hizo a su vez apóstol. De allí adelante estuvo siempre dispuesto a defender los derechos de la Iglesia, a usar de su autoridad para hacer respetar las leyes canónicas, y poblar a Alemania de misioneros. El Señor le premió con gracias muy señaladas: Carlomán renunció a los honores terrenos, tomó hábito monástico, se retiró a Monte Casino y mereció ser contado en el número de los Beatos. Los benedictinos celebran su fiesta del 17 de agosto. Este renunciamiento de Carlomán fué causa de gloria y grandeza terrenales para su familia porque, abdicando él, quedaba único rey Pipino, su hermano. Los francos, que necesitaban un defensor valeroso contra los sajones que los amenazaban por el norte al tiempo que los sarracenos invadían el sur, determinaron coronar por rey a Pipino y privar del reino al débil Childerico, descendiente de Clodoveo.

El año 752, volvió San Bonifacio a Francia en calidad de legado pontificio, y luego de recibir el juramento de Pipino, lo coronó en la catedral de Soissons.

La Iglesia y el trono andaban de la mano en Francia ya pacificada, y preparaban así unidos el reinado de Carlomagno. Alemania evangelizada había recibido, junto con el derecho canónico, la organización eclesiástica, por lo que no eran ya de temer en ella conflictos de jurisdicción. El Santo había dado cima a su apostólico ministerio en aquellas comarcas. Juzgó entonces que podía emprender sus correrías apostólicas por tierras de infieles.

Mas antes de partir, proveyó a las cosas de la Iglesia de Maguncia y a las otras de Alemania. Dejó de obispo en su lugar a un discípulo suyo llamado Lullo, y en carta conmovedora que escribió a Pipino le encomendó que cuidase y amparase a todos los sacerdotes, religiosos y monjas llegados de Inglaterra. Con eso, se embarcó para Frisia con algunos clérigos y monjes.

MARTIRIO Y CULTO DE SAN BONIFACIO

EL día 5 de junio del año 755, se detuvo el santo arzobispo cerca de Dokkum, ciudad situada en el extremo septentrional de Frisia. Todo estaba ya dispuesto para la celebración del Santo Sacrificio, y sólo se esperaba que llegasen los numerosos neófitos que habían de recibir la Confirmación. Al amanecer, vióse venir a lo lejos innumerable muchedumbre de gentes; pero, ¡ay!, no los que se esperaban.

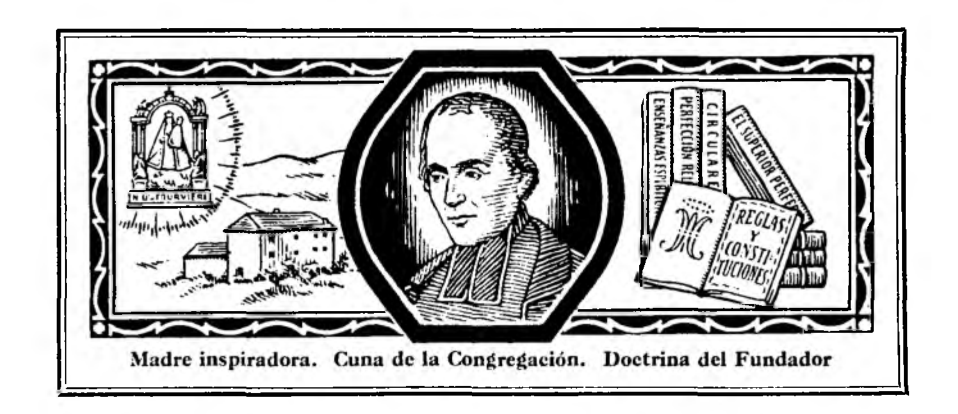
Eran paganos que, atraídos por la esperanza del pillaje, cayeron armados sobre el Santo y sus compañeros. Los clérigos y criados de Bonifacio quisieron tomar las armas para resistirles, pero el Santo salió de su tienda y les dijo: «Dejad las armas, hijos míos, y ya que ha llegado ocasión de alcanzar la corona, seamos fuertes en el Señor, el cual salvará nuestras almas».

Adelantóse él primero hacia los bárbaros, y los clérigos y servidores le siguieron: todos ellos lograron en ese día la corona del martirio. Al lado de San Bonifacio se halló un libro salpicado de su sangre titulado *Del beneficio de la muerte,* cuyo autor es San Ambrosio.

El cuerpo de San Bonifacio se halla en el monasterio de Fulda por mandato del mismo Santo. Un año después de su muerte, un Concilio de Inglaterra lo nombró patrono de aquel país, y un siglo más tarde ya era venerado en toda Alemania. Pío IX mandó celebrar la fiesta de este Santo con rito doble.

SANTORAL

Santos **Bonifacio, obispo y martir;** *Sancho, mártir en Córdoba; Doroteo, presbítero y mártir;* otro Doroteo, solitario de la Tebaida; Adelardo, obispo, y Eobano, mártires, compañeros de San Bonifacio; *Marciano, Nicanor, Apolonio y compañeros, mártires en Egipto, s.* IV; Aldegrino, convertido por Odón, fundador de Cluny; Florencio, Julián, Ciriaco, Marcelino y Faustino, degollados en la persecución de Decio, año 250; Amando, Alejandro, Lucio y Audaldo, mártires en Carcasona, siglo IV; Eutiquio, obispo de Como, en el siglo IV. *Beato Fernando, infante de Portugal, siglo* XV. Santas Zenaida, Ciria, Marcia y Valeria, que sufrieron toda clase de torturas: caballetes, ruedas de púas, uñas de hierro, hoguera y degollación, en Cesarea de Palestina, en los primeros años del siglo IV; Florencia, mártir en Perusa, bajo Decio.



Madre inspiradora. Cuna de la Congregación. Doctrina del Fundador

DIA 6 DE JUNIO

Vble. MARCELINO CHAMPAGNAT

FUNDADOR DEL INSTITUTO DE LOS HERMANOS MARISTAS
(1789 - 1840)

SUJETA la *Historia*, como todo lo humano, al choque y evolución de las ideas, preséntanse en ella ciertos desniveles repentinos que originan y dan carácter a las distintas épocas. Cada una de éstas, animada por un espíritu peculiar que actúa en consonancia con la ideología ambiente, necesita, dentro del campo religioso, una réplica adecuada. Y por eso, cuando aparece un punto de hostilidad frente a la Iglesia, surgen los apologistas, como surgen incontables los mártires ante la persecución; y las Órdenes monásticas cuando es preciso neutralizar el desorden que acompaña al período guerrero; y los místicos de Asís en el punto en que los reclama la moral para luchar contra la disolución y la indiferencia.

Precisamente en el año 1789, al tiempo que nacía en Francia la trágica Revolución, vió la luz aquel Marcelino Champagnat que, andando el tiempo, acudiría a remediar el daño social más grave que de la citada convulsión derivara. Cuando en su orgullo se empeñaban los hombres en reconstruir la colosal estatua de sus errores, desprendíase del monte cercano la piedrecita que, golpeándolo en su base, haría bambolear el ciclópeo trabajo.

LA FLOR DE UNA VIDA

HIJO de humilde hogar, nació Marcelino en Rosey, pintoresca y diminuta aldea caída como un engarce en las abruptas montañas francesas de Forez. Fueron sus padres gente sencilla y temerosa de Dios, renombrada en el pueblo por su probidad y cristianas costumbres. El padre, Juan Bautista Champagnat, al par que cuidaba la pequeña propiedad casera, atendía a la administración del molino del lugar. La madre, María Chirat, hacendosa y diligente ama de casa, dedicábase por entero a los cuidados domésticos y a la educación de los nueve hijos con que el Cielo los había honrado.

La vida familiar transcurría allí plácidamente, distribuída entre las ocupaciones de lo exterior y el gobierno íntimo; entre los afanes del trabajo y las dulzuras hogareñas; con absoluto respeto a las leyes divinas y a las buenas tradiciones familiares que ayudaban a mantener viva la piedad. Rezábase diariamente el Santo Rosario; leíanse aquellas Vidas de Santos que constituyeron el deleite espiritual de nuestros mayores; y se hacía de la vida parroquial una como fuente de la devoción y del fervor personales.

Así pudo Marcelino prepararse con exquisito cuidado a la solemnidad de la Primera Comunión, acontecimiento que realizó a los once años y del que sacó vigoroso impulso para su vida interior.

No poco tuvo que ver en la decisiva orientación espiritual de Marcelino una tía suya, religiosa expulsada del convento por la Revolución; porque ella, completando el trabajo de la madre, volcó también su alma en la del pequeño hasta hacer arraigar en lo más profundo del tierno corazón aquellas convicciones que un día le llevarían a realizar su excelsa misión.

Ciertamente hubo de influir en el ánimo de ambas un suceso portentoso que por varias veces observaron cuando aun estaba Marcelino en los albores de su vida. Y fué que una fulgente llama, brotándole del pecho, luego de permanecer largo rato sobre la cabeza del niño, revoloteaba sobre su cuna y ascendía para, en seguida, desaparecer. Fenómeno misterioso que despertó más de un dulce presagio en el corazón de las piadosas mujeres y de cuantos llegaron a observarlo.

En tal ambiente de religión e intimidad, transcurrieron fecundos los primeros años hasta que Juan Bautista tomó sobre sí la tarea de preparar a su hijo para la vida iniciándole en los trajines del propio oficio.

Marcelino se amoldó perfectamente a los planes de su padre, pues juzgaba, como él, que en aquellas ocupaciones habría de resolverse el enigma de su porvenir. No tardaron, uno y otro, en comprender, que eran muy distintos los designios del Cielo.

UN RUMBO NUEVO

SOÑABA Juan Bautista Champagnat con hacer grandes cosas de aquel niño que tan despejado y dispuesto hallaba para sus proyectos. Y soñaba Marcelino que la vida le abría hacia el futuro un determinado horizonte lleno de esperanzas punto menos que realizadas ya. Creían ambos haber dado con la solución exacta del problema: seguiría el hijo los rumbos en que le precediera el padre. Tales eran los planes del hombre. El Señor, que todo lo dispone y ordena a su mayor gloria y al bien de los elegidos, proyectaba muy distintamente.

Pasando por aquellos lugares un sacerdote a quien su prelado enviaba en busca de aspirantes para el Seminario, detúvose en casa de los Champagnat. Cuando hubo expuesto al jefe de familia el motivo de su viaje y obtenido de él la correspondiente autorización, inquirió entre los muchachos por ver si alguno se orientaba hacia el sagrado ministerio. Las contestaciones fueron tan respetuosas como terminantes: ni habían pensado nunca en estudiar latines ni aspiraban en el presente a cambiar de estado.

Reiterada la pregunta al menor de todos, Marcelino, quedóse el joven perplejo sin atinar a responder. Por primera vez en la vida se encontraban sus ideales frente al problema de la verdadera e ignorada vocación. Tal lo entendió asimismo aquel piadoso sacerdote que hubo de decirle como inspirado por Dios: «Hijo mío, debes comenzar inmediatamente tus estudios, pues el Señor te llama al Sacerdocio».

Comprendiendo Marcelino que el porvenir, al ofrecérsele desde aquel aspecto nuevo e inesperado, echaba por tierra los cálculos de otros días tan risueñamente acariciados por él y por su padre, pensó en lo doloroso que iba a serle el romper con las viejas ilusiones para acudir a entregarse, lejos del calor familiar, a la ardua tarea de los estudios.

Breve fué la lucha, sin embargo; junto a un futuro halagador y fácil, se le ofrecía otro mucho más costoso y humanamente menos prometedor. Marcelino quería, ante todo, seguir los deseos de Dios; y optó por el segundo.

SACERDOTE Y FUNDADOR

TUVO, en efecto, que luchar denodadamente para poder mantenerse en la nueva trocha. Los primeros encuentros con los libros, harto descorazonadores, y la incomprensión de algunos maestros, sobrado fáciles en juzgar, parecieron querer doblegarle. Marcelino, que entreveía como como una lucecita alentadora la voluntad del Cielo, se mantuvo firme en su ideal y

acudió con fervorosísima esperanza a la oración. La Virgen Santísima, Madre bondadosa a cuyo amparo se confiara ciegamente el día en que se sintió llamado al Sacerdocio, fué el refugio ordinario de sus preocupaciones y zozobras; en Ella encontró, como habría de encontrar siempre en la vida, aquella energía y aquella tenacidad que sirven de pedestal al triunfo. Comprendió desde un principio que con tan extraordinaria Abogada se le allanarían todos los tropiezos en la ruta de ascenso hacia Dios. Y así sucedió, efectivamente, ya que no tardó en recuperarse del tiempo perdido en los comienzos. Su piedad y su modestia ocultaban a la admiración de los hombres un alma de temple robustísimo e indomable que se había propuesto llegar a donde el Cielo quería, y a la que el Cielo se adelantaba para desbrozarle el camino.

Cuando dió fin a sus estudios humanísticos, ingresó en el Seminario Mayor de Lyón para completarlos con los de Teología. Allí trabó conocimiento y amistad con dos jóvenes condiscípulos que andando el tiempo darían mucha gloria a Dios: Juan María Vianney —el famoso «Cura de Ars» elevado años después al honor de los altares— y el Venerable Juan Claudio Colín, fundador de la Sociedad de María.

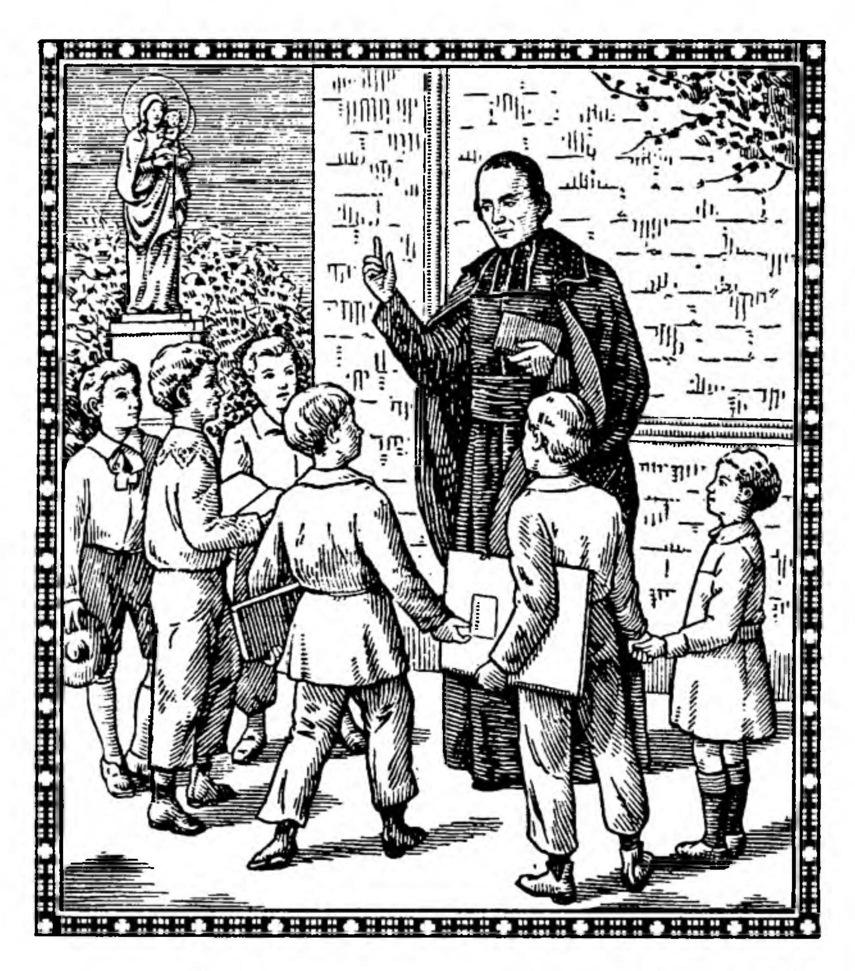
Ayudado, pues, por la divina gracia, llegó el Venerable Marcelino a las puertas mismas de la ordenación sacerdotal, la cual se realizó el 22 de julio de 1816. Su primer cuidado fué, entonces, acudir al santuario mariano de Fourvière para dar rendidas gracias a la dulcísima Reina de sus pensamientos, a aquella Madre amorosa a Quien él eligiera en el Seminario como confidente de sus penas y aliento para sus trabajos.

Muy pocos días después de su ordenación, fué designado como Coadjutor de la parroquia de La Valá, en el departamento del Loira. Y apenas hubo llegado, se dedicó con afán a levantar el espíritu religioso de sus feligreses.

El pueblo, pronto en reconocer los tesoros de santidad y talento que encerraba aquel santo varón, se prestó dócilmente a secundarlo en sus aspiraciones apostólicas. Y al tiempo que se emprendía ardorosa campaña contra la rutina y la despreocupación, atacóse a la inmoralidad, causante en la aldea de gravísimos daños. En este aspecto, realizó nuestro Venerable una ingente labor, ya expurgando de libros malos los hogares, ya desterrando bailes y modas indecentes.

La gran estima que los fieles sintieron desde un principio por el buen Padre, trascendió muy pronto a las comarcas vecinas hasta hacer que acudieran las gentes en gran número para escuchar sus predicaciones.

Por otra parte, a todo se prestaba con infatigable actividad sin que hubiera apuro ni trabajo extraños a su celo y sin que influyeran en su ánimo los rigores del tiempo o las dificultades de los caminos. Puede decirse que el día y la noche se daban la mano para no interrumpirle en su santa ambición.



GRABAR *en el alma de los jóvenes la estampa y las virtudes de María, tal fué, siempre, la santa ambición del Venerable Marcelino Champagnat, el cual solía repetir a sus Hermanos: «Si conseguís inculcar en el corazón de los niños la devoción a nuestra Santísima Madre, podéis estar seguros de su salvación».*

Una vez, mientras prestaba asistencia religiosa a un jovencito que se moría sin conocer las verdades fundamentales de la Religión, brotó incontenible de su alma una idea que ya en el Seminario le preocupaba: fundar una Congregación cuyos miembros, dedicados exclusivamente a la enseñanza, llevarían a la juventud —base de la sociedad— aquellos principios constructivos indispensables que le fueran arrebatados por la Revolución.

Sintió la nueva incitación con la misma fuerza con que años antes, siendo niño, se había conmovido ante el llamamiento de Dios; y comprendió que sólo dando cima a esta nueva inspiración de lo Alto se cumpliría totalmente su vocación. Sin descuido, pues, de sus otros deberes, luego de colocar la empresa bajo la advocación de María, púsose a trabajar de lleno en ella.

Encontró en un joven feligrés —Juan María Granjón— disposiciones de talento y voluntad que le hicieron juzgarlo muy a propósito para servir de sillar primero en su obra, y se dedicó con ahinco a instruirle, prestándose de paso a darle dirección espiritual.

Pocos días después se le presentó espontáneamente otro jovencito a quien animaba vivo deseo de seguir la vida religiosa. Expuso el Venerable sus proyectos de Juan Bautista Audrás —que así se llamaba el muchacho— y propúsole participar en ellos. Convencido de que tal era la voluntad del Señor, aceptó Audrás complacidísimo y se unió a Granjón. Con sólo estos dos elementos y en una ruinosa casita comprada con el importe de un préstamo, se iniciaba, el 2 de enero de 1817, el Instituto de los Hermanos Maristas.

Nació la nueva Congregación con todos los honores de la más extremada pobreza —cual cumplía a una obra de Dios—, pero nació llevando en su espíritu una incalculable reserva de energías que la harían imponerse muy pronto a las circunstancias. Y aunque se hicieron muy cuesta arriba los comienzos, en nada se atenuó el espíritu apostólico del santo Fundador, al cual no acoquinaban las opiniones de los hombres cuando se sentía respaldado por Dios. Y fué maestro de novicios, profesor, director de conciencia y pedagogo, sin que la multiplicidad de ocupaciones estorbara a sus deberes parroquiales. Cosa era que pasmaba a sus contemporáneos, y que llamó la atención de sus biógrafos, el ver con qué facilidad y extraordinario criterio contemplaba y resolvía problemas referentes a materias tan dispares, a veces, entre sí. Hasta cuando se trató de los duros trabajos de la construcción, supo entregarse como un técnico y obrero más, sin que le estorbaran prejuicios ni comentarios.

A pesar de este despliegue exterior, mantuvo incólume su vida íntima. Para ella reservaba largas horas del día y no pocas más robadas al sueño. Precisamente de esta actividad espiritual, intensamente vivida, sacaba el apostólico varón luces y fuerzas para toda su obra. Y gracias a ella pudo inyectar en el naciente Instituto aquella vitalidad que, pocos años más tarde, lo haría manifestarse al mundo con fecundidad y exuberancia extraordinarias.

EN EL YUNQUE DE LAS PRUEBAS

NO era suficiente con las pruebas pasivas de la dificultad natural, las cuales, no obstante, hubieran desalentado a quien no sintiera como el Venerable el premio de la Voluntad divina. No bastaban aquéllas; era necesario, además, para que nada faltara en las planes del Cielo, el trabajo de la oposición activa, humanamente razonada y calculadora.

Fué, en un principio, el combate contra la iniciativa en sí misma por parte de algunos que la juzgaban innecesaria, inoportuna y hasta contraproducente. Luego vino la negación de la ayuda material indispensable, seguida por la maledicencia, piqueta demoledora de los grandes entusiasmos.

Como quiera que entretanto arreciaran los aprietos económicos, el tesonero Fundador hubo de recogerse con los suyos en la intimidad de la propia confianza y en la seguridad del apoyo de Dios. —«¿Qué puede faltarnos —decía— si tenemos a nuestra disposición los tesoros inagotables de la Providencia? Aun cuando el mundo entero se volcara contra nosotros, nada debemos temer, pues Dios está de nuestra parte». E innúmeras veces acudió esa Providencia Divina en ayuda de su siervo cuando ya en lo humano se habían desvanecido todas las esperanzas. Tal un día en que, llamado al locutorio, díjole el visitante que allí le aguardaba: —«Perdonadme, Padre, que os haya molestado; pero me ha parecido oportuno traeros esta pequeña donación». Y, al decirlo, alargaba una bolsa con tres mil francos. Precisamente en el momento en que el santo Fundador había sido interrumpido, estaba en su habitación orando fervorosamente porque uno de los acreedores, a quien se le debían dos mil, los reclamaba ineludiblemente para aquel mismo día; y no había ni un céntimo en casa. Tan cierta y repetida fué esta ayuda del Cielo, que, como lo afirmaba confidencialmente a un amigo, «jamás le faltó el dinero necesario cuando tuvo absoluta necesidad de él».

No faltó quien, después de sembrar el descontento entre sus discípulos, trató de indisponerlos en contra del Venerable a fin de separarlos de él. Poco antes se había llevado hasta el palacio arzobispal la malhadada y tendenciosa campaña de desprestigio.

Este continuo luchar contra los hombres y las cosas, acabó por debilitar su salud hasta hacerle caer gravemente enfermo en 1825. Pareció entonces que el edificio tan trabajosamente levantado iba a derrumbarse. La escasez de recursos, la propaganda insidiosa y el forzoso alejamiento del siervo de Dios influyeron en el ánimo general. Fué la prueba decisiva. En cuanto pudo levantarse, hizo reunir a sus discípulos para reiterarles la necesidad en que estaban de proseguir la obra del Señor. Tal vehemencia puso en sus palabras, con tan grande entusiasmo y profundo amor supo llegarles al corazón.

que se comprometieron a continuar sin desmayo y a despecho de cualesquiera contingencias que vinieran a oponérseles. Bien puede decirse que desde aquel momento quedaba definida la línea de ascenso que ya la Congregación no volvería a abandonar a lo largo de su historia. La humildad y la fe habían reñido cruel batalla para salir finalmente triunfadoras. Fallidos los cálculos humanos, afirmábase en obras lo que era inspiración de Dios.

EL TRIUNFO DEL IDEAL. — ÚLTIMOS DÍAS

MIENTRAS el santo Fundador se deshacía victoriosamente de los obstáculos, su obra, admirada y exigida mucho más allá de las fronteras regionales, comenzaba el período expansional sobre un círculo cada vez más amplio. La Santísima Virgen —aceptado el cargo de Primera Superiora con que la designara su fidelísimo Siervo— había tomado sobre Sí la responsabilidad de conducirla por derroteros de grandeza. Era indudable que el Cielo, sin descuidarla en su desenvolvimiento, había querido apuntalarla con los arbotantes de las persecución.

El ideal del Venerable Marcelino Champagnat, aquella preocupación que sintiera como un segundo imperativo vocacional —su Instituto—, era ya una realidad estupenda. El humilde sacerdote de cuya iniciativa desconfiaban quienes presumían de discretos y entendidos, había llevado a feliz término la obra que pareciera imposible.

Con todo, no descuidaba el Siervo de Dios el propio interés espiritual. Había venido siguiendo, desde sus tiempos del Seminario, la evolución de aquella Sociedad de María planeada por su condiscípulo el Venerable Padre Colín, pues mantenía un ardiente deseo de unirse definitivamente a ella y esperaba ocasión propicia para realizarlo. Y no bien el Sumo Pontífice aprobó —en 1836— las Constituciones de dicha Sociedad, apresuróse el Venerable Marcelino a solicitar del Padre Colín le admitiera a los votos religiosos. Una vez satisfechos sus anhelos, como prueba de humildad y obediencia a su nuevo Superior, entrególe el gobierno de los Hermanos. Profundamente emocionado por tal acto de espontáneo renunciamiento, confirmólo el Padre Colín en su cargo con grande contentamiento y satisfacción de aquéllos, y le dió amplia libertad para completar su misión.

Teníala él ya acabadamente organizada, por lo que se entregó al mantenimiento del primitivo fervor, de la observancia regular y del espíritu que habría de informar siempre al Instituto.

Su salud, no obstante, le aconsejaba hacía tiempo buscarse un sucesor. Decidido a ello, procedió a llamar a los Hermanos a Capítulo. Al recaer la elección en el Reverendo Hermano Francisco, quedó éste constituído primer

Superior General del Instituto, el 12 de octubre de 1839, día en que tomó las riendas de manos del santo Fundador.

A principios del año siguiente, hallábase éste quebrantadísimo en su vigoroso temperamento y tuvo, por el mes de marzo, el primer grave ataque de su última enfermedad. No le impidió ello que, a pesar de las instancias de cuantos le aconsejaban el reposo, siguiera asistiendo con fervor y puntualidad admirables a los ejercicios religiosos de la Comunidad.

Todavía pudo mantenerse en la brecha —si bien a costa de sufrimiento y dificultad terribles— hasta el 3 de mayo, en que celebró el Augusto Sacrificio de la Misa por última vez.

El día 11 del mismo mes, en presencia de toda la Comunidad, recibió con fervor extraordinario el Sacramento de la Extremaunción seguido del Santo Viático; y el día 18 dictó a los Hermanos su Testamento Espiritual, documento precioso que pregona a un tiempo las grandes virtudes, la exquisita prudencia y el celo apostólico del Venerable.

Finalmente, en la mañana del sábado 6 de junio —vigilia de la fiesta de Pentecostés de 1840— a la edad de cincuenta y un años, entregaba su alma a Dios aquel insigne varón que tanta gloria diera al Cielo. Eran entonces las cuatro y media de la mañana. La Comunidad se hallaba reunida en la Capilla para el canto de la Salve, ejercicio primero en el reglamento del Hermano Marista. No dejaba de ser simbólico que, en el momento de apagarse la vida humana del Fundador, iniciaran su día apostólico aquellos a quienes había transmitido el vivo anhelo que dió carácter e impulso a esa vida.

GLORIFICACIÓN

GRANDE es la gloria que para sus elegidos tiene el Señor reservada; inefable, en el decir del Apóstol, que tuvo el honor y la altísima satisfacción de comprobarlo. A veces les alcanza el triunfo aquí en la tierra, cuando Dios dispone, por medio de su Iglesia, la exaltación de quienes se hacen acreedores a ello. Tal ocurre con el Venerable Marcelino Champagnat, cuya Causa de Beatificación fué introducida en Roma el 9 de agosto de 1896 y reconocida por la Iglesia, en julio de 1920, la heroicidad de sus virtudes.

Aun falta un paso para el Decreto de Beatificación. Los milagros atribuídos al Venerable son numerosísimos y del estudio de ellos depende esta definición. Roguemos, pues, a la Divina Madre, y pidámosle con ardientes súplicas quiera promover la gloria de aquel su fiel servidor, cuyo manto —ennoblecido con la púrpura de muy numerosos Hermanos mártires— está reclamando imperiosamente la aureola de los Beatos.


Recado de la amanuense de Santa Teresa Reparadora de sacrílegas devastaciones

DÍA 7 DE JUNIO

BTA. ANA DE SAN BARTOLOME

CARMELITA DESCALZA (1549 - 1626)

FUÉ la Beata Ana de San Bartolomé una de las hijas más ilustres de Santa Teresa de Jesús, secretaria, amanuense, y compañera suya inseparable. En sus brazos tuvo la insigne Reformadora del Carmelo el gran consuelo de exhalar el último suspiro, lo que no fué poca dicha para esta alma bienaventurada.

Multitud de almas obcecadas por los errores del protestantismo volvieron al buen camino merced a los consejos de esta admirable sierva del Señor. A ella más que a nadie se debe el que los Estados de Flandes —entonces dependientes de España— no se inficionaran con las doctrinas de los hugonotes. Grandes capitanes se postraron a sus plantas y la ciudad de Amberes la viene aclamando hace tres siglos como a su insigne «Libertadora».

Por mandato de obediencia escribió ella misma su *Autobiografía,* preciosísimo documento, conservado en el convento de Amberes, que nos facilita grandemente la tarea de referir su vida maravillosa.

DE PASTORCITA A CARMELITA DESCALZA

En El Almendral, pueblecito de la diócesis de Ávila, «tierra de Santos y de cantos», nació Ana el día primero de octubre de 1549. Sus padres, Hernán García y María Manzanas, eran a la par que ricos labradores, cristianos de pura cepa. Oigamos el primer lindo relato en que nos cuenta la Beata con infantil sencillez, cuán grande horror al pecado le infundieron desde pequeñita.

«Siendo todavía niña, cuando aun no sabía hablar bien, me pusieron en pie al lado de mis hermanas que estaban en una pieza haciendo labor, y, al pasar mi madre, díjoles: Mirad que esta niña no caiga, que se matará». Dijo una de ellas: «Dios le haría merced si se muriese, que ahora iría al cielo». Dijo la otra: Que no se muera, que si vive podrá ser santa». Y repitió la otra: «Esto está en duda, y ahora no tiene peligro, mas, en llegando a los siete años, pecan los niños».

«Lo entendí todo; y como dijo «pecar», levanté los ojos al cielo, sin saber, a mi parecer, lo que hacía; parecióme que veía el cielo abierto, y que se me mostraba el Señor con una gran majestad; y como era cosa nueva, dióme mucho temor y reverencia en el corazón..., porque conocí que era Dios, y que Él era quien me había de juzgar».

Lo cierto es que al llegar a los siete años, recordando sin duda esta visión, no hacía más que llorar; y, al preguntarle por qué, solía responder: «Porque tengo miedo de pecar y condenarme».

Siendo de diez años perdió a sus padres. Por entonces recibió el encargo de guardar el rebaño. En este humilde oficio recibía diariamente la visita del Niño Jesús, el cual jugaba con ella largas horas. También ella, como antes la chiquitina andariega avilesa, pensó en ermiticas y quizá en palmas de martirio; pero tanto a ella como a Teresita, las destinaba el Señor para otras nobles andanzas de su gloria.

Llegó a la edad de casarse; mas, ¿a quién iba a amar en el mundo la que desde pequeñita veía todos los días a Jesús, el cual, dice la Beata, «en todas partes se me aparecía, y parecía que crecía conmigo?» Sus hermanos la instan a que se case; ella exige un esposo perfecto. Jesús, apareciéndosele como de su edad, le dijo: «Yo soy el que tú quieres, y conmigo te has de desposar». A poco se le apareció la Virgen. «No temas —le dijo—, yo te llevaré donde seas monja...»; y le mostró el convento de Descalzas de Ávila, fundado hacía pocos años por Santa Teresa. En aquel palomarcito puso a salvo su candidez y albura de paloma esta humilde pastorcita de El Almendral, el día de Todos los Santos de 1570, no sin haber vencido las resistencias, guerras y aun amenazas de muerte de sus hermanos. Tenía entonces veintiún años.

LA SANTA MARTA DEL CONVENTO

CUÁNTO aprovechó la santa novicia de las lecciones, consejos y ejemplos de Teresa de Jesús y de Juan de la Cruz, que fué por ese tiempo confesor del convento de Ávila, lo declaran mejor que nada su vida admirable y llena de virtudes y la estima grande que de ella tuvieron los dos santos reformadores. Ana bebió el genuino sentir carmelitano en las dos más puras fuentes. No es, pues, de extrañar que en pocos años levantase el vuelo a las más altas regiones de la mística y fuese, andando los tiempos, maestra y propagadora del espíritu teresiano.

Pasados casi dos años de prueba, fué admitida a profesar como lega. Era la primera que recibía Teresa en la Reforma. Profesó el día 15 de agosto de 1572, fiesta de la Asunción de la Virgen nuestra Señora. Quiso llamarse Ana de San Bartolomé, en recuerdo y agradecimiento de haberle este santo Apóstol sanado repentinamente de una parálisis antes de entrar en el convento.

Permaneció en Ávila dándose de lleno al ejercicio de la oración, en la que pasaba las horas, los días y aun las noches; tanto, que Santa Teresa tuvo que frenar a su hija en la oración y contemplación. «Hay que poner las cosas en su punto —díjole un día la santa Madre—; cuando a orar, a orar; cuando a dormir, a dormir; y así en todo. Porque dícenme que pasa mi hija las noches de claro en claro; y aunque es en divina compañía, menester será, hermana, que no se distinga de las otras...» Puntualmente cumplió Ana la orden. Llegó la noche y, cuando más extasiada estaba con su divino Esposo, tocó la señal de recogerse a dormir. Ana cortó el divino diálogo: «Señor —le dije—, yo no tengo licencia de estar con Vos más tiempo. Dejadme dormir como me lo han mandado. El Señor me dejaba y, en despertando, le hallaba como le había dejado: parecía me estaba guardando el sueño...».

El año de 1577, al volver a Ávila la santa Madre Teresa, halló cinco hermanas enfermas en cama. Ana estaba entonces «que parecía toda descoyuntada». La santa Madre la llamó y le dijo: «Hija, aunque esté mala, quiero que sea enfermera de estas enfermas». Ella obedeció; pero, como andaba molida, no pudo subir las escaleras para asistir a las hermanas. Jesús se le apareció, le ayudó a subir, y luego cuidó con ella a las enfermas, las cuales quedaron milagrosamente curadas. Hechos prodigiosos de esta índole ocurrieron con frecuencia, mientras la Beata fué enfermera del convento de Ávila.

Pero Santa Teresa quería probar mucho a su primera freila para mejor prepararla a más altos cargos en la Reforma, y así empezó a ejercitarla a un mismo tiempo en los oficios más humildes. Tuvo que hacer a la vez

de enfermera, portera, provisora, ayudante de cocinera y secretaria de la santa Madre. Apenas hallaba tiempo para recogerse, y casi no hacía más oración que la muy sublime del cumplimiento de la divina voluntad, que quería se santificase en estos oficios caseros. Era realmente la «Santa Marta» de la comunidad. Todos estos cargos los cumplió con suma caridad y a gusto de todas las Hermanas, aunque algunos de ellos, como el de portera, o tornera, le daban mucho trabajo y algún que otro disgusto. Pero el Señor se le aparecía a menudo y la consolaba y daba fuerzas para salir airosa de todos ellos.

SANTA TERESA MUERE EN BRAZOS DE SU HIJA PREDILECTA

ACORDES andan los biógrafos de nuestra Beata en llamarla «la más amante y la más amada de la santa Madre Teresa de Jesús». Ya siendo Ana novicia, «conoció luego la santa Madre —dice el padre Enríquez— el raro espíritu y la pureza y sinceridad de la santa Novicia... No fué menor el consuelo que recibió Ana con la presencia y trato de su santa Madre... Desde luego se miraron con una afición santa y se unieron sus corazones de tal manera que, aunque algunas veces se apartaron los cuerpos, nunca, ni aun en la muerte, ni después de ella, se separaron las voluntades...».

Nada extraño que al calor de esta dilección santa, brotaran aquellas delicadas preferencias de la perspicaz Reformadora por su amada freila Ana de San Bartolomé. Ana fué enfermera de Santa Teresa por espacio de dos años en Ávila; la cuidó como hija cariñosa y sabia a Madre amada con delirio, y más cuando a la insigne Fundadora se le rompió el brazo, allá en la Nochebuena de 1577. Ana fué la secretaria íntima de la Mística Doctora en los tiempos más borrascosos y en los trances más apurados de la Reforma, y su compañera inseparable en los viajes y fundaciones de los tres últimos años de su vida, que fueron ciertamente los más abundantes en penas y trabajos. En compañía de nuestra Beata, que hizo de cronista y enfermera en los viajes, visitó la santa Fundadora, ya enferma y achacosa, los conventos de Valladolid, Salamanca, Toledo, Malagón y otros, en medio de lluvias, temporales, fatigas y angustias, «padeciendo y muriendo» mil veces por la gloria de Dios, aunque a veces, de noche, las regalaban los ángeles con celestiales armonías. Con ella fundó Teresa de Jesús los conventos de Villanueva de la Jara, Madrid, Palencia, Soria y, finalmente, el de Burgos en el año de 1582.

En esta última fundación empezó la santa Madre Teresa a padecer amarguras de pasión y muerte, que no cesaron hasta el calvario de Alba de Tormes, donde expiró a los pocos días de llegar. Pero detengámonos aquí;



NUESTRO *Señor se aparece a la Beata Ana de San Bartolomé y le muestra las horribles profanaciones y sacrílegas devastaciones que causan los protestantes en Francia y en Flandes. Luego, con la confianza y el tono llano que usaba con Santa Teresa, dice sencillamente: «Ayúdame».*

deleitemos nuestra devoción con la lectura de la página de la *Autobiografía*, en que la Beata refiere la muerte de la insigne Doctora. Escrita está con tinta de amargas lágrimas.

«...Dos días antes que muriese, me dijo: «Hija, ya ha llegado la hora de mi muerte». No me apartaba un momento de ella... El día que murió estuvo desde la mañana sin poder hablar, y a la tarde, el Padre que estaba con ella me dijo que me fuese a comer algo; yéndome, no sosegaba la Santa, sino mirando a un cabo y a otro...; llamáronme, y así que me vió, se rió y me mostró tanta gracia y amor, que me tocó con sus manos, y puso en mis brazos su cabeza, y allí la tuve abrazada hasta expirar, estando yo más muerta que la misma Santa... El Señor se me mostró sobre los pies de su cama con toda la majestad y compañía de los Bienaventurados que venían por su alma. Duró como un Credo esta visión... y quedé con un ánimo fuerte para acomodar su santo cuerpo...»

Era el día 4 de octubre de 1582. Ese ánimo fuerte y varonil lo necesitó muy luego la Beata, para ser a su vez propagadora incansable de la Reforma. Teresa de Jesús le dejó en herencia su espíritu, sus anhelos y sus virtudes todas, de suerte que, muerta la Fundadora, ella, la sencilla freila Ana de San Bartolomé, pasó a ser Maestra del espíritu teresiano, que inculcó con palabras y ejemplos a sus hermanas, de las cuales fué considerada en adelante como otra Madre Teresa. Empezó siendo sembradora de ese espíritu en el convento de Madrid, luego en el de Ocaña, del que fué fundadora, y, finalmente, en Francia y en Flandes, donde por mandato divino trabajó los veintidós últimos años de su vida, asistida de la gracia del Señor, y consolada y alentada con visiones y regalos de su Amado y apariciones, también frecuentes, de su celestial protectora Teresa de Jesús.

LAS DESCALZAS ESPAÑOLAS EN FRANCIA

SABIDO es cuánto se afligía la insigne Santa Teresa de Jesús de los males que la herejía protestante producía en Francia en el siglo XVI, y cuán sinceramente escribió en su *Camino de Perfección* estas palabras: «Mil vidas pusiera yo para remedio de un alma de las muchas que allí se perdían».

La Beata Ana heredó los mismos sentimientos, y, más favorecida, un día, a poco de profesar, oyó esta queja del Señor: «¡Mira las almas que se me pierden! ¡Ayúdame!» Y mostróme a Francia, como si estuviera presente, y millones de almas que se perdían en las herejías». Treinta años habían de pasar antes que Ana cumpliese este deseo de su Amado. Entretanto, se preparó con una santa vida a esta apostólica misión, y el mismo Señor,

con repetidas apariciones a ella y a otras hermanas, mantuvo encendido en su amadísima Esposa el fuego del deseo grande de ir a fundar conventos en Francia.

Llegó el año de 1604. Tres nobles y celosos caballeros, don Juan de Quintanadueñas Bretigny, nacido en Ruán de padre burgalés; monseñor Pedro Berulle, que luego fué Cardenal, y el señor Gauthier, secretario de Estado de Enrique IV, vinieron en busca de las primeras Descalzas españolas. Tras muchas negociaciones, obtuvieron del General de los Descalzos, R. Padre Francisco de la Madre de Dios, las seis Carmelitas que deseaban. La freila Ana de San Bartolomé fué escogida para esta misión y era «la más chiquita», dice en su *Autobiografía*. El ser lega le hace hablar así, pues sabemos fué la mayor por las revelaciones que tuvo de la empresa, la que se mostró más valerosa, y descolló entre las seis por su celo y santidad.

De Burgos salió la caravana. Por todas partes donde pasaban, así en España como en Francia, eran recibidas cor grandes muestras de alborozo y cariño. En su *Autobiografía* se hace lenguas la Beata, encomiando la exquisita cortesía y amabilidad de los franceses. A 15 de julio llegaron a París, donde llevaron a cabo la primera fundación. A los dos meses y medio mudó Ana el velo blanco de lega por el negro de Hermana de Coro, y el mismo día 6 de enero de 1605 recibió las patentes de Priora de la segunda fundación: la de Pontoise, «la más venerable de la Orden en Francia», ha escrito Dupanloup. En el viaje fueron acompañadas por la duquesa de Longueville y los tres caballeros antes mencionados; la fundación se hizo con mucha solemnidad y aparato. Confundida estaba la Beata con este nuevo cargo de Priora y quejábase un día a Jesús de su insuficiencia: «Así te quiero; sin ser ni saber nada —le respondió Jesús—, para hacer por ti lo que yo quiero; que los sabios del mundo, con sus prudencias, no me escuchan; pues piensan que lo saben todo».

Del bien que hizo Ana en Pontoise, en aquella vida de clausura, al parecer del mundo de escasa o nula utilidad, es prueba lo que hicieron los habitantes cuando se trató de sacarla para llevarla de Priora a París. «Cuando empezaron a temer que me habían de llevar, estaban los del lugar armados para impedirlo; fué menester sacarme a la media noche...» Y sólo había estado de Priora en Pontoise diez meses.

¿Qué no haría en París en los tres largos años que allí estuvo de Priora y Maestra de Novicias? Dentro del Convento, ganarse el afecto de las Hermanas, que llegaron a quererla lo indecible; fuera, peleas diarias para mantener íntegro el espíritu teresiano, luchando contra falsas sospechas de sus Superiores, y aun contra los deseos de mudanza de cosas de Regla, de su principal Prelado y confesor, monseñor Berulle.

El día 5 de mayo de 1608 salió de París para fundar el convento de Tours, ciudad llena «de herejes y cismáticos». Al pasar el río Loira, los

herejes decían: «¡Si se anegasen antes de salir del río y que nunca saliesen!...» *(Autob.)* Pero como Santa Teresa en persona las acompañó en el viaje, nada malo les pasó. A poco de llegar decían los de Tours: «Estas Teresianas, que no queríamos, nos han de convertir a todos a la fe. A la verdad, lo deseábamos las religiosas y yo, y rezábamos mucho por ellos...» *(Autob.)* Aquí tuvo también mucho que sufrir de parte de los Superiores eclesiásticos, que, con no ser de la Orden, querían modificar cosas importantes de la Regla, y «alzarse con el gobierno de las monjas». Ella se opuso con toda la energía de su alma, que era mucha, y no cejó hasta lograr Patente para ir a Flandes, donde había Padres Descalzos.

LIBERTADORA DE AMBERES. — GLORIOSO TRÁNSITO

A principios de octubre de 1612 dejó Ana el convento de Mons, donde descansaba muy a su placer. En compañía del Padre y Fundador del Carmelo belga fray Tomás de Jesús y del padre superior de Bruselas, vino a fundar el palomarcito de Amberes. Detuviéronse en Marimont en el palacio de los Archiduques Alberto e Isabel. «Sus Altezas —dice un testigo de vista— recibieron a la beata Madre con grandes muestras de devoción...» En los coches de palacio hicieron el resto del viaje, acompañados por el cochero mayor. El día 29 llegaba la Madre Ana con sus Descalzas a la histórica y magnífica ciudad, y el 6 de noviembre quedó fundado el convento. Éste iba a ser el campo anchuroso de sus grandes acciones y de sus más gloriosas conquistas.

Ma-

Allí se consideró como en su palomarcito de Ávila, y pasó los catorce últimos años de su vida velando amorosamente sobre sus hijas, formándolas a la escuela, doctrina y espíritu de su santa Madre, consolándose y recreándose con las frecuentes visitas de Jesús, María, José y Santa Teresa. Quizá más que en parte alguna se dió allí a la práctica de las más heroicas virtudes.

El Señor, que la había ya favorecido con el don de milagros y de profecía, le dió una gracia y talento especiales para aconsejar a los grandes y prelados, y aun a los reyes y príncipes. Su influencia en la sociedad de aquel tiempo fué considerable. El rey don Felipe II la reverenciaba. Enrique IV, rey de Francia, se encomendó a sus oraciones en cuanto supo que las Carmelitas españolas habían pisado tierra francesa. El Príncipe de Polonia vino a visitarla y le pidió unas estampitas escritas de su mano para dar al rey su padre y a sus hermanos. La reina María de Médicis iba a consolarse con nuestra Beata en sus tristes horas de regencia. La Infanta Isabel decía de ella: «La tengo por más fuerte defensa que cuantos ejércitos pudiera tener».

Antes de la jornada de Breda, la misma serenísima Infanta llevó a los pies de Ana a todos los caballeros, con el Marqués de Espínola al frente y, haciéndoles hincar la rodilla, les dijo en alta voz: «Recibid la bendición de la Madre Ana, que con ella podemos ir seguros, sin temer ningún peligro». La rendición de Breda fué obra de las oraciones de las Descalzas.

D s veces libró a la ciudad de Amberes, y con ella a todo el Ducado de Brabante. El año de 1622, el Príncipe de Orange, enemigo de los católicos, fiado en la bizarría de su gente, en sus armas y máquinas de guerra, puso sitio a Amberes. La Beata estaba entonces muy recogida en su celdilla, sin pensar siquiera en el peligro. Aparecióscle el Señor y le ordenó que interpusiera sus oraciones y las de sus hijas para defender la ciudad.

En el acto llamó Ana a las monjas; pidióles que rogasen y ella les dió el ejemplo rezando con las manos levantadas al cielo. A una hermana que entró en su celda a la mañana siguiente, díjole: «¡Ay, hija, qué cansada estoy! Toda esta noche me parece que he estado peleando». Cuando, rendidas las fuerzas, quería bajar los brazos, me decían: «Reza más, más, más; y aunque hubiera peleado con un ejército no estuviera tan cansada. Estoy toda metida en agua». Finalmente oyó una voz: «Ya está hecho». Levantóse al punto tal tempestad que imposibilitó las maniobras de los navíos enemigos, y el Príncipe de Orange huyó vencido, deshecho y humillado. Toda la ciudad, pueblo y soldados, proclamaron a una voz a la humilde Descalza «Libertadora de Amberes».

Dos años antes de su muerte, tuvo ya la visión de la última hora, y con ello termina su *Autobiografía*. De allí adelante, las visitas de su amante Esposo fueron más frecuentes; sus ansias de unirse a Él para siempre en el cielo, más vivas. Finalmente, sintiendo llegar su hora postrera, rogó a sus hijas y a los padres Descalzos que rezasen el Avemaría; habiendo recibido la Extremaunción, dió su bienaventurado espíritu a su amado Esposo, y voló su gloriosa alma «derecha al cielo», como el Señor lo dió a entender a la freila Catalina de Cristo. Era al atardecer del día 7 de junio de 1626; fiesta de la Santísima Trinidad.

No sólo Amberes, sino todo Bruselas se despobló para venerar sus reliquias. Tantos milagros obró, particularmente por medio del agua que las monjas ponían sobre su sepulcro, que el papa Inocencio X, a instancias de María de Mantua, reina de Polonia, mandó iniciar los Procesos Apostólicos.

En 1735, Clemente XII proclamó la heroicidad de las virtudes de esta insigne sierva del Señor, y finalmente, la Santidad del papa Benedicto XV, a 6 de mayo de 1917, la declaró Beata.

Sus reliquias se guardan con gran veneración en el convento de Carmelitas Descalzas de Amberes.



Águila protectora — Medalla de Clotario I

DÍA 8 DE JUNIO

SAN MEDARDO

OBISPO Y CONFESOR (457 - 545)

HACIA la mitad del siglo V, y en una pequeña aldea de Picardía, llamada Salency, nacían dos hermanos: Medardo y Gildardo, que, andando el tiempo, serían gloria de su patria. Juntos nacieron, el mismo día fueron consagrados obispos y juntos volaron al cielo. Era su padre Nectardo, noble leudo franco de la corte de Childerico, padre de Clodoveo; había nacido en la tinieblas del paganismo, pero los ejemplos y las oraciones de su esposa Protagia lograron que se bautizase. Desde entonces, los dos esposos brillaron tanto por su piedad y compasión con los pobres, como por la nobleza de su linaje y el brillo de su fortuna, y tuvieron el incomparable honor de dar a las iglesias de Noyón y de Ruán, sendos obispos santos.

Colocado el joven Medardo bajo la dirección de los monjes, muestra tanto ardor para el estudio como inclinación a la piedad. El espíritu de Dios le acompaña visiblemente y desde su juventud aparece en él el don de profecía. Un día dijo a uno de sus condiscípulos, llamado Eleuterio, a quien amaba muy particularmente a causa de su virtud: «Tú serás primero conde franco; y a los treinta años, obispo». Y así fué, efectivamente.

DIOS RECOMPENSA CON MILAGROS SU CARIDAD

LAS lecciones de sus maestros y los ejemplos de sus piadosos padres infundían en el niño impulsos de generosidad que presagiaban sus futuras grandezas.

Un día le encargó su padre que guardara unos caballos en el prado. Mientras cumplía el mandato, Medardo vió pasar un soldado franco que llevaba a cuestas una silla de montar y una brida.

—¿Por qué va usted así? —pregunta el niño.

—¡Ay! —responde el guerrero—, poco ha se me ha muerto el caballo y me he tenido que cargar con los arneses, sin saber cómo me podré procurar otra cabalgadura.

—En nombre de Dios —responde el joven—, tome uno de estos caballos.

El soldado vacila, pero las reiteradas instancias de Medardo le deciden.

Apenas se había marchado el militar, vino un criado a reemplazar al niño. En aquel instante estalló una violenta tempestad y Medardo tuvo que estarse en medio del prado sin poder guarecerse: empero apareció sobre su cabeza un águila con las alas extendidas que le protegió de la lluvia. Sorprendido el criado de la maravilla de que acababa de ser testigo, fué a dar parte a su amo, y éste acudió con todo su séquito. El prodigio los colmó de admiración, pero pronto se dieron cuenta también, de que el número de los caballos no estaba completo.

Interrogan al niño, quien relata ingenuamente lo que ha acontecido, y en seguida, después de contar de nuevo los caballos se cercioran de que no falta ninguno. Entonces, Nectardo, sobrecogido de súbito de un profundo respeto hacia Medardo, a quien el cielo protegía tan palpablemente, le dice:

Hijo mío, todo lo que yo tengo es tuyo. Dispón de todos mis bienes según tu voluntad y ruega a Dios para que tu madre y yo tengamos parte en la gracia y bendición que el cielo te otorga.

Otro día, Medardo había recibido de su madre un capote de mucho precio, para figurar con dignidad entre los jóvenes de su condición; en saliendo el niño a la calle encontró a un pobre casi desnudo; inmediatamente se quitó el capote y vistió con él al aterido miembro de Jesucristo.

Nada afligía tanto su corazón como las disputas entre cristianos. Estaba aún con sus padres, cuando varios habitantes de su pueblo riñeron por cuestiones de límites de sus respectivas heredades. Como los espíritus se enardecían fué Medardo al encuentro de los campesinos. Viendo una piedra en medio del campo: «Aquí está el límite verdadero —dijo—, acabad, pues, las disputas», y al mismo tiempo la tocó ligeramente con el pie. Si hemos de dar crédito a un relato, la huella del diminuto pie quedó impresa en la

dura piedra y los labriegos, maravillados por este prodigio, tuvieron que rendirse a la verdad.

Asiduo a la oración, a las vigilias y a los ayunos, Medardo progresaba día a día en santidad. Al decir de sus biógrafos era un peregrino en la tierra; pero su vida pura y obediente le hacía pasar por un habitante del cielo.

SE CONSAGRA AL SERVICIO DE DIOS

SEGÚN iba creciendo en edad, iba aumentando su piedad. Como Gildardo seguía la misma ruta, los padres comprendieron entonces que Dios llamaba a sus hijos al servicio del altar.
Medardo y su hermano fueron, pues, encomendados a la dirección de Alomer, obispo de Vermand. Ambos hermanos recibieron juntos la tonsura clerical y la ordenación sacerdotal. Una hermana que tenían consagró también a Dios su virginidad.

Muy pronto, un profundo dolor vino a afligir el corazón de los hijos: Nectardo y Protagia murieron, y fueron a recibir la recompensa destinada a los padres cristianos.

SAN MEDARDO INSTITUYE LA FIESTA DE LA ROSA

MEDARDO ejerció los primeros años de su ministerio en Salency, donde instituyó la popular «fiesta de la Rosa». Había separado de sus tierras patrimoniales una pequeña heredad que llevó el título de «feudo de la Rosa» hasta la Revolución francesa, y cuyas rentas, evaluadas en veinticinco libras, servían cada año de dote a la joven más virtuosa del país.

Dícese que la hermana de Medardo fué la primera que por elección de los habitantes recibió de las manos de su hermano «la corona de rosas». El recuerdo de este acontecimiento ha sido conmemorado en un gran cuadro que hay en el altar dedicado al Santo, en la capilla de su pueblo natal. Está representado Medardo con hábitos ponficales, colocando una corona de rosas sobre la cabeza de su hermana, arrodillada. Esta recompensa fué muy codiciada. La elegida era designada por el señor del lugar entre tres jóvenes naturales de la población. Tenía que hacérsele la presentación de las jóvenes un mes antes y, cuando había fijado su elección, se anunciaba en el sermón parroquial, para que las otras jóvenes, rivales de la elegida, tuviesen tiempo de presentar reclamaciones, si la elección no les parecía conforme a la más rigurosa justicia. El examen se hacía imparcialmente y sólo después de esta prueba se confirmaba la elección hecha por el señor.

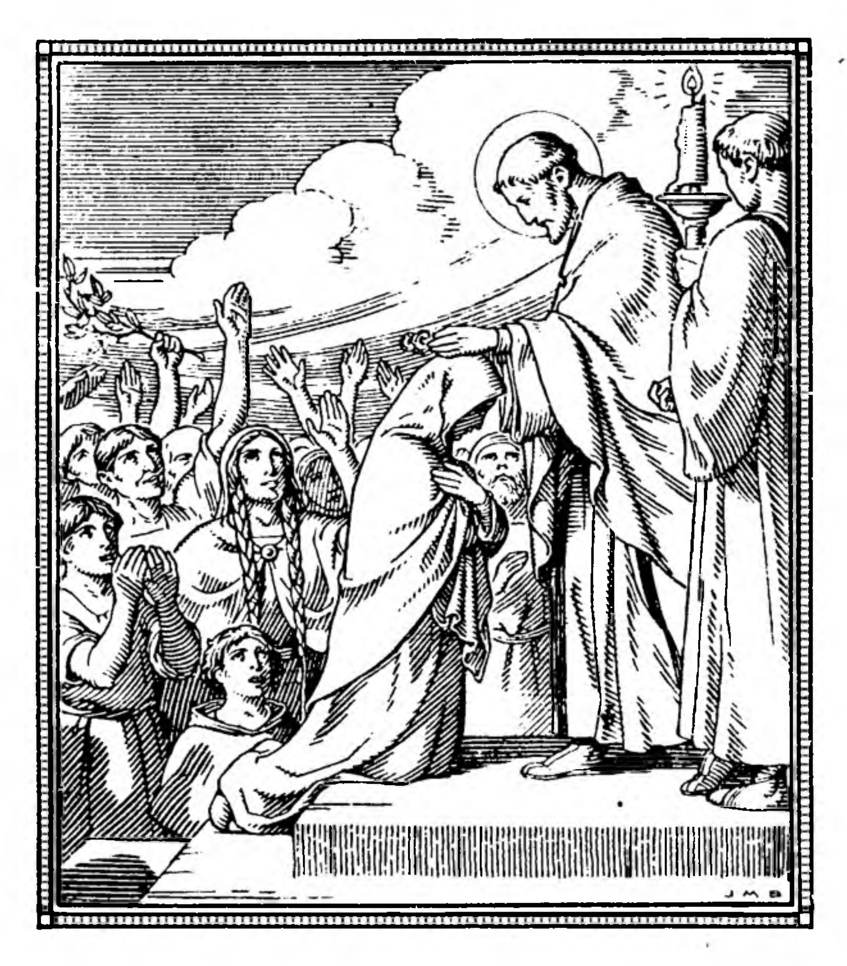
Esta práctica se popularizó mucho y dió origen a una fiesta popular, santificada por las bendiciones de la Iglesia, y que durante tres siglos dió muy felices resultados. Las revueltas que han trastornado a Francia no han logrado destruir por completo institución tan provechosa. Es verdad que el demonio, esa mona de Dios —como le llama Tertuliano— ha procurado aprovecharse de una costumbre tan laudable, suprimiendo con bastante frecuencia en esta ceremonia la bendición del sacerdote. A la verdad, que es hacer muy poco caso de las intenciones del piadoso fundador.

SAN MEDARDO Y LOS LADRONES

NUESTRO clérigo edificaba a toda la comarca con sus heroicas virtudes. Sus numerosos milagros le dieron muy en breve gran reputación de santidad. Entregado por completo a los asuntos del Padre celestial, abandonó el cuidado de las cosas terrenas para librar a las almas de las manos del demonio. Dios velaba, no obstante, sobre los bienes de su siervo. Una noche de otoño, un ladrón se metió en una viña, propiedad de Medardo. Cortó tantos racimos como pudo y, cuando se hubo cargado lo bastante, se dispuso a salir con el fruto de su robo, presuroso por desaparecer de allí antes del aba; pero sus esfuerzos fueron inútiles. Toda la noche anduvo errante por la viña sin poder hallar la salida, ni desembarazarse de su acusadora carga. Detenido de mañanita por los vecinos, confesó su culpa; cuando iba a sufrir la pena debida a su latrocinio apareció Medardo, lleno del espíritu de mansedumbre y de misericordia; el buen sacerdote reprendió al ladrón y, cuando le vió arrepentido, le dió con la absolución de su robo, abundante provisión de uvas.

Otro ladrón había robado las colmenas de Medardo; permitió Dios que fuera tan cruelmente atormentado por las abejas, que impulsado tanto por el aguijón del remordimiento como por el de los laboriosos insectos, se vió obligado a arrojarse a los pies del hombre de Dios para obtener a la vez perdón y libertad.

Si Dios defendía con prodigios las propiedades de su siervo, Medardo se señalaba como valiente defensor de los derechos de la Iglesia. El ejército de los francos, con Clotario al frente, acababa de saquear la fortaleza, las iglesias y los monasterios de Noyón; al pasar con sus carros llenos de botín vieron aterrorizados cómo de repente los caballos se pararon y permanecieron en completa inmovilidad. Los soldados y los jefes vinieron a caer de hinojos ante Medardo: éste les habló con tanta energía y elocuencia que le prometietieron restituir todos los bienes de que ilícitamente se habían apoderado. Entonces, a la voz de Medardo los caballos pudieron reanudar su interrumpida carrera.



SAN *Medardo instituye la «fiesta de la Rosa». Consiste en poner una florida corona a la doncella que cada año es elegida por su conducta ejemplar, para recibir, como dote, las rentas de un campo que a tal objeto ha destinado el caritativo prelado.*

SU EPISCOPADO

HABÍA llegado el momento escogido por Dios para que esta antorcha fuese colocada en el candelabro. Acababa de morir (en 530) Alomer, obispo de Vermand y, por voz unánime, clero y pueblo escogieron para sucederle al párroco de Salency: Medardo contaba setenta y tres años.

Juzgándose incapaz de llevar semejante carga, la rehusó mucho tiempo. La multitud, consternada, prorrumpió en llanto. Pareciéndole manifiesta la voluntad de Dios, Medardo aceptó por fin el honor que su humildad quería eludir, y algunos días más tarde recibió la consagración episcopal de manos de San Remigio, obispo de Reims.

Los tiempos eran difíciles; la Galia había sido devastada por los vándalos y los hunos; la ciudad de Vermand, por ellos destruída, no estaba aún repuesta de sus ruinas. Los francos, dueños en adelante del país, comenzaban a dar oídos a las dulces enseñanzas de la Iglesia; pero los obispos y los monjes necesitaron mucho tiempo aun para educar cristianamente a este pueblo, apenas salido de la barbarie. Mientras tanto, Medardo tuvo que trasladar la sede de su obispado a Noyón, cuyas murallas y situación ofrecían mayor seguridad en aquel período de continuos estragos y guerras.

Casi inmediatamente después que el óleo santo se hubo derramado sobre la frente de Medardo, quedó vacante la sede de Tournai, por muerte de San Eleuterio, pastor de esta ciudad y amigo del obispo de Noyón. Eleuterio era precisamente el joven a quien Medardo había profetizado la dignidad episcopal. Quiso nuestro Santo asistir a los funerales de su antiguo condiscípulo; acto seguido, se decretó un ayuno de tres días para preparar la nueva elección. Varios nombres habían sonado ya, cuando por súbita inspiración del Espíritu Santo, todas las voces exclamaron con unánime regocijo: «¡Medardo obispo de Noyón y Tournai!» Alegando el prelado que los cánones se oponían a tal nombramiento, apresuróse a rechazarlo; pero el rey, los obispos, San Remigio y, finalmente, el Pontífice de Roma, San Hormisdas, considerando la necesidad de las dos Iglesias, ratificaron la elección, y Medardo tuvo que aceptar aquella doble carga.

Al propio tiempo que se posesionaba de la sede de Noyón, Gildardo, su hermano —conocido también con el nombre de Godardo—, era consagrado obispo de Ruán. En unión de San Remigio, San Medardo y San Vedasto cooperaron a la completa conversión de Clodoveo, primer rey cristiano de los francos, como está consignado en escritos antiguos de la iglesia de su nombre, en Ruán. Tuvo parte, el año 511, en el primer Concilio de Orleáns, uno de los más célebres de Francia. Godardo terminó su pontificado al mismo tiempo que su bienaventurado hermano.

TRABAJOS APOSTÓLICOS. — SANTA RADEGUNDA

EL obispo de Noyón y Tournai se consagró por entero a la salvación de las almas. No es tarea fácil relatar lo mucho que tuvo que sufrir por parte de los infieles: vióse a menudo amenazado de muerte y condenado por los malvados al último suplicio; pero como era inquebrantable en medio de estas persecuciones y soportaba los malos tratamientos con una constancia nunca desmentida, triunfó al fin de la pertinacia de los infieles y libertinos, y, en poco tiempo, operó tantas conversiones y regeneró tantos idólatras en las aguas del Bautismo, que la comarca cambió de faz y se vió resplandecer brillantemente la luz del cristianismo.

Mientras Medardo ocupaba la sede de Noyón, una reina joven, la propia mujer de Clotario I, huía de las delicias y de los peligros de la Corte. Radegunda —tal era el nombre de la fugitiva— había ido a postrarse a los pies del santo obispo y a suplicarle, con el consentimiento de su marido, que la consagrase al Señor y le impusiera el velo. Los nobles francos, que habían invadido la basílica, expulsaron violentamente al obispo del altar y le ordenaron con amenazas que no accediese a los deseos de la reina.

Medardo estaba perplejo. Resistíase el santo pontífice a sancionar esta separación canónica, por temor de que se interpretara mal y se creyera que se trataba de pronunciar sentencia de divorcio que la ley divina declara imposible entre cristianos.

Sin embargo, Santa Radegunda se había retirado al *sacrarium* o sacristía. Allí, ella misma se cortó los cabellos y luego volvió revestida de un hábito religioso a postrarse delante del Pontífice:

—Si tardáis más tiempo en consagrarme al Señor —le dijo—, si teméis más a los hombres que a Dios, el Buen Pastor os pedirá cuenta del alma de su ovejuela.

Fueron pronunciadas con tal majestad estas palabras, que la asamblea toda quedó hondamente conmovida. Medardo, viendo desvanecerse sus temores, desafió las amenazas de los nobles francos y Radegunda fué consagrada a Dios.

Posteriormente pensó Clotario volverla a llamar a la Corte. Para conjurar tamaño peligro pidió Radegunda a un ermitaño intercediera por ella delante de Dios, y ante la posibilidad de que el rey renovase sus tentativas, tomó el propósito de fundar un monasterio en Poitiers, para hacer penitencia por Francia, de la que había sido reina. Mas antes colocó sobre el altar sus ricos adornos y su diadema, y distribuyó su patrimonio entre los pobres.

SU MUERTE

UNA grave enfermedad detuvo al apóstol en sus trabajos y le dió el aviso de que se acercaba el día de las recompensas. Estaba entonces en Noyón. Al divulgarse la noticia, millares de fieles acudieron a recibir de su Padre la postrera bendición.

El rey Clotario llegó a inclinar su testa coronada bajo la mano bendita del obispo; luego, acercándose al oído, preguntó a Medardo si tenía que darle alguna orden.

—Rey de los francos, y vosotros todos los que me rodeáis —dijo el moribundo—, os tomo como testigos de que quiero ser enterrado aquí en medio de mis hijos.

El rey le suplicó que accediera a que su cuerpo fuese sepultado en la importante ciudad de Soissons.

Medardo consintió en ello, y luego principió una oración que debía concluirse en el cielo.

Fué su muerte el 8 de junio de 545.

Una inmensa multitud, tanto del pueblo como de la nobleza, quiso asistir a las exequias del santo obispo. Mucho hubieran querido los habitantes de Noyón guardar entre ellos los preciosos restos de su Padre, pero el rey se mantuvo firme y quiso que el cuerpo fuese sepultado en Crouy, cerca de Soissons. Clotario, ayudado de los nobles principales, llevó la preciosa carga. Fué un verdadero triunfo, realzado con numerosos milagros.

Cuando llegaron a Crouy, donde el rey había determinado levantar una iglesia, el féretro quedó inmóvil y no hubo fuerza humana capaz de moverlo. Inmediatamente Clotario hizo donación a la nueva iglesia de la mitad del precioso tesoro y la carga se aligeró notablemente. La iglesia que Clotario comenzó, fué terminada con magnificencia por su hijo Sigeberto y sus sucesores. También se le agregó un monasterio que se confió a los religiosos Benedictinos: fué tan ilustre, que el papa San Gregorio le hizo depender inmediatamente de la Santa Sede, y le confirió otros grandes privilegios; en él se congregaron hasta 400 religiosos que cantaban noche y día y uno tras otro, las alabanzas divinas. Últimamente dependía de la Congregación de San Mauro.

Según ya hemos dicho, San Medardo fué hermano de San Gildardo, y ambos nacieron el 8 de junio y en el mismo día 8 de junio fueron los dos consagrados obispos. Murieron ambos en el mismo día y hora, de suerte que en vida, santidad, virtudes y muerte fueron tan conformes que no hay que decir del uno más que del otro.

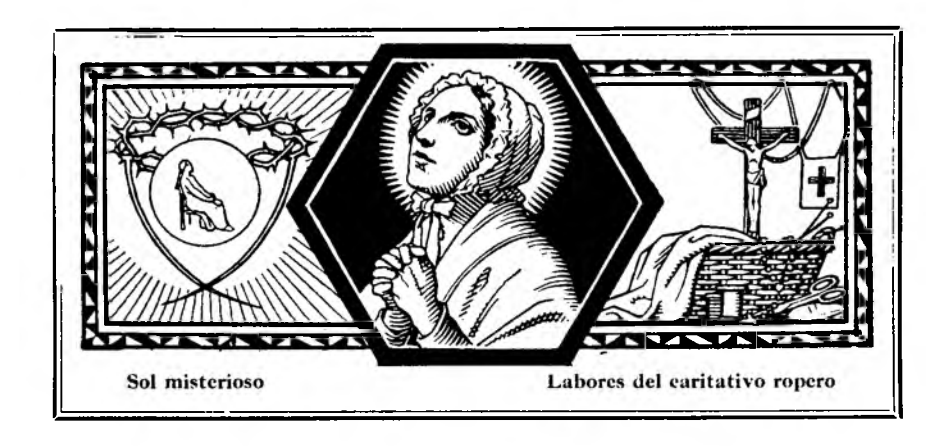
Gran ejemplo, a la verdad, y gran contraste con los que siendo hijos de un padre y de una madre que procuran enseñarlos y adoctrinarlos en todas las virtudes, saliendo el uno perfecto en ellas, el otro no le imita, sino que antes procura ser escándalo del mundo con su manera de vivir, y la total ruina de su casa.

No así estos dos gloriosos mellizos Medardo y Gildardo, pues fueron tan hermanos en todo, que para conocer al uno bastaba ver al otro: ninguno se excedía ni llevaba la ventaja; pues, si uno era caritativo con los pobres, abstinente, penitente, sabio, doctor, milagroso y santo; el otro, imitándole en todo, decía y publicaba a voces que eran los dos hermanos, por lo cual hoy se gozan con iguales coronas de sempiterna gloria.

SANTORAL

Santos **Medardo, obispo;** ***Eutropio, obispo de Valencia; Salustiano, confesor; Maximino, discípulo del Salvador;*** Guillermo, obispo de York; Heraclio, obispo de Sens; Clodulfo, obispo de Metz; Severino y Fortunato, obispos; Victoriano, confesor; Gaudencio, discípulo de San Romualdo y apóstol de Hungría, en el siglo X; ***Gildardo o Godardo, hermano gemelo de San Medardo*** (Véase la vida de San Medardo, páginas 393, 398, 400 y 401); Germán, Paulino, Justo y Escicio, martirizados en Gerona, durante la persecución de Diocleciano· Disibondo, prelado irlandés, que abandonó su obispado para vivir como humilde religioso, honrado en Maguncia; Mario, obispo de Clermont; Víctor y Medardo de Alier, mártires en Auvernia. Santas ***Calíopa o Calíope, mártir;*** Sira, viuda, y Trojecia, virgen; Eustadiola, viuda y abadesa; Genesia, virgen y mártir.

SAN EUTROPIO, obispo. — San Isidoro hace mención de este Santo en su obra de los *Varones Ilustres*. Fué uno de los más esclarecidos discípulos de San Donato, que a mediados del siglo VI vino a España, desde África, con varios religiosos para introducir en nuestra patria aquel género de vida monástica, tan admirable, que estableciera San Pacomio en tierras egipcias. A este fin, estableció Donato el monasterio Servitano en la región levantina comprendida entre Valencia y Cartagena. Su sucesor fué Eutropio, cuya fama de ciencia y santidad se extendió de tal manera, que en el III Concilio de Toledo, en el año 589, famoso en la Historia por la conversión de Recaredo al Catolicismo, quedó encargado Eutropio, con San Leandro, de redactar los veintitrés cánones que el Concilio estableció sobre disciplina eclesiástica. Pocos meses después ocupó la silla episcopal de Valencia, hasta que, hacia el año 608, abandonó este destierro, para volar a las eternas moradas de la gloria.


Sol misterioso — Labores del caritativo ropero

DÍA 9 DE JUNIO

BEATA ANA MARIA TAIGI

MADRE DE FAMILIA Y TERCIARIA (1769 - 1737)

ESTA «Santa» nació en Sena de Toscana el 29 de mayo de 1769. Por reveses de fortuna, abandonaron sus padres la patria que los vió nacer y, a pie, como mendigos, fueron a Roma para ocultar su miseria y buscar trabajo. Vivieron en la calle de las Vírgenes, no lejos de la iglesia de Santa María de los Montes, donde conocieron a San Benito José Labre.

El padre, Luis Gianetti, se colocó de criado en una buena casa. La madre, María Masi, ingeniose para hallar ocupación entre diversas familias, y la niña, de sólo cinco años, fué admitida gratuitamente en las «Maestre pie» (Maestras pías) de la vía Graciosa.

Ana María era una niña encantadora, de una distinción poco común entre las niñas del pueblo, inteligente, viva, siempre alegre y sonriente. La piedad sobrepujaba en ella a los encantos de la juventud, que transcurrió en la mayor inocencia. A los trece años se colocó en un obrador con el encargo de devanar seda, y seis años después entró de camarera en el palacio Mutti, donde estaba sirviendo su padre. Allí conoció a Domingo Taigi, criado también del palacio Chigi, con quien se casó después de haber rogado al Señor la hiciese conocer su voluntad, y consultado el parecer de sus padres y de

su confesor. Frisaba entonces en los veintiún años. Celebróse el casamiento en la iglesia parroquial de San Marcelo, el 7 de enero de 1790. En este día, Ana María hizo a Dios el sacrificio completo e irrevocable de su propia voluntad en manos del que el Cielo le deparaba de esta suerte por compañero de su vida.

No fué este joven matrimonio en sus comienzos lo que suele decirse un matrimonio bien avenido, pues los caracteres, los gustos, las costumbres de ambos esposos, eran bastante diferentes; mediaba casi un abismo entre la delicadeza de Ana María y la tosquedad de Domingo; ella, pronta para concebir las cosas; su marido, lento en comprenderlas; María era amable y fácil de contentar; Domingo, testarudo y violento, aunque piadoso, amante del deber y de corazón grande. Su unión fué dichosa. Gustaba a Domingo presentarse en público con su joven esposa, elegante y bien trajeada. Aunque pobre, habíale comprado, según era costumbre, algunos atavíos un tanto vistosos, y Ana María, para complacerle, abandonóse algún tiempo a ligeras vanidades. Pero muy pronto asaltaron la delicadeza de su alma crueles inquietudes.

ANA MARÍA, TERCIARIA TRINITARIA

UN día, impulsada por la gracia, fué llorando a confiar sus remordimientos a un sacerdote de la iglesia de San Marcelo. Allí tomó la resolución de no vivir más que para Dios y llegar a ser una santa. Vuelta a casa, se flageló ásperamente y, renunciando desde aquel momento a sus mundanos adornos, vistióse como una mujer del pueblo un vestido sencillo y tosco. Sentía la necesidad de acercarse todavía más a Dios; para ello franqueó de par en par su corazón a su confesor el padre Ángelo.

—Siento en mí un deseo vivísimo de ofrendarme al Señor —le dijo—, de manera que le pertenezca sin reserva, y ponerme en su divina presencia como una víctima expiatoria por tantos pecados como se comenten en el mundo.

Alabó el confesor tan santas aspiraciones y recomendóle obtuviera de su marido el permiso de hacerse Terciaria. «Sí, seguramente —le dijo— que Dios la quiere así, es decir, religiosa en medio del siglo».

Muy devota de la Santísima Trinidad, logró de su esposo licencia de vestir el hábito de Terciaria de las Trinitarias descalzas, y desde esa fecha sus oraciones fueron más largas, más rigurosas sus penitencias y más absoluta su fidelidad a todos los deberes de la mujer cristiana. También desde entonces la favoreció Nuestro Señor con esas intimidades que concedió en otro tiempo a Santa Catalina de Sena, a Santa Teresa de Jesús y a tantas otras Santas.

EL SOL MILAGROSO

DIOS obró en favor de su fiel sierva un milagro, único en su género, cuyos efectos se manifestaron de continuo durante cuarenta y siete años, que fué el resto de su santa vida. Le concedió la visión permanente de un globo luminoso, en el cual leía las diversas necesidades de las almas que ella quería socorrer, el estado espiritual de los pecadores, los peligros que amenazaban a la Iglesia; en una palabra, todo aquello por lo que ella se había ofrecido como víctima expiatoria.

Era un disco resplandeciente del tamaño del Sol natural, rodeado de rayos Los superiores terminaban por una corona de espinas entrelazadas, de cuyos dos extremos salían sendas espinas muy largas, cuyas puntas arqueadas se cruzaban debajo del disco y aparecían por ambos lados de los rayos. En el centro se hallaba majestuosamente sentada una matrona hermosa con los ojos elevados hacia el cielo y en actitud de estática contemplación.

Ana Taigi vió por vez primera este raro fenómeno al poco tiempo de su admisión como Terciaria Trinitaria, después de una sangrienta disciplina que acababa de imponerse.

A su vista quedó sobrecogida, temiendo no fuese ilusión y engaño del demonio; se apresuró a comunicárselo a sus directores espirituales, a quienes nada tenía oculto, y, tanto ellos como el mismo Dios en sus comunicaciones íntimas, la tranquilizaron. Reparó que la luz, por deslumbradora que fuese, presentaba sin embargo algunas sombras; al mismo tiempo una voz interior le hizo saber que esta claridad aumentaría su brillo según ella purificara más y más su corazón. Fué el acicate que le impulsó toda su vida a correr con nuevos bríos por el camino de la santidad. Puede decirse —con Luis Veuillot— que allí veía ella todas las cosas: las pasadas, las presentes y las venideras, todas se mostraban a su inteligencia con todas sus circunstancias.

En cualquier momento del día podía echar una mirada sobre aquel sol siempre presente; pero era sobre todo por la noche, en las prolongadas horas de vigilia, durante las cuales la piadosa mujer rezaba sus oraciones acostumbradas, cuando Dios ponía ante su vista figuras naturales o alegóricas. A menudo le daba Dios la explicación, otras veces la dejaba en la ignorancia; pero, no obstante, quería que lo anotara, porque algún día el acontecimiento se lo haría comprender.

Si Ana María deseaba ver en el sol un objeto determinado, por ejemplo. la respuesta a una pregunta que se le había hecho, el estado de un alma por la que quería rezar, desaparecía toda imagen extraña y el objeto buscado se presentaba inmediatamente.

De todas las clases sociales: gente del pueblo, religiosos, prelados y prín-

cipes de la Iglesia, hombres políticos, acudían a consultarla. Un diplomático francés, a quien ella reveló los secretos de la política europea, como los de la conciencia de él, decía: «Tiene el mundo entero ante sus ojos, como tengo yo mi petaca en la mano».

Cuando se supo en Roma el don sobrenatural que el Señor había concedido a su sierva, designáronse sacerdotes graves y doctos que pudieran observarla y fueran confidentes suyos. Uno de ellos, Monseñor Natali, que la conoció durante treinta años, tenía por misión recoger todas las comunicaciones que ella recibiera de Dios. Ana María, siempre obediente, y por mucho que le costase, dió a conocer con escrupulosa fidelidad los extraordinarios favores con que el Cielo la distinguía, a quien tenía derecho a ello.

SUS PADECIMIENTOS

EL resultado inmediato de sus visiones, era dar pábulo a la sed de expiación de la sierva de Dios. En cuanto veía a un alma sufriendo, un peligro para la Iglesia o algún bien que obtener, poníase en oración, y ofrecía a Dios su ayuno casi continuo, sus disciplinas y los padecimientos que la Providencia nunca le escaseó.

Tuvo largos intervalos de desoladora sequedad espiritual; sufrió contradicciones, calumnias, insultos. Fué probado su cuerpo en todos sus sentidos. De continuo tenía dolor de cabeza, que se acrecentaba los viernes después del mediodía. Estaban sus ojos como atravesados por agudas puntas que eran un martirio seguido. Una de sus manos recibió el poder de curar a los enfermos; pero, por una especie de compensación, esta misma mano le hizo sentir constantemente vivos dolores. En fin, diversas enfermedades la visitaron e hicieron de su pobre cuerpo una ruina, clavada mucho tiempo sobre un camastro.

En sus dolores, Ana María permanecía tranquila, alentada por este pensamiento: «Sufro por Dios; expío por tal alma». A veces se la oía exclamar de repente: «¡Ah!, demos gracias al Señor y a su Santísima Madre porque en este momento se confiesa el enfermo, es un alma ganada para Dios».

HIJA, MADRE Y ESPOSA

DESDE el primer día esmeróse Ana María en tener para su esposo la obediencia más completa, como a un representante de Dios. Sus voluntades y hasta sus caprichos le parecían cosa sagrada. Renunciaba incluso a sus devociones por complacerle.



ACEPTA *estos dineros,* Anna mía» — *dice la reina de Etruria a la Beata Ana María, abriendo un cajón que contenía buena cantidad de monedas de oro—. «No insista —responde sencillamente la Beata—, mi Señor y Dueño es más rico que nadie, y Él me da cada día todo lo que puedo haber menester».*

Al principio de su vida conyugal, los Taigi vivían en una pequeña habitación del entresuelo, en el palacio Chigi. Pero algunos años más tarde, en vista de sus numerosos hijos, mudaron de casa y fueron a otra, paupérrima, situada en la calle de los Santos Apóstoles, no lejos de la iglesia de *Santa María in Vía Lata.*

Cada día, el sirviente de los príncipes Chigi volvía de su trabajo muy tarde, a veces a las dos de la madrugada, y siempre encontraba a su mujer trabajando o rezando, esperándole. «Algunas veces, al entrar para cambiar de vestido —dice Domingo— estaba la casa abarrotada de gente. Inmediatamente mi mujer dejaba a todos los señores y prelados que venían a consultarla, y se apresuraba a secarme el sudor y servirme con afabilidad y contento».

La mansedumbre y la virtud de su esposa tomaron pronto tal ascendiente sobre Domingo, que éste ya no hizo nada sin su consentimiento. Elementos de discordia no faltaban, sin embargo, en el hogar de los Taigi. Con la aprobación de su marido, Ana María daba hospitalidad a su madre, y su padre iba también a menudo a visitarla. El carácter un poco raro de los suegros y el temperamento fogoso del yerno, suscitaron inevitables conflictos que ella resolvía siempre amigablemente.

En su vejez, el padre de Ana María, malhumorado y agobiado por los achaques, se hacía insoportable a cualquiera que no fuese su santa hija. Ésta se esmeraba por serle agradable, le cuidaba como si fuera un parvulito, y le dirigía tiernas palabras de consuelo. Le preparó para recibir los últimos Sacramentos y, cuando ya hubo exhalado el postrer suspiro, ofreció por su alma largas y fervorosas oraciones. Lo mismo hizo con su madre.

«Siete hijos hemos tenido de nuestro matrimonio —dice Domingo en una de sus declaraciones—, cuatro niños y tres niñas. Todos han sido criados por la sierva de Dios. Ella tuvo cuidado de hacerlos bautizar apenas nacieron y confirmar en tiempo oportuno; practicó cuantos medios tuvo a su alcance para instruirlos cuidadosamente cuando hicieron la primera confesión y comunión. Gracias a su vigilancia, todos nuestros hijos han observado una conducta edificante y cristiana.»

Concerniente a la modestia, todo le parecía poco a su prudencia de madre, pues no sólo hacía dormir a los niños en un cuarto separado del de las niñas, sino que rodeaba cada cama con cortinas. Por la mañana y por la noche hacía la ronda de las pequeñas alcobas para enseñar a sus hijos a levantarse y acostarse con el recuerdo de la presencia de Dios. Era el momento elegido, de preferencia por la noche, para, si había motivo, dar a quien conviniera el reproche merecido por las faltas del día; luego los santiguaba con agua bendita, encomendábalos a Dios y a la Virgen, y los besaba tiernamente.

SU TRABAJO Y ABNEGACIÓN

LA casa de Ana María parecía un monasterio, donde todo: oración, trabajo, comidas, recreaciones, se hacía a hora fija.

Por la mañana, antes de amanecer, la piadosa madre iba a la iglesia. Después de recibir al Señor y oír Misa, volvía a casa a despertar a sus hijos, les hacía rezar la oración, preparábales el desayuno, acompañaba a los más pequeños a la escuela, disponía labor para las hijas mayores, a las cuales ella misma daba educación religiosa y las primeras nociones de trabajo manual. Luego poníase a ordenar la casa. «Trabajaba, lavaba y hacía el arreglo doméstico con tal actividad, que hubiera podido cansar a cuatro mujeres», dice Domingo. El tiempo restante se la veía casi siempre sentada en su mesita de trabajo en la que había un canastillo de coser, un Crucifijo y un rosario. Jamás se la vió ociosa.

Era hábil en toda clase de labores. En tiempo de la invasión francesa, en 1798, los víveres llegaron a ser de una carestía excesiva y Domingo Taigi vió cercenarse una parte de sus emolumentos. Para subvenir a las necesidades de los suyos, la Beata confeccionaba corsés, jubones, borceguíes, babuchas y otras prendas, que vendía a buen precio. Así, la familia Taigi pudo atravesar sin demasiada angustia aquella hora de penuria y privaciones.

Durante la comida, la diligente madre de familia no se sentaba casi nunca a la mesa común. Siempre de pie, se ocupaba en servir a su madre, su marido y sus hijos. Procuraba para los demás una alimentación sana y abundante; en cuanto a sí misma, comía poco y se contentaba con alimentos groseros, a veces hasta con las sobras echadas a perder. Después de la comida, durante las horas de la siesta, abría un libro de piedad y se ponía a rezar.

Como recursos seguros, la Beata no tuvo ordinariamente más que los seis escudos que ganaba mensualmente Domingo y el producto de su propio trabajo. A menudo se encontraba en apuros para pagar el alquiler y hacer frente a las más urgentes necesidades. En estos casos iba a rezar fervorosamente a una iglesia y con entero abandono decía al Señor: «Vuestra indigna sierva espera de Vos, ¡oh Dios mío!, el pan para el día de hoy». Su confianza nunca sufrió decepción. La Providencia le enviaba siempre lo necesario.

Muchas veces tuvo ocasión de enriquecerse esta pobre familia: hubiera bastado con que la Beata abriese la mano. La reina de Etruria, curada por ella de un mal cruel, le dijo un día presentándole una caja llena de oro: «Toma, toma, Ana mía. —¡Qué cándida sois, señora —respondió ingenuamente Ana—. Yo sirvo a un Amo mucho más rico que Vos; confío en Él, y Él provee a mis necesidades de cada día».

Entonces la reina le ofreció para Domingo una buena colocación con un crecido salario. Ana María le dió las gracias cortésmente en estos términos: «No, no; ruego a Su Majestad nos deje en nuestra medianía. El Señor nos quiere en la posición en que estamos. Tengo absoluta confianza en su auxilio».

Ni siquiera quiso recibir dinero para distribuirlo entre los pobres con el fin —decía ella— «de no apartarse del real sendero de la pobreza». Y no es que no se interesase ella por los indigentes; a pesar de sus cargas de familia, los socorría de todas las maneras. Sabiendo un día que su madre había rehusado dar limosna a un mendigo, sintió honda pena por ello:

—Por Dios, madre —le dijo—, no despida más a un pobre sin hacerle una caridad. A falta de otra cosa, siempre encontrará usted pan en este armario.

Más a menudo aun, pagaba ella con su propia persona; con frecuencia se la llamaba en auxilio de los enfermos e inmediatamente acudía, sin reparar en si el tiempo era bueno o malo.

Cuando enviudó su hija Sofía, Ana María acogió a un tiempo en su casa a la pobre madre con sus seis hijos, y hasta a una criada que tenía Sofía. Ésta vacilaba al imponer a su madre semejante carga:

—¿En qué piensas tú, hija mía? —respondió—. ¡Qué poca confianza tienes en Dios! Bien sabes que nunca abandona a nadie. Dios lo arreglará; tú tendrás cuanto te haga falta.

OTROS FAVORES CELESTIALES. — SU MUERTE

ANA María se mostró siempre en el hogar doméstico como esposa y madre, abnegada cumplidora de sus deberes con toda perfección por amor a Dios, sin demostraciones exteriores de los carismas que el Señor le concedía, de forma que, de sus éxtasis, arrobamientos y dones ones
sobrenaturales, apenas si su esposo tuvo algún indicio. Sin embargo, estos fenómenos no eran raros. En cualquier lugar en que se encontraba hallábase de repente inmóvil, privada de sus sentidos, fijas las miradas en un objeto invisible. Llamábala entonces Domingo y, al no recibir respuesta, la sacudía fuertemente. Algunas veces, persuadido de que se encontraba mal, la instaba para que tomase algún calmante. Al fin, viendo que era esto habitual en ella, atribuyó estos accidentes a un simple adormecimiento; y, cuando su mujer, ya vuelta en sí, recobraba de repente su alegría y su sonrisa, le decía: «Pero, ¿cómo puedes dormirte así en la mesa? Se diría que estás cargada de sueño».

La más joven de sus hijas, viendo que un día su madre no daba señales

de vida, exclamó asustada: «¡Mamá ha muerto!... ¡Mamá ha muerto!... —No —le dijo Sofía, más perspicaz—, mamá está en oración».

La Beata procuraba no dejar traslucir esos favores sobrenaturales, pero no siempre lo conseguía. Más fácil le era ocultar sus mortificaciones, los cilicios provistos de agudas puntas, las cadenillas de hierro con que se ceñía, las sangrientas disciplinas con que se flagelaba, la corona de espinas que llevaba debajo de su cofia.

El 10 de mayo de 1836, mientras oraba en San Pablo extramuros, delante de un crucifijo que veneraba con particular devoción, oyó una voz interior que le decía: «Hija mía, muy pronto estarás conmigo en mi reino».

Habiendo caído enferma el 26 de octubre siguiente, guardó cama largos meses, torturada por crueles padecimientos. Todos los días, Monseñor Natali celebraba Misa en su modesto oratorio y le daba la Sagrada Comunión. Después de haber recibido la Extremaunción, expiró el viernes 9 de junio de 1837. Contaba entonces sesenta y ocho años.

Las exequias se celebraron en *Santa María in vía Lata,* su parroquia, y su cuerpo fué llevado al cementerio del *Campo Verano,* donde su tumba llegó a ser muy pronto lugar de peregrinación; en 1855 fué transportado a la iglesia de Santa María de la Paz. La causa de la sierva de Dios fué introducida el 8 de enero de 1863, siendo nombrado postulador el Superior General de los Trinitarios. Dos años más tarde, el 10 de julio de 1865, los restos de Ana María Taigi fueron transportados a la iglesia de San Crisógono en el Transtíber, a cargo de los Trinitarios. Allí descansan definitivamente. Fué beatificada por Benedicto XV el 30 de mayo de 1920, y su fiesta se fijó en 9 de junio para el clero romano.

Domingo, que vivió aún doce años, no podía hablar de su mujer sin derramar lágrimas de ternura; invariablemente terminaba sus conversaciones con esta frase: «Sí, en verdad, era una mujer muy buena».

SANTORAL

Santos *Primo y Feliciano, mártires;* Columbo, apóstol de Escocia siglo VI; Maximiano, obispo de Siracusa Ricardo, obispo de Andría, en Nápoles; Vicente de Agen, diácono y mártir; Silvano, discípulo de San Pacomio, y Julián de Edesa, solitarios; Liborio, obispo de Mans; Jorge, obispo de Lodeve; Alejandro, obispo y mártir, en Bitinia, siglo III; Máximo, presbítero y mártir, en Alejandría; Diómedes, Amancio, Muciano, Alejandro y Jenaro, mártires, en Nicea; Fausto, mártir en Roma; Florencio y Vindemial, obispos en África. Santas *Pelagia, virgen y mártir;* Adelaida, esposa de San Lupo, en Bérgamo. Beatas **Ana María Taigi, terciaria trinitaria;** Gererdesca, oblata de San Benito, siglo XIV, y Marina de Escobar, virgen.


Cetro, corona y tesoros — Para las iglesias pobres

DÍA 10 DE JUNIO

SANTA MARGARITA

REINA DE ESCOCIA (1046 - 1093)

CUANDO Canuto II el Grande, rey de Dinamarca, se apoderó de Inglaterra, desterró a Suecia a los príncipes Eduardo y Edmundo, hijos de Edmundo II, rey inglés asesinado. El rey de Suecia, viendo que Canuto quería deshacerse de esos dos niños, no accedió a los deseos del danés, sino que los envió a la corte de San Esteban, rey de Hungría, donde fueron muy bien recibidos y educados conforme a su regia estirpe. El joven Edmundo murió sin sucesión, pero Eduardo, llamado «de Ultramar» o «el Proscrito», casóse con Águeda, sobrina del santo emperador Enrique II de Alemania y hermana de la reina Gisela, esposa del rey San Esteban. De este matrimonio y en esa misma Corte nació en 1046 la niña Margarita, a la que Dios predestinaba a ser reina y santa.

No fué muy larga su estancia en la corte húngara, pues la Providencia dispuso las cosas de tal modo, que muy en breve —entre los años 1054 y 1057— se trasladaron sus padres a la corte inglesa en la que, como en Hungría, se mostraba también a la sazón la santidad en egregio ropaje de realeza.

EN LA CORTE INGLESA. — NUEVA HUÍDA

LA princesa Margarita frisaba en los diez años, y, para dicha suya, iba a encontrar en la corte inglesa la misma ejemplaridad de vida y las mismas enseñanzas que tanto habían contribuído a iniciarla en las vías de la santidad, en la cristianísima corte húngara y en la no menos ejemplar del santo emperador Enrique de Alemania. Disponíalo así la Providencia divina para robustecer el espíritu y templar el ánimo de la futura santa, y prepararla a sobrellevar las penas a que muy pronto iba a someterla.

Apenas habían transcurrido tres años, el príncipe Eduardo de Ultramar pagó a la muerte el obligado tributo. Su tío, el virtuosísimo monarca Eduardo III el Confesor, que reinaba desde 1042, entregó también su santa alma al Criador el 5 de enero de 1066.

De cortísima duración fué el reinado del valiente conde Haroldo, cuñado y sucesor del difunto rey; pues a poco moría luchando valerosamente en la célebre batalla de Hastings, que dió el señorío de la nación inglesa a Guillermo el Conquistador. El pueblo londinense eligió entonces para ocupar el trono vacante al príncipe Edgardo, hermano de nuestra Santa; mas al cabo de breves días se dió cuenta de lo inútil de sus esfuerzos y aclamó al vencedor.

Al principio sometióse Edgardo al dominio del nuevo monarca, pero no tardó, de acuerdo con su madre y sus dos hermanos, en fugarse secretamente del territorio inglés al continente. La adversidad parecía cebarse implacable en los egregios fugitivos, pues un violentísimo temporal desvió de su ruta la nave en que embarcaran, lanzándola, tras crueles alternativas y zozobras, a las costas de Escocia; pero la Providencia se valió de este naufragio para elevar al trono a la virtuosa princesa Margarita.

EN LA CORTE DE ESCOCIA

POR entonces era rey de Escocia Malcolmo III, el cual, después del asesinato de su padre Duncán I, fué amparado y honrado largo tiempo por el santo rey Eduardo III de Inglaterra, gracias a cuya valiosa ayuda logró vencer al regicida y usurpador Macbeth y reconquistar su perdido trono.

Debido a esto, cuando dispuso la Providencia que, como náufragos, tomaran tierra escocesa los miembros de aquella real familia, destronada y tan desdichada, el rey Malcolmo, a fuer de agradecido y leal, se consti-

tuyó en amparador y protector de los egregios fugitivos rehusando con dignidad y firmeza entregarlos a Inglaterra al serle reclamados por Guillermo I el Conquistador; en vista de ello, declaró éste la guerra al monarca escocés, quien, ni tímido ni perezoso, púsose denodadamente al frente de sus tropas y, saliendo al paso del ejército inglés, lo deshizo por completo.

Mientras esto ocurría, Margarita, refugiada en la corte escocesa, daba grandes muestras de ejemplarísima vida con el ejercicio de todas las virtudes, aquilatadas por el crisol de la desgracia que tenazmente se cebaba en ella y en su familia.

Testigo de ello el rey Malcolmo, y convencido de las excelentes dotes que adornaban el alma de la joven, la pretendió por esposa. Aunque Margarita se sentía muy inclinada a seguir la senda de la perfección e imitar el ejemplo de su hermana Cristina, que había entrado religiosa, reprimió sin embargo los anhelos de su corazón y, conformándose con entera docilidad a seguir el consejo de los suyos que le hacían entrever la posibilidad de poder extender y propagar el reino de Jesucristo en la nación escocesa, dió su consentimiento al rey Malcolmo, gozosísimo al ver que Dios le deparaba tan noble y santa compañera. Margarita fué coronada reina de Escocia con pompa inusitada el año de gracia de 1070; tenía entonces veinticuatro años.

REGALO DE BODAS. — OBRA APOSTÓLICA DE SANTA MARGARITA

LA solemne ceremonia de los desposorios se celebró en la real residencia de Dunfermline, situada no lejos de Edimburgo. La piadosa reina quiso perpetuar su recuerdo y rendir públicamente a Dios el homenaje de su corazón agradecido, por las múltiples mercedes de su divina mano recibidas, ordenando la erección, en aquel lugar, de un artístico templo en honra de la Santísima Trinidad, al que enriqueció con una reliquia del «Lignum Crucis», y con preciosos ornamentos y vasos sagrados de oro macizo. Lo mismo hizo con otras varias iglesias debidas a su generosa piedad.

El boato y la magnificencia de la Corte no empañaron el alma angelical de Margarita, ni oscurecieron el brillo de sus virtudes. Y es que al exaltar a Margarita de este modo, sin duda fué designio divino engrandecerla por su modestia y humildad, y poner al propio tiempo su santa vida cual faro luminoso colocado en las alturas, con el fin de que fuera mejor divisado por las almas para que, orientadas por sus destellos, se encaminaran hacia el cielo, y ella fuese el instrumento propulsor del florecimiento religioso en aquel reino.

Tuvo Margarita la dicha de encontrar en su esposo Malcolmo inclinacio-

nes y aspiraciones análogas a las suyas. Cierto es que, muy en armonía con las costumbres de aquellos belicosos tiempos, era Malcolmo algo adusto y retraído; pero la virtuosa consorte adquirió con su afabilidad y con sus modales delicados, maravilloso ascendiente sobre su augusto esposo del que se aprovechó para bien de su pueblo. Malcolmo vivía pendiente de los labios de Margarita, cuyos atinados consejos, seguidos con docilidad, abrían horizontes dilatados a sus ansiosas aspiraciones.

Su empeño ponía la santa reina en este apostolado, pues no dudaba que la transformación y mejora de las costumbres del pueblo dependían en buena parte del ejemplo del rey y de la Corte. No es, pues, de extrañar que toda Escocia evolucionara a imitación de su rey y que, por la influencia de la magnánima reina, florecieran en alto grado la religión y la justicia en los Estados de Malcolmo, cuyo reinado fué de los más felices y prósperos de Escocia.

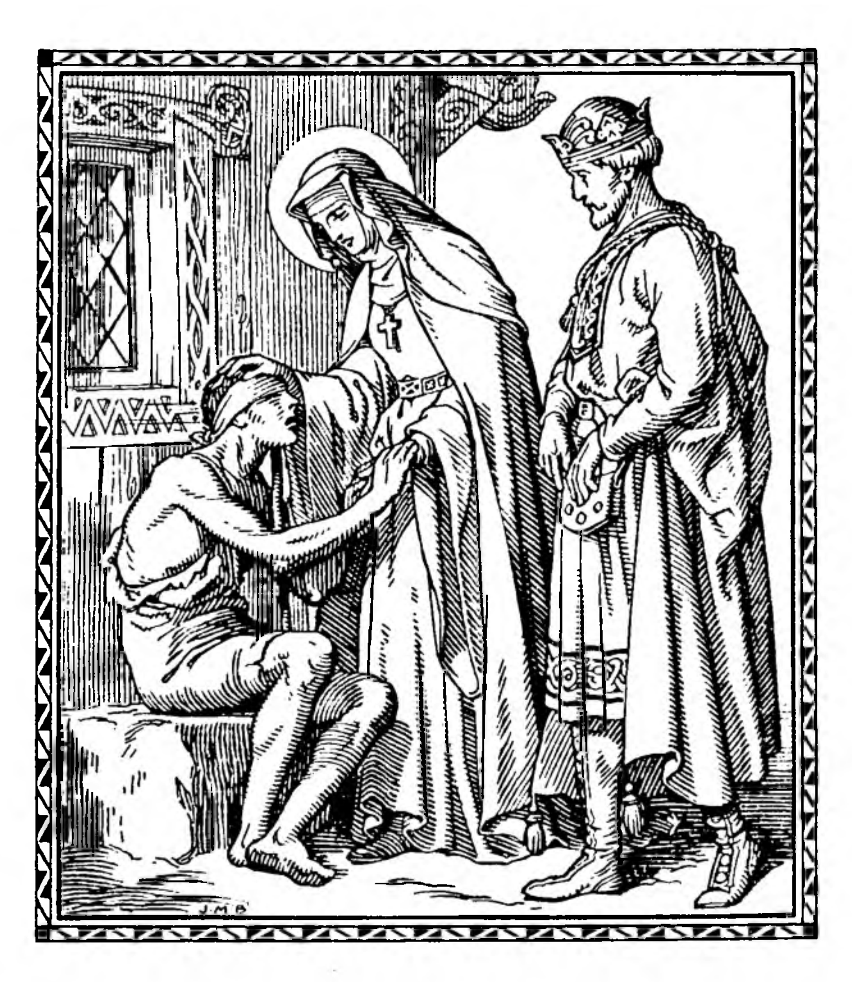
Muy presto se captó Margarita el afecto y el respeto de sus vasallos. Nadie se hubiera atrevido a pronunciar en su presencia palabra alguna, no ya poco honesta, sino ni siquiera ligera o superficial, pues era a todos muy patente que la virtud era la mejor carta de presentación para entrar en palacio.

De este modo la corte de Escocia se convirtió en una verdadera escuela de santidad donde se daban cita lo más florido y selecto de la nobleza y los más esforzados paladines del ejército del rey Malcolmo para ejercitarse en la práctica de las virtudes antes de lanzarse a los campos de batalla. Con frecuencia reunía también la ejemplarísima reina cabe sí a algunas doncellas de las más recomendables por su modestia y honestidad, y las ocupaba en la confección de ornamentos sagrados que luego eran regalados a las iglesias pobres del reino.

Fué particularmente eficaz la influencia de Santa Margarita en la organización de la Iglesia en Escocia. Debido a sus consejos dividióse el reino en diócesis con sus demarcaciones bien determinadas, creáronse cabildos con su correspondiente clerecía en las catedrales y estableciéronse parroquias. Algunas Órdenes religiosas, venidas de Francia e Inglaterra y dedicadas a todo género de ministerios, se difundieron por todo el país y contribuyeron eficazmente al florecimiento y esplendor que alcanzó la vida litúrgica de aquella época en el reino escocés.

Sin embargo, nuestra Santa no se detuvo aquí, sino que quiso poner remedio a los graves abusos que se habían introducido en la práctica de la religión, como la inobservancia del ayuno cuaresmal, la profanación del descanso dominical y festivo, y la tibieza y apatía de muchos cristianos en el cumplimiento de sus deberes para con Dios, en especial en los referentes al cumplimiento pascual.

No cejó en su apostólico empeño la santa reina ante las dificultades que



SANTA *Margarita de Escocia es un verdadero prodigio de piadosa caridad para con los pobres, enfermos y menesterosos. No solamente los socorre, regala y pone el alimento en la boca, sino que los besa con amor, aunque sean leprosos y estén cubiertos de asquerosas úlceras y repugnantes llagas.*

surgían; no le permitió su celo darse un punto de reposo hasta conseguir que el Divino Maestro ocupara el lugar que le correspondía, y reinara de hecho en la vida privada y pública de sus súbditos. Reclamó la ayuda de doctos prelados y celosos predicadores para restablecer en su reino la fe con su pureza primitiva, desarraigar los vicios y malos hábitos y hacer amar la virtud.

El rey Malcolmo secundó las nobles aspiraciones de su santa esposa, ayudándola eficaz y constantemente en su loable empresa. Tantos esfuerzos mancomunados viéronse sin tardar bendecidos por el Señor: la nación cambió de aspecto privada y socialmente, desapareciendo por completo la simonía, la usura, las supersticiones, los matrimonios entre consanguíneos y otros desórdenes que estaban anteriormente a la orden del día, con grave escándalo público y ocasión lamentable de pérdida para las almas.

MADRE CRISTIANA Y SANTA

LAS bendiciones del cielo cayeron en abundancia sobre los reales consortes, en premio de las eminentes virtudes de Santa Margarita y del celo apostólico que en aras del bien y salvación de las almas desplegaban ambos esposos. El cielo, en efecto, alegró su hogar con el nacimiento de seis príncipes y dos princesas, que heredaron, con el carácter esforzado y valeroso del padre, las excelsas virtudes de su santa madre. Estos fueron los más bellos joyeles engarzados en su corona y su más preciado galardón en este mundo.

Cuidólos la virtuosa madre con tierna solicitud y cariño, y ya desde la cuna los exhortaba a menudo a la práctica de la virtud, inculcándoles al propio tiempo horror sumo al pecado y honda aversión a los bienes terrenales, cuya vanidad les ponderaba clara e insistentemente. Fuera de eso, procuraba con todo ahinco encender en sus tiernos corazones aquel fuego de divina caridad en que con vivas llamaradas se abrasaba el suyo y ponía sumo empeño en asignarles preceptores piadosísimos de vida ejemplar.

Si el árbol, bien podado y dirigido, da hermosos y sazonados frutos, una sabia educación con tal constancia dirigida no podía menos que producir el más bello y consolador resultado. Así fué en efecto, pues esta egregia familia, presidida por una madre santa, dió a la sociedad ilustres personajes y a la Iglesia un coro de Santos. El hijo mayor, Eduardo, valiente como su padre, pereció a su lado luchando heroicamente en la batalla de Alnwick (1093); Edmundo renunció a las glorias mundanas e ingresó en un monasterio, donde vivió santamente; Etelredo subió al cielo en la edad de la inocencia. El cuarto hijo, Edgardo, vióse desposeído del trono; pero no

tardó en recobrar sus derechos, ya que en 1097 tomó de nuevo posesión del trono de sus mayores, gracias a la protección y ayuda de su tío materno, el ya conocido príncipe Edgardo, y del rey de Inglaterra Guillermo II el Rojo.

Sucedióle en el año 1107 Alejandro, quinto hijo de nuestra Santa, que falleció en 1124, sin descendencia directa. Subió entonces al trono de Escocia el último de los hermanos que, con el nombre de San David I, es conocido en la historia por uno de los más ilustres monarcas del trono escocés. Por sus preclaras dotes de gobierno y por la santidad de su vida fué apellidado «Esplendor de su linaje».

En cuanto a las dos princesas, la mayor, llamada Edit o Matilde, estuvo desposada con el rey Enrique I de Inglaterra, y mereció, por su vida ejemplarísima, el honor de los altares. María, la segunda, entroncó con la familia del preclaro y virtuoso Godofredo de Bouillón, primer rey de Jerusalén, al desposarse con Eustaquio, conde de Bolonia, del norte de Francia.

PROVIDENCIA DE LOS DESVALIDOS Y MENESTEROSOS

DESDE su niñez sobresalió Margarita por la caridad y conmiseración para con los desheredados de la fortuna y los desgraciados.

Era de ver la bella y conmovedora escena que se ofrecía a los circunstantes siempre que la santa reina salía de la regia mansión; la rodeaban multitud de pobrecitos, tristes viudas, desdichados huérfanos y tantos otros desgraciados que acudían a darle muestras de su gratitud o a recibir de sus generosas manos el socorro, único lenitivo en su desgracia.

Diariamente y antes de sentarse a la mesa, nuestra Santa servía con sus propias manos la comida a nueve huerfanitas y a veinticuatro ancianos. Con metódica frecuencia mandaba, además, que se permitiese la entrada en palacio a trescientos pobres, a los cuales, en compañía del rey Malcolmo, servíales con sumo placer exquisitos manjares, puesta de hinojos por respeto al Divino Salvador, a quien veía y agasajaba en la persona de aquellos infelices.

No paraban ahí sus larguezas. Al salir del oratorio, se encontraba a diario en sus habitaciones con seis pobres, a quienes lavaba los pies y despedía con buena limosna. Visitaba también con mucha frecuencia los hospitales, donde cumplía los oficios más humildes y penosos con los enfermos. Y, no satisfecho aún su compasivo corazón, buscaba fuera del país más ancho campo a su ardiente celo, socorriendo a los desgraciados de otras regiones. ¡Cuántos cautivos y prisioneros de guerra vieron rotas sus cadenas gracias a la valiosa intercesión de la santa reina de Escocia!

SU HUMILDAD Y AUSTERIDAD. — ÚLTIMOS DÍAS

EN la humildad, la más firme base de la verdadera santidad, asentó el edificio de su virtud. Santa Margarita fué el más fiel trasunto de las virtudes cristianas y únicamente ella parecía ignorarlo. Muy a menudo se entrevistaba con su confesor Turgot, monje benedictino —obispo que fué de San Andrés hacia el 1107—, y le rogaba humilde, pero insistentemente, que se sirviera señalarle y reprenderle sin rodeos cuanto de censurable viera en ella, para corregirse. Dolíase de ser tratada con sobrado miramiento y delicadeza.

La vida austera y penitente que llevaba la ejemplar reina, empezó a minar su organismo. Contrajo, entre otras molestias, una dolencia de estómago que la atormentó por largo tiempo, ocasionándole terribles dolores; pero no fueron óbice para que modificara su plan de vida, ni acortara en lo más mínimo sus prácticas piadosas.

Supo por inspiración divina la proximidad de su tránsito de este mundo, y quiso prepararse con todo cuidado a comparecer ante el Divino Juez. Llamó a su confesor e hizo con gran abundancia de lágrimas confesión general de toda su vida.

Durante seis meses se vió obligada a permanecer en el lecho. Sufría muchísimo, pero no se le oyó nunca la menor queja, pues mostraba en todo heroica paciencia y conformidad con la voluntad divina.

En tal estado plugo al Señor acrisolar más la virtud de su sierva, sometiendo su alma a una dolorosísima prueba para su tierno y amoroso corazón de esposa y de madre. Fué el caso que el rey Malcolmo, al saber la invasión del Northumberland por el rey Guillermo II el Rojo, organizó al punto sus tropas y, en compañía del príncipe Eduardo, su hijo mayor, entró resueltamente en campaña contra el rey inglés, reivindicando sus derechos, sin que fueran parte a detenerle en su empresa las ternuras de su santa esposa, alarmada por el triste presentimiento que oprimía su amante corazón ante el incierto resultado de aquella lucha.

LA TRAGEDIA. — MUERTE DE SANTA MARGARITA

NO eran vanos ni infundados los temores que cual fatídico espectro se cernían sobre el espíritu de la cristianísima reina, pues Malcolmo y el príncipe Eduardo perecieron al intentar el asalto a la fortaleza de Alnwick, de la que se habían apoderado los ingleses. En el mismo punto en que ambos príncipes caían en el campo de batalla, luchando heroica-

mente en cumplimiento de su deber, allá en la corte escocesa, la esposa amante, la tierna madre, tendida en el lecho del dolor decía con triste acento a los que solícitos la rodeaban: «Con seguridad ha ocurrido hoy una tremenda desgracia para Escocia».

No dice más, pero ruega que se le traiga una reliquia de la verdadera Cruz, muy venerada y estimada por ella, estréchala contra su corazón y, cubriéndola de besos y regándola con sus lágrimas, se santigua repetidas veces con ella. A los cuatro días llega de la guerra el príncipe Edgardo y, apenas se presenta en la cámara de su madre, le pregunta ésta: «¿Qué es de tu padre y tu hermano?» A lo que el príncipe, deseoso de evitar un dolor y una pena hondísima a su pobre madre, respondió: «Disfrutan, señora, de salud excelente». Mas la reina díjole al punto, lanzando un profundo suspiro: «Ruégote, hijo mío, que no me ocultes nada, pues no ignoro lo sucedido».

Entonces el príncipe declaró la triste realidad, contando con todo detalle la serie de episodios ocurridos en el encuentro con los ingleses y cómo su padre y el príncipe su hermano habían perecido víctimas de una traición criminal. Entonces se comprendió el alcance profético de las palabras de la santa reina al decir unos días antes que «una gran desgracia había sobrevenido a Escocia».

No tardó mucho en llegar la hora del dichoso tránsito de Margarita a la patria celestial y, percatándose de ello, se preparó pronunciando estas palabras litúrgicas: «Señor mío Jesucristo que, por voluntad del Padre y con la cooperación del Espíritu Santo, habéis vivificado el mundo muriendo por él, libradme y salvadme». Y dicho esto se durmió en el Señor. Era el 16 de noviembre del año 1093. Su cuerpo fué inhumado delante del altar mayor de la iglesia de Dunfermline.

La vida de nuestra biografiada heroína fué más notable por sus altísimas virtudes que por los hechos extraordinarios y prodigiosos; pero a raíz de su muerte, Dios glorificó su sepulcro con multitud de milagros, los que concienzudamente comprobados movieron a la Iglesia a elevarla desde el trono de Escocia a trono más alto: al de los altares. Fué canonizada por el papa Inocencio IV en 12 de junio de 1250. Sus sagrados despojos fueron trasladados en 19 de junio de 1259 a otro santuario. La santa reina es patrona de Escocia.

Al caer Escocia en la herejía, los católicos recogieron secretamente sus reliquias y las de su esposo, al que también veneraban como santo. El rey don Felipe II de España solicitó el honor de ofrecerles refugio seguro en el monasterio de El Escorial, y las hizo colocar en un magnífico relicario en el que se podía leer esta inscripción: *San Malcolmo, rey, Santa Margarita, reina.*



DÍA 11 DE JUNIO

SAN BERNABE

APÓSTOL († por los años 53 ó 57)

ANTES de llamarse Bernabé, nombre con que le veneramos, este santo apóstol llamábase José, que significa «crecimiento». Fué hebreo de nación y de la tribu de Leví. Nació en la isla de Chipre, donde sus antepasados se refugiaron durante la invasión de Judea por los romanos mandados por Pompeyo.

Cuando tuvo edad competente, enviáronle sus padres a Jerusalén, para que aprendiese virtud y letras del ilustre Gamaliel, insigne doctor de Israel, quien, según la tradición talmúdica, «llevó al sepulcro el honor de la ley de Moisés».

Tenía el famoso *rabbi* muchos discípulos. El principal de ellos era por entonces un mancebo llamado Saulo, natural de Cilicia, el cual se señalaba por su celo, ciencia y pureza de vida. Cada día iba al templo en compañía de Esteban, que después fué diácono y derramó el primero la sangre por Jesucristo. José tenía poco más o menos la edad de ellos. Los tres eran buenos amigos.

SIGUE A JESÚS Y MUDA DE NOMBRE

EN este tiempo vino Cristo nuestro Redentor a Jerusalén, y causó gran admiración en la ciudad y en Judea por los milagros que obraba. Dice la tradición oriental que el joven levita tuvo ocasión de oírle predicar en el templo y quedó prendado de la doctrina del nuevo Maestro, de quien se decía: «Nadie habló como aquel hombre». Presenció el milagro de la piscina probática y desaparecieron sus dudas: creyó en la misión divina de Jesús, y de allí en adelante fué ardentísimo admirador del Divino Maestro.

Corrió a contar a su tía María, madre de Juan Marcos, cuanto había visto y oído. Por sus palabras creyó en Jesús toda aquella familia, y su casa sirvió de albergue al Salvador en Jerusalén.

Después de Pentecostés fué José de los primeros en dar ejemplo de aquel desasimiento admirable que hacía exclamar a San Juan Crisóstomo: «La Iglesia de Jerusalén parecía en su cuna una república de ángeles». Expresamente le nombran en los Hechos, diciendo que «vendió el campo que tenía, y llevó el precio, y púsolo a los pies de los Apóstoles» *(Hech.,* IV, 36 y 37). Los demás fieles y discípulos del Señor hicieron lo mismo, siguiendo el ejemplo de José. Era muy puesto en lugar que San Bernabé, que también había de ser llamado apóstol, pudiese decir como los Doce: «Señor, todo lo dejamos para seguirte». Por eso, sin duda, y por ser muy rica la heredad que vendió, quiso el Espíritu Santo que se hiciese particular mención de este Santo.

Al ver los Apóstoles tal ejemplo de voluntaria generosidad se llenaron de consuelo, y a tal extremo llegó su amor al Santo que le mudaron el nombre de José y le llamaron Bernabé, que quiere decir *«hijo de consolación»,* y también «hijo de exhortación», hebraísmo que significa: el que tiene don de exhortar. Con el nombre de Bernabé es honrado en la Iglesia universal este glorioso compañero de San Pablo.

PABLO, CONVERTIDO, ES PRESENTADO A LOS APÓSTOLES

CUANDO la Iglesia cobró nuevos alientos merced a la venida del Espíritu Santo y salió a predicar en las sinagogas, Bernabé tuvo gran parte en las tribulaciones de sus hermanos. Los fariseos y saduceos hallaban en las instituciones mosaicas plenamente satisfechos sus más viles intereses; por eso se apoderaba de ellos ciego furor cuando oían proclamar la divinidad de Jesús, a quien habían crucificado. Estigmas de inmortal deshonra puso el diácono Esteban en la frente de aquellos hipócritas leguleyos con el candente hierro de su elocuencia y cristiano valor. Vengáronse ellos

de tan valeroso adversario haciéndole blanco de su ira y enojo; a poco, el el protomártir de Cristo cayó bañado en sangre en las afueras de la ciudad, apedreado con saña por el populacho enfurecido. Los testigos de aquel suplicio *(Hech.,* VII, 57), «pusieron sus ropas a los pies de un mancebo que se llamaba Saulo», antiguo condiscípulo de Esteban y Bernabé.

Saulo, seducido por la aparente austeridad de los fariseos, abrazó su secta y persiguió violentamente a la Iglesia; pero después de la caída en el camino de Damasco, se convirtió en apóstol del Señor. Bernabé lo presentó a Pedro, cabeza de la Iglesia, y a Santiago, obispo de Jerusalén. «Contóles cómo Saulo había visto y oído al Señor en el camino, y cómo después había predicado en Damasco libremente en el nombre de Jesús» *(Hech.,* IX, 27).

El crédito e influencia de Bernabé eran grandes, puesto que, en oyéndole, los Apóstoles admitieron a Saulo en su compañía.

PABLO Y BERNABÉ, EN ANTIOQUÍA

ENTRETANTO, los fieles, diseminados por la persecución, iban por todas partes sembrando la semilla de la divina palabra. Muchos fueron a Antioquía, donde se multiplicaron las conversiones, no sólo de judíos, sino también de griegos. Los Apóstoles enviaron a Bernabé como jefe de esta cristiandad, en la cual, con su doctrina y ejemplo, obtuvo maravilloso fruto.

En Antioquía y en Jerusalén, los judíos convertidos no estaban conformes con que se admitiese en la Iglesia a los gentiles, sin someterles a las prescripciones de la ley mosaica. Bernabé combatió esa equivocada actitud, y tan pronto como los gentiles supieron que podían pasar a ser cristianos sin hacerse judíos acudieron en tropel a los pies del Santo. Muy en breve necesitó nuevos operarios para recoger tan abundante cosecha. Partió, pues, para Tarso en busca de Saulo, que llevaba vida recogida en su ciudad natal.

«Cuando le hubo hallado, le llevó a Antioquía, en cuya Iglesia estuvieron empleados todo un año, e instruyeron a tanta multitud de gentes, que aquí en Antioquía fué donde los discípulos empezaron a llamarse cristianos. Por estos días (en el año 42) —dice San Lucas—, unos profetas descendieron de Jerusalén a Antioquía. Uno de ellos, llamado Agabo, se levantó a hablar e, inspirado del Espíritu Santo, dió a entender que había de haber una grande hambre por todo el mundo, la cual vino en tiempo de Claudio, emperador. Los discípulos, cada uno según sus facultades, resolvieron enviar algún socorro a los hermanos que moraban en Judea, lo que ejecutaron, remitiéndolo a los ancianos por mano de Bernabé y de Saulo» *(Hech.,* XI, 25-30).

Los dos pastores de la Iglesia de Antioquía no subieron a Jerusalén hasta tanto que se hubo declarado el hambre en Palestina, esto es el año 44

—según el historiador—. Pero desde la predicción de Agabo habían ocurrido graves cosas en Jerusalén, tanto que los dos enviados no hallaron en la ciudad ni a San Pedro ni a los demás Apóstoles; solamente quedaban en ella los «ancianos», esto es, los «presbíteros» o sacerdotes, en griego *presbyteros*, que es «más anciano». En ausencia de los Apóstoles, ellos velaban por los fieles y les administraban los Sacramentos más indispensables. A ellos entregaron Saulo y Bernabé las limosnas de los cristianos de Antioquía; cumplido ese encargo, bajaron a dicha ciudad, llevando consigo a Juan Marcos, primo de Bernabé.

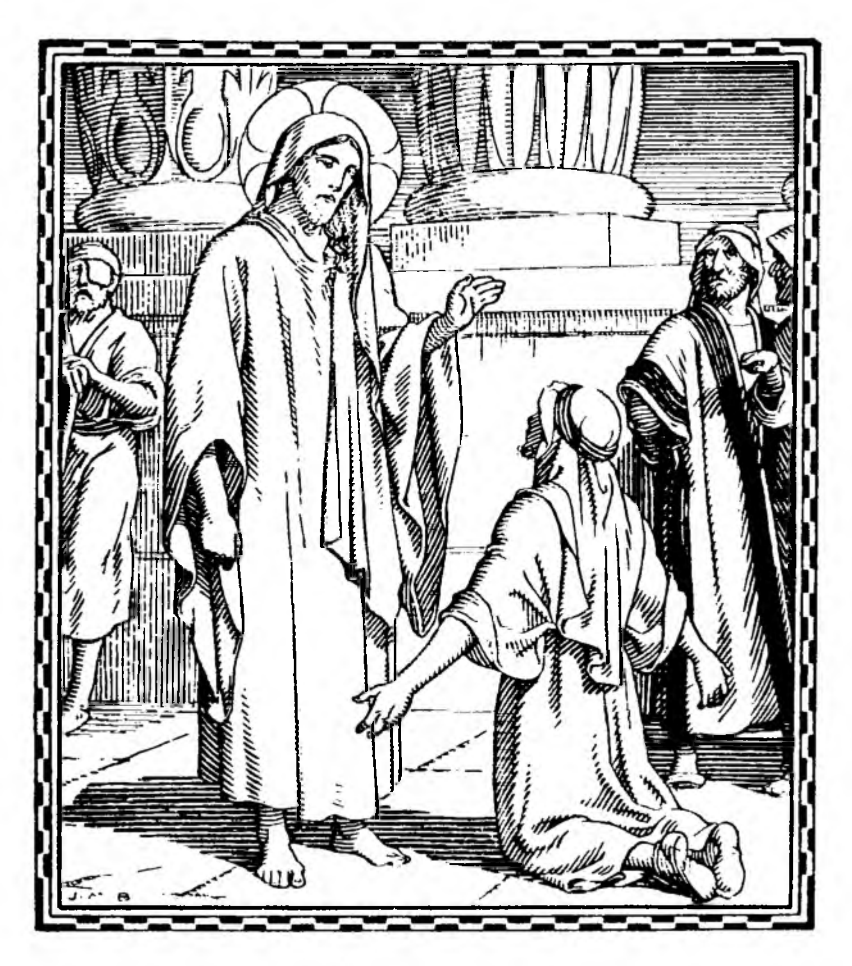
PRIMERA MISIÓN

HABIÉNDOSE juntado los ministros del Señor para celebrar los santos misterios, el Espíritu Santo les dijo: «Separadme a Saulo y a Bernabé para la obra a que los he destinado». Por eso, tras un ayuno solemne y largas oraciones, impusieron las manos a los dos elegidos, les confirieron la dignidad episcopal y los enviaron al lugar inspirado por el divino Espíritu. Su salida de Antioquía debió de ser por el año 45.

Los dos enviados tomaron consigo a Juan Marcos y fueron a Seleucia, y desde allí navegaron hasta Chipre, donde dieron principio al apostolado. La palabra de Dios resonó en aquella isla deshonrada por la deshonestidad; estremeciéronse los pórticos de los templos de Venus y las divinidades inmundas cayeron al suelo hechas pedazos. Predicaron con muchísimo fruto en Salamina y en Pafos. En esta ciudad vivía el procónsul romano Sergio Paulo, «varón prudente», dicen los Hechos, el cual mandó llamar a Bernabé y a Saulo para oír de su boca la palabra de Dios. Un judío que llamaban *Elimás* o «el mago» —que eso significa tal nombre—, vivía en casa de Sergio y «se les oponía, procurando apartar al procónsul de abrazar la fe». Saulo, lleno del Espíritu Santo, clavó en él los ojos y le dijo:

«¡Oh hombre lleno de toda suerte de fraudes y embustes, hijo del diablo, enemigo de toda justicia! ¿No cesarás nunca de trastornar los rectos caminos del Señor? Pues mira: Desde ahora la mano de Dios descarga sobre ti; quedarás ciego, sin ver la luz del día, hasta cierto tiempo. Al momento cayeron sobre sus ojos densas tinieblas... y el procónsul, al ver aquel prodigio, abrazó la fe» *(Hech.,* XIII, 6-12).

Entonces fué sin duda cuando Saulo, tomando el nombre del procónsul que acababa de convertir —otros creen que fué solamente para latinizar su apellido—, trocó el suyo de Saulo, nombre judío que heredó de sus antepasados, por el de Pablo. El procónsul perseveró en la fe de Jesucristo y murió siendo obispo de Narbona; su fiesta se celebra el 23 de marzo.



PRESENCIA *San Bernabé el milagro de la curación de un paralítico en la piscina probática y, conmovido ante el poder y la bondad de Jesús, se arroja a los pies del Divino Maestro suplicándole que le admita en el número de sus discípulos. El Señor le recibe y colma de gracias con esta dichosa elección.*

LOS APÓSTOLES EN PERGE Y EN ICONIO

DESDE Chipre pasaron Pablo y Bernabé al Asia Menor y desembarcaron en Perga o Perge de Panfilia con intento de evangelizar las ciudades de aquellas comarcas montañosas. Algo debió asustarle a Juan Marcos aquella empresa, pues, desalentado, dejó a los dos Apóstoles y se volvió a Jerusalén, donde vivía su madre. «Pablo, empero, y los demás cruzaron la cordillera del Tauro y llegaron a Antioquía de Pisidia.

Habiendo entrado en la sinagoga un sábado, sentáronse en medio de los judíos. Acabada la lectura de la Ley de los Profetas, los presidentes de la asamblea los invitaron a hablar al pueblo. Pablo les hizo una elocuente exhortación y gustó tanto a los judíos, que les suplicaron volviesen el sábado siguiente para hablarles del mismo asunto.

Muchos de los judíos y prosélitos siguieron a Pablo y a Bernabé, los cuales los exhortaron a perseverar en la gracia de Dios. El sábado siguiente, casi toda la ciudad acudió a oírles, con lo cual se llenaron de envidia los rabinos y empezaron a contradecir con blasfemias a cuanto Pablo predicaba. Entonces Pablo y Bernabé con gran entereza les dijeron: «...Ya que rechazáis la palabra de Dios, ...de hoy en adelante predicaremos a los gentiles» *(Hech.,* XIII, 43-47). Así lo hicieron, y la palabra del Señor se esparció como fecunda semilla por todo aquel país. Con ello creció tanto la envidia y el enojo de los judíos que, habiendo instigado a varias devotas mujeres y a los hombres más principales de la ciudad, levantaron violenta persecución contra Pablo y Bernabé y lograron echarlos de su territorio. Los dos apóstoles sacudieron el polvo de sus pies contra aquellos hombres tercos y obstinados y se fueron a Iconio, hoy día Konia, distante como unas veinte leguas de Antioquía de Pisidia.

Pertenecía por entonces Iconio a la provincia romana de Galacia. Sus habitantes daban culto a la diosa Cibeles, madre de los dioses, y vivían entregados totalmente al más desenfrenado libertinaje. Pablo y Bernabé entraron en la sinagoga de los judíos; libremente hablaron de la doctrina del Señor y en su nombre obraron grandes prodigios. Muchísimos judíos y griegos abrazaron la fe. Pero también aquí se amotinaron los judíos. Ambos apóstoles estuvieron a punto de morir apedreados. Dejaron a Iconio y fueron a Listra ciudad de Licaonia; en ella y en las ciudades circunvecinas, difundieron con gran fruto la luz del santo Evangelio. Créese que en esta primera misión de Pablo y Bernabé se convirtió Santa Tecla, celebrada por su virginidad y heroico valor.

EL COJO CURADO. — APOTEOSIS. — LAPIDACIÓN

PABLO y Bernabé dieron principio a su apostolado en Listra con un milagro portentoso. Había en la puerta de la ciudad un cojo de nacimiento, que asistió a la primera predicación de Pablo. El santo Apóstol fijó en él sus ojos y, viendo que tenía fe de ser curado, le dijo: Levántate y manténte derecho sobre tus pies». Al punto saltó en pie y echó a andar.

Los testigos del prodigio alborozáronse, y con vehementes aclamaciones dijeron: «Dioses son éstos que en figura de hombres han bajado a nosotros». A Bernabé le llamaban Júpiter, y a Pablo, Mercurio, porque éste era el que llevaba la palabra. En esto, un sacerdote de Júpiter, acompañado de la muchedumbre, trajo toros enguirnaldados con intento de sacrificarlos a los dos apóstoles. ¿Cuándo iban ellos a esperar tales honores? Mas, apenas entendieron de qué se trataba, rasgaron sus vestidos y rompieron por medio del gentío, clamando:

—Hombres, ¿por qué hacéis esto? Somos mortales como vosotros. Dejad esas vanas deidades y convertíos al Dios vivo, criador del cielo, de la tierra, del mar y de todo cuanto hay en ellos. Desde el alto cielo derrama sus beneficios, envía lluvias y tiempos favorables para los frutos, nos provee de alimentos y llena de alegría nuestros corazones con la abundancia de sus dones.

Aun con esas palabras pudieron apenas recabar del pueblo que no les ofreciese sacrificio. Entretanto, algunos judíos venidos de Antioquía de Pisidia y de Iconio, ganaron al populacho en contra de los dos apóstoles. Levantóse gran tumulto; Pablo fué arastrado hasta las afueras de la ciudad y apedreado con tanta saña, que le dieron por muerto. Vinieron los discípulos en busca de su cuerpo; pero Pablo se levantó curado milagrosamente. Al siguiente día partióse con Bernabé para Derbe (*Hech.*, XIV, 7-19).

Evangelizaron esta ciudad, donde hicieron muchos discípulos, y con esto dieron por terminada su misión. Volvieron a Listra, a Iconio y a Antioquía de Pisidia, y visitaron las iglesias ya evangelizadas, fortaleciendo el valor de los neófitos y exhortándolos a perseverar en la fe, diciéndoles que por muchas tribulaciones nos es preciso pasar para entrar en el reino de Dios. En cada iglesia constituyeron presbíteros por la imposición de las manos, orando y ayunando, y los encomendaron al Señor en quien habían creído.

Cruzaron la Pisidia y la Panfilia y predicaron en Perge, donde no pudieron hacerlo antes. Bajaron a la ciudad de Atalia y de allí se embarcaron para regresar a Antioquía de Siria, de donde habían salido encomendados a la gracia de Dios. Su primera misión duró algo más de cuatro años.

PRIMER CONCILIO DE JERUSALÉN

A poco de volver a Antioquía tuvieron que salir para Jerusalén donde iba a celebrarse el primer Concilio presidido por el oráculo de la Iglesia, el apóstol San Pedro. Pablo y Bernabé refirieron a la augusta asamblea los maravillosos progresos de la fe entre la gentilidad. Los prodigios por ellos obrados atestiguaban que agradaba al Señor la conversión de los gentiles, aun cuando no aceptasen las prácticas legales, a las que no se les podía obligar. Tal fué la sentencia promulgada por el Concilio.

Oyendo contar tantas maravillas, Juan Marcos se arrepintió de su pasada inconstancia. Hizo protestas de que no se separaría de su pariente Bernabé, con quien fué luego a Antioquía. Pablo, empero, tenía mal recuerdo de aquel apocamiento y falta de valor de Juan Marcos, y así, cuando se trató de emprender otra vez las correrías evangélicas, el Apóstol de los gentiles no quiso que Marcos los acompañase.

Algunos días después del Concilio, Pablo dijo a Bernabé: «Volvamos a visitar a los hermanos que ya evangelizamos, para ver cómo les va». Eso mismo estaba deseando Bernabé, pero quería llevarse consigo a Juan Marcos. Mas Pablo le volvía a repetir que, pues les había dejado la primera vez en Panfilia, ahora no debían llevarle. Ninguno de los dos quiso ceder; de la contienda resultó tal desavenencia entre ellos, que se apartaron uno de otro. A buen seguro que Dios permitió esta separación, para multiplicar y dilatar los campos de apostolado. Pablo partió con Silas y recorrió Asia Menor; Bernabé y Juan Marcos se embarcaron para la isla de Chipre.

Los acontecimientos dieron razón a Bernabé. Marcos fué de allí en adelante su fiel compañero y vino a ser ardiente propagador de la fe cristiana. Más tarde siguió a San Pedro a Roma; el Príncipe de los Apóstoles le mandó escribir el Evangelio, y después le envió a fundar la Iglesia de Alejandría. Aun el mismo San Pablo le tuvo en mucho; de él hace muy honrosa mención en sus Epístolas.

APOSTOLADO Y MARTIRIO

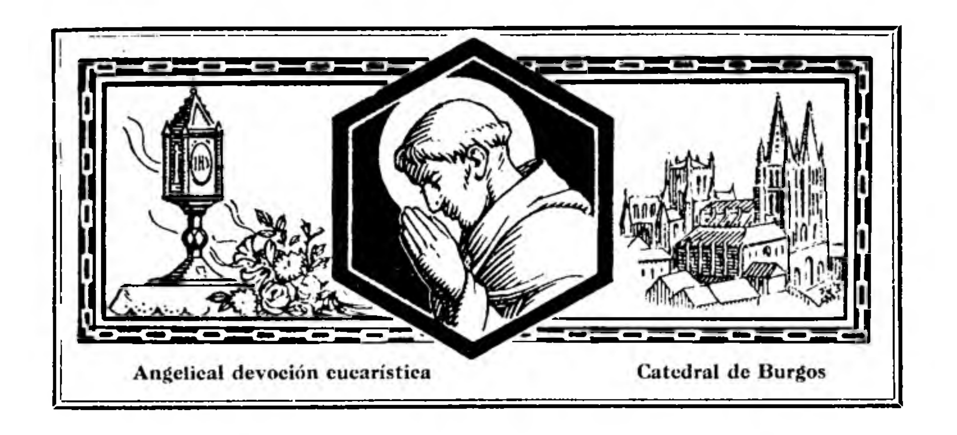
NADA más nos refieren los Hechos de los Apóstoles de la vida de San Bernabé. La historia documentada de este Santo detiene aquí sus pasos, para orientarse por la tortuosa vereda de la incertidumbre. Hasta ahora caminábamos con holgura por anchurosa vía, al resplandor vivísimo del relato de San Lucas; el corto trecho que nos queda por andar es estrecha y oscura senda; vayamos paso a paso.

Parece muy verosímil que San Bernabé no se contentó con evangelizar la isla de Chipre: su ardiente celo pedía más dilatado campo de apostolado. A haber ceñido sus conquistas a tan reducido territorio, sería entre los Apóstoles único en su especie, quitando Santiago el Menor, primer obispo de Jerusalén. Creíble es, pues, la tradición que admite que Bernabé salió de Chipre y recorrió Italia y Egipto. La Iglesia de Milán se gloría de haberle tenido por primer apóstol y arzobispo y le honra como a su principal patrono.

Habiendo evangelizado dichos países, Bernabé volvió a Chipre, llevado del deseo de ser particularmente útil a sus compatriotas. Fijó su residencia en Salamina, capital de la isla; con sus palabras, ejemplos y milagros convirtió tantos gentiles, que los judíos reventaban de furor y envidia. Previó Bernabé la persecución, juntó a los fieles, los exhortó a permanecer firmes en la fe y les anunció su muerte ya cercana. Entró en una sinagoga de judíos y éstos le apresaron; llegada la noche, le atormentaron cruelmente y le apedrearon. Así dió su espíritu a los 11 de junio de los años 53 ó 57. Juan Marcos le sepultó en una cueva, pero con el discurso del tiempo se vino a perder la memoria de aquel lugar. El año 448 se apareció el mártir a Antemio, obispo de Salamina, y le declaró dónde estaba su cuerpo. Sobre su pecho hallaron un ejemplar del Evangelio de San Mateo, escrito de propia mano de Bernabé. Llevólo Antemio al emperador Zenón, el cual lo guardó en su palacio y mandó edificar un suntuoso templo sobre el sepulcro del Santo. De San Bernabé se hace mención en uno de los dípticos del Canon de la Misa, el que sigue a las palabras *Nobis quoque peccatóribus,* después del apóstol San Matías.

SANTORAL

Santos Bernabé, apóstol; *Félix y Fortunato, hermanos mártires;* Maján, abad; *Parisio, camaldulense, confesor;* Meinverco, obispo de Paderborn, desde el año 1009 a 1036; Garuma o Garima, abad y apóstol de Abisinia; Palemón, abad, en Abisinia; Espínulo, abad Amable, presbítero; Blitario, confesor, siglo VIII; Emérito, Hereto, Victoriano y Víctor, mártires; Críspulo y Restituto, mártires, bajo Diocleciano. Beatos Achas, niño de siete años; Juan de Avelino, lego franciscano; Gerardino, celebrado en Navarra; Pedro Rodríguez y compañeros, martirizados en los Algarbes por los moros en 1242. Santas *Gerberga, monja;* Rosalía, virgen, honrada en Provenza, 1329; Basilia, mártir.



Angelical devoción eucarística — Catedral de Burgos

DÍA 12 DE JUNIO

SAN JUAN DE SAHAGUN

ERMITAÑO DE SAN AGUSTÍN (1430 - 1479)

ESTE santo religioso, gloria de España y de la Orden agustiniana, nació en Sahagún, villa de la diócesis y provincia de León, que debe su nombre y origen al antiguo y célebre monastério de San Facundo, semillero fecundo de hombres ilustres en ciencia y santidad, fundado en el lugar del martirio de los Santos Facundo y Primitivo.

Los padres de nuestro Santo —Juan González de Castrillo y Sancha Martínez, tan iustres por su nobleza como por su piedad—, vivieron dieciséis años sin tener sucesión. Afligidos con su esterilidad, se retiraron a una ermita de Nuestra Señora del Puente, sita en los límites de sus heredades, y suplicaron al Señor que se dignase bendecir su matrimonio. El cielo oyó sus ruegos; el día 24 de junio de 1430, fiesta de San Juan Bautista, naciόles un hijo a quien llamaron Juan, en honra del santo Precursor.

Hízose famoso por su amor al prójimo, su devoción a la Eucaristía, sus milagros y, más que nada, por el don especial que tuvo para reconciliar a los discordes y apaciguar los ánimos de los enemistados, como lo hizo maravillosamente en la ciudad de Salamanca.

PRIMEROS ESTUDIOS. — VOCACIÓN

DESDE sus tiernos años, dió el niño claras señales de su futura santidad. Veíasele con frecuencia predicar a los muchachos de su edad, ya para impulsarlos a la virtud y devoción, ya para apaciguar sus infantiles disputas y porfías. Todos aquellos pequeñuelos le escuchaban con agrado y obedecían con gusto. Eso que por entonces no pasaba de ser un juego de niños, presagiaba ya lo que sería, andando el tiempo, la palabra de este joven predicador.

Educóse con los Benedictinos de Sahagún. Como era de agudo ingenio progresó rápidamente, y salió muy aventajado en todos sus estudios.

Su padre pretendió entonces proveerle de un beneficio eclesiástico, al que tenía derecho de patronato; pero el virtuoso joven no quiso aceptar un cargo que en manera alguna podía desempeñar cumplidamente. Valióse de un tío suyo, mayordomo del arzobispo de Burgos, para disuadir a su padre de aquel designio. Fué el tío a hablar al padre del Santo, y le dijo:

—No molestes más a mi sobrino con ese beneficio, déjame a Juan, que yo lo llevaré a Burgos, y el arzobispo de dicha ciudad le proveerá mucho mejor que tú lo harías aquí.

A los pocos días Juan dejaba para siempre la casa paterna.

Por entonces era arzobispo de Burgos Alonso de Cartagena, varón sabio y virtuoso, de quien el papa Eugenio IV solía decir: «¿Quién, ante un hombre así, se sentará con dignidad en la cátedra de San Pedro?» Alonso echó pronto de ver la eminente santidad de su nuevo discípulo.

A poco de llegar le ordenó sacerdote y le nombró canónigo de la catedral. Desde ese día resplandecieron más si cabe las eminentes virtudes de Juan, a pesar de que por humildad procuraba tenerlas como escondidas. Ejercitábase en obras de caridad; daba a los necesitados sus rentas, muy cuantiosas, y él vivía sumamente pobre, consagrando sus días a la oración, el estudio y el cuidado de los enfermos y menesterosos.

Manifestaba su tierna compasión por los miembros pacientes de muchas maneras: socorríales en sus necesidades, cuidábalos, hacíales sentar a su mesa y les servía de comer él mismo, con gran edificación de todos y gozo del bondadoso arzobispo, el cual solía decir hablando de Juan:

—¡Oh, qué dicha la mía tener un hombre así en la diócesis! Si los reyes de la tierra se consideran honrados de ser servidos por príncipes, ¡qué honra será el tener por ayuda a tan digno siervo del Señor, cuyo servicio nos hace reyes!

Muertos sus piadosos padres, Juan renunció a las inmensas riquezas de la herencia paterna. Dotó a sus hermanas y repartió lo demás entre sus hermanos y los pobres. El blanco de todos sus anhelos era únicamente seguir

la vía dolorosa de la santa cruz. Deseoso de observar con todo rigor los consejos evangélicos, se echó un día a los pies del arzobispo y le suplicó con lágrimas que se dignara aceptar la renuncia de los honores y beneficios con que le había favorecido, y le otorgase una humilde capellanía en una de las parroquias de la ciudad: la de Santa Águeda.

El santo arzobispo sintió muchísimo que dejase el cabildo aquel ángel de paz y bendición, pero no se opuso a que el elegido del Señor siguiese libremente el atractivo de la gracia que le llamaba a mayor perfección.

ANTE EL SANTO CRISTO DE BURGOS

LA pobreza, mortificación y retiro fueron de allí en adelante sus mayores delicias. Quería tanto a los pobres que no se contentaba con auxiliarlos; hacíase semejante a ellos. Cierto día topó con un mendigo que caminaba penosamente apoyado en las muletas. Compadecióse Juan de aquel desgraciado y, acercándose a él, le tomó de la mano y lo llevó a la iglesia de los Agustinos, ante el famoso Santo Cristo de Burgos. No bien hubo el pobre cojo venerado la milagrosa imagen, arrojó las muletas y echó a andar: estaba curado. Los religiosos, llenos de santo alborozo, entonaron el *Te Deum* y admitieron de novicio al agraciado con el milagro, el cual quiso consagrarse a Dios en la iglesia donde había cobrado la salud.

Digamos de paso unas palabras de este Santo Cristo tan célebre.

Un mercader estaba a punto de naufragar en medio de violenta tempestad, cuando advirtió sobre las aguas una caja que flotaba a la ventura, traída y llevada por las olas. Acercáronse los marinos y la izaron a bordo; dentro de ella estaba el Santo Cristo mencionado. Vuelto el mercader a Burgos, lo entregó a los padres Agustinos. los cuales lo colocaron en su iglesia, donde obró grandes milagros. Más tarde, el Cabildo catedralicio deseó tener tan precioso tesoro y obligó a los Agustinos a que lo entregasen a la catedral. Siguióse largo proceso; para acabar de una vez, el arzobispo suplicó al Señor que se dignase dar el fallo con algún prodigio. Pidió una caballería y, habiéndole vendado los ojos, cargó sobre ella el Santo Cristo y mandó que la dejasen libre de ir donde quisiera.

El caballo llevó derecho la preciosa carga al convento de los Agustinos. Mas no quedó allí mucho tiempo. El Cabildo, disgustado, lo volvió a la catedral. Fué en balde; porque a la noche siguiente, mientras los religiosos cantaban Maitines. abriéronse las puertas de la iglesia y el Santo Cristo, llevado por manos invisibles, fué a colocarse de por sí en el lugar donde antes estaba; mas cuando la Revolución echó del convento a los padres Agustinos, fué a parar a la catedral de Burgos; allí se le venera hoy día con extraordinaria devoción.

GUERRA CIVIL. — MENSAJERO DE PAZ

MIENTRAS San Juan de Sahagún obraba maravillas en Burgos, la ciudad de Salamanca ardía en enconadísima guerra civil. Tras muchas riñas y asesinatos, la ciudad se había dividido en dos bandos: los *Monroyos* y los *Manzanos,* partidarios respectivamente de las dos familias de esos apellidos. Los palacios y casas todas estaban convertidas en ciudadelas; las calles y plazas, en teatros de guerra, en los que, a pesar de las exhortaciones del clero, los habitantes de toda edad y condición peleaban hasta darse muerte. Cada día y cada noche se cometían nuevos crímenes; los odios, lejos de apaciguarse, se enconaban cada vez más.

Noticioso de estos feroces encuentros, Juan de Sahagún, obedeciendo a la voz interior de la gracia, pidió al señor arzobispo licencia para ir a Salamanca con intento de reconciliar a los enemistados y apaciguar los ánimos. Llegó, pues, a aquella ciudad, hervidero de odios y venganzas, y, burlando clamores y amenazas de muerte, salió al encuentro de la multitud alborotada, y a su vez los amenazó a todos con los castigos eternos. Al oír tales palabras, que recordaban las del Precursor, los más endurecidos, llenos de espanto clamaban: «¿De dónde ha salido este hombre que pretende sacarnos del abismo, al que íbamos a caer para siempre?»

PROFESOR EN SALAMANCA

ADMIRADOS de la elocuencia de este apóstol y de su profundo conocimiento de las Sagradas Escrituras, los doctores de la Universidad le ofrecieron una cátedra. Cuatro años enseñó Juan las Sagradas Letras en Salamanca, sin por eso descuidar la cruzada emprendida contra los rebeldes.

Sobrevínole por entonces una gravísima enfermedad: el mal de piedra. Fué menester operarle, con lo que estuvo a punto de morir. «Señor —exclamó—, sólo en Vos confío; si muero, cúmplase vuestra voluntad, pero si he de seguir viviendo, os prometo consagraros mi vida en una Orden religiosa».

No bien hubo acabado esta oración, hallóse de repente mejorado, y a poco recobró perfecta salud. Al salir de casa por vez primera después de curado, un pobre casi desnudo le pidió limosna; paróse un instante el Santo, pensando cuál de sus dos túnicas le daría: «Sería vergonzoso —díjole al fin— dar al Señor lo que vale menos». Dióle, pues, la mejor. La noche siguiente se le apareció Jesús revestido con ella y le dijo: «Juan me puso este vestido».



SAN *Juan de Sahagún encuentra en la calle a un desgraciado cojo, que ni con dos muletas puede andar. Movido a compasión, le lleva ante el Santo Cristo de Burgos para que se encomiende a su misericordia, la cual se muestra tan inmediata que entonces mismo el cojo se siente curado.*

ERMITAÑO DE SAN AGUSTÍN. — DEVOCIÓN EUCARÍSTICA

FIEL a su promesa, Juan de Sahagún escogió la Orden de los Ermitaños de San Agustín, porque había notado que observaban la Regla con fidelidad y fervor. Tomó el hábito a 18 de junio de 1463, siendo de treinta y tres años de edad. Ya desde el noviciado, su eminente santidad, de todos advertida, le mereció los más señalados favores celestiales.

Tan devoto era de la Sagrada Eucaristía, que solía permanecer orando ante el Santísimo Sacramento desde Maitines hasta el amanecer. Muchas veces, al decir Misa, vió sensiblemente la Humanidad santa del Salvador, como lo atestigua Santo Tomás de Villanueva, religioso de la misma Orden. Jesucristo se le aparecía teniendo el rostro resplandeciente como el sol, y las llagas brillantes como estrellas. También veía la unión misteriosa de las tres divinas Personas como por un velo; esto le llenaba de tan inefable gozo, que le enajenaba.

Terminadas las pruebas del noviciado, profesó con votos religiosos el día 28 de agosto de 1464. Era tan observante de la Regla, que nadie en el convento le aventajaba en mortificación, obediencia, humildad y desasimiento de las criaturas. Pronto juzgaron los superiores que Juan podía desempeñar el cargo de Maestro de novicios; más tarde le nombraron definidor de la provincia y, finalmente, prior del convento de Salamanca.

PACIFICACIÓN DEFINITIVA DE SALAMANCA

TAN luego como hubo profesado, volvió Juan, por mandato de sus superiores, a trabajar en pro de la pacificación de la ciudad. Cierto día oyó tocar a rebato las campanas de las dos parroquias rivales, San Benito y Santo Tomás; llamaban a la pelea a los dos partidos enemigos. Juan acudió sin demora. Derribado primero en la lucha, fué pisoteado por los combatientes; pero de pronto se levanta, quiere dominar con su voz el estrépito de las armas y los clamores de aquellas gentes, y tanto pueden su arrojo y elocuencia, que logra el Santo separar a los dos partidos. Pero al poco rato, advierte que uno de los jefes pretende juntar otra vez sus partidarios para lanzarlos nuevamente a la lucha; el intrépido agustino manda que pongan un púlpito frente a la casa de ese hombre, y desde allí vuelve a exhortar a todos a la paz.

—¡Que le maten! —grita el jefe, ebrio de furor.

Los asesinos se adelantan; el predicador, muy gozoso, corre hacia ellos con los brazos abiertos. Desconcertados un instante a la vista de tanto va-

lor los esbirros se detienen; pero luego se envalentonan y se arrojan otra vez sobre el Santo gritando:

¡Muera ese fraile hipócrita! ¡Muera aquí en nuestras manos!

Levantan las espadas y van a descargar el golpe mortal, cuando de pronto se paralizan sus brazos, sin que puedan moverse ni poco ni mucho. Llenos de espanto y admiración, se echan llorando a los pies del religioso pidiéndole mil perdones; el Santo reza por ellos y se levantan sanos y con ánimo apaciguado.

El corregidor de Ledesma, en vez de dominar con la fuerza las rivalidades y discordias como era su obligación, las alimentaba secretamente. En cuanto Juan tuvo de ello noticia, fué a ver al magistrado y, habiéndole recordado sus deberes, le declaró valerosamente cuán culpable era delante de Dios y de los hombres por tanta sangre derramada sin justa causa, y qué grave ofensa hacía a la majestad real que él representaba, y cuya honra y autoridad envilecía en su persona.

Enojóse el corregidor al verse de esta suerte reprendido por un pobre religioso. Mandóle azotar cruelmente en la plaza mayor de la ciudad y le obligó a salir de Ledesma. «¡Alabado sea Dios —dijo el Santo—, pues me juzga digno de padecer algo por su nombre! ¡Ojalá que estas humillaciones y padecimientos traigan la salvación a estas pobres gentes!» El Señor oyó sus ruegos.

Estaba un domingo predicando en una plaza, cuando un hombre intentó alborotar y dividir otra vez los ánimos:

—Hijos míos —gritó Juan—, quedaos aquí; porque el primero que eche mano a la espada morirá.

Uno de los perturbadores, por no tener cuenta con esa advertencia, cayó al suelo sin vida, herido por una mano invisible.

RESUCITA ALGUNOS MUERTOS

PLUGO al Señor manifestar con insignes milagros los méritos de su servidor. Cierto día, viajando montado en una mula, vino a dar a la orilla de un río desbordado cuya furiosa corriente lo arrasaba todo. Para no llegar tarde al convento, entró con su mula en aquel impetuoso torrente y desapareció en las ondas. Todos creían que se había ahogado; pero de repente le vieron salir sano y salvo en la orilla opuesta, sin que el vestido se le hubiera mojado lo más mínimo.

Su hermano don Martín de Castrillo, tuvo el sentimiento de perder una de sus hijas. Fray Juan fué a consolarle.

—¿Por qué lloras? —dijo a su hermano con alegre continente—; se desmaya una muchacha y ya piensas que está muerta.

Tomando luego a la niña de la mano, la tornó llena de vida a su madre.

Otra vez, recorriendo las calles de Salamanca, una pobre señora fué a echarse a sus pies, gritando con muchas lágrimas:

—Mi hijo se ha caído a un pozo; hace ya dos horas que está allí dentro; ya ni se le ve, ni se le oye.

—Vamos allá —dijo fray Juan—, quizá vive todavía.

Fueron al lugar del accidente; el Santo llamó al niño, el cual le contestó al punto. Juan se quitó la correa y la metió en el pozo para que la cogiese el muchacho y, con ser tan corta que de ninguna manera podía llegar al agua, el niño logró cogerla, y con eso le sacaron sano y salvo. Pero Juan estimaba más los insultos que las alabanzas. Por eso, apenas se hubo abierto paso por entre la muchedumbre, se puso a hacer el loco. Halló en el camino una banasta de pescado vacía; se la puso en la cabeza y empezó a bailar como un tonto. Bastó eso para que todos los chiquillos, al verle, fueran tras él llamándole loco y tirándole piedras, hasta que llegó al convento.

SE DEFIENDE CON EL BREVIARIO

El duque de Alba, don García Álvarez de Toledo, al volver de una gloriosa campaña contra los moros, celebró una fiesta de acción de gracias y, para realzarla, dándole más solemnidad, quiso que predicase fray Juan de Sahagún.

Tema de su sermón fué «Obligaciones de los que están constituídos en dignidad», y, como quiera que el duque había oprimido con harta frecuencia a sus vasallos, creyó que el Santo apuntaba a él y le reprochaba su conducta. «Mal habéis hablado hoy, Padre —le dijo—; no extrañaría que se os siguiese algún castigo por decir tales cosas. —Sólo subo al púlpito para decir la verdad —contestó el monje—; además, si me asaltan, ya tengo con qué defenderme.» Diciendo esas palabras, le enseñó el breviario.

El duque, fuera de sí de rabia, envió algunos soldados para que le matasen en el camino. Pero, en llegándose al Santo, los caballos se espantaron de pronto sin causa aparente y arrojaron al suelo a los jinetes, los cuales quedaron maltrechos y ensangrentados. «¡Dios os perdone, amigos, y temed su divino enojo!», les dijo el Santo. Y movido a compasión, los levantó curados.

En aquella misma hora padecía el duque crueles dolores, causados por una enfermedad misteriosa. Mandó llamar al que poco antes quería asesinar, se echó a sus pies y logró el perdón y la curación del mal que le atormentaba.

SU MUERTE Y CULTO

SÓLO tenía Juan por entonces cuarenta y nueve años y parecía haber de vivir todavía muchos más. Con todo, hacía ya unos meses que hablaba de su muerte como muy próxima.

—Hay aquí un hombre —dijo en uno de sus sermones— que no pasará de este año. Entonces diréis todos, hermanos míos: «¡Oh, qué bien predicaba el padre Juan de Sahagún!» Pero yo os aseguro que predicaré mejor dentro de diez años.

No tardaron en cumplirse esas proféticas palabras del Santo.

El mismo año, un señor de la nobleza que había llevado vida muy escandalosa, movido por los sermones del Santo, renunció al siglo y se retiró al convento de los Agustinos de Salamanca. La compañera que vivía de sus pecados juró vengarse, y la muy desgraciada logró envenenar al insigne predicador que lo había convertido. Sobrevínole con eso una enfermedad que le puso en pocos meses a las puertas de la muerte, y el día 11 de junio de 1479 dió apaciblemente su alma al Señor.

Los insignes e innumerables milagros obrados en su sepulcro, fueron parte para que el papa Clemente VIII le beatificara en el año de 1601, y Alejandro VIII le canonizara el 16 de octubre de 1690.

Benedicto XIII, el día 16 de noviembre de 1729, extendió su fiesta a toda la Iglesia; señaló para su celebración el día 12 de junio, día siguiente al de su muerte, por caer en el día 11 la fiesta de San Bernabé, apóstol. El Martirologio romano, desde el año 1922, trae el elogio del Santo a los 11 de junio, que es su *dies natalis,* y el día 12, en el oficio, recuerda que San Juan «subió al cielo la víspera de ese día».

La ciudad de Salamanca le venera como patrono y Sahagún le reverencia y celebra con una devoción fervorosísima que los siglos no han logrado entibiar. Aun en nuestros días sus compatriotas consagran a San Juan los pequeñuelos y los visten en la infancia con el hábito agustiniano sin olvidar la correa ni la capucha. Singular espectáculo es ver correr, jugar y saltar en aquella ciudad profundamente cristiana a tantos menudos frailecitos vestidos con un traje en nada parecido al de los modernos deportistas.



DÍA 13 DE JUNIO

SAN ANTONIO DE PADUA

FRANCISCANO, CONFESOR Y DOCTOR (1195 - 1231)

EN el correr de los siglos ha habido en el mundo Santos tan insignes —tal Santa Teresa del Niño Jesús— que, apenas volaron al cielo, fueron aclamados a una voz en todo el orbe cristiano. Este universal y ferviente plebiscito de las gentes, canoniza en cierto modo a dichos Santos aun antes que el Romano Pontífice haya podido dictar su fallo infalible. San Antonio de Padua pertenece a esta privilegiada falange. Goza de inmensa y universal popularidad. De la Carmelita de Lisieux dijo el papa Pío XI que «es la niña mimada del mundo», cosa parecida declaró León XIII del insigne taumaturgo franciscano: «San Antonio es el Santo no solamente de Padua, sino de todo el mundo».

Verdad es que la leyenda se ha complacido en festonear la historia de este Santo; pero no es menos cierto que en el fondo de este movimiento que arrastra a las gentes ante su altar, se percibe un espléndido homenaje rendido a su apostolado.

Llámasele comúnmente San Antonio de Padua, por haber muerto en dicha ciudad y porque allí son guardadas sus reliquias; pero fué natural de Lisboa, donde nació a 15 de agosto del año 1195. Su padre, Martín de Bu-

llones, era varón noble y estaba casado con doña Teresa Tavera, señora no menos principal.

Siendo de edad de cinco años, Fernando —que así le llamaron en el Bautismo— fué enviado a la escolanía de la iglesia mayor de Lisboa dedicada a Nuestra Señora del Pilar, y allí aprendió las primeras letras. Si hemos de creer una leyenda portuguesa, siendo Antonio de quince años tuvo una violenta tentación en la catedral; trazó entonces una cruz en una de las gradas de la escalera de mármol del coro y en ella quedó impresa como en blanda cera; todavía puede verse dicha cruz, que está resguardada con una rejilla.

Con este triunfo abrió los ojos y, entendiendo que el mundo está lleno de peligros, entró en el monasterio de Canónigos Regulares de San Agustín, por los años de 1210. Tras dos años de noviciado, el joven canónigo regular fué enviado a Coímbra, al convento de Santa Cruz, y allí estuvo algunos años dándose al estudio de la Filosofía, Teología y Patrística con admirable fruto.

EN LA ORDEN FRANCISCANA

EL Señor, que lo había guiado primero al convento de Santa Cruz, lo destinaba a otra familia religiosa. Distante una milla de Coímbra, los Frailes Menores o Franciscanos, de la sagrada Orden fundada hacía pocos años por el glorioso padre San Francisco, residían en el estrecho monasterio de San Antonio de Olivares, así llamado por estar en terreno poblado de olivos. En él vivían cinco Hijos del *Poverello* de Asís, llevando vida tan pobre y austera como su santo fundador, y muy a menudo iban a pedir limosna al convento de la Santa Cruz.

Era por entonces hospedero el canónigo don Francisco, por lo cual tenía frecuentes relaciones con los frailes limosneros; de ellos supo cosas edificantes sobre la nueva Orden; dijéronle que iban a Marruecos a predicar a los infieles; pero entendió Fernando que adonde apuntaban era a conquistar la palma del martirio.

En efecto, pocos meses después, algunos de ellos, sentenciados a muerte por el sultán, dieron su vida en medio de tormentos tan atroces, que su solo relato hace estremecer. Fueron azotados cruelmente; abriéronles el vientre y sacaron fuera sus entrañas; derramaron sobre sus llagas aceite hirviendo y luego los arrastraron sobre pedazos de tejas agudas. Finalmente, el propio sultán Miramamolín los golpeó en la frente y luego los degolló (16 de enero de 1220). Su reliquias fueron llevadas a Coímbra, y tanto dieron que hablar los milagros que el Señor obraba por ellas, que don Fernando se sintió atraído por el ejemplo de los protomártires franciscanos. Fuése, pues, a ver al

«guardián» del convento de San Antonio y le dijo: «Padre mío, si me prometierais enviarme a tierra de moros, de buena gana tomaría yo el hábito de vuestra Orden».

Por su parte, el prior de los canónigos de Santa Cruz se afligió muchísimo con la noticia de los propósitos de don Fernando; pero el llamamiento era divino a todas luces. Para dar a su santo hermano pruebas de lo mucho que le amaban, quisieron los canónigos que el nuevo franciscano tomase el hábito, no en el monasterio de San Antonio, sino en su propia iglesia de Santa Cruz, como así se hizo en el año 1221. Se mudó entonces el nombre de Fernando por el de Antonio.

En memoria de tan piadosa y edificante ceremonia, cada año, el día de San Antonio de Padua, va a predicar el panegírico del Santo a la iglesia de los Franciscanos un Canónigo de Santa Cruz, y luego preside la comida de los frailes.

Conforme al concierto que había hecho con los padres Franciscanos, enviáronle a África; pero no bien hubo llegado, dióle grave y larga enfermedad, de suerte que tuvo que regresar a Portugal. Embarcóse con este intento; pero la Providencia le tenía destinado para apóstol de otros países, y así, por divina voluntad fueron los vientos tan contrarios y furiosos en esta navegación, que de lance en lance llevaron el navío a las costas de Sicilia. Sucedía todo esto el mismo año en que se celebraba en la llanura de Asís el Capítulo general de los Franciscanos: Antonio podría al fin ver a San Francisco y contemplar de cerca la hermosura de la caridad en lo que tiene de más exquisito y real. A pesar de hallarse todavía convaleciente, cruzó a pie la península itálica, desde Calabria hasta Umbría.

El humilde peregrino asistió como desconocido a la magna Asamblea; nadie le hacía caso. Finalmente, le vió el provincial de la Romaña y le envió, con licencia del Ministro General, al monasterio de Monte Paulo, donde le encargaron de fregar y barrer. Por la cuaresma del año 1222 fué enviado a la ciudad de Forli con otros religiosos. Cierto día, estando de paso por aquel convento algunos padres Dominicos, el Padre guardián les rogó que alguno de ellos explicase la palabra del Señor; mas todos se excusaron, alegando que no estaban preparados. Fueron a buscar a San Antonio, que estaba en la cocina, y le mandaron que hablase. También él se excusó al principio, pero, compelido por el Padre guardián, habló tan altamente y con tanta abundancia de ideas, exponiéndolas con tanta claridad, concisión, sabiduría y documentación de la Sagrada Escritura, que dejó admirados a los oyentes. Contaron esto al Padre provincial, el cual le nombró predicador de la Romaña, y San Francisco, maravillado de la humildad de Antonio, le mandó que leyese a los frailes la Sagrada Teología.

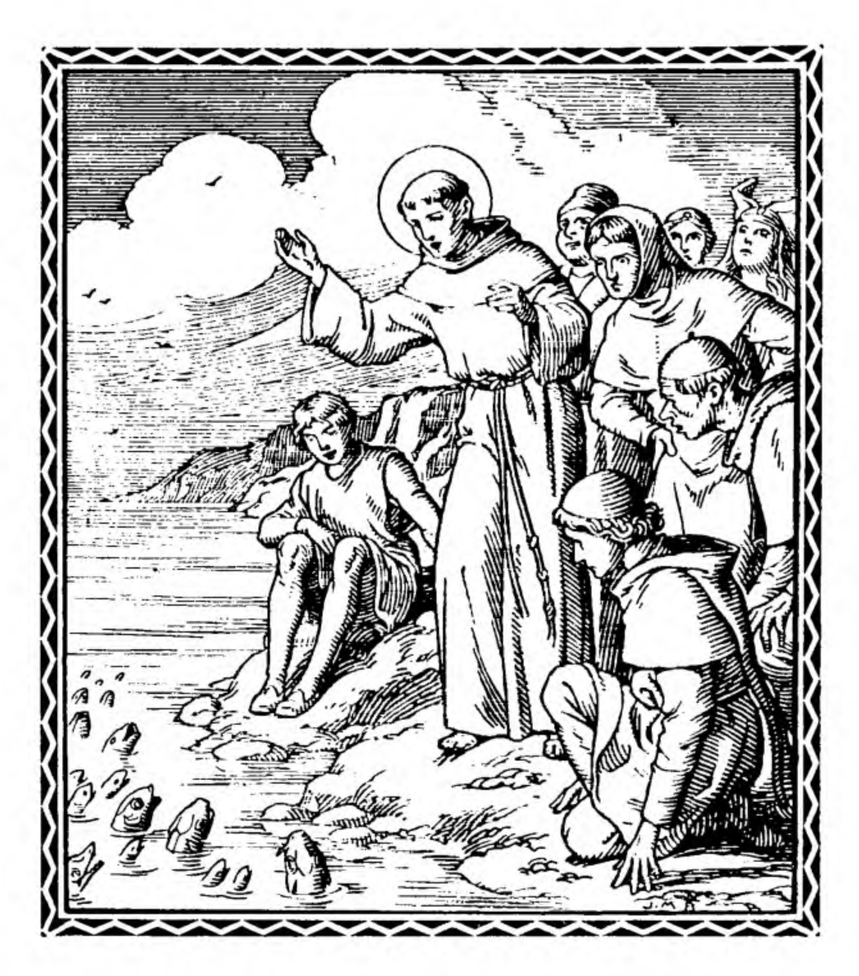
PRINCIPIO DE SU VIDA PÚBLICA

LOS autores más dignos de crédito convienen generalmente en que San Antonio predicó primero en la Romaña, desde el año de 1222 hasta el de 1224; luego enseñó en diversas ciudades de Francia e Italia. En todas partes atrajo cabe su cátedra a muchos discípulos. Pero no llenaba sus ansias de apostolado. A las tareas y fatigas del profesorado añadió la predicación por las ciudades, villas y aldeas. Las muchedumbres, ávidas de oírle, se apiñaban en derredor suyo. Era su modo de decir tan persuasivo, discreto y acomodado a la necesidad de los oyentes, que, después de sus sermones, los sacerdotes no daban abasto a confesar a los penitentes.

Es este el lugar de referir dos milagros que dicen relación con las peleas de San Antonio contra los herejes, a los cuales persiguió con tanta solicitud y perseverancia, que con razón fué llamado «martillo de los herejes».

El primero es el de un caballo que adoró al Santísimo Sacramento. Un hereje negaba la presencia real porque no veía ninguna mudanza en las especies eucarísticas. San Antonio deseaba ganar aquella alma y además fortalecer la fe de los cristianos, y así cierto día le dijo: «Si el caballo en el que vais montado adora el verdadero Cuerpo de Cristo bajo la especie del pan, ¿creeréis por ventura?» Aceptó el hereje estas condiciones; dos días tuvo encerrado al animal sin darle cosa alguna de comer. Al tercer día sacó el caballo y lo llevó a la plaza en medio de un gran concurso de gentes. Diéronle de comer avena, mientras San Antonio estaba delante, teniendo en sus manos con gran reverencia el Cuerpo de Jesucristo. Un gentío innumerable se había juntado en aquel lugar y esperaban todos con grandes ansias lo que pasaría. Entonces el caballo, como si tuviera conocimiento, se arrodilló ante la Sagrada Hostia, y allí permaneció hasta que fray Antonio le dejó ir.

El otro milagro no es menos célebre. Los herejes de la ciudad de Rímini se burlaban un día de las palabras del Santo y tapábanse los oídos para no oírle: «Puesto que los hombres no merecen que se les predique la divina palabra —dijo entonces fray Antonio—, voy a hablar a los peces». Esto ocurría a orillas del mar. Llamó el Santo a los peces y les recordó los grandes beneficios que habían recibido de Dios, el favor del agua límpida y clara, el silencio que es oro, y la libertad de nadar dentro de luminosas profundidades. Fué cosa maravillosa que a las palabras de fray Antonio vinieron los peces hasta cerca del Santo y, levantadas del agua sus cabezas, boquiabiertos y con grande atención y sosiego, le comenzaron a oír y no se fueron hasta que fray Antonio les dió la bendición; todo el pueblo estuvo presente a este espectáculo; quedaron todos atónitos, y los herejes tan corridos y humillados, que se echaron a sus pies, suplicándole que les enseñase la verdad.



PORTENTOSO *prodigio! Llénase la playa de peces, que sacan las cabezas en ademán de estar atentos. Háceles San Antonio de Padua una patética exhortación sobre la omnipotencia de Dios y los despide echándoles su bendición. El milagro obra la conversión de todo el pueblo.*

VIAJES APOSTÓLICOS

ANTONIO leyó Teología en Montpeller y Tolosa. Con Montpeller se relaciona una anécdota que, aun careciendo de fundamento histórico, dió origen a que el pueblo cristiano tenga a San Antonio por abogado de las cosas perdidas. Un novicio dejó la Orden y se llevó consigo un Salterio glosado que el varón de Dios estudiaba para leer a los frailes la Sagrada Escritura y preparar los sermones. El Santo, al saberlo, se puso luego en oración y, al punto, el ladronzuelo, arrepentido, le restituyó el libro que había llevado. Con mucha razón la colecta de la misa de este Santo nos invita a pedir al Señor por su intercesión la gracia de hallar no sólo las cosas terrenas y perecederas, sino también los tesoros espirituales que nos harán dignos de gozar un día de los bienes eternos.

Vamos a referir un prodigio sobre cuya autenticidad no cabe duda. Estaba un día en la ciudad de Arlés, predicando de la cruz y pasión de Cristo, nuestro Redentor, cuando a un momento determinado, fray Monaldo, alzó la vista y vió al seráfico Padre San Francisco que residía en Italia en aquel entonces. Estaba en el aire con los brazos extendidos como aprobando todo lo que San Antonio decía. Habiendo echado su bendición a la asamblea, desapareció.

Pero donde más predicó el Santo fué sin duda en el Lemosín. Las estatuas de San Antonio que suelen venerarse en las iglesias y que le representan con el Niño Jesús en brazos, recuerdan un paso de su vida que debió de suceder en una población cercana a Limoges. Estando el Santo una noche en oración, solo en su habitación, el huésped que le había recibido en su casa le estuvo acechando y vió en el aposento una gran claridad; mirando más en ella, vió un niño hermosísimo, sobremanera gracioso, en los brazos de San Antonio, y al Santo que le abrazaba y se regalaba con él. Era Jesús en persona. Después de muerto Antonio, el dichoso testigo de aquel prodigio lo contó con mucho enternecimiento y lágrimas, habiendo antes puesto la mano sobre las reliquias del Santo para prueba de que decía verdad. Milagro parecido ocurrió, según algunos autores, en Pascua, en casa de un tal Tisone del Campo.

En la ciudad de Limoges aconteció uno de los más portentosos milagros de bilocación obrados por San Antonio. Es la bilocación la presencia milagrosa de una persona en dos lugares a un mismo tiempo. Estaba una tarde del Jueves Santo predicando en la iglesia de San Pedro. A aquella misma hora, los frailes estaban cantando Maitines en su convento, muy distante de la iglesia, y fray Antonio había de cantar una «lección». A la hora exacta en que le tocaba cantarla, los religiosos le vieron llegar, y en cuanto hubo

desempeñado su oficio, desapareció del coro; ahora bien, en aquel mismo instante empezaba el sermón.

De buena tinta se sabe que fray Antonio fundó el primer convento de Franciscanos de la ciudad de Brive. Distantes como kilómetro y medio de la ciudad, se hallan las Grutas donde se recogía para orar y meditar, las cuales han venido a ser lugar de romería famosa y muy concurrida en aquella comarca. Cada año, el domingo después de la fiesta de San Bartolomé, hay en Brive un feria llamada «feria de las Cebollas», la cual dice con otro milagro. Un día, como el cocinero de los Franciscanos no tuviese cosa para dar de comer a los frailes, Antonio fué a decirlo a una devota matrona amiga y bienhechora del convento. A pesar de que en aquella hora estaba lloviendo a cántaros, la señora mandó a su criada que fuese a la huerta y trajese algunas hortalizas para llevarlas a los padres Franciscanos. El convento estaba muy distante y el chaparrón arreciaba. Con todo eso, la criada hizo el viaje de ida y vuelta sin que sus vestidos se mojasen.

SAN ANTONIO EN PADUA

ESTA es la época mejor conocida de la vida de nuestro Santo, por haber sus biógrafos estudiado más detenidamente y referido con más gala de pormenores cuanto hizo en la ciudad de Padua, donde había de rematar la corta carrera de su vida mortal. Era Padua ciudad muy opulenta; mas por obra de esta misma riqueza y bienestar, habíase apoderado de sus habitantes el desenfrenado amor al lujo y a la holganza. Cuando a los de Padua les faltaba dinero para saciar su apetito de juegos y festejos, pedíanlo a los prestamistas, quienes se lo adelantaban a intereses muy crecidos. La ciudad se hallaba totalmente dominada por la codicia y la usura; pero a pesar de estos vicios, los paduanos conservaban dormida en el fondo de su alma la fe del Bautismo, la cual iba a despertarse al influjo de la fervorosa y enérgica predicación de San Antonio.

Entró el Santo en Padua con intento de predicar sucesivamente en cada una de las iglesias de la ciudad; pero al poco tiempo, el auditorio no cabía ya en los templos. Antonio eligió entonces para hablarles un anchuroso prado, donde llegaban a apiñarse hasta treinta mil oyentes. Los mismos comerciantes cerraban sus tiendas para ir a oírle.

¿Cómo lograba el humilde fray Antonio tan maravillosos frutos en el ministerio de la oratoria sagrada? Ante todas las cosas y sin género de duda, merced a la opinión de santidad del predicador y a lo extraordinario del personaje, suficiente esto para llevar en pos de sí las más de las veces a la masa del pueblo. Con todo eso, menester es confesar que el mérito de sus

sermones y lo patético de su decir, fueron parte grandísima para el logro de resultado tan admirable. Melíflua era su elocuencia, y con predicar ordinariamente el Evangelio de la abnegación y del sacrificio, salpicaba sus discursos con vivas y sabrosísimas metáforas.

SU MUERTE Y CANONIZACIÓN

LLEGÓ finalmente la hora en que iba a apagarse esta resplandeciente lumbrera de la Orden franciscana. Ya en el año de 1230, logró fray Antonio que el Capítulo general le descargase de los importantes oficios que le tenía encomendados. La predicación de la cuaresma del año siguiente le dejó flaco, cansado y con poca salud: pasaba días enteros predicando y confesando en ayunas. Poco después de Pentecostés fuéle menester retirarse a una ermita solitaria no muy distante de Padua, llamada Campo de San Pedro. Allí comenzó a enflaquecerse tanto, que a los pocos días notó que se acercaba su muerte y pidió ser trasladado al convento de Padua.

La masa de la ciudad salió a recibirle; juntóse tanta gente para verle y besar su hábito, que no pudo entrar en la ciudad y fuéle menester detenerse con sus dos compañeros en casa del capellán de las religiosas de Arcela, situada en uno de los arrabales de Padua. Habiendo recibido con singular devoción los Sacramentos de la Iglesia y rezado con los frailes que le asistían los siete salmos penitenciales, cantó por sí sólo el himno *O gloriosa Dómina* y se durmió apaciblemente en el Señor a los 13 de junio de 1231.

Mientras exhalaba el postrer suspiro, los niños y muchachos de Padua, movidos de Dios, comenzaron a andar por toda la ciudad, dando voces y diciendo: «Ha muerto el Santo, ha muerto el Santo».

Muy luego aprobó la Iglesia la canonización que los ángeles habían ya pregonado por boca de los niños; al año siguiente, 1232, el papa Gregorio IX, en la pascua de Pentecostés, canonizó y puso en el catálogo de los Santos al franciscano Antonio de Padua. En aquel mismo día, que fué el primero de junio, todas las campanas de la ciudad de Lisboa tañeron por sí solas, para celebrar el triunfo del preclaro religioso que Italia había hurtado a Portugal.

En el mismo día de sus exequias, trajeron a su sepulcro multitud de enfermos quienes, con sólo tocarlo cobraron la salud. Los que no pudieron acercarse al sepulcro quedaron sanos a la vista de la muchedumbre. Extendióse por todo el mundo la fama de los milagros de San Antonio. De todas partes acudieron ordenadas romerías. Parroquias enteras venían con banderas desplegadas y pies descalzos a venerar al Santo, señalándose en esta penitencia muchos personajes de natural delicado y orgulloso.

Las reliquias, depositadas primero en la reducida iglesia de los Franciscanos, fueron trasladadas solemnemente, el día 8 de abril de 1263, a un suntuoso templo edificado en su honor, llamado de San Antonio. Era entonces ministro general de la Orden el insigne doctor San Buenaventura, que fué después cardenal obispo de la ciudad de Albano; él presidió la exhumación de San Antonio, a quien no conocía sino por la fama.

Maravilláronse al abrir el ataúd, cuando vieron que la lengua que con tanto provecho y gloria había predicado la divina palabra, se hallaba incorrupta, siendo así que todo el cuerpo estaba consumido y sólo quedaban los huesos. San Buenaventura la tomó en las manos y, bañado en lágrimas, con entrañable devoción dijo estas palabras: «¡Oh lengua bendita, que siempre alabaste a Dios y tan a menudo hiciste que otros le alabasen; bien se ve ahora de cuánto merecimiento eres delante del que para tan alto oficio te formó!».

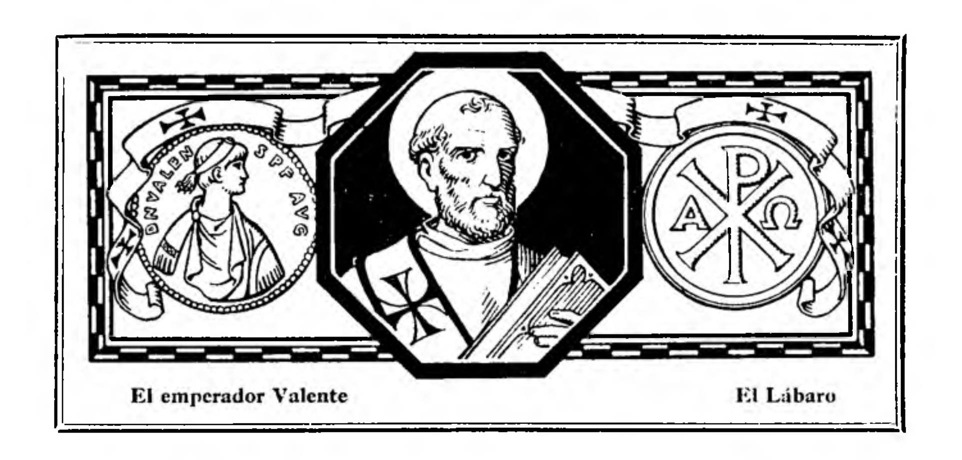
Tan insigne reliquia está todavía incorrupta hace más de siete siglos. Ni se ha secado ni ennegrecido con el tiempo; hoy día es de color blanquecino. Está guardada bajo un globo de cristal incrustado en un relicario de oro macizo, obra de arte magistral que honra al cincel italiano.

Pasados unos cien años, el día 15 de febrero de 1350, el sagrado cuerpo fué trasladado otra vez y encerrado en magnífica urna de plata, a expensas del cardenal Guido de Montfort. «Buena parte de la cabeza —se lee en el Breviario seráfico— fué depositada en preciosísimo relicario, cincelado con primor».

El papa Sixto V, el año de 1586, mandó celebrar la fiesta de San Antonio con rito doble. Muchas oraciones y ejercicios de devoción en su honor están indulgenciadas, como el ejercicio de los trece martes, por haber muerto el Santo un martes, día 13 del mes. Se ha extendido por el mundo una antífona llamada «Breve de San Antonio», *Ecce crucem Dómini* —he aquí la cruz del Señor—, que recuerda el poder del taumaturgo sobre los demonios; Roma, con todo, no ha aprobado la colecta que suele a veces añadirse. Finalmente, algunas parroquias y asociaciones piadosas lo han tomado por patrón y una de éstas, que congrega a la juventud de ambos sexos, fué facultada por Pío X en el año de 1911, a trasladar su residencia de España a Roma.

Por Carta Apostólica fechada el 16 de enero de 1946, el papa Pío XII, declaró y constituyó a San Antonio de Padua, Doctor de la Iglesia Universal.

La forma de devoción y caridad llamada *Pan de San Antonio* ha adquirido tal importancia, ha aliviado y sigue aliviando tantas miserias, que conviene siquiera mencionarla: que San Antonio soccorriese de buena gana a los necesitados, ¿quién lo duda? Por eso los cristianos le han querido honrar dando limosna en nombre de este hijo del «Pobrecito» de Asís.



El emperador Valente El Lábaro

DÍA 14 DE JUNIO

SAN BASILIO MAGNO

OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA (329 - 379)

EL insigne doctor San Basilio fué natural de Cesarea de Capadocia, en Asia Menor, y a fines del año 329 nació de una familia de Santos. Su padre Basilio, abogado y profesor; su madre Emilia; Macrina, su hermana; Gregorio, obispo de Nisa, y Pedro, obispo de Sebaste, sus hermanos, tienen su nombre en el catálogo de los Bienaventurados. De sus padres y abuelos heredó las más esclarecidas virtudes cristianas.

Siendo de tierna edad, pasó a vivir con su abuela paterna, Santa Macrina la Mayor, la cual sufrió pena de destierro en la persecución de Maximiano Galerio; residía con su marido en la provincia del Ponto. A esta abuela llama San Basilio ama y maestra suya en la fe, y se precia de haber aprendido la doctrina cristiana de una discípula de San Gregorio Taumaturgo. «Nunca se ha borrado de mi memoria, solía decir, la profunda impresión que hicieron en mi alma, todavía blanda, las enseñanzas y ejemplos de esta santa mujer». Después de muerto su padre, Basilio fué enviado a Cesarea de Capadocia, y poco más tarde a Constantinopla para aprender las letras humanas. Más tarde convirtióse en religioso penitente y sacerdote ejemplar.

DOS AMIGOS DE VERDAD

YA docto y muy instruído fué a Atenas, como a la madre de todas las ciencias y artes. Halló a Gregorio Nacianceno, descendiente como él de una familia de Santos y que, como él, había de ser grande santo y lumbrera de la Iglesia de Oriente. Aquellas dos almas, muy parecidas no menos en la virtud y costumbres que en el ingenio y estudios, trabaron en breve muy estrecha y cordial amistad. Juntos se ocuparon muchos años en el estudio con ejemplar diligencia y cuidado; sentábanse a la misma mesa, y repartían el tiempo entre la oración y los trabajos comunes. «Ambos teníamos las mismas aspiraciones —dice San Gregorio en el panegírico de su amigo—; íbamos en pos del mismo tesoro, la virtud. Sólo conocíamos dos caminos, el de la iglesia y el de las escuelas públicas». En medio de los desórdenes de sus compañeros de estudio, lograron guardar intacto en su corazón el tesoro de la castidad. Apartábanse de los estudiantes viciosos, agrupaban en su rededor a los virtuosos y se daban ya a conocer como guías influyentes. No dejó de notarlo su condiscípulo Juliano el Apóstata, el cual se juntaba a veces al grupo de los buenos y virtuosos estudiantes.

Terminados sus estudios, Basilio y Gregorio determinaron regresar a su patria. A ruegos de sus conciudadanos, Basilio puso cátedra de elocuencia en Cesarea en el año de 355; tenía a la sazón veintiséis años. Siete después, en el de 362, fué ordenado sacerdote por el prelado de dicha ciudad.

EN EL DESIERTO. — ES NOMBRADO OBISPO

DESPRECIANDO triunfos que le esperaban en su cátedra, dió de mano a las riquezas, gloria y aplausos humanos; cerró su escuela, vendió todos sus bienes, dió el precio a los pobres y se retiró a una campiña poco distante de Cesarea. Antes de entregarse al retiro absoluto quiso es- so es- tudiar de cerca los altos ejemplos de vida solitaria que por entonces daban los discípulos de San Efrén, en Mesopotamia; los de San Hilarión, en Palestina; y la innumerable familia de San Antonio, en los desiertos de Egipto.

De regreso de tan lejanos viajes, Basilio se retiró al desierto del Ponto, llamado Mataya, en la ribera del río Irede. Allí se le juntaron muchos monjes y edificó un monasterio. Asimismo en la ribera opuesta, su hermana Santa Macrina la Moza y su madre Santa Emelia tomaron la dirección de una comunidad de vírgenes.

En el año 370, murió Eusebio, obispo cesariense; fueron entonces convocados todos los obispos de la provincia para que diesen nuevo pastor a la

Iglesia de Cesarea. Clero y pueblo pedían a voces que Basilio fuese su pastor. Y así fué, a pesar de la oposición de los arrianos.

Hacía tiempo que San Basilio venía oponiéndose al ímpetu furioso de estos herejes, los cuales, con el favor del emperador Valente, se multiplicaban sin cuento. Ya obispo, salió con mayores bríos a la defensa de la fe y luchó al lado del patriarca de Alejandría para ver de apagar el incendio de la herejía que amenazaba con abrasar a la Iglesia de Oriente. Basilio recibió los avisos y direcciones del santo Pontífice como verdaderos oráculos y los promulgó por todo el territorio de su vasta diócesis. Por desgracia, aquellas tentativas de pacificación religiosa habían de estrellarse contra la dureza de corazón, las violencias y la inquina del impío emperador Valente.

BASILIO Y EL MINISTRO DEL EMPERADOR

ERA el emperador de natural muy violento. Para llevar a efecto la ejecución de sus decretos respecto al destierro de los obispos católicos, él mismo en persona recorrió las ciudades de Asia. A todas ellas enviaba delante de sí a Modesto, prefecto del pretorio, con encargo de apaciguar los ánimos y evitarle desagradables encuentros. Más que nada preocupaba al emperador la acogida que le daría el metropolitano de Cesarea, porque contaba como el mayor de sus triunfos el poder traer a San Basilio a que abrazase la fe de los arrianos, por la grande autoridad que tenía el santo prelado en la Iglesia católica.

También a Modesto le preocupaba la acogida que Basilio daría al emperador; quiso primero tentar al obispo de Cesarea con regalos y blanduras, y para ello envió antes algunos prelados arrianos para que persuadiesen a Basilio; pero éste no les hizo ningún caso, y por añadidura los excomulgó a todos. Las más nobles matronas de Capadocia fueron a suplicarle que aceptase el credo de Valente; mas sus ruegos no hicieron eco en el corazón del santo obispo.

Finalmente, viendo Modesto que todo era en vano, aun los requerimientos que hizo a Basilio por medio de Demóstenes, veedor del emperador, entró furioso en Cesarea y le mandó comparecer delante de sí. En balde intentó persuadirle de que se conformase con la voluntad del emperador; el Santo se mostró inquebrantable y tan esforzado y firme en su fe, que Modesto, ciego ya de furor, le amenazó con la confiscación de bienes, destierro, tormentos y muerte. Basilio le declaró que ninguna de esas cosas le asustaba.

—¿Y cómo así? — le preguntó Modesto.

—Pues sencillamente —repuso Basilio—. No puedes confiscar los bienes que yo no tengo. Fuera de este pedazo de trapo viejo y roto que cubre mi

cuerpo y de algunos pocos libros que son mi único tesoro, no hallarás cosa que quitarme. No puedes tampoco desterrarme, porque no tengo más apego y afición a un lugar que a otro. Todo este mundo es para mí un destierro, aunque también es mi patria, porque todo la tierra es de Dios y estamos en ella como huéspedes y viajeros que se paran sólo un día. No temo tus tormentos, porque mi cuerpo está tan exhausto y consumido que no tengo dónde recibirlos, y al primer golpe se acabará. Sólo te queda el poder matarme; y, ¡qué servicio tan grande me prestarías —dijo, mostrando su pecho enfermo— si me librases de este fuelle estropeado; la muerte me restituiría a mi Criador, a quien sirvo y por quien vivo, mejor dicho, por quien voy arrrastrando este cadáver ambulante! Sólo a Dios deseo con toda mi alma.

Quedó admirado el cruel prefecto de la constancia y valor de Basilio. Con esto acabó la entrevista y Modesto despidió al obispo diciéndole que le dejaba toda la noche para que pensase lo que le convenía hacer.

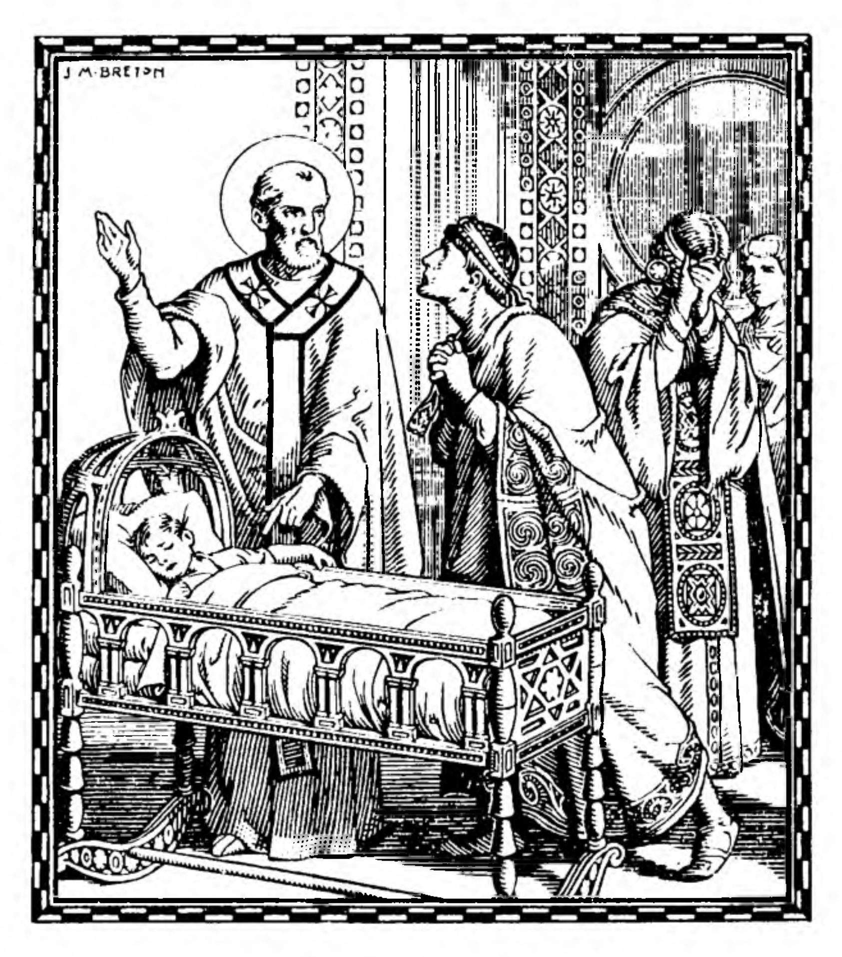
Valente estaba a punto de llegar a Cesarea. Entretanto, Modesto mandó disponer en lugar público un instrumento de suplicio, por si el emperador ordenaba atormentar al santo obispo. Por otra parte, preocupábale sobremanera la traza que seguiría Valente en aquel suceso. Juzgó prudente ir antes a ver al emperador para ponerle al tanto de la firmeza y terquedad de Basilio.

—Serenísimo emperador —le dijo—: Basilio nos ha vencido; no hacen mella en él ni amenazas ni blanduras y con firmeza de roca resiste a las seducciones. Menester será acabar con él por la fuerza, porque empeñarnos en hacerle ceder, será perder el tiempo.

ENTEREZA ANTE EL EMPERADOR

NO se hallaba el emperador Valente dispuesto a mostrarse cruel y así no hubo ninguna cuenta con los perversos intentos de su ministro Modesto, antes admirado él también del valor de Basilio, convirtió el odio en reverencia, y aun anduvo a zaga de oportuna ocasión para lograr la amistad con tan esforzado obispo.

Ofreciósela muy propicia la festividad de la Epifanía. Fué, pues, por la mañana de dicho día a la iglesia donde estaba San Basilio y todo el pueblo de los católicos celebrando aquella gloriosa solemnidad. Oyó el suave y armonioso canto de los salmos; vió el ornato y atavío de los altares, el orden y concierto que había en las ceremonias sagradas, por el esmero que en ello solía poner Basilio; finalmente, allá en lo último de la nave, advirtió la presencia del Santo, el cual con los ojos bajos y aspecto recogido estaba de pie en medio de los fieles y rodeado de clérigos. Tan profunda impresión



ACOMETIDO *de violentísima calentura el hijo del emperador Valente, suplica éste a San Basilio que pida a Dios la salud del enfermo. Accede el Santo; pero a condición de que el niño sea educado en la religión católica, cosa que acepta Valente. Tras una breve oración de Basilio, el moribundo comenzó a mejorar.*

causó esta vista en Valente, que allí mismo se turbó y le vino un vahido de cabeza que le duró un buen rato. Llegó la hora de presentar las ofrendas al altar; Valente, vuelto ya en sí, se acercó a ofrecer ricos dones, pero nadie del clero se atrevió a recibirlos de su mano hasta que el prelado hubo hecho señal de aceptarlos.

Segunda vez volvió el emperador a ver celebrar a San Basilio; atraído por el ascendiente del Santo, quiso entrevistarse con él. Esta entrevista la refiere así San Gregorio: «Oí las palabras que salieron de boca de Basilio, mejor dicho, que nos parecieron inspiradas por el mismo Dios». Expuso al emperador con claridad y elocuencia incomparables el dogma católico respecto a la divinidad de Jesucristo. Los oyentes le escucharon maravillados. Sólo Demóstenes, el veedor de vianda de la casa del emperador, no estaba conforme y aun quiso amonestar al Santo; pero a la primera palabra, se le escapó un enorme barbarismo. Basilio reparó inmediatamente en aquella falta gramatical y, aludiendo al otro Demóstenes que fué príncipe de la elocuendia griega, exclamó:

—Cosa rara; aquí está Demóstenes y sabe hablar griego.

La broma exasperó al ministro, el cual fué increpado por los oyentes. Pero a quien hizo más gracia el incidente fué al propio emperador. Dió público testimonio de admiración al santo obispo, y le hizo donación de un extenso territorio, perteneciente al Estado, para que edificase un asilo y albergue a los pobres y peregrinos.

Esperaban los católicos que Valente empezaría a mostrarse más humano con ellos; pero los cortesanos, a fuerza de instancias y calumnias, le rindieron a su voluntad y lograron el imperial decreto que desterraba a San Basilio y a su amigo San Gregorio.

A punto estaban todas las cosas para ejecutarse la sentencia, cuando a toda prisa llegó un enviado imperial que llamaba a gritos al obispo Basilio. El hijo único del emperador acababa de ser herido con una enfermedad terrible y peligrosa. Valente, acongojado y fuera de sí, clamaba que viniese Basilio. Entró el santo obispo en el aposento donde todo era aflicción y llanto. El odio y la violencia se habían trocado repentinamente en dolor y arrepentimiento.

—Si es verdadera tu fe —le dijo Valente sollozando—, ruega a Dios que no muera mi hijo.

—Si tú, ¡oh emperador!, crees lo que yo creo y das paz a la Iglesia; si prometes criar al joven príncipe inculcando en su corazón esos mismos sentimientos y mandas que lo bauticen los católicos, vivirá tu hijo.

Prometióselo Valente. Basilio se puso en oración y con esto comenzó a mejorar el muchacho. Basilio salió del palacio, y el emperador, porque no se atribuyese aquella mejoría a las oraciones del Santo, hizo bautizar a su hijo al día siguiente por mano de los obispos arrianos. Con eso volvió a

caer enfermo y murió al cabo de una hora. Valente vió en ello el castigo de su deslealtad; pero tanto cargaron sobre él los obispos y privados herejes, que determinó otra vez desterrarle. Tomó la pluma para firmar el decreto, pero se le quebró en la mano antes de firmarlo. Mudóla tres veces y las tres sucedió el mismo prodigio. Entendiendo con eso que aquella era la mano de Dios, rasgó el decreto que tenía hecho contra Basilio, y dejó a Cesarea, no sin antes encomendarse a las oraciones del invicto prelado. También el prefecto Modesto cayó enfermo de gravedad y sanó por las oraciones del Santo, con quien tuvo de allí en adelante grandísima amistad.

Otra contienda tuvo San Basilio, aunque de menos importancia, con un tal Eusebio, prefecto del emperador.

Había una mujer muy rica, viuda y de buen parecer, hija de un senador del supremo consejo. Aficionósele el asesor del prefecto y pretendió casarse con ella; como la viuda no le diese oídos por el deseo que tenía de guardar castidad, el malvado asesor quiso alcanzar por fuerza lo que no podía por gracia. Viéndose muy acosada, acudió a la oración y acogióse a la iglesia como a puerto seguro. Rogó a San Basilio que la amparase y él la defendió. Quiso el prefecto sacarla de la iglesia, pero se lo estorbó el Santo. El injusto juez tomó aquella ocasión para perseguir a San Basilio; mandóle comparecer en su tribunal y, habiéndole dicho mil injurias y baldones, llamó a los soldados y les dijo: «Rasgadle los costados con uñas de hierro». Basilio repuso, sonriendo: «De perlas me vendrá eso; será un excelente derivativo, pues, como puedes ver, hoy padezco atrozmente de mal de hígado».

Súpose en la ciudad la insolencia y tiranía del prefecto, y acudieron todos a porfía a socorrer a su pastor y librarle de manos de los verdugos. «¡Muera el prefecto! —gritaban a una voz—. ¡Que le ahorquen!» Al oír semejantes improperios, el juez, asustado, bajó del tribunal y fué a arrodillarse a los pies de Basilio, suplicándole que le librase de la muerte. El santo obispo salió a la puerta del pretorio y le aclamaron con gran alborozo. Poco le costó sosegar al pueblo y lograr la libertad del prefecto, el cual dejó a Cesarea para no volver a ella.

LEGISLADOR DE LA VIDA MONÁSTICA

LO que más señaló a San Basilio, ganando en ello a los varones más eminentes, fué el profundo sentido que tuvo de la vida espiritual y la constante práctica de las virtudes monásticas. Los monjes eran numerosísimos por entonces; pero con el tiempo se habían introducido graves abusos y desórdenes. Algunos, llamados «giróvagos» o vagabundos, lle-

vaban públicamente vida ociosa e independiente. El agudo ingenio de Basilio halló remedio a tantos males. Recorrió en persona los yermos de la provincia del Ponto, dióles una Regla en que señalaba horas para la oración, salmodia, trabajo manual y cuidado de los pobres. Cuidó también de fomentar la vida religiosa en las vírgenes, edificándoles muchos monasterios y dotándolas de una Regla muy sabia. Tratábase de decidir en Oriente si la vida eremítica o solitaria tenía preeminencia sobre la vida cenobítica o común. San Basilio declaró sin rodeos que la vida común es superior y preferible a la solitaria, por ofrecer menos peligros y poder en ella practicarse iguales austeridades y virtudes quizá más difíciles de adquirir. Fué sin duda su propósito juntar la acción con la oración. Reconocía la superioridad de la vida puramente contemplativa; pero con juntar ambas vidas dió claras muestras de que tenía profundo conocimiento de las aspiraciones de las almas y de las peculiares necesidades de aquella época, en que a la Iglesia le hacían falta soldados valientes y leales.

San Basilio estableció asimismo el noviciado o tiempo de probación y los votos monásticos. Con eso evitaba el que los aspirantes profesasen precipitadamente y se dejasen arrastrar a ciegas; libraba al mundo de escándalos y daba estabilidad a las vocaciones religiosas. Los monjes de la Iglesia Oriental observan aún hoy día casi todos ellos la Regla de San Basilio.

DOCTOR, APÓSTOL Y ADMINISTRADOR

ALMA de las Iglesias orientales fué San Basilio en la persecución de Valente; de ahí las muchas y admirables cartas que escribió para defender la fe católica y alentar a los fieles.
Al renunciar al mundo y a sus pompas, no menospreció por eso los dones que había recibido del cielo. Hizo a la elocuencia esclava de la verdad. Predicaba a todas horas. Tenía particular ingenio para elevar todos los asuntos de que trataba, iluminar todos los horizontes y derramar luz sobre cuanto tomaba entre manos. Modelo de homilías es el *Exameron,* en el que explica la creación del mundo y lo que Dios obró en aquellos seis primeros días. En él corren parejas la poesía, la ciencia y la filosofía, para juntas levantarnos de la contemplación de las cosas creadas a las increadas y sobrenaturales. En sus instrucciones populares y sermones condena mordazmente los vicios y habla enternecido en favor de los necesitados y de los humildes; en ellas se hallan ajustadas explicaciones de la doctrina cristiana, lecciones de moral y controversias teológicas. La Iglesia romana trasladó algunos pasajes al oficio del Breviario.

Cesarea vió a San Basilio multiplicarse en tiempo de epidemia para sal-

var apestados. Vióle en época de hambre socorrer a los indigentes, recogerlos, albergarlos, vestirlos y aliviar todas sus necesidades. El emperador Valente le hizo donación de un vasto territorio, como llevamos ya dicho; en él edificó Basilio un asilo para los pobres, verdadero palacio de la caridad, que se llamó la *Basiliada,* hospitales para enfermos, hospicios para los ancianos, invalidos e incurables; hospederías para los extranjeros, escuelas para los niños y jóvenes. En el centro levantó la iglesia, el palacio episcopal y las habitaciones de los sacerdotes. Aquellos edificios estaban separados por extensos jardines.

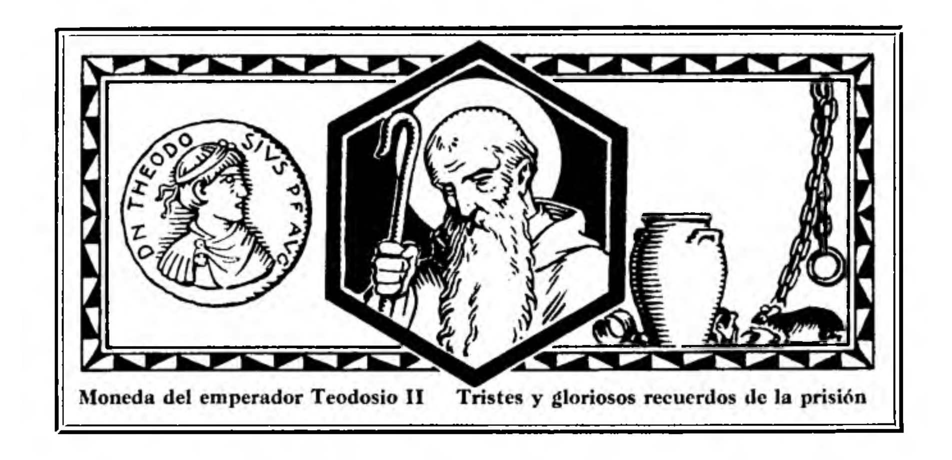
En el rincón más apartado se hallaba el lazareto. Allí menudeaba el Santo las visitas y daba sin contar a los leprosos señales de sobrenatural amor, llegando a veces hasta abrazarlos con ternura.

Aquella magna institución no podía sostenerse sin contar con grandes ayudas; pero San Basilio sólo disponía de su fe y abnegación. El tesoro de donde sacaba a manos llenas las rentas con que contaba para llevar adelante la empresa era sólo su caridad y su amor grande a los prójimos. Fué ardiente predicador de la limosna santa; supo ablandar el corazón de los adinerados y traerlos a que se compadeciesen de la triste suerte de los menesterosos.

Su actividad apostólica no conocía límites: solía visitar todas las parroquias, reprimía en ellas todo género de abusos, velaba con esmerada solicitud por el reclutamiento de clérigos y monjes, pedía clemencia a los poderes públicos para la clase obrera gravada con excesivos impuestos, se interesaba por la construcción de carreteras y puentes. Sabía descender de las altísimas especulaciones de la oración a los negocios ordinarios y al cuidado de las necesidades de su rebaño.

Agotado por tantos trabajos y austeridades, consumido lentamente por una enfermedad pulmonar, veía Basilio disminuir sus fuerzas día tras día. Siendo tan sólo de cuarenta y nueve años, tenía aspecto de anciano. En su última enfermedad aun tuvo valor para levantarse a ordenar diáconos y sacerdotes y bautizar a un judío con toda su familia. Diciendo estas palabras: *Señor, en tus manos encomiendo mi espíritu,* dió su alma al Criador, el primer día de enero del año 379.

La Iglesia celebra la memoria de San Basilio a los 14 de junio, en que fué consagrado obispo. Es uno de los cuatro insignes Padres de la Iglesia griega.



Moneda del emperador Teodosio II — Tristes y gloriosos recuerdos de la prisión

DIA 15 DE JUNIO

SAN ABRAHAN

ABAD Y CONFESOR († entre 476 y 484)

A ejemplo de otros muchos santos, San Abrahán dejó a su país, que estaba en las riberas del río Éufrates, y, guiado por la divina Providencia, fué a trabajar en tierra extraña, en el país de Auvernia, cuyos límites se confundían con los de la diócesis de Clermont, antes de que fuese dividida por vez primera en el año de 1317.

Cuando el monje persa entró en aquella provincia, que fué a mediados del siglo V, casi toda ella era ya cristiana. Los prelados se preocupaban de infiltrar la vivificante savia del cristianismo en las costumbres e instituciones de la sociedad galorromana, y curar las muchas llagas abiertas por las frecuentes invasiones de los bárbaros.

Dos documentos antiquísimos dan luz suficiente sobre la vida de este Santo. Es uno de ellos el epitafio de treinta versos compuestos luego de muerto San Abrahán, por su prelado y amigo San Sidonio Apolinar. Un siglo más tarde, el insigne San Gregorio de Tours, trata de él en sus obras *Vida de los Padres* e *Historia de los Francos*.

VIOLENTAS PERSECUCIONES EN PERSIA

NACIÓ San Abrahán de padres cristianos en Mesopotamia oriental, a fines del siglo IV o principios del V, reinando el emperador Honorio (395-423), y siendo rey de Persia Isdegerdes I (399-420). Sus dos biógrafos latinos nada nos cuentan de la niñez y educación de Abrahán. Con todo, uno de ellos da a entender que el santo mancebo oyó hablar de la perfección de vida de los solitarios y cenobitas de Egipto y, como eran grandes su generosidad y su fervor, concibió la idea, si no de imitarlos, a lo menos de ir a visitarlos. La violenta persecución que se levantó en su tierra fué parte para impedirle llevar a efecto su designio por espacio de algunos años.

El rey Isdegerdes I favoreció al cristianismo durante casi todo su reinado. El famoso obispo de Martirópolis —Maiapharkin, a orillas del río Tigris— era muy influyente cerca del soberano persa. Los obispos pudieron celebrar muchos Concilios regionales y lo hicieron particularmente en el año de 410, para allanar algunas dificultades de la Iglesia en Persia, y en particular la que se derivaba de la jurisdicción casi patriarcal del obispo de Seleucia.

Entretanto, cundía el descontento entre los sacerdotes mazdeanos y los nobles, por la protección que el rey otorgaba a los cristianos. De la destrucción de un templo pagano en una ciudad del Huzistán, tomaron pie para pedir represalias contra los fieles. De allí en adelante favoreció menos el rey a los cristianos, y en el último año de su vida (419-420) muchos fueron encarcelados y no pocos atormentados y martirizados.

Sucedióle Varanes V, el cual se mostró mucho más cruel y sanguinario. Su reinado duró cerca de veinte años y fué señalado con inauditas crueldades, desconocidas quizá por los mismos emperadores romanos. Mandó que algunos cristianos fuesen echados vivos como pasto de ratas hambrientas; a otros les hizo desollar la cara y mutilar tan bárbara y vergonzosamente, que no puede contarse. A algunos los tenía en la cárcel por espacio de muchos años, dándoles apenas de comer para que se debilitasen y, cuando ya los veía desfallecer, los atormentaban cruelísimamente para ver de hacerles renunciar a sus creencias.

Muchos cristianos, temerosos de que les faltase ánimo para resistir a tan atroces tormentos, intentaron salir de Persia y refugiarse en territorio romano; pero el perseguidor mandó apostar soldados en las fronteras del reino con encargo de detener a los cristianos fugitivos.

SAN ABRAHÁN, DETENIDO Y ENCARCELADO

NO se avergonzaba San Abrahán de confesar la fe; pero, desconfiando de sus propias fuerzas, dudaba si tendría valor bastante para aguantar los tormentos. Por otra parte, hacía ya tiempo que deseaba retirarse a algún monasterio. Determinó, pues, irse de Persia y visitar a los solitarios y monjes de Egipto. Fué detenido antes de pasar la frontera, y luego azotado, cargado de cadenas y encerrado en lóbrega mazmorra, donde por espacio de cinco años fué tratado inhumanamente.

Era por entonces nuestro Santo un joven gallardo y robusto; pero en la cárcel le daban tan poco alimento que, según testimonio de San Sidonio Apolinar, enflaqueció de tal forma que los hierros que llevaba le vinieron grandes al cabo de poco tiempo. Nada, sin embargo, pudo quebrantar su fe ni desalentarle. Feliz de padecer algo por Cristo, esperaba con ansia el martirio. El Señor no le concedió esta gracia. Contrariamente a lo que estaba previsto, pasados cinco años de reclusión y horribles padecimientos, salió milagrosamente de la cárcel, de manera algo parecida —dice San Gregorio— a como fué libertado San Pedro en Jerusalén. Rompiéronse sus cadenas, abriéronse las puertas y Abrahán salió sin que nadie le molestase.

Llegóse hasta la frontera occidental de Persia y entró sin obstáculo en país extranjero. Estaba ya en libertad; aun ignoraba a qué le tenía Dios destinado; pero con todo, se despidió para siempre de la tierra que le vió nacer y donde tanto había padecido.

LARGO VIAJE: DESDE PERSIA HASTA LAS GALIAS

EN el epitafio escrito en verso por San Sidonio Apolinar para el sepulcro de San Abrahán, se habla del viaje que tuvo que hacer el desterrado persa para llegar a Auvernia.

«Busca la soledad y huye del bullicio de las gentes; pero los prodigios que siembra a su paso, le atraen la veneración universal... Los fieles se encomiendan a sus oraciones; con sólo tocarlos cura a los enfermos y arroja a los demonios. Detiénese breve tiempo en los lugares por donde pasa. No quiere residir ni en Antioquía, ni en Alejandría, ni en Cartago; ni siquiera en la ciudad donde murió el divino Redentor... Huye del alboroto de ciudades como Bizancio, Ravena, Roma y Milán...»

Bien puede creerse que al nombrar estas ciudades, el poeta intentó resumir en breves palabras las largas peregrinacions que San Abrahán, su amigo, le había referido muchas veces. Con eso nos señala el itinerario que

siguió el santo peregrino desde Persia hasta las Galias. Por él vemos que no tomó el camino directo y que hizo un recorrido larguísimo. Debió sin duda seguir las grandes vías romanas que enlazaban entre sí las principales ciudades de Oriente y Occidente. Como antes el insigne patriarca del mismo nombre, iba andando, andando, guiado por el Señor, hasta el día en que una voz interior le señalase el lugar elegido por Dios. Inspiróle el Señor que se detuviese cerca de la ciudad de Clermont, capital galorromana. Sucedió esto probablemente a mediados del siglo V, siendo obispo de aquella ciudad San Namacio (446-462).

El santo peregrino, que lo había dejado todo para seguir el divino llamamiento y había caminado en busca de lugar solitario y sosegado, halló en la provincia de Auvernia otra patria y a la vez campo de fecundo apostolado y lugar de descanso.

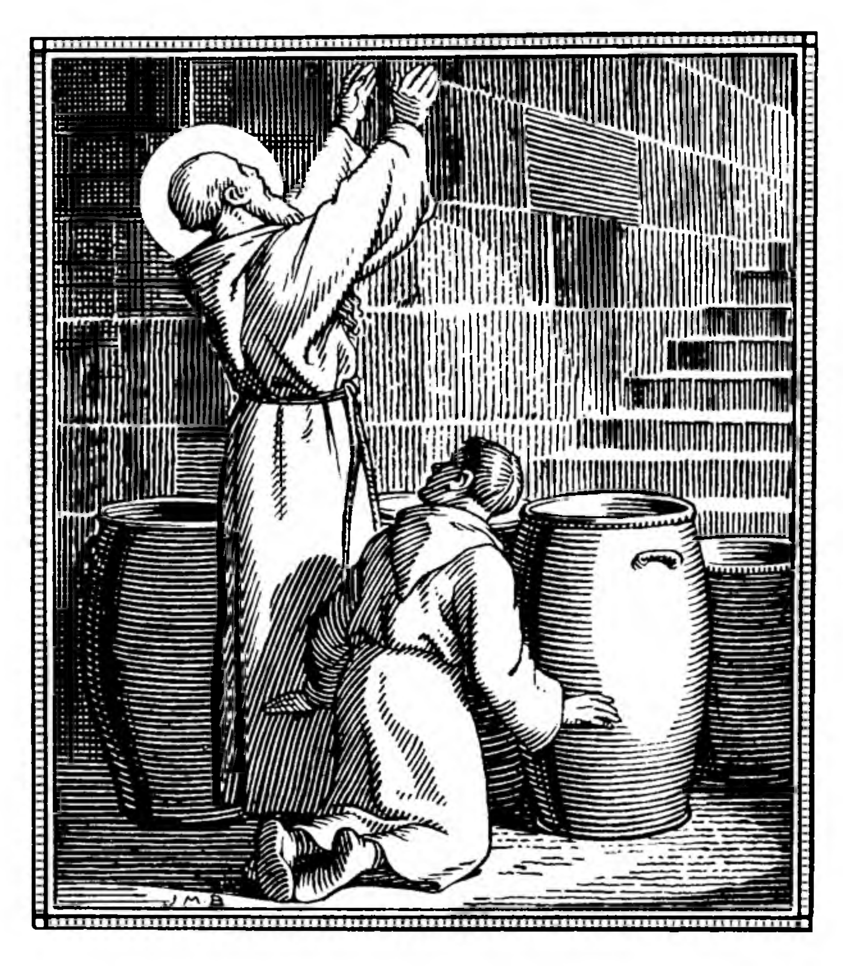
IGLESIA Y MONASTERIO DE SAN QUIRICO

ABRAHÁN fijó su residencia al noroeste de la ciudad, muy cerca de sus murallas. Escogió y edificó una pobre choza cubierta de bálago y en ella llevó vida de oración, mortificación y celo apostólico. A corta distancia de la choza había una ermita, o tal vez una iglesia dedicada a San Quirico, niño natural de Iconio de Licaonia, el cual fué martirizado en tiempo de Diocleciano en la ciudad de Tarso de Cilicia, con su madre Santa Julita. Los de Auvernia tenían gran veneración a este niño mártir, y es verosímil que el monje persa libró aquel santuario del abandono en que yacía, restaurándolo, ensanchándolo y embelleciéndolo hasta convertirlo en espléndida iglesia, digna de los muchos fieles que la frecuentaban en las grandes solemnidades, y más el día de la fiesta de San Quirico. dedi-

Abrahán no era probablemente sacerdote cuando llegó a Auvernia, pero no tardó en recibir las sagradas Órdenes. Esta dignidad sacerdotal, el hecho de residir cerca de una populosa ciudad y de un santuario tan frecuentado, los numerosos fieles que a él acudían los principales días de fiesta, todo eso da a entender que San Abrahán vivía entregado al ministerio pastoral y a la santificación de los prójimos.

Con su vida ejemplarísima y penitente, con el valimiento que tenía cerca del Señor y con su incansable y solícita caridad, se granjeó la estima y veneración no sólo de los fieles sino también de los sucesivos obispos y de las principales personas de la ciudad.

Pronto acudieron a él muchos discípulos en busca de consejo y dirección. Menester fué reformar y ensanchar la pobre choza hasta convertirla en espacioso convento. Este fué el origen del monasterio de San Quirico, poco distante de la iglesia del mismo nombre.



UN *día de gran festividad falta vino para honrar a los invitados. Baja San Abrahán a la bodega y suplica al Señor que le ayude en esta necesidad. Oye, en efecto, el Señor la plegaria, y este hombre tan compasivo puede dar de beber a todos y queda aún buena cantidad de vino en las tinajas.*

No era con todo un convento semejante a los de Egipto o de Siria. No había en él ni regla monástica, ni votos o promesas especiales: nada de esto quiso establecer San Abrahán. Aquella mansión servía de asilo a los seglares y a los clérigos deseosos de llevar vida cristiana perfecta y de observar, además de los preceptos ordinarios de la santa Iglesia, los consejos evangélicos.

Había ya en Auvernia por entonces varios monasterios semejantes. San Sidonio Apolinar dice que el de San Quirico era para él como un oasis adonde gustaba retirarse a menudo, para disfrutar de sus incomparables bellezas.

COMO EN LAS BODAS DE CANÁ

ESTABA encargado de la administración de la iglesia de San Quirico el santo abad del monasterio y eran muchos los fieles que acudían a dicha iglesia para oír los consejos y enseñanzas del Santo y encomendarse a sus fervorosas y eficaces oraciones. El día de la fiesta de San Quirico solían acudir también el prelado, el gobernador y la nobleza de la ciudad para realzar con su presencia el esplendor de las sagradas ceremonias. Después de misa solía el santo abad convidar a los ilustres huéspedes a un ágape fraternal. También los pobres participaban en él, pues a la entrada del monasterio se les daba vino y alguna cosa de comer.

Sucedió un año que a la hora del convite sólo quedaban cuatro ánforas de vino. El mayordomo del monasterio fué a decírselo al Santo, y añadió que esa cantidad no bastaba ni con mucho para todos los convidados. En oyéndolo, bajó San Abrahán a la bodega y se puso a orar, suplicando al Señor que se dignase darles vino para el convite. Fueron oídas sus plegarias. Tanto los convidados como los fieles que se presentaron bebieron a discreción, y al atardecer estaban los cántaros tan llenos como por la mañana. San Sidonio Apolinar, el gobernador Victorio y los demás convidados comprobaron admirados este prodigio, con lo que creció la profunda veneración que tenían hacia su santo director y amigo.

AMISTAD CON EL OBISPO Y EL GOBERNADOR

EL año 471, Sidonio Apolinar cargó sobre sí el gobierno de la diócesis de Clermont. Era yerno del emperador Avito y había ejercido en el imperio los importantes cargos de prefecto de Roma y presidente del Senado. Estaba persuadido de su insuficiente preparación para desempeñar debidamente semejante cargo eclesiástico y por eso le gustaba aconsejarse

de la experiencia y santidad de Abrahán, a quien veneraba como a padre y dechado perfecto de vida sacerdotal. En breve llegó a ser muy íntima la amistad entre el obispo de Clermont y el santo abad de San Quirico, con lo que pudieron resistir valerosamente a los sucesos tan imprevistos como dolorosos que muy luego ocurrieron.

Los visigodos eran ya dueños del suroeste de las Galias, pero querían a toda costa dilatar los términos de su imperio hasta el río Loira, y así invadieron a Clermont el año 474. Fueron rechazados en el primer encuentro; mas al año siguiente lograron vencer a los heroicos defensores de la ciudad, los cuales, faltos de ayuda por parte de los romanos, no tuvieron más remedio que rendirse al invasor y aceptar su gobierno.

Como el monasterio y la iglesia de San Quirico estaban cerca de las murallas, fueron en parte destruídos por los sitiadores, y sólo se salvaron de total ruina, merced al ascendiente que logró ejercer el Santo sobre los jefes del ejército invasor.

Al cesar las hostilidades, estaba San Abrahán en relaciones inmejorables con el duque Victorio, a quien el rey visigodo Eurico nombró gobernador de la ciudad de Clermont. El nuevo gobernador era católico y probablemente natural de Auvernia. Acertó a imponer sin violencias el nuevo régimen político. Gustábale visitar a menudo a San Abrahán, y de muy buena gana seguía sus consejos. Él y San Sidonio rivalizaban en veneración afectuosa al insigne fundador del monasterio de San Quirico.

MUERTE, RELIQUIAS Y SEPULCRO DEL SANTO

SIENDO ya muy anciando y estando su cuerpo gastado por los padecimientos y continuas penitencias, cayó gravemente enfermo por los años de 476. Grande fué la aflicción de los fieles de Clermont con esta noticia. Muchos amigos del Santo fueron a verle y pedirle su postrera bendición. El duque Victorio acudió a toda prisa, se arrodilló junto a la cama del santo agonizante, besó respetuosamente sus manos y le suplicó con lágrimas que se acordase de él cuando estuviese en el cielo.

A los pocos momentos entregó el Santo su espíritu al Señor; sucedió su muerte hacia el año 476, antes de que el duque Victorio dejase el gobierno de aquella ciudad. Su amigo San Sidonio no dice en sus escritos que se hallase en la ciudad cuando ocurrió la muerte de San Abrahán. Pudo acaecer mientras el prelado cumplía momentáneo destierro en el año 476. Sea como fuere, el gobernador no quiso ceder a nadie el cuidado de los solemnes funerales del Santo; él mismo pagó todos los gastos.

El cuerpo de San Abrahán fué depositado en la iglesia de San Quirico.

donde el duque Victorio edificó un magnífico sepulcro. A petición del sacerdote San Volusiano, que fué después metropolitano de Tours, el poeta San Sidonio desempolvó su lira, mucho tiempo abandonada, y compuso el epitafio del que hicimos ya mención, el cual refiere brevemente la vida y milagros del santo abad, y ha conservado su recuerdo muy vivo en el correr de los siglos.

En el siglo XII se reedificó la iglesia de San Quirico, la cual vino a ser centro de muy extensa parroquia. Entonces fueron depositadas las reliquias de San Abrahán en la nave del templo, al lado derecho de la entrada principal. Encima de ellas colocaron un altar coronado con un busto de madera que reproducía más o menos acertadamente las facciones del rostro del Santo.

El año 1742 destruyeron aquel altar; sobre la losa bajo la cual se hallaba el sepulcro grabáronse algunas letras para señalar el lugar y conservar así el recuerdo, y en una placa de mármol sujeta en la pared vecina se inscribió la traducción del epitafio latino compuesto por San Sidonio.

Veinte años más tarde, en el de 1761, el obispo de Clermont quiso reconocer oficialmente las reliquias de San Abrahán. A seis pies bajo las losas de la iglesia, se descubrió un sarcófago de piedra blanca, cuya tapa parecía estar sellada bajo dos enormes piedras. Convencido por la inspección de aquellos lugares que el sagrado depósito permanecía intacto desde hacía siglos, el obispo desistió de romper los sellos del sarcófago y proclamó que el sepulcro de San Abrahán era uno de los monumentos más auténticos de la Iglesia de las Galias.

La discreción y prudencia del prelado salvó las sagradas reliquias. De haber sido desenterradas y expuestas en relicarios, sin duda hubieran sido echadas a la hoguera en el año 1793 con las demás reliquias de las iglesias de Clermont. La iglesia de San Quirico no pudo salvarse de la destrucción. Fué vendida en pública subasta, destinada a profanos menesteres y finalmente destruída. La iglesia de San Esteban, más conocida con el nombre de San Eutropio, pasó a ser la parroquial del barrio de San Quirico. A ella fueron trasladadas solemnemente las reliquias de San Abrahán y colocadas en grandioso relicario de madera dorada.

Finalmente, a mediados del siglo XIX fueron depositadas bajo la mesa del altar dedicado al Santo en una de las capillas laterales de dicha iglesia.

REFORMA DEL MONASTERIO. — CULTO DEL SANTO

LOS monjes de San Quirico guardaron piadosa y fielmente el recuerdo de su santo abad, lo cual no impidió que, con el tiempo, la discordia y la relajación se introdujeran en el monasterio. San Abrahán los gobernó paternalmente, sin imponerles Regla fija. Mientras él vivió, bastaron sus palabras y ejemplos para mantener el fervor entre los religiosos.

Después de muerto, sucedióle Auxanio, monje virtuosísimo, pero algo tímido y enfermizo, al cual le faltó la firmeza y constancia necesarias para tomar ascendiente sobre sus hermanos y mantenerlos en la primitiva observancia. San Sidonio tuvo que intervenir. Con la autoridad que le daban el cargo de obispo y la amistad que tuvo con el fundador del monasterio, redujo a los discípulos de Abrahán a la observancia de la regla del monasterio de Leríns. Además, el prelado nombró como coadjutor del abad Auxanio a uno de los más señalados miembros del clero de la diócesis: el presbítero Volusiano.

Tan sabias providencias ayudaron sin duda muchísimo a reformar el monasterio sin choques ni violencias. Sea de ello lo que fuere, la historia local nada nos cuenta de la suerte del famoso convento. Es probable que desapareciera en alguna de las muchas revueltas políticas que trastornaron la provincia de Auvernia desde el siglo VI hasta el X.

No sucedió otro tanto con el recuerdo de San Abrahán. Su nombre sobrevivió, como su sepulcro, a las invasiones, guerras y calamidades que asolaron por espacio de cuatro siglos a su patria adoptiva.

Fué canonizado a una por el pueblo y por las decisiones oficiales de los obispos de Clermont, jueces competentes de los milagros obrados por el santo abad de San Quirico. Los fieles de Auvernia le tuvieron siempre vivísima devoción y muchos iban a postrarse sobre su sepulcro.

«Los enfermos de calenturas —escribía San Gregorio Turonense a fines del siglo VI—, hallan con frecuencia en el sepulcro de San Abrahán, misterioso remedio a sus dolencias».

Diez siglos después, las actas de los milagros dan testimonio de que era invocado en la misma enfermedad. También se acudía a la protección del Santo en favor de los niños enfermos.

Cerca de la iglesia de San Quirico, en la calle de ese nombre, se hallaba una fuente llamada de San Abrahán. Los enfermos de calentura y cuantos temían enfermar de dicha dolencia, solían ir con devoción a beber de aquellas aguas.

De San Abrahán hace mención el Martirologio romano el día 15 de junio; su oficio lo trae el Propio de la diócesis de Clermont el mismo día.



Basílica de San Juan Francisco Regis   Organizador de cofradías eucarísticas

DÍA 16 DE JUNIO

SAN JUAN FRANCISCO REGIS

JESUÍTA (1597 - 1640)

ESTE ilustre Santo, apóstol de extensas regiones de Francia, nació a 31 de enero del año 1597, de noble e ilustre linaje, en Fontcuberta, hoy de la diócesis de Carcasona. Gozaba su familia de merecida consideración, más que por sus cuantiosas riquezas, por su fidelidad a la fe católica en tiempos en que las luchas contra los hugonotes trastornaban el país. Un hermano del Santo dió la vida por la causa católica en Villemur, no lejos de Tolosa.

Por lo que a nuestro Santo se refiere, hubiérase podido creer que la piedad le era connatural, pues saboreaba ya desde su más tierna infancia las dulzuras del amor divino. Aun en aquella edad pueril manifestó mucho aborrecimiento a los juegos y entretenimientos y una particular inclinación a la oración, al retiro y a la virtud; por lo que en todas sus acciones descubría una madurez de juicio, una modestia y una cordura que ganaba el corazón de todos. Con frecuencia se encerraba en una capilla y allí, olvidándose de sí mismo, quedaba como arrobado en dulce contemplación.

Habíanle confiado sus padres a un preceptor de mal genio. El niño, de natural encogido y medroso, sufrió mucho en tales circunstancias. No tardó,

sin embargo, el competente educador en dar con el camino adecuado y por él avanzaron resueltamente maestro y discípulo.

En 1611 comenzó a frecuentar el Colegio de los Jesuítas de Bezières. Bajo la dirección de tan sabios maestros, Juan Francisco hizo rápidos progresos en la piedad. Su ingreso en la Congregación Mariana fué un poderoso medio para incrementar su tierna devoción a la Madre de Dios. Profesó siempre particular devoción al Santo Ángel de su Guarda, a quien se creyó deudor de una protección especial en determinado accidente que puso en peligro su vida.

LA VOCACIÓN

CATORCE años contaba a la sazón nuestro joven y, aunque en esta edad encuentra la virtud tantos escollos, parecía insensible a las voces de la naturaleza. Su carácter recto le dió un saludable ascendiente entre sus condiscípulos, alojados por grupos en casas particulares.

Al principio, algunos bromistas ridiculizaban sus prácticas religiosas; mas cuando apreciaron su vida, lejos de apartarse de él, se honraban con su amistad. A fin de llevar vida más recogida redactó un reglamento que gustosos aceptaron cinco o seis muchachos que vivían con él. En ese reglamento se fijaban las horas que debían dedicar al estudio. Las conversaciones inútiles estaban prohibidas; durante las comidas leían un libro de piedad; por la tarde tenían un rato de examen de conciencia y el domingo se acercaban todos a la Sagrada Mesa.

Por esta época, una grave enfermedad que puso en peligro su vida, le hizo sentir profundamente la fragilidad humana. Aumentó su aversión al mundo, la impresión que le produjo el conocimiento de la muerte prematura de una prima carnal llamada Ana. Desde entonces una sola idea ocupaba su atención: la de entregarse a Dios por completo en la vida religiosa; y para mejor conocer la voluntad divina, se retiró algún tiempo a solas para reflexionar. Sintióse impulsado a ingresar en la Compañía de Jesús y, ayudado por su confesor, entró en el Noviciado de Tolosa el 8 de diciembre de 1616.

EL NOVICIADO

DESDE el principio echóse de ver el fervor de que estaba animado. Mantenía su unión con Dios mediante el recuerdo constante de su santa presencia. Las virtudes que de un modo particular ejercitó fueron: la humildad, el odio a sí mismo, el desprecio del mundo, ardiente celo por la gloria de Dios y fervorosa caridad para con el prójimo.

Buscaba los empleos más bajos y humildes; era su delicia barrer la casa, servir a la mesa y, sobre todo, estar al servicio y cuidado de los enfermos. Gustaba visitar los hospitales, para ejercer la caridad con los pobres enfermos, escogiendo los más repugnantes, en quienes veía mejor representada la persona de Jesucristo. La severidad con que trataba a su cuerpo contrastaba grandemente con la suavidad y dulzura que empleaba con los demás. Sus compañeros solían decir que Juan Francisco era su propio perseguidor.

Transcurridos dos años de Noviciado, enviaron al santo joven a Cahors, donde estudió Retórica y pronunció los primeros votos; pasó luego a Billom como profesor de Gramática. En 1622 le destinaron a Turnón, donde estudió Filosofía por espacio de tres años. El espíritu de fe animaba todas sus acciones; jamás se ponía a estudiar sin ofrecer a Dios aquel trabajo, de modo que los estudios, lejos de ser un impedimento a su piedad, le ayudaban a vivir en constante oración.

PRIMICIAS DE SU APOSTOLADO

EN la residencia de Turnón se ejercitaba en la evangelización de los pobres, satisfaciendo así un deseo de su alma, humilde y abnegada. Los domingos, acompañando a uno de los Padres del Colegio, recorría los poblados vecinos y al son de una campanilla reunía a los niños para catequizarlos y enseñarles a amar a Dios. No satisfecho con ello, instruía en sus obligaciones a los mayores, los cuales, preparados convenientemente, eran llevados al Padre para que los oyera en confesión.

Sus disposiciones para el apostolado se manifestaron de modo sorprendente en la transformación del pueblo de Andauce, donde perdura todavía la memoria del Hermano Regis. A la borrachera, la blasfemia e impiedad que allí reinaban, siguió la práctica de los Sacramentos y, en especial, la frecuente recepción y culto de la Santísima Eucaristía. A Francisco le cupo la dicha y el honor de fundar una cofradía del Santísimo Sacramento a

ejemplo de las que otros jesuítas habían establecido en diferentes puntos de la región.

Contaba por esta época veintidós años. La Providencia le reservaba, para más adelante, mayores combates y triunfos.

EN LA ENSEÑANZA

EN en 1625, los superiores trasladaron al Hermano Regis a Puy, en el Velay, para enseñar Literatura. En Puy, como en Cahors, trabajó con ahinco, no sólo para instruir a sus alumnos, sino para dirigirlos al bien. Preparaba con esmero las explicaciones que debía dar y, a fin de asegurar feliz resultado, iba a postrarse ante Jesús Sacramentado antes de entrar en clase. Curó a un alumno suyo haciendo sobre él la señal de la cruz, y le recomendó más fervor en el servicio de Dios para lo sucesivo.

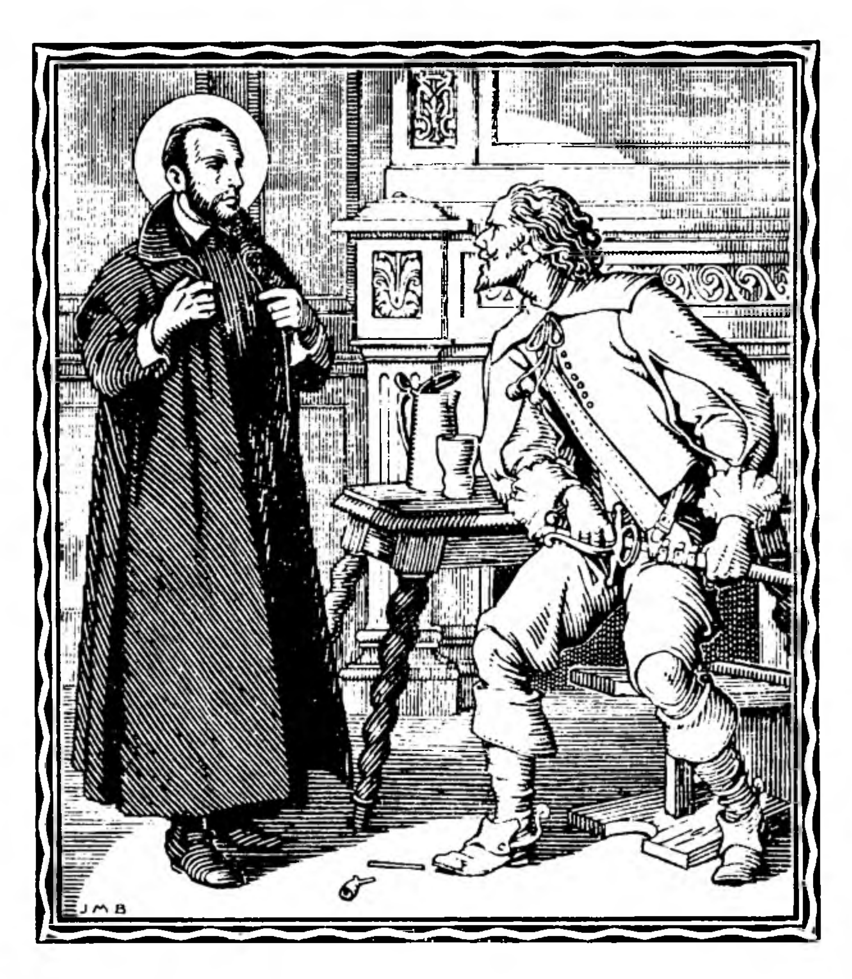
En Auch fué igualmente profesor de Literatura en 1627. Al año siguiente fué enviado a Tolosa para estudiar Teología. Levantábase por la noche para ir a la capilla, y, como alguien se lo advirtiese al superior, contestó éste como inspirado:

—No turbéis las tiernas comunicaciones que este ángel mantiene con Dios; o mucho me equivoco o un día celebrará la Iglesia la fiesta de vuestro compañero.

ES ORDENADO SACERDOTE

A principios del año 1630 Juan Francisco recibió aviso de prepararse a la recepción del sacerdocio. Un combate se levantó entonces en su alma humilde; pero el celo que tenía por la gloria de Dios y la salvación de las almas venció por fin; y hasta hizo al Superior la extraña petición de que adelantara un año la ordenación, prometiéndole con su ingenuidad ordinaria, la celebración de treinta misas por él, si accedía a su ruego. La concesión de tal gracia suponía para él la pérdida para siempre del derecho de ser religioso profeso, sin que por ello dejara de pertenecer a la Compañía de Jesús. Este sacrificio le fué aceptado y el Hermano Regis recibió el Sacramento del Orden en la fiesta de la Santísima Trinidad de 1631. Preparóse a la primera Misa con oraciones y penitencias.

El sagrado carácter del sacerdocio llenó su corazón de tal abundancia de espíritu de humildad, que resolvió vivir en adelante muerto a sí mismo y totalmente entregado a promover la gloria de Dios y la salud de las almas.



Un libertino resuelve asesinar a San Juan Francisco Regis, y llega a desenvainar la espada para poner por obra su intento. El Santo, impasible, le habla con mansedumbre y se queda delante de él dispuesto a aceptar la muerte; la respuesta de aquel infeliz es un torrente de lágrimas.

APÓSTOL DE LOS POBRES

ALGUNOS meses más tarde, se vió precisado, por asuntos de familia, a realizar un viaje a Fontcuberta, su pueblo natal; empero los intereses del mundo le preocupaban menos que los de la gloria de Dios. Dedicaba el día a obras de caridad y de celo; enseñaba el catecismo a los niños y predicaba a los mayores; pasaba largos ratos en el confesonario escuchando y aconsejando a los penitentes. Todos los días visitaba a los enfermos y se presentaba ante las casas de los ricos pidiendo limosna, que luego repartía entre los necesitados. Terminaba la jornada con fervorosa plática. Tal fué siempre la distribución del tiempo en sus misiones.

Un día que atravesaba las calles de la población con un jergón a cuestas fué silbado estrepitosamente por algunos soldados. La alegría que por ello experimentó Juan Francisco fué grande, viéndose tratado e injuriado como el Divino Maestro. Disgustados sus hermanos y parientes por aquel proceder tan opuesto a las máximas del mundo, creyeron deber advertírselo y lo hicieron con las siguientes palabras: «Practica si quieres las obras de misericordia; pero, por favor, no nos pongas en ridículo».

Esta reconvención hizo poca mella en el ánimo del padre Regis, que penetraba los secretos de la cruz:

—Un ministro del Evangelio no se rebaja cuando se humilla —contestó—, lo que importa es que Dios no sea ofendido; fuera de eso, ¿qué se me da de los juicios de los hombres?

Dios premió su ilimitada caridad y celo apostólico con el consuelo de ver reconciliados a varios miembros de su familia, trocadas las costumbres de la población y ganadas muchas almas para el cielo, dejando, al abandonar el país, gran fama de santidad, como aseguró su mismo Provincial.

El maravilloso éxito que consiguió nuestro Santo en Fontcuberta movió a sus superiores a dedicarle exclusivamente a misiones apostólicas. Su campo de acción fué, por de pronto, la ciudad de Montpeller, a la sazón muy castigada por las guerras civiles de religión que asolaron el país durante el reinado de Luis XIII. Obró numerosas conversiones, no con brillantes sermones sino con el buen ejemplo y la sencilla explicación del catecismo.

Aunque el celo de San Juan Francisco se extendiese a toda clase de personas, su inclinación le llevaba con más fuerza a procurar la salvación de los pobres, especialmente de los que viven en las aldeas, donde solía pasar la mayor parte del año, particularmente en el invierno, en cuyo tiempo los labradores están menos distraídos y ocupados con sus labores. Discurría de lugar en lugar, de aldea en aldea, siempre a pie entre la nieve y el hielo; y con increíbles fatigas y trabajos se empleaba en instruirlos en los mis-

terios de nuestra santa religión, oír sus confesiones, armonizarlos, apaciguarlos, y reducirlos a llevar una vida verdaderamente cristiana. Su confesonario era siempre frecuentado de pobrecitos. «A las personas de calidad —solía decir— jamás faltarán confesores; esta pobre gente, que es la más abandonada en la grey de Jesucristo, es la parte que me corresponde».

Los necesitados de Montpeiler y de las villas y lugares de aquel distrito, como antes los de Fontcuberta, encontraban en él, no sólo buenas palabras, sino generosas limosnas por él buscadas. En esta ciudad trabajó con incansable celo en la conversión de las públicas pecadoras; a menudo les salía al encuentro aun a riesgo de caer en ridículo o cubrirse de vergüenza, y rara vez volvía a su casa sin lograr de ellas que, a ejemplo de María Magdalena, regaran los pies del Salvador con abundantes lágrimas de arrepentimiento.

MISIONES ENTRE PROTESTANTES

EN 1633 el obispo de Viviers solicitó del Superior de los Jesuítas un Padre que le acompañara en su pastoral visita. Le fué asignado el padre Regis. Aquí tuvo que combatir no sólo contra los vicios, llamando a los pecadores a penitencia, sino también contra los errores de Calvino, que habían inficionado a muchos de aquellos pueblos, a los cuales, asistido de la divina gracia, volvió al seno de la Iglesia.

A consecuencia de las guerras de religión el país estaba sumido en la más deplorable abyección. El padre Juan Francisco encontró abierto a su apostólico celo un campo muy vasto. Frecuentes eran los sermones y numerosas las confesiones que oía como efecto de sus patéticas exhortaciones. En Uzer, Juan de Chalendar, excelente católico, preparó una entrevista entre el misionero y una dama noble, acérrima protestante, pero de buenas costumbres y de mucha influencia. La abjuración de la herejía de dicha señora fué un gran avance de la causa católica. Con ello consiguió que esos herejes volviesen al gremio de la Iglesia católica.

Al año siguiente, la obediencia le destinó a tierras de Boutières, en el Vivarés, donde se precisaba un apóstol de la talla de nuestro Santo para combatir la impiedad.

Las fatigas y los trabajos, las nieves, las heladas, los huracanes más violentos, no le amedrentaban cuando de la gloria de Dios o salvación de las almas se trataba.

Tres siglos han pasado desde que los sudores del padre Regis regaron aquellos pueblos y el fruto de sus trabajos perdura. El Cheylard, en especial, es una de las regiones que más encendida conserva la antorcha de la fe.

LA CATEQUESIS DE PUY

EL Puy fué por espacio de varios años testigo de los trabajos apostólicos del padre Regis. Una ignorancia absoluta en materia de religión invadía el país; pobres y ricos habían olvidado hasta las más elementales obligaciones del cristiano. Lo que necesitaban aquellos habitantes era el pan del catecismo, y nadie más indicado que el padre Regis para repartirlo.

Emprendió éste con gran valor la reforma de aquella viciosa ciudad, con misiones en el verano y discurriendo en el invierno por las villas, lugares y aldeas circunvecinas; en todas partes logró un increíble fruto. Aun en la ciudad conservaba su acostumbrado método de predicar la palabra de Dios en forma de catecismo, y sus discursos eran sencillos y sin arte; pero los pronunciaba con tan gran fervor de espíritu y con un corazón tan conmovido y penetrado de las verdades evangélicas que anunciaba, que todos acudían a oírle con mucho gusto y no menor beneficio de sus almas, no sólo los seglares y la gente sencilla. sino también los eclesiásticos y religiosos.

Los maravillosos éxitos de las sencillas instrucciones del padre Regis excitaron la animadversión de un famoso predicador, que le denunció al superior Provincial. Éste, de visita a la sazón en el Puy, asistió por curiosidad un día a la catequesis de nuestro bienaventurado, y al oírle hablar de la fe no pudo contener el llanto, diciendo al salir de la iglesia a su compañero: «No me asombro de que este hombre logre tanto bien, ni de que le sigan las gentes con tanto fervor: si yo estuviera en esta ciudad y él explicara el catecismo a cuatro leguas de aquí. no dejaría nunca de ir a oírle».

No se crea, sin embargo, que este apóstol transitaba por las calles como un inconsciente. Cuando la gloria de Dios lo demandaba sabía hacer perfecto uso de su libertad. En cierta ocasión oyó blasfemar en la calle a un hombre enmascarado y nuestro Santo le abofeteó sin compasión. Otra vez cubrió de barro la boca de una mujer que había cometido el mismo pecado. En ambos casos produjo buen efecto la enérgica actuación del Santo, pues el hombre se arrodilló al instante implorando el perdón y la mujer se alejó presa de graves pensamientos.

Para conservar íntima unión con Dios y obtener de su bondad más numerosas conversiones sometía su cuerpo a graves penitencias. Su disciplina era una verdadera «herramienta sanguinaria»; desde el primer día que empezó su actuación de misionero hasta que murió se abstuvo de carne, queso, huevos y vino, contentándose para su alimento con pan, yerbas, legumbres, alguna fruta. y alguna vez un poco de leche; su bebida ordinaria era el agua.

La guerra que al libertinaje declarara, le atrajo burlas, insultos y amenazas de muerte; sin embargo, nunca se le vió mudar de color ni alterarse

la serenidad con que afrontaba las iras de los desgraciados a quienes quitaba ocasiones de pecar. Más de una doncella le debió la conservación de su integridad. A él se debió también la creación de asilos de arrepentidas.

ÚLTIMA ENFERMEDAD Y MUERTE

CUANDO San Juan Francisco se hallaba en el décimo año de su predicación, quiso el Señor anticipar el premio de sus trabajos. En el adviento de 1640 se recogió en el colegio de Puy para ocuparse algunos días en Ejercicios Espirituales a fin de prepararse a la muerte, de cuya cercanía había tenido un secreto presentimiento.

Después, el 23 de diciembre, no obstante ser la estación en extremo fría y estar la tierra cubierta de nieve y de hielo, quiso ir a La Louvese, lugar situado entre montes asperísimos, a seis leguas de Puy, donde había anunciado una misión para el 24 de diciembre. Los graves trabajos que padeció en el camino le ocasionaron una calentura ardiente, que presto degeneró en una gran inflamación; no obstante, apenas llegó a La Louvese, dió principio a la misión, predicó cinco o seis veces y oyó continuas confesiones durante muchas horas, hasta que el día 26, hallándose en la iglesia, le sobrevino un desfallecimiento que le obligó a ponerse en cama en casa del cura.

Los médicos juzgaron su estado desesperado, y el misionero, conociendo que llegaban sus últimos momentos, recibió con gran fervor el Viático y la Extremaunción. Únicamente la vista del Crucifijo aliviaba sus dolores. Por fin, el 31 de diciembre dijo al Hermano coadjutor que le asistía: «¡Qué dicha es la mía, queridísimo Hermano! ¡Qué contento muero! Jesús y María se han dignado visitarme para convidarme a la dulce estancia de los bienaventurados!» Después, cruzando las manos y fijos los ojos en el crucifijo, añadió: «*In manus tuas, Dómine...* Señor, en tus manos encomiendo mi espíritu». Estas fueron sus últimas palabras.

La fama de santidad que había adquirido en vida no disminuyó en su muerte. La tierra que cubría su tumba fué robada varias veces como preciosa reliquia. Sabedores los habitantes de La Louvese que pretendían arrebatarles el santo cadáver y llevarlo a Turnón o al Puy, labraron un sepulcro más profundo y pusieron encima fuertes barrotes entrecruzados.

Su beatificación tuvo lugar el 8 de mayo de 1716, en el pontificado de Clemente XI. Clemente XII lo canonizó el 8 de mayo de 1737. La Compañía de Jesús celebra su fiesta el 16 de junio.

Es el patrono de una asociación piadosa que tiene por fin principal legitimar los matrimonios que de ello han menester. Con ella perpetúa este Santo el bien que no cesó de obrar mientras peregrinó sobre la tierra.


Buscando su vocación se contrata de pastor

DÍA 17 DE JUNIO

SAN HIPACIO

ABAD (370 - 446)

EN la primera mitad del siglo V se establecieron numerosos monasterios en Constantinopla y en las costas asiáticas del Bósforo, sobre todo en el distrito de Calcedonia. En 394 Rufino, prefecto del pretorio, hizo construir uno que se halla emplazado precisamente en esta población. en el barrio llamada de La Encina. Recién fundado, albergó monjes originarios de Egipto que a poco lo abandonaron, corriendo el edificio a su ruina, hasta que Hipacio, que ansiaba una soledad tranquila y segura, se estableció allí, lo restauró y lo gobernó por espacio de cuarenta años. Dióle tal desarrollo e influencia. que desde el siglo V sólo se le conoce con el nombre de «Monasterio de Hipacio».

Hipacio nació hacia el año 370 en Frigia, provincia del Asia Menor. Su padre, fervoroso cristiano y, a lo que parece, abogado de profesión, dedicóle al estudio de las letras humanas en las que hizo notables progresos. Pero Dios, que le tenía predestinado para vaso de elección, permitió que inopinadamente surgieran serias desavenencias entre padre e hijo.

Los malos tratos que recibió Hipacio y el deseo de evitar nuevos altercados, le hicieron concebir el propósito de alejarse del hogar paterno. Y, poniendo por obra su determinación, abandonó su casa cuando apenas con-

taba catorce años, dejando que la Providencia encaminara sus pasos adonde mejor fuere servida. Era hacia el año 384. Habiendo entrado en una iglesia, que halló en el camino, oyó el texto del santo Evangelio que dice: «Y cualquiera que dejare casa, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre..., por causa de mi nombre, recibirá cien veces más, y poseerá después la vida eterna». Estas palabras impresionaron profundamente su ánimo y, juzgando por ellas que Dios le quería en el estado religioso, resolvióse a entrar en un convento y responder así al llamamiento divino.

Pocos eran los monasterios que a la sazón existían en la capital del Imperio de Oriente y sus alrededores. Isaac, monje siríaco, acababa de fundar uno en Constantinopla, llamado «Monasterio de Dalmacio», en memoria del santo personaje, antiguo oficial de la guardia de Teodosio el Grande, que lo organizó y gobernó durante más de un cuarto de siglo.

Hipacio atravesó el Bósforo y, encaminándose hacia la Tracia, llegó al poblado de Halmirisos, lugar tranquilo y, al parecer, muy a propósito para dar comienzo a su vida de asceta. Para mejor asegurarse el sustento corporal entró al servicio de un rico labrador de los alrededores, que le confió el cuidado de sus ovejas. Aquella vida tranquila y apacible que le alejaba del bullicio del mundo y trato con los hombres no le disgustaba, pero su alma ansiaba todavía unión más íntima con Dios.

Un sacerdote del lugar que acertó a pasar por donde el pastor apacentaba el ganado y cantaba alabanzas a Dios, prendóse de su dulce y armoniosa voz, acercóse a él y, conociendo por el continente recatado y mesuradas palabras que bajo los burdos vestidos del zagal se encerraba un alma no hecha para cosas de este mundo, le propuso ser cantor en los oficios de la iglesia. El joven aceptó el ministerio que iba a servirle de preparación a la vida monástica por la que tanto suspiraba.

Pero Hipacio no cesaba un momento de pedir al Señor que se sirviera apresurar el momento en que, lejos del trato humano, pudiera dar rienda suelta a su espíritu de piedad y de penitencia. Sus súplicas fueron escuchadas. Dios se valió para ello de un santo abad, llamado Jonás, antiguo oficial del emperador Arcadio, con quien se juntó Hipacio en el año 386.

FERVIENTE RELIGIOSO

MUY pronto se hizo indispensable la construcción de un monasterio capaz de albergar a los numerosos postulantes que, atraídos por la elevada santidad de su fundador, acudían a ponerse bajo su dirección. Todos los religiosos contribuyeron a la construcción del edificio, trabajando con tanto ahinco que en poco tiempo estuvieron terminadas las obras.

traba-

Ya en la casa del Señor, Hipacio determinó servirle, como dice el Evangelio, con todo su corazón, con toda su alma y con todas sus fuerzas, dándose por completo a la práctica de las virtudes monásticas, edificando a todos con su obediencia, modestia y austeridad de vida. Pero no se crea que le era connatural el ejercicio de la virtud. Como San Pablo, sintió fortísimo el aguijón funesto de la carne que le hería vivamente el alma y, como él, vióseie quejarse amorosamente a Dios. Dicen sus biógrafos que el demonio de la impureza le asaltó con terribles combates de los que salió victorioso, gracias a la confianza en Dios y a la mortificación corporal.

Para vencer una tentación muy tenaz y violenta rehusó a su cuerpo toda bebida por espacio de un mes. Tal mortificación no pasó inadvertida a sus Hermanos, que avisaron al Prior. Dióle éste a beber un vaso de agua en el que había echado un poco de vino. No puede fácilmente imaginarse la repugnancia que sentiría nuestro Santo a tomar aquel refrigerio, tan opuesto a sus propósitos, y más sabiendo que en su vida había probado el vino. Sin embargo, como varón obediente, tomó el brebaje y lo apuró sin mostrar la menor contrariedad. Quiso Dios recompensar aquel acto de virtud otorgándole el triunfo sobre la maligna tentación.

Confióle el abad Jonás el cuidado de los religiosos enfermos, y fué tanto su celo que no contento con atender a los del monasterio, pidió a su superior que le permitiera cuidar asimismo de los que yacían en el lecho del dolor en aquellas cercanías, carentes de asistencia facultativa. Obtenido el permiso, se multiplicó, por decirlo así, recorriendo todas las aldeas vecinas para prodigar sus cuidados a los enfermos y, si encontraba alguno abandonado en el campo —cosa muy frecuente en aquellos tiempos—, lo cargaba sobre sus hombros, lo llevaba a la puerta del monasterio e iba en seguida a la celda del abad, a quien suplicaba con lágrimas en los ojos que le permitiera recogerlo. El abad le otorgaba el permiso y entonces Hipacio le colocaba en la mejor celda del convento, asistiéndole con maternal solicitud.

EL CONVENTO DE RUFINIANOS

LA tranquilidad de que gozaba en el claustro fué alterada por la inesperada visita de su anciano padre, cuya existencia estaba acibarada por un pleito injusto que amenazaba los intereses de familia. Obtenida licencia del superior, partió Hipacio para Constantinopla en compañía de su su padre, siendo voluntad de Dios que la suerte le acompañara en aquel enojoso enredo; retiróse luego a un arrabal de la población, donde llevó vida de asceta con gran edificación de cuantos le trataban.

La fama de su virtud llegó pronto a conocimiento de otros dos ascetas, Timoteo y Mosquión, que vivían en aquella ciudad y que, deseosos de

mayor perfección se unieron a él para formar una fervorosa Comunidad. Pero Hipacio echaba de menos la compañía de su santo abad Jonás y determinó volverse a su amado retiro. «El ruido del mundo me impide oír a Dios —dijo un día a sus compañeros—; vuélvome, pues, al desierto, donde no se pierde ni una sola de sus divinas palabras. —Nosotros te seguiremos» —exclamaron al punto Timoteo y Mosquión. Y los tres, sin dilatar un punto la ejecución de su propósito, se encaminaron hacia las soledades de Frigia.

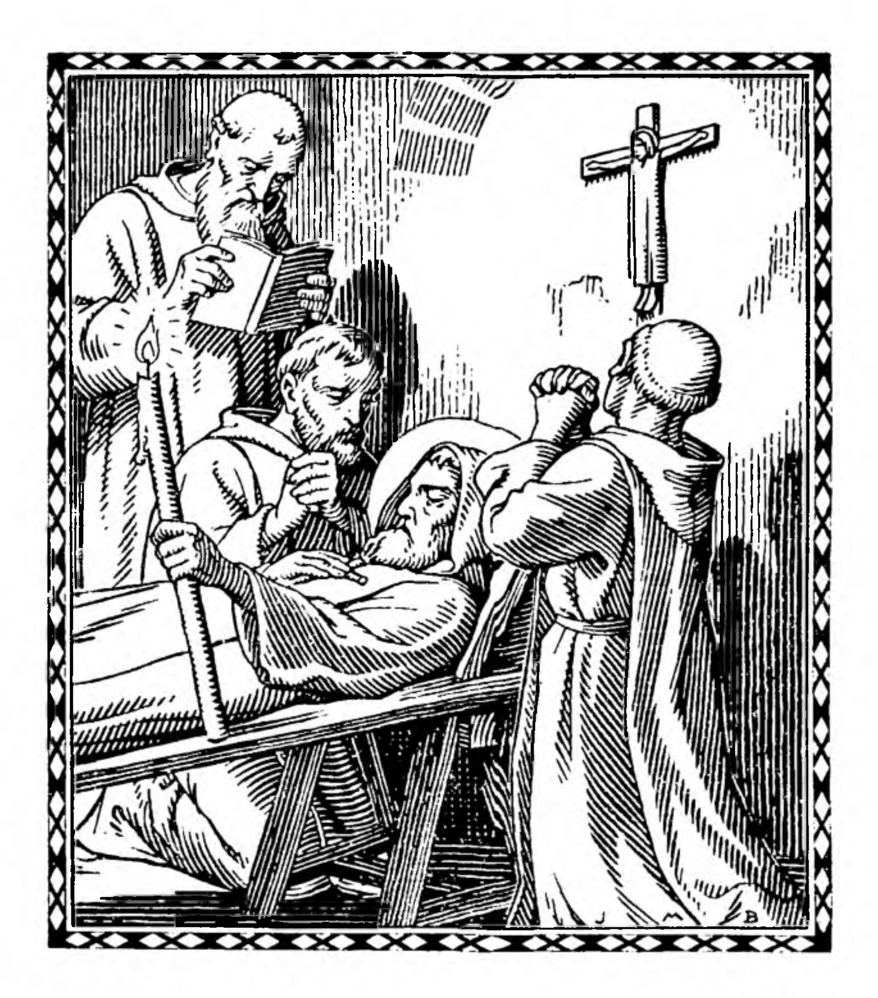
A unos cuatro kilómetros de Calcedonia y próximo al mar, hallábase emplazado el arrabal de La Encina. En él poseía el prefecto del Pretorio, Flavio Rufino, una suntuosa quinta en donde gustaba pasar sus horas de descanso y solaz. No lejos de ella construyó una majestuosa basílica en honor de San Pedro y San Pablo, enriquecida luego con preciosas reliquias de ambos Santos Apóstoles. A la ceremonia de la dedicación (394) acudieron los principales obispos de la Iglesia Oriental, y para realzar la fiesta, el mismo Flavio quiso recibir, en aquella circunstancia, las regeneradoras aguas del Bautismo.

Junto a la iglesia construyó un grandioso monasterio y para poblarlo vinieron de Egipto, la tierra del monaquismo, algunos monjes con el encargo expreso de cuidar el rico mausoleo que el prefecto se había preparado en la basílica. Tal fué el origen del cenobio de La Encina, más conocido en la historia con la denominación de «Monasterio de Rufinianos», nombre que se aplicó a todo el barrio Calcedoniano de La Encina en memoria de Rufino, propulsor de aquellas edificaciones. Pocos meses habían transcurrido, cuando el 27 de noviembre de 395, Arcadio mandó matar a Rufino por malversador y arrogante y ordenó que arrojasen su cadáver al mar. Temerosos los monjes de verse englobados en la persecución que aguardaba a los amigos del antiguo prefecto del Pretorio, volvieron a Alejandría en el año 396.

Las celdas del monasterio quedaron desiertas; y, si algún asceta se llegaba a ellas, no prolongaba su estancia, pues estaban tan arruinadas que, cuando el año 400 Hipacio y sus dos compañeros llegaron a aquellos parajes, la nieve y la lluvia penetraban por las goteras de modo lamentable.

ABAD DE RUFINIANOS

AQUEL destartalado e inhospitalario edificio sirvió de morada a Hipacio y a sus compañeros. Reparados el oratorio y algunas celdas, reanudaron con gran fervor la vida monacal repartiendo las horas del día entre la salmodia, el trabajo manual y la oración. Pronto aumentó la Comunidad con la llegada de algunos postulantes. En 403 se les unieron tres ascetas que el patriarca Teófilo había proscrito de Egipto; uno de ellos



DIEZ *años antes de su tránsito, San Hipacio está a punto de expirar; pero un novicio angelical ofrece su vida por la del santo abad y Dios acepta el cambio. Llévase el Señor al joven novicio y deja en la tierra por diez años más a Hipacio, para que siga conquistando almas.*

llamado Amonio murió en Rufinianos, siendo enterrado con pompa en el oratorio particular del monasterio.

Pero el infernal enemigo sembró la cizaña de la disensión en aquel oasis de paz. Graves desavenencias surgieron entre ellos hasta el extremo de pensar en disolverse. Timoteo no quería mandar, pero tampoco consentía que Hipacio fuese superior. Éste, amigo de paz y armonía y más deseoso de obedecer que de mandar, abandonó secretamente Rufinianos y se encaminó hacia la cuna de su vida religiosa. Grande fué la alegría de los monjes de Halmirisos a la llegada de Hipacio; pero mayor fué el sentimento de los de Calcedonia, cuando vieron la pérdida que para ellos suponía el alejamiento del Santo.

El año 406 el abad Jonás tuvo que ir a Constantinopla y los de Calcedonia aprovecharon la oportunidad para suplicarle que, como superior de Hipacio, le mandase volver al convento de Rufinianos, donde su presencia era tan necesaria. No fué cosa fácil decidir al fugitivo, pero al fin consintió. La calma renació en aquel lugar tan pronto como los monjes vieron que Hipacio, acatando la voluntad de Dios, accedió a ser superior de todos, cargo que ocupó durante cuarenta años.

DEFENSOR DE LA FE Y LA MORAL CRISTIANAS

ORDENADO sacerdote por el obispo de Calcedonia, celebraba misa todos los domingos en la basílica de los Santos Apóstoles, siendo acérrimo defensor de la fe y de la moral cristianas. Prefería la vida retirada de su celda a la bulliciosa agitación de fuera; no obstante, cuando los intereses de la Iglesia de Constantinopla o la salvación de las almas lo exigían, sabía salir de su retiro y emplear activo y animoso celo.

En cierta ocasión desbarató los planes de una fiesta de carácter pagano, que Leoncio, prefecto de Constantinopla, había organizado en el teatro de Calcedonia. Durante la fiesta debía ofrecerse un sacrificio a la diosa Diana en el altar que al efecto se había levantado en aquel coliseo. Sabedor de ello, Hipacio va en busca del obispo Eulalio y le suplica que prohiba aquellos festejos y haga cuanto pueda para impedir la ofensa que se va a hacer a Dios; pero dolorido ante la indecisión del prelado que no quería contrariar al prefecto, Hipacio tomó el asunto por su mano y, llevado de santa indignación, advirtió al prelado que estaba dispuesto a invadir el circo con sus Hermanos y derribar la imagen de Satanás en su altar impuro. Y, diciendo esto, encaminóse a todos los monasterios comarcanos y comprometió, en la santa lucha que preparaba contra los que trataban de resucitar las costumbres del paganismo, a los abades y religiosos de aquellas santas casas. Al anuncio de la formación de este ejército de monjes, el impío Leoncio

tembló y, pretextando una enfermedad repentina, desistió de los juegos olímpicos que preparaba.

No era menor la firmeza de Hipacio cuando se trataba de conservar la pureza e integridad de la fe ortodoxa. Aconteció, hacia el año 428, que Nestorio, sacerdote de Antioquía, fué elevado a la sede metropolitana de Constantinopla. Antes que el nuevo prelado tomara posesión de su cargo, el abad de Rufinianos anunció a sus religiosos que, desgraciadamente y en plazo menor de tres años, Nestorio caería en la herejía y sería arrojado del seno de la Iglesia. Dios permitió que esta profecía llegara, como amonestación saludable, a oídos de Nestorio; mas, en vez de aprovecharla, se irritó tanto, que al trasladarse a su destino, de paso por Calcedonia, no se dignó detenerse en el monasterio de Hipacio. No se habían cumplido los tres años, y, efectivamente, el desgraciado Nestorio negaba públicamente la unidad de persona en Cristo y el título y cualidad de Madre de Dios a la Virgen María. Tan horribles blasfemias hallaron un valladar inexpugnable en el monasterio de Calcedonia; nuestro bienaventurado anatematizó al hereje y borró su nombre de los dípticos sagrados. El obispo de Calcedonia, Eulalio, protestó en favor de su metropolitano, por entender que Hipacio le censuraba con demasiada ligereza; pero el santo monje siguió firme e inquebrantable en su determinación de no citar en el canon de la misa el nombre de un heresiarca, indigno del título de pastor de la Iglesia.

MODELO DE CARIDAD CON LOS PROSCRITOS

ALEJANDRO, fundador de los monjes llamados «acemetas» o sin sueño, porque divididos en coros alternaban día y noche para entonar sin interrupción alabanzas al Altísimo, había recorrido diversos monasterios de Siria por espacio de varios años, sin hallar el ideal de perfección que se había forjado. Atormentaba su espíritu escrupuloso el divino precepto de la oración continua. Con algunos sirios que le confiaron la dirección de sus almas y a los que recordaba con frecuencia el mandato de Cristo: «Orad sin cesar», fué a establecerse en Constantinopla. Muchos religiosos, deseosos de mayor perfección y de evitar las distracciones del trabajo por medio de la oración no interrumpida, abandonaron sus conventos para abrazar el género de vida de Alejandro; en poco tiempo hubo en el nuevo monasterio más de un centenar de moradores.

Pero no tardó en surgir contra el fundador una violenta campaña. Los archimandritas —abades de monasterios en la Iglesia Oriental— no podían sufrir que sus Conventos se despoblaran en provecho del de Alejandro; la autoridad eclesiástica tampoco veía con agrado que arraigara aquella nueva

doctrina que recordaba la de los euquitas o masalianos. Ese malestar originó la reunión de un sínodo para juzgar a Alejandro, el cual, aunque hizo cuanto pudo para defender su causa, acató el fallo que derrumbaba su obra: los adeptos que había conquistado en Constantinopla recibieron la orden de reintegrarse a sus antiguos monasterios; los demás habían de tornar a Siria, su patria, en compañía de Alejandro. Los proscritos hicieron alto en la basílica de los Santos Apostóles de Rufinianos, a una legua de Calcedonia. Cuando el obispo supo su llegada, enojóse en gran manera y lanzó contra ellos al populacho para obligarlos a salir del templo. Los monjes recibieron rudos golpes, y más que otros el pobre Alejandro, a quien dejaron tan malparado que no podía ni valerse por sí mismo, ni aun tenerse en pie; en tan lastimoso estado le llevaron al monasterio de San Hipacio.

El santo abad acogió a Alejandro y a sus discípulos con religioso cariño. Informado de ello el obispo, dirigió a Hipacio un mensaje concebido en términos imperiosos y amenazadores y envió nuevamente al populacho con orden severa de manifestarse violentamente contra el santo abad y sus huéspedes. Pero la orden no pudo ser cumplida; los lugareños apreciaban mucho al abad para permitir fuesen atropellados injustamente él y los religiosos. Por su parte, Hipacio predijo que la misericordia de Dios lo arreglaría todo; y así sucedió efectivamente, pues la emperatriz ordenó a un oficial de su ejército que se informase detenidamente y actuase con decisión contra los perturbadores. Ello bastó para dispersar al populacho y sosegar el ánimo del irascible obispo. Un piquete montó la guardia junto al monasterio e Hipacio pudo descansar tranquilo, atender a los huéspedes y curar sus heridas. Mientras tanto, se produjo una reacción favorable a los proscritos, gracias al ascendiente de Hipacio y a la protección de la emperatriz; Alejandro y sus monjes pudieron establecerse tranquilos en Gomón, a orillas del mar Negro, al norte del Bósforo.

VIDA AL SERVICIO DE DIOS Y DEL PRÓJIMO

EL cuidado de la santificación de sus prójimos y su celo por la gloria de Dios, no impedían a nuestro bienaventurado dedicar gran espacio de tiempo a santificarse a sí mismo por medio de obras de piedad y de penitencia, siendo extraordinaria la vigilancia que ejercía sobre su carne, cuyos movimientos reprimía instantáneamente con rigurosas mortificaciones.

Así que llegaba el tiempo de la santa cuaresma, se encerraba en su celda, cuya puerta hacía tapiar, dejando sólo abierto un estrecho tragaluz, para comunicarse con sus monjes en caso de necesidad. Allí pasaba los cuarenta días entregado a la oración, alternada con grandes maceraciones y no to-

mando otro alimento que un poco de pan y unas legumbres cada veinticuatro horas y, cuando llegaba el día de Pascua, salía de su encierro para ir a celebrar el Santo Sacrificio de la Misa en la iglesia de los Santos Apóstoles, a la que asistía gran número de fieles, a quienes comunicaba el extraordinario fervor de que se hallaba poseído al cumplir aquel sublime acto.

La caridad de San Hipacio para con los menesterosos que acudían a las puertas de su monasterio no se medía por la abundancia o escasez de provisiones que en él había. A todos cuantos llegaban a pedir limosna se les daba su correspondiente ración: a veces, para dar de comer a los demás, se privaba él de su propio alimento. El Señor recompensó el gran amor de su siervo otorgándole el don de milagros.

Quiso Dios galardonar la austera y laboriosa vida de Hipacio con la recompensa de los justos. Ochenta años había vivido, cuando la enfermedad le visitó por última vez. Diez años antes de su tránsito al cielo ya había estado próxima para él la aurora de la eternidad; pero un novicio angelical, postrado a los pies del lecho del bienaventurado Hipacio, ofreció su vida por la del santo abad, y Dios aceptó el cambio, llevándose al joven novicio a las mansiones celestiales y dejando diez años más en la tierra a Hipacio, a fin de que aun le siguiera conquistando más almas para el cielo.

Cumplido el plazo señalado para su redención, el moribundo abad anunció a sus monjes el inmediato fin de su destierro en este mundo y se hizo llevar al oratorio para recibir la Sagrada Comunión. Poco después descansó en el Señor. Era el año 446, y probablemente el 30 de junio. Su cadáver fué enterrado junto al de Amonio en la iglesia del monasterio. El martirologio romano hace mención del monje frigio el 17 de junio.

SANTORAL

Santos Hipacio, abad y confesor; *Besarión, anacoreta; Avito, abad;* Prior, solitario egipcio; Isauro, diácono; Peregrino, Inocencio, Jeremías y Félix, mártires de Apolonia, en Macedonia; Montano, Marciano y Nicandro, soldados mártires; Manuel, Sabel e Ismael, embajadores cristianos del rey Sapor II, cerca de Juliano el Apóstata, quien mandó darles muerte por negarse a la adoración de los ídolos; Romualdo, abad en Baviera; Herbaldo, cenobita bretón; Adolfo o Adulfo, obispo de Utrecht; doscientos sesenta y dos Mártires, en Roma, durante la persecución de Diocleciano; Imerio, obispo de Amelia (Umbría); Gondulfo, Veredemo, Román, Raimundo, David y Rigoberto, obispos; Rainerio, confesor; Agripino, obispo de Como (Italia). Beatos Pablo de Arezzo, cardenal y arzobispo de Nápoles; Diego Villanueva, franciscano. Santas *Teresa, reina,* y *Sancha, virgen;* Digna y sus dos hijos mártires, en Brescia.



Mártir de la cruz de Cristo

Moneda de Vespasiano

DÍA 18 DE JUNIO

STOS. LEONCIO, HIPACIO Y TEODULO

MÁRTIRES EN TRÍPOLI (siglo I)

EL mundo, fatigado de los excesos y locuras de Nerón, parecía descansar un momento en el reinado del emperador Vespasiano. Fresca estaba todavía en la mente del pueblo romano la profunda impresión que le había producido el valor de los mártires en defensa de la fe, cuando plugo a Dios que, a tan grandioso espectáculo, siguiera la visión de otro cuadro de espantosa realidad: el de la destrucción de Jerusalén por Tito, el año 70. La Roma de los Césares podía leer, al triste resplandor de las llamas que devoraban la ciudad deicida, la sentencia de su propia condenación para cuando las olas de la sangre cristiana, por los imperiales derramada en el transcurso de tres siglos, inundaran las calles y plazas de la ciudad y los atrios de sus templos.

Entre los muchos perseguidores de la religión de Cristo, señalóse el senador Adriano, que abrigaba en su pecho odio implacable contra los que, en su sentir, «seducían a las muchedumbres y alejaban de los altares y sacrificios al pueblo, excitándole a la adoración de un solo Dios».

Decidido este indómito enemigo del nombre cristiano a perseguir la religión, obtuvo —dicen las actas del mártir Leoncio— un edicto imperial que le facilitaba la tarea, pudiendo disponer a su antojo de la compañía

de soldados que mandaba el tribuno Hipacio, oficial valiente, adornado de bellas prendas personales y altas dotes guerreras, y de profunda religiosidad, aunque por desgracia erróneamente dirigida.

El blanco de las persecuciones del senador era Trípoli, ciudad de Fenicia. Adriano oyó hablar de un tal Leoncio, quizá soldado todavía, o acaso «emérito», que así se decía en Roma del soldado cumplido que disfrutaba la recompensa debida a sus méritos. Se ignora la causa de la estancia de Leoncio en aquel país: tal vez era oriundo de allí, o quizá por haber servido en aquel territorio, lo había escogido para vivir tranquilo y acabar pacíficamente sus días.

—Tribuno —dijo Adriano a Hipacio—, id con vuestra tropa a Trípoli, apoderaos de un tal Leoncio y encadenadle; dentro de breves días iré yo y vengaré en ese impío la violación de nuestros decretos sagrados y la majestad de nuestros dioses ofendidos.

EL TRIBUNO HIPACIO

OBEDECIÓ Hipacio, mas no bien había cubierto la primera etapa del camino, cuando súbitamente se sintió acometido de tan aguda fiebre, que vióse forzado a detenerse. Los soldados, presa de la mayor angustia, llevaron a su jefe a una pobre vivienda. Horribles torturas aquejaron al tribuno por espacio de tres días, y, cuando el dolor le permitía unos momentos de reposo, exclamaba con voz entrecortada por los sollozos: «Sí; los dioses están irritados contra mí, porque antes de mi partida no les ofrecí una víctima para apartar de mi cabeza su indignación y aplacar su cólera». No se le alcanzaba a Hipacio que lo que él imaginaba castigo de los dioses, era una gracia de los misericordiosos designios de Dios. Necesitaba nuevas luces para penetrar la profundidad del misterio del dolor y Dios no podía negarlas a un alma que en todo obraba con rectitud.

Presa todavía de ardiente calentura, maldecía Hipacio amargamente su suerte, cuando la noche siguiente vió repentinamente cabe sí un gallardo joven vestido de larga túnica blanca. Era un ángel del Señor que le dijo: «Tribuno: si quieres recobrar la salud, grita tres veces: ¡Dios del cristiano Leoncio, socórreme, por favor!». Al oír estas palabras el tribuno se turba y su ánimo queda desconcertado. ¿Qué hacer? La fidelidad a los dioses del Imperio le veda invocar al Dios de los cristianos; pero tampoco puede despreciar el mensaje del desconocido mancebo, cuya mirada se torna amenazadora. Al fin, rompió indeciso: «¡El Dios de Leoncio... el Dios de los cristianos!... Has de saber, mancebo, que tengo orden de prender a ese mismo Leoncio, ¿cómo quieres, pues, que invoque a su Dios?»

Pronunciadas estas palabras, la visión desapareció, y el enfermo quedaba postrado en cama, torturado por el dolor y sumida el alma en un mar de angustias, convencido como estaba de que lo que allí había sucedido no era un sueño, sino apremiante realidad. Para expansionar su oprimido ánimo, refirió a algunos de sus compañeros la extraña visión que había tenido.

Entre sus oyentes se hallaba Teódulo, griego de origen y perteneciente a una distinguida familia. El relato de Hipacio le sorprendió en gran manera. También él había visto al mensajero y el brillo de su mirada le había cautivado poderosamente la atención. Describió por menor el singular personaje, y preguntó al tribuno si no era el mismo que sus ojos habían contemplado. Tan rara coincidencia indujo al enfermo a seguir el consejo del ángel; obedeció, y al instante se encontró sano y bueno.

Al día siguiente muy de mañana Hipacio llamó a Teódulo y entrambos entablaron animada conversación sobre los acontecimientos del día que tan de cerca les interesaban. De común acuerdo determinaron ir en busca del hombre a quien debían detener. Y así, se encaminaron hacia la ciudad, ignorando los secretos designios de la Providencia, ya que únicamente ellos habían sido juzgados dignos de conocer la fe cristiana y sellarla con su sangre.

ENCUENTRO INESPERADO. — HERMANOS SIN SABERLO

DIOS dirigía los pasos de los dos soldados. Tan pronto como llegaron a la colina que domina la ciudad se les presentó un desconocido. «Salud en el Señor, hermanos» —les dijo—. Maravillados de tan cordial acogida, Hipacio y su compañero respondieron amistosamente: «Salve, amigo.»

—¿Qué buscáis en esta ciudad? —añadió el desconocido.

Avergonzados de su papel y convertidos ya en el fondo de su corazón, o tal vez temerosos de comprometer al que tenían orden de prender, no se atrevieron los soldados a manifestar el objeto de su viaje; con marcada indecisión, respondieron al fin:

—Buscamos a un tal Leoncio, que tiene fama de docto y piadoso. El prefecto Adriano vendrá pronto para verle y llevarle a Roma; la fama de sus proezas y de su amor a los dioses ha llegado a la ciudad imperial, y el Senado y hasta el propio emperador quieren gozar de su presencia, y tanto más cuanto que es uno de los principales ciudadanos de Trípoli.

—Ya veo —respondió el desconocido— que sois forasteros en la ciudad y que no conocéis el país que atravesáis. Venid y descansad en mi casa; yo sé dónde vive ese Leoncio que decís, tan temido de los dioses; cuando queráis yo mismo os lo mostraré; pero debo añadiros que no es tan aficio-

nado al culto de los falsos dioses como creéis; yo sé que es cristiano y que su corazón es inquebrantablemente fiel a la fe de Jesucristo.

Semejante razonamiento dejó asombrados a los soldados. «¿Cómo sabrá este hombre —pensaban— que Leoncio es cristiano? ¿Será por ventura uno de sus parientes o amigos?». Teódulo, tomando la palabra, dijo:

—¿Cuál es vuestro nombre, ciudadano?

—Mi nombre —contestó enigmáticamente el desconocido— responde a esta sentencia: *Hollarás bajo tus plantas el áspid y el basilisco y domarás al león y al dragón.* Ese león y ese dragón no son sino la figura del prefecto Adriano, cuya altanera impiedad hollaré bajo mis plantas.

La conversación se volvía cada vez más misteriosa y el tribuno vacilaba. ¿Había de seguir las indicaciones de un extraño que la casualidad le había deparado en el camino? Pero tan eficaces fueron las insinuaciones del desconocido, que los emisarios se vieron como arrastrados a acompañarle hasta su casa. Ya en ella le rogaron que les descubriera el paradero de Leoncio al cristiano.

LEONCIO SE DA A CONOCER A LOS EMISARIOS

CREYÓ Leoncio —pues no era otro el desconocido— que el encuentro con los dos soldados había sido providencial y juzgó llegado el momento de darse a conocer. Levanta los ojos al cielo como para pedir fortaleza, y luego, dirigiendo serena mirada a los mensajeros del senador, les dice con voz firme y segura:

—Ese soldado de Cristo, llamado Leoncio, al cual buscáis y a quien persigue el impío Adriano, soy yo mismo.

Un rayo que hubiera conmovido la casa hasta los cimientos no hubiera causado en los dos soldados emoción tan intensa como la que les produjo aquella terminante declaración.

—Siervo del Dios Altísimo —exclamaron, postrándose en tierra—, apiadaos de nosotros y perdonad nuestro crimen. ¡Libradnos de la locura de los ídolos, pues ya desde ahora somos cristianos!

A estas palabras, Leoncio se prosternó también y con ardientes lágrimas dió gracias a Dios con la siguiente oración: «Señor Dios, cuya voluntad es que todos los hombres vengan al conocimiento de la verdad y se salven; haced que éstos os reconozcan por único verdadero Dios; que vean, Señor, que los dioses mudos e inanimados por ellos invocados, son vanos y despreciables: iluminad, Dios santo, su alma con la luz de la divinidad».

Luego, habiéndolos instruído en los misterios de la fe cristiana, Leoncio les administró el Bautismo y adornó sus almas con la blanca vestidura de la



LLEGADOS *a la colina que domina la ciudad, un desconocido (Leoncio) se dirige a los dos soldados y les saluda con estas palabras: —«Salud en el Señor, hermanos. ¿Qué buscáis en esta ciudad?» —«Buscamos a un tal Leoncio, que tiene fama de docto y piadoso». —«Venid y descansad en mi casa, yo sé dónde vive».*

inocencia y de la gracia. Pero, ¡oh maravilla!, apenas purificados con el agua santa, bajó del cielo una nube luminosa que envolvió a los neófitos e infundió en sus corazones la llama generosa del amor divino.

Entretanto había circulado la noticia de la piadosa y conmovedora ceremonia y la multitud, o mejor dicho, la ciudad entera se agolpaba a la puerta de la casa de Leoncio. Los alrededores estaban llenos de gente y los encargados de velar por el orden público podían contener a duras penas a la numerosa multitud.

Así las cosas, llegó a Trípoli el prefecto, dispuesto a detener e interrogar al cristiano Leoncio. Pero grande fué su sorpresa al ver el revuelo que había en la población; y como preguntase la causa, le contestaron:

—El pueblo se ha amotinado contra Leoncio el cristiano porque ha seducido a vuestros emisarios; y en su incurable locura, no cesa de predicar a un Dios que Pilato, por instigación de los judíos, condenó a morir en patíbulo infame.

El furor del prefecto al oír tan desagradable nueva no conoció límites; y cegado por el odio exclamó:

—¡Que detengan a esos tres insensatos y los pongan en un oscuro calabozo; quiero citarlos mañana mismo ante mi tribunal!

LEONCIO, HIPACIO Y TEÓDULO, EN LA CÁRCEL

NADA hay más bello ni más conmovedor que el espectáculo que ofrecían a los ojos del mundo pagano los mártires encadenados por amor a Jesucristo. No se observaba en ellos ni la sombría desesperación, ni el orgulloso desdén de la muerte, como se ve en los desgraciados que están para sucumbir bajo los golpes de la justicia humana. El mártir estaba tranquilo, inmensa paz inundaba su alma y su frente serena parecía reflejar algo de la gloriosa inmortalidad de que iba pronto a gozar. La oración, siempre fervorosa en su corazón y en sus labios, resonaba en las bóvedas de la prisión; y las alabanzas que dirigía a Dios hacían coro a los alegres conciertos de los ángeles del cielo. La Providencia daba a Leoncio esforzados compañeros de su sufrimiento; los cánticos de alegría y de amor alternaban con dulces coloquios acerca de la dicha del cielo y la gloria que reserva Jesucristo a los que combaten valerosamente; eran su último adiós a la tierra antes de partir para el cielo. Así pasaron Leoncio y sus compañeros la noche que precedió a su interrogatorio.

Al rayar el alba, Adriano, sentado en el tribunal, manda comparecer a los acusados y, dirigiéndose primeramente a Leoncio, le dice:

—¿Quién eres tú, para atreverte por medio de tus maleficios a apartar

del servicio del augusto emperador a nuestros soldados? ¿Cuál es tu condición?

—Soy soldado de Cristo —respondió Leoncio— e hijo de la luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo; ¡soy hijo de Jesucristo! Hipacio y Teódulo han reconocido la inanidad de vuestros dioses de madera, piedra, bronce, o huesos de animales y se hallan inquebrantablemente unidos a esta luz que se ha manifestado a sus ojos.

—¡Que le azoten con vergas! —grita fuera de sí el prefecto—; ¡verdugos, desgarrad con garfios de hierro los costados de ese insensato! ¡Que aprenda a respetar la majestad de los dioses inmortales!

—Crees infligirme un horrible suplicio, cruel Adriano —dijo Leoncio con varonil entereza—, pero eres tú quien te preparas espantosos tormentos.

Viendo el funcionario imperial que nada adelantaba, mandó que de nuevo fuera llevado a la cárcel el valeroso atleta de Cristo.

MARTIRIO DE HIPACIO Y TEÓDULO

ACTO seguido, ordenó a los dos soldados que se acercasen y, disimulando el enojo que bullía en su pecho, les habló de esta manera:

—¿Por qué abandonáis los altares venerados por vuestros padres? ¿Qué razón os mueve a despreciar a los dioses inmortales que protegieron vuestra juventud? Pensad en vuestro interés y abandonad esa nueva religión, ludibrio de la tierra.

—Nuestra alma —respondieron los confesores— se ha alimentado con el pan de la inmortalidad bajado del cielo y nuestros labios han gustado un cáliz lleno de licor divino. ¡Lejos de nosotros los manjares terrestres y groseros; sólo Dios es nuestro alimento! Nos hablas de interés, pero ¿qué recompensa puede compararse con la posesión de la gloria celestial?

—A lo que veo —dijo furioso Adriano—, sois presa de las locuras de Leoncio. ¿Ignoráis los decretos del emperador? Sólo ofreciendo sacrificios a los dioses inmortales alcanzaréis honores y riquezas; pero si persistís en vuestra obstinación, perderéis la vida en los más refinados suplicios. Temed, pues, el rigor de la justa cólera del emperador.

—Ordena lo que quieras —replicaron el oficial y el soldado—; nosotros militamos en las falanges de Cristo. Te armas contra nosotros para vengar a dioses infames; pero tu vida será miserable y tus días abreviados.

Tan valiente confesión de fe, en presencia de la muerte, exasperó al prefecto; irritado hasta lo inconcebible, ordenó la inmediata decapitación de Hipacio y Teódulo. Ejecutóse al momento la sentencia y sus almas volaron a alistarse en los ejércitos celestiales.

a alistarse en los ejércitos celestiales.

NUEVO INTERROGATORIO DE LEONCIO. SUS ÚLTIMOS MOMENTOS

CON el cuerpo magullado y ensangrentado comparece nuevamente ante el tribunal el mártir Leoncio.

—¿Reconoces por fin —le preguntó el prefecto con aparente sosiego— el poder de nuestros dioses? Te están reservados los más altos honores; escoge, ¿prefieres los acerbos tormentos en que han perecido el tribuno Hipacio y Teódulo, o la dicha de tener asiento en el Senado y ser honrado por el príncipe y por toda Roma?

—No lo permita el Señor —respondió Leoncio—; tu emperador es un execrable enemigo del Dios vivo. Pero, oye, Adriano: si abrazaras nuestra religión, el honor que te cabría, las riquezas inmortales que atesorarías y la felicidad que inundaría tu alma, no tendrían límites.

—Comprendo —dijo el prefecto en tono burlón—, comprendo tus deseos de hacerme partícipe de la *envidiable* suerte de Hipacio y Teódulo. ¡Nada! ¿Quieres que prefiera yo la muerte a la vida, los tormentos horribles a la dicha y bienestar, y la ignominia de no sé qué Dios crucificado al esplendor y majestad del emperador? Mejor te sería, sin embargo, reconocer la gloria de Júpiter, de Apolo y de Neptuno, que lanzarte a una muerte vil y afrentosa.

—Los dioses del imperio —respondió Leoncio— no son sino demonios; ¿quién se atreverá a confiar en ellos? Los que los fabricaron se volverán semejantes a ellos.

Como el ánimo del mártir no decayera, el prefecto ordenó a cuatro verdugos que con disciplinas de plomo le golpearan sin compasión y desgarraran luego sus entrañas con garfios. Cumplióse fielmente la orden y las carnes del santo, cediendo a los golpes, caían en jirones. Mientras duraba el cruel suplicio el heraldo pregonaba la sentencia de condenación.

——¡Aprended, pueblos —decía—, aprended a respetar los decretos del Imperio! ¡Temed los suplicios que está sufriendo el cristiano Leoncio! ¡Perezcan de igual modo todos cuantos desconozcan el poder y majestad de nuestros dioses inmortales!

El cuerpo del mártir, horriblemente desgarrado, parecía todo él una sola llaga; pero el vigor de su hermosa alma en nada había disminuído. Y, sacando fuerzas de su flaqueza, dijo al prefecto:

—Impío Adriano, puedes deshacer mi cuerpo por mano de tus verdugos, que la fortaleza de mi alma garantía es de mi victoria. Dios me sostiene en el sufrir; prolonga cuanto quieras mis tormentos y no temas agotar contra mí la fuerza de tus dignos ministros.

Y, considerando luego la gloria que ya disfrutaban el tribuno Hipacio y su compañero Teódulo, oró a Dios de la siguiente manera: «Señor Jesús, que diste valor a tus siervos para confesar tu santo nombre, no consideres mi indignidad y dame la fortaleza que necesito hasta que vea los resplandores de la celestial Jerusalén.»

Entretanto, continuaba el suplicio. Por último, el alma santa de Leoncio, purificada en el crisol del sufrimiento y libre de las ataduras que la detenían, voló a las mansiones eternas para juntarse a las gloriosas falanges que entonan en la eternidad himnos al Cordero inmolado por la salvación de los hombres y publican su gloria por todos los siglos.

El sagrado cadáver fué enterrado no lejos del puerto de Trípoli, el 18 de junio. Asegura la tradición que un notario llamado Ciro escribió la historia del martirio del Santo y la grabó luego en láminas de plomo. Los *Pasionarios* —nombre que dan los hagiógrafos a las colecciones de actas de los mártires— contienen las de San Leoncio.

SANTORAL

Santos **Leoncio, Hipacio y Teódulo, mártires;** ***Efrén, diácono, confesor y doctor;*** Ciriaco, mártir en Málaga; *Marcos y Marceliano, hermanos mártires en Roma;* Amando, obispo de Burdeos en el siglo v; Fortunato, obispo en Lombardía; Eterio, que sufrió el suplicio del fuego y fué degollado en la persecución de Diocleciano; Gregorio, obispo; Demetrio, diácono; León de Luca, abad de Cava; Calógero, ermitaño de Sicilia, que gozaba de facultad especial para librar a los energúmenos; Gonzalo, monje benedictino de Silos, en el siglo XVI, Jubino, arzobispo de Lyón, a quien se invoca contra la enfermedad de la gota; Moisés de Etiopía, anacoreta; Arconto, confesor; Crispín, Emilio y Félix, mártires; Germán, Paulino, Justo y Sicio, mártires en Gerona. Santas Paula, virgen y mártir en Málaga, con San Ciriaco; Marina, virgen, y mártir de heroica paciencia, en Alejandría; Marina, virgen agustina de Espoleto; Especiosa, virgen del siglo VII, venerada en Pavía; Isabel, virgen y abadesa, en Alemania. Beata Osana de Mantua, virgen, terciaria de la Orden de Santo Domingo, que deseaba ser despreciada de todos los hombres y recibió especialísimos favores celestiales; murió en 1505.



DÍA 19 DE JUNIO

SANTA JULIANA FALCONIERI

VIRGEN Y FUNDADORA (1270 - 1341)

AL suscitar Dios algún santo en el seno de una familia, concede gracias especialísimas a los miembros de la misma, en atención a las oraciones y méritos de tan fervorosa alma. Es lo que cabalmente sucedió en la noble casa de los Falconieri de Florencia.

Los hermanos Clarencio y Alejo, de idénticas prendas personales y de las mismas cuantiosas riquezas, eran los genuinos representantes de la familia de los Falconieri en el siglo XIII. Sus virtudes y riquezas igualaban al aprecio y estima que entre sus compatriotas gozaban. Desde muy temprano, Alejo, el menor de los dos, sintió los llamamientos de la gracia, y abrazó la vida religiosa, siendo uno de los siete fundadores de la Orden de los Servitas, o Siervos de María, que en 1223 añadió nuevos florones a la ya recamada corona que la Iglesia ceñía.

Clarencio, no hallándose todavía bastante despegado de las riquezas, no tuvo ánimos para imitar el ejemplo de abnegación y humildad que su hermano le daba. Las ocupaciones terrenales absorbían por completo su atención y no le daban lugar para pensar en las eternas, hasta que la vejez, con tardo paso, se le fué acercando, acompañada de toda su secuela de achaques y enfermedades, tristes pruebas de lo efímero de la vida humana, ha-

ciéndole cobrar también hastío del mundo y de sus riquezas deleznables. Fuera de esto, las exhortaciones y ejemplos de su santo hermano obraban poderosamente en su ánimo y conmovían su corazón. Convencido, al fin, de que, ante todo, debía asegurar la salvación eterna de su alma, arregló su conciencia, dió cuantiosas limosnas y solicitó la absolución del Sumo Pontífice, y acabó santamente su vida entregado a la práctica de la caridad cristiana. A su munificencia se debe en gran parte la construcción de la magnífica iglesia llamada «La Anunciata», que, en su convento de Florencia, poseen los Servitas de María.

INFANCIA DE JULIANA

HACIA 1270 alegró Dios el cristiano hogar del ya entrado en años Clarencio Falconieri con el natalicio de una niña, que, andando el tiempo, había de ser dechado de encumbrada santidad. Su virtuosa madre, bajo cuyo amparo la niña pasó los primeros años, inicióla en las prácticas de piedad y de virtud, no dándose punto de reposo para preservarla de los peligros del mundo. Las primeras palabras que pronunció fueron los dulcísimos nombres de Jesús y de María; nombres que repetía frecuentemente con gran satisfacción de su madre; pues al poco tiempo de nacer Juliana, su cristiano padre había pasado ya a mejor vida. En una de las visitas de San Alejo a su familia, maravillado de la inocencia y santidad de su amada sobrina, dijo en tono profético a la madre: «No te ha dado Dios una hija, sino un ángel. Seguramente la destina para cosas grandes.» Al par que crecía la niña y su inteligencia se desarrollaba, aumentaba en ella el gusto y atractivo por el servicio de Dios, y se dedicaba con más fervor a los ejercicios de piedad que su santo tío le enseñara. Enemiga de la ociosidad, permanecía constantemente al lado de su madre para aprender a coser e hilar, y no abandonaba las labores más que para arrodillarse ante un altarcito que ella misma se había construído, donde se entregaba con gran recogimiento a la lectura de libros piadosos, al rezo de oraciones y al canto de alabanzas en honor de María. Dedicaba a menudo gran parte del día a ejercicios devotos. Su madre, juzgándolos exagerados, le decía a veces:

—Si no pones más empeño en aprender las labores propias de un ama de casa, difícil me será encontrarte esposo.

—No le dé cuidado, madre —respondía Juliana—, que la Santísima Virgen lo arreglará todo cuando llegue la hora.

Dotada de excelentes prendas naturales y heredera de cuantiosa fortuna, no le faltaron pretendientes. Varias proposiciones muy honrosas y brillantes se le hicieron. Instábale su madre a que diera palabra al noble Falco,

de los Falconieri, joven que reunía hermosas cualidades y cuya elección era a gusto de sus parientes. Mas el alma de Juliana alimentaba secretamente proyectos muy distintos.

Hacía tiempo que su tío Alejo le había sugerido el pensamiento de consagrar su virginidad a Jesús y María. Esta idea respondía perfectamente a los secretos impulsos de su corazón, y se la hizo tan suya, que el tiempo y demás circunstancias no lograron sino arraigarla más y más en su alma. Llegada la hora de romper resueltamente con el mundo y sus vanidades, declaró con franqueza a su madre que renunciaba a las ventajas con que el mundo pudiera brindarle, para unirse al divino Esposo con el voto de castidad.

RECIBE EL HÁBITO DE LOS SERVITAS DE MARÍA

TAN pronto como conoció la decisión de su sobrina, Alejo se apresuró a participar tan fausta nueva a Felipe Benicio, a la sazón Prior General de los Servitas de María. Un ardentísimo celo de propagar la devoción a la Reina del cielo animaba a los Santos Servitas. Bajo su dirección, muchas devotas señoras se habían propuesto llevar vida fervorosa, sin abrazar la del claustro, profesando especial devoción a María Santísima y a sus dolores. Llamóselas *Mantellatas* porque vestían una corta mantilla, prenda del humilde y sencillo hábito de las Terciarias. Juliana solicitó el favor de entrar en esta asociación para testimoniar públicamente su renuncia del mundo.

Catorce años contaba a la sazón pero, dadas las notabilísimas virtudes, tan poco frecuentes en su tierna edad, el Capítulo de los Servitas reunido en 1284, decidió admitirla. Acompañada por las Damas de la Orden Tercera, su madre y numerosos familiares, se presentó en la iglesia de la Anunciata, en donde, con las acostumbradas ceremonias, recibió el hábito religioso de manos de San Felipe Benicio.

Es imposible describir la alegría que experimentó Juliana aquel día memorable y el ardor con que se entregaba a Dios. Cada prenda de su hábito religioso, cada detalle de la ceremonia, era para su piadosa alma objeto de profundas enseñanzas: La larga túnica negra le recordaba la tristeza, el duelo y prolongado martirio de María al pie de la Cruz; el cinturón de cuero le traía a la memoria el cuerpo de Cristo rasgado por los azotes, herido con la lanza y taladrado con los clavos; los velos blancos representaban la pureza de María; el rosario, el saludo del ángel; el manto, figuraba la protección que María Santísima dispensa a sus hijas; el libro, le enseñaba la vida de oración y meditación a que se consagraba; el cirio encendido le indicaba que las vírgenes prudentes deben ir al encuentro del Esposo

de las almas, llevando en sus manos la misteriosa antorcha, símbolo de las luces de la fe y de los ardores del amor divino.

Estas consideraciones la sumían en profundo recogimiento. Su piedad y generosa entrega al Señor conmovieron sobremanera a todos los presentes; y sus familiares, hasta entonces hostiles a la vocación de la Santa, acabaron por aprobarla y alabarla.

PROFESIÓN PERPETUA

TRANSCURRIDO en la piedad, la oración, el trabajo, el recogimento y obras de caridad el año de prueba de Juliana, Alejo Falconieri, Felipe Benicio y las Hermanas de la Orden Tercera, la juzgaron, por unanimidad, digna de ser admitida a la profesión religiosa.

Nuevamente la iglesia de la Anunciata fué testigo de conmovedoras escenas. Los deseos de la joven iban a cumplirse felizmente. Llegado el momento, la novicia recibió el velo de manos de San Felipe Benicio; y en presencia de los religiosos y de las *Mantellatas* se consagró definitivamente a Jesucristo con los votos perpetuos. Un notario, según costumbre, levantó acta de la profesión, con gran regocijo de la noble hija de los Falconieri, al ver que el cielo y la tierra eran testigos de unos compromisos que ella había de guardar por siempre con puntual fidelidad.

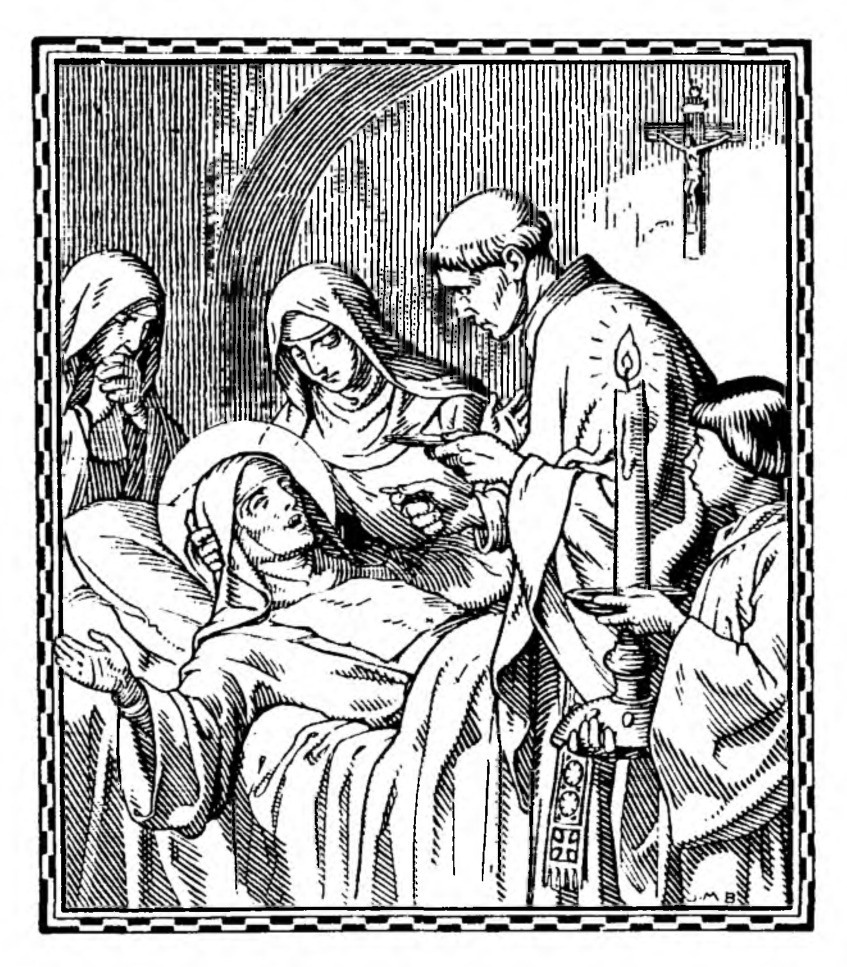
Debía Felipe marchar a Tuderto, donde era esperado con impaciencia, pero, conociendo la eminente virtud de su nueva hija espiritual, tuvo con ella varias entrevistas antes de partir, dándole saludables consejos. Por fin, en 1285, se despidió de ella, diciéndole que ya no la vería más en este mundo, pues se acercaba el fin de sus días. Juliana conservó fielmente en su corazón las postreras recomendaciones del santo religioso.

SU PLAN DE VIDA

LA Santa adoptó un reglamento austero: ofrecía el lunes cuantos sufragios podía en alivio de las almas del purgatorio; en este día ejercitábase en rigurosas penitencias, rezaba el oficio de difuntos y otras preces y terminaba con una sangrienta disciplina.

Los miércoles y viernes guardaba riguroso ayuno, siendo la Sagrada Eucaristía su único alimento. El sábado ayunaba a pan y agua en honra de la Santísima Virgen.

Su comida era frugal; casi nunca bebía vino y, cuando se veía precisada a tomarlo, cortábalo con tanta agua que aquél perdía su sabor. La cama era dura y el sueño corto.



NO *pudiendo comulgar Santa Juliana de Falconieri por sus continuos vómitos, aproxima el sacerdote a su pecho la Sagrada Forma y penetra en el cuerpo como si tuviera el costado abierto. Al ser amortajada se ve impresa en su pecho la figura de la Sagrada Hostia, testimonio del milagro.*

Transcurría todo el viernes meditando la pasión del Señor. A veces sentía tan vehementes ímpetus de amor divino y ansias tan grandes de sufrir por su Amado, que, perdido el uso de los sentidos, quedaba arrobada en sublime éxtasis. Colmábale a veces el Señor sus ansias de padecimiento haciéndola partícipe de los suyos en la Sacratísima Pasión, oyéndosele exclamar con frecuencia en medio de sus dolores: «¡Ah, que nadie me arrebate del corazón a mi Amor Crucificado!». Pasaba los sábados en subida contemplación de los Dolores de María Santísima.

Rezaba con particular devoción los oficios divino y monástico, preparándose al rezo de las horas canónicas con un rato de meditación sobre los tormentos sufridos por Jesucristo y su Santísima Madre en aquel momento del día. Recomendó a sus religiosas esta piadosa costumbre. Fiel a una práctica que su tío le había enseñado y que más tarde adoptó la Iglesia, terminaba cada parte del oficio con el rezo de la *Salve Regina.* Asistía frecuentemente al oficio de los religiosos Servitas en la iglesia de la Anunciata, complaciéndose en rezar en la capilla de la Inmaculada Concepción, debida a la munificencia de su familia, y en la que descansaban los restos de su querido padre.

Disciplinábase con frecuencia hasta derramar sangre. Después de su muerte, las Hermanas quedáronse asombradas al ver la cadena de hierro que llevaba a guisa de cinturón a raíz de las carnes, tan incrustada que a duras penas la pudieron arrancar. ¡Qué dolor no debió causarle aquel instrumento de penitencia, llevado seguramente desde los primeros años de su vida religiosa!

A ejemplo de su santo tío y de su padre espiritual, ejercitóse toda la vida en la práctica de la humildad, cuya virtud llegó a poseer en tal alto grado, que fué para ella verdadero manantial de favores celestiales; tan ciertas son las palabras de la Sagrada Escritura: «Dios resiste a los soberbios; mas a los humildes les da su gracia». Su pobreza corría parejas con la humildad; tenía en tan alto aprecio esta virtud, que, ya en casa de sus padres, quería ganar con el trabajo personal el sustento que le era necesario.

Un discreto celo de salvar almas impulsaba su corazón. No perdía oportunidad de obrar el bien, con la prudencia y la caridad debidas. Su madre fué la primera en aprovecharse de sus ejemplos y consejos, pues siguiéndolos acabó santamente su cristianísima vida. Su parienta Francisca Falconieri, guiada por los ejemplos de la Santa, distribuyó sus bienes entre los pobres para hacerse pobre por Jesucristo. Otra señora, llamada Guiduccia, se distinguió por su generosidad con los Servitas. Una tercera, por nombre Diana, y su marido, se convirtieron gracias a la joven religiosa, y consagraron desde entonces su vida al servicio de la Santísima Virgen. Pero donde ejercitaba su celo de un modo particular era en el reclutamiento de almas para la Orden Tercera a que ella pertenecía.

SUPERIORA DEL PRIMER CONVENTO REGULAR DE TERCIARIAS

La muerte de su madre, sentidísima pero aceptada con resignación cristiana por el tierno corazón de Juliana, rompió los lazos que hasta entonces la habían retenido en la casa paterna. Distribuyó sus bienes entre los pobres y llamó humildemente a las puertas de la modesta casa donde varias Hermanas de la Orden Tercera se habían retirado para vivir en comunidad. No sólo fué admitida sino que ya desde su ingreso consideráronla como directora. A su ejemplo varias piadosas jóvenes ingresaron en aquella santa casa; entre ellas Juana Soderini, de Florencia, que imitó en todo las virtudes y ejemplos de nuestra Santa, a la que sucedió más tarde en la dirección del convento.

La que hasta entonces había sido exigua comunidad de Terciarias, habíase convertido en convento regular. El padre Andrés Balducci, segundo sucesor de San Felipe Benicio en el gobierno de la Orden, secundando los deseos de su predecesor, reunió a las Hermanas y les expuso la conveniencia de elegir una superiora, ya que deseaban vivir apartadas del mundo. Hecho el escrutinio, resultó elegida por unanimidad Juliana, que contaba a la sazón treinta y seis años. Repugnaba sobremanera este cargo a su humildad y, juzgándose incapaz de ejercerlo debidamente, se arrojó a los pies del Superior General, suplicándole nombrara a otra más digna; pero no fué atendido su ruego y el General de la Orden confirmó su nombramiento. Juliana se vió obligada a aceptar el nuevo cargo que la obediencia y la caridad le imponían. Las Terciarias Servitas o *Mantellatas* vivieron desde entonces canónicamente como religiosas, dirigidas por tan santa priora en la fiel observancia de las Reglas propias de las Órdenes Terceras, aprobadas un siglo más tarde: el 16 de marzo de 1424, por el papa Martín V.

Mientras Juliana vivió fué la Regla viva para sus Hermanas y dechado acabadísimo de las virtudes religiosas.

Hubo de resistir terribles tentaciones y múltiples asaltos del demonio, que agotó contra ella cuantos recursos le inspiraban su malicia y astucia; sobre todo procurando empañar sus más puros afectos y pensamientos con el hálito de la vanidad, ya que de otro modo no podía vencer su amor inquebrantable a la virtud. Desórdenes de los sentidos, imaginaciones impuras, desolaciones interiores, todo lo sufrió pacientemente Juliana, que, sostenida por la gracia y dispuesta a perderlo todo antes que pecar, quedaba fidelísimamente unida a Jesucristo en medio de la tormenta. «¡Señor! —decía angustiada un día de formidable lucha—. ¡Señor, cuánto sufro! Con todo, vengan, si te place, todos los tormentos del infierno, con tal que no permi-

tas que te ofenda». Ante semejante fuerza de voluntad, ¿qué podía hacer el demonio, sino huir vencido?

En 1310 su tío San Alejo, lleno de méritos, descansó en la paz del Señor a los ciento diez años de edad. Antes de exhalar el último suspiro llamó a Juliana para bendecirla y encomendarle, de un modo especial, la Orden cuyos orígenes había presenciado y a la que amaba como padre. Treinta años le sobrevivió nuestra Santa, sin que en el transcurso de ellos se apartara en lo más mínimo del camino que le trazara el bienaventurado patriarca.

MILAGROSA COMUNIÓN. — ADMIRABLE MUERTE

EL triunfo más bello de Juliana fué su muerte». Así se expresa un historiador de la Orden de los Servitas. Y, en efecto, su tránsito fué espectáculo admirable, digno remate de su vida.

Durante varios años sufrió tales dolores de estómago que le era imposible tomar alimento. Cuando, agotada por continuos vómitos, sintió que su vida estaba próxima a extinguirse, reunió cabe sí a las Hermanas para la despedida.

Su rostro, aunque flaco, estaba sereno; la extremada debilidad de su cuerpo no menguó la perspicacia y penetración ordinarias de su espíritu; su timbre de voz tenía algo de sobrenatural. El perfecto conocimiento que tuvo siempre de las cosas de Dios era entonces más sorprendente; hubiérase dicho que vislumbraba refulgentes destellos de la eternidad.

Las religiosas escuchaban conmovidas los últimos consejos de la que amaban como a madre y las había guiado por los senderos de la piedad y de la virtud. Aumentaban su tristeza las amorosas quejas de la moribunda, imposibilitada para satisfacer sus ansias de recibir a su Amado, a causa de su dolencia, temerosa de profanar las especies sacramentales. Los dolores corporales, con ser muchos y extremados, no igualaban a la pena que le producía el verse privada de Jesús, únicas delicias que gozaba en este mundo.

No pudiendo, pues, recibir la Comunión, solicitó y obtuvo de su confesor, el padre Santiago de Montereggio, Servita, que al menos le permitiera tener en su celda la Sagrada Hostia, a fin de adorarla con devoción y comulgar espiritualmente. Concedido este favor, ¡con qué alegría preparó su alma para recibir al divino Huésped! Llegado el momento, las Hermanas forman devoto cortejo y acompañan al Señor hasta la estancia de la enferma. A su vista, el pálido rostro de Juliana se reanima con esplendor angélico y suplica al Padre que extienda el corporal sobre su jadeante pecho y que por breves momento descanse allí la Augusta Víctima. No pudo el Capellán desechar tan tiernas súplicas; pero la Sagrada Hostia, apenas fué

depositada sobre el sagrado paño, desapareció como si, abierto el costado, hubiera penetrado en sus carnes el santo cuerpo de Jesucristo bajo las especies sacramentales. Juliana, en un transporte de inefable y celestial alegría, exclamó: «¡Oh, Jesús dulcísimo!», y su santa alma voló al cielo. Era el 16 de junio de 1341.

Juana Soderini —siguiendo la costumbre de entonces— comenzó a lavar respetuosamente el cuerpo de Juliana; pero al descubrir el pecho, se detuvo lanzando un grito de admiración al ver grabada en el lado izquierdo una hostia con la imagen de Jesús crucificado.

Fué enterrado el santo cuerpo en el nicho que poseía su familia en la iglesia de la Anunciata. Dios manifestó la santidad de su sierva obrando por su intercesión numerosos milagros, hasta que el papa Inocencio XI la proclamó Beata, el 9 de julio de 1678, y Clemente XII la inscribió en el catálogo de los Santos, el 16 de julio de 1737, fijando su fiesta para el 19 de junio.

Entre las estatuas de los Santos Fundadores de Órdenes, que existen en la basílica Vaticana de Roma, se encuentra la de Santa Juliana Falconieri.

La Orden Tercera regular de las Servitas de María se extendió por toda Europa. Dedícase a propagar el culto de María Santísima y de sus dolores, y a la educación cristiana de las jóvenes.

SANTORAL

Santos *Gervasio y Protasio, mártires; Bonifacio, apóstol de Rusia, obispo y mártir;* Odón, obispo de Cambrai; Ursicino, médico y mártir en Ravena; Inocencio, obispo de Mans, en el siglo VI; Gaudencio, obispo de Arezzo, y Culmacio, su diácono, mártires; Deodato o Diosdado, obispo y abad; Zósimo, degollado durante la persecución de Trajano; *Lamberto, mártir en Zaragoza;* Hildegrimo, obispo de Chalons; Barsabé, uno de los setenta y dos discípulos, mártir en Armenia; Honorio, Evodio y Pedro, mártires en Roma Andrés y cincuenta y tres familiares suyos, mártires en Arezzo (Italia); Dacio, obispo de Milán; Nazario, obispo de Justinópolis; Zenón, solitario en Palestina; Rasón, conde bávaro; Bonmercato, mártir, que se dejó matar en lugar de un homicida a quien no quiso denunciar pero en el mismo instante un muerto resucitado proclamó en alta voz su inocencia. Beatos Juan, abad cisterciense; Juan Rivero, novicio carmelita, mártir en Argel. Santas **Juliana de Falconieri, virgen;** Germana, mártir. Beata Miguelina, viuda italiana de la Tercera Orden de San Francisco, notable por su ardiente caridad para con los pobres.


Moneda de Justiniano — Moneda de Teodora

DÍA 20 DE JUNIO

SAN SILVERIO

PAPA Y MÁRTIR († 537 ó 538)

EL breve pontificado de San Silverio pertenece al dominio de la controversia, tanto en lo referente a las circunstancias de su elección —cuya legalidad canónica fué, sin embargo, reconocida—, como en los detalles de su muerte; pues todo ello está envuelto en penumbra y oscuridad. No es posible diseñar el pontificado de San Silverio sin evocar la figura de su inmediato predecesor San Agapito, y la de Vigilio, su sucesor en la silla de San Pedro.

Apenas hacía un año que San Agapito I ocupaba el solio pontificio (535), cuando el rey de Italia, Teodato, le suplicó que fuera a Constantinopla. Los ostrogodos eran dueños de Italia hacía ya cerca de cincuenta años y Teodato ceñía sobre sus sienes la corona real; pero los emperadores de Oriente no habían renunciado a la esperanza de reconquistar esta provincia. Teodato temía la guerra y pedía por favor la paz, ofreciendo someterse a todo; con el fin de que la suerte le fuera favorable, rogó a San Agapito que se trasladara a Constantinopla para pleitear su causa.

El Pontífice emprendió el viaje confiando que sería muy útil a la paz civil de Italia y a la paz religiosa de las Iglesias de Oriente, turbada por diversas herejías. Justiniano I, célebre por los trabajos legislativos de sus

jurisconsultos y por la reconstrucción de la suntuosa iglesia de Santa Sofía, reinaba entonces en Constantinopla desde 527. Agapito acababa de recibir de sus manos una carta respetuosa en extremo, en la cual el príncipe griego hacía profesión de fe católica en términos irreprochables. El sucesor de San Pedro, aprobando su doctrina, le respondió: «Aunque Nos no podemos reconocer en los laicos autoridad alguna en materia de doctrina, alabamos el celo del piadosísimo emperador para mantener, en cuanto de él depende, la unidad de la fe católica».

En aquel entonces a ningún griego le hubiera pasado por la mente la idea de declararse ortodoxo y separarse de la unidad de la Iglesia católica.

Cuando Agapito atravesaba el territorio griego, una familia que lloraba afligida, le presentó un joven paralítico que no podía ni andar ni hablar. «Tenemos fe en la misericordia de Dios y en el poder de su Apóstol Pedro —decían los padres—; curad a nuestro hijo». El pontífice celebró el Sacrificio de la Misa y, al bajar del altar, tomó por la mano al enfermo, el cual se levantó curado y comenzó a andar. Agapito le dió la Sagrada Comunión y al instante el joven soltó la lengua. La multitud que presenció el prodigio vertía lágrimas de alegría y bendecía a Dios.

La recepción del Papa en Constantinopla fué triunfal. Tributáronle todos los honores que eran del caso, pero la parte política de su viaje fracasó. Sin embargo, su presencia en la ciudad fué providencial, pues estaba amenazada de un cisma a causa de las intrigas de la emperatriz Teodora, consejera de Justiniano. Hija de un saltabanco que, a la sazón, era guardián de los osos del anfiteatro, Teodora había conocido en su juventud todos los extravíos; tras un aparente cambio de vida, con su belleza e hipocresía cautivó a Justiniano, que era entonces general y que tuvo la debilidad de tomarla por esposa. Siendo emperatriz, despreciábala el pueblo por sus escándalos pasados y por su soberbia y altivez.

Su conversión no fué sincera y es lógico suponer que la religión verdadera, con su austera moral, debió complacer medianamente a la advenediza. Es más cómoda la herejía; Teodora apareció, pues, como defensora de los partidarios de Eutiques, que rechazaban las conclusiones del Concilio Ecuménico de Calcedonia. A la muerte de Epifanio, patriarca de Constantinopla, la emperatriz hizo elegir para sustituirle al eutiquiano Antimo.

Felizmente, el Pontífice de la antigua Roma llegaba en aquellos momentos a la «Roma nueva», como llamaban a Constantinopla. En nombre de los derechos del Vicario de Cristo y como Jefe de la Iglesia universal, San Agapito se apresuró a intervenir en estos asuntos: Antimo fué depuesto y San Menas elegido patriarca.

El Sumo Pontífice recibía al mismo tiempo un mensaje de la Iglesia patriarcal de Alejandría, suplicándole que hiciera intervenir su autoridad con-

tra los eutiquianos de Egipto; las ciudades de Siria, Antioquía, Cesarea, solicitaban también su intervención contra otros herejes. Para remediar tantos males, San Agapito propuso convocar un Concilio, pero su muerte, acaecida el 22 de abril de 536, no le dió tiempo para realizar su proyecto.

«Cuando la parca inexorable segó el hilo de su vida —dice un testigo ocular—, fué una fiesta para él, pero un día de luto inmenso para nosotros. Nunca se han celebrado, ni para un Papa, ni para un emperador, funerales tan solemnes. Las calles, las plazas, los pórticos, los tejados de las casas estaban obstruídos por la innumerable multitud que había acudido a los funerales de San Agapito. Constantinopla vió aquel día reunidos entre sus muros a todos los pueblos de sus provincias.»

SAN SILVERIO, SUCESOR DE SAN AGAPITO

POR este tiempo resonaba en los ámbitos de Italia el grito de guerra. Los ostrogodos no aceptaban en modo alguno el tratado de paz humillante solicitado por el rey Teodato y este príncipe se preparaba a la lucha contra los griegos. Al saber la muerte de San Agapito I, temió que la elección de Sumo Pontífice recayera en una persona favorable a Constantinopla; y, creyendo encontrar en Silverio —subdiácono de la Iglesia romana, y oriundo de Frosinone, en Campania— un hombre más propicio a la causa de los ostrogodos, ordenó al clero y al pueblo romano que le aceptasen como Pontífice, llegando hasta el extremo de declarar que todo conato de resistencia sería castigado con la muerte. La elección tuvo lugar el 8 de junio de 536. Pero, poco tiempo después, Teodato fué asesinado por sus propios vasallos, a quienes pareció cobarde en demasía, y el general Vitiges fué elevado a la dignidad real.

Sin embargo, el clero romano, deseoso de evitar los males de un cisma, no volvió a tratar del asunto de la elección de Silverio y se sometió voluntariamente a este Pontífice, que desde entonces fué el pastor legítimo de Roma y sucesor de San Pedro. Al aceptar Silverio la irregularidad de la elección, delinquió ciertamente, pero reparó su culpa con la vida ejemplar que llevó durante el resto de sus días. Siempre se mostró digno del alto cargo de que había sido investido. En aquel siglo de intrigas, de desórdenes y de confusión, supo, a ejemplo de sus predecesores, mantener los derechos de la Iglesia y de la verdad. Muchos Pontífices hasta entonces, habían derramado generosamente su sangre en defensa de tan santa causa; Silverio siguió su ejemplo sin debilidad por el camino real de las persecuciones, de los sufrimientos, del destierro y del martirio.

GUERRA TERRIBLE EN ITALIA

JUSTINIANO no se dejó asustar por el bélico ardor de los ostrogodos. Tenía entonces al mando de sus ejércitos un general célebre, el patricio Belisario, que acababa de conquistar en África el reino de los vándalos y de llevar a su rey prisionero a Constantinopla. Al frente de una importante escuadra, Belisario fué enviado a la conquista de Italia. Primero se adueñó de la isla de Sicilia, encaminándose luego a Nápoles, cuyas puertas le fueron cerradas. La ciudad fué asaltada y pasada a sangre y fuego. Los soldados degollaron a ciudadanos, mujeres, niños, sacerdotes, monjes y religiosas. Italia entera se estremeció al saber tales horrores, dignos de paganos y de bárbaros.

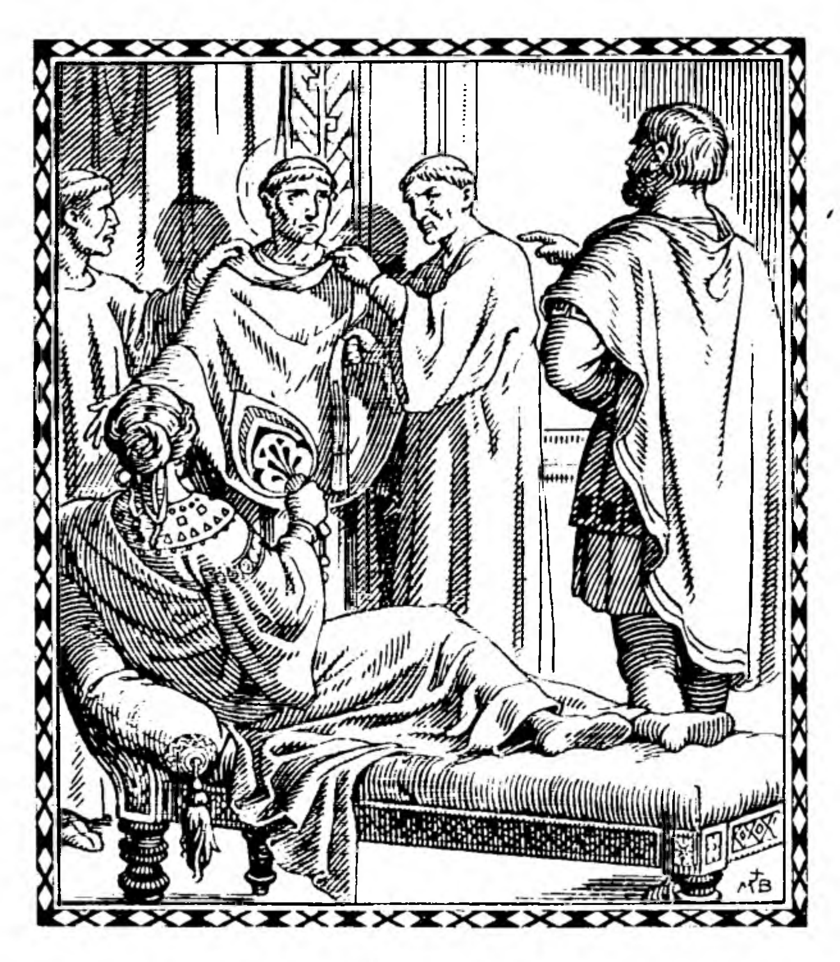
Tanto mayor era el asombro ante semejante crueldad, cuanto que Belisario, hasta entonces, se había distinguido por la nobleza de su carácter. Por desgracia, tuvo, como Justiniano su soberano, la debilidad de casarse con una depravada cortesana, cuya triste influencia le fué a menudo funesta. Llamábasela Antonina y era digna compañera de la emperatriz Teodora.

El nuevo rey de los ostrogodos, Vitiges, corrió a la defensa con un ejército considerable, pero fué derrotado a las puertas de Roma, y el 9 de diciembre de 536, Belisario hizo su entrada triunfal en la Ciudad Eterna, cuyas puertas le fueron abiertas por orden del Papa. Así se libró Roma de la suerte de Nápoles, y hasta Silverio, aprovechando las buenas disposiciones del vencedor, obtuvo de él providencias de reparación para aquella ciudad sepultada entre sus ruinas. Belisario concedió privilegios a cuantos se determinaran a habitarla sin tardar, y Nápoles fué repoblada.

Dos meses después, el 20 de febrero de 537, Vitiges reapareció al frente de un ejército de ciento cincuenta mil hombres y sitió a Belisario en Roma. Éste organizó la defensa con un valor heroico y el sitio duró un año entero. El hambre se dejó sentir en la ciudad, cercada por todas partes; hasta el agua que bebían tenían que pagar, pues los enemigos habían cortado los acueductos de las fuentes públicas. Durante este tiempo, los ostrogodos devastaron completamente la campiña romana e incendiaron los caseríos, las granjas y las iglesias: entonces comenzó el abandono de esta próspera región.

Mientras los ostrogodos concentraban así sus fuerzas alrededor de Roma, los francos de Austrasia, al mando de Teodoberto, atravesaron como vencedores el norte de Italia, llevándose un rico botín.

Tras tantas guerras, el hambre llegó a ser tan espantosa en varias provincias de Italia, que en la Liguria algunas madres se vieron reducidas a devorar el cadáver de sus hijos. Por fin, en 538, los ostrogodos fueron de nuevo vencidos por Belisario y se refugiaron en Ravena.



INTRODUCIDO *San Silverio en el aposento donde está Antonina tendida en un diván y Belisario a sus pies, la descompuesta y loca mujer manda que le despojen de las vestiduras pontificales sin que pueda defenderse, le hace poner en su lugar una cogulla de monje y le declara depuesto de la Sede Apostólica.*

INTRIGAS DE DOS MUJERES

BELISARIO había recibido de la emperatriz Teodora la misión de alcanzar del papa Silverio el restablecimiento del hereje Antimo en la sede patriarcal de Constantinopla. En carta dirigida al Pontífice de Roma, la emperatriz le decía: «Venid pronto a Constantinopla. Si os es imposible emprender ese viaje, a lo menos restableced al patriarca Antimo».

Cuando el Papa leyó este mensaje, lanzó un profundo suspiro: «Negocio es éste —dijo— que me valdrá el destierro o la muerte. Pero no obraré contra mi conciencia admitiendo un hereje a la comunión. Nunca cometeré semejante crimen». Y respondió a Teodora: «Augusta emperatriz, no puedo cumplir lo que exigís de mí. Jamás rehabilitaré a un hereje obstinado en su error y jurídicamente condenado por mi predecesor».

Había entonces en Constantinopla, en calidad de Nuncio de la Santa Sede, un diácono llamado Vigilio. Era un ambicioso, cuyas aspiracones al sumo pontificado habían sido defraudadas. Comenzó por adular a la emperatriz y ésta le declaró que le apoyaría si consentía en dar setecientas libras de oro (cinco millones de pesetas) y llamar de nuevo a Antimo. No sabemos lo que prometió Vigilio, pero es muy probable que evitaría comprometerse a fondo. Lo cierto es que su habilidad tuvo el éxito apetecido. Partió para Italia con el siguiente mensaje secreto a Belisario:

«Buscad una ocasión para apoderaros de la persona del Papa. Le desposeeréis del Pontificado y le enviaréis a Constantinopla. En su lugar pondréis al archidiácono Vigilio, que se ha comprometido a reponer a Antimo».

El vencedor de los ostrogodos no recibió esta orden sin profundo dolor, pues como católico que era, no podía menos de estremecerse ante la idea de cometer tamaño sacrilegio, al que se seguirían, en su sentir, grandes desastres para el Imperio. No obstante, instigado por su mujer Antonina, la amiga de Teodora, acabó por decir: «La emperatriz manda y debo obedecer. Pero los que quieren la muerte del Papa, darán cuenta a Dios de este crimen en el día del juicio».

SAN SILVERIO, EN EL DESTIERRO

LOS enemigos del Papa se valieron de calumnias y mentiras para acusarle, pagando a falsos testigos para que depusieran testimonios contra él en estos términos: «Sabemos de fuente fidedigna que el papa Silverio había hecho pacto con Vitiges, rey de los ostrogodos, para perder a los romanos. Una vez, entre otras muchas, le envió este mensaje que ha

caído en nuestras manos: Venid esta noche cerca de Letrán, en la puerta Asinaria, y os entregaré la ciudad y al patricio Belisario».

No le costó mucho trabajo a Silverio refutar esta odiosa calumnia. Demostraron los peritos que la pretendida carta del Papa había sido escrita completamente por el abogado Marcos y un soldado de la guardia, llamado Julián. Belisario reconoció la inocencia del Pontífice, pero le suplicó que satisficiera los deseos de la emperatriz, único medio —decía él— de acabar con tales dificultades y de conservar su Sede. Guardián infalible de la verdad, Silverio declaró valerosamente que antes padecería el martirio que admitir a su comunión a un hereje obstinado y desautorizar en lo más mínimo al Concilio de Calcedonia.

A Belisario se le presentaba ocasión de imitar el noble ejemplo del Pontífice; pero no se atrevió y determinó entregar el Vicario de Cristo a sus enemigos. Llamóle, pues, a su palacio, situado en el Pincio, adonde acudió el Pontífice acompañado de varios eclesiásticos. Éstos fueron detenidos en la segunda antecámara del palacio; sólo el Sumo Pontífice fué introducido ante la presencia del general y no se le vió salir.

Silverio fué llevado a una habitación interior en la que se hallaba Antonina muellemente tendida sobre un diván; Belisario estaba sentado a sus pies, y al lado de éste, el diácono Vigilio. Antonina, olvidando las reglas de la más elemental cortesía, sin levantarse siquiera cuando entró el Pontífice, le interpeló con voz encolerizada: «Decidme, señor Papa —exclamó—, ¿qué mal os hemos hecho, tanto a vos como a los romanos, para que hayáis querido entregarnos al poder de los ostrogodos?» Mientras seguía hablando, un subdiácono llamado Juan entró en la sala, arrancó el palio al Pontífice y le arrastró a una sala contigua; allí le despojaron de sus vestiduras, haciéndole poner en su lugar una cogulla de monje, y le dejaron a disposición de Vigilio.

Al día siguiente el pueblo supo con estupefacción que el papa Silverio había sido depuesto del solio pontificio, que le habían relegado a un monasterio y que era preciso elegir un sucesor. Belisario, imponiéndose al clero de Roma por el terror, hizo proclamar a Vigilio, sembrando la desolación en toda la Iglesia.

En realidad, Silverio no volvió a aparecer más; embarcado en un navío cuando los ostrogodos se vieron obligados a levantar el sitio de Roma, el Vicario de Cristo fué conducido a las costas del Asia Menor y desterrado a Pátara en la Licia. Nuestro Santo soportó con entereza grande la dura prueba a que se vió sometido, sin dejar ni un momento de velar, en la medida que le era dado hacerlo, por el bien de la religión.

El obispo de Pátara le recibió con grandes muestras de respeto y de admiración. Indignado de semejante iniquidad cometida contra el Jefe de la

Iglesia, este valeroso obispo —cuyo nombre desgraciadamente se ignora fué a Constantinopla para pedir justicia a Justiniano: «¡Hay muchos reyes en el mundo —dijo al emperador—, pero no hay más que un solo Papa, jefe de la Iglesia universal, y se le trata de este modo!»

Justiniano hizo ademán de extrañeza: había sido víctima de un engaño sobre el verdadero estado de las cosas. Dispuso que Silverio volviese a Italia, que se le repusiera en la Sede Apostólica, si se probaba que no quiso entregar Roma a los ostrogodos de Vitiges, y si no, que se le diera otra silla episcopal. La emperatriz Teodora se valió de todas las intrigas para hacer fracasar estas providencias; pero esta vez Justiniano mantuvo su decisión.

Al saberlo, Vigilio se conmovió. Es de suponer que, por su parte, la intrigante Antonina no permanecería inactiva. Belisario cedió una vez más a esa mujer infame: por orden suya, Silverio fué de nuevo preso a su llegada a Italia, deportado a la isla Pontia y poco después a la cercana isla Palmaria, célebre ya por el destierro de cierto número de cristianos en los siglos I y II, especialmente Santa Flavia Domitila y los Santos Nereo y Aquileo.

En aquel triste destierro, pasó los últimos días de su vida sujeto a mil tribulaciones y a tan crueles tratamientos, que llegaron al extremo de privarle del alimento necesario y aun del agua suficiente para aplacar la sed. Tal proceder empleado contra el Jefe supremo de la Iglesia levantó grandes gritos de indignación en todo el orbe católico, cuyos obispos representaron una y otra vez al poder civil para que cesara una persecución que era el escándalo de la cristiandad; mas todos sus esfuerzos se estrellaron contra las tramas criminales de la emperatriz Teodora, empeñada cada vez más en que nuestro bienaventurado colocase de nuevo en la sede de Constantinopla al hereje Antimo y revocara los acuerdos tomados en el Concilio de Calcedonia.

TRIUNFO DE CRISTO Y DE LA VERDAD

TRAS muchas privaciones y sufrimientos, el venerable desterrado murió al año siguiente, 20 de junio de 538, después de haber perdonado a todos sus enemigos y pedido para ellos la misericordia del cielo. El mártir recibió cristiana sepultura en la isla Palmaria; la gloria con que Dios le coronó y premió sus sacrificios fué proclamada de una manera manifiesta por los muchos milagros que ilustraron su tumba.

Belisario se arrepintió de lo que había hecho a San Silverio, y borró con una vida de fervor y de penitencia su enorme culpa, siendo muestra perenne de su feliz mudanza de vida, la iglesia que en honor del santo Papa hizo edificar en Roma entre el Pincio y el Quirinal, con una inscripción en su frontispicio, donde consta la confesión y el desagravio de su pecado.

Dios concedió también a Vigilio la gracia de expiar su falta en este mundo. Todo cuanto hizo Teodora para recordar a Vigilio su compromiso de restablecer en la sede de Constantinopla al hereje Antimo, fué en vano. En esta circunstancia se ve palpablemente la asistencia del Espíritu Santo al Jefe de la Iglesia universal: lo que Vigilio había prometido tan imprudentemente siendo diácono, se resistió a cumplirlo con invencible constancia una vez constituído Papa legítimo. Detenido por orden de la emperatriz, conducido a Constantinopla, amenazado de muerte, arrastrado por las calles con una soga al cuello como un malhechor, Vigilio permaneció fiel defensor de la fe católica, sostén del patriarca legítimo San Menas, adversario de los herejes. Teodora, excomulgada, murió impenitente, y Vigilio volvió a Roma.

Otra versión, apoyada en el testimonio de un autor griego, Procopio, simplifica mucho las circunstancias de la muerte de San Silverio. Según ella, el Pontífice entraría en casa de Belisario de la cual no volvería a salir; un familiar de palacio, Eugenio, después de haberle asestado el golpe mortal habría hecho desaparecer su cadáver por orden del general de Justiniano. En este caso, la elección de Vigilio habría sido canónicamente regular, puesto que la Santa Sede estaría vacante. Lo cierto es que en la isla Palmaria nunca se ha encontrado el cuerpo de San Silverio.

El nombre de este santo Pontífice no se halla en ningún martirologio antiguo, como el de Floro, Usuardo o Adón, por lo menos según sus versiones primitivas. Seguramente que el papa Gregorio VII impondría su oficio en Roma. Consta en el Breviario de 1550 como fiesta de rito simple y fué conservada por San Pío V. Después se ha modificado la leyenda por decreto de la Sagrada Congregación de Ritos.

SANTORAL

Santos **Silverio, papa y mártir;** *Macario, obispo de Petra (Palestina); Asterio, obispo de Petra (Arabia), compañero de San Macario; Adelberto, arzobispo de Magdeburgo, Gobain, presbítero y mártir;* Bertoldo y su hermano Menrico, en tiempos del emperador Federico II (siglo XIII); Juan de Matera, en Apulia, que logró muchas conversiones con su palabra y don de milagros; Bain, obispo y apóstol de Calais; Novato, hijo de San Pudente, senador romano, y hermano de los Santos Timoteo, Pudenciana y Práxedes; Pablo y Ciriaco, mártires, en el Ponto; Latuino, obispo de Seez; Metodio, obispo de Pátara y mártir en Asia Menor. Beatos Francisco Pacheco, Juan Bautista Zola, Baltasar Torres y seis legos japoneses, todos jesuitas y mártires en el Japón. Santas *Florentina, virgen, hermana de San Leandro* (véase el 14 de marzo, página 150); Benigna, virgen y mártir Gema, virgen y mártir, muy célebre en Aquitania; Ida, en Gante; Idaberga o Edburga, virgen inglesa.



DÍA 21 DE JUNIO

SAN LUIS GONZAGA

JESUÍTA, PATRONO DE LA JUVENTUD (1568 - 1591)

VIDA por demás materializada y fastuosa solía llevarse en las cortes europeas del siglo XVI. Pero en ese mismo siglo y en medio de la grandeza y bullicio cortesanos, suscitó el Señor una víctima voluntaria que fué como reproche vivo y constante de tanto desenfreno; un joven santo, desasido de los bienes todos del siglo y amante como el que más de la pobreza santa; tan casto y puro que mereció ser elegido patrono y espejo de la juventud cristiana; tan perfecto que sus deudos y amigos no hallaron jamás en él ni asomo de leve culpa; en suma, admirable dechado de virtud, que si bien no podemos imitar en todo, a lo menos —como dice San Francisco de Sales— podemos todos seguir a mayor o menor distancia.

Luis nació el 9 de marzo de 1568 en Castiglione, diócesis de Brescia, en Lombardía, y fué el primogénito de don Fernando de Gonzaga, que era marqués de Castiglione y príncipe del Sacro Imperio, y pariente muy cercano de los duques de Mantua. Su madre, dama piadosísima, se llamaba Marta Tana, y era hija de Baltasar Tana, conde de Santena y señor de Chieri del Piamonte.

SU NIÑEZ Y ADMIRABLES DISPOSICIONES

LA marquesa, su madre, miró al hijo como depósito sagrado y puso empeño sumo en criarle en la piedad y santo temor de Dios. Desde que Luis comenzó a soltar la lengua, le enseñó a pronunciar los nombres de Jesús y María, a hacer la señal de la cruz y a rezar el Padrenuestro, el Avemaría y otras oraciones. Pronto dió el niño señales inequívocas de que estaba prevenido del cielo con singulares bendiciones; estando en su cunita, gustábale ya favorecer a los pobres, mostrándoles tanta compasión, que el ama y las criadas quedaban maravilladas. Su rostro era angelical y en extremo agraciado y amable. Cuantos le tomaban en brazos creían aupar y tener un ángel del cielo, y con sólo mirarle se sentían movidos a devoción.

Gran satisfacción sentía la marquesa al ver tan santas disposiciones en su hijito; no así el marqués, el cual, por ser soldado, hubiese gustado más de verle inclinado a las armas. Para despertar en el niño esta inclinación le llevó consigo a Casal, donde tenía que pasar revista a las tropas que, por orden de Felipe II, había de llevar a Túnez. Pensaba que con el continuo trato con los soldados iría Luis tomando gusto y afición a los ejercicios de la guerra. El niño tenía entonces cinco años. El mal ejemplo de la gente de guerra le impresionó un tanto. Pegáronsele algunas palabras algo libres que solía repetir sin entender lo que decía; pero, habiéndole avisado y reprendido su ayo, nunca jamás las repitió, antes bien huía de cuantos las pronunciaban.

¡Qué desengaño tuvo aquí el marqués de Gonzaga! Aquel hijo suyo, heredero de tan ilustre nombre, llevaba más traza de llegar a ser eclesiástico que soldado. Gustábale más Rodolfo, su segundo hijo, por verle naturalmente inclinado a las armas. A los dos hijos llevó consigo a Florencia, para que se criasen en la corte del príncipe Francisco de Médicis, gran duque de Toscana. Dióles ayo, maestro, mayordomo y criados convenientes a su grandeza y noble alcurnia. Los días festivos solían ir a visitar al gran duque y jugar con sus hijas, una de las cuales, llamada María, fué más adelante reina de Francia.

No pudo la marquesa acompañarlos a Florencia por estar harto ocupada en la crianza de sus hijos menores. Afligíale sobremanera esta obligada separación, y más porque en aquella corte de Toscana aun el mismo soberano vivía desordenadamente. Sin embargo, el niño Luis no sólo no se dejó contagiar de los vicios de la Corte, sino que en el tiempo que en ella estuvo, que fué algo más de dos años, adelantó extraordinariamente en el camino de la santidad. Sus recreos y entretenimientos eran solamente la oración y el estudio. Para triunfar más holgadamente del mundo, demonio y carne, tomó

por patrona y abogada a la Inmaculada Virgen María, en cuyas manos puso alma, vida y corazón, haciendo ante su imagen, en la iglesia de la Anunciata, voto de perpetua virginidad. En premio de esa consagración a la Virgen recibió tan abundantes gracias del cielo, que de allí en adelante no tuvo ningún movimiento o estímulo sensual en el cuerpo, ni pensamiento contrario al voto que había hecho. Pero él ayudaba a la gracia cuanto podía, estando sobre sí con extraordinaria y continua vigilancia. Siendo tan jovencito, determinó ya refrenar los ojos, y así evitaba el trato con mujeres, y aun cuando estaba a solas con su madre, solía guardar mucho recato y modestia.

Cosa es esa maravillosa, y más aún si se considera que Luis era, como su padre, de temperamente sanguíneo, vivo e irascible, de carne y hueso como los demás hombres, aunque santificado por la gracia, y en extremo cuidadoso de vencer las viciosas inclinaciones con la fuerza de voluntad y la continua mortificación. Con esto vino a caer en tal flaqueza y debilidad que de ello tomó ocasión para volver con su hermano a Castiglione, donde a la sazón no se hallaba el señor marqués su padre, por haber sido nombrado poco antes gobernador de Monferrato de Casalmayor.

No por ser tan dado a la oración y de complexión tan enfermiza descuidó totalmente los estudios. Con gran diligencia estudió los autores clásicos latinos, y en particular las obras de Séneca y Plutarco, cuyo estudio sirvió no poco para dar madurez a su entendimiento y juicio, ya de por sí extraordinariamente cabales en tan temprana edad. Los días de fiesta solía ir a las escuelas para enseñar a los niños la doctrina cristiana. También tenía cuenta que en su casa no hubiese discordias ni disgustos. Así, de todas las maneras que podía ayudaba con suma caridad a los prójimos.

PRIMERA COMUNIÓN. — PENITENCIAS

SAN Carlos Borromeo. arzobispo de Milán, vino por entonces a Castiglione, que pertenecía a su providencia eclesiástica. Era el insigne y santo cardenal muy amigo de la familia Gonzaga. Tuvo largas pláticas con Luis, a quien vió y trató por vez primera, y quedó admirado de los dones y gracias de que estaba adornado el angelical mancebo. Luis no había recibido todavía la primera Comunión; San Carlos se la dió el mes de julio del año 1580. Comulgó después cada domingo con extraordinaria devoción. Por consejo de San Carlos solía dedicar el jueves, viernes y sábado a preparase a la Comunión, y el lunes, martes y miércoles a dar gracias.

Toda su vida tuvo devoción muy tierna y suave al Santísimo Sacramento del altar; solía permanecer horas enteras al pie del sagrario y no se cansaba de oír misas: hubo tiempo en que ayudó cinco seguidas.

Su penitencia corría parejas con su angelical devoción. Sólo tenía trece años, y ayunaba ya tres días cada semana; por otra parte, era tan sobrio en el comer que raya en milagro que conservase la vida con aquel frugal sustento. Además, usaba la disciplina hasta derramar sangre y practicaba otras muchas mortificaciones y penitencias; para dormir menos y mal solía poner secretamente una tabla debajo de las sábanas.

El año de 1580 el marqués de Gonzaga mandó que la marquesa y sus hijos Luis y Rodolfo fuesen a Casal, donde él estaba. En este camino sucedió que la corriente del río Tesino llevó agua abajo la carroza de Luis y la hizo pedazos; los dos hermanos y el ayo se salvaron por milagro.

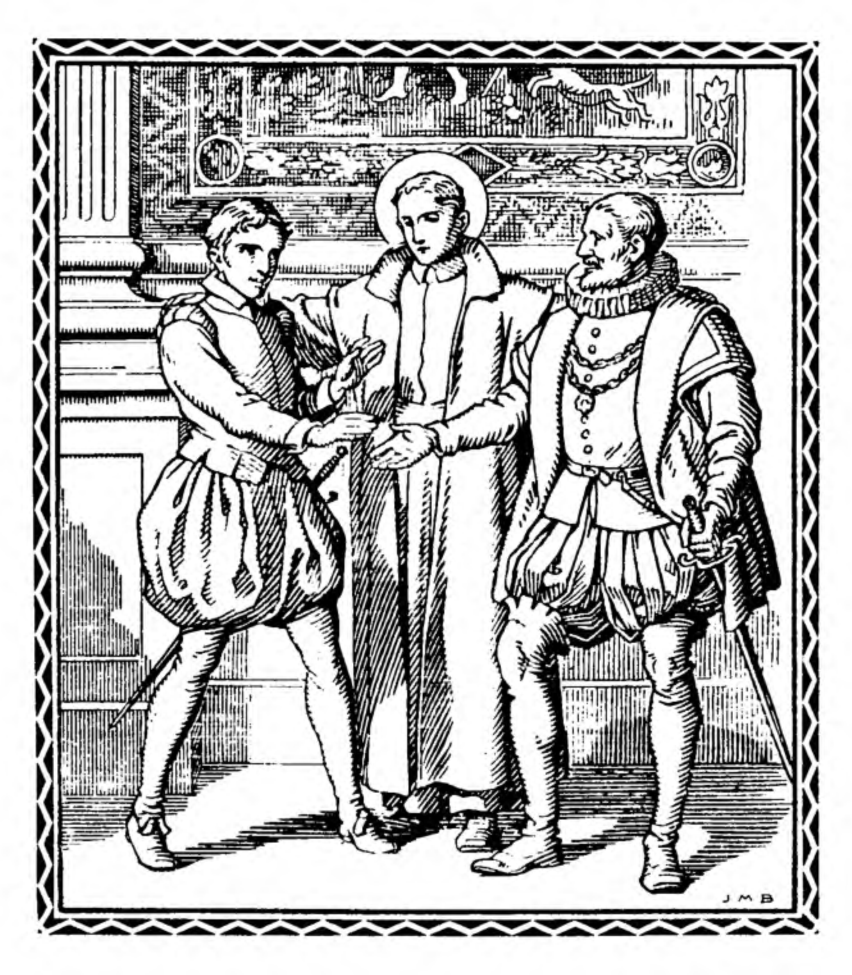
EN LA CORTE DE ESPAÑA. — VOCACIÓN RELIGIOSA

AL año siguiente los marqueses de Gonzaga llevaron a España a tres de sus hijos para acompañar a la emperatriz doña María, hija de Carlos V y viuda de Maximiliano II; a poco de llegar, el rey nombró a Luis y a Rodolfo pajes del príncipe don Diego, hijo de Felipe II. El Señor quería sin duda que viviese el Santo en distintas Cortes, para dar a entender que se puede ser devoto en todas las condiciones y estados, y virtuoso y casto en cualquier edad de la vida. Habiendo estado como año y medio en España, juzgó Luis que era ya llegado el tiempo de poner en ejecución su propósito de hacerse religioso. Mas, como aun no había escogido la Orden, para acertar en la elección acudió a la Virgen María. El día de la Asunción del año 1583 comulgó con extraordinaria devoción en el colegio de la Compañía de Jesús de Madrid, para que el Señor le diese luz en negocio de tanta importancia. Mientras daba gracias, oyó una voz clara y distinta que le mandaba hacerse religioso de la Compañía de Jesús.

DIFICULTADES CON QUE TROPEZÓ SU VOCACIÓN

DETERMINADO estaba Luis a obedecer cuanto antes al divino llamamiento, pero duras batallas le aguardaban antes de llevar a efecto su propósito. Por la marquesa supo don Fernando de Gonzaga la determinación de su hijo. En la mente del marqués nació la sospecha de que su esposa quería desheredar al primogénito en favor de Rodolfo y así las despidió malhumorado. Lo propio hizo con Luis cuando fué a verle, a quien además amenazó con graves castigos.

Llegó a Madrid por aquel entonces el venerable fray Francisco Gonzaga, General de una rama franciscana y primo del marqués. Llamóle don Fer-



SAN *Luis Gonzaga logra que su hermano Rodolfo, marqués de Castiglione, y el duque de Mantua, hondamente enemistados, olviden sus diferencias y queden unidos en estrecha amistad. Reconciliación considerada humanamente imposible y que todos tienen por milagro del Santo.*

nando, le habló de los deseos de su hijo Luis y le rogó que examinase la vocación del muchacho. Dos horas duró la entrevista de Luis con el santo religioso, el cual, reconociendo que aquello venía del cielo, convenció a don Fernando, quien prometió a su hijo darle plena libertad para entrar en la Compañía de Jesús, a su regreso a Lombardía.

¿Fué sincera aquella promesa? Cabe sospechar que no, pues hacía cuanto estaba de su parte para dar largas a aquel negocio. Desde Italia envió a Luis a visitar algunos príncipes en compañía de su hermano Rodolfo. El Santo obedeció; pero dió señales del deseo que tenía de mayor perfección, yendo vestido de negro y hospedándose lejos del bullicio cortesano: en Pavía se alojó en el palacio de Federico Borromeo, que después fué arzobispo de Milán; y en Turín, en el de su pariente el cardenal de la Rovere, y no en la corte de Saboya. Volvieron a Castiglione por septiembre del año 1584. Aquí dió otra vez el marqués terribles asaltos a la vocación de su hijo, ayudándose de un obispo, de algunos religiosos y del señor arcipreste, el cual tuvo que convenir en que el llamamiento era divino, y así lo declaró al marqués. Mas no por eso se rindió éste, antes se indignó más todavía, y llegó a despachar de su lado a Luis con rudeza, cuando volvió a pedirle licencia para entrar en la Compañía. Dijéronle por entonces que Luis se disciplinaba hasta derramar sangre. Esta noticia conmovió algo al marqués. Quiso hablar a su hijo y, como padecía grave reumatismo, se hizo llevar hasta él sentado en un sillón. En el fondo amaba y respetaba mucho a Luis. Prometióle escribir aquel mismo día a su pariente el cardenal Escipión Gonzaga, para que se entrevistase con el padre Aquaviva, General de la Compañía de Jesús.

Esta promesa fué también puro engaño; porque a fines del año 1584, Luis fué enviado a Milán para tratar algunos negocios importantes, lo que hizo el santo mancebo con gran prudencia y destreza. Luis aprovechó ese tiempo para asistir a las clases del colegio Brera, dirigido por los Jesuítas; su mayor contento era remedar al Hermano portero.

Salió de Milán en julio de 1585; otra vez se retractó su señor padre. Finalmente, tras muchas y rudas batallas, se rindió el corazón del marqués. Por tratarse del primogénito, juntóse en Mantua toda la familia de los Gonzaga, que se componía de varias ramas, para asistir a la renuncia de Luis a la herencia paterna en favor de su hermano Rodolfo. El marquesado de Castiglione era feudo imperial, y así, para renunciar a él, necesitó Luis el consentimiento del emperador.

La lectura del acta por la que Luis confería todos sus derechos a su hermano se hizo el día 2 de noviembre de 1585. Ese mismo día vistió Luis la sotana que de antemano se había hecho hacer, y así vestido se presentó al mediodía a comer, sintiendo con ello su padre nueva pesadumbre. Partió el día 4 de noviembre, acompañado de Rodolfo y de muchos criados; a poco

le dejó su hermano y Luis prosiguió el viaje con su escolta, pasando por Bolonia y Loreto. Llegó a Roma el día 21 de noviembre; se alojó en casa del cardenal Escipión Gonzaga, el cual había ya hablado del asunto al papa Sixto V. A 25 del mismo mes entró en el noviciado de la Compañía, dirigido por el padre Pascatore que era asimismo rector de San Andrés del Quirinal. El nuevo novicio tenía dieciocho años no cumplidos.

FERVOR Y SANTIDAD DEL JOVEN NOVICIO

MARAVILLÁBANSE los Padres más graves y perfectos al ver los admirables progresos de Luis en las virtudes del noviciado. No fué nunca menester espolear su fervor, antes bien moderarlo y refrenar el gran deseo que tenía de darse a extraordinarias penitencias corporales.

Desasido estaba de todas las cosas del siglo; muerto muy de veras a la carne y sangre e indiferente a las honras y dignidades de sus ilustres deudos. En todo buscaba la peor parte y los oficios más bajos, como servir en la cocina, en el refectorio y en la enfermería; en Milán le encargaron de quitar las telarañas, con lo que creció sobremanera el gozo del Santo, el cual salía a recibir a las personas nobles con el escobón en la mano.

Este novicio, nacido señor y criado con grandeza y regalo, sólo tenía en propiedad, al morir, una Biblia y dos estampitas.

Del noviciado de San Andrés pasó al *Gesù*, donde edificó grandemente a los Padres; de allí volvió al noviciado, se entregó de nuevo a la oración y mortificación y vivió de manera tan perfecta que llegó a no tener pecado venial de que acusarse. Fué luego enviado a Nápoles, donde contrajo una erisipela que ocasionó su vuelta a Roma.

Profesó en la Compañía a los 25 de noviembre del año 1587, aniversario de su entrada en el noviciado; recibió la tonsura el día 25 de febrero del siguiente año, en la basílica de San Juan de Letrán. y las Órdenes menores en cuatro veces. entre los días 28 de febrero y 28 de marzo.

ÁNGEL DE PAZ

EL amor al prójimo le obligó a dejar el retiro de la religión el año de 1589, para volver a su familia. Por consejo de San Roberto Belarmino, que era su confesor, aceptó Luis el ir a su casa para componer un reñido pleito entre su hermano el marqués de Castiglione y el duque de de Mantua, sobre el feudo del Estado de Solferino. Al llegar a Castiglione, todos

salieron a recibir al «santo padre Luis», como le llamaban, cual si fuese un ángel del cielo.

Acertó Luis a reconciliar a los dos antagonistas; pero quedábale por arreglar otro negocio no menos delicado y dificultoso que el anterior. Consistía en hacer público, para evitar el escándalo, un matrimonio secreto que Rodolfo había contraído con licencia del obispo, y en lograr el consentimiento de la familia Gonzaga, pues, aunque dicho matrimonio era honorable, se consideraba en aquella época como un mal casamiento.

San Luis permaneció en Milán algunos meses. Allí tuvo revelación de Dios de que en breve le quería llevar a gozar de sí con los bienaventurados. Con esto volvió muy gozoso a Roma el mes de mayo de 1590.

SU MUERTE Y CULTO

ENTRETANTO, hubo en Roma el siguiente año gran mortandad, causada por la carestía y el hambre. A pesar de su débil complexión, logró Luis licencia para servir a los contagiados. Pasados pocos días, enviáronle los superiores al hospital de la Consolación que aun no estaba contaminado. Sin embargo, se le pegó el mal el día 3 de marzo de 1591. Ya desde el principio le dieron por muerto, y así cundió la noticia por las cortes de Italia. En Castiglione hicieron celebrar por él un solemne funeral. Con todo eso, Luis seguía con vida, aunque minado por una calentura lenta y tos fuerte. Entrando el padre provincial a visitarle, le preguntó: «¿Qué se hace, hermano Luis?». El Santo respondió: «Padre, vámonos al cielo».

Los postreros meses de San Luis fueron de constante edificación para la comunidad, y para él una larga preparación a la vida celestial. Finalmente, el día 20 de junio, repitió muchas veces que moriría aquel día mismo; pidió con insistencia el santo Viático y, habiéndose despedido con gran sosiego de todos los Padres y Hermanos, tomó con su mano derecha una vela bendita y un pequeño Santo Cristo con la izquierda, y, apretándolo con fe y mirando fijamente a una Cruz indulgenciada, dió su alma santísima al Criador, al tiempo que invocaba el santo nombre de Jesús.

A poco de morir San Luis ya todos querían tener «reliquias» suyas. Repartiéronse los cabellos del Santo, pedacitos de su camisa y vestido y aun las plumas que había usado. Los Padres le besaban la mano como si fuera sacerdote. Fué colocado en un ataúd en la capilla del Santo Cristo, y de allí, el año de 1598, por haber salido de madre el río Tíber, le pasaron a lugar más eminente. Finalmente, el año de 1605, fué trasladado con gran solemnidad a la iglesia de Nuestra Señora, con un epitafio en que le llamaban ya *Beato Luis,* título autorizado a los pocos días por el papa Paulo V.

El año de 1600, «el Santito» se apareció glorioso a Santa María Magdalena de Pazzis, célebre por sus visiones, y de allí en adelante fué honrado como Beato en el convento de los Carmelitas de Florencia. En cerca de veinte diócesis se abrieron ese mismo año procesos informativos sobre el Santo.

La Comisión cardenalicia que, presidida por San Roberto Belarmino, examinó la causa de Luis se declaró no sólo por la beatificación, sino también por la canonización del joven jesuíta. A los dos años, el mismo Cardenal presentó al Papa treinta y un milagros auténticos. Fué beatificado por Paulo V a 19 de octubre de 1605.

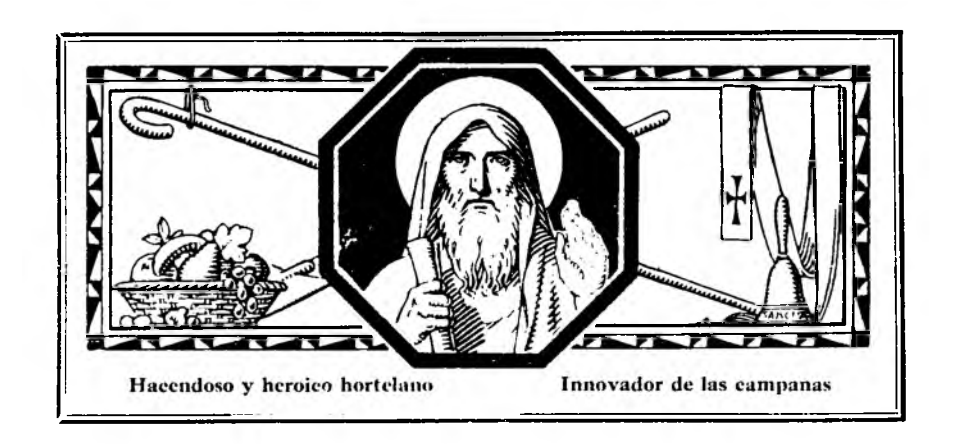
El cardenal San Roberto Belarmino transformó en capilla el aposento donde murió San Luis. Más adelante se levantó en aquel lugar la iglesia de San Ignacio y a ella fueron trasladadas las reliquias de San Luis Gonzaga. Benedicto XIII le canonizó en abril de 1726, pero la ceremonia solemne se efectuó en diciembre a la vez que la de San Estanislao de Kotska, también jesuíta, muerto el mismo año en que nació San Luis.

En 1729, el mismo papa Benedicto XIII declaró a San Luis, patrono de la juventud. También concedió especiales privilegios a la devoción de los «Seis domingos» en honra de San Luis Gonzaga. Finalmente, Gregorio XVI el año de 1842 extendió a toda la Iglesia la misa y oficio propios del Santo.

Solemnísimos cultos se celebraron con motivo del segundo centenario de su canonización el año de 1926; Pío XI dijo misa papal en San Pedro de Roma el día 31 de diciembre del mismo año en honor de San Luis Gonzaga.

SANTORAL

Santos **Luis Gonzaga**, patrono de la juventud; *Raimundo, obispo de Barbastro; Eusebio, obispo de Samosata, mártir;* Leutfrido, abad, que curó milagrosamente al tercer hijo de Carlos Martel; Juan, abad de Parma; Riagato, abad irlandés del siglo v; Rufino, mártir en Siracusa; Ciriaco y Apolinar, mártires en África; Albano, mártir, honrado en Maguncia; Terencio, sobrino de San Bernabé, obispo de Iconio (Licaonia) y mártir; Martín, obispo de Tungres; Ursisceno, obispo de Pavía y confesor; Inocencio, obispo de Mérida en el siglo VII Rodolfo, arzobispo de Bourges; Aarón, Engelmundo y Melanio, abades y confesores Marcio, eremita en Bretaña; Nicolás y su compañero Trano, eremitas en Cerdeña; Tomás con tres mil compañeros, mártires en Abisinia, Afrodisio, mártir en Cilicia; *Julián de Tarso o de Cilicia, que hoy se venera en Antioquía* (Véase 16 de marzo, página 170). Santas Demetria, virgen y mártir, hija de los santos mártires Flaviano y Dafrosa; Marcia, mártir en Siracusa con Rufino, Saturnina, Estergia y Hieremia, mártires, en Siracusa.



Hacendoso y heroico hortelano — Innovador de las campanas

DIA 22 DE JUNIO

SAN PAULINO

OBISPO DE NOLA (353 - 431)

EN el siglo IV vivía en Burdeos una ilustre familia, oriunda de Roma; era la de Poncio Paulino, antiguo prefecto de las Galias, a la cual pertenecía el noble Paulino, cuya fisonomía espiritual nos proponemos reseñar. Nos parece en alto grado interesante por cuanto, si bien es cierto que presenta algunas dificultades cronológicas enrevesadas, el mismo Paulino en cambio ha detallado en sus escritos las más variadas circunstancias de su vida. Por de pronto son ciertas las grandes etapas de su existencia: treinta y seis años de juventud y de actuación mundana y cuarenta y dos de vida cristiana, sacerdotal y episcopal, santificados por la práctica de las más excelsas virtudes, que aseguraron al ilustre convertido un soberano imperio sobre los demonios y le valieron los mayores elogios de los más encumbrados santos: Ambrosio, Jerónimo, Agustín y Gregorio Magno.

San Paulino nació en Burdeos hacia el año 353. Sus padres, caballeros romanos muy ilustres, muy ricos y fervorosos cristianos, ya desde sus tiernos años le consagraron a San Félix de Nola; pero, desgraciadamente, según la costumbre de entonces, tardaron mucho en bautizarle.

Desde que brilló en él la luz de la razón se dió a los libros y, cuando llegó a edad conveniente, siguió los cursos de la Universidad de su ciudad

natal. Tuvo por maestro al famoso Ausonio, el retórico más célebre de su tiempo, y de él aprendió la retórica práctica, en la que hizó rápidos progresos, al mismo tiempo que por sus relevantes cualidades se granjeó el cariño de sus condiscípulos y el de su maestro. Por esto sintió éste gran pesar cuando Poncio Paulino tuvo que ir, en 368, a Tréveris, adonde había sido llamado por Valentiniano I para desempeñar el cargo de preceptor de Graciano, joven heredero del imperio. Paulino, a la sazón de quince años, se marchó también con sentimiento y continuó sus estudios con otros maestros, dedicándose con preferencia a la Filosofía, a las Ciencias Naturales y al Derecho.

No tardó en sentir los atractivos de Roma. Sin duda tenía ya para esta ciudad los mismos sentimientos que Ausonio expresó un día con estas palabras: «Mi recuerdo para Burdeos; para Roma mi amor». Acabados sus estudios dirige sus pasos a la capital del imperio y en breve se le abre la carrera de los cargos públicos. Gobernador del Epiro y tal vez prefecto de Roma, es ciertamente cónsul suplente en 378, y luego senador y gobernador de Campania.

Apenas frisaba en los veintisiete años y ya había llegado Paulino a la cumbre de los honores humanos, con la perspectiva de un seguro porvenir, cuando de repente una tragedia echó por tierra sus esperanzas. El 25 de junio del 383, el emperador Graciano acabó sus días traspasado por el puñal asesino armado por Máximo, a quien las legiones sublevadas de Bretaña habían elevado al trono imperial. En esta triste coyuntura, Paulino creyó deber amoldarse a las circunstancias, y para poner su familia al abrigo de las represalias de Máximo, abandonó el servicio del emperador legítimo y huyó al país de Aquitania.

LOS CAMINOS DE LA PROVIDENCIA. — ETAPAS DE UNA CONVERSIÓN

EN Burdeos, la Providencia esperaba a Paulino. Ya poco después de tomar posesión de su cargo de gobernador de Campania, había sentido su primer llamamiento. Paulino residía principalmente en Nola. Un día, mientras asitía a las fiestas de San Félix sintió una profunda impresión. «A la vista de las obras admirables operadas en vuestro santurio —escribía en uno de sus cantos en honor de San Félix—, creí de todo corazón en el Dios verdadero y abrí mi alma al amor de Cristo».

Se consagró nuevamente al mártir de Nola, hizo arreglar el camino que iba de la ciudad a su tumba y junto a ella mandó construir un hospital para los pobres.

La impresión fué como de centella momentánea; pero se adentró en su corazón y al cabo de diez años surgió, por fin, la llama de la fe viva, cuyos resplandores le alumbrarán el camino de la verdad de que antes se apartara.

Los llamamientos interiores de Dios se repetían con frecuencia. Obligado por deberes de su cargo a ir con frecuencia a Roma, debió ver en dicha ciudad a San Jerónimo o por lo menos oyó hablar de él con entusiasmo. Allí tuvo conocimiento de la generosidad de su parienta Melania, que lo había dejado todo para consagrarse a la vida monástica en Oriente. También encontró a la noble Paula, y fué testigo de la vida angelical que llevaban las matronas del Aventino; pudo asimismo comprobar el triunfo definitivo del cristianismo, asegurado por los edictos de Graciano. Todo lo cual le conmovió, y, lleno de emoción, se inclinó cada vez más hacia la religión que le atraía. La muerte de Graciano fué el golpe de gracia de su conversión; pero antes de llevarla a cabo plenamente transcurrieron seis años.

Paulino se vió turbado en Aquitania por muchas inquietudes y cuidados, y tuvo que hacer varios viajes para poner orden en sus negocios, debido a las sospechas del usurpador. El Señor se sirvió de estas ocasiones para atraerle poco a poco a la fe práctica. En un viaje por tierras de España, la Providencia le hizo conocer a una joven española llamada Teresa, que era cristiana, con la cual se casó. Poco después, a su paso por Viena en el Delfinado, Paulino vió a San Martín de Tours, quien le curó milagrosamente de una enfermedad que padecía en los ojos. En Milán conoció a San Alipio, amigo de San Agustín, y probablemente al mismo obispo de Hipona, y tuvo trato más frecuente con San Ambrosio, descendiente como él de familia patricia; asistió a menudo a las instrucciones que el gran obispo daba al pueblo. Con razón podrá decir más tarde: «Siempre fuí amado de Ambrosio, quien me ha alimentado en la fe».

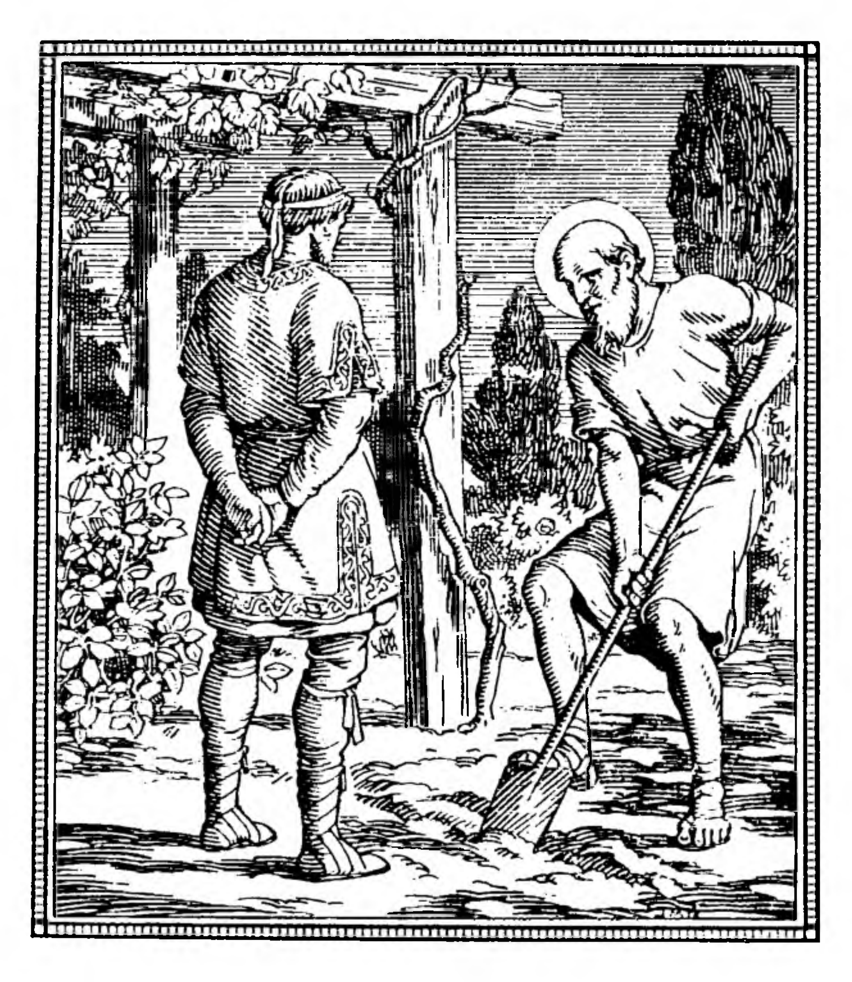
Cosa extraña; estas conversaciones con Ambrosio no tuvieron resultado inmediato, pues aun tardó dos años en dar Paulino el paso definitivo. Todavía no había roto los lazos que le unían al mundo. Morando en la ciudad de Burdeos, o en una propiedad de los alrededores, sostenía frecuentes relaciones con Ausonio, su antiguo maestro —que después de la muerte de Graciano se había retirado a Santas—, y vivía rodeado de un grupo de amigos incondicionales, entre los cuales figuraba en primer lugar, después de Ausonio, Sulpicio Severo, el futuro historiador de la Iglesia. Sus riquezas eran tantas, que podía permitirse todos los placeres legítimos, y por sus finos modales se hacía amar de todos. Aunque siempre tuvo gran afición a las letras paganas, ahora se entregó al estudio de la Filosofía, y acabó por entender los derechos de Dios y la necesidad del cristianismo integral, llegando a la conclusión que más tarde formulará en estos términos: «He estudiado mucho, he recorrido el ciclo de todos los sistemas y nada he hallado mejor que creer en Cristo». La obra de la gracia iba penetrando más y más

en su alma con las exhortaciones, benévolas y llenas, y el tacto exquisito de dos santos que figuraban entre sus amigos: San Delfín, obispo de Burdeos y San Amando, sacerdote venerable de la ciudad y futuro pastor de la diócesis; y con los consejos de Teresa, entusiastas y reiterados, Paulino se decidió, por fin, a recibir el Bautismo. Pero Satanás, que nunca duerme estuvo a punto de hacerlo fracasar todo a última hora. A la muerte de Máximo, vencido por Teodosio, el demonio sugirió a Paulino la idea de recuperar en la Corte el puesto que antes ocupara y se lo presentaba franco y fácil. Gracias a Dios, el recién convertido no quiso lanzarse de nuevo a los peligros del mar, pues se sentía contento en el puerto a que había llegado después de muchas fatigas y triunfó generosamente de la tentación. Sus amigos Delfín y Amando, le prepararon para la recepción del Bautismo, cuya ceremonia tuvo lugar en Burdeos el año 389.

SU VENIDA A ESPAÑA. — ORDENACIÓN SACERDOTAL

DESDE entonces, Paulino ascendió constantemente por la senda de la perfección; según sus propias palabras hizo como «el viajero que, avanzando siempre sin retroceder jamás, llega un día insensiblemente a la frontera y la traspasa». Abandonando la musa pagana, que no podía ya cautivar su espíritu, desengañado del mundo y sus vanidades, fué tras los encantos de la poesía cristiana. Puso en verso varios salmos, una vida de San Juan Bautista y tres oraciones admirables en las cuales deplora y lamenta su indiferencia pasada. Dejó el foro, se retiró a la soledad del campo, llevó una vida más tranquila y reposada y empleó sus riquezas en socorrer al prójimo. Un género de vita tan extraordinario no podía por menos de atraer sobre Paulino las críticas más acerbas. Tuvo que sufrir la reprobación manifiesta de sus amigos; sus compatriotas se mofaron de él, volviéronle la espalda y le dejaron solo. El mismo Ausonio se atrevió a decirle, con crueldad, que se dejaba engañar por Teresa y aguantaba el yugo que le había impuesto.

No pudiendo hallar en Aquitania la paz y tranquilidad que ansiaba, Paulino determinó venir a España, en donde era menos conocido, y fijó su residencia en Barcelona. A esta ciudad llegó en el transcurso del año 390, y en ella vivió pacíficamente por espacio de tres o cuatro años. Sin embargo, dos grandes pruebas vinieron a turbar su reposo. En 392, Valentiniano II fué asesinado por Arbogasto y, según Monseñor Lagrange, el hermano de Paulino fué una de las víctimas de aquella revolución. Esta muerte afectó mucho a Paulino; pero mayor fué su sentimiento al pensar que su hermano se había ocupado poco de la salvación eterna. En una carta que es-



EL *heroico San Paulino se hace esclavo para obtener la libertad del hijo de una viuda. Su amo le encarga del cultivo de una huerta. El mismo bárbaro gusta de tratar con su hortelano y, dejando a sus amigos, viene a preguntarle diversas cosas, por hallarle varón muy sabio y prudente.*

cribió en esta ocasión a San Delfín y a San Amando se descubren los referidos temores, pues les rogaba que orasen para que Dios tuviese misericordia del difunto. Poco después otro duelo vino a acrecentar su dolor. Siempre había deseado las alegrías de la paternidad, y el Señor se las concedió al fin; pero el hijo tan esperado sólo vivió ocho días.

Por esta muerte entendió nuestro bienaventurado que Dios no le llamaba a dejar otra descendencia que la de las buenas obras; y esto le movió, de acuerdo con su virtuosísima esposa, a hacer voto de castidad perpetua, se rapó la cabeza y se cubrió con el hábito de los monjes, pensando luego retirarse a Nola, a la sombra del sepulcro de San Félix. Expuso su pensamiento a San Jerónimo, y éste le aconsejó que se despojara de todos sus bienes y se entregara al estudio de los Libros Santos. Paulino obedeció al instante e inmediatamente liquidó los bienes que poseía en España. Cuando la población de Barcelona se enteró de su propósito, quiso impedir que se llevara a cabo.

El día de Navidad del año 393, Paulino y Teresa asistían a los oficios de la catedral. De repente, los fieles se levantan y suplican al obispo Lampadio, sucesor de San Paciano, que se digne conferir a Paulino la ordenación sacerdotal, esperando que así se quedaría en medio de ellos. Paulino se resistió al principio, teniéndose por muy indigno de tal honor; pero accedió al fin, dejándose ordenar con la condición de que se le permitiera retirarse al lugar que le pareciera mejor para el servicio de Dios.

Al comunicar a sus amigos Delfín y Amando su elevación al sacerdocio, solicita el auxilio de sus oraciones, pues —decía— «seré vuestra alegría si por los frutos que produzca se conoce que soy una rama de vuestro árbol».

Paulino no pudo salir de España hasta pasadas las fiestas de Pascua del año 394. Al abandonar nuestra patria, en vez de cruzar el Mediterráneo con rumbo a Italia, prefirió dirigirse a la Galia, donde vió, al pasar por Narbona, a Sulpicio Severo, que quería acompañarle; fué después a Milán, en donde se hallaba San Ambrosio. Este obispo, ya anciano, le recibió con los brazos abiertos y le agregó a su clero, dejándole libertad para que fijara su residencia donde quisiera.

De Milán se dirigió Paulino a Roma. En esta ciudad tuvo una recepción muy desigual. Los senadores, sus colegas antiguos, le acogieron con desprecio; el mismo papa Siricio lo hizo con frialdad, encontrando irregular su ordenación precipitada y su situación respecto a Teresa; en cambio, los amigos de San Jerónimo y de Santa Paula le recibieron con entusiasmo. Por estas razones es fácil comprender que Paulino no quiso prolongar su estancia en la capital y bajó pronto a la Campania, para dirigirse a Nola, ciudad a la que llegó al comenzar el otoño.

SAN PAULINO, EN NOLA. — VIDA MONÁSTICA

LA llegada de Paulino a Nola fué motivo de gran alegría para los habitantes de la ciudad, que recordaban aún la mansedumbre con que había administrado la provincia quince años antes; Paulo, obispo de Nola, le autorizó para fijar su residencia cerca del sepulcro de San Félix. Ya hemos dicho que en las proximidades de este sepulcro Paulino había mandado construir un hospicio para los pobres. En esta ocasión levantó de un piso el edificio, y se reservó para sí y sus compañeros un ala del mismo, y cedió la otra a Teresa y a algunas piadosas mujeres que la acompañaban. Dispuestas ya las viviendas, dejó exhalar de su corazón un suspiro de satisfacción y de amor y, dirigiéndose a San Félix, dijo: «Tu serás mi casa, mi familia, mi patria». Dió San Paulino a su nueva y humilde morada el nombre de monasterio; realmente se llevaba en él vida religiosa; según la Regla de San Agustín. Sus moradores se levantaban antes de amanecer para cantar Maitines y Laudes; por la tarde se juntaban para el canto de Vísperas. El ayuno era casi continuo, la abstinencia se observaba perfectamente, y apenas se probaba vino. Usaban vajilla de barro o de madera, llevaban la cabeza rapada y el vestido pobre; el traje ordinario de Paulino era una túnica de piel de cabra o de camello. La soledad era guardada rigurosamente, no dejándola Paulino sino cuando la caridad lo exigía. Por este motivo acogió en su retiro a varios mensajeros que le enviaban sus amigos de la Galia o de otras partes, y en dos ocasiones dió hospitalidad a Santa Melania y a las personas que la acompañaban: primeramente, cuando la noble dama regresaba de Palestina después de larga ausencia; y luego, cuando se refugió en Sicilia en la época en que Alarico amenazaba a Roma. El amor que Paulino sentía por la soledad no le impedía predicar algunas veces a los fieles la palabra de Dios. Había adquirido la costumbre de ir a Roma anualmente para celebrar la fiesta de los santos Apóstoles Pedro y Pablo y venerar sus reliquias.

Fuera de estas circunstancias Paulino vivía consagrado al estudio y a trabajos intelectuales. Durante este período de su vida compuso para la fiesta de San Félix catorce himnos, llenos de interesantes detalles, a razón de uno por año, y a petición de un sacerdote de Roma escribió el panegírico del emperador Teodosio. Su correspondencia era muy activa; sostenía comercio epistolar con San Alipio, San Agustín, San Jerónimo y San Sulpicio Severo, que llevaba vida casi de monje, y con San Delfín y San Amando. Para romper la monotonía de los estudios, no temía el venerable monje dedicarse a los cuidados de un jardincito y ocuparse en la construcción de una nueva y artística basílica en honor de San Félix.

OBISPO DE NOLA. — RASGO HEROICO DE CARIDAD

POR espacio de quince años vivió Paulino en Nola con la ejemplaridad que hemos indicado y, pasado este tiempo, tuvo la desgracia de perder a Teresa, para quien había guardado siempre un afecto fraternal. Casi al mismo tiempo murió Paulo, obispo de Nola. Unánimemente, el clero y el pueblo eligieron a Paulino para sucederle.

La hora era crítica: Alarico invadía a Italia. A pesar de su gran amor al retiro, el solitario no creyó deber ocultarse ante el peligro y aceptó el episcopado. Algunos meses más tarde, en 410, Alarico se adueñaba de Roma y descendía hasta Nola, de la que se apoderó y se llevó multitud de prisioneros, algunos de los cuales fueron vendidos en África. Entre estos desgraciados se encontraba el hijo único de una pobre viuda, la cual, llena de desconsuelo, se acercó al santo obispo y le pidió dinero para rescatar al hijo de sus entrañas.

Paulino no tenía dinero; pero se sacrificó a sí mismo; salió para África y se presentó al amo del joven cautivo y reemplazó al esclavo mozo para que éste alcanzara la libertad. Ese amo era nada menos que Ataúlfo, suegro de Alarico.

Maravillado Ataúlfo de la virtud de su nuevo cautivo le pregunta quién era; y al saber que era obispo, queda hondamente conmovido; devuelve la libertad a su ilustre prisionero y a todos los cautivos de su diócesis. La entrada de Paulino en Nola después de su voluntaria esclavitud tuvo los caracteres de triunfal.

El primer cuidado de Paulino, después de su vuelta de la cautividad, fué reparar las ruinas causadas por los bárbaros. Su fama se dilataba y se extendía sin cesar. Cuando Honorato fundó el monasterio de Leríns, y Euquerio, futuro obispo de Lyón, quiso retirarse a la soledad de una isla próxima a Leríns, ambos enviaron mensajes a Nola para ponerse al tanto del género de vida que allí se llevaba. San Agustín escribió a San Paulino con ocasión de la herejía pelagiana. El obispo de Nola condenó este error capcioso que, negando el pecado original, acababa negando la necesidad de la gracia, y tuvo que llegar al extremo de excomulgar a varios de sus sacerdotes que favorecían la herejía.

En fin, a San Paulino se atribuye la invención de las campanas. No quiere esto decir que el uso de ellas fuera desconocido antes de nuestro Santo, sino que él fué el primero que tuvo la idea de hacer fundir grandes campanas que, suspendidas encima o al lado de las iglesias, llamasen, con su broncínea voz, a los fieles a los divinos Oficios. Con este fin edificó el primer campanario.

SU MUERTE Y CULTO

Su avanzada edad —había cumplido setenta y siete años— y, más que todo, los grandes trabajos que había sufrido en el servicio de Dios y las extraordinarias penitencias que se había impuesto, tenían minada su salud, que infundía serios temores. A estas causas alarmantes se unió otra más grave, que fué una pleuresía aguda que le obligó a guardar cama.

Mandó poner un altar en su aposento y, sacando fuerzas de flaqueza por su mucha devoción, se levantó de la cama y dijo Misa, ministrándole los obispos Símaco y Acendino, que habían acudido a asistirle en sus últimos momentos. Los dos días siguientes rezó Laudes y Vísperas con los que le rodeaban y admitió de nuevo en el seno de su diócesis a los sacerdotes pelagianos que se habían arrepentido de su culpa. Los Santos Jenaro y Martín se le aparecieron para confortarle y, al tercer día, Paulino se dormía apaciblemente en el Señor.

El pueblo de Nola y de sus alrededores lloró al santo obispo, a quien enterró cerca de San Félix. Posteriormente sus reliquias fueron trasladadas a Benevento; pero en el año 1000, el emperador Otón III, de paso por esta ciudad, se las llevó a Roma y las depositó en la iglesia de San Bartolomé.

Por unas Letras apostólicas del 18 de septiembre de 1908, Pío X, accediendo al deseo varias veces manifestado a su ilustre predecesor por ardientes súplicas, concedió a la Iglesia de Nola los restos de San Paulino y elevó el oficio del Santo a rito doble para la Iglesia universal.

SANTORAL

Santos Paulino de Nola, obispo y confesor; Inocencio V, papa; *Albano, mártir, Eberardo, arzobispo de Salzburgo; Juan Fisher, cardenal, obispo de Rochéster y mártir;* Aarón, abad; Flavio Clemente, primo del emperador Domiciano, mártir; Domiciano, monje; diez mil Mártires en el monte Ararat, siglo II; cuatrocientos ochenta Mártires en Samaria, siglo VI; Niceas, obispo de Romaciano (Italia); Juan, obispo, en Campania (Nápoles); Badulfo, obispo en las Galias; Anfíbalo, Clérico y unos dos mil compañeros, mártires en Verulam (Inglaterra), siglo IV; Blavio, obispo de Verona Exuperancio, obispo de Como; Fernando, obispo de Casa; Julián, mártir en Cartago; Gandalisco, mártir en Antioquía, con ochocientos quince compañeros, en tiempo de Diocleciano. Beatos Felipe de Placencia, agustino Francisco de Talavera; Lamberto, abad. Santas Consorcia, virgen, hija de San Euquerio y Santa Gala; Juliana, echada al fuego con su hijo Saturnino, en la ciudad de Petra; Rotrudis, virgen; Precia, virgen, en Metz.



Apóstol de encarcelados — Sabio director de conciencias

DIA 23 DE JUNIO

SAN JOSE CAFASSO

PRESBÍTERO (1811 - 1860)

ENTRE los diversos aspectos que presenta la vida de este apóstol de Turín, consideraremos especialmente su apostolado de caridad con los desgraciados, los presos y los condenados a muerte. Es su fisonomía espiritual y, por entenderlo así, hasta en los mármoles de su tumba ha sido representado San José Cafasso rodeado de encarcelados que le presentan sus manos cargadas de cadenas. Es que detrás de la envoltura material de los cuerpos veía las almas por las cuales se desvelaba, como lo hacía su compatriota San Juan Bosco.

José Cafasso vino al mundo el 15 de enero de 1811 en Castelnuovo de Asti, en la diócesis de Turín. Sus padres eran piadosos y honrados. El cuerpo del niño era enteco, enclenque y algo jorobado; pero su alma era bella; su inteligencia, clara; su piedad, encendida. Siendo aún pequeñito, su mayor placer era ayudar a misa, y lo hacía con tal asiduidad y tan gran devoción, que todos le conocían con el nombre de *il Santino,* el Santito

Desde la infancia se distinguía —dice San Juan Bosco— por su gran amor al retiro e irresistible inclinación a las obras de caridad. Se industriaba de mil maneras para poder dar limosnas: privábase de toda diversión agradable; renunciaba aún a las cosas más necesarias en favor de los indigentes,

a los que amaba ya de todo corazón. A veces hacía de predicador juntando en un sitio determinado algunos parientes y amigos suyos para hablarles de Dios, distinguiéndose estos sermones improvisados por su amable piedad y por la unción conmovedora que en los mismos se transparentaba.

Estudió Retórica y Filosofía en la ciudad de Chieri, donde fué considerado como un nuevo Luis Gonzaga por su recogimiento, por su piedad y, principalmente, por su pureza angelical. Ya desde entonces se manifestaban las virtudes de mansedumbre y sencillez que más tarde habían de caracterizar su apostolado.

PRIMEROS AÑOS DE APOSTOLADO

EN 1826 se despojó de los vestidos mundanos y cubrió su cuerpo con las bayetas estudiantiles, ingresando en el seminario de Chieri, donde en poco tiempo llegó a ser el modelo de sus compañeros, los cuales tenían tal concepto de la santidad de José, que, aunque con notoria impropiedad, solían decir: «José Cafasso no ha contraído el pecado original». Investido del cargo de prefecto, que le daba cierto ascendiente y le confería alguna autoridad sobre sus compañeros, cumplió su cometido con tacto, celo y humildad admirables. Del seminario de Chieri pasó al de Castelnuovo, para acabar sus estudios con el párroco de dicha población.

El día 21 de septiembre de 1833 vió colmados sus más ardientes deseos al ser elevado al sacerdocio. Una vez ordenado fué a vivir a Turín para prepararse, con estudios complementarios, al sagrado ministerio de las almas por el que sentía irresistible atractivo.

Ya en aquel tiempo existía en Turín una especie de seminario Superior, el «Convictorio eclesiástico», en el cual los sacerdotes recién ordenados de la provincia de Turín suelen pasar uno o varios años para perfeccionarse, mediante ejercicios prácticos, en la Teología Moral antes de consagrarse de lleno a los ejercicios de su ministerio. Esta institución, obra del canónigo Guala, data de los primeros años de reorganización religiosa, moral y social que siguió a la caída del imperio napoleónico: estaba destinado sobre todo a precaver al clero joven contra novedades filosóficas y teológicas que a la sazón se extendían por Italia y otras partes de Europa.

Conducido por las manos de la divina Providencia, José Cafasso llamó a la puerta del Convictorio eclesiástico, que entonces se hallaba junto a la iglesia de San Francisco de Asís y que más tarde fué trasladado a las dependencias de la Consolata, en donde se halla actualmente. El fundador mismo de la institución le recibió con toda afabilidad, el día 28 de enero de 1834. Tres años de constantes estudios y de continuada oración prepararon a Ca-

fasso, no sólo a las pruebas de un examen brillantísimo para las licencias de confesión, sino que le hicieron muy competente, tanto que el canónigo Guala le escogió para coadjutor suyo en la enseñanza. Nombrado viceprefecto de las conferencias morales, tomó posesión de esta cátedra en 1837, divulgándose muy pronto por toda la diócesis de Turín que un sacerdote sabio y santo ocupaba la cátedra de moral.

Por espacio de veintidós años, ya como coadjutor del canónigo Guala, ya como sustituto, ya finalmente como sucesor suyo, José Cafasso no cesó, en sus conferencias morales, de combatir al jansenismo y al regalismo; ayudado del socorro de lo alto, lo hizo con tanta energía que, al morir, había conquistado los laureles de una victoria completa.

Si con su doctrina supo atraerse la admiración de sus mismos adversarios, con su bondad, mansedumbre de carácter y santidad de vida supo ganarse los corazones. Su palabra persuasiva y reposada logró poner fin, como por arte de encantamiento, a la ojeriza que existía entre los partidarios de las diversas escuelas; y así se vió cómo los profesores rigoristas, al ver el abandono en que los dejaban sus alumnos, se adhirieron al criterio ortodoxo de Cafasso cuyas conferencias escuchaban con creciente interés e íntima satisfacción y provecho, pues admitieron al fin sin reserva sus doctrinas.

RECTOR DEL CONVICTORIO

A la muerte de Guala, acaecida en 1848, José Cafasso fué elegido rector del Convictorio y de la iglesia de San Francisco de Asís. Se portó con sus alumnos más como padre que como superior, infundiéndoles el espíritu de piedad y de celo que él poseía en tan alto grado.

El virtuoso rector predicaba más con el ejemplo que con la palabra: para acudir a los ejercicios de comunidad era siempre el primero y para recibir los honores, el último. Nunca fué posible saber las horas en que daba comienzo o terminaba su breve descanso; lo cierto es que, cuando los estudiantes se reunían para rezar las oraciones de la mañana, el rector ya estaba en la capilla y había celebrado el Santo Sacrificio de la Misa. Cumplía escrupulosamente los ejercicios y observancias que prescribían los reglamentos de la Venerable Orden Tercera Franciscana, de la que era miembro; en el refectorio se sentaba en el primer puesto libre que encontraba, y guardaba una abstinencia tan rigurosa, que rayaba en lo heroico: al mediodía tomaba un poco de sopa y un plato que nada tenía de suculento ni abundante; su cena se fué reduciendo gradualmente a un plato de sopa, luego a algunos bocados de pan con medio vaso de vino para ayudar al trabajo de la digestión y, finalmente, a un ayuno completo.

Por muchas que fueran sus ocupaciones y trabajos apostólicos, nunca faltó al Rosario que se rezaba en común. Era realmente admirable el fervor con que inculcaba en sus discípulos las prácticas de devoción, tales como el Rosario, la frecuencia de Sacramentos y demás ejercicios piadosos que entonces se veían tan menospreciados por los secuaces del jansenismo. Uno de los temas favoritos de sus enseñanzas era el tesoro de las indulgencias, sobre cuyo valor y eficacia todavía adoctrinaba estando en el lecho de la muerte. Destruía una por una las falsas interpretaciones de los textos bíblicos, tan buscadas y apreciadas por los rigoristas para infundir terror; pronunciaba con tal piedad la palabra «cielo» que fluía constantemente de sus labios, que las almas fuertes se sentían excitadas a obrar el bien, y las débiles, fortalecidas. El pensamiento del cielo era aguijón que le impulsaba a sacrificarse sin descanso y con alegría, sin dejarse abatir por las contrariedades y tribulaciones que ponían trabas al ejercicio de su celo: «Trabajemos, trabajemos ahora, ya descansaremos en el cielo; un rincón de paraíso todo lo suaviza y adereza»; éste era su optimismo cristiano.

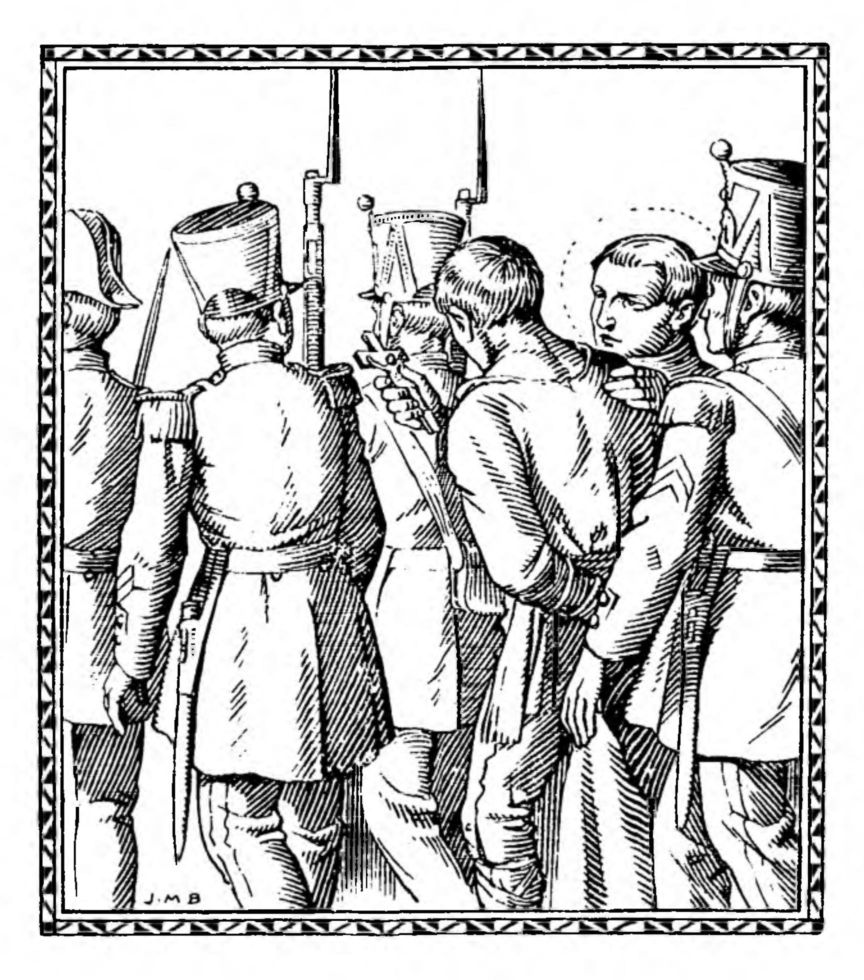
ESPÍRITU DE SAN JOSÉ CAFASSO

CUANTOS tuvieron ocasión de tratar a los sacerdotes de la provincia eclesiástica de Turín al final del siglo XIX y principios del actual quedaron admirados de su celo, de su piedad, de su ciencia teológica y del cariño que a las ceremonias litúrgicas y a las solemnidades religiosas demostraban.

Parecía que todo el esfuerzo de su alma convergía en un sólo punto: ser únicamente hombres de iglesia. Nada más cierto: con frecuencia se veían sacerdotes venerables encanecidos en el servicio de Dios ejerciendo las funciones de acólitos y turiferarios, o desempeñando el cargo de maestro de ceremonias.

Es indudable que este espíritu del clero de Turín es debido en gran parte a su maestro José Cafasso que daba ejemplo constante, ayudando él mismo al sacerdote durante el Santo Sacrificio y logrando con sus ejemplos y exhortaciones que sus discípulos tuviesen por grande cualquier servicio prestado al Rey de los reyes.

Tenía Cafasso un gran espíritu de celo y de caridad. Los actos de su vida nos lo demuestran evidentemente; aquí nos limitaremos a señalar la gran parte que tuvo en la fundación de las magnas empresas de caridad, legítimo orgullo de la populosa Turín que con justicia se gloría de encerrar en su seno valiosas e inmensas fundaciones donde se cumplen a la perfección las obras de misericordia. La *Piccola Casa* (casita) de la Providencia



SIEMPRE *que hay algún condenado a la pena capital, el bienaventurado Cafasso reivindica el privilegio de asistirle. Logra inspirar a la víctima tales sentimientos de resignación y de deseos del cielo, que dice el verdugo: «Con don José Cafasso, la muerte ya no es muerte, sino triunfo».*

fundada por San José Benito Cottolengo y que es un milagro permanente de la Providencia que cuida de sus hijos y de la caridad de los hombres para con sus hermanos menesterosos, podría hablar elocuentemente de las repetidas larguezas de San José Cafasso. También el Oratorio salesiano de San Juan Bosco fué sostenido por las limosnas de Cafasso, de tal manera que, si el fundador de los Salesianos tuvo valor para continuar hasta el fin su obra, fué debido en gran parte a que Cafasso, su confesor y director, no cesó un solo momento de animarle y ayudarle a proseguir su labor, a pesar de las muchas dificultades y pruebas terribles que tuvo que soportar.

Poseía un espíritu de mansedumbre y bondad similar al de San Francisco de Sales. En el confesonario tenía la precaución de no importunar al penitente inquiriendo pormenores meticulosos que turban más que enseñan. «Prefiero —decía— pecar por defecto que por exceso en asunto tan delicado.»

Este espíritu suyo lo inculcaba a los alumnos del Convictorio. Cada año terminaban los estudios un promedio de cuarenta sacerdotes, que penetrados del espíritu de su superior, lo irradiaban con apostólico celo por las vastas y fértiles llanuras del Piamonte, llevando la semilla de la gracia divina doquiera se les destinaba y depositándola en los pueblos que les eran confiados. Cuando más tarde se introdujo el proceso de beatificación de Cafasso, todos los testigos confesaron unánimes que la virtud predominante del siervo de Dios era «la confianza en Dios».

Además de las luchas contra las máximas jansenistas, se confió a nuestro biografiado otra delicada misión que en aquellos tiempos de rebelión del liberalismo contra Roma era de gran trascendencia: la de reducir las almas, principalmente las sacerdotales, a entera obediencia y adhesión filial al Jefe supremo de la Iglesia. En el cumplimiento de esta misión predicaba siempre la misma idea, que luego fué repetida por todo el clero del Piamonte: «Quien quiera estar con Dios, debe estar con el Papa.»

EL APÓSTOL

José Cafasso no sólo fué maestro y director, sino principalmente apóstol. Se pasaba casi toda la manaña en el confesonario, pues era rarísimo el día que lo dejaba antes de las diez. Sólo Dios conoce el bien inmenso que desde el santo tribunal obraba: sacerdotes, nobles, burgueses, gente del campo, todos acudían a él para recibir consejo, dirección, fuerza y asistencia espiritual.

El mismo arzobispo de Turín, monseñor Fransini, le consideraba como su mejor consejero, y cuando, obedeciendo órdenes del gobierno piamontés,

tuvo que abandonar su diócesis y salir para el destierro, recomendó a su vicario general que se condujera en todo siguiendo los consejos de José Cafasso. Para salir airosos en los negocios de su administración, difícil por las circunstancias de los tiempos, gran número de obispos le fueron a consultar también, y la mayoría de los personajes de la capital de la archidiócesis le daban el nombre de Padre. La marquesa de Barolo, tan célebre por sus inmensas caridades como por la hospitalidad que dió a Silvio Péllico, se dirigía a Cafasso como a un guía experimentado. Ya hemos visto cómo San Juan Bosco recibió inyecciones de entusiasmo, en medio de sus dificultades, de parte de su colega del Convictorio; pero no es esto sólo, pues el mismo Cafasso fué quien, inspirado por Dios, hizo conocer a dicho Santo —a quien sirvió en el altar el día en que celebró su primera Misa, el domingo de la Trinidad del año 1841— la vocación a que estaba llamado; después no cesó de dirigirle y animarle a perseverar, ya con sus consejos, ya con sus larguezas. No es de extrañar, pues, que el insigne bienhechor de la juventud y de la clase obrera atribuyese a su consejero el fruto de sus altas empresas: con frecuencia repetía: «Si algo bueno he hecho, al reverendo José Cafasso lo debo». Si la nobleza de Turín pudo mantener incólume el honor del catolicismo es debido a que contó siempre con este director tan experimentado para aconsejarse y dirigirse.

AMIGO DE LOS ENFERMOS Y DE LOS PRESOS

EL celo apostólico de Cafasso era como un fuego que todo lo consumía; no contento con los estrechos límites de la iglesia y del Convictorio de San Francisco de Asís, buscó más dilatado horizonte y se extendió muy pronto por toda la ciudad: sus diarias visitas a los enfermos dulcificaban sus padecimientos; alejaba de ellos el temor de la muerte y muchas veces llegaba hasta infundirles deseo de morir, haciendo penetrar en su alma un rayo de la esperanza celestial de que se hallaba poseído tanto su espíritu como su palabra. Cuando la conversión de un enfermo parecía desesperada bastaba acudir a Cafasso y se podía tener la seguridad de que el demonio sería vencido. Lejos de solicitar recursos, a veces los rehusaba, suplicando a las personas caritativas que los distribuyeran ellas mismas. Sin embargo, los pobres le asaltaban tanto en su casa como en la calle y, con frecuencia, él mismo subía a las buhardillas para dejar en manos de los necesitados el alivio de sus limosnas.

El campo privilegiado que más frecuentemente recibió la lluvia benéfica de sus sudores y de su caridad fueron las cárceles. Se hizo miembro de los Cofrades de la Misericordia para ejercer su apostolado con los presos, es-

pecialmente con los condenados a muerte, y le cupo el consuelo de que sobre sesenta y ocho asistidos por él en el trance del último suplicio, ni uno solo murió impenitente. Le parecía tan meritoria la aceptación voluntaria de la muerte, que obtuvo de Roma una idulgencia plenaria que puede ganarse de antemano para esta hora, concedida al rezo de una fórmula de aceptación de la muerte; este favor, que al principio se restringió a un número limitado de personas, la extendió Pío X a todos los fieles del universo.

Cuando algún desgraciado era condenado a muerte, José Cafasso reivindicaba para sí el privilegio de asistirle, y lograba siempre excitar en el alma del pecador sentimientos de arrepentimiento, de resignación y, a veces, hasta de alegría, presentándole el paraíso que pronto se le abriría por la fuerza de la humillación y del dolor que precedían al suplicio. El verdugo mismo decía: «Con don José Cafasso al lado, la muerte ya no es muerte, sino triunfo.»

PREDICADOR Y HOMBRE DE ORACIÓN

ADEMÁS de las obras de caridad ya indicadas, Cafasso se entregó a la obra de los ejercicios espirituales para el clero. A ellos concurrían todos los sacerdotes de la diócesis y aun de las otras sufragáneas y salían santamente renovados por las palabras conmovedoras y abrasadas del celoso director. Pero no sólo los sacerdotes se aprestaban a oírle sino también los seglares: patricios, nobles, oficiales y jóvenes de las Universidades, acudían presurosos a oír sus fervorosas pláticas.

¿De dónde provenía la eficacia de su palabra? Indudablemente de su estudio profundo, de su gran experiencia de las almas, pero principalmente de su virtud. No sólo creía las verdades que predicaba sino que tenía de ellas una persuasión profunda; las amaba, y en ellas se deleitaba. Este ardor con que abrasaba las almas, le venía de las largas meditaciones que hacía al pie del tabernáculo. Durante el día multiplicaba las visitas al Santísimo Sacramento. Su recogimiento y compostura durante la oración eran admirables; en su rostro se notaba algo de celestial y angélico que hacía exclamar a su coadjutor, que luego fué sucesor suyo: «Sin duda ninguna que nuestro estimado rector ha recibido el don de la contemplación.»

Era tan ardiente el deseo que tenía de acumular méritos para el cielo que todos los trabajos y sacrificios que se imponía en bien de las almas le parecían pocos; quería ganar más aún, y por esto se disciplinaba con frecuencia y ceñía sus lomos con cilicio.

MUERTE Y CULTO

EN la rueda veloz de los tiempos apareció el año de gracia 1860, esperado por José Cafasso y saludado por él como el más hermoso de su vida, pues por revelación divina supo que este año debía ser el último de su vida mortal. Por lo cual y, a pesar de hallarse en la plenitud de sus sus
fuerzas, tuvo que rescindir el compromiso que tenía adquirido de predicar en varios lugares; desde entonces multiplicó sus oraciones y su amor al retiro se acrecentó mediante su unión con Dios. Por fin, se despidió de sus penitentes, a muchos de los cuales manifestó el motivo de su proceder.

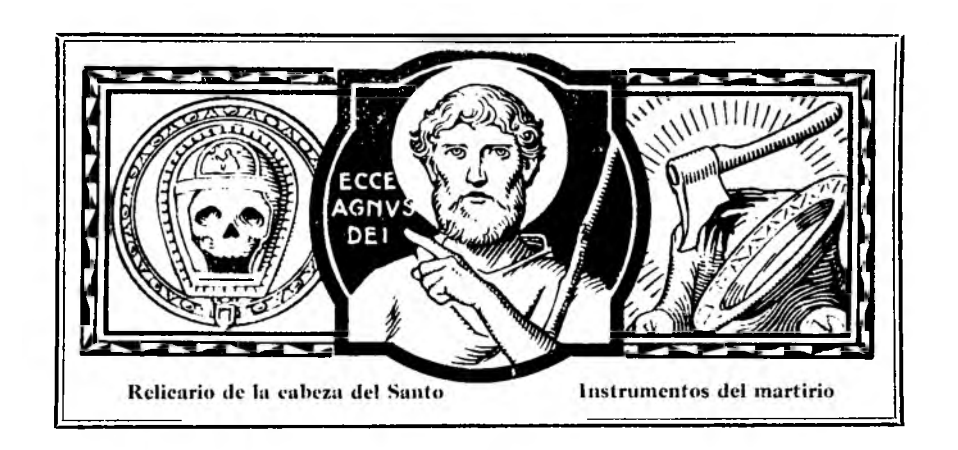
Acometido por la enfermedad, aunque no sorprendido por ella, abandonó el confesonario para caer sobre el lecho del dolor el 11 de junio por la mañana. Este lecho será el lugar de su agonía y sus lienzos serán el blanco sudario que envolverá sus despojos cuando su espíritu, libre ya de las ataduras corporales, vuele a recibir la palma de los escogidos que Dios tiene preparada para los que le sirven. Su glorioso tránsito tuvo lugar el 23 del mismo mes.

En su testamento, José Cafasso escribe estas líneas de tan extraordinaria humildad: «Muero, y muero satisfecho al pensar que por mi muerte habrá en la tierra un sacerdote indigno menos, y que otro más celoso y fervoroso suplirá mi frialdad y reparará mis faltas. Cuando haya descendido a la tumba, ruego al Señor que haga desapacer mi memoria de la tierra, y acepte, en expiación de mis pecados, cuanto en el mundo se diga contra mí».

Pero esta súplica no debía ser escuchada por la Providencia. Sus funerales fueron un verdadero triunfo. Fué inhumado en la basílica de la Consolata, en la cripta contigua al altar de Nuestra Señora de los Dolores; la piedad de los fieles cubrió su tumba de flores y coronas. La población entera acudió al lugar de su sepultura, no para tributarle el sufragio de sus plegarias, sino para pedir su protección.

El proceso del Ordinario comenzó el 9 de junio de 1899, siendo introducida su causa de beatificación el 15 de mayo de 1906; el decreto sobre la heroicidad de sus virtudes se promulgó el 27 de febrero de 1921; Pío XI le proclamó Beato el 3 de mayo de 1925, concediendo su oficio a la diócesis de Turín, y Pío XII le canonizó el 22 de junio de 1947.

Pidamos a San José Cafasso interceda ante Dios para que dé a la Iglesia muchos santos sacerdotes que le den a conocer y amar entrañablemente.



Relicario de la cabeza del Santo

Instrumentos del martirio

DÍA 24 DE JUNIO

SAN JUAN BAUTISTA

PRECURSOR DEL MESÍAS († 28 ó 29)

CIERTO día en que Jesucristo predicaba a las gentes, dijo, hablando de Juan: «¿Qué salisteis a ver en el desierto? ¿Alguna caña que a todo viento se mueve? Decidme, si no, ¿qué salisteis a ver? ¿A un hombre vestido con lujo y afeminación? Ya sabéis que los que así visten, en palacios de reyes están. En fin, ¿qué salisteis a ver? ¿A algún profeta? Eso, sí, yo os lo aseguro, y aun mucho más que profeta. Pues él es de quien está escrito: Mira que yo envío mi Ángel ante tu presencia, el cual irá delante de ti disponiéndote el camino. En verdad os digo que no ha salido a luz entre los hijos de mujeres alguno mayor que Juan Bautista» (*Mat.*, XI, 7-11).

¡Magnífico elogio, salido de la boca del mismo Dios!

San Juan Bautista ocupa en la historia de la humanidad un lugar único e incomparable; es el lazo de unión entre los dos mundos: él resume todo el Antiguo Testamento y prepara el Nuevo; al señalar al Mesías prometido, ya presente en medio de su pueblo, pone término a la sucesión de los Profetas y da comienzo a la misión de los Apóstoles.

SUS PADRES

HABÍA en Israel dos familias nobilísimas: la familia real de David, de la cual nacería el Mesías, y la familia sacerdotal de Aarón, cuyo sacerdocio figuraba, anunciaba y preparaba el verdadero y único sacerdocio de Jesucristo. María, Madre de Jesús, pertenecía a la estirpe de David; Zacarías y su esposa Isabel, padres del santo Precursor, descendían de Aarón. Isabel, siendo hija de una hermana de Santa Ana, madre de María, era por consiguiente prima hermana de la Santísima Virgen, pero de mucha más edad que María. Isabel y Zacarías poseían además otra nobleza, la nobleza excelsa y personal de la santidad, pues según frase del evangelista San Lucas «ambos eran justos a los ojos de Dios, guardando, como guardaban, irreprensiblemente todos los mandamientos y leyes del Señor» (I, 6).

Pero una inmensa tristeza embargaba el corazón de estos santos esposos y es que «no tenían hijos» ni abrigaban la esperanza de tenerlos, lo cual se consideraba entre los hebreos como oprobio y maldición. Dios así lo dispuso para probar y perfeccionar su virtud y porque San Juan Bautista, como Isaac, Sansón, Samuel y María, la Virgen bendita entre todas las criaturas, debía ser el fruto de la gracia y la oración, más aun que de la naturaleza.

APARICIÓN DEL ARCÁNGEL GABRIEL

ZACARÍAS era sacerdote de la octava familia o clase de Abías, una de las veinticuatro en que, para el mayor orden en el ejercicio del sagrado ministerio, había dividido David la descendencia de Aarón. Estas familias alternaban por semanas en las funciones del culto en el Templo de Jerusalén. Era éste un vasto edificio, mas no al estilo de nuestras catedrales, en cuyo único recinto se celebran los Oficios divinos. Imagínese en primer lugar una extensa explanada, rodeada de un cerco y flanqueada de construcciones diversas. Al entrar en esta explanada, se hallaba un espacioso patio o atrio de los gentiles, en el que todos podían entrar. Una especie de balaustrada y una doble hilera de columnas separaban este primer patio de otro, que era el atrio de los Judíos, en donde sólo los hebreos podían penetrar; este atrio, a su vez, estaba separado de un tercero, el atrio de los Levitas o Sacerdotes, en donde se inmolaban las víctimas y en medio del cual se levantaba el Santuario o Templo propiamente dicho. Este edificio, que ocupaba un lugar muy preeminente y al que se llegaba

por medio de una larga gradería, estaba dividido en dos partes: el Santo y el Santo de los Santos. En el Santo había, entre otros, el altar de los perfumes o mesita de madera de setím recubierta de láminas de oro.

Por la mañana a las nueve y por la tarde a las tres, un sacerdote, designado en suerte cada semana, entraba en el Santo y hacía quemar un puñado de incienso sobre el altar de los perfumes; luego salía, y de lo alto de la gradería del santuario, puestas las manos en forma de cruz, bendecía al pueblo reunido en el pórtico, diciendo: «El Señor te bendiga y te conserve; el Señor te descubra su faz y tenga piedad de ti; el Señor vuelva hacia ti su rostro y te conceda la paz». Esta triple invocación se dirigía misteriosamente a la Santísima Trinidad en favor del pueblo escogido.

«Sucedió, pues —como narra el evangelista—, que sirviendo Zacarías las funciones del sacerdocio en orden al culto divino, por su turno, que era el de Abía, le cupo en suerte, según el estilo que había entre los sacerdotes, entrar en el templo del Señor, o lugar llamado Santo, a ofrecer el incienso: y todo el concurso del pueblo estaba orando de parte de afuera, en el atrio, durante la oblación del incienso. Entonces se le apareció un ángel del Señor, puesto en pie a la derecha del altar de los perfumes, con cuya vista se estremeció Zacarías, y quedó sobrecogido de espanto. Mas el ángel le dijo: No temas, Zacarías, pues tu oración ha sido bien despachada, y tu mujer Isabel te dará un hijo al que pondrás por nombre Juan —que significa *Yahvé ha hecho gracia*—, y será para ti objeto de gozo y de júbilo, y muchos se regocijarán en su nacimiento, porque ha de ser grande en la presencia del Señor. No beberá vino, ni cosa que pueda embriagar, y será lleno del Espíritu Santo ya desde el seno de su madre. Convertirá a muchos de los hijos de Israel al Señor Dios suyo: delante del cual irá él, revestido del espíritu y del poder de Elías, para reunir los corazones de los padres con los de los hijos —es decir, enseñar a los judíos de entonces a imitar la fe de sus padres los antiguos patriarcas—, y conducir los incrédulos a la prudencia y fe de los antiguos justos, a fin de preparar al Señor un pueblo perfecto. Zacarías respondió al ángel: «¿Por dónde podré yo certificarme de eso?; porque soy viejo, y mi mujer de edad muy avanzada». El ángel, replicándole, dijo: «Yo soy Gabriel, que asisto al trono de Dios, de quien he sido enviado a hablarte y a traerte esta feliz nueva. Y desde ahora quedarás mudo, y no podrás hablar hasta el día en que sucedan estas cosas, por cuanto no has creído a mis palabras, las cuales se cumplirán a su tiempo.

Entretanto estaba el pueblo esperando a Zacarías, y maravillándose de que se detuviese tanto en el Templo. Salió, por fin, para dar la bendición acostumbrada, mas no podía hablar palabra, por donde conocieron que había tenido en el templo alguna visión; no obstante él procuraba explicarse por señas, pues había quedado mudo y sordo» *(Luc.,* I, 8-22).

«Cumplidos los días de su ministerio volvió a su casa», triste —dice San Paulino— y pidiendo perdón a Dios en el fondo de su corazón. Vivía en Ain Karim, pequeña ciudad situada a dos leguas al oeste de Jerusalén y al pie de una montaña. Pronto tuvo Isabel la seguridad de ser madre

LA VISITACIÓN

SEIS meses más tarde el ángel Gabriel se apareció a la humilde e incomparable virgen de Nazaret y le anunció el privilegio de su maternidad virginal y divina y, en testimonio de sus palabras, añadió: «Ahí tienes a tu parienta Isabel que en su vejez ha concebido también a un hijo: y la que se llamaba estéril hoy cuenta ya el sexto mes, porque para Dios nada es imposible». Así, pues, Juan empezaba a hacer el papel de precursor.

Levantóse María y se puso en camino sin que le amedrentaran las cuatro o cinco jornadas que dista Nazaret de las montañas de Judea, en donde habitaba su prima; la caridad pareció darle alas, pues el evangelista nos dice que se fué apresuradamente para saludar a Isabel. La madre de Dios adelantóse a la madre de Juan; Jesús se adelantó a su precursor, habló por la boca de María, y su voz penetró hasta el alma del hijo de Isabel, el cual despertóse a la vida de la gracia, reconoció a su Salvador y dió saltos de júbilo en el seno de su madre. El Espíritu Santo iluminó el alma del hijo y esta divina luz, reflejándose en el alma de la madre, hizo exclamar a Isabel: «Bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre. Y ¿de dónde a mí tanto bien que venga la madre de mi Señor a visitarme? ¡Oh, bienaventurada tú, que has creído!, porque se cumplirán sin falta las cosas que se te han dicho de parte del Señor».

Pero María, atribuyendo a Dios toda la gloria, exclamó: «Mi alma glorifica al Señor», y por primera vez, en aquel lugar solitario, resonaron los sublimes acentos del *Magníficat,* que los siglos vienen repitiendo en memoria suya. De lo maravilloso de este primer encuentro puede uno colegir las gracias abundantísimas que acarreó sobre la familia del Bautista la presencia de María durante los tres meses que permaneció en casa de su prima.

SU NACIMIENTO

ENTRETANTO le llegó el tiempo del alumbramiento, y dió a luz un hijo. Supieron sus vecinos y parientes la gran misericordia que Dios le había dispensado y se congratulaban con ella. El día octavo vinieron a la circuncisión del niño y llamábanle Zacarías, del nombre de su padre. Pero la madre, oponiéndose, dijo: «No será así, sino que se llamará Juan».



JESÚS *desciende a las ondas del río, y recibe el bautismo de penitencia. Mas no son las aguas las que santifican a Jesús, sino Jesús quien santifica a las aguas. Desde este momento el verdadero Bautismo, el que borra el pecado original, queda instituído por Nuestro Señor Jesucristo.*

Dijéronle: «¿No ves que nadie hay en tu familia que tenga ese nombre?». y al mismo tiempo preguntaban por señas al padre del niño cómo quería que se llamase. Y él, pidiendo las tablillas de escribir, escribió así: «Juan es su nombre». Lo que llenó a todos de admiración.

Mas apenas hubo reparado, con este acto de fe y obediencia, su falta de confianza en la palabra de Dios, el espíritu de los profetas iluminó su alma y, desatada repentinamente su lengua, el hermoso cántico *Benedictus* brotó de sus labios inspirados: «Bendito sea el Señor Dios de Israel, porque ha visitado y redimido a su pueblo... Y tú, oh niño, tú serás llamado el profeta del Altísimo, porque irás delante del Señor a preparar sus caminos...».

Multiplicábanse, pues, los milagros en torno de la cuna del niño; por lo que un santo temor se apoderó de todas las gentes comarcanas y divulgáronse estos sucesos por todo el país de las montañas de Judea. Cuantos los oían, meditábanlos en su corazón, y se decían unos a otros: «¿Quién pensáis ha de ser este niño? Porque verdaderamente la mano del Señor estaba con él».

¿Presenció María estos faustos acontecimientos? Algunos opinan que ya había regresado a Nazaret; mas San Ambrosio y otros muchos creen que permaneció en casa de Zacarías hasta después del nacimiento de San Juan. Nuestra imaginación gusta representarse al niño Juan, siempre precursor, preceder a Jesús en los brazos de María. Cuando el divino Salvador nació en Belén, Isabel y Zacarías, ¿devolvieron su visita a la augusta Madre de Dios? El evangelista nada nos dice sobre el particular, mas teniendo cuenta con la proximidad de las localidades de Ain Karim y Belén, hay razones fundadas que nos autorizan a pensarlo. Y en el supuesto de que entonces el Precursor fuese llevado a Belén, ¿quién podrá describir la encantadora escena que se desarrolló entre el Niño Dios y el tierno Juan, que a pesar de su niñez gozaba del uso de razón?

No tardó en llegar a oídos de Herodes, usurpador del trono de David, la noticia del nacimiento del Mesías. Turbóse el rey y, temiendo por su autoridad, mandó matar a todos los niños que había en Belén y su comarca. Jesús, llevado a Egipto por José y María, se libró de la muerte; mas, ¿qué fué del hijo de Zacarías, nacido no lejos de Belén? Leyendas antiguas cuentan que fué milagrosamente salvado. Sea de esto lo que fuere, Zacarías, que ejercía en Jerusalén las funciones sacerdotales, murió asesinado, según algunos autores, por orden del rey, entre el Templo y el altar, y la mancha de su sangre permaneció indeleble en el suelo.

Poco después Isabel murió en el desierto montañoso; dícese que los ángeles cuidaron del huerfanito, cuya vida entera había de ser tan semejante a la de aquellos espíritus celestiales.

EN EL DESIERTO

HASTA la edad de treinta años San Juan vivió en el desierto apartado de todo lo que podía empañar la pureza sin mancilla de su inocencia, y, cual ángel terrestre, ocupado en orar, adorar, alabar a Dios y contemplar sus divinas grandezas. Durante la estancia en el desierto su morada habitual era una gruta, cavada en la roca, que el peregrino puede aún visitar, en un valle solitario, estrecho y profundo, no lejos del antiguo Ain Karim, donde nació el santo Precursor. Su vestido no consistía en la piel de carnero con que suelen representarle los pintores, sino en una túnica hecha de piel de camello y ceñida al cuerpo por un cinturón de cuero; túnica, en verdad, áspera y pobre, verdadero instrumento de continua penitencia. Su alimento consistía en miel silvestre y langostas, contentándose con los frutos del algarrobo cuando carecía de otro alimento en el desierto.

Es muy probable que el santo Precursor fuera más de una vez al Templo de Jerusalén; pero, en cambio, de un pasaje de sus discursos al pueblo se colige que no fué a Nazaret para ver a Jesús. De este modo el testimonio que Juan debía dar de Jesús parecería a los judíos más desinteresado, más divino, por proceder de un hombre que había crecido y vivido lejos de Nazaret y apartado de la sociedad del Hijo de María. Mas, ¿quién podrá ponderar el sacrificio impuesto al alma tan amante de Juan, al sentirse tan cerca de su amado Salvador y no gozar de su presencia?

SU PREDICACIÓN. — BAUTISMO DE JESÚS

LLEGA, por fin, el tiempo en que Jesús, oculto en Nazaret, va a manifestarse al mundo. Juan tiene treinta años, edad que se exige a los doctores de Israel para que se les conceda el derecho de explicar al pueblo los Libros Sagrados; Dios le envía para anunciar a los hombres la «buena nueva» y preparar los caminos a Jesús. Juan empieza a predicar en las montañas de Judea, no lejos de su retiro, y pronto hace oír su palabra en las riberas del Jordán. Al cabo de cuatrocientos años de silencio, la voz de los profetas resuena de nuevo en Israel. Palestina toda se conmueve, las muchedumbres se ponen en marcha hacia el Jordán y se agolpan en torno del Precursor, cuya santidad y austeridad extraordinarias todos admiran, recordando sin duda las maravillas obradas alrededor de su cuna.

«¡Oh raza de víboras —exclama el nuevo Elías, refiriéndose a los fariseos—, ¿quién os ha enseñado a huir de la ira que os amenaza? Haced, pues. frutos de penitencia y dejaos de decir interiormente: Tenemos por padre a

Abrahán; porque yo os digo que poderoso es Dios para hacer que de estas mismas piedras nazcan hijos a Abrahán. ¡Mirad que ya la segur está aplicada a la raíz de los árboles, pues todo árbol que no produce buen fruto, será cortado y echado al fuego!».

Y, preguntándole las gentes: «¿Qué es lo que debemos hacer, pues?» Juan respondía: «El que tiene dos túnicas dé al que no tiene ninguna; y haga otro tanto el que tiene qué comer». A los publicanos respondía: «No exijáis más de lo que está ordenado»; y a los soldados: «No hagáis extorsiones a nadie, ni uséis de fraude, contentaos con vuestras pagas». Véase, por lo dicho, cuán exactamente conocía Juan el medio en que vivía.

Muchos se arrepentían de sus culpas y, como prueba de su arrepentimiento, iban a recibir el bautismo en las aguas del Jordán.

En fin, el *Bautista* —pues así le llamarán en adelante— aparecía a los ojos de todos como un personaje tan sobrehumano que pensaron muchos si se trataría del Cristo o Mesías: Así, pues, los judíos le enviaron de Jerusalén sacerdotes y levitas para preguntarle: «¿Tú quién eres? —Yo no soy el Cristo —respondióles Juan—. Yo soy la voz del que clama en el desierto: Enderezad el camino del Señor, como lo tiene dicho el profeta Isaías... Yo bautizo con agua; pero en medio de vosotros está uno a quien no conocéis. Él es quien ha de bautizar con el Espíritu Santo y con el fuego. Él vendrá en pos de mí, y yo no soy digno de desatar la correa de sus sandalias».

Mas he aquí que cierto día un hombre de Nazaret fué al Jordán en busca de Juan para ser por él bautizado. El santo Precursor reconoció en él al Salvador del mundo y, estremecida su alma de júbilo, exclamó: «Yo debo ser bautizado de ti, ¿y tú vienes a mí?». A lo cual respondió Jesús: «Déjame hacer ahora; que así es como conviene que nosotros cumplamos toda justicia».

Y Jesús descendió a las ondas del río y recibió el bautismo de penitencia; pero no fueron las aguas las que santificaron a Jesús, sino Jesús quien santificó a las aguas; y desde aquel momento el verdadero Bautismo, el que borra el pecado original, quedó instituído por Nuestro Señor Jesucristo. Después, el Verbo humanado salió del río y se abrieron los cielos, y se vió bajar el Espíritu Santo a manera de paloma, que se posó sobre Él, y oyóse la voz del Padre: «Éste es mi querido Hijo, en quien tengo puestas todas mis complacencias». Día, en verdad, de felicidad y de gloria para San Juan.

Otro día vió Juan a Jesús que venía, y dijo: «He aquí el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo». Oyéronlo dos de sus discípulos y siguieron a Jesús; éstos eran Andrés, hermano mayor de Pedro, y Juan, el futuro Evangelista. Luego el divino Maestro da comienzo a sus predicaciones y milagros sinnúmero, y las muchedumbres se agolpan en torno suyo. Algunos discípulos de Juan se afligen, mas el Precursor, lleno de inefable júbilo, les dice: «Ya os dije que no soy el Cristo, sino el que le precede, y es necesario que Él crezca y que yo disminuya».

SU MARTIRIO

TIEMPO hacía que el viejo Herodes, el verdugo de los Inocentes, había muerto; mas, su hijo, el tetrarca Herodes, mandaba en Galilea. Este príncipe disoluto había arrebatado la mujer a Filipo su hermano, para desposarse con ella, por lo que Juan Bautista, cuyo celo y apostólica franqueza no habían podido ser vencidos por las persecuciones de los fariseos, se atrevió a decir la verdad a Herodes: «No te es lícito tener la mujer de tu hermano». Hizo encarcelar Herodes al Precursor en la fortaleza de Maqueronte, al otro lado del Mar Muerto. Esto no obstante, Herodes le temía y miraba con respecto y hacía muchas cosas por su consejo y le oía con gusto, por lo que Herodías, cual otra Jezabel, se encolerizaba y enfurecía contra el nuevo Elías.

Con ocasión de su cumpleaños, Herodes convidó a cenar a los grandes de su Corte, a los primeros capitanes de sus tropas y a la gente principal de Galilea. La hija de Herodías, habiendo entrado en la sala del festín, bailó y agradó tanto a Herodes y a los convidados, que le dijo el rey: «Pídeme cuanto quisieres que yo te lo daré, aunque sea la mitad de mi reino. —No pido tanto —respondió Salomé, aleccionada por su perversa madre—, me basta con que me des al instante, en esta fuente, la cabeza de Juan Bautista». El rey se puso triste, mas en atención al impío juramento y a los que estaban con él a la mesa, no quiso disgustarla: sino que, enviando a un alabardero, mandó traer la cabeza de Juan en una fuente. El alabardero le cortó, pues, la cabeza; trájola en una fuente, y se la entregó a la muchacha, que se la dió a su madre. Lo cual sabido por sus discípulos, fueron y dieron sepultura al cuerpo del mártir, muerto en defensa de las sagradas leyes del matrimonio.

El culto de San Juan Bautista ocupa un lugar importante en la Iglesia, la cual celebra su natividad el 24 de junio y su degollación o martirio el 29 de agosto.

SANTORAL

La Natividad de San Juan Bautista, Precursor del Mesías. — *Conmemoración de muchos Santos Mártires, quemados en Roma, durante la persecución de Nerón;* Santos *Simplicio y Teodulfo, obispos y confesores;* Oroncio, Heros, Farnacio, Fermín, Fermo, Ciriaco y Longinos, hermanos y mártires en Armenia; Agoardo, Agliberto y otros innumerables cristianos de ambos



Corona y palma de la vencedora de tremendos tormentos

DÍA 25 DE JUNIO

SANTA FEBRONIA

VIRGEN Y MÁRTIR († 304)

ENTRE Mardín y Mosul, en Mesopotamia, hay una mísera aldehuela llamada Nizeb, la antigua Nisibe o Sibápolis, importante capital de Oriente en el imperio romano. Florecía en dicha ciudad, a principios del reinado de Diocleciano, cuando la Iglesia gozaba de relativa paz, una comunidad de vírgenes cristianas, prudente y sabiamente dirigida por Santa Brienis. Una sobrina suya por nombre Febronia, joven de dieciocho años adornada con todos los dones de la naturaleza y de la gracia, vivía apaciblemente entre sus cuarenta y nueve compañeras. A la edad de dos años había sido confiada a los solícitos cuidados de su tía Santa Brienis, abadesa del monasterio.

MAESTRA DE SAGRADA ESCRITURA

NO son de extrañar sus rápidos progresos en el camino de la perfección ni su angelical inocencia ni su fervor creciente, habiendo sido, desde tan temprana edad, consagrada al servicio de Dios. Notóse en ella, tan pronto como aprendió a leer, una verdadera pasión por las Sagradas Escrituras en cuyos textos aprendió las primeras letras; pasión que fué corres-

pondida por su Divino Esposo con exquisitos regalos y celestiales carismas. Ese persistente y apasionado estudio la capacitó muy pronto para leer y explicar los textos bíblicos a la comunidad, que, en derredor suyo y pendiente de sus labios, no dejaba perder una sílaba de la inspirada doctrina con que, cada viernes, a pesar de sus tiernos años, exponía los versículos de la Escritura. Nada le producía mayor contento que poder desempeñar a satisfacción tan santo ministerio. Ilustres matronas, paganas todavía, pedían, por favor, ser admitidas entre el selecto auditorio y asistir a la explicación de la ciencia salvadora. Entre las concurrentes atraía las miradas de todas, Hiera, joven de noble y elegante porte, viuda de un senador, que profesaba el más tierno cariño a Febronia, cuyas enseñanzas la atraían y embelesaban.

La joven monja era el encanto de todos y muchos iban a oír sus lecciones del viernes; estas frecuentes relaciones con el mundo hubieran sido una peligrosa prueba a su virtud si no se hubiera puesto a salvo entrando de lleno por la vía de la más austera penitencia, imponiéndose rigurosísimas mortificaciones con el beneplácito y consejo de su tía Santa Brienis. Reglamentó su alimento, tomando únicamente lo estrictamente necesario para no desfallecer; comía cada dos días y su lecho era una dura tabla o, más a menudo, el frío suelo.

No fueron bastantes tantos rigores a más de la oración y el estudio, porque el maligno enemigo la tomó por blanco de rudísimos ataques, a los que, valerosamente, oponía la meditación de la Biblia, libro por excelencia, para ella de un modo especial, y con pasmosa serenidad se enfrascaba en su lectura durante lo más recio de la tentación, pudiendo contar los combates por el número de victorias.

PERSECUCIÓN. — LISÍMACO

UN hombre, por nombre César Galerio, que a la fanática superstición unía la más bárbara crueldad, incitó y arrastró al emperador Diocleciano, con pertinaz insistencia a desfogar su odio contra los discípulos del Crucificado y desató una de las más terribles persecuciones religiosas que registra la Historia de Oriente. Acaeció por los años de 303.

El joven Lisímaco, patricio romano, tildado y acusado de tener secretos tratos con los cristianos, que a la verdad le eran sumamente simpáticos, a pesar de su devoción a los dioses del Imperio, recibió órdenes terminantes de cumplir, rigurosamente y a la mayor brevedad, el edicto imperial contra los cristianos. Como estimulante prometíale el emperador el cargo de prefecto, en otro tiempo desempeñado por su padre, y la mano de la hija de Prósforo, acaudalado senador.

No atreviéndose a quebrantar Lisímaco órdenes tan apremiantes, por no incurrir en la cólera imperial, salió al punto para el Asia acompañado de su tío Seleno, procónsul, y de un primo suyo, el conde Primo. El primero, enemigo encarnizado de Cristo, dió rienda suelta a sus instintos sanguinarios, atormentando con inaudita crueldad a los cristianos. Tembló la Mesopotamia entera con tan bárbara carnicería.

En presencia de los fieros atropellos, reveladores del brutal carácter de su tío, no pudo contenerse el amable Lisímaco. Llamó al conde Primo y declaróscle en estos términos: «Bien sabes que mi madre era fervorosa cristiana. Inútil es encarecerte que todos sus cuidados y desvelos por mi conversión fueron vanos; no obstante, tal era el amor que me tenía y tales sus ansias de verme convertido, que, en la hora suprema, logró arrancarme la promesa de que no perseguiría a ninguno de los que profesaban su misma religión. En aquellos trágicos momentos le prometí con todas las veras de mi alma, no sólo no perseguirlos, sino tratarlos como amigos. Ahora sufro atrozmente, a la vista de los bajos instintos y tiránicas crueldades de mi tío, como, sin duda, sufrirás tú. Te suplico que ceses en la persecución contra los cristianos, que ningún daño han ocasionado al imperio. No los molestes más, y si puedes, facilítales la huída».

Como el conde Primo participaba de la misma delicadeza y dulzura de carácter que Lisímaco y consideraba como la más bestial abyección el inhumano proceder de su tío Seleno, principió por avisar secretamente a los monasterios, con el fin de ponerlos a salvo de la terrible persecución.

Como lobos carniceros en manada, recorrían los perseguidores las ciudades, cebándose en la sangre de inocentes víctimas; su paso ocasionaba indescriptible espanto. Monjes, sacerdotes y seglares huían precipitadamente cual disperso rebaño delante de sus fieros enemigos, buscando un refugio en el campo. Al llegar los perseguidores a Nisibe, procuró Brienis sostener, en aquel desconcierto general, el ánimo vacilante de sus Hermanas; mas en vista de lo terrible de la prueba, no quiso exponerlas a mayores peligros y les permitió refugiarse donde les fuera posible. Permanecieron, no obstante, en el monasterio, ella, la vicepriora Tomais y la joven Febronia.

EN PRISIÓN

LAS primeras órdenes de Seleno a sus soldados al entrar en la ciudad fueron las de cercar inmediatamente el convento de las monjas. En un instante vinieron al suelo las puertas destrozadas a hachazos. Se apoderaron de la abadesa, y ya estaba la espada en alto para descargar el golpe mortal, cuando Febronia se arrojó con los ojos arrasados en lágrimas entre

su tía y los asesinos, gritando: «Matadme primero a mí; que no vea yo la muerte de mi queridísima maestra; por Dios os lo suplico».

Cortó estas palabras la repentina aparición del conde Primo, que con robusta y severa voz increpó duramente a los soldados intimándolos a salir inmediatamente del sagrado lugar. Acto seguido preguntó a la abadesa: «¿Qué es de las monjas? —Han huído —le contestó—. Pluguiera a los dioses que vosotras hubierais hecho lo mismo. Huid, alejaos de aquí en seguida».

Vuelto Primo al pretorio, informó a Lisímaco de lo acaecido. «Todas las religiosas del monasterio —le dijo— se han puesto a salvo, excepto dos ancianas y una joven de singular belleza, que, por Hércules, si no fuera tan pobre la juzgara por digna de tu mano. —Vuelve al instante y sácalas del convento, ponte tú mismo de guardián, no sea que caigan en poder de mi tío». Por desgracia toda la rapidez para ejecutar el mandato resultó inútil, porque ya se le habían adelantado; pues Seleno, conocedor, por un soldado descontento, de lo sucedido, acudió inmediatamente a ejecutar sus siniestros planes. Cuando llegó Primo, ya se habían apoderado de la joven Febronia, rechazando brutalmente a Brienis y Tomais que intentaron impedirlo.

Ni siquiera les cupo el consuelo de poder acompañar a su Hermana querida en el terrible combate que la aguardaba. Santa Brienis, volviéndose a su sobrina, con sonora voz le dió los últimos consejos: «Acuérdate —le decía— que eres polvo y en polvo se ha de convertir tu cuerpo. ¿Qué importa, pues, que sea degollado? Jesús, tu Divino Esposo y toda su Corte esperan el triunfo para consolarte. Séle fiel hasta el último suspiro. En cuanto a mí, aquí postrada a los pies del Señor me tendrás implorando tu victoria. ¡Ah!, hija mía, procura que el triunfo final inunde de alegría el corazón de tu madre». Abrazáronse tiernamente Brienis y Febronia, y derramaron abundantísimas lágrimas. Bendijo la santa abadesa a su hija y encerróse en el oratorio. La inocente víctima era llevada a rastras por sus verdugos.

LA MÁRTIR

SENTADO en su tribunal esperaba impaciente Seleno la llegada de la joven. Su prisión había atraído inmenso concurso, por las grandes simpatías de que gozaba la virgen de Nisibe. Hiera, la joven viuda del senador, y Tomais, disfrazada con hábitos seglares, presenciaban la escena para dar alientos a su ilustre amiga. Aparece Febronia con fuertes grillos en sus muñecas y pesadas cadenas en el cuello. Una súbita conmoción recorrió la plaza; oíanse gemidos entrecortados y ahogados sollozos trocados pronto en desgarradores alaridos que espontáneamente brotaron hasta de los



CONSUMADO *el sacrificio de Santa Febronia, Lisímaco derrama abundantes lágrimas y manda transportar los preciosos restos de la Santa al monasterio de Brienis, en donde con mucha honra son depositados en magnífico mausoleo costeado por el joven patricio romano.*

más insensibles pechos. Este conmovedor espectáculo parecía turbar el ánimo del mismo cruel Seleno, que ordenó cesara el tumulto al momento y mandó a Lisímaco que iniciase el interrogatorio. No dió lugar el patricio a que le fuese de nuevo intimada la orden y rompió el silencio:

—Joven —dijo a la virgen—, ¿eres libre o esclava?

—Esclava —respondió Febronia.

—¿De quién? —repuso Lisímaco con lívido semblante.

—De Cristo.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó de nuevo.

—Cristiana; pero si algo más deseas saber, Febronia me llamaba mi madre.

Rápido e inquieto, se arrogó el derecho de seguirla interrogando Seleno.

—Juro por los dioses inmortales —exclamó—, que había determinado inmolarte como a una res, sin fórmula de juicio; pero tu modesta beldad me infunde compasión. Atiéndeme como a padre que quiere persuadir a su amada hija: aquí tienes a mi sobrino Lisímaco, apuesto joven de hermoso continente y noble porte; no desmerece su hermosura de tus encantos. Altas dignidades le aguardan. Mucho contrasta su aportación con tu pobreza, mas no temas. Sin familia ni descendencia vivo yo y a tus manos irán a parar mis pingües riquezas. Una sola condición pongo a tanta felicidad como te espera: adora a los inmortales dioses del imperio. Ambos viviréis felices gozando de la mayor privanza del augusto emperador. ¡Cuán envidiados seréis por el resto de los mortales! Mas si, despreciando mis consejos, rechazas tan ventajosas proposiciones, juro por todos los dioses del imperio que tendrás en lugar de un padre al juez más severo y no te quedarán más que tres horas de vida.

—Tengo por esposo al Rey de los cielos y tierra —respondió la casta doncella—, y por dote el supremo dominio de toda la creación, ¿cómo podría ser infiel y trocar a un Dios inmortal por un mísero mortal? Ni me seducen tus halagos ni me intimidan tus amenazas.

Con trémulos labios y voz enronquecida por la cólera, gritó fuera de sí el tirano: «¿Despreciar tú mis amenazas y burlarte de los tormentos?» Y sin más palabras, con un ceñudo gesto, ordenó que fuese amarrada la joven a las cuatro estacas preparadas para el suplicio y que empezasen los verdugos la horrible flagelación, precursora de la hoguera que se iba mientras tanto preparando debajo del patíbulo. Chorrea ya la sangre del inocente cuerpo salpicando a los feroces sayones; trozos de carne empiezan a desprenderse. Estaba encendido el fuego que voraz lamía los cándidos miembros y, cebado por el aceite, ascendía recto ofreciendo al cielo la víctima expiatoria. Un grito salió de los pechos de la horrorizada muchedumbre: «¡Basta, basta de crueldad; dejad libre a esa joven!» Irritado y fuera de sí por la actitud de la concurrencia, lejos de atender su petición mandó reduplicar la crueldad de los azotes y en breve instante se vió con horror descarnarse

pechos y espalda de la heroica mártir, que exhausta quedó sin sentido. Creyéndola muerta, cesó el tormento.

No tardó en volver en sí cuando resonó a sus oídos la sarcástica voz de aquella fiera sedienta de sangre humana: «¿Qué tal, Febronia? ¿Qué tal te parece el principio?» —preguntóle, creyendo con estas palabras que la santa mártir había de apostatar, considerando lo que todavía la esperaba, pues aquello no era más que empezar.

Despavorida la doncella por tales palabras, removió todos sus miembros convulso estremecimiento involuntario. Mas pronto la gracia se sobrepuso a la naturaleza. Serenóse y con resignada fortaleza respondió: «No, no me has vencido. Me burlo de tus suplicios.» Ciego ya de ira, atronó Seleno a los circunstantes, más que con voz, con fiero bramido: «¡Colgadla del patíbulo! ¡Desgarrad sus costados con garfios de hierro! ¡Aplicadle teas encendidas que abrasen sus entrañas hasta calcinar sus huesos!»

A tan salvajes mandatos no contestó la sublime mártir más que con una dulce mirada al cielo y un leve movimiento de sus labios musitando esta plegaria: «¡Señor mío y Dios mío; ayudadme en este duro trance; no me dejéis sola en mi dolor!». Tan maravilloso ejemplo de resignación en Santa Febronia, antítesis del bárbaro proceder de su encarnizado enemigo, arrancó a los circunstantes otro grito de horror y venganza contra el inicuo juez. La compasión por la tierna doncella había producido, como efecto contrario, la ira contra su atormentador: «¡Hagan los dioses que el mismo fuego te consuma!»— vociferaban las masas. Atemorizado Seleno por estas tremendas amenazas suspendió el tormento y con voz más suave prosiguió el interrogatorio.

Ni fuerzas para contestar quedaban a la inocente víctima. Furioso el tirano gritó: «¡Amarradla a un poste y cortadle la lengua!». El público mostró tan amenazador continente que Seleno retiró la orden y se contentó con que le rompieran los dientes. Ya llevaban rotos diecisiete, cuando cayó desmayada. Llamó el tirano a un médico que le curase las llagas, lo cual fué ardid para apaciguar a la multitud, pues en realidad su único fin era prolongar el martirio.

Recuperado que hubo las fuerzas Febronia, preguntóle el procónsul: «¿Me vas a obedecer ahora? ¿Sacrificas a los dioses o persistes en tu terquedad? —No pierdas el tiempo —contestó ésta—, desata por completo las ligaduras que todavía me sujetan a esta tierra, pues mi Esposo me aguarda».

En el paroxismo del furor el procónsul gritó al verdugo: «Cortad los pechos a esa insolente». Obedeció al instante y del primer golpe cortóle el derecho. Un grito desgarrador estremeció de horror a los asistentes a quienes el espanto tenía como cosidos al suelo. La virgen alzó los ojos al cielo y exclamó con voz moribunda: «¡Dios mío, Tú eres testigo de mis tormentos, recibe en tus manos mi alma!».

Cortóle en seguida el pecho izquierdo. Al desatarla del poste su cuerpo inerte se desplomó en el suelo. «Ha muerto —murmuró Lisímaco al oído de Primo, agobiado por el dolor y el remordimiento—. —No —replicó el impasible juez—, todavía no ha muerto, todavía luchará en pro de la salvación de muchos, y de la mía quizás». La indignación del pueblo resonó atronadora contra el inicuo juez: «¡Maldito sea el César! ¡Malditos sus dioses!».

Hiera, acercándose a Seleno, le increpó duramente, llenóle de improperios y maldiciones. Ciego él de furor, al oírla, ordenó que se apoderasen de aquella valiente mujer y la atormentasen con los más refinados suplicios hasta que expirase. La valerosa matrona, sin caber en sí de gozo, exclamó: «Dios de Febronia, yo no soy más que una infeliz pagana, mas dignaos aceptar el sacrificio de mi ser junto con el de mi dulce amiga.»

Pero amedrentado el tirano ante la actitud agresiva del pueblo, que no podía permitir tan infame proceder con una matrona de noble alcurnia, y por temor a que la nueva mártir produjese en la concurrencia una reacción en masa hacia el Cristianismo, ordenó que soltasen a Hiera, no sin antes jurar vengarse de ella en la persona de su carísima Febronia.

Lisímaco, entre la cólera y el abatimiento, levantóse entonces y dijo a su tío: «¿Qué más podéis hacer contra esa infeliz doncella? ¡Vámonos! —¿Irme yo? —replicó Seleno—; maldíganme los dioses si no arranco el alma a esta miserable», y con sarcástica e iracunda sonrisa se dirigió al verdugo: «Cortadle las manos y los pies». Mas todavía respiraba Febronia después de este tremendo suplicio; y no harto de sangre el fiero procónsul mandóla decapitar. Al instante rodó por el suelo la cabeza de la virgen mártir y con el último hálito desprendíase ligero su espíritu que se remontó a los reinos del Esposo que aguardándole estaba para la celebración de las eternas bodas. Era el 25 de junio de 304.

TRÁGICO FIN DE SELENO. — FUNERALES DE LA SANTA. CONVERSIONES

EN el momento de caer al suelo el cadáver precipitóse sobre él la multitud para recoger sus restos y darles honrosa sepultura; pero Lisímaco opúsose a ello, y con los ojos deshechos en lágrimas ordenó a la guardia que custodiase el destrozado cuerpo. Inmediatamente se retiró tiró a su aposento, se cerró con llave y, dejándose caer sobre el lecho, dió rienda suelta a su llanto, tanto tiempo contenido. En esta actitud permaneció muchas horas negándose a tomar alimento.

Mientras tanto Seleno medía a grandes pasos el patio del pretorio cual loco frenético; oíansele espantosos rugidos como de león enjaulado; había per-

dido la razón. De repente cesan los rugidos y óyese sordo ruido como de masa carnosa que choca contra un objeto duro; otro ruido análogo al de un cuerpo que se desploma, y mezclas de sordos quejidos y blasfemias que se apagan en labios humanos... Después silencio y quietud. En un arrebato de furor se había arrojado el procónsul contra una de las columnas cayendo muerto en el acto con los sesos desparramados por el suelo.

Precipitáronse despavoridos los criados y, a los gritos que daban, acudió presuroso Lisímaco, quien ante el cadáver de su tío exclamó, moviendo tristemente la cabeza: «¡Grande es el Dios de los cristianos! ¡El Dios de Febronia ha vengado su sangre inocente!». Ordenó que recogiesen, con sumo respeto, los dispersos miembros de la mártir y la tierra empapada con su sangre para llevarlos al monasterio del que había sido brutalmente arrebatada.

Santa Brienis traspasada de dolor al ver el mutilado cadáver de su queridísima hija, de extremada belleza pocas horas antes y ahora horriblemente destrozado, cayó desmayada. Hiera, Tomais y algunas religiosas que se habían reunido a ellas después de la tempestad, lavaron los ensangrentados miembros y los colocaron en un precioso ataúd, regalo de Lisímaco, y los cubrieron con el hábito religioso de Febronia. Lisímaco y Primo dieron toda clase de seguridades a los cristianos para que sin el menor recelo pudiesen asistir a los funerales de la religiosa.

Durante varios días hubo una continua romería, en la que los paganos y cristianos eran unos en rendir los últimos tributos de su amor y veneración a la joven heroína. Su sepultura fué verdadero pebetero de incienso y aromáticas flores. Jamás se vieron tan solemnes exequias. Más que duelo parecían asistir a las bodas de la mártir. Tal fué el número de milagros que sus reliquias realizaron, que multitud de paganos pidieron el Bautismo. A la cabeza de éstos iban Lisímaco y Primo, que fueron los primeros regenerados por las puras aguas sacramentales. Ya cristianos ambos, se encerraron en un monasterio, donde vivieron y murieron santamente.

Hiera fué también admitida en la comunidad cristiana con toda su familia. Regaló sus alhajas para adornar el féretro de su amiga; luego, hincándose de hinojos a los pies de Brienis, formuló la siguiente súplica: «Madre mía, recibidme en lugar de Febronia; como ella os amaré y serviré con la misma fidelidad».

Buen número de soldados que presenciaron el martirio de la virgen entraron también en el gremio de la Iglesia.

Tan portentosos y frecuentes fueron los prodigios obrados en el sepulcro de la Santa, que se convirtió en centro de romería.



DÍA 26 DE JUNIO

SANTOS JUAN Y PABLO

MÁRTIRES EN ROMA († 362)

ERAN todavía los días tristes en que la Iglesia, reducida a las Catacumbas, luchaba ardorosamente para mantener los tesoros de la fe. Sin embargo, ya en las Galias iba haciéndose ilustre en hechos aquel gran Constantino que abriría la nueva era de paz y libertad. Nacían, por entonces, los dos hermanos Juan y Pablo, que, bajo el reinado del apóstata Juliano, habrían de sellar con su sangre la fe de Cristo. Mientras su patria, dirigida por buenos gobernantes, iba por el camino del deber y de la virtud, la sirvieron con su talento y la espada; mas cuando fué víctima de la irreligiosidad, no tuvieron reparo en abandonar sus puestos elevados, para servir a mejor Señor.

La familia de nuestros Santos pertenecía a la más alta nobleza del imperio, siendo patricia su madre y su padre senador. Herederos de cuantiosísimos bienes de fortuna, recibieron, además, una esmerada educación.

Terminados sus estudios, se alistaron Juan y Pablo en el ejército, no tardando en descollar por su disciplina y valor. No se sabe nada más de la juventud de estos dos ilustres varones, pues Terenciano, capitán de la guardia de Juliano el Apóstata, a quien se debe la relación de su martirio, nada nos dice sobre sus primeros años.

EN CASA DE LA PRINCESA CONSTANZA

POR la señal de la cruz, el emperador Constantino acababa de conseguir la brillante victoria del puente Milvio contra Majencio, su competidor. Cuando más feliz parecía, permitió Dios que su hija, la princesa Constanza, fuera probada con horrible úlcera. Médicos y cirujanos, después de haberla atormentado largo tiempo, declararon incurable su mal. Viéndose desahuciada de los hombres, la joven princesa tendió sus miradas al cielo y pidió su curación a Cristo Redentor por intercesión de la bienaventurada mártir Santa Inés.

Por su fe alcanzó lo que pedía y aun más, pues, movida por la gracia, decidió renunciar al mundo y consagrar al Señor su virginidad. Suplicó al emperador su padre, le permitiese llevar en la Corte vida austera y cristiana. Constantino, encantado de las disposiciones de su hija, accedió gustoso a la petición y facilitó la ejecución de sus proyectos. Puso al servicio de su casa personas de reconocida virtud y religiosidad, entre las cuales se distinguían por su bondad, talento, prudencia, distinción y sencillez, los dos hermanos Juan y Pablo. Éste fué nombrado caballerizo mayor y Juan, mayordomo de la princesa Constanza.

Ésta había oído a menudo ponderar los méritos de los futuros mártires, pero cuando tuvo ocasión de verlos de cerca, apreció mucho más sus brillantes cualidades y depositó en ellos la más entera confianza.

JUAN Y PABLO, SUSTITUÍDOS POR ATICA Y ARTEMISA

EN aquel entonces, intentaron los escitas invadir la parte oriental del Imperio romano y, después de haber devastado toda la Tracia, amenazaron a Constantinopla, recién fundada por Constantino con objeto de entregar la soberanía de Roma al Vicario de Jesucristo.

Viéndose el emperador en la imposibilidad de ponerse él mismo al frente de sus tropas para combatir a los bárbaros, ofreció el cargo de lugarteniente imperial a Galicano, tenido por el general más aguerrido y experto del Imperio, y estimadísimo en la Corte no obstante su calidad de gentil.

Juzgando que no se podía prescindir de él, dos condiciones impuso el ambicioso militar para aceptar el mando que el emperador le confiaba: Ser nombrado cónsul por segunda vez y desposarse con la princesa Constanza.

No ignoraba Constantino el voto de la princesa su hija, como también sabía perfectamente que Constanza estaba dispuesta a derramar hasta la última gota de su sangre antes que ser infiel a la palabra empeñada al ce-

lestial Esposo. Por tal motivo, no se atrevía el emperador a insinuar a su hija la pretensión del general; pero, advertida aquélla del conflicto en que se veía su padre, acudió ante todo a la oración y luego, presentándose ante él, le dijo:

—Si no estuviera tan segura, señor y padre mío, de que Dios no me abandonará, me inquietaría el dolor que debéis experimentar ante el compromiso en que os pone la exigencia de Galicano. Pero la confianza que tengo en Dios mi Salvador y Esposo, hace que os evite esa aflicción, pues consiento en desposarme con Galicano si regresa triunfador del campo de batalla. Mas para ello he de poner también mis condiciones, a saber: Galicano me confiara las dos hijas de su primer matrimonio hasta el día de nuestras bodas, y él llevará consigo a mis oficiales Juan y Pablo; por ellos podrá conocerme, así como yo le conoceré por medio de sus hijas.

Este convenio agradó extraordinariamente a Constantino, el cual se apresuró a ponerlo en conocimiento de Galicano. Éste lo aceptó y llevóse a la guerra a Juan y a Pablo, dejando a sus dos hijas Atica y Artemisa al lado de la princesa Constanza.

Así que Constanza vió entrar en su palacio a las hijas de Galicano, corrió a su oratorio y, postrándose de hinojos y alzando las manos al Cielo, pidióle con instancia la conversión de estas dos almas: «Señor Dios mío todopoderoso, que por las oraciones de tu santa virgen y mártir Inés me curaste de la llaga incurable, me enseñaste el camino de la verdad, me inspiraste que permaneciese en castidad, y te dignaste admitirme en el número de tus esposas; Tú Señor, que eres Hijo y Padre de María y recibiste sustento de sus sagrados pechos, siendo Tú el que sustentas al universo; Tú, que creciste en edad, siendo el que da el crecer y aumento a toda criatura; Tú, que creciste en sabiduría, siendo sabiduría eterna; Tú, que eres grande, todopoderoso, infinito y en el tiempo naciste de madre, siendo sin madre engendrado en la eternidad de la sustancia del eterno Padre, Dios de Dios, lumbre de lumbre; Tú, que reparaste el mundo con tu muerte, y que eres juez universal de vivos y de muertos: haz, te suplico humildísimamente, que estas dos almas que Tú redimiste con tu preciosa sangre, y la de su padre Galicano, se conviertan a Ti y vivan para ti. Abre, Señor, mi boca para que les sepa decir lo que conviene, y abre sus oídos para que, oyendo mis amonestaciones, ellas y yo perseveremos en castidad y no deseemos otro esposo sino a ti, a fin de que ellas y yo eternamente nos gocemos en tu reino celestial.»

Muchas veces murmuraron esta ferviente plegaria los labios de Constanza, mas su celo apostólico no quedaba satisfecho, y exclamaba: «Ilumina, ¡oh Cristo y único Esposo mío!, con los resplandores de tu fe al alma de Galicano, que quisiera arrebatarme tus castos abrazos».

No tardó el Señor en escuchar estas ardientes súplicas. Las hijas del lu-

garteniente imperial no sólo se convirtieron a la fe cristiana, sino que, renunciando a las vanidades del mundo, quisieron imitar el ejemplo de la princesa y consagraron al Señor su castidad. Desde entonces las recién convertidas unieron sus oraciones a las de la princesa para pedir la conversión de su padre.

BATALLA DE FILIPÓPOLIS

ENTRETANTO marchaba Galicano con sus legiones al encuentro de los bárbaros; pero su pensamiento, fijo en Roma, le hacía ya verse revestido de la púrpura consular y yerno del emperador. Los ejércitos enemigos se encontraron cerca de Filipópolis; mucho confiaba Galicano en el éxito feliz de la batalla, pues los soldados, enardecidos por sus arengas, luchaban con gran denuedo, y tanto más cuanto que habían hecho múltiples hecatombes en honor de Marte.

Por otra parte, los escitas, numerosos y valientes, resistieron el choque impetuoso de los romanos y, a su vez, atacaron a éstos con tal ardor que, a pesar de los continuos sacrificios ofrecidos al falso dios de la guerra, los soldados sólo pensaron en la fuga.

Juan y Pablo luchaban al lado de Galicano y le defendían contra los golpes del enemigo, y más aun contra la desesperación que ya empezaba a apoderarse de su ánimo. Cuando vieron que los romanos huían del campo de batalla y que humanamente todo estaba perdido, le hablaron en estos términos: «Marte te abandona, o mejor dicho, nunca pudo servirte porque no es Dios. Promete abrazar la religión cristiana y el único y verdadero Dios te dará la victoria».

Apenas Galicano hizo voto de convertirse al Cristianismo si el cielo le favorecía con el triunfo, cuando vió a su lado a un gallardo mancebo, con una cruz sobre el hombro derecho, que le dijo: «Toma tu espada y sígueme».

«Y como yo, obediente a su voz, le siguiese —refería Galicano algunos días después a Constantino—, vime rodeado por todas partes de soldados armados que me alentaban al combate diciéndome: «Venimos en tu auxilio; entra sin temor en el campo enemigo y no te detengas hasta que llegues a la tienda del rey». Llegué por fin, merced a los golpes que daban a mi alrededor estos valerosos soldados, y el rey, postrado a mis pies, pidióme que le salvara la vida con cualquier condición que fuese, por lo que yo, movido a compasión, le perdoné a él y a sus soldados».



HACEDNOS *merced —exclaman sobresaltados los Santos Juan y Pablo— de apartar de nuestros ojos objeto tan abominable. Reconocemos a un solo Dios en tres Personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo, de quien vuestro amo no ha temido renegar, y al que nosotros prometemos fidelidad hasta la muerte».*

REGRESO A ROMA

ACABABAN Juan y Pablo de ganar para su general una brillante victoria contra los bárbaros, pero más singular todavía fué la que en favor suyo habían conseguido contra el demonio. Galicano reformó su ejército, recibiendo a los que consintieron en abrazar la religión cristiana y rehusando admitir a los que no quisieron abandonar el culto de los ídolos.

A su llegada a Roma, el Senado, la nobleza y el pueblo entero, salieron a su encuentro; mas él, antes de entrar en la ciudad, fué a postrarse sobre la tumba de los Apóstoles y dar gracias al Dios de los cristianos por tan señalado triunfo. Constantino, que poco antes de salir de Roma le había visto ofrecer sacrificios en el Capitolio, extrañóse sobremanera y le preguntó el motivo de su piadoso proceder.

Galicano le refirió entonces los pormenores de su conversión y añadió: «Para alcanzar la victoria me he convertido al Cristianismo, y, como quiero ser perfecto cristiano, he renunciado a mis pretensiones al cargo consular y a la condición de mi matrimonio; pues no quiero que nada me impida consagrarme completamente a Cristo mi Señor».

Al oír estas palabras, abrazóle Constantino con efusión y le contó que sus hijas eran también cristianas y vírgenes del Señor. A su llegada a palacio, Santa Elena, la princesa Constanza, Atioa y Artemisa, salieron a su encuentro llorando de alegría y alabando a Dios, autor de tantas maravillas. Esto no obstante, reconocido el emperador a sus señalados servicios, le concedió la toga consular y le decretó los honores del triunfo. Concluído su cargo, durante el cual dió libertad a cinco mil esclavos suyos, dijo adiós al mundo conforme a su deseo y entregóse a la oración y práctica de buenas obras. Retiróse a Ostia, donde hizo extraordinarias obras de caridad hasta que, arrojado de allí por Juliano, se trasladó a Alejandría. Terminó su santa vida recibiendo la corona del martirio en premio de sus heroicas virtudes. Su nombre consta en el martirologio romano el día 25 de junio, y en el calendario copto el 19 del mismo mes.

Mientras tanto, restituídos Pablo y Juan a la Corte para servir sus empleos en las habitaciones de la princesa Constanza, que los colmó de favores, proseguían con mayor fervor que nunca en el ejercicio de sus devociones y obras de misericordia, distinguiéndose cada día más por sus crecidas limosnas e insigne caridad. Del favor que lograban con la princesa y el emperador sólo se valían para el consuelo de los desgraciados, pues éstos acudían a ellos como a protectores de huérfanos, padres de pobres y amparo de desvalidos.

Muerto Constantino el Grande se mantuvieron en la Corte Juan y Pablo con el mismo valimiento y estimación que habían logrado en vida del emperador, y conservóseles en sus empleos aun después que murió la princesa Constanza.

EMBAJADA Y PROPOSICIONES DE JULIANO

LUEGO que subió al trono Juliano el Apóstata, y se declaró enemigo de Jesucristo con propósito de exterminar la religión cristiana, Juan y Pablo dimitieron sus cargos, renunciaron a los honores y, retirándose de la Corte, se dedicaron enteramente al ejercicio de buenas obras.

No ignoraba el Apóstata la virtud y mérito de los dos hermanos, por lo cual había jurado perderlos. Disimuló por algún tiempo, conteniéndole el temor de excitar la indignación del pueblo; pero, noticioso del bien inmenso que por su generosidad hacían a los cristianos perseguidos, envióles un emisario proponiéndoles que volviesen a la Corte para ejercer sus antiguos empleos. Los dos hermanos contestaron de este modo a Juliano: «Hemos servido a Constantino y a sus hijos porque, no contentos con practicar la virtud en el trono, se gloriaban de ser los servidores de Jesucristo. Mas desde que el mundo ya no ha sido digno de tener tales soberanos, y cuando hasta el trono se han encumbrado la desvergüenza y la apostasía, sería para nosotros un desdoro pertenecer a una Corte sacrílega e impía».

Envióles Juliano un nuevo mensaje para atraérselos a su lado: «Yo también obtuve en la Iglesia las primeras Órdenes y si hubiera querido, ocuparía en ella lugar preferente; mas, considerando la inutilidad de estos honores, que no pueden dar riquezas, opté por la política y la guerra y, ofreciendo sacrificios a los dioses, he llegado a tener en mi mano el cetro del mundo. Vosotros, pues, que os habéis criado en la Corte, podéis sentaros a mi lado, investidos de las principales dignidades en mi palacio; y tened en cuenta que, si rechazáis mis ofrecimientos, me obligaré a obrar de modo que os pese el desprecio que me hacéis».

Juan y Pablo respondieron: «No te hacemos la injuria de preferirte a ningún hombre; mas sobre ti está el Señor, que ha creado el cielo y la tierra, el mar y cuanto encierran; rechazamos tu amistad de hombre mortal, para no incurrir en la desgracia de un Dios inmortal».

Juliano, en un arrebato de furor, les concedió diez días de término para que tomasen su partido, asegurándoles que, si pasados éstos no se rendían a su voluntad, él les haría experimentar hasta dónde podían llegar los efectos de su indignación. A lo cual contestaron los valientes servidores de Jesucristo: «Obra como si estos diez días hubiesen ya transcurrido y ejecuta hoy mismo tus amenazas contra nosotros».

Cuando Terenciano, ministro e intérprete del emperador en este negocio, le dió cuenta de esta noble respuesta, Juliano, irritado, exclamó: «¿Acaso piensan ellos que los cristianos van a venerarlos como a mártires?» Levantándose luego, añadió en tono colérico y arrebatado: «Si no vuelven al palacio, dentro de diez días los trataré como a enemigos del Estado».

ÚLTIMA PRUEBA. — EL MARTIRIO

CON la seguridad de que en el plazo de diez días recibirían de manos del Señor la recompensa que tanto ambicionaban, los ilustres confesores de Cristo aprovecharon el tiempo para prepararse al martirio, recibir en su propia casa la visita de muchos cristianos y distribuir todos sus bienes a los pobres. Pasaron los diez días en ejercicios de devoción y buenas obras. Al día siguiente los soldados cercaron la casa y Terenciano llegó también con los suyos a la hora de cenar. Entró en el aposento de los dos hermanos y los halló postrados ante la imagen de Cristo.

Interrumpióles en su oración, mostróles una estatua pequeña de Júpiter, hecha de oro, que llevaba consigo, y les dijo: «Juliano, mi señor, me envía a vosotros por última vez; no os pide Su Majestad que concurráis públicamente a los templos y que en ellos rindáis adoraciones a los dioses del imperio; conténtase con que privadamente tributéis culto al gran Júpiter, cuya imagen os presento; de esta suerte conservaréis vuestros bienes, el honor y la vida».

Juan y Pablo respondieron: «Si tú tienes a Juliano por dueño y señor, gloríate en servirle; por lo que a nosotros toca, no reconocemos más señor que al único y verdadero Dios en tres Personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo; Aquel de quien tu amo se atrevió a renegar. Porque ha sido abandonado de Dios, quisiera él que los demás también se precipitaran en el abismo, mas no le seguiremos por el camino de perdición, ni imitaremos su apostasía».

Al oír Terenciano esta profesión de fe comprendió que no podría vencer el valor de los dos hermanos y, cumpliendo las órdenes que había recibido del tirano, hizo degollar a San Juan y a San Pablo, los enterró en los sótanos de su casa y propaló luego la voz de que habían sido desterrados por mandato del emperador.

Lo que movió a Juliano a hacerlos morir secretamente, fué el temor de que se levantase algún alboroto en la ciudad y que los dos confesores de la fe fuesen honrados como mártires, por los cristianos.

Entretanto, las almas de nuestros dos héroes fueron a gozar de la visión beatífica. Y el Apóstata recibió pronto el castigo de sus crímenes, pues, habiendo ido a la guerra contra los persas, al año siguiente, día por día, el

26 de junio de 363 murió desastrosamente, blasfemando del nombre de Cristo.

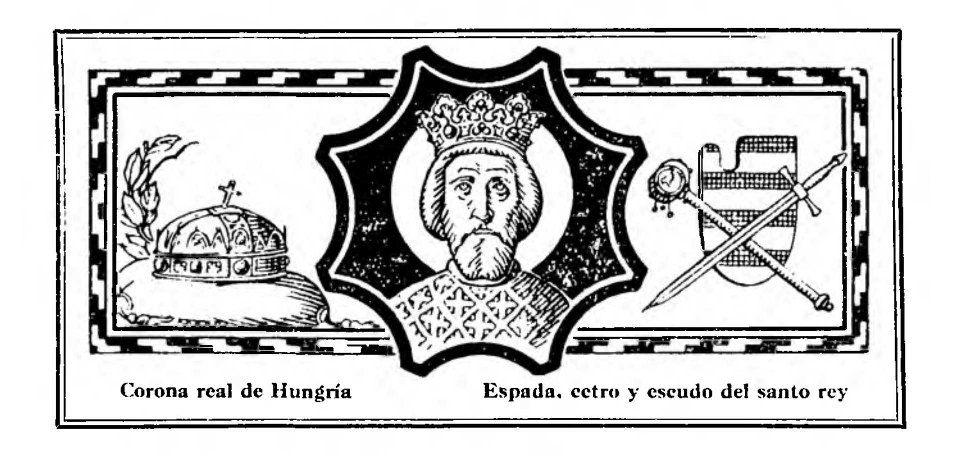
No estuvieron ocultas mucho tiempo las preciosas reliquias de San Juan y San Pablo, pues en tiempo del católico Joviano, sucesor de Juliano el Apóstata, Dios obligó al espíritu de las tinieblas a que las descubriera y a glorificarlas contra su voluntad, haciendo que aquellas personas en quienes había entrado el demonio dieran en ir a la casa de los santos mártires gritando que allí estaban enterrados dos grandes siervos de Dios. El pueblo, entonces, acudió a la casa y, hallando los cuerpos de San Juan y San Pablo, les tributó los honores de la más ferviente oración. La curación de un hijo de Terenciano, poseído del demonio, determinó la conversión del verdugo de los dos bienaventurados hermanos, el cual, para reparar su horrendo pecado, escribió la vida y glorioso martirio de sus santas víctimas.

Las reliquias de ambos mártires fueron colocadas en la magnífica iglesia que se erigió poco después en el sitio de su misma casa, lugar de su martirio, iglesia que hasta el día de hoy lleva el nombre de los Santos Juan y Pablo, en Roma, y es título cardenalicio. Fué confiada al cuidado de los religiosos Pasionistas en 1773 por el papa Clemente XIV, así como el convento del mismo nombre.

Su esclarecida memoria llegó a ser ilustre en el mundo entero, y la Iglesia ha intercalado sus nombres en el Canon de la Misa y en las Letanías de los Santos. El papa Benedicto XIV, con fecha 21 de mayo de 1728, declaró su fiesta de rito doble.

SANTORAL

Santos **Juan y Pablo**, mártires; *Pelayo, mártir en Córdoba; Majencio, abad;* Antelmo, obispo de Belley; Lamberto, obispo de Vence; Domiciano y Adelino, discípulos de San Landelino; *Salvio, obispo, y Superio, mártires;* Vigilio, obispo y mártir, en Trento; David, ermitaño, venerado en Tesalónica Hermogio, obispo de Túy, tío de San Pelayo; Baboleno, primer abad del monasterio de San Mauro, fundado en 638 a tres leguas de París; Vamberto, presbítero, asesinado por los normandos, Gaudencio, Félix, Agapito y Emérito, mártires en África; Tadeo, martirizado en Abisinia por haber convertido a la fe de Cristo a un rico idólatra y a una pecadora pública. Santas Albofleda y Teodequilda, virgen, hermana e hija, respectivamente, del rey Clodoveo. Beatas María Magdalena y catorce compañeras, mártires en Valence (Francia).



Corona real de Hungría — Espada, cetro y escudo del santo rey

DÍA 27 DE JUNIO

SAN LADISLAO I

REY DE HUNGRÍA (1031 - 1095)

«MUCHOS son los llamados; pocos, los escogidos». A todos invita el Señor a la gloria de la santidad; mas son relativamente escasos los hombres de esforzado corazón que conquistan aquellas cumbres. Nadie, sin embargo, carece de los medios necesarios para enfrentarse con semejante empresa, pues nunca niega Dios su gracia a quien devotamente se la pide.

Buena prueba de ello nos la ofrece el Martirologio, en cuyas páginas se halla estampada la vida de personajes representantes de las más diversas categorías sociales, y de los menos afines temperamentos. Y aun puede afirmarse que cada hombre, sea lo que fuere de su carácter personal y de su significado en la sociedad, tiene un modelo humano que ha sabido hacer valer en sí mismo disposiciones, cualidades o talentos idénticos hasta lograr la santidad. Gobernantes y vasallos, siervos y señores, sabios e ignorantes, doncellas y casadas o viudas, coléricos y pacíficos, débiles niños y hombres vigorosos, encontrarán fácilmente a alguno de esos modelos que, habiendo ido hacia las cumbres de la perfección, dejó tras sí marcado el camino que más les conviene seguir para llegar a la meta, que es el cielo.

Aquí consideramos hoy el caso de aquel gran Príncipe húngaro sobre cuya vida llovieron las dificultades que con mayor peligro exponen la buena disposición del ánimo. Ni los halagos de la vida cortesana, ni la corrupción de costumbres, ni las durezas de la persecución, ni la intriga palaciega o la actividad disolvente de las luchas y batallas faltaron en su carrera. Llevaba, sin embargo de ello, una voluntad inquebrantable de ascender por el sendero empinado y difícil a que le invitaba el Divino Maestro. Y fué nuestro Ladislao, Príncipe moderado y ejemplar en sus costumbres, sufrido en la adversidad, estrictamente riguroso contra toda apariencia de injusticia, caritativo, paciente y fervoroso. Es decir, que aun manteniendo el ambiente que a su difícil cargo correspondía, supo desenvolver en su alma ese germen de santidad que Dios nuestro Señor depositó en cada hombre. Por voluntad del Cielo había sido de los llamados; ayudando con voluntario entusiasmo al divino querer, entró, decididamente, en el número de los elegidos.

NACIMIENTO Y PRIMEROS AÑOS

A la muerte de San Esteban, cristiano rey continuador en Hungría de la hermosa tradición de apostolado iniciada por su padre, sucedióle su sobrino Pedro, hombre despótico que, destronado por el pueblo, tornó a recuperar la corona gracias a la ayuda de Enrique III, emperador de Alemania.

La política extranjerizante adoptada luego de su reposición, acabó por malquistarle con los suyos siendo por ellos destronado definitivamente.

Siguióle en el gobierno Andrés I, el año 1046. No teniendo el nuevo monarca sucesión directa, quiso asegurar la continuidad del trono y eligió como legítimo heredero a su hermano Bela. El nacimiento posterior de Salomón, hijo de Andrés, hizo cambiar los proyectos del padre, en perjuicio de Bela; y a tal punto llegó la animosidad entre los dos hermanos que, por escapar de la persecución, huyó Bela a Polonia.

Ya anteriormente, en tiempos de su primo San Esteban, estando desterrado en aquel mismo país, había contraído enlace con la hija de Mesco, duque que Polonia. Del matrimonio nacieron dos hijos: Geisa, que había de reinar con el nombre de Geza o Geisa I; y Ladislao I, cuya vida reseñamos.

Hizo Bela que se diera a sus dos hijos una esmeradísima y cristiana educación al par que los instruía según las exigencias de su posición y sangre. Ya las crónicas de aquel entonces andan acordes en afirmar que, no obstante sus pocos años, admiraba a todos Ladislao por la eminencia de sus virtudes y muy especialmente por su angelical pureza, regularidad de costumbres y acendrada caridad.

LADISLAO, REY

LA animosidad existente entre Bela y su hermano Andrés I se puso de manifiesto en multitud de ocasiones. Ya decidido a llevar las cosas al extremo, Bela, ayudado por el rey Boleslao II de Polonia y capitaneando a los húngaros sublevados y descontentos, se lanzó a la guerra. Su hermano, a pesar de la ayuda que le prestara Enrique IV de Alemania. vióse obligado a huir y murió a consecuencia de las heridas que en la batalla recibiera.

El vencedor, despreciando los derechos de Salomón, hijo de Andrés, se proclamó a sí mismo rey de Hungría.

Al morir Bela I, cuando ya el pueblo entero aclamaba a Ladislao como a soberano, empleó éste su gran influencia en favor de Salomón, a quien él consideraba como el único y legítimo heredero. Quería, de este modo, enmendar la injusticia que cometiera su padre al despojarlo violentamente de su derecho.

Consiguió Ladislao su propósito y fué proclamado rey su primo.

No tardó el nuevo monarca en revelarse cruel y duro hasta concitar contra sí las iras de su pueblo. La generosidad del corazón había engañado a nuestro Santo.

Acosado por las quejas de que en parte se sentía culpable, y vencido por las instancias de todos, contrariando su propia sensibilidad que repugnaba toda violencia, acabó por ceder al clamoreo general.

Destituído el tirano, proclamóse en su lugar a Geisa I, hermano mayor de Ladislao. No le duró mucho el goce de los honores, pues fallecía a los tres años de reinar, dejando el trono otra vez vacante.

Reunidos entonces los prelados, la nobleza del reino y los magistrados de las ciudades, acordaron con unánime aplauso elegir a Ladislao: sus virtudes personales y las dotes de gobierno que en multitud de circunstancias había demostrado, le granjearon la estima y el aprecio de sus compatriotas. Confiaban en que después de tantos disturbios, revoluciones y guerras, podría él, mediante un gobierno justo y fuerte, devolver a la nación la paz y la prosperidad desconocidas casi desde los tiempos de San Esteban.

Todos lo entendían así, mas no era nuestro príncipe de la misma opinión; su carácter pacífico y generoso y el amor grande con que miraba a la justicia, le impedían aceptar cualquier solución que no contara de antemano con el beneplácito de su desterrado primo. Le tenían en suspenso tanto la gravedad y multitud de las obligaciones que se le venían encima como la repugnancia a ceñir sobre sus sienes una corona cuyo titular de derecho vivía aún.

Negábase el pueblo a interpretarlo con idéntico criterio y, dándose cita en una extensa llanura donde solía hacer sus elecciones, hizo saber al discreto príncipe que la monarquía era electiva y no hereditaria; y que, pues los intereses de la religión y de la patria lo reclamaban para ponerse al frente, no aceptaban a otro que no fuera él.

Rindióse por fin a las instancias de los grandes y al clamor del pueblo, y tomó las riendas del poder.

No quiso, empero, ser coronado públicamente; ni consintió en llevar la diadema real, símbolo de su alta jerarquía, demostrando así que si aceptaba las responsabilidades de la administración lo hacía por deber de conciencia, pero no por ambición de honores.

MODELO DE REYES CRISTIANOS

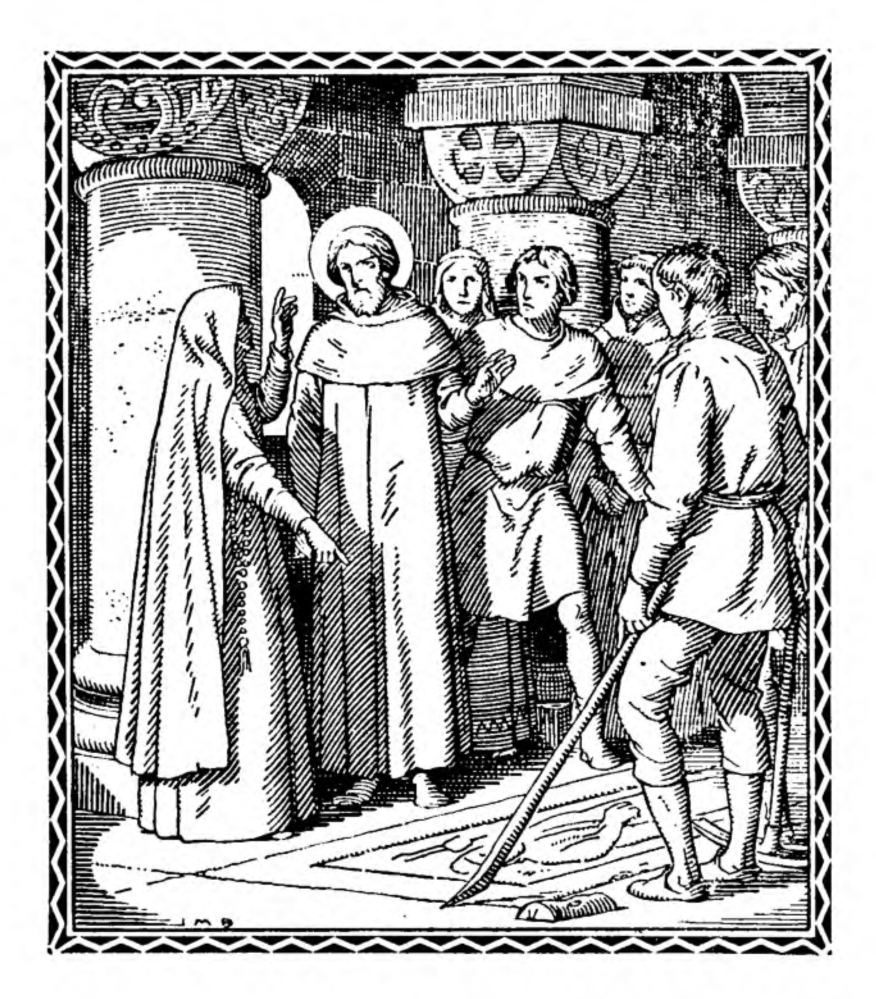
EN cuanto se vió Ladislao con las riendas del gobierno, tomólas con ánimo prudente y firme, dispuesto a borrar hasta los últimos vestigios de la enemistad que había dividido al país. Con el propósito de conseseguirlo, trató de insinuarse en la voluntad de su primo enviándole emisarios ponderados y conciliadores; proporcionóle rentas suficientes para poder vivir con la holgura y dignidad que su posición exigía, y llegó hasta prometer entregarle la corona si él, por su parte, aceptaba modificar sus costumbres y juraba no tomar venganza de sus antiguos súbditos.

Vanas tentativas de acercamiento, a las que correspondió el rebelde tramando una conspiración contra la vida misma del rey, a quien pidió una entrevista llevado de tan mal propósito.

Felizmente fué descubierto el plan y, detenido el revoltoso príncipe, se le encerró en la fortaleza de Visegrad, donde pensaba el monarca dejarlo esperando acabar así de una vez con las continuas amenazas que traían desasosegado al pueblo.

No duró mucho tal prisión; porque deseoso Ladislao de trasladar los restos de su predecesor San Esteban a lugar más digno que aquel en que se hallaban, mandó exhumarlos. Acaeció entonces un hecho notabilísimo; y fué que, por más que se empeñaron los obreros encargados de la exhumación, no consiguieron ni aun remover la losa que cerraba el sepulcro; caso extraordinario que llamó la atención de todos.

Una santa religiosa declaró entonces al rey que, según manifestación divina, la causa de aquel portentoso suceso radicaba en la excesiva severidad empleada por Ladislao contra Salomón; severidad que disgustaba grandemente al Señor, el cual no permitiría la remoción de la losa si antes no se ponía en libertad al prisionero.



UNA *monja declara al rey San Ladislao, que Dios le ha revelado las causas de aquel misterioso suceso. Dale a entender que ha sido sobrado severo con su rival Salomón, y que nadie será capaz de levantar la losa de aquel sepulcro mientras no dé libertad al príncipe cautivo.*

Refieren los cronistas que Ladislao acató con humilde sencillez la sugestión que se le hacía y, tras de devolver todos sus bienes al cautivo, lo libró de las cárceles.

No cabía duda de que la voluntad de Dios andaba de por medio; porque tocado en lo más íntimo de su alma, Salomón, rebelde siempre a todas las insinuaciones y halagos, emprendió voluntariamente una vida de gran penitencia y de continua oración, persistiendo en ella hasta que acaeció su muerte en Pola, pequeña población del litoral adriático donde por largo tiempo se conservó en veneración su sepulcro.

VIRTUDES HEROICAS

SUS muchas y variadas ocupaciones, así como los cuidados absorbentes que requería el gobierno del Estado, no fueron óbice para que Ladislao, haciendo caso omiso de los esplendores del trono y en el seno de la corte de Poszony —hoy Bratislava, en Checoslovaquia—, se entregase al ejercicio de las más heroicas virtudes.

Fué de admirar, sobre todo, su caridad ingeniosa e inagotable que le hacía encontrar modo de solucionar en favor de los necesitados cualquier dificultad; como fué asimismo digna de toda ponderación la sobriedad de sus costumbres tan en consonancia con su gran espíritu de mortificación.

Su acendrado espíritu religioso, lo mismo que la tierna devoción con que amaba a la Santísima Virgen, pusiéronse de manifiesto en el cuidado con que emprendió la reconstrucción de las iglesias destruídas durante el reinado de Salomón y en la esplendidez con que las dotó a costa de las propias rentas reales.

Tanta era su caridad y religiosidad, que en las cortes europeas, hablando de él, se decía: «No sirve más que para fundar hospitales, para erigir iglesias y socorrer a los pobres». Estas palabras, dichas en tono despectivo para empequeñecer la figura del santo rey, significaban, en realidad, un gran elogio para él.

Continuó, pues, con todo brillo, la apostólica tarea que iniciaran el príncipe Geisa y su hijo San Esteban, e hizo que se predicara la doctrina cristiana a aquellos de sus súbditos que aun vivían en el paganismo, de manera que durante su reinado acabó por desaparecer todo vestigio de culto pagano en Hungría.

UN REINADO DE PAZ

CUANDO Ladislao I se vió libre de temores y cuidados por parte del príncipe Salomón, dedicóse enteramente a restablecer en sus Estados la justicia y el orden. Convocó a los prelados y a la nobleza a una junta general que él mismo presidió, y sometió a su deliberación una serie de ordenanzas perfectamente acordes con la ley divina y con las peculiaridades de su pueblo.

Grandemente eficaces fueron tales decretos; pero mucho más influyó sobre el noble pueblo húngaro la ejemplaridad de la vida de aquel santo monarca, que si durante su gobierno cuidó con tanto esmero de la edificación de iglesias y monasterios, había llegado a transformar su misma Corte punto menos que en delicioso lugar de retiro y oración.

Entre sus numerosas obras religiosas cabe hacer descollar la celebérrima basílica de Nuestra Señora de Waradín, en Rumania, monumento magnífico de la piedad mariana, que será un eterno canto de amor a la Virgen Santísima Madre de Dios.

DEFENSOR DE LA JUSTICIA

AUNQUE eminentemente pacífico, y quizá por ello mismo, vióse en multitud de circunstancias acometido por enemigos que aspiraban a despojarle de su reino. El santo rey probó siempre los medios suaves para traer a razón a los revoltosos y defender la tranquilidad de sus súbditos; mas cuando fué necesario, supo defenderse al frente de sus tropas y marchar arrolladoramente contra los invasores. Bien se dice que lo cristiano no quita a lo valiente, y así lo evidenció nuestro príncipe, cuyas victorias pueden contarse por el número de batallas. Contuvo y venció a los polacos y bohemios tomándoles de paso a Cracovia, su capital; quitó a los bárbaros la Dalmacia; arrojó a los hunos que asolaban a Hungría, y obligó a todos a pedir la paz, mostrándose siempre en estos lances tan generoso como valiente se había mostrado en los peligros.

Nunca marchaba solo a sus empresas, ya que antes de emprender una expedición cualquiera ordenaba se hicieran rogativas públicas en todo el reino. Él, por su parte, se preparaba siempre con el ayuno y con la recepción de los Santos Sacramentos porque, lector asiduo de las Sagradas Escrituras, sabía muy bien que el Señor de los Ejércitos permite a menudo que aun en las guerras justas sean derrotados los prevaricadores en castigo de sus públicos pecados.

SUS ÚLTIMOS DÍAS

CORRÍA el año 1095. No se hablaba en toda Europa sino de la magna expedición con que las naciones cristianas se disponían a libertar del yugo sarraceno los santos lugares glorificados por la vida, milagros y muerte del Redentor. Los peregrinos húngaros, a su regreso de Jerusalén, referían las vejaciones sin cuento a que eran sometidos los cristianos de Palestina.

Ladislao fué uno de los príncipes más solícitos en reunir los medios necesarios para llevar a término la expedición proyectada, tanto por su vehemente deseo de que la Hungría cristiana tuviera parte en la gloria de la Cruzada, como por la secreta esperanza de poder inmolar su vida y derramar su sangre en sacrificio de amor a Jesucristo.

Las entusiastas y encendidas predicaciones de Pedro el Ermitaño tuvieron gran resonancia en toda Europa, y fué grandísima la alegría de Ladislao cuando supo que el papa Urbano II, desde el Concilio de Clermont, había hecho poderosas solicitaciones a los príncipes cristianos para llevar a cabo tan noble empresa. Él, que ya se preparaba, dispúsose a acudir, cuando una insurrección de los bohemios distrajo su atención. Mientras acudía a pacificarlos, cayó gravemente enfermo y presintió llegada su última hora.

Puso orden en los negocios del reino y quiso igualmente arreglar las cosas de su alma para comparecer ante el Supremo Juez.

Recibidos con piedad y alegría admirables los Sacramentos de la Santa Madre Iglesia, descansó dulcemente en el Señor el 30 de julio del año 1095.

SU CULTO

APENAS se publicó la muerte del santo rey, un inmenso clamor de dolor y luto repercutió por todo el reino de Hungría. No hubo monarca cuya desaparición fuese más sentida ni llorada con lágrimas más sinceras. Las clases todas de la sociedad ponderaban la virtud de aquel que durante dieciocho años las había gobernado y colmado de beneficios. Perdieron los pobres y los infortunados su sostén y defensor; los prelados y el clero a su protector y firmísimo apoyo; la nobleza, al restaurador de la paz pública e intrépido defensor de las causas justas y leales. Y —caso quizá único en la Historia, pero que demuestra la magnitud e intensidad de aquel dolor —durante tres años la nación entera llevó luto por su rey, privándose, además, durante ese tiempo de toda clase de festejos y regocijos.

Fué conducido el cuerpo a Bratislava, a la iglesia de Nuestra Señora de Waradín, donde quedó sepultado. Y aseguran los cronistas que el entierro más pareció triunfo que pompa fúnebre.

No tardó el Señor en manifestar la santidad y gloria de su siervo con maravillas numerosas y señalados portentos, que decidieron al papa Celestino III a canonizarlo en el año 1192. El Martirologio Romano lo cita en 27 de junio, día en que se realizó la traslación de sus reliquias.

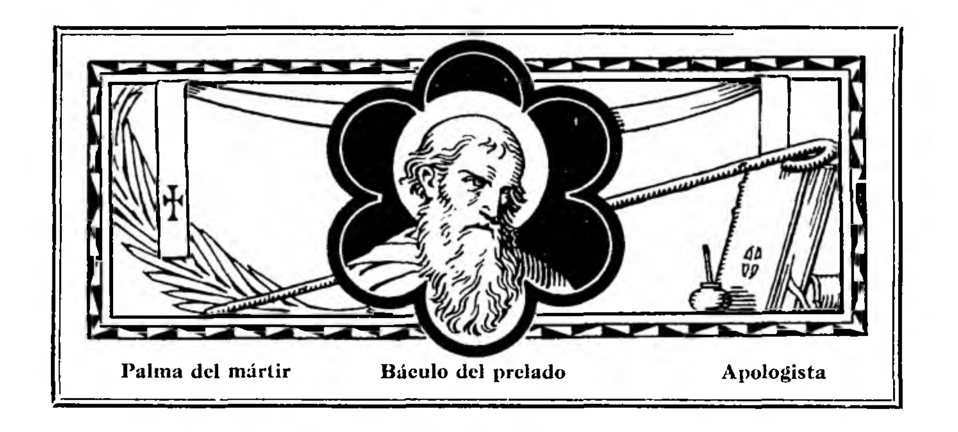
Precisamente en ese mismo año se verificó, por la intercesión del santo rey, un estupendo milagro que contribuyó no poco a extender su culto por Hungría y países circunvecinos. Refieren los cronistas que una madre cristiana, agobiada por el terrible dolor que le causara el nacimiento de un hijo afectado por una impresionante deformidad, acudió a postrarse ante el sepulcro del Santo para pedir a Dios, por su intercesión, la curación de la criatura que llevaba en brazos. La oración de la piadosa madre fué escuchada al momento, pues, apenas hubo tocado con su hijo la urna que contenía las sagradas reliquias, pudo levantarlo en brazos, ya curado.

ICONOGRAFÍA

EL culto de San Ladislao es muy popular en Hungría. Titular de gran número de iglesias, impónese su nombre con mucha frecuencia al administrar el santo Bautismo, tanto en Hungría como en Polonia. Los artistas han representado al santo rey de distintas maneras: con el estandarte de la nación en una mano y la espada en la otra para recordar su intrepidez y la protección dispensada a su patria; en pie, con la espada en la mano entre dos guerreros derribados por tierra; en medio de ángeles que le protegen mientras él parece guerrear, y, finalmente, alzando una iglesia en las manos, como alusión a las muchas que hizo edificar.

SANTORAL

Santos **Ladislao, rey de Hungría;** Desiderio, presbítero; *Deodato, obispo de Nola;* Rodolfo, obispo de Gubbio; Crescente, obispo de Viena de Francia y mártir; *Zoilo, mártir, con otros diecinueve compañeros; Sansón, presbítero y médico;* Anecto, mártir en Cesarea de Palestina; Cristo, Félix, Crispín, Crispiano y Crispiniano, hermanos mártires en Roma; Lucas, solitario, muy erudito y elocuente; Arialdo, diácono y Erlembaldo, mártires, en Milán; Juan, presbítero y confesor Santas *Poma, virgen;* Felisa y Espinela, hermanas mártires en Roma, Benedicta, virgen y mártir.



DÍA 28 DE JUNIO

SAN IRENEO

OBISPO Y MÁRTIR (130 - 208)

A través de los siglos, cada vez que las tinieblas, representadas por la herejía y el error, han querido oponerse a las doctrinas salvadoras de la Iglesia, del seno de la misma han surgido lumbreras que la han iluminado con la claridad de su ingenio y la sugestión de sus ejemplos. Los campeones de la Iglesia han sido en todo tiempo antemural de la buena causa. Contra el arrianismo se alzó San Atanasio; contra los pelagianos, San Agustín.

San Ireneo desempeñó un papel importantísimo en la época delicada de los albores del Cristianismo; ante él surgieron multitud de errores que recibieron el nombre genérico de «gnosticismo». Nuestro Santo, que a la sazón ocupaba la sede episcopal de Lyón, luchó con tenacidad sosteniendo sabias y prolongadas discusiones, que le merecieron en la antigüedad el sobrenombre de «hacha de la herejía». Tertuliano le llama «diligentísimo investigador de todas las buenas letras».

Por otra parte, San Ireneo ocupa un lugar preeminente en la Historia de la Iglesia, pues su obra es como eslabón de oro que enlaza la doctrina de los Santos Padres con el espíritu del Evangelio: de sus labios parecían bro-

tar aún los prístinos ecos de la palabra de Cristo. No sin motivo fué contado entre los «Padres apostólicos», título que comprende a los escritores contemporáneos de los Apóstoles o que pudieron conocer a alguno de ellos.

EN LA ESCUELA DE SAN POLICARPO

SAN Ireneo nació en el Asia Menor, en Esmirna o en su región, hacia el año 130, y fué uno de los que en edad temprana escucharon las exhortaciones de San Policarpo, discípulo de San Juan Evangelista; las cuales quedaron grabadas tan profundamente en su alma, que ni el tiempo transcurrido ni otra adversa vicisitud logró borrarlas. Prueba de esta verdad es la carta que años después escribía a uno de sus amigos, extendiéndose en fervientes alabanzas de su maestro.

«Querido Florino —le decía—: Os vi en el Asia Menor, cuando todavía era muy niño. Viviais en la morada de Policarpo, que os daba el espectáculo de sus extraordinarias virtudes. Todas las circunstancias de este período de mi vida, la más lejana de mi existencia, se han grabado en mi memoria mucho mejor que los acontecimientos más recientes. Podría señalar con el dedo el lugar donde el bienaventurado Policarpo se sentaba para conversar con sus discípulos; creo ver aún su semblante venerable, las líneas de su rostro, que reflejaban tan bien su pureza de vida. Me parece oírle cuando hablaba a la asamblea, contando la dulce intimidad con que había vivido con Juan y con los demás que habían visto al Señor. Citaba sus palabras y todo lo que habían aprendido del Divino Maestro, de sus milagros y de su doctrina. ¡Con qué ardor recogía yo esas tradiciones augustas, con que plugo a la bondad divina abrir para mí el tesoro de sus gracias! Las fijaba, no sobre un pergamino que se borra, sino en lo más profundo de mi corazón, y aun hoy día las repaso continuamente en mi espíritu.»

Y así era, efectivamente, pues Ireneo no cesaba de interrogar a los ancianos que habían tenido la dicha de tratar y de escuchar a los Apóstoles.

EN LAS GALIAS

SAN Policarpo, testigo de la piedad y de la sabiduría del joven Ireneo, le confirió las Órdenes sagradas hasta el diaconado, sin esperar a que tuviese la edad requerida para ello. Más tarde, comisionado por su santo maestro, pasó a las Galias para predicar el Evangelio, misión que con gran júbilo aceptó nuestro bienaventurado, pues al término de ella veía la corona del martirio, por la que con vivas ansias suspiraba.

De esta santa expedición formaron parte, además de San Ireneo, el obispo San Potino, San Benigno y otros varones, todos ellos eminentes en santidad y extraordinario celo por la causa de Dios. San Potino, acompañado de nuestro Santo, fijó su sede en Lyón, donde ambos apóstoles se dedicaron a sembrar la palabra divina con tan excelente resultado, que muy poco tiempo después se convirtió casi totalmente al Cristianismo aquella parte de las Galias.

Lyón era entonces la capital de la Galia romana. A orillas del Saona se extendía una colonia asiática establecida con fines puramente comerciales. Muchos de sus miembros conocían ya la religión de Cristo y gustosos se agruparon en torno a sus ilustres misioneros, orientales como ellos, pidiéndoles con insistencia doctrinas y un ideal de virtud y de pureza en medio de la anarquía religiosa que todo lo invadía. Sin embargo, la ley romana era muy severa contra los cristianos; su posición y actuación públicas se hallaban concretadas en un rescripto del emperador Trajano, prohibiéndoles la profesión ostensible de su fe y toda manifestación del culto.

Calmada un tanto la persecución durante algunos años, se recrudeció poco después, con más violencia que nunca. Las cárceles fueron insuficientes; la sangre corrió a torrentes y Lyón ofreció una incontable y gloriosa falange de mártires. Entre éstos halló gloriosa muerte San Potino, cuyos noventa años no le libraron de ser sacrificado; y, si San Ireneo escapó entonces con vida, fué porque Dios le tenía destinado a padecer nuevas pruebas por el nombre de Cristo.

EL MENSAJERO DE LOS MÁRTIRES

AL propio tiempo que la herejía gnóstica agravaba el peligro de la perseguida Iglesia de Lyón, del fondo del calabozo, donde se hallaban sepultados, cuarenta y ocho confesores de la fe resolvieron dirigirse al papa San Eleuterio, como al padre común de la Iglesia, con el fin de obtener una aclaración a propósito de los errores que aparecían en aquel tiempo para saber a qué atenerse.

Para transmitir este mensaje al Jefe Supremo de los fieles, pensaron elegir al sacerdote más distinguido de la Iglesia lionesa, a Ireneo. Movidos por una inspiración celestial, los confesores de Cristo pusieron los ojos en él, pues aunque privaban a su Iglesia de la presencia de un valiente defensor, era con la esperanza de que el Papa se lo devolviera consagrado obispo y fuera el digno sucesor de San Potino.

San Ireneo rehusó en un principio tan alto encargo: huir de Lyón, ¿no era renunciar a la esperanza que abrigaba en su alma de hallar el martirio

con sus hermanos? Sin embargo, los santos confesores exigieron a toda costa este sacrificio y, tras tenaz resistencia, Ireneo hubo de ceder a sus súplicas. En consecuencia, tomó el camino de la Ciudad Eterna, llevando consigo una carta dirigida al Sumo Pontífice, que contenía al final este elogio para nuestro Santo:

«Esta carta os será entregada por nuestro colega y hermano, Ireneo, que ha cedido a nuestras instancias al aceptar este mensaje de vuestros hijos perseguidos y encarcelados. Os suplicamos, Santísimo Padre, lo acojáis como a celoso apóstol del testamento de Cristo, y como a tal os lo recomendamos».

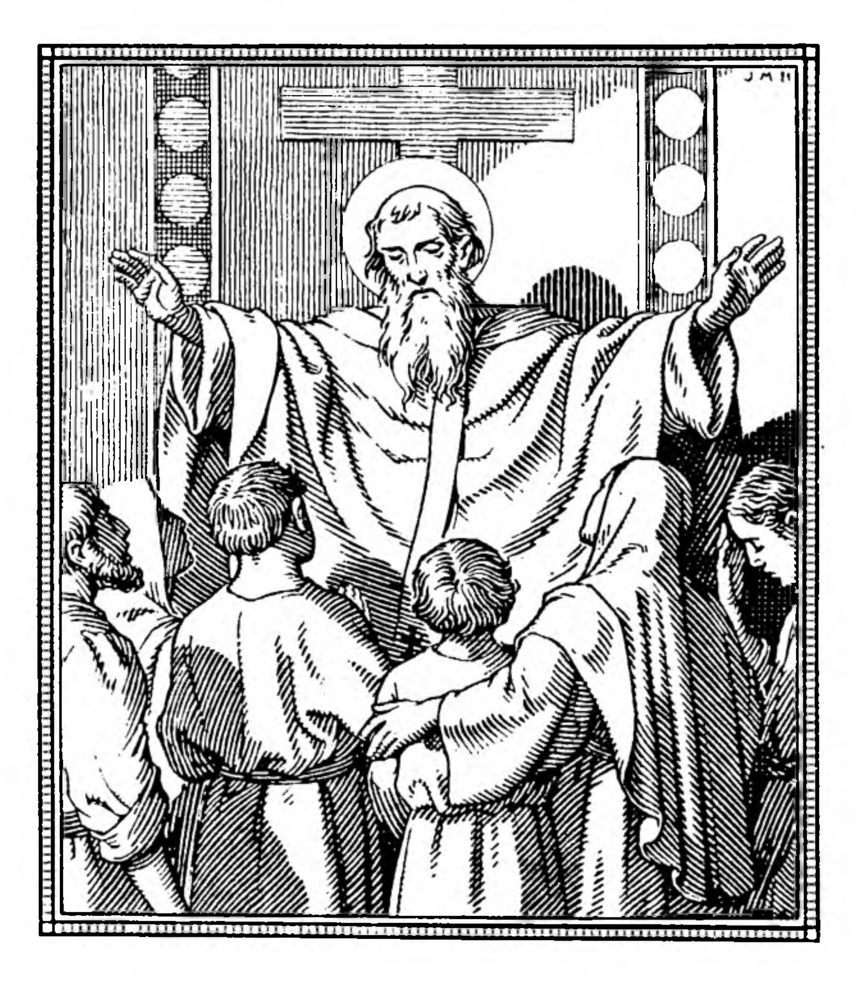
Los anhelos de los confesores de la fe se cumplieron conforme a sus deseos. Ireneo, durante su permanencia en Roma, recibió la consagración episcopal de manos del mismo papa Eleuterio, que le entregó además la respuesta al mensaje del clero de Lyón. Cumplido su cometido, Ireneo dedicóse a recoger diligentemente las ceremonias, costumbres y tradiciones que los apóstoles San Pedro y San Pablo habían enseñado a la Iglesia romana, con ánimo de implantarlas en la cristiandad de Lyón. Después de un año de asiduos trabajos, regresó a las Galias y sentóse en la silla episcopal, de la que habían arrancado los satélites al venerable Potino para arrastrarle al tribuno pagano.

Se conocen los nombres de cuarenta y ocho valientes confesores que en esta misma época sufrieron el martirio con San Potino. Conviene añadir a esa lista a los Santos Marcelo y Valeriano (178), que dieron la sangre por Jesucristo: el primero en Chalóns del Saona y el otro en Turnús, a treinta kilómetros de Macón. El postrero fué San Sinforiano, del que se honra la ciudad de Autún (180). El número de confesores en este período debió de ser mucho mayor, puesto que San Euquerio los llama «un pueblo de mártires».

LA LUCHA CONTRA LA HEREJÍA

EL «gnosticismo» fué en el siglo II lo que en los comienzos del siglo XX se ha dado en llamar «intelectualismo», la teoría, o mejor, la idolatría del progreso, que pretende reemplazar la religión y la moral. Los gnósticos tenían empeño en establecer una religión científica, razonada: la palabra *gnosis* significa conocimiento, que en sí no tiene nada de censurable; pero las sutilezas del lenguaje que se introdujeron con tal motivo condujeron a conclusiones inverosímiles y extravagantes, que devastaban lastimosamente las florecientes cristiandades del Saona y del Ródano.

A Ireneo le hacía sonreír la ridiculez de tales extravagancias; pero pronto se dió cuenta del inmenso alcance que tomaba el error entre la gente sencilla, seducida por la sutileza de la doctrina y el ropaje de ilustración con



UN *ángel anuncia a San Ireneo la proximidad de la persecución. El santo obispo prepara a sus hijos para tan duro trance, comenzando por una distribución general de bienes entre los pobres. Entrégase luego a continua oración y, al salir para el combate, los bendice fraternalmente.*

que se presentaba. Entonces escribió su *Libro contra las herejías,* admirable composición en cinco partes, escrita en lengua griega.

Contra esos adversarios peligrosísimos el autor emplea los recursos de la más vigorosa dialéctica. Expone la herejía del gnosticismo en toda su desnudez y esta exposición, a menudo irónica, es ya una refutación. «Cuando una fiera dañina —dice— se oculta en la selva, el que la persigue aclara la maleza con el fin de que se la vea». Luego, sin darles tregua, los persigue en sus más extravagantes sinuosidades.

Para el cristiano es sumamente consolador hallar en época tan remota expuestas las creencias con nitidez perfecta, gracias a la pluma de San Ireneo. Sirva de ejemplo el párrafo siguiente:

«La Iglesia de Cristo, extendida ya por toda la tierra, recibió de manos de los Apóstoles y de sus discípulos el depósito de la fe que profesa. Consiste esta fe en creer en un solo Dios, Padre todopoderoso, que creó el cielo y la tierra, el mar y cuando en él existe; y en Jesucristo, Hijo de Dios, que se hizo hombre por salvarnos, y en el Espíritu Santo que, por boca de los Profetas, anunció los designios divinos a los tiempos venideros; la venida de Jesucristo, su nacimiento del seno de una Virgen, sus padecimientos y su muerte; su resurrección y ascensión a los cielos, donde está sentado al lado del Padre, para resucitar a todos los hombres y dar a cada uno el premio o castigo según sus obras; a fin de que en la presencia de Jesucristo, Señor Dios, Salvador y Rey, toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra y en los infiernos, conforme se ordenó por Dios su Padre, y que toda lengua le confiese y le dé el homenaje merecido. Creemos que los espíritus rebeldes, los demonios, los impíos, los malvados, los hijos de la iniquidad y los blasfemos, serán castigados con el fuego que no cesará nunca; y que los siervos de Dios, los que guarden su inocencia o la recuperen por la penitencia perseverando en la fidelidad de sus mandamientos, serán premiados con el don de una vida eterna e incorruptible en el seno de una gloria inmortal.»

San Ireneo expresa con claridad y precisión extraordinaria la misión de la Santísima Virgen como Corredentora:

«Así como Eva —dice—, teniendo marido, pero conservándose virgen, fué luego, por su desobediencia, causa de perdición, no sólo para sí, sino para la Humanidad entera; así María, hallándose desposada y manteniéndose virgen, fué, por su obediencia, motivo y causa de salvación para sí y para toda la Humanidad.»

A continuación añade sobre el mismo asunto:

«Así como Eva se dejó seducir por las palabras de un ángel y abandonó a Dios faltando a su palabra, así María recibió de boca de un ángel la venturosa nueva de que engendraría a Dios obedeciendo a su palabra. Y, si la primera fué desobediente a Dios, la segunda, la Virgen María, se hizo su esclava para que fuese abogada de la virgen Eva. Y así como el género

humano fué llevado a la muerte por una virgen, por una virgen también fué salvado; la balanza está en equilibrio: la desobediencia de una virgen, compensada por la obediencia de la Virgen.»

Pasma asimismo la claridad con que nos habla del principio supremo y del magisterio infalible del Sumo Pontífice, y en términos tan elocuentes y tan sólidamente fundados que un profesor protestante, andando el tiempo, hubo de exclamar: «Si los libros de Ireneo son auténticos, es necesario que nos hagamos todos católicos romanos».

En su juventud el futuro obispo de Lyón tuvo por maestro a San Papías, obispo de Hierápolis, que profesaba la opinión milenarista, según la cual el Mesías debía venir un día a la tierra y reinar corporalmente durante mil años. Ireneo siguió en este punto la opinión de su maestro, pero es preciso recordar que, en su tiempo, el milenarismo era una opinión que podía aún discutirse libremente. En el siglo V San Agustín le dió el golpe de gracia, presentando una interpretación exacta del Apocalipsis, en el que pretendía apoyarse el milenarismo.

LA PASCUA DE RESURRECCIÓN

A fines del siglo II, una grave cuestión agitaba la paz y tranquilidad del mundo católico: algunas escuelas de Oriente y distinguidas autoridades eclesiástias, persistían en celebrar la Pascua de Resurrección el día catorce de la luna de marzo; esto es, el mismo día en que celebró el Salvador del mundo la Pascua de los hebreos, en memoria de la libertad del cautiverio de Egipto, siguiendo la antigua Ley y costumbre tradicional de los judíos. Otros, por el contrario, fundándose en que el papa San Víctor —como su predecesor San Aniceto— había ordenado que se celebrase el domingo, día de la Resurrección del Señor, entendían que esto era lo que debía hacerse.

Esta controversia llegó a apasionar los ánimos de modo extraordinario, viéndose obligado el papa San Víctor a excomulgar a los que sostenían la primera de dichas opiniones. San Ireneo entonces suplicó al Papa moderase su justo celo, representándole humildemente que, en lugar de castigar con tan gran rigor a los hijos indómitos de la Iglesia, sería más conveniente reducirlos con la suavidad del tratamiento. Al mismo tiempo escribió a gran número de prelados, encareciéndoles la necesidad en que se hallaban de obedecer a los mandatos de la sede romana, madre y maestra de todas las demás de la Iglesia; y fueron tan persuasivas sus razones, que logró hacer revocar la excomunión del Papa y reducir a los díscolos a la obediencia.

Algunas Iglesias siguieron celebrando la Pascua el día cartorce de la luna de marzo, manteniéndose tal costumbre hasta el Concilio ecuménico de Nicea (325), en que fué completamente abolida. Bueno es considerar aquí que, a fines del siglo II, la autoridad del Papa no la discutía nadie, aun cuando se tuvieran sus decisiones como severísimas y hasta inoportunas en ocasiones. La diligencia respetuosa e insistente del obispo de Lyón confirma el hecho histórico de la supremacía pontificia desde los tiempos más remotos.

AVISO CELESTIAL. — MARTIRIO

LA hora de la recompensa se acercaba para el celoso apóstol. Reinaba a la sazón Septimio Severo que, informado de los progresos que hacía la religión cristiana en Lyón, donde el culto de los ídolos puede decirse que estaba proscrito merced al celo e influencia de San Ireneo, reunió un ejército de los más feroces gladiadores y les ordenó penetrar a viva fuerza en la sede de nuestro bienaventurado y pasar a cuchillo a cuantos se resistieran a ofrecer sacrificios a sus falsas deidades. De estos inicuos planes del emperador pagano dió aviso anticipado el Señor al santo obispo de Lyón por medio de un ángel que se le presentó a media noche.

«Señor mío Jesucristo —respondió San Ireneo—, luz eterna, esplendor de la justicia, fuente y principio de piedad, os doy gracias por haberos dignado regocijarme y consolarme por el ministerio de uno de vuestros ángeles. Dad a este pueblo, que es el vuestro, la constancia para que ninguno de sus individuos desfallezca en la confesión de vuestro nombre; sostenidos por vuestra fuerza, haced que todos obtengan en un noble triunfo el premio anunciado en vuestras santas promesas y que encuentren al morir la gloria de la inmortalidad.»

Después de esta fervorosa plegaria, dedicóse nuestro Santo con gran solicitud a preparar convenientemente a los fieles de Lyón para las pruebas que les esperaban, comenzando por una distribución general de bienes entre los pobres, y entregándose todos los cristianos, bajo la dirección de San Ireneo y sus sacerdotes, a la continua oración, esperando la hora que Jesucristo había designado para su sacrificio. Se puede admitir con Pablo Allard que Septimio Severo, autor del violento edicto de persecución del año 202, hízolo ejecutar en los cristianos que halló a su paso por Lyón en el año 208. El martirologio coloca en el 28 de junio de este año la muerte de San Ireneo con seis compañeros más.

Según una antigua inscripción que se conserva en el frontis de la iglesia de Lyón que lleva el nombre del Santo, el número global de mártires que entonces dieron su sangre por la fe es de diecinueve mil hombres, sin contar

las mujeres y niños. El martirologio dice que San Ireneo recibió la corona gloriosa del martirio con casi todo el pueblo cristiano de la ciudad episcopal.

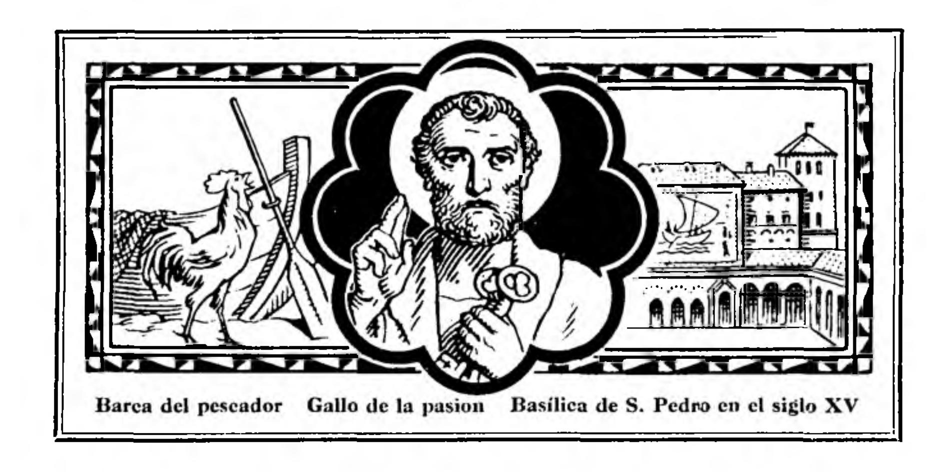
Las reliquias del discípulo de San Policarpo fueron conservadas en Lyón, en la cripta de la iglesia de San Ireneo, en la colina de Fourvière, hasta el año 1562, época en que los hugonotes profanaron el sepulcro y esparcieron las reliquias. El cráneo, arrojado a la vía pública, fué recogido por manos piadosas que lo depositaron en la iglesia primacial de San Juan, donde se venera hasta el día de hoy.

La fiesta de San Ireneo, obispo de Lyón, fué celebrada solemnemente por muchas diócesis de Francia, particularmente por las Iglesias del Mediodía, el 28 de junio. Benedicto XV la introdujo en 1922 en la liturgia de la Iglesia universal conservando la misma fecha.

SANTORAL

Santos **Ireneo, obispo y mártir;** *León II, papa* (su fiesta se celebra el 3 de julio; véase tomo 4.º pág. 40); *Argimiro, monje y mártir; Paulo I, papa;* Benigno, obispo de Utrecht; *Plutarco y compañeros, mártires;* Papio, mártir, que en la persecución de Diocleciano fué azotado, metido en una caldera de aceite y grasa hirviendo y degollado; *Zacarías, sucesor de San Ireneo en la sede de Lyón;* Lupérculo, mártir en el sur de Francia, en el siglo III; Egilón, abad; Maelmón, obispo en Bretaña, año 638; Fabián, Félix, Arión, Capitolino, Venusto, Crescente, Alejandro, Teotonio, Astesio, Apolonio, Dionisio, Pano y otros muchos, mártires en África; Macedonio y dos niños, mártires; Luciano y Pablo, médico, confesores Setenta mártires en Palestina Pontamio, Nemesio, Secundino y Máximo, del martirologio de Monte Casino; Sergio, fundador de un monasterio, en Nicomedia. Santa Teodequilda, reina de Borgoña, hija de Teodorico I de Austrasia.

SAN ARGIMIRO, monje y mártir. — Era hijo de una ilustre familia de la ciudad de Egabro, hoy Cabra, en la provincia de Córdoba. A causa de su nobleza y demás buenas prendas, ocupó elevados cargos en Córdoba, por orden del rey Mohamed I. Pero lo abandonó todo por seguir más de cerca a Jesucristo en la soledad del claustro. Los enemigos de la religión le acusaron de que ensalzaba la dignidad de Jesucristo y trataba a Mahoma de insensato, autor de falsedades y caudillo de gente perdida. Llevado ante los jueces despreció tanto los halagos como las amenazas; mantúvose firme en sus creencias y tildó a Mahoma de impostor. Por ello fué tendido en el caballete y pasado de parte a parte con una espada; con lo que consiguió el martirio el 28 de junio de 856. Recibió sepultura en la iglesia de San Acisclo.


Barca del pescador   Gallo de la pasion   Basílica de S. Pedro en el siglo XV

DÍA 29 DE JUNIO

SAN PEDRO

PRÍNCIPE DE LOS APÓSTOLES († 67)

ANTES de ser el primer Papa, era San Pedro un pobre pescador judío, natural de Betsaida, aldea situada a orillas del lago de Genezaret. Vivía en Cafarnaúm en casa de su suegra. Desposeído de instrucción y de bienes temporales, vivía del arte de pescar, en unión de su hermano Andrés.

El primer encuentro de Simón Pedro con el Divino Maestro tuvo lugar a orillas del río Jordán, donde el Precursor, San Juan, bautizaba. Su hermano Andrés, que sirvió de intermediario para la presentación, dijo un día a Simón: «Hemos hallado al Mesías». Y llevó a su hermano a Cristo. El Señor, en viendo a San Pedro, le dijo: «Tú eres Simón, hijo de Juan: de hoy más te llamarás Cefas», que en lengua siríaca o caldea es lo mismo que Pedro o piedra. Con esta mudanza de nombre quiso Jesús darle a entender que le tomaba para sí y le consideraba como uno de sus discípulos. Pedro y Andrés simpatizaron ya entonces con Jesús. Pero la vocación definitiva sólo tuvo efecto pasados algunos días, cuando ambos hermanos se hallaban en Cafarnaúm, después del milagro realizado por el Salvador al sanar a la suegra de San Pedro de grave calentura.

Pedro y Andrés estaban cierto día limpiando y remendando sus redes a orillas del lado. al tiempo que el Salvador predicaba a la muchedumbre, que le estrechaba por todos lados. Entró Jesús en la barca de Pedro y le mandó que la apartase unos pies de la orilla; sentóse en ella y desde allí predicó a la gente. En acabando de predicar, dijo a Pedro: «Rema mar adentro y echa las redes para pescar». Eso mismo habían estado haciendo toda aquella noche sin coger nada. Hízoselo notar Pedro a Jesús, pero añadió: «Fiándome en tu palabra, echaré la red». Esta vez recogieron tan grande cantidad de peces que las redes se rompían; por lo que Pedro y Andrés tuvieron que llamar a gritos a sus compañeros Santiago y Juan, los cuales estaban pescando en otra barca con su padre Zebedeo, y las dos barcas llegaron a la orilla repletas de peces. Este milagro los llenó de admiración y espanto. Pedro, asombrado, dijo al Salvador: «Apártate de mí, Señor, que soy un hombre pecador». No se apartó de ellos Jesús, antes dijo a Pedro: «No temas; en adelante serán hombres los que pescarás». Mirando luego a los cuatro, les dijo: «Venid en pos de mí para ser pescadores de hombres». Ellos dejaron cuanto tenían y le siguieron.

ANDA SOBRE LAS AGUAS. — EL PAN VIVO

AL atardecer del día en que el Salvador multiplicó los panes para saciar a la hambrienta muchedumbre, los doce Apóstoles entraron solos en una barca para pasar a la otra orilla del lago. Pero sobrevino de repente un viento huracanado que amenazaba hundir la barca. Sudaban ya los Apóstoles de tanto remar, cuando a eso de las tres de la madrugada vieron que venía a ellos un hombre, andando sobre las aguas. «Es un fantasma», dijéronse asustados, y empezaron a gritar llenos de miedo. No era ningún fantasma, sino el mismo Jesús, el cual les dijo: «Sosegaos, soy yo, no temáis. —Señor —le dijo Pedro—, si eres Tú, mándame ir a ti sobre las aguas. —Ven», le respondió el Salvador.

Pedro echa a andar hacia su Maestro; pero crece la violencia del viento; Pedro tiembla y empieza a hundirse: «¡Señor —exclama—, sálvame!». Al punto extiende Jesús la mano, coge al apóstol y le dice: «Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?» Entraron los dos en la barca, y cesó el viento.

Cuando Jesús predijo a los discípulos que llegaría a darles su carne en comida y su sangre en bebida, casi todos ellos murmuraban de Él diciendo: «Dura es esta doctrina; ¿quién puede aceptarla?» Y muchos le dejaron. Jesús dijo entonces a los doce: «Y vosotros, ¿queréis marcharos también? —Señor —respondióle Pedro—, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Nosotros hemos creído y conocido que eres el Cristo, el Hijo de Dios».

PRIMACÍA. — FORMACIÓN. — REPROCHES. — ALIENTOS

IBA Jesús un día con los doce Apóstoles por las aldeas de Cesarea de Filipo, que está en los confines del norte de Palestina, y en el camino les preguntó: «¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre? Respondieron ellos: —Unos dicen que Juan Bautista, otros Elías, otros Jeremías o alguno de los profetas. —Y vosotros, ¿quién decís que soy? —Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo», repuso Pedro.

Jesús añadió: «Bienaventurado eres, Simón, hijo de Juan, porque no te ha revelado eso la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos». Esas palabras le valieron ser escogido por jefe del colegio apostólico y de la Iglesia universal. «Y yo te digo —añadió Jesús— que tú eres Pedro, y que sobre esta piedra edificaré mi Iglesia; y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Te daré las llaves del reino de los cielos: cuanto atares en la tierra será atado en los cielos, y cuanto desatares en la tierra, será también desatado en los cielos». Inmortales palabras que resonarán día tras día y siglo tras siglo, hasta la consumación de los tiempos.

Pedro no estaba todavía suficientemente dispuesto para el apostolado. Necesitaba formarse concepto exacto del Hombre Dios, cuyas humillaciones no entendía. Cuando Jesús reveló a los Apóstoles las afrentas, tormentos y muerte que había de padecer en Jerusalén, San Pedro, con audacia y familiaridad extremadas, se atrevió a censurar a su Maestro: «¡Ah, Señor, de ningún modo; no, no será así como dices». Eso le valió severísima amonestación: «Quítate de delante de mí, Satanás, que me escandalizas; porque no tienes gusto de las cosas que son de Dios, sino de las cosas de los hombres».

Para darle a entender mejor las cosas de Dios, Jesús llevó a Pedro con Santiago y Juan al monte Tabor, y ante ellos se transfiguró, vistiéndose por breve tiempo de eternos resplandores. Pedro, extático ante aquella visión gloriosa y fuera de sí de admiración, exclamó: «Señor, bien estamos aquí». Propone luego a su Maestro levantar tres tiendas, una para Jesús, otra para Moisés, y la tercera para Elías. El cielo le respondió. En la nube resonó una voz, la del Padre celestial, que dijo: «Éste es mi Hijo muy amado; escuchadle». Desvanecióse al punto aquella luz esplendorosa; los tres Apóstoles quedaron solos con Jesús, en cuya divinidad creyeron entonces más firmemente.

Muchas veces vemos a San Pedro en la vida del Salvador, haciendo declaraciones en nombre de los demás Apóstoles y dando testimonio en toda ocasión de su ardiente amor y profundo respeto a Jesús.

Cuando Nuestro Señor refirió la parábola de los criados que velaban en ausencia de su dueño, San Pedro le preguntó: «¿Es sólo para nosotros esta parábola, o es para todos? —Para todos —respondió Jesús—; pero se pedirá

cuenta de mucho a aquel a quien mucho se entregó». Sin duda que Pedro se aplicó a sí mismo aquella advertencia de Jesús.

También fué Pedro quien pidió explicaciones acerca de la generosidad y número de veces que hemos de perdonar a nuestros deudores. Siete veces le parecían ya muchas. Jesús le respondió: «No te digo yo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete». Quería decir, siempre.

Se pagaba en Palestina un tributo de dos dracmas, que era exigido por el fisco en provecho del Templo de Jerusalén. Los recaudadores del tributo se acercaron a Pedro y le dijeron: «¿Qué?, ¿no paga vuestro Maestro las dos dracmas? —Sí, por cierto» —respondió el Apóstol. Fué a pedir el dinero a Jesús, que nada llevaba y que, por otra parte, siendo Hijo de Dios, estaba exento de contribuir a los gastos del culto debido a su eterno Padre. Con todo eso, por no escandalizar a sus discípulos, dijo a Pedro: «Ve al mar y echa el anzuelo; coge el primer pez que saliere y ábrele la boca. En ella hallarás una estatera de cuatro dracmas; tómala y dásela por mí y por ti». Con esto parece denotar el Salvador, que Él y su Vicario son una sola persona en el gobierno de la Iglesia.

LA ÚLTIMA CENA

A Pedro y Juan les encargó el Señor que preparasen la última Cena y no a Judas que era sin embargo el que guardaba la bolsa, quizá por no querer Jesús que aquel traidor supiese de antemano dónde iban a celebrarla. Dos incidentes que sobrevinieron en esta Cena pusieron de manifiesto el vehemente natural de Pedro y su ardiente amor a Jesús.

Fué el primero el lavatorio de los pies. Al ver Pedro que el Divino Maestro se adelantaba hacia él, atónito exclamó: «Señor, ¿Tú me lavas los pies?». Y con la vehemencia que le era tan natural, se negó a ello rotundamente: «No, no me lavarás los pies jamás». Aquel arrebato se acercaba a la desobediencia. Jesús le dijo: «Si no te lavo, no tendrás parte conmigo». De repente, Pedro asustado, pasa al extremo opuesto: «Señor, no solamente los pies, sino también las manos y la cabeza».

Cuando, acabada la Cena, Jesús dijo a los Apóstoles que viviría ya poco tiempo con ellos y que adonde iba no podrían ellos seguirle, Pedro repuso conmovido: «¿Y por qué no he de poder seguirte? Moriré contigo si fuere menester». —¿Tú darás la vida por mí? —replicó Jesús—. En verdad te digo, que tú esta noche, antes de que cante el gallo por segunda vez, tres veces me habrás negado». Pedro sigue porfiando: «Yo no te negaré».

No obstante la perspectiva de aquella triple negación de Pedro, la cual había de curar su excesiva presunción, Jesús le prometió, no la impecabi-



POR *tercera vez el Señor dice a San Pedro: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?» Contristado el apóstol por tal insistencia, responde humilde y precavido que, pues Él conoce bien todas las cosas, bien sabe que de todo corazón le ama. «Apacienta mis ovejas» — le dice entonces Jesús, Pastor divino de las almas.*

lidad, pero sí la infalibilidad en materia de fe: «Simón, Simón, mira que Satanás va tras de vosotros para zarandearos como el trigo. Mas yo he rogado por ti para que tu fe no perezca; y tú, cuando te conviertas, confirma a tus hermanos».

LA NOCHE DE LA PASIÓN

EN Getsemaní fué San Pedro testigo de la agonía del Salvador; testigo soñoliento —¿por qué no decirlo?— y tanto, que Cristo, muy afligido, le dijo: «Simón, ¿tú duermes?; ¿aún no has podido velar una hora conmigo? Velad y orad para no caer en la tentación».

Llega luego el traidor Judas con los soldados y servidores para prender a Jesús. Pedro quiere defender a su Maestro, saca la espada y corta la oreja a Malco, criado del Pontífice. Jesús empero, sosiega el ardor del Apóstol, le manda envainar la espada, sana la oreja de Maleo y se deja maniatar. Entonces los discípulos le abandonan y huyen medrosos, temiendo por su propia vida. Sin embargo, Pedro quiere cerciorarse de lo que va a ser de Jesús. Síguele de lejos, entra disimuladamente en el patio principal de la casa del Pontífice Caifás, y se junta a los criados y criadas que estaban calentándose alrededor de una hoguera improvisada al aire libre. Todos le observan. A la legua se nota que su facha y ademanes difieren de todo en todo de los de aquella chusma que por allí entra y sale afanosa. Una criada le mira y le dice: «Éste también solía andar con él. ¿No eres por ventura uno de los discípulos de Jesús Nazareno? —No, mujer, no lo soy, Ni le conozco. Ni entiendo lo que dices». Y cantó el gallo.

Pasa por allí otra criada, y a ella se le ocurre también decir mirando a Pedro: «Éste solía andar con Jesús Nazareno. —Sí por cierto —añadió un criado—, tú eres también discípulo suyo. ¿Acaso no te vi yo en el huerto con él? —No, hombre, no; no lo soy». Y otra vez negó con juramento: «No conozco a ese hombre».

Al poco rato vuelven a la carga: «Seguramente eres tú también de ellos, pues eres galileo; tu misma habla te descubre». Pedro, aturdido, empieza a echar sobre sí imprecaciones y afirma otra vez con juramento: «No conozco al hombre de quien me habláis». En esto, cantó el gallo segunda vez. Jesús cruzó el patio en aquel mismo instante y miró a Pedro, el cual se acordó de la predicción de su Maestro. Avergonzado, cariacontecido, despedazado su corazón por el dolor y el arrepentimiento, salió fuera y lloró amargamente. Ya no se habla más de él en el relato de la Pasión del Salvador. Lloró su cobardía y lavó su grave culpa en sus lágrimas.

«APACIENTA MIS CORDEROS, APACIENTA MIS OVEJAS»

NO bien oye decir Pedro que el Salvador ha resucitado, corre al sepulcro con San Juan, entra el primero y sólo ve los lienzos en el suelo y el sudario que estaba recogido. Ese mismo día se le apareció Jesús y le aseguró que le perdonaba la triple negación. Días después se apareció el Señor a los Apóstoles en la orilla del lago de Tiberíades y, tras una pesca milagrosa, dijo a Pedro: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas tú más que éstos? —Sí, por cierto, Señor; bien sabes que te amo. —Apacienta mis corderos». Otra vez le pregunta: «Simón, hijo de Juan; ¿me amas? —Sí, Señor; ya sabes que te amo». Por tercera vez le pregunta: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?». Pedro se contrista al ver que Jesús insiste. Como desconfiando de sí mismo contesta: «Todo lo sabes, Señor; bien sabes, pues, que te amo.— Apacienta mis ovejas», le dijo el Señor.

Quería Jesús obligar al Apóstol a reparar la triple negación con aquella triple protesta de amor. Con el mandato de apacentar los corderos y las ovejas le hizo pastor universal de su Iglesia: los corderos significaban a los fieles y las ovejas a los pastores.

PRIMEROS HECHOS DE SAN PEDRO COMO PAPA

DESDE el día siguiente de la Ascensión Pedro fué Papa, y como tal obró sin que nadie le contradijera. En el Cenáculo, donde los Once aguardaban la venida del Espíritu Santo, su primera providencia fué sustituir a Judas, cuya defección dejó una vacante en el colegio apostólico, y presidir la elección de San Matías. El día de Pentecostés, fué el primero que predicó a los judíos con atrevimiento y libertad sobre el Cristo que habían crucificado, y ese día, en un sermón convirtió a tres mil personas. Fué la primera redada del pescador de hombres.

A los pocos días obró un milagro; el primero que se hacía en prueba de la doctrina evangélica. Subía al Templo con Juan a la hora de nona, cuando hallaron en la Puerta Hermosa a un cojo de nacimiento que les pidió limosna. «No tengo plata ni oro —le dijo Pedro—; pero te doy lo que tengo: En el nombre de Jesús Nazareno, levántate y anda». Arenga luego Pedro a la muchedumbre y cinco mil hombres piden ser bautizados. Los sacerdotes rabian, detienen a los dos apóstoles y los llevan ante el Sanedrín. Pedro habla entonces de Jesús Nazareno con intrepidez. Los jueces le prohiben nombrar a Jesús: «¿Es justo obedeceros a vosotros antes que a Dios? —les dice Pedro—. En cuanto a nosotros, no podemos menos de hablar de lo que hemos

visto y oído». El *non póssumus,* pronunciado en esta ocasión por vez primera, lo repetirán hasta el fin de los tiempos los sucesores de Pedro, a todos los poderosos que se muestren hostiles a la verdad cristiana.

Día tras día se sentían los Apóstoles más enardecidos y lograron nuevos y numerosos partidarios. No limitaron su apostolado a la ciudad de Jerusalén: tenían mandato de predicar el Evangelio en todo el mundo. En su calidad de jefe de la Iglesia, visita San Pedro las nacientes cristiandades. Va a Samaria para confirmar a los neófitos. El mago Simón, testigo de los prodigios obrados con la imposición de las manos, le ofrece dinero para participar de este poder sobrehumano. «Perezca tu dinero contigo», le dijo Pedro. Estas palabras servirán en adelante para estampar sello de infamia en todas las simonías.

Va San Pedro a Lida y allí sana al paralítico Eneas. Llega luego a Jope, y resucita a una viuda llamada Tabita; en dicha ciudad tiene luego la misteriosa visión del mantel que baja del cielo, y en el cual había todo género de animales inmundos. Oye una voz que le dice: «Mata y come». Era para darle a entender que había de admitir en la Iglesia a todos los pueblos sin someterlos a las exigencias de la ley mosaica. Al día siguiente partió para Cesarea, donde bautizó al centurión Cornelio y a su familia, primicias del pueblo romano y del mundo pagano en la Iglesia de Cristo.

DE ANTIOQUÍA A ROMA

EN sus viajes por Siria y Asia Menor puso San Pedro la cátedra pontificia en la ciudad de Antioquía, que vino a ser, después de Jerusalén y antes que Roma, cabeza de la catolicidad. En memoria de ello celebra la Iglesia el día 22 de febrero la fiesta de la *Cátedra de San Pedro en Antioquía.*

Teniendo Pedro sobre sí el peso y gobierno de todas las Iglesias, érale preciso trasladarse con frecuencia a otras partes. El año 42 fué el santo Apóstol a Jerusalén. Poco antes había llegado a dicha ciudad Herodes Agripa, nombrado rey por el emperador Claudio. El rey, para ganar la voluntad de los judíos, empezó degollando a Santiago el Mayor y echando en la cárcel a Pedro, con intento de matarle pasadas las fiestas de la Pascua. Pero «la Iglesia hacía incesantemente oración a Dios por él», y fué milagrosamente libertado por un ángel. Pedro partió entonces para Roma, donde estableció la Iglesia de la que fué primer pastor por espacio de veinticinco años (42-67). Llegó acompañado de su discípulo San Marcos, que después escribió el segundo Evangelio a petición de los fieles, según lo que oyó al mismo San Pedro.

Aunque especialmente encargado de la Iglesia de Roma, no por eso descuidaba las demás. Escribió dos epístolas a las Iglesias de Asia. Envió a San Marcos a fundar la Iglesia de Alejandría, de suerte que las tres Iglesias patriarcales más antiguas —Roma, Alejandría y Antioquía— le son deudoras de su fundación.

El año 47 fué expulsado San Pedro por un edicto del emperador Claudio, el cual mandó salir a todos los judíos de Roma, como gente revoltosa. Créese que este edicto fué ocasionado por los alborotos que promovieron los judíos contra los cristianos, entre los cuales no hacían distinción los paganos. Después de muerto Claudio, el año 54, o quizá poco antes, volvió San Pedro a Roma.

PERSECUCIÓN. — MARTIRIO

EN muy breve tiempo floreció tanto la Iglesia romana que amenazaba eclipsar el poderío de los emperadores. Ésta fué de ordinario la causa de las persecuciones.

El día 19 de julio del año 64, arrebatado Nerón de loca y desenfrenada soberbia, mandó poner fuego a la ciudad de Roma, para luego darse el gusto de reedificarla conforme a sus deseos. Nueve días duró el incendio que redujo a pavesas diez barrios de los catorce que componían la ciudad. Para sosegar la indignación de los romanos, Nerón acusó a los cristianos de ser autores de aquel incendio y decretó la primera persecución. Suplicios atrocísimos e inauditos fueron inventados contra los inocentes. Atormentarlos de mil modos a cual más inhumano y feroz, llegó a ser cosa de chanza y divertimiento. Hasta de noche se regalaban los romanos con la sangre de los mártires. Entrada libre tenían a los jardines de Nerón, en el Vaticano. A lo largo de las avenidas y paseos, los cristianos, amarrados a unos postes y embadurnados con sustancias inflamables, hacían de antorchas que alumbraban el paso a las cuadrigas y a los paseantes. El mismo Nerón tomaba parte en las carreras.

San Pedro y San Pablo fueron detenidos y estuvieron presos en la cárcel Mamertina, de la que les sacaron el día 29 de junio para llevarlos a la muerte. San Pedro fué crucificado cabeza abajo en el monte Vaticano. San Pablo, por ser ciudadano romano, fué degollado en un lugar que ahora se llama *Las tres Fontanas*. Los cristianos tomaron las sagradas reliquias y las enterraron con gran veneración.


Epístolas — Navío y sierpe del milagro — Basílica de San Pablo en Roma

DÍA 30 DE JUNIO

SAN PABLO

APÓSTOL Y DOCTOR DE LAS GENTES († 67)

SOY el mínimo de todos los Apóstoles e indigno de ser llamado apóstol, porque perseguí a la Iglesia de Dios». Eso dice el mismo San Pablo, en la primera epístola que escribió a los Corintios (XV, 9) Pero con tener tan baja opinión de sí, reconocía y publicaba a voz en grito cuanto en él había obrado la gracia: «Por la gracia de Dios —añade— soy lo que soy, y su gracia no ha sido estéril en mí; antes he trabajado más copiosamente que todos; pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo».

San Pablo estaba dotado de superior ingenio y era de ánimo esforzado. Dióle el Señor un corazón ardiente, capaz de emprender cualquier cosa para lograr el triunfo de sus ideas, y un temple recio y varonil. Una vez entregado a Jesucristo después de convertido, merced al ardor y fecundidad de su ministerio, a sus incesantes correrías, y a sus luchas, adversidades y trabajos en medio de la gentilidad, mereció el dictado de «Apóstol de las gentes», y es el «Apóstol» por antonomasia.

NACIMIENTO. — EDUCACIÓN

EN varios lugares de sus epístolas nos da el mismo San Pablo, como de paso, algunos informes sobre su familia. Nació en la ciudad de Tarso, en Cilicia, de padres que descendían de la tribu de Benjamín y gozaban del derecho de ciudadanía. El título de ciudadano romano era hereditario, y así Pablo echará mano de él cuando le convenga. Hasta su conversión guardó fielmente las doctrinas y observancias farisaicas que le enseñaron sus padres, quienes le pusieron el nombre de Saulo.

Siendo muy joven le enviaron a Jerusalén para que el famoso letrado Gamaliel le enseñase la ley y ceremonias de Moisés; allí fué condiscípulo de Bernabé, de quien hablaremos más adelante. Su portentosa inteligencia se asimiló en breve la ciencia de las Sagradas Escrituras; pero no llegó a descubrir en ellas el misterio del Hombre Dios, por velárselo, como con densísima nube, la mentalidad terrena y carnal de los judíos de aquellos tiempos y de los fariseos particularmente. Tenía el entendimiento y la voluntad totalmente cautivados por la doctrina farisaica, de suerte que vino a ser en pocos años acérrimo partidario y defensor de dicha secta.

¿Cuánto tiempo permaneció Pablo en Jerusalén? Lo ignoramos; lo cierto es que no se le ofreció ocasión de ver y conocer al divino Salvador. Vémosle otra vez en dicha ciudad guardando las capas de los que apedreaban a San Esteban, protomártir, y, al parecer, era por entonces uno de los más sañudos y feroces enemigos de la naciente Iglesia.

CONVERSIÓN

¿CÓMO fué la conversión del furioso perseguidor? Él mismo lo refiere en la apología que hizo de sí ante el rey Agripa. En ella vemos que sucedió de modo en extremo maravilloso. Lo dice así:

«...Yo por mí estaba persuadido de que debía proceder hostilmente contra el nombre de Jesús Nazareno, como ya lo hice en Jerusalén, donde no sólo metí a muchos de los santos o fieles en las cárceles, con poderes que para ello recibí de los príncipes de los sacerdotes, sino que siendo condenados a muerte, yo di también mi consentimiento. Y, andando con frecuencia por todas las sinagogas, los obligaba a fuerza de castigos a blasfemar del nombre de Jesús. Enfurecido más cada día contra ellos, los iba persiguiendo hasta en las ciudades extranjeras. En este estado, yendo un día a Damasco con poderes y comisión de los príncipes de los sacerdotes, siendo el mediodía, vi, ¡oh rey!, en el camino una luz del cielo más resplandeciente que el sol, la cual con sus rayos me rodeó a mí y a cuantos iban conmigo. Habiendo todos nosotros caído en tierra, oí una voz que me decía

en lengua hebrea: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Duro empeño es para ti el dar coces contra el aguijón. Yo entonces respondí: ¿Quién eres tú, Señor? Y el Señor me dijo: Yo soy Jesús, a quien tú persigues. Pero levántate y ponte en pie; porque te he aparecido para constituirte en ministro y testigo de las cosas que has visto y de otras que te mostraré apareciéndome a ti de nuevo. (*Hechos,* XXVI, 9-17).

Hízose llevar a la ciudad de Damasco, donde le había dicho Jesús que le dirían lo que tenía que hacer. Allí, después de tres días de ayuno, fué bautizado por Ananías. Saulo mudó de vida total y repentinamente. Con tanto mayor ardimiento predicó de allí en adelante el nombre de Jesús cuanto con mayor saña y furor le había perseguido hasta entonces. Las gracias sobrenaturales que Pablo recibió del cielo en su conversión, engrandecieron y perfeccionaron sus dones y excelencias naturales. El intrépido y valeroso Apóstol puso tanto empeño para hacerlos fructificar, que todos los siglos han contemplado admirados la obra magna y prodigiosa de su apostolado.

De las citas autobiográficas diseminadas por sus escritos se deduce que, ya bautizado, pasó tres años en los desiertos de Arabia, y volvió luego a Damasco, donde predicó la fe cristiana con tanto celo y tan excelente fruto, que los judíos se enfurecieron contra él y quisieron quitarle la vida. Pablo logró escaparse, haciéndose descolgar de noche, metido en un serón, por una ventana que caía a la otra parte del muro de la ciudad, cuyas puertas habían cerrado los judíos y guardaban cautelosamente. Pablo llegó a Jerusalén y vió por vez primera a San Pedro. Los cristianos recordaban la pasada vida de Pablo y se temieron de él hasta que Bernabé, su antiguo condiscípulo, le abrazó y le llevó a los Apóstoles, logrando así que los fieles le creyesen y estimasen. Por lo cual, Pablo andaba y vivía con los cristianos y por su elocuencia traía a muchos judíos a la verdadera fe. Por entonces los fariseos, sus antiguos correligionarios, envidiosos y confundidos, buscaban medio para matarle. Pablo se refugió en Tarso, de donde era natural. Allí fué a buscarle San Bernabé —probablemente pasado el año 40, cuando ya San Pedro había abierto la entrada en la Iglesia a los gentiles en la persona del centurión Cornelio—, y lo llevó para que le ayudase en el gobierno de la Iglesia de Antioquía, recién fundada.

MISIONES DE SAN PABLO

CON mucha gala de pormenores refieren las correrías apostólicas de San Pablo los últimos capítulos de los *Hechos de los Apóstoles* (XIII-XXVIII), que se leen con sumo agrado por lo amenos e interesantes. El mismo Espíritu Santo se dignó elegir a Pablo para que fuera Apóstol de los gentiles: «Separadme a Pablo y a Bernabé para la obra a que los tengo destinados» (*Hech.,* XIII, 2). Se fueron, pues, llevándose a otro dis-

cípulo llamado Juan, por sobrenombre Marcos. Embarcáronse juntos en Seleucia para la isla de Chipre. En Salamina predicaron en la sinagoga judía. Lo propio hicieron en Pafos, donde convirtieron al procónsul romano Sergio Paulo. Entonces empezó Saulo a latinizar su nombre, llamándose Paulo (en español, Pablo), quizá en memoria del insigne convertido, Sergio Paulo, el cual se dió también al apostolado.

Pablo, Bernabé y Juan Marcos volvieron al Asia Menor con intento de predicar en toda ella; pero Juan Marcos, al cabo de poco, se apartó de ellos, por faltarle ánimos para tal empresa. Con eso, Pablo y Bernabé evangelizaron las provincias de Panfilia, Licaonia y Pisidia, y se detuvieron principalmente en las ciudades de Perge, Antioquía de Pisidia, Iconio, Listra, Derbe y Atalia, obrando prodigios y numerosas conversiones.

Ocurrió en Listra un singular suceso. Habiendo Pablo sanado a un hombre que era cojo de nacimiento, asombrado el pueblo, quisieron adorar como a dioses a Pablo y Bernabé; a éste, que era de aspecto grave, le llamaban Júpiter, y a Pablo, que de ordinario hablaba en las asambleas, le tenían por Mercurio, dios de la elocuencia. Quisieron también sacrificarles toros y ofrecerles coronas, como solían hacerlo con los dioses del Olimpo. A duras penas pudieron impedirlo los dos apóstoles: «Hombres, ¿qué es lo que hacéis? —les decían—; nosotros también somos mortales como vosotros; venimos a predicaros que dejéis esas vanas deidades...» Con dificultad lograron triunfar del pueblo.

De pronto esta loca aclamación se mudó en odio feroz que atizaban algunos judíos llegados de Antioquía y de Iconio. Apedrearon a Pablo, y le arrastraron fuera de la ciudad, donde le dejaron por muerto. Poco a poco volvió en sí; al día siguiente partió para Derbe con Bernabé. Volvieron a pasar por las ciudades ya evangelizadas, donde ordenaron sacerdotes y consagraron obispos, y, finalmente, se embarcaron en Atalia para llegar por mar hasta Antioquía. A lo que se cree, esta primera misión fué entre los años 46 y 49.

Efectuaron la segunda entre los años 51 y 54. Además hicieron antes otro viaje a Jerusalén, por el año 51, con ocasión del primer Concilio. Reinaba gran discordia y porfía entre los cristianos de Antioquía, porque algunos judíos convertidos pretendían obligar a los gentiles a la circuncisión y a las otras ceremonias de la ley de Moisés. Pablo y Bernabé fueron de parecer contrario al de aquellos judíos; mas, como la cuestión tomase sesgo violento, para apaciguar los ánimos determinaron que todo lo resolviese el apóstol San Pedro. Llamó éste a los demás Apóstoles y presbíteros y les explicó el caso. Luego deliberaron presidiendo San Pedro la asamblea en la que se determinó aquella cuestión de la manera que San Pablo había señalado: los gentiles debían abstenerse de manjares ofrecidos a los ídolos, de la fornicación, de los animales sofocados, y de la sangre.



LA *voz de Jesucristo cambia al lobo en oveja y al perseguidor en Apóstol; pero al levantarse Saulo del suelo se halla en tinieblas, por lo que sus compañeros, más asustados que él, le han de llevar por la mano a la ciudad.*

(En el medallón se representa la puerta de Damasco).

Grande fué la alegría de los neófitos de Antioquía, cuando Pablo y Bernabé les dieron noticia de esta decisión del Concilio.

Propuso después San Pablo a San Bernabé emprender juntos el segundo viaje apostólico. Bernabé quiso que se les agregase Juan Marcos; pero Pablo guardaba mal recuerdo de la pusilanimidad de aquel joven discípulo que se separó de ellos en el primer viaje, y no estuvo conforme con que ahora se les juntase. Esta disensión ocasionó el que los dos Apóstoles se separasen a su vez; cada cual fué por su lado en esta segunda jornada.

Pablo, tomando a Silas, discurrió por Siria y Cilicia, confirmando y alentando a las Iglesias de Derbe y Listra, y recorrida ya el Asia Menor llegó a Troas en la Tróade. De Listra se llevó consigo a Timoteo, y de Troas a Lucas, evangelista.

Pasaron los cuatro de Troas a Macedonia y desembarcaron en Neápolis —que hoy en día se llama Cavalla—. De aquí fueron a Filipos, donde hubo grandes porfías y alborotos por causa de la predicación y milagros de los Apóstoles. A Pablo y Silas los azotaron cruelmente y los encarcelaron. Con todo, en Filipos dejaron fundada una Iglesia, que fué para San Pablo abundante y perenne manantial de consuelos. Evangelizaron luego a Tesalónica, donde los judíos los persiguieron con más encono que en las demás ciudades. Partiéronse de allí para Berea, cuyos habitantes les dieron buena acogida. Convirtiéronse muchos al Cristianismo, entre ellos algunas nobles damas griegas.

Noticiosos de esto los judíos de Tesalónica, acudieron allá alborotando y amotinando al pueblo, por lo que Pablo dejó a Silas y Timoteo en Berea, como ya había dejado a Lucas en Filipos, y se fué solo a Atenas. Habló en medio del Areópago, convirtió a Dionisio el Areopagita, al que dejó como jefe y pastor de la nueva cristiandad de Atenas. De aquí llegó hasta la voluptuosa ciudad de Corinto, donde permaneció año y medio y bautizó a muchísimos gentiles. Volvió finalmente a Antioquía, pasando por Éfeso, Cesarea y Jerusalén y con esto terminó su segundo viaje apostólico, que fué el más fecundo en frutos, pero también el más laborioso de todos los del apostolado de San Pablo. Circunstancialmente nos lo refieren los *Hechos* de San Lucas (caps. XV-XVIII).

Muy luego emprendió la tercera misión, cuya ruta y lugares donde predicó fueron casi los mismos que en el segundo viaje. Recorrió la Galacia y la Frigia y se detuvo en Éfeso, donde permaneció dos años (55-57), cogiendo copioso fruto. Pero ciertos plateros, descontentos por que ya no vendían tantos idolillos por la mucha gente que se convertía al cristianismo, levantaron gran alboroto en la ciudad contra Pablo y sus compañeros, de suerte que se partieron de allí para Macedonia y después para Grecia. Detúvose tres meses en Corinto, de donde volvió a Jerusalén para entregar a la Iglesia de dicha ciudad las limosnas que con este fin había ido recogiendo en los

lugares por donde pasaba. Al pasar por Troas predicó hasta muy entrada la noche en una sala muy alta, y, mientras predicaba Pablo, un mancebo que le escuchaba sentado en una ventana del tercer piso, se durmió y cayó abajo, matándose con la caída. El Santo le resucitó y prosiguió la plática hasta el amanecer.

Finalmente, se detuvo en las ciudades de Asón, Mitilene, Samos y Mileto, de donde se hizo a la vela para Ptolemaida (San Juan de Acre) y por Cesarea entró en Jerusalén.

CUATRO AÑOS DE CAUTIVERIO

NO bien hubo llegado a Jerusalén, los judíos le prendieron en el mismo Templo y le arrastraron fuera gritando: ¡Muera! Ciertamente le hubiesen matado a no haber intervenido el tribuno romano, atraído por el alboroto. Residía en la fortaleza o torre llamada Antonia, situada cerca del templo, así que no tardó en llegar al lugar del motín, con los soldados y centuriones. A duras penas logró prender a Pablo; no pudiendo averiguar lo cierto a causa del alboroto, mandó que le condujesen a la fortaleza. Pablo pidió licencia al tribuno para hablar a la muchedumbre que gritaba enfurecida y, habiéndosela dado y poniéndose en pie sobre las gradas del edificio, arengó en lengua hebrea a la multitud. Al principio le escucharon atentos y silenciosos, pero de pronto prorrumpieron en horribles alaridos: «Quita del mundo a un tal hombre, que no es justo que viva». El tribuno no entendió palabra del discurso de Pablo, y así se imaginó que los judíos gritaban con razón, y para descubrir la causa de aquel alboroto mandó azotar y atormentar al detenido. Ya que le hubieron atado con las correas, dijo Pablo al centurión: «¿Te es lícito azotar a un ciudadano romano, y sin formarle causa?». Al oír el centurión que Pablo era ciudadano romano corrió asustado a decírselo al tribuno; éste, sobrecogido de espanto y temor, fué a ver a Pablo y le pidió que olvidase aquel error involuntario. Y no sin motivo hizo todo esto con el santo Apóstol, sino para evitar el grave peligro a que se exponía con azotarle, por estar señalada pena de muerte contra el magistrado que mandase flagelar a un ciudadano romano. Por otra parte, noticioso el tribuno de que los judíos tenían armadas asechanzas para matar a Pablo, envió al valeroso preso a Cesarea, donde residía el gobernador Félix, con una carta de su mano y lucida escolta de soldados.

También ante el gobernador hubo nuevos y violentos debates entre Pablo y sus acusadores. Félix conversaba a menudo con él. Dió largas al asunto, confiando en que Pablo le daría dinero para conseguir la libertad, pero fué en balde. Al cabo de dos años cayó en desgracia y fué destituído; sucedióle

Porcio Festo, el cual, para congraciarse con los judíos, quiso enviar a Pablo a Jerusalén, alegando que allí sería visto y examinado más despacio aquel negocio. Pablo sabía que sus adversarios querían matarle en el camino; por eso respondió a Festo: «Apelo a César». Con esto no tenían ya aquellos jueces poder alguno contra el acusado, el cual, en habiendo pronunciado esas palabras tenía ya derecho a ser llevado a Roma, para que le juzgase el mismo emperador. «¿A César has apelado? Pues a César irás» —le dijo Festo—. Pasados algunos días le envió a Roma. El cautiverio de Pablo en Cesarea había durado dos años.

La navegación fué desastrosa. San Lucas nos refiere maravillosamente los incidentes del viaje en el libro de los *Hechos* (Capítulos XXVII y XXVIII). Naufragó la nave junto a la isla de Malta, pero el equipaje y los pasajeros salieron salvos a tierra, en aquellas costas que guardan devotamente el recuerdo de tan conmovedor acontecimiento. Finalmente, Pablo llegó a Roma en la primavera del año 61.

Por desgracia, nada más nos refieren los *Hechos* respecto de San Pablo. Esto no obstante, sabemos que su cautiverio duró otros dos años, aunque muy mitigado, puesto que «se le permitió estar por sí en una casa con un soldado de guardia». En vez de encerrarle en la cárcel común, le dejaron alquilar una casa; pero llevaba atada al brazo derecho una cadena que por el otro extremo se solía atar al izquierdo del soldado que le custodiaba. Con todo eso, esta medio libertad le permitía recibir a cuantos iban a verle, salir y darse al ministerio apostólico con su acostumbrado celo. Judíos y gentiles oyeron la predicación de Pablo y muchísimos se convirtieron, aun en el pretorio y en el palacio del César. Por entonces escribió San Pablo sus admirables epístolas a los Filipenses, Efesios y Colosenses, a Filemón y a los Hebreos.

Pasados dos años, fué juzgado y absuelto por el tribunal de Nerón; y puesto en libertad, vino a España. Según el padre García Villada, el hecho de la predicación de San Pablo en nuestra Patria es históricamente cierto y hay reminiscencias tradicionales de su estancia en Écija, en Tortosa y en algunas ciudades más, sobre todo en Tarragona, que es la que ofrece mayores garantías. Ya no volvió a Roma, hasta que fué para ser martirizado.

LAS EPÍSTOLAS DE SAN PABLO

ESCRIBIÓ San Pablo catorce epístolas admirables. Parecen estar escritas casi todas ellas al dictado de las circunstancias, ya para tratar materias particulares, destruir errores o resolver dificultades, ya para confirmar a los fieles en las buenas disposiciones que él sabía que tenían. Algunas de ellas son especialmente doctrinales; otras, en cambio, morales.

De estas últimas, la epístola a Tito y las dos a Timoteo son llamadas pastorales porque se encaminan a señalar las obligaciones de los pastores de almas.

En todas ellas se echa de ver el estilo enérgico, vivo y ardiente, junto con una poderosa fuerza que arrastra, y arrebatos tan sublimes, tal riqueza de ideas y variedad de sentimientos, que es cosa de maravillar. No parece cuidar el estilo. De ordinario solía dictar sus cartas, y al leerlas se descubre que el pensamiento se adelantaba a la pluma del escribiente. De aquí viene el truncado sesgo de la frase que tanto disgustaba al orador Agustín antes de convertirse. Hablando de estas epístolas, San Jerónimo dice: «Cuando leo los escritos del apóstol San Pablo, me parece que oigo truenos y no palabras».

EL MARTIRIO

DESPUÉS de su primer cautiverio, Pablo envió a su compañero Timoteo a los Filipenses conforme se lo había prometido *(Fil.,* II, 19), y él mismo, en cuanto pudo, partió para el Asia Menor, pasando por Creta. Como lo dice en sus epístolas, se detuvo en Colosas, Troas y Mileto, y pasó un invierno en Nicópolis. De aquí partió para Éfeso, donde consagró obispo a Timoteo, y siguió hasta Macedonia. Estando en este viaje escribió su epístola a Tito y la primera a Timoteo. Estuvo también en Corinto, donde halló a San Pedro, y juntos partieron para Roma; así lo asegura San Dionisio, obispo de Corinto, cuyo testimonio trae el historiador Eusebio.

Por el tiempo en que llegaron a Roma los dos Apóstoles habíase ya levantado la persecución de Nerón contra los cristianos. A los pocos días fueron ambos detenidos y encerrados en la cárcel Mamertina. El día 29 de junio del año 67 los sacaron de la cárcel para llevarlos a la muerte. A San Pedro le crucificaron en el monte Vaticano, y a San Pablo, por ser ciudadano romano, le degollaron en el frondoso valle de *Las tres Fontanas.*

Una ilustre matrona, llamada Lucina, tomó el cuerpo del Apóstol y lo enterró en una heredad suya. Sobre este sepulcro edificó el emperador Constantino la grandiosa basílica de San Pablo extra muros, que más adelante ensancharon y embellecieron los emperadores Valentiniano, Teodosio y Honorio.

Probablemente en su segundo cautiverio escribió San Pablo la segunda epístola a Timoteo. En ella parece pronosticarle el Apóstol su próxima muerte, y le insta para que vaya a hacerle compañía. «Acércase ya el tiempo de mi muerte —le dice—; combatido he con valor; he concluído la carrera; he guardado la fe. Nada me queda sino aguardar la corona de justicia que me está reservada... Date prisa para venir presto a mí». Esta carrera del insigne Apóstol —dice San Juan Crisóstomo— fué más gloriosa que la del mismo sol; aun sigue derramando por todo el mundo la resplandeciente luz de su doctrina.